

A woman's face is shown lying down, her eyes closed, with a serene expression. She has a small mole on her forehead and a tattoo on her upper lip. Her face is surrounded by small, delicate orange flowers and green leaves. The background is dark, with several glowing orange and red particles floating around, creating a dreamlike atmosphere. The text is overlaid on the right side of the image.

La otra
orilla
del
abismo

Sofía Olguín

La otra orilla del abismo

Sofía Olguín

© 2019 Sofia Olguín

www.sofi-olguin.blogspot.com

Correo electrónico: sofiaolguineditora@gmail.com

Instagram: [@ssofi_olguinn](https://www.instagram.com/ssofi_olguinn)

El diseño de portada es de Sofia Olguín y la foto utilizada es de Gustavo Alcántara

Todos los derechos reservados

SINOPSIS

Absalón se define a sí mismo como un hombre de negocios. Nada más cierto: pacta con los seres humanos a cambio de años de vida. Lucienne es un taciturno muchacho que ha perdido la memoria y cuya única posesión es una misteriosa gema que lleva colgando del cuello.

Juntos recorren París en pos de cosas muy distintas: Lucienne persigue sus recuerdos, mientras que Absalón hace todo lo posible para que nunca los recupere.

Sin embargo, Lucienne no sabe que es perseguido por los siervos de Lucifago, el demonio que gobierna en el Océano Crepitante, un sitio donde moran sirenas, musas, íncubos y súcubos... Un verdadero infierno flotante situado en el fondo del mar.

Con la ayuda de Zabaroth, el jefe del mercado negro de pactos demoníacos; Sheila, una bella tarotista; y Julien, un joven huérfano, deberán luchar contra las fuerzas malignas que amenazan destruir el orden tanto del mundo humano como del Océano Crepitante.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Sinopsis](#)

[Citas](#)

[0. El anticuario](#)

[1. Adicto a la noche](#)

[2. El economista](#)

[*La leyenda de los devoradores*](#)

[3. El palacio de las moscas](#)

[4. Un universo flotante](#)

[5. El falso banquete](#)

[6. En las dos orillas](#)

[*El ladrón de almas o la leyenda de la Reina Madre*](#)

[7. En busca de Romeo](#)

[8. El tesoro perdido](#)

[9. Un reencuentro inesperado](#)

[10. Sobre mi lecho, por las noches](#)

[11. Vizconde Absalón, para servirte](#)

[12. Ilumíname](#)

[13. Un viejo conocido](#)

[14. Luciania](#)

[*El cuento del mago y el joven de sangre sucia*](#)

[15. Yo deseo...](#)

[16. La muda musa amada](#)

[17. Aquellos rostros olvidados](#)

[18. Sueño envenenado](#)

[*La leyenda de Vassari*](#)

[19. Entregad el sacrificio](#)

[*La isla maldita*](#)

[20. Los Infiernos Flotantes](#)

[21. Una simple y vulgar musa](#)

[*Branislaw y la voz misteriosa*](#)

[22. No quiero](#)

Epílogo

Todo apuro es una ocasión para aparecer del modo más amable ante el prójimo y decirle: Querido amigo, te doy lo que necesitas, pero ya conoces la conditio sine qua non. Ya sabes con qué tinta te someterás a mí: te despojo al tiempo que te proporciono un placer.

Karl Marx, Manuscritos de economía y filosofía

*Black eyes and hardly breathing,
When there's no light
You sacrifice.
Alone, a monster living
You lost the fight before the fall.
How did you end up in hell?
Hysterical, tragical
Victim of ritual
Cynical, critical
Victim of ritual
She's a killer, killer*

Victim of Ritual, Tarja Turunen

EL ANTICUARIO

El salón del anticuario olía a una mezcla de incienso y almizcle. Espirales de humo plateado se elevaban desde un pebetero y se disolvían en el aire, como lánguidos fantasmas perfumados a dioses paganos y tierras lejanas. Allí todo brillaba. Desde la cubertería expuesta en las vitrinas, hasta la pequeña bailarina de nácar que daba vueltas y vueltas sobre el pequeño escenario de cristal.

Afrodita se codeaba con las ninfas hindúes, apsaras de pechos grandes y cabellos de serpientes venenosas. Los jarrones aguardaban ansiosos los ramilletes de diamelas de oriente que los caballeros regalaran a sus damas doscientos años atrás. El único sonido que se oía era el chisporroteo de las piedras de incienso, que chocaban contra el cobre del pebetero produciendo una musiquilla aguda, quejumbrosa, casi animal. Por encima de los chillidos del incienso, se podía distinguir el triste *tic tac* de los relojes. Era un sonido a veces desesperante. Docenas y docenas de relojes de todos los tamaños anunciaban la llegada del mediodía y de la medianoche, del almuerzo y de la hora del té.

En el salón del anticuario todo estaba un poco desordenado. Las melancólicas alfombras persas se ahogaban bajo montañas de libros, a la espera de que algún Aladino del siglo xxi llevara a su princesa de paseo por París. El rincón más iluminado del salón era la esquina donde estaban los espejos, deslumbrados por las luces de los candelabros, de las lámparas de aceite, de los faroles de colores que habían adornado los burdeles más concurridos de Babilonia...

Por encima del llanto del incienso y del susurro de los relojes, se oyó un suspiro. El dueño del anticuario, un hombrecillo que debía subirse a una caja de manzanas para atender a sus clientes detrás del mostrador, miró su propio reloj de pulsera y... volvió a suspirar. El suspiro se perdió por los espirales de incienso, por los pechos de las ninfas, por el resplandor de las velas con forma de cisne.

El hombrecillo se bajó del cajón de manzanas y sacó un manojo de llaves del bolsillo de su chaleco. El taco de sus pequeños zapatos chasqueaba contra el suelo de madera. El ruido se apagó cuando llegó a la mitad delantera del salón, cubierta por un amplio tapete rojo. Cuando atravesó los laberintos de dioses y héroes griegos, su hombro apenas alcanzó a rozar el cinturón de Zeus.

Se acercó a la gran puerta de vidrio, salió a la calle y contempló la noche. El cielo se había teñido de un alarmante negro eléctrico, salpicado por una que otra estrella madrugadora. Las cúpulas y los techos de las tiendas brillaban, transpirados bajo la humedad nocturna: el tibio aliento de las alimañas que despertaban de su letargo para divertirse por París mientras la ciudad dormía.

El hombrecillo hizo sonar sus llaves y miró hacia los costados de la tienda. El farol de la esquina iluminaba los autos estacionados. La oscuridad se extendía a su derecha y a su izquierda. Las demás tiendas ya estaban cerradas, habían cerrado temprano, como presintiendo lo que estaba por suceder en el mundo. Pero no así nuestro hombrecillo. Él aguardaba, por eso su tienda era la única que permanecía abierta hasta aquellas horas de la noche.

Se quedó quieto bajo el portal de su anticuario, con los ojos cerrados, esperando. Las aletas de su nariz se dilataron y entonces... sonrió. Sus dientes eran pequeños, filosos, casi grotescos. Su sonrisa hizo que el resto de las arrugas de su rostro se acentuaran más y toda su piel pareció hecha de la cera de las velas que se derretían en su salón. Sus ojos eran negros, alargados, y ahora brillaban, cargados de emoción, sabiendo que su espera había valido la pena.

Las dos sombras se hicieron visibles a su derecha, pasaron junto al farol y se dibujaron sobre las baldosas húmedas. La sombra más alta se acercó a su compañera y ambas se fundieron en una única sombra larga y afilada.

Eran dos jóvenes.

El hombrecillo los contempló mientras se acercaban. Cuando estuvieron a menos de diez metros, se dio la vuelta, entró en su tienda y puso el cartel de "cerrado".

—¡Oiga! —se quejó el más joven, frunciendo el ceño con indignación.

Era un adolescente de unos dieciséis años, delgado, pálido y con la revuelta cabellera de un color rubio cobrizo. Sus ojos eran grandes, azules y se veían asustados, casi rozando la desesperación. Sus manos esbeltas se apoyaron sobre la puerta y quedaron estampadas allí gracias a la humedad, dos ganchudas y fantasmagóricas arañas fosilizadas sobre el vidrio.

—Está cerrado —exclamó el dueño. Su voz era aguda y chillona, como salida de un circo.

Entonces el hombrecillo se fijó en el otro joven.

Era un muchacho más grande que el rubio y era demasiado diferente como para ser su hermano. Tenía el cabello negro y lacio como la lluvia. Le pareció

ver algo extraño en sus ojos.

Eran de colores distintos.

El derecho era de un celeste puro, casi transparente, y el izquierdo era marrón claro, como una gota de miel. A diferencia de su compañero, este muchacho no se veía alterado. Más bien parecía aburrido y contemplaba al hombrecillo a través de la puerta con una expresión entre seria y sospechosa.

—¡Por favor, ábranos! —pidió el menor, juntando sus manos en actitud de rezo.

Al verlo, el dueño del anticuario casi se echó a reír. Había algo en ese chico que le resultaba conocido, como si algún artista del Renacimiento se hubiera inspirado en su rostro de rasgos dulces para pintar a las doncellas vírgenes. Había algo en ese rostro que al hombrecillo le parecía extraño, como fuera del tiempo. El chico rubio acercó su cara al vidrio y el hombrecillo pudo ver las perlas de sudor que resplandecían sobre sus labios rosados y en su frente pálida. Entonces, el hombre le apoyó la mano en el hombro y el niño giró la cabeza, mostrando su cuello.

En ese momento, algo se movió. Algo brilló sobre el pecho del joven, captando la luz que se agitaba a su alrededor. El chico vestía una camiseta blanca y unos vaqueros celestes que le llegaban hasta las rodillas. En los pies llevaba unas zapatillas algo viejas y sucias, sin calcetines. Ahora que lo miraba mejor, toda la ropa del chico parecía estar algo sucia. Su cabello despeinado se veía opaco, grasiento.

El hombrecillo se concentró en aquello que le había llamado la atención. Era una gema de color aguamarina y estaba engarzada en un dije de plata. La cadena también era de plata, de eslabones redondos perfectamente labrados.

—Vamos, Lucienne —dijo el hombre. El dueño se estremeció al oír esa voz. No era melodiosa y juvenil como la del chico. Era gruesa, cavernosa, grave, como salida del inframundo—. Es tarde.

—¡De acuerdo! —exclamó el hombrecillo. Y para que su emoción no se notara, dejó caer un suspiro. Con lenta parsimonia, sacó las llaves y abrió la puerta.

El rostro del chico se transformó: su ceño se relajó y sus manos dejaron de retorcerse. Su boca dibujó una sonrisa y sus dientes atraparon el labio inferior, ansiosos.

—Adelante. Límpiense los pies, por favor. Acabo de encerar.

Los jóvenes entraron, se sacudieron los zapatos en el tapete y avanzaron hacia el mostrador. El hombrecillo, de espaldas a ellos, no pudo contener la

sonrisa.

El chico rubio miraba hacia todos lados, como queriendo abarcar con los ojos todos los tesoros que dormían en el salón. Se detuvo junto a Afrodita y acarició los pliegues de su túnica. El mayor, en cambio, se mantuvo detrás de él sin prestarle atención a nada en particular.

El dueño se ubicó detrás de su mostrador y se subió al cajón de manzanas. Ese fue el único momento en que observó algún tipo de expresión en el rostro del hombre. Parecía divertido de que el hombrecillo tuviese que subirse a un cajón de manzanas para atender a sus clientes.

—¿En qué puedo ayudarlos?

El chico rubio se quitó la cadena del cuello y la apoyó sobre el mostrador.

—Doscientos cincuenta —dijo el dueño, apenas la gema hubo tocado el vidrio—. Ni un centavo más—. Pero el chico negó con la cabeza.

—No quiero venderla —susurró—. Quiero saber qué es.

El mayor bajó la mirada hacia la gema y luego miró al hombrecillo. Sus extraños ojos se entrecerraron con malicia, como desafiando al dueño a que se atreviera a develar la naturaleza de esa joya.

El hombrecillo extendió la mano derecha y el chico levantó la gema y la colocó sobre su palma abierta. El hombrecillo sonrió. Con la izquierda abrió un cajón y extrajo un artilugio en forma de copa que se calzó en el ojo. Luego acercó el dije a su rostro.

—Es una gema que se llama *menkalinen* —explicó, girando la joya frente a su copa—. Es muy rara y solo se la encuentra en Egipto.

—Egipto —repitió el chico, en voz baja—. ¿Por qué solo allí?

El dueño se quitó la copa del ojo y contempló al chico con una sonrisa entre emocionada y divertida.

—Pregúntale a la naturaleza, muchacho. —El hombre carraspeó—. ¿Estás seguro de que no quieres venderla? Te doy trescientos...

—No —interrumpió el chico—. No puedo venderla. Gracias. —Y alargó su mano. El hombrecillo le devolvió la gema, pero antes dijo:

—Cuatrocientos.

El chico rubio tomó la cadena y volvió a colgársela al cuello. Su silencio era una negativa, pero el dueño pudo ver brillar la duda en sus frescos ojos azules. ¿Por qué se negaba, si era evidente que no tenía ni un centavo encima? ¿Por qué su compañero permanecía en silencio?

Ambos jóvenes se voltearon y comenzaron a alejarse. Las luces los envolvieron de sombras que se derramaron sobre el suelo de madera y sobre

las alfombras de las princesas de India.

—¡Quinientos!

Pero el hombre abrió la puerta y la sostuvo para dejarle el paso al chico rubio.

Ya fuera de la tienda, el joven y el hombre desaparecieron del campo visual del hombrecillo. Y con ellos la gema, la piedra preciosa que el menor se había negado a venderle. El hombrecillo respiró profundamente y el aroma del incienso le raspó la garganta, haciéndole toser. Con una risa divertida, escupió en el cesto de basura.

1

ADICTO A LA NOCHE

*No obstante, para amar se hizo la noche,
y volver pronto el día,
sin embargo, otra vez no pasearemos
a la luz de la luna.*

NO PASEAREMOS JUNTOS HASTA TARDE..., Lord Byron

Lucienne cruzó los brazos sobre el alféizar de la ventana. La brillante ciudad de París latía bajo sus ojos como un corazón extraño y precioso. El calor era agobiante. La humedad le había erizado el cabello y sus mechas rubias se levantaban sobre su cabeza, rebeldes, desafiando la gravedad que le mantenía los pies en el suelo. *Volar*, pensó. ¿Qué se sentiría volar? Atravesar aquella ciudad pegajosa en medio de la noche, llenarse los oídos del fragor monstruoso de los barcos que zarpaban, de las fábricas que no se cesaban su actividad, de los autobuses que surcaban presurosos el ambiente acariciado por la contaminación.

Sintió un mareo repentino. El alféizar de la ventana tan solo le llegaba al ombligo y en su ensueño, su cuerpo se había ido inclinando hacia la noche. Abrió los ojos, con el corazón acelerado. El cigarrillo que había estado fumando resbaló por entre sus dedos y se perdió para siempre en medio de la viscosidad nocturna. ¿Cómo sería caer... así, como el cigarrillo? Desintegrarse, hacerse trizas, desaparecer. Morir.

—Ven aquí —exigió Absalón.

Lucienne dio un respingo.

La voz de ese hombre le causaba una sensación extraña, algo que sin llegar a ser temor, le hacía sentirse incómodo.

Lucienne no sabía quién era Absalón. Cuando despertara, una semana atrás, lo primero que observó fueron los ojos de ese hombre. Diferentes, profundos, casi asustados, los ojos lo habían contemplado desde allí arriba, desde ese rostro desconocido. Lucienne quiso preguntarle quién era... hasta que se dio

cuenta de que tampoco sabía quién era él mismo.

Corrió las cortinas de la ventana y la vieja tela se llenó de diminutos puntos de luz; de insectos que la agujoneaban, luchando por pasar a través de ella y llegar a la pequeña habitación.

Lucienne suspiró y se sentó en la pequeña cama. Hacía seis días dormía allí con Absalón. Es decir, intentaba dormir. Era como si antes de despertar hubiese vivido de noche, ya que el sueño lo lastimaba durante el día. Por las noches, su espíritu se hinchaba como un globo de ganas de perderse por París, de descubrirla, de sumergirse en su tibia oscuridad.

Pero eso era algo que Absalón no estaba dispuesto a consentir, aunque Lucienne se daba cuenta de que se sentía igual que él. Pasaban las horas diurnas en un alarmante estado de somnolencia y por las noches, cuando el sol se desangraba en su lecho de nubes acosadoras, volvían a la diminuta habitación alquilada donde solo reinaba el silencio.

Lucienne ya había desistido de que Absalón le revelara quiénes eran. Cuando despertara, el hombre se había sentado a su lado sobre el césped del parque, sin contestar ninguna de sus preguntas.

¿Qué sucede? ¿Qué me ha ocurrido? ¿Qué es este lugar? ¿Dónde estoy? ¿Quién eres?... ¿Quién soy?

Lucienne todavía cargaba esas preguntas sobre su espalda. Y con cada día que transcurría, sentía que le pesaban más.

Absalón no era una mala persona, aunque hablaba poco y nunca sonreía. Lo suyo era más la acción que la charla, más la seriedad que la euforia. Pero era sarcástico y tenía la lengua afilada para lanzar comentarios ácidos.

—¿Vas a acostarte o piensas dormir sentado?

Absalón, tal vez pensando que el muchacho tenía frío, se levantó, atravesó el dormitorio y cerró la ventana. Volvió a girarse y quedó frente a la cama, con sus extraños ojos clavados en el joven. Entonces comenzó a quitarse la camisa. Era negra, de botones perlados. En medio del silencio, los chasquidos de los botones resonaron por encima del lejano ruido que serpenteaba cincuenta metros más abajo. Estaban en un décimo piso y desde allí, durante el día, podían ver el río. Por las noches, la luz de París se levantaba desordenada sobre los edificios como si la hubieran colocado en una licuadora para luego volcarla sobre la ciudad.

Lucienne contempló a Absalón mientras se quitaba la ropa. Sabía que ya había observado esa escena antes. Es decir, antes de que despertara. El cinturón de Absalón emitió un suave tintineo. Con cuidado, el hombre dobló

prolijamente sus pantalones y los colgó en la única percha que se balanceaba en el closet vacío.

La habitación era diminuta, pero como el único mueble que había allí adentro era la cama, su pequeñez se disimulaba bastante bien. Afortunadamente, el miserable cuarto poseía un baño propio, estrecho, triste y gris. No tenía bidé y en el lugar donde debía haber estado la tina tan solo había una ducha oculta por una cortina de plástico sembrada de hongos. Al menos tenían agua corriente, pensaba Lucienne cada vez se metía en la minúscula ducha.

Les habían alquilado esa habitación por quince días; Absalón se había encargado de pagar y Lucienne sabía que el dinero se les estaba acabando. Pasado ese tiempo, deberían buscar otro sitio. Se rumoreaba que el edificio sería comprado por una familia extranjera que lo transformaría en un hotel.

El hombre terminó de desnudarse y se acercó a la cama. Lucienne ahogó un quejido cuando sintió que lo tomaba por los hombros.

Con brusquedad, Absalón le quitó la camiseta y la arrojó al suelo.

—Vamos a dormir —exclamó.

—No tengo sueño —farfulló Lucienne, acurrucándose contra la pared.

Absalón lo miró de mal humor, pero luego suspiró, se metió en la cama y apoyó la cabeza en la almohada. Apartó la sábana con el pie. Hacía calor.

Lucienne se giró y quedó boca arriba, con el rostro mirando hacia el techo. La pintura se estaba agrietando, formando pequeños ríos sobre los muros entristecidos. En el ángulo de uno de los rincones, Lucienne notó que algo se movía. Era una telaraña blanca, casi traslúcida, que se mecía al compás de las patas de su dueña.

—Sé que no tienes sueño —dijo Absalón al fin—. Pero debes dormir.

Lucienne apartó la mirada de la telaraña y se apoyó sobre su costado derecho.

—¿Por qué? Tú tampoco tienes sueño. ¿Por qué no volvemos a la calle? No tengo ganas de estar aquí encerrado.

El rostro de Absalón no sufrió ningún cambio. Su perfil se recortaba contra el gris sucio de la puerta del baño entreabierta. Por el pequeño resquicio se alcanzaba a divisar el celeste de los azulejos y el extraño resplandor que reflejaba el espejo. Lucienne levantó un poquito la cabeza y miró hacia la ventana. Las cortinas se balanceaban con la brisa y las luces de la ciudad se escurrían entre ellas, ansiosas, temblorosas.

El pecho de Absalón se hinchó con un suspiro. Lucienne pensó que en el

tiempo que llevaban juntos le había escuchado más suspiros que palabras.

Y otra vez el *déjà vu*. Decidió no hacerle caso, porque pensaba que si estaba condenado a no recordar nada de su pasado, alimentar su presente con incoherencias dejaría su futuro tan enflaquecido como la pobre araña que se columpiaba sobre el techo, a la espera de una presa lo suficientemente estúpida como para dejarse devorar. Pero Lucienne solo tenía los *déjà vu*. Y era en vano intentar olvidarlos. El peor de todos era el que se presentaba cuando Absalón se quitaba la ropa. No había que ser un genio para darse cuenta de lo que eso podía significar.

¿Acaso Absalón y él habían mantenido algún tipo de relación íntima?

Pero ni siquiera ha intentado nada, se dijo Lucienne. Y esa no era la forma en que habría actuado un amante.

—Debemos ir a Egipto —susurró Lucienne, llevándose la mano al pecho. Sus dedos se encontraron instintivamente con la textura fría y suave de la gema. Si tan solo pudiese recordar de dónde la había sacado...

Absalón cerró los ojos y suspiró de nuevo. Lucienne se mordió el labio, porque sabía que el hombre estaba harto de él. Y si así era, ¿por qué seguía a su lado? ¿Por qué todavía insistía en que ambos pasaran las horas nocturnas allí durmiendo juntos, mientras la noche de París abría las piernas para quien quisiera poseerla?

Lucienne sentía que se estaba volviendo loco. Sí, eso tenía que ser. Él tenía que estar en coma en algún hospital y Absalón tan solo era la alucinación que atormentaba sus últimas horas de vida. Quizás, cuando abriera los ojos, se encontrara en una habitación de hospital, con una máquina dibujando los movimientos de su corazón y una aguja atravesándole las venas. Quizás hallara en esa habitación un rostro conocido, tal vez el de una madre. O de un padre. O de un hermano.

O quizás nunca más abriera los ojos. Y muriera. Pero cuando finalmente los abrió, sus ojos se encontraron con los de Absalón y supo que todo era real. Él no estaba en coma en ningún hospital. Estaba allí, vivo, muy vivo. Y dándose cuenta de que habría preferido estar muriéndose, se largó a llorar.

Absalón se acercó y lo cubrió con su cuerpo. El calor era insoportable, pero Lucienne no quiso apartarse de él. El hombre no dijo nada. Soltó un bufido de exasperación y le acarició al chico el cabello.

—Deja que me vaya de aquí —sollozó Lucienne contra su pecho. Respiró profundamente y cerró los ojos con fuerza. El *déjà vu* llegó a él con tanta violencia que pensó que sería absorbido, que aquella desesperante sensación

que no comprendía se quedaría para siempre atormentándolo desde los rincones más recónditos de su cerebro—. No aguanto estar toda la noche encerrado. Quiero salir. Si no me soportas, al menos deja que me vaya de aquí y así no podré molestarte más.

Absalón le dio un puñetazo a la pared y Lucienne se estremeció, sollozando. Era la primera vez que lloraba desde que despertara. Era la primera vez que se sentía tan desesperado.

—¿Que no te soporto? Si no te soportara no estaría aquí contigo. —La voz salió cavernosa, profunda y el *déjà vu* se hizo más intenso, más mareante.

Lucienne apretó los dientes y las lágrimas rodaron por sus mejillas pálidas y se perdieron por su cuello. Respiró, y el aroma del cuerpo de Absalón le inundó los sentidos. Entonces, por un momento, solo por un instante... sintió paz. Quiso aferrarse a ella, colgarse de esa sensación tan preciosa y dormirse entre sus brazos. Pero no lo logró. La paz se extravió entre sus lágrimas, entre su llanto. La paz se mojó, se evaporó en el aire, ofendida.

—Sé que me odias. ¿Por qué no me dices quién eres? ¿Por qué no me dices...? —se calló, porque aquella pregunta le dolía, le lastimaba el alma, le recordaba que si él no podía saber quién era... lo más probable era que no fuese nadie—. ¿Por qué no me dices quién soy? Yo no...

Absalón se molestó. Con un movimiento brusco, acorraló a Lucienne contra la pared y le cubrió la boca con el brazo. El chico gimoteó de dolor, de sorpresa. Sus ojos azules se abrieron, asustados y mojados, y observaron al hombre que les devolvía en su mirada una ira terrible.

El ojo izquierdo era de color oro. El derecho, celeste.

Monstruo, pensó Lucienne, aterrorizado. Curiosamente, era la primera vez que los ojos de Absalón le causaban miedo.

—Escúchame bien —dijo el hombre, entre dientes, casi sin mover los labios—. Yo no te odio, ¿entiendes? Yo estoy aquí porque siempre hemos estado juntos. Eres mi amigo y te quiero. Ahora duérmete de una vez.

Y lo soltó.

Y Lucienne se quedó quieto, sollozante, tembloroso.

¿Amigos? ¿Acaso esa era la forma en que se comportaban los amigos? Estaba harto del encierro. Se asfixiaba.

Sentía que los grises muros de aquella miserable habitación se contraían cada vez más y que cuando despertara, el dormitorio sería tres veces más pequeño que la noche anterior. En un par de días más, la habitación se fundiría con ellos dos adentro y Lucienne dejaría de respirar.

—Por favor —susurró con un hilo de voz, cubriéndose el rostro con las manos—. Necesito salir de aquí.

—¡No necesitas salir! —gritó Absalón, incorporándose. Irritado, se sostuvo la cabeza con las manos, como si las ideas le pesaran.

Lucienne se encogió y enterró el rostro en la almohada para ahogar sus sollozos. Absalón estaba en lo cierto. Lo que él necesitaba no era salir. Lo que su cuerpo le exigía era la noche. Por eso había estado a punto de caerse por la ventana. Su cuerpo sabía lo que necesitaba.

La luz seguía encendida. Absalón nunca la apagaba para dormir. A Lucienne le fastidiaba. ¿Cómo pretendía ese hombre que durmiera con la luz prendida?

—No necesitas salir... —repitió Absalón, con voz más suave, tal vez intentando disculparse por su rudeza.

Lucienne tomó aire y se irguió.

—¿Sabes una cosa? —dijo, con el rostro atravesado por la congoja—. Creo que tú sí sabes que lo necesito, pero no quieres que salga de aquí. ¿Por qué?

Absalón levantó la mirada y por un momento Lucienne pensó que iba a revelarle todo. Pero no fue así. Sus ojos se encontraron y hubo un instante de reconocimiento mutuo, pero nada más. Ni secretos, ni tesoros escondidos, ni respuestas.

—Es verdad —admitió el hombre—. Pero no puedo decírtelo.

El corazón de Lucienne dio un brinco.

—¿¡Por qué?! —gritó, desesperado.

Absalón lo tomó del cabello de la nuca, haciéndole callar. El chico emitió un agudo gemido de dolor.

—Porque no quiero que te maten, ¿has entendido?

Y volvió a soltarlo con la misma violencia. La cabeza de Lucienne se golpeó contra el muro y el chico gimió de nuevo, acongojado y dolorido.

Absalón profirió un gruñido. Chasqueó la lengua y se mordió el labio al ver allí a Lucienne, hecho un ovillo y con el rostro desarticulado por la angustia.

—Ven... Joder, lo siento —susurró con la voz rota, alargando el brazo hacia él—, ven aquí, vamos... —el chico lo contempló con desconfianza—. Ven aquí, acércate... perdóname.

Lucienne obedeció. Lentamente, se fue acercando a Absalón y cuando estuvo lo suficientemente cerca, el hombre lo atrapó entre sus brazos y lo

meció con algo parecido a la ternura. Hizo que se recostara.

—Duérmete —dijo.

—No puedo —replicó Lucienne.

El hombre le rodeó la cintura con el brazo derecho. El chico sabía por qué lo hacía. Temía que huyera.

—Inténtalo, vamos. ¿No estás ni un poco cansado?

Lucienne sintió un agradable cosquilleo en la nuca. Cerró los ojos, relajado, hasta que se dio cuenta de que era el propio Absalón soplando sobre su piel desnuda.

—¿Qué haces...? —musitó, adormilado.

¡Adormilado!

Así era. Milagrosamente, el sueño había acudido a él como una bendición.

—Debemos... ir a Egipto...to —farfulló mientras sus párpados cedían.

—Sí, Egipto —replicó Absalón con sarcasmo.

Pero Lucienne no pudo oírlo. Ya estaba durmiendo.

En cuanto Lucienne cayó dormido, Absalón lo soltó y se levantó de la cama de un brinco. Con un mohín, pensó que había hecho su buena acción del día. Lucienne dormiría el resto de la noche y él, en cambio, permanecería en vela cuidando de ambos.

No podía permitir que nadie descubriera su paradero.

Sacó su ropa del clóset y volvió a vestirse. Luego fue al baño y metió la cabeza bajo la ducha. El agua fría le despejó la mente y le aclaró las ideas. Por ejemplo, supo que no podía mantener encerrado a Lucienne por mucho tiempo más.

¿Cuánto tardaría el chico en recordar todo? ¿Alguna vez lo haría?

Absalón estaba desconcertado y desesperado. Jamás se habría imaginado que Lucienne fuese a perder su memoria. Se miró al espejo y éste le devolvió su rostro, transformado en una mueca. No era una sonrisa, porque hacía mucho tiempo que Absalón no sonreía. Era más bien un gesto burlón, un gesto malicioso.

Absalón no quería que Lucienne recobrar sus recuerdos.

La expresión del rostro del espejo cambió. Ahora las cejas estaban fruncidas y la boca, entreabierta casi en un gesto de súplica. Con el detalle de que Absalón no tenía nadie a quien suplicarle nada. Y aunque lo hubiese tenido, él no era de pedirle favores a la gente.

Más bien todo lo contrario.

Eran las personas las que acudían a él en busca de auxilio.

A veces los seres humanos eran tan, pero tan simples. Exigían dinero, automóviles, mansiones de lujo. No tenían verdadera conciencia de su naturaleza, no valoraban aquello que no podían ver. Algunos ni siquiera creían que en verdad poseían un alma inmortal. Y Absalón se aprovechaba de esa ignorancia cada vez que la oportunidad se le presentaba.

Se acercó a la cama y, aunque estaba seguro de que Lucienne dormía, lo tomó por un hombro y lo sacudió. El chico no despertó. Absalón estuvo a punto de sonreír, pero no lo hizo. Se aproximó al pálido rostro del joven dormido y con la punta de los dedos acarició la gema que brillaba allí, en su cuello. Suavemente, se inclinó hacia los labios de Lucienne y los acarició con los suyos.

Se dirigió hacia la ventana y corrió las cortinas. París resplandecía como una extraña perla en el fondo del mar y, por un instante, Absalón compadeció la desesperación del pobre Lucienne. La noche era brutalmente hermosa.

Se sentó en el alféizar. Con las piernas colgando a cincuenta metros del suelo, respiró profundamente la fragancia nocturna. El aire se notaba húmedo, caliente, pesado, pero él no le daba demasiada importancia a esos detalles. La noche había sido creada para ellos, para los seres que, como Absalón, jugaban a las escondidas con los seres humanos. La noche era de los fantasmas, los demonios, los hombres lobo y los vampiros.

La noche era de Lucienne y Absalón.

—*Bonne nuit*, mi bello durmiente —exclamó en voz alta.

Y se dejó caer.

EL ECONOMISTA

*¡Qué hermosos son los astros en las tibias veladas!
¡Qué profundo el espacio!
¡Qué fuerza el alma toma!
Sobre ti al inclinarme, reina de las amadas,
creía respirar de tu sangre el aroma.
¡Qué hermosos son los astros en las tibias veladas!*

EL BALCÓN, Charles Baudelaire

El aire le despeinó el cabello y le arrugó la camisa. Nada era comparable con volar. Absalón atravesó la noche y se deslizó limpiamente a través de ella hasta llegar el suelo.

Tenía que encontrar la manera de que Lucienne olvidase esa tontería de irse a Egipto, pensó mientras alisaba las arrugas de su camisa. Se peinó con los dedos sin mucha parsimonia y comenzó a caminar.

Absalón detestaba el calor. Aunque, por otro lado, le gustaba el aroma de las flores que solo se hacía presente en primavera. Concluyó que entonces prefería el verano. O al menos, que debía preferirlo. No le agradaba ver las ciudades vacías cuando la nieve lo cubría todo. Prefería el tumulto, el ruido, las risas.

Era en verano cuando Absalón tenía más trabajo. Tal vez estuviese relacionado con las vacaciones, que era cuando las personas tenían más tiempo libre para sentarse en el sillón y pensar en lo patéticas que eran sus vidas.

Los países donde Absalón más trabajo tenía eran Japón y los Estados Unidos. Y de eso sí sabía el motivo. Eran los países con más alto nivel de suicidios del mundo. Ah, los suicidas. Esos sí eran personas inteligentes. Cobardes, quizás. O tal vez los más valientes de los cobardes. O después todo, valientes en realidad.

Absalón pensaba que había que ser muy inteligente para preferir la muerte

a que venderle el alma al diablo.

Y a él le caían tan mal los seres humanos inteligentes...

Se detuvo junto a una enorme tienda de aparatos electrónicos. A pesar de que ya estaba cerrada, los televisores permanecían encendidos para atraer a los compradores. Absalón chasqueó la lengua. Todos los televisores estaban sintonizados en el mismo canal y mostraban imágenes acerca del calentamiento global. Si hubiese podido reírse, Absalón lo habría hecho y con muchas ganas.

Ah, qué más daba. La raza humana podía arrancarse los ojos por un trozo de hielo que flotaba en el océano, pero seguía siendo tan miserable y degenerada como hacía mil años atrás. En realidad, Absalón sabía que a nadie le importaba el calentamiento global. Ninguno de los humanos que poblaban la tierra en ese momento viviría lo suficiente.

Los televisores cambiaron de canal automáticamente. Las pantallas resplandecieron todas con los mismos colores y el rostro de un conocido asesino le sonrió a Absalón a través de la vidriera. Pena de muerte, leyó. El sujeto había sido condenado a morir en la silla eléctrica. Para consternación de los familiares de las víctimas que había asesinado a sangre fría, el hombre había confesado uno por uno los crímenes cometidos, deteniéndose en los detalles más morbosos.

¿Qué podían saber los seres humanos de la eternidad, de algo que no tiene principio ni fin?

Sí, eran ellos quienes habían inventado esa palabra mágica, tal como habían inventado el abracadabra de los magos y la guillotina para rebanar los pescuezos de los traidores. Pero ¿podían comprenderlo? ¿Podían siquiera imaginarse lo que la eternidad era en realidad?

«No, no pueden», se dijo mientras caminaba por las estrechas calles de París. Y así debía ser porque, ¿qué otra explicación podía tener que los humanos siguieran firmando pactos con seres como él?

No tenían noción de la eternidad, de lo infinito. Conocían la palabra y la representaban con el número ocho, pero su alcance estaba fuera de su capacidad de entendimiento. No comprendían que sus almas inmortales no podrían volver a la tierra por el resto de los tiempos y por eso preferían condenarse para siempre a cambio de unos pocos años de placer.

Absalón llegó a un parque arbolado. Podía oír las risas de los adolescentes. En silencio y evitando ser visto, se sentó sobre el césped y cerró los ojos, aguardando.

Ese parque era el lugar donde Lucienne había despertado, el sitio al que

Absalón llevara su cuerpo luego del desastre. Lucienne había permanecido durmiendo toda la noche y cuando Absalón ya daba todo por perdido, cuando el cielo comenzaba a clarear y ya se oía el trino de los pájaros, el muchacho milagrosamente había abierto los ojos. Y no era que Absalón creyese mucho en los milagros.

No recordaba jamás haber sentido tanto alivio. Y si lo había hecho alguna vez, por supuesto, no lo recordaba. Lucienne tenía el rostro atravesado por un infantil gesto de somnolencia, una máscara aniñada que no podía pertenecerle pero que, sin embargo, estaba allí.

Absalón había esperado que el adolescente rostro se crispase en una mueca de rabia, que sus ojos de cachorro abandonado se encendieran de cólera. Nada de eso sucedió. Lucienne se había restregado los ojos, aún adormilado. Con un puchero y el ceño contraído, se frotó los antebrazos. Tenía frío.

«¿Qué sucede? ¿Qué me ha ocurrido? ¿Qué es este lugar? ¿Dónde estoy? ¿Quién eres?... ¿Quién soy?».

Una carcajada obligó a Absalón a apartar de su mente a Lucienne. Los adolescentes jugaban a besuquearse y a meterse mano. Eran siete o tal vez ocho y desde donde se encontraba, Absalón podía oler el aroma de la hierba. Era de mala calidad.

En el centro del parque había una fuente con una sirena desnuda. Sin saber muy bien por qué, le dirigió una mirada triste. Se ocultó mejor detrás del árbol y, dándose cuenta de que los jóvenes tenían pensado quedarse allí más tiempo, se recostó entre sus raíces. Un par de hojas cayeron sobre su cabello, pero no se molestó en quitárselas. Estaba atento, preparado. Estaba listo.

En cuanto dos de los adolescentes se pusieron de pie, Absalón supo que había llegado el momento.

Allí estaba ella.

La muchacha se despidió de sus amigos y se alejó entre los árboles con andar sinuoso. Cuando llegó a la esquina, cruzó la calle. Absalón, sin perderla de vista, la siguió.

Concentrado, se dispuso a oírla, a oír lo que su consciencia tuviera que decirle por debajo del maléfico castigo del alcohol.

Sí.

Ella aceptaría. Absalón estaba seguro.

La muchacha era pequeña y esmirriada, como una mujer en miniatura, con sus botas de tacón alto, su falda corta marcándole el trasero y el brillo labial que había cuidado de retocarse luego de cada trago de vodka.

Ella sabía que estaba enferma.

La chica se detuvo en la mitad de la calle, se sostuvo el vientre con las manos y vomitó sobre la acera. Cayó de rodillas al suelo, temblorosa y sollozante.

Entonces Absalón salió de su escondite.

—¿Te encuentras bien?

Ella se sobresaltó y se atragantó con el vómito. Absalón le golpeó la espalda con un gesto de asco. La pobre chica levantó la mirada y él tuvo la sensación de estar contemplando en esos ojos atormentados todas las miserias de la raza humana. Pero en Absalón no había lugar para la clemencia, en primer lugar, porque su propia existencia era fruto de la crueldad. Y algo que nace de una semilla podrida, raramente llega a florecer.

La chica asintió. Tenía el rostro desencajado, húmedo y su aliento apestaba. El largo cabello pelirrojo caía sobre sus hombros pecosos y su rostro pálido lucía aún más fantasmal al ser directamente iluminado por las luces de la calle. Aunque tenía pechos pequeños, llevaba puesta una blusa escotada y Absalón volvió a pensar que aquella criatura frágil y desdichada era tan solo eso, una niña disfrazada de mujer.

—Quieres curarte —le dijo con voz firme, alargándole la mano cuando ella se tambaleó por culpa de la borrachera y de sus botas—. Sabes que morirás, sabes que no pueden operarte...

La chica se soltó de él bruscamente y cayó de nuevo al suelo, peligrosamente cerca del charco de su vómito. Absalón miró hacia ambos costados. La calle estaba desierta. Serio, convincente, se agachó junto a la muchacha y la contempló a los ojos con violenta determinación. Ella intentaba enfocar la vista, pero los párpados se le cerraban. Sus mejillas estaban enrojecidas y sus cejas, fruncidas por encima de su pequeña nariz. Estaba aturdida.

—¿Quién eres? —gimoteó. Al ver los diferentes ojos de Absalón, ahogó un grito e intentó levantarse del suelo. Él, rápido, la detuvo con una mano.

—Escúchame, Ellie, yo puedo solucionar tu problema ahora mismo.

La chica, Ellie, abrió la boca, pero de ella no salió más que silencio.

—¿Qué quieres decir? —dijo al fin, apartándose el cabello de la cara. Sus manos eran pequeñas, de dedos rollizos y cortos. Llevaba las uñas pintadas de rojo, pero la pintura se había descascarado dejando agujeros.

—Puedo hacer que sanes. Sin dolor, sin sangre, sin riesgos. —Antes de que ella replicara que no tenía dinero, Absalón la detuvo—: no te cobraré dinero,

Ellie. Tan solo quiero diez años de tu vida.

Ella soltó un eructo, y otra bocanada de vómito subió hasta su boca. Absalón la ayudó a tumbarse sobre el suelo y la sostuvo por los hombros.

—¿Estás bien?

Ellie se limpió la boca con el dorso de la mano y cayó sentada sobre la acera, con un gesto de dolor. Asintió con los ojos cerrados.

—Ayúdame —sollozó, rompiendo en llanto.

—Lo haré —respondió Absalón, sentándose a su lado—. Pero tenemos que hacer un acuerdo. Yo haré que sanes y que tu cuerpo vuelva a la normalidad. A cambio, tú me darás diez años de tu vida.

Ellie lo miró con reproche, como acusándolo de no ser lo suficientemente claro.

—¿Qué quieres decir...?

—Significa que vivirás diez años menos de los que hubieras vivido si nunca te hubieras enfermado. Si tu muerte ha sido marcada para dentro de ochenta años, morirás dentro de setenta. Yo me encargaré de todo, no te preocupes.

Era el mismo discurso de siempre. Mentía por omisión, por conveniencia. O quizá por bondad.

La muchacha asintió con la cabeza. Su palidez había cedido un poco y su expresión se estaba recomponiendo. Sus labios seguían tensos y miraba fijamente al frente, sin parpadear, como aguardando que de un momento a otro el tumor que flotaba en su interior explotara en sus entrañas.

Absalón se acercó más a ella y le levantó el rostro con las manos.

—¿Aceptas? —le preguntó. Sin mirarlo, ella volvió a asentir—. Debes decir «sí».

Ellie pareció despertar de su trance y clavó sus ojos en él. Eran de un color verde oscuro, opaco, sin vida.

—S-sí —susurró.

Absalón le acarició el mentón y bordeó sus labios con el pulgar. Ella se estremeció. El dedo de Absalón estaba frío.

—De acuerdo.

Entonces, como si Ellie nuevamente estuviese a punto de vomitar, un sonido gutural y ronco se abrió paso por su garganta. Se quedó paralizada, sus ojos se abrieron al máximo. Su boca comenzó a luchar por expulsar aquello que se había quedado atascado en su tráquea.

Absalón lo observó todo sin siquiera parpadear.

Ellie se llevó las manos al cuello, desesperada. De su boca escapaban gruñidos, sonidos ásperos y cuasi animales. El corazón le latía con fuerza en los oídos, podía sentir el repiqueteo de todos sus músculos contra su esternón. Tenía la garganta en llamas, pero no podía cerrar la boca ni tragar saliva para aliviar su sufrimiento, tan solo podía gimotear de dolor y aguardar porque sabía que aquello se estaba moviendo, subía por su interior y, si todo salía bien, sería expulsado hacia afuera.

Desconsolada, Ellie se echó sobre la acera y se apretó el cuello con las manos para que aquella cosa por fin escapara. Su cabello pelirrojo se volcó sobre las baldosas húmedas y calientes, el taco de su bota se hundió en el charco de vómito.

Entonces, milagrosamente, algo caliente acarició su úvula y se deslizó por su lengua. Ellie tosió con fuerza y la diminuta esfera de luz saltó entre sus labios y quedó flotando en el aire, en medio de la noche. Era como una estrella diminuta, apenas una bola luminosa, blanca, que bailoteaba alrededor de ella, quizá sabiendo que jamás podría volver a su interior. Eran los diez años de vida que Absalón le cobraría por llevar a cabo el milagro.

Absalón alargó la mano hacia la esfera de luz y con el dedo índice la guió hasta su propia boca. La bolilla se inmiscuyó entre sus labios con elegancia y atravesó su garganta limpiamente sin que él emitiera ningún un quejido de dolor.

Después de miles de años haciendo pactos con la raza humana, Absalón ya se había acostumbrado.

—Ya está —exclamó en voz alta.

Ellie sollozaba de angustia, encogida sobre la acera y frotándose la garganta lacerada.

—Dejará de dolerte en un rato —dijo Absalón, poniéndose de pie. Pero cuando se giró y comenzó a caminar en la dirección contraria, Ellie lo detuvo con un grito:

—¡Espera!

Absalón se volteó.

—Cierra los ojos —le dijo a la muchacha. Entonces alzó la mano derecha y, lentamente, fue retorciendo con ella el aire invisible que la rodeaba.

Ella no gritó. Se rodeó el vientre con los brazos y de repente... supo que el intruso se había ido. Estaba salvada.

—Gracias —gimió, gateando sobre la acera hasta donde un segundo antes había estado Absalón. Pero él ya había desaparecido.

Ellie se puso de pie y se quitó las botas. Los pies le dolían a morir. Caminó lentamente hasta su casa, sin preocuparse por la hora, por que ese día debía ir a la escuela, o por el niño de dos años que lloraba en su cama, clamando por alimento.

El apartamento estaba sumergido en un silencioso de muerte. Su hermano dormía y en sus sueños soñaba que era alimentado por una preciosa doncella pelirroja de ojos verdes y pechos benévolos.

Ellie pasó de largo junto al dormitorio de sus padres y entró en su habitación. Cerró la puerta, suspiró y se echó a llorar otra vez. Pero eso no la detuvo. Llenó una mochila con ropa, con las pequeñas cosas que más apreciaba y se echó en la cama para dormir una hora antes huir de esa casa miserable para siempre. Programó el despertador y apoyó la cabeza en la almohada, ya sintiéndose mejor. Sanada de su enfermedad, enseguida se quedó dormida.

Lucienne tenía pesadillas. Estaba en una cárcel, rodeado de personas que lloraban y gritaban, pidiendo auxilio. Allí adentro hacía frío. Las personas se empujaban, se mordían, se escupían, se insultaban. Lucienne no podía ver los muros de aquella prisión, pero sabía que estaban encerrados.

Extrañamente, no veía los rostros de ninguna de esas personas. Eran como sombras, sombras frías y gelatinosas que se movían, que gritaban de puro desconsuelo. Y Lucienne también estaba angustiado. Lo habían confinado allí, junto a todas aquellas sombras miserables. Y él sabía que no pertenecía a ese lugar. Lucienne no era una sombra, no merecía estar encerrado.

Lucienne no era una sombra, pero no sabía exactamente lo que sí era.

Se despertó sobresaltado, con los latidos del corazón martilleándole las sienes. Respiró, se limpió el sudor de la frente con la punta de la sábana y se dio cuenta de que estaba solo en la cama.

Absalón se había ido.

Con un acceso de pánico, pensó que tal vez lo hubiese abandonado, que ese hombre se había cansado de su llanto patético, de verlo con el rostro envuelto en lágrimas. Entonces se dio cuenta de algo: no le había causado vergüenza llorar frente a Absalón.

—¿Absalón? —le preguntó a la oscuridad. La luz estaba apagada, algo realmente extraño. Todavía no había amanecido.

Lucienne no llevaba reloj, pero estuvo seguro, sin saber muy bien por qué, que al menos faltaban dos horas para que saliera el sol.

—¿Absalón? —repitió, con la esperanza de que su compañero estuviese en el baño. No hubo respuesta. Absalón no estaba allí.

Absalón lo había dejado.

Pero ¿no era eso lo que Lucienne deseaba? ¿Liberarse de ese hombre tan extraño que lo obligaba a cumplir cada palabra que salía de su boca?

No, no era cierto. Y si no era cierto era porque Lucienne no tenía a dónde ir, porque estaba completamente a la deriva. Y si Absalón se había ido, ¿qué haría él solo, sin nadie en quién confiar, sin ningún sitio donde echarse a dormir durante las horas diurnas?

Cuando encendió la luz y vio que, en efecto, tanto la pequeña habitación como el baño estaban vacíos, se preguntó qué hacía todavía allí adentro.

Debía huir. O al menos salir a dar un paseo, a saludar la noche que lo había contemplado dormir hasta que la pesadilla lo asaltara. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que no tenía pertenencias. Había despertado tan solo con la ropa que llevaba puesta. Una camiseta blanca, los viejos vaqueros desteñidos y aquellas zapatillas mugrientas que dos días atrás había lavado en la fuente de un parque, a la vista de los transeúntes que lo observaban con lástima.

Y la gema.

La gema de color aguamarina que aquel hombrecillo le había dicho que provenía de Egipto. ¿Había cometido un error al negarse a venderla? Tal vez hoy pudiera volver y aceptar la oferta.

Lucienne sacó su camiseta del clóset y se vistió. Se calzó las zapatillas, apagó la luz y salió al pasillo del alto edificio.

Allí solo se oía el silencio. Todos los inquilinos dormían. Mientras caminaba hacia el elevador, pensó en la pesadilla. Aquellas sombras, todas encerradas en esa prisión... Concluyó que el mal sueño había sido una proyección de sus propios sentimientos. El encierro, la desesperación de no poder salir de aquel dormitorio donde se sentía asfixiado.

¿Dónde estaba Absalón? ¿Qué diría cuando no lo encontrara? ¿Lo buscaría? ¿Se sentiría aliviado?

El elevador llegó al décimo piso. Lucienne entró y cerró las dos puertas detrás de sí. Una frase se dibujó en su mente, salida de la nada, como susurrada por una voz desconocida: el que se va sin que lo echen, vuelve sin que lo llamen. Jamás había oído aquella frase, pero parecía tener sentido. ¿Volvería él mismo a aquel dormitorio, luego de satisfacer sus ansias de noche y comprender que ella no tenía para ofrecerle nada más que rameras y drogas?

De repente, el elevador se quedó inmóvil. Lucienne quiso abrir la puerta,

pero se había trabado. Entonces comprendió que el elevador estaba detenido entre dos pisos y que la puerta no se abriría.

—¡Maldita sea! —gritó enfurecido, dándole un puñetazo al muro—. ¿¡Hola?! —bramó, con toda la fuerza de sus pulmones—. ¿¡Alguien me oye!? ¡Estoy en el elevador!

Nada.

Sus gritos eran ahogados por los cuatro lados de aquella caja mecánica, por los muros del pasillo, por las puertas de las casas, por las paredes de aquellas, por sus puertas interiores y por el cansancio de los inquilinos que llegaban del trabajo a la medianoche y se echaban en sus camas para recuperar la fuerza para volver al trabajo.

La espalda de Lucienne resbaló por el muro y el muchacho cayó sentado sobre el mugriento suelo del elevador. Se quedaría allí las dos horas de noche que restaban, las dos horas que faltaban para que comenzara a salir el sol y el primer obrero llamara al elevador.

Lucienne suspiró. Se lo tenía merecido, pensó. Tal vez Absalón no fuera tan malo, tal vez en verdad estaba tratando de protegerlo. Alzó la mirada hacia el techo del elevador. Estaba sucio y un pequeño enjambre de insectos revoloteaba alrededor del foco grasiento.

En realidad, todo en aquel edificio parecía estar sucio. El sitio jamás había terminado de construirse y por eso las habitaciones y apartamentos eran baratos. Afortunadamente, había electricidad y agua corriente, pero no pasaba un día sin que Absalón y él vieses u oyesen a algún vecino quejándose de la mierda de lugar donde vivía.

A Lucienne, que no tenía hogar, la pequeña habitación con baño propio del décimo piso a veces le parecía el paraíso.

Absalón se materializó junto a la cama. Convencido de que Lucienne estaría allí, aún dormido, deslizó el brazo por el colchón en busca de su cuerpo. En la otra mano llevaba la bolsa del desayuno. Dos cafés recién hechos y una caja de bollos confitados. A Lucienne le fascinaban las golosinas.

Enseguida notó que el muchacho no estaba allí. La bolsa cayó al piso con un ruido seco y Absalón se lanzó en pos del interruptor. Una humilde luz dorada se desparramó por la habitación, tiñéndolo todo de naranja. La sombra de Absalón se proyectó sobre el suelo.

Lucienne no estaba.

Maldijo en voz alta, insultando su incompetencia, y abrió la puerta del baño con una patada. Allí solo se oía el incesante gotear del grifo, solo se olía el desagradable hedor de la humedad mezclada con cal.

No tenía que haber dejado solo al muchacho. No debía haberlo hechizado para intentar que durmiera. Su magia no había sido suficiente, el cuerpo de Lucienne se había rebelado. Y ahora estaban en problemas.

¿Y si en verdad no se había ido?

¿Y si lo habían secuestrado?

«¿Pero quién? Joder, ¿quién?», pensó a toda velocidad. Nadie los había visto. No había sentido la presencia de ningún demonio ni ningún ser sospechoso.

Lucienne se había fugado por sus propios medios. Y Absalón tenía que descubrir por qué su magia no había dado resultado.

Aunque sabía que nadie lo vería si volvía a lanzarse por la ventana, Absalón salió por la puerta. Si Lucienne había escapado a pie, su rastro aún tenía que seguir en el aire. Salió al pasillo y cerró los ojos, tratando de concentrarse. Las aletas de su nariz se dilataron y... respiró profundamente.

Allí estaba. La esencia de Lucienne era única, inconfundible. Olía a rosas, vino tinto y sal marina. Embriagado, Absalón se apoyó sobre un muro y volvió a inspirar, presa del éxtasis. Un estallido de sensaciones eróticas se abrió paso por su cuerpo y sintió que comenzaba a excitarse. Al darse cuenta, lanzó una carcajada. Una risa fría y sarcástica, pero llena de sorpresa. Nunca había podido sentir en su interior la fragancia de Lucienne y ahora aquello que siempre había deseado estaba allí, flotando en el aire, a la deriva.

Era como estar junto a Lucienne, oír sus suspiros, sentir sus hábiles manos recorriéndolo, descubriéndolo...

Pero había algo extraño en su fragancia, algo que Absalón jamás había percibido en ella. Un cuarto olor, un último olor que él solo pudo sentir cuando ya se había llenado el cuerpo del aroma de las rosas, cuando ya se había emborrachado con el vino, cuando ya se había visto a sí mismo nadando en medio del océano...

En la esencia de Lucienne había olor a azufre.

Absalón comenzó a toser. Aturdido, miró a su alrededor, desorientado.

—¡Mierda! —vociferó. Se había dejado llevar. Había permitido que el embrujo de Lucienne lo atrapara—. ¡LUCIENNE! —bramó con toda la fuerza de sus pulmones.

Y entonces, luego de un par de segundos, una voz lejana respondió.

Lucienne se puso de pie de un salto. Había oído su nombre, o aquel que creía que era su nombre.

Absalón estaba allí. Lucienne descubrió que se sentía aliviado, casi salvado, casi protegido. Absalón no lo había abandonado a su suerte en medio París. Junto con el alivio, Lucienne se dio cuenta de que no podría escapar de ese hombre; que aunque corriera hasta el puerto, se subiera a un barco y se arrojara al océano, Absalón iría tras él y lo devolvería a la diminuta habitación de aquel edificio miserable.

—¡Estoy aquí! ¡En el elevador! —gritó, aporreando la puerta para hacerse oír.

En menos de un instante, la pequeña caja mecánica se puso en movimiento y comenzó a subir. Lucienne trastabilló hacia atrás y su espalda se golpeó contra el espejo. Mugriento, gris, sembrado de manchas oscuras, el espejo le devolvió la visión de un rostro que Lucienne no reconocía.

Lucienne no reconocía su rostro, su voz, sus gestos. Se maravillaba cada vez que hallaba en su cuerpo un lunar, una mancha, una peca. El rostro que ahora le devolvía la mirada era el de un muchacho adolescente de piel pálida y cabello rubio, ojos azules y expresión desolada.

El elevador se detuvo y la puerta se abrió de un golpe. Allí de pie, mudo, serio y frío, estaba Absalón.

Lucienne dio un paso hacia atrás, atemorizado. Absalón no decía nada y Lucienne presentía que eso no podía ser una buena señal.

—Yo... yo solo... —balbuceó, nervioso.

Absalón se introdujo en el elevador, sosteniéndole la mirada. Lucienne calló. El silencio del hombre exigía ser retribuido con silencio. Lucienne había intentado largarse de allí y había fallado.

Quiso echarse a llorar y se encogió contra el muro del espejo, tembloroso. ¿Por qué se sentía así? ¿Por qué tenía que mostrarse tan patético? ¿Por qué no podía gritarle a Absalón, exigirle que le permitiera salir por las noches? ¿Por qué no podía enviarlo al infierno?

Al infierno.

Su cabeza volvió a golpear el espejo. El *déjà vu* fue intenso, terrible, doloroso. Lucienne se quedó quieto, con los ojos cerrados, presa del pánico. Miles de patitas de insecto le acariciaron el cuerpo, le pellizcaron la carne. El pequeño elevador giraba a toda velocidad, daba brincos, se sacudía... y entonces, una mano fría se deslizó por su cuello y lo obligó a abrir los ojos. Absalón estaba junto a él, muy cerca, peligrosamente cerca.

Lucienne se preguntó si era momento de suplicar por su vida. Los extraños ojos centelleaban, atravesados por las luces del elevador, pero Lucienne pensó que no había en ellos ni rencores ni rabias, solo un sentimiento vago y difuso que no podía determinar. Los ojos de Absalón estaban vacíos de emociones.

Quiso preguntarle si se encontraba bien, pero antes de que pudiera abrir la boca, el hombre se pegó a su cuerpo y hundió el rostro en su cuello.

Lucienne ahogó un jadeo de sorpresa. Se quedó estático, mudo, sobrecogido. Absalón no hablaba, tan solo se mantenía allí, con todo su peso volcado sobre el suyo. Podía oír su respiración violenta, atropellada. Era como un jadeo ronco, casi animal.

Lucienne tuvo la certeza de que Absalón lo estaba oliendo.

El hombre abrió la boca y el chico se estremeció al sentir la tibia humedad de su aliento, la seda mojada de sus labios. Lucienne volvió a cerrar los ojos y alzó los brazos. Su piel se encontró con la de Absalón. Ambas pieles se acariciaron, se saludaron, pero no se reconocieron.

Eran extrañas.

LA LEYENDA DE LOS DEVORADORES

En el principio, cuando el cielo estaba pegado al Océano Crepitante y no había ningún abismo entre ellos, el Padre se alimentaba de todo lo que nacía en las aguas y de todo lo que flotaba en el cielo. Devoraba todo cuanto se cruzaba en su camino y en eso ocupaba el Tiempo Indivisible, ya que no existían ni los días ni las noches y todo era una gran masa de calor incandescente. Un día, el Padre se dio cuenta de que debía establecer un orden entre sus comidas y vomitó sobre el Océano Crepitante. Así nacieron la tierra y sus pequeños seres vivientes. Pronto, el Padre comprendió que aquellos seres nacían y crecían muy rápido y eran demasiado numerosos para su estómago. No podía comerlos, pero tampoco deseaba matarlos. Y el Padre decidió que vivieran. Pero las criaturas vivientes morían cada vez que caían al Océano Crepitante, porque las aguas ardían y quemaban sus pieles delicadas y sus débiles hocicos. Así que el Padre se sumergió en el océano y extrajo de él todo el calor. Y en quitarle el calor al océano tardó ochenta y ocho latidos. Con el calor del océano formó el sol y lo colocó sobre las aguas para que alumbrara a sus criaturas vivientes. Pero la debilidad de las criaturas todavía era mucha y algunas morían quemadas. Así que el Padre sopló sobre el sol y lo alejó de la tierra, pero pronto sus pulmones se cansaron porque el sol era demasiado grande. Y decidió hacer un pequeño cambio de planes: en vez de soplar sobre el sol, soplaría sobre la tierra. Y sobre la tierra sopló, sigue soplando y soplará, hasta que el hambre lo haga detenerse y decida regresar para devorar todo lo que anda sobre ella, como en aquellos primeros tiempos.

EL PALACIO DE LAS MOSCAS

*-¡Come el Tiempo la vida, ¡oh dolor! ¡oh dolor!
¡Y el oscuro Enemigo que el corazón nos roe,
con nuestra propia sangre crece y cobra vigor!*

EL ENEMIGO, Charles Baudelaire

El gato atravesó el muro de un salto y echó a correr por el estrecho callejón. Caía una fina llovizna, una de esas lluvias que sin llegar a mojar, resultan molestas. Las gotas solo eran visibles bajo las mortecinas luces de los faroles que se levantaban, toscos y enclenques, en cada esquina de aquel desolado barrio.

Aquel era el barrio de la magia, del mal de ojo, de las cartas del tarot y las velas con formas humanas. Era el barrio de los gatos negros. El mito decía que si un habitante de París llevaba a su casa un gato nacido en los territorios de Malaveur, jamás enfermaría y sería acompañado toda su vida por la buena fortuna.

Los niños tenían miedo de perderse entre sus tiendas, los callejones eran laberínticos y no había carteles que señalaran los nombres de las calles. Tampoco los autos se aventuraban a pasar por allí. Incluso los que no conocían el barrio siempre encontraban un motivo misterioso para llegar a su destino sin tener que internarse en él.

Las callejuelas estaban sucias. Y el gato detestaba la suciedad. De mal humor, se detuvo y comenzó a lamerse el lomo. Con disimulo, mantuvo sus amarillos ojos en la oscuridad que había dejado atrás. Lo vio. El muchacho lo había estado siguiendo durante los últimos diez minutos. Era bajito, delgaducho y tenía cara de no haber comido hacía siglos. Vestía unos pantalones raídos y una camiseta que el tiempo y el uso habían teñido de gris. No obstante, al gato le gustó el muchacho. Y por eso estaba dejando que lo siguiera.

El animal reemprendió la marcha. Los faroles iluminaban su impecable

pelaje negro y la campanilla que llevaba al cuello tintineaba a su paso, de manera que el chico tan solo tenía que seguir la musiquilla para no perderlo.

Ah, aquel muchacho olía tan bien. No debía tener más de quince años. El aroma de su carne era intenso, salvaje. Al gato se le hacía agua la boca.

De repente, el animal se detuvo frente a una tienda cerrada. Y, en menos de un instante, desapareció.

El muchacho parpadeó. Había jurado que el maldito gato se había detenido junto a aquella tienda de brujería. Desorientado, se dirigió hacia la entrada del local y contempló con miedo el viejo letrero de madera.

«EL PALACIO DE LAS MOSCAS», anunciaba el cartel. Tenía pintada una grotesca calavera blanca y una vela roja encendida. El tiempo las había difuminado, pero todavía era visible la macabra sonrisa desdentada del cráneo. El muchacho habría jurado que la llama de la vela se había movido, como acariciada por el viento.

Las puertas de la tienda estaban cerradas. El sitio tenía aspecto de estar abandonado. Todo en aquel barrio lucía como muerto. Lo único vivo eran los gatos y una anciana le pagaría mucho dinero a la muchacha si lograba llevarle uno de ellos.

El chico se llamaba Michel, tenía quince años y se había escapado del orfanato donde vivía. Hacía dos años que Michel vivía en las calles con Julien, otro muchacho que se encargaba de cuidarlo y de que no pasara hambre. A Julien no le importaba que Michel se pusiera faldas o que quisiera jugar con muñecas. Desde siempre lo había protegido de los niños más grandes que se metían con él llamándolo «mariquita» o cosas peores. Había curado sus heridas cuando lo golpeaban y les había dado su merecido a aquellos brabucones en varias ocasiones.

Michel acercó el rostro al escaparate. El vidrio estaba empañado por una gruesa capa de polvo. Por detrás de la mugre, alcanzó a distinguir los objetos expuestos, todos amontonados torpemente sobre un trozo de tela roja carcomida por las polillas.

El bello rostro del chico se torció en un gesto de asco. En el escaparate había muñecas apuñaladas con alfileres, sapos metidos en frascos, velas con formas grotescas. Definitivamente, los rumores tenían razón. Ese barrio estaba embrujado y era la morada de hechiceras, vampiros chupasangre, hombres lobo y otros seres igual de horripilantes. Solo una bruja pondría a la venta muñecas vudú y cadáveres de animales.

Sorprendido, pegó su nariz al vidrio y abrió los ojos al máximo. Una

lechuza muerta, con las cuencas de los ojos vacías (el cartel que tenía a su lado rezaba que los ojos se vendían por separado) estaba adherida a un soporte de madera que la mantenía erguida, con las desvaídas alas desplegadas.

Michel dio un respingo. La puerta del negocio se abrió y una melodía como de cristales acariciándose se oyó por encima del silencio nocturno. Estático y mudo, observó al diminuto anciano jorobado que salía de la tienda, arrastrando los pies y con una escoba en la mano. Lo primero que pensó fue que el viejo se montaría en la escoba y saldría volando.

Pero no fue así.

El anciano caminó lentamente hasta el cordón de la acera y comenzó a barrer las hojas que habían caído del árbol que estaba en la esquina y que el viento había arrastrado hasta su tienda. Vestía una larga túnica púrpura muy parecida a un camisón de mujer y en los pies llevaba unas babuchas negras, llenas de parches y costuras mal hechas.

—¿Buscas algo, querido? —le preguntó el anciano a Michel, sin voltearse—. Si quieres conquistar alguna jovencita puedo ofrecerte caramelos del amor. Están baratos ahora, pero subirán de precio cuando llegue San Valentín.

Michel no supo qué responder. No quería conquistar a ninguna chica (ya tenía a Julien), tan solo había llegado a Malaveur en busca de algún gato para vendérselo a aquella vieja loca. El anciano se giró. Sus ojos eran pequeños, casi dos diminutos pinchazos acuosos sobre su pálida piel apergaminada. Michel pensó que debajo de esa túnica tan ancha, el anciano debía ser realmente delgado. Sus manos eran esqueléticas y llevaba las uñas peligrosamente largas y filosas.

A Michel no le gustaba nada ese anciano.

—Solo quiero encontrar un gato —susurró.

El viejo le sonrió. O al menos, eso le pareció a Michel que había intentado hacer. La boca se curvó hacia arriba en un gesto grotesco, ridículo. Michel no podía saber si el anciano tenía los ojos abiertos porque las pobladas cejas blancas casi le llegaban hasta el párpado inferior. Estaba calvo con excepción de unas pelusas plateadas que le nacían en la nuca. En su cabeza pelada y brillante, Michel vio las manchas marrones que llegaban con la vejez y un par de costras que bien podían ser de heridas antiguas.

—Mi gata dio a luz hace un par de semanas —dijo el anciano, echando la basura por la rejilla de la calle—. Puedo regalarte una de sus crías.

Michel ahogó un jadeo de pura y genuina felicidad.

—¿De verdad? ¿Cuándo podrá dármele?

El anciano se rio con una risa aguda, vibrante.

Michel pensó que era su día de suerte.

Iba a llevarle a aquella vieja un gato recién nacido, se dijo. ¿Qué podía dar más suerte que un gato que acababa de nacer, que jamás le había dado su suerte a nadie?

Siguió al anciano hasta el interior de la tienda. Quiso taparse la nariz, pero le pareció que sería de mala educación. O el viejo estaba mal del olfato, o en verdad no le importaba que su tienda apestara.

El sitio olía como la habitación de los bebés, pensó Michel, recordando el olor fétido que emanaban los pañales sucios de los huérfanos que todavía no aprendían a caminar. Parecía que algo se estaba pudriendo allí adentro.

Las estanterías se erguían hacia el techo como piezas de dominó y estaban repletas de botellitas minúsculas, velas, estatuillas, frascos rotulados y varillas de incienso. Había libros desperdigados por el amplio mostrador cubierto de polvo, por el suelo, en las vitrinas. En un rincón, Michel observó algo que le pareció humo. Se frotó los ojos. Sí, era humo. Era de color gris perla, brillante, y se elevaba por encima de los bordes del sucio caldero que borboteaba, salpicándolo todo con un espeso líquido de color ámbar.

A Michel le silbó el estómago. No había comido nada desde la mañana y sabía que si no le llevaba el gato a la anciana, era probable que tampoco comiera al día siguiente.

—¿Qué es eso? —le preguntó al anciano, señalando el caldero con la cabeza.

El viejo cerró la puerta de la tienda, pasó la llave y puso el cartel de cerrado. Michel, que estaba concentrado en el succulento brebaje que hervía detrás del mostrador, no lo advirtió.

—Mi cena —susurró el anciano, notando las intenciones del muchacho—. Ya está casi lista. —Y al advertir el anhelo en los ojos de Michel, agregó—: desde que mi esposa murió, siempre cocino de más...

Michel sonrió, comprendiendo la indirecta. Al fin comería algo. Un poco incómodo, recordó que era posible que Julien siguiera arrastrando el hambre desde la mañana. Se sentiría culpable al comer, sabiendo que su amigo no lo haría.

El anciano sacó dos platos de detrás del mostrador y apagó el fuego. Con un cucharón llenó ambos platos de aquel brebaje ambarino y le pasó uno a Michel.

—Ten cuidado o te quemarás —le dijo, a sabiendas que el chico estaba demasiado hambriento como para obedecer.

Y así fue. Michel recibió el plato con ambas manos y, haciendo caso omiso del vaho caliente que flotaba sobre la superficie, se lo llevó a la boca y bebió.

El anciano, que se había colocado de espaldas al mostrador, oyó el golpe sordo que produjo el cuerpo al desplomarse. El plato estalló contra el suelo, transformándose en un charco de chispas brillantes. El brebaje se derramó, manchando la ropa del chico, goteando por sus brazos desnudos.

En cuanto el silencio hubo vuelto a la maloliente tienda, el anciano dejó su plato sobre el mostrador y se acercó al joven desmayado. Su piel había palidecido más y su pecho subía y bajaba con una rapidez estremecedora.

Michel agonizaba.

—¡Thadeus! —gritó el anciano, ya seguro de que el chico no despertaría.

Al instante, el gato negro que había guiado a Michel hasta la tienda saltó hacia el mostrador y se quedó allí arriba, mirando directamente a los ojos de su amo.

—Te corresponde el honor.

Thadeus maulló y se bajó del mostrador. Se subió sobre el cuerpo de Michel y con un arañazo rasgó su sucia camiseta. Solícito, el anciano, que se llamaba Maldoror, apartó los jirones de la tela y los lanzó por los aires. Cayeron sobre el caldero.

El gato comenzó a rasguñar el bajo vientre de Michel y Maldoror comprendió. Lentamente, acabó de inclinarse y le desabrochó los pantalones. Se los quitó de un tirón, y la cabeza llena de rizos se giró sola hacia un costado. El chico tenía la boca entreabierta, por los gruesos labios escapaban los siseos del último aire que respiraría en su vida.

En cuanto Maldoror acabó de desnudar a Michel, el gato negro, que seguía de pie sobre su vientre, monopolizándolo, se deslizó hacia su cuerpo y enterró la cabeza en su cuello. Michel emitió un gemido ahogado, un lamento agudo y tembloroso que no tardó en apagarse.

Maldoror se apoyó sobre el mostrador mientras observaba a Thadeus beber la sangre del chico y pensó que recurrir a niños vagabundos los obligaba a correr ciertos riesgos que podrían poner en peligro su salud. ¿Y si la sangre del muchacho padecía de alguna de aquellas extrañas podredumbres humanas que el sexo insalubre había puesto de moda?

Además, se notaba que era un niño que jamás se había alimentado adecuadamente. Su sangre seguramente sería débil, como vodka mezclado con

agua.

Cuando Thadeus acabó de alimentarse, Maldoror extrajo una daga de entre los pliegues de su túnica. El gato, saciado, se apartó del cuerpo y se tumbó de costado sobre el suelo para presenciar el espectáculo de su amo alimentándose.

Maldoror siempre consentía que Thadeus comiese antes que él. Era una vieja costumbre que seguían manteniendo desde hacía muchísimo tiempo, cuando todavía Thadeus era el amo y Maldoror, su aspirante en las artes de la nigromancia y la magia negra.

Maldoror se acercó al cuerpo sin vida de Michel y dejó la daga en el suelo. El muchacho ya estaba muerto, había fallecido luego de que Thadeus diera los primeros sorbos.

El muchacho ya estaba muerto, pero su aroma delicioso seguía flotando en el aire...

Extrañamente dulce, suave, la joven esencia humana se mezclaba con el resto de sus fragancias corporales; el violento hedor del sudor que mojaba sus axilas, allí donde una esponjosa mata de vellos oscuros se asomaba hacia fuera. A Maldoror le fascinaba oler a sus víctimas, especialmente si eran tan jóvenes.

Cuando acabó de olfatear las axilas del muchacho, deslizó sus ancianos dedos por el vientre plano y aterciopelado, acariciando la carne con un deleite casi sacro, digno de un ritual tan obsceno como erótico. Maldoror inclinó la cabeza y acarició con la nariz la cicatriz del ombligo. Respiró profundamente. El huequecito seguía tibio y el aroma que se concentraba en su interior era intenso, animal. En ese momento, Maldoror recordó por qué le gustaban los niños vagabundos. No se lavaban con frecuencia y eso hacía de sus cuerpos unos intoxicantes cócteles perfumados.

Maldoror abrió los ojos. Thadeus lo miraba fijamente, como burlándose del placer que el anciano hallaba en ese cuerpo muerto. Desvió la mirada. Los ojos de Thadeus lo ponían nervioso. Amarillos, grandes, redondos, sin pupilas, Maldoror a veces olvidaba que esos ojos habían sido como los suyos hacía mucho tiempo.

Soltó los cabellos de Michel y le volteó el rostro. La piel del muchacho era suavísima, como el pétalo de una rosa recién cortada. Maldoror le rasgó la mejilla con una uña, y la inmaculada piel se abrió como un capullo mientras una perla roja y brillante comenzaba a asomarse.

Maldoror se alimentaba así, con elegancia. No soportaba el desorden de

Thadeus, pero, por supuesto, jamás se había quejado.

Lamió la sangre que brotaba de la mejilla. Una sensación caliente, vibrante, se fue extendiendo por su cuerpo, comenzando por el ápice de su lengua. Luego viajó por su saliva, atravesó los canales de su garganta y se volcó en su estómago.

Y entonces, comenzó.

El hambre de Maldoror, despierta luego de esa pequeña dosis de alimento, se hizo dolorosa. Haciendo a un lado los buenos modales, se dispuso a comer de verdad.

Frente a él, Thadeus lo contemplaba todo, casi sonriendo.

Maldoror, echado como estaba sobre el cuerpo de Michel, lo recorrió entero con la punta de los dedos, tal vez buscando el lugar más apetitoso, el rincón donde la sangre brotara imperiosa, más dulce que en cualquier otra parte del cuerpo.

La luna se asomó por el escaparate. Parte de su brillo fue opacado por el polvo acumulado sobre el vidrio, pero un par de destellos débiles cayeron sobre la silueta de Maldoror mientras bebía.

Ya había encontrado el lugar. Volteó a Michel de un manotón. Lamió la arteria largamente y mordisqueó la carne, para ablandarla. Y cuando todo estuvo listo, dejó salir sus colmillos y los enterró allí, profundamente y sin piedad.

La luna iluminó los contornos de la figura de Maldoror durante todo el tiempo que duró aquella carnicería. Los minutos parecían alargarse, hacerse horas. El único sonido que se oía era el burbujeo de la sangre de Michel en la boca de su asesino... y el pasaje de esa misma sangre atravesando su garganta.

Cuando finalmente Maldoror se irguió satisfecho, la luna ya no iluminaba el rostro de un anciano.

Ahora ese rostro era el de un hombre. Un hombre joven, hermoso y radiante. Los ojos seguían siendo negros, pero habían comenzado a centellear, cargados de maldad, atravesados por el resplandor tembloroso de las velas.

Maldoror había rejuvenecido gracias a la sangre de Michel.

Se puso de pie, se relamió los labios para limpiarlos y se quitó de un zarpazo la vieja túnica púrpura.

Thadeus se estiró sobre el suelo, bostezó y cerró los ojos. No le importaba lo que Maldoror hiciera con el cuerpo del muchacho, él ya estaba saciado por esa noche.

Maldoror examinaba la calidad de su recién adquirida juventud. La sangre

de aquel niño vagabundo había resultado mejor de lo que esperaba. Desnudo, se giró hacia el espejo que estaba detrás del mostrador y admiró su nueva imagen. Las arrugas de su rostro se habían borrado, al igual que las bolsas oscuras debajo de sus ojos. Ahora tenía cabello, una larga cortina negra que le llegaba hasta la mitad de la espalda. La joroba que tanto le pesaba había desaparecido y toda la piel de su cuerpo se había estirado, quedando lisa y limpia de imperfecciones. Los músculos de sus brazos y sus piernas ahora estaban llenos y cuando dirigió la punta de sus dedos a su pecho, lo notó rígido como una roca. Maldoror sonrió. Sus labios ya no parecían uvas resecas, se habían inflado y habían recuperado su color y su suavidad. Hasta los dientes habían rejuvenecido: eran blancos, fuertes, perfectos.

Eufórico, Maldoror se llevó las manos a la cabeza, entrelazó los dedos en su cabello y los arrastró hasta las puntas, peinándolo. Su pelo era suave como la seda.

Thadeus maulló y el nuevo Maldoror salió de su trance. Debía apresurarse. Sin preocuparse por su desnudez, se inclinó, alzó el cuerpo de Michel y se dirigió al fondo de la tienda.

Quedaba sangre suficiente.

Mezcló hierbas y polvos, y untó el cuerpo con un brebaje humeante. Mientras, susurraba la palabras que había memorizado hacía siglos, cuando el mundo era más pequeño y el océano era el alféizar del universo. En su laboratorio, Maldoror preparaba los chismes que les vendía a los seres humanos para divertirse. Le entretenía ver el entusiasmo de los ojos femeninos cuando vendía una poción de amor, le causaban repugnancia las mujeres que compraban velas negras para deshacerse de las amantes de sus maridos.

Maldoror depositó el cuerpo de Michel en una mesa. Podía haber asesinado a miles de humanos, pero la naturaleza de la muerte siempre lo intrigaría. Jamás descubriría a dónde iba todo el calor de esa piel o por qué el tacto de esos brazos y de ese pecho eran ahora tan distintos.

—Ciérrale los ojos, hechicero.

Maldoror dio un respingo. Una sombra alargada se extendió sobre él y sobre el cuerpo de Michel. A su lado se había materializado un hombre alto, fornido, de chispeantes ojos negros y piel pálida. Vestía una túnica de color azul oscuro con capucha que solo dejaba a la vista sus botas.

El hombre rodeó la mesa, tomó la cabeza de Michel con cuidado y la observó sin decir nada. Luego acercó su otra mano a su rostro y extendió los dedos hacia sus ojos.

—No importa cuánto disfrutes al pensar que te observan —exclamó el hombre. Su voz era ronca, como la de un fumador crónico—. Debes cerrarles los ojos porque el alma humana no abandona el cuerpo cuando el corazón deja de latir. Si su pupila retiene la imagen de su asesino, su alma se sentirá inquieta, puede que hasta sedienta de venganza. Supongo que no querrás que un ejército de fantasmas ande merodeando por tu tienda, ¿verdad, hechicero?

Maldoror carraspeó.

—Claro que no, señor.

El hombre sonrió con frialdad.

—Bien. Me sentaré aquí a observar.

Maldoror quiso hacer aparecer una silla, pero en su nerviosismo solo logró conjurar un taburete de tres patas. El hombre volvió a sonreír y se sentó sin decir palabra. Mientras contemplaba a Maldoror, el hombre se quitó la capucha. Tenía la mitad de la nuca rapada y lucía una larga cabellera blanca que le llegaba hasta la cintura. Canturreando algo en voz muy baja, extrajo de su bolsillo una pequeña bolsita y comenzó a trenzarse el cabello.

—¿Tienes algo filoso? —le preguntó a Maldoror.

El hechicero se volteó. El hombre sostenía entre sus dedos una perla de color rojo. Maldoror se estremeció y susurró unas palabras ininteligibles.

—Como sea... —respondió el hombre. Y mientras alzaba la perla hasta la altura de sus ojos, Maldoror vio horrorizado cómo la agujereaba con la punta de la uña de su dedo índice. Terminada la faena, el hombre ensortijó la perla en un mechón y siguió trenzándose el cabello.

Temblando de pies a cabeza, Maldoror siguió con su labor, intentando no oír los lejanos gritos que oía y que cada vez se hacían más fuertes.

La mujer era rubia y delgada, casi salida de una pasarela de modas. Estaba recostada sobre una cama que, claramente, no le pertenecía: cuando se movió ligeramente hacia su izquierda, estuvo a punto de caerse al suelo. La cama era demasiado pequeña, la mujer dormía cuatro puertas más allá de ese dormitorio, junto a su marido, quien ahora estaba dando clases en el conservatorio.

Un hermoso gato persa se subió a la cama y comenzó a frotar su cabeza contra los pies descalzos de la mujer. Ella no le hizo caso: sus ojos claros estaban perdidos mucho más allá de los muros de ese dormitorio... que tampoco le pertenecía. Su cabello caía sobre sus hombros, desordenado y tal vez algo sucio, y se desparramaba por una almohada que aún conservaba el

aroma de su propietario.

Lentamente... los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. Podía sentir aquel aroma, podía dejar que esa suave fragancia a colonia masculina mezclada con perfume de ropa le embotara los sentidos. Incluso podía quedarse allí toda la tarde, ignorando el hambre, dejar que el sol girara alrededor de esa lujosa casa ubicada en un barrio privado de París y que cada rincón se transformara en un valle de sombras...

Más tarde, su marido se encargaría de despertarla. Tal vez comieran juntos, tal vez él hiciera la comida. O tal vez no. Quizá abriría la puerta y se recostaría junto a ella y dejaría, también, que el llanto lo arrastrara.

A pesar de que era media tarde, la pequeña habitación del edificio ubicado sobre la calle Etienne de La Boétie estaba completamente a oscuras. Lucienne y Absalón se habían puesto de acuerdo en algo por primera vez en una semana. Primero, Absalón había rescatado de un cesto de basura un periódico viejo. Luego, Lucienne había entretenido al dependiente de una tienda mientras Absalón robaba un carretel de cinta adhesiva. No se podían permitir gastar el poco dinero que tenían.

Después, mientras Lucienne daba cuenta del café frío y los bollos (que sospechaba que tampoco habían sido conseguidos del modo tradicional) Absalón cubrió la ventana con las hojas de periódico sin dejar un mínimo resquicio libre para la entrada de la luz solar.

Se habían metido en la ducha juntos, demasiado adormilados como para quejarse u objetar nada. Cada uno se ocupó de su cuerpo, sin mostrar atención o interés por la desnudez del otro. Finalmente, habían caído dormidos sobre la cama, todavía mojados, fastidiados por el insoportable calor que se concentraba allí adentro por culpa de la ventana cerrada.

El sol fue descendiendo por el horizonte, dejando a su paso una brillante estela de nubes sangrientas. Las primeras estrellas comenzaron a hacerle guiños a la ciudad que, luego de un intenso día despierta, bostezaba inquieta, lista para irse a la cama. La luna, la misma que había sido testigo de la cruel muerte de Michel, quedó oculta detrás de una nube color ceniza que el viento empujó hasta ella. Detrás de las nubes, un cielo de color anaranjado con vetas de púrpura pronosticaba posibles lluvias y quizás algo más.

Esa noche, cuando Absalón despertó, supo que habría tormenta. La temperatura de la habitación había descendido al menos unos siete grados. El ajeteo diurno se había ido desvaneciendo y un silencio enmascarado se había

apoderado de la ciudad, roto ocasionalmente por el gemido de algún autobús o el traqueteo de los trenes.

Era extraño, pensó Absalón. Esa ciudad no era así de silenciosa.

Del cesto del baño, rescató una hoja de periódico. “¿HA VISTO A ESTE MUCHACHO?”, rezaba una foto... y allí, un joven rubio le devolvía la mirada a Absalón desde sus ojos claros. Con los dientes apretados, Absalón abolló la hoja en su mano, que luego se prendió fuego y quedó hecha un montoncito de cenizas sobre el suelo del baño...

Se llevó la mano a la nuca. Su cabello seguía húmedo. Sorprendido, se dio cuenta de que todavía iba desnudo. Pero su ropa estaría mojada, se lamentó, abriendo la ventana. Ambos habían lavado la ropa mientras se duchaban y luego la habían colgado de la ventana, atándola a un cable que habían encontrado bajo la cama cuando llegaron al edificio.

Las prendas colgaban del décimo piso como las grotescas banderas de algún reino lejano. Flameaban a favor del viento y, para alivio de Absalón, ya estaban secas.

La ventana abierta arrastró hacia la habitación la primera corriente de aire. El ambiente en el pequeño dormitorio se había viciado por la falta de ventilación, se había calentado y mezclado con los olores, obligatoriamente humanos, de los cuerpos de ambos, con el hedor a humedad de la mancha del techo del baño y con las esencias no humanas que también despedían sus cuerpos. El aire allí adentro era un perfecto asco.

Absalón se puso los pantalones y se sentó en el alféizar de la ventana. Esa noche no saldría solo. Había decidido ponerle fin a la reclusión de Lucienne. No tenía sentido dejarlo encerrado. Su verdadera naturaleza estaba aflorando y si cometía una locura, la culpa solo sería de Absalón. Pero él todavía tenía muchas dudas. No comprendía lo que había ocurrido con Lucienne, no podía saber dónde habían quedado sepultados sus recuerdos. Respiró profundamente. Él ya había decidido que no quería que esos recuerdos regresaran. No era su culpa, demonios... era que... Lucienne ahora estaba junto a él, dormían juntos, *casi* se llevaban bien.

Absalón jamás se había imaginado que eso pudiera suceder alguna vez, en toda la eternidad.

Pero por otro lado, ¿cuál era el precio? ¿Engañarlo, esconderlo, huir para siempre de aquellos que querían encontrarlos a ambos?

Estaba funcionando bien, pensó, con la mirada fija en la luz roja que parpadeaba sobre una antena lejana. Hacía una semana que no ocurría nada

interesante, nada de que lo que tuviera que preocuparse. Pero él sabía que la tranquilidad no sería para siempre. Algo sucedería, alguien los vería, alguien los delataría. Absalón no podía negarse a acudir ante los humanos que lo invocaran, de la misma forma en que Lucienne no se había podido negar a comer el bollo relleno de dulce de frambuesa. Lucienne estaba hambriento. Y si Absalón dejaba de alimentarse por cierto tiempo, también lo estaría.

Eso era un detalle que en verdad le preocupaba. No sabía en qué momento volvería el verdadero apetito de Lucienne, si es que algún día regresaba. De repente, Absalón temió estar compartiendo la cama con un ser humano.

Imposible, se dijo, se repitió, se gritó.

La esencia de Lucienne seguía oliendo a rosas, a vino, a sal marina. Pero ¿qué significaba el azufre? Absalón no tenía idea. Y además, el hábito de sueño de Lucienne era normal. O lo que Absalón consideraba normal. ¿No había estado a punto de escapar para poder disfrutar de los últimos minutos de noche que quedaban del día?

Esos pensamientos lo aliviaron y lo aliviarían siempre que dudara de la naturaleza demoníaca de Lucienne.

Absalón se giró hacia el interior de la habitación y lo contempló. El chico estaba recostado boca abajo, con la mejilla derecha pegada a la almohada. Seguía desnudo.

Absalón suspiró de nuevo. Si de ser sincero se trataba, tenía que aceptar que el nuevo Lucienne le hacía sentir incómodo. No a causa de su cuerpo, sino de su carácter. Lucienne se había transformado en un mocosito llorica. Era comprensible, pensó. El chico pensaba que era humano. Y los humanos eran tan débiles, tan vulnerables. Lucienne se sentía desamparado, perdido, solo. Y si Absalón tenía pensado mantenerlo engañado por más tiempo, debía intentar confortarlo para evitar que hiciera alguna tontería que los pusiera en peligro a ambos.

En silencio, se acercó a él. No tardaría en despertarse, pensó. Su rostro lucía relajado y saludable. Su piel todavía olía a jabón. A Absalón le habría gustado sonreír, pero se contuvo. Le acarició el cabello húmedo, paseó los dedos por su nuca y llegó hasta su espalda. El chico emitió un ronroneo suave y Absalón se sentó a su lado cuidadosamente, para no despertarlo. Lucienne siempre había odiado que lo despertaran.

Absalón frunció el ceño. Algo brillaba bajo el rostro de Lucienne. Turbado, se dio cuenta de que era la gema. Estaba activa. Alguien, quizás algún ser que ellos conocían, la había activado. No había nada que Absalón

podiera hacer con respecto a eso. La gema siempre sería de Lucienne y a menos que él muriera o decidiera legarla, nadie podría hacerse con ella.

Y exactamente eso, pensó Absalón, era lo que había ocasionado el desastre que estaban viviendo.

UN UNIVERSO FLOTANTE

*Llora en mi corazón
como llueve en la ciudad;
¿qué es esta languidez
que penetra mi corazón?*

LLORA EN MI CORAZÓN..., Paul Verlaine

Lucienne abrió los ojos. Lo primero que vio al despertar fue el rostro de Absalón, que lo contemplaba con atención desde el extremo de la cama. Absalón alzó las cejas, pero no dijo nada. Luego, desvió la mirada desde los ojos del muchacho hacia abajo. Lucienne alzó las cejas al verse completamente desnudo. Vio a Absalón morderse el labio inferior y se dio cuenta de que tenía una erección matutina. Bueno, quizá no tan matutina. Algo incómodo, se movió y se cubrió con la sábana. Absalón esbozó una sonrisa maliciosa.

Ya era de noche. La ventana estaba abierta de par en par y Lucienne notaba que la temperatura había descendido. Las aletas de su nariz se dilataron y percibió en el ambiente el aroma a humedad que solo podía presagiar lluvias.

—Lloverá —susurró, buscando su ropa con la vista. Con una risita, Absalón le lanzó sus prendas y se giró, dándole la espalda—. He dormido muy bien —agregó, incómodo por el silencio de su compañero. Se puso los pantalones y se acercó a él—. ¿Estás bien?

Absalón levantó la cabeza. Lucienne le había apoyado la mano en el hombro. El chico se veía descansado, fresco, de buen humor. Al parecer Absalón había tomado la decisión correcta.

—Sí —respondió poniéndose de pie—. ¿Tienes hambre? ¿Qué quieres comer?

Lucienne sonrió, pero su felicidad se desvaneció al recordar que casi no tenían dinero.

—No creo que nos alcance para que comamos los dos.

A Absalón le habría gustado gritar que él no necesitaba más alimento que aquel que le otorgaban los humanos mediante los pactos, pero tuvo que contenerse. Descolgó su camisa del improvisado tendedero y le dijo a Lucienne que acabara de vestirse.

—Nos vamos.

El chico se quedó boquiabierto. ¿Se iban? Por un momento pensó que era de mañana, que estaba por amanecer y que en pocos minutos saldría el sol para llenar el pequeño dormitorio de su insoportable luz y su horrendo calor. Pero no era así. Lucienne sabía que era de noche. Su interior se lo decía, lo susurraba. Su espíritu estaba alegre y emocionado, como siempre le sucedía durante las horas nocturnas.

—¿De verdad? —replicó. Absalón se cruzó de brazos.

—Sí. Y ahora termina de vestirme antes de que me arrepienta.

Lucienne se apresuró a obedecer. No tenía idea de qué había hecho que Absalón cambiara de parecer, pero sospechaba que si se lo preguntaba, el hombre no le respondería.

Se calzó las zapatillas, se anudó los cordones y se puso la camiseta. Luego entró en el baño, orinó, se lavó las manos y salió.

La tormenta estalló luego de que pusieran el primer pie dentro del bar. No hacía frío, pero la temperatura seguiría descendiendo a lo largo de toda la noche. Eso era excelente, se dijo Absalón, mientras Lucienne se sentaba en una de las mesas. Al menos al día siguiente no padecerían otra vez del calor al dejar la ventana cerrada.

El bar era pequeño y estaba repleto de obreros humildes que bebían cerveza. Las mesas eran de fórmica negra y las sillas, de plástico. La de Absalón tenía una pata rota y se balanceaba odiosamente hacia los costados. Fastidiado, decidió no darle importancia. Al menos el sitio olía bien. Allí adentro reinaba un agrídulce aroma a alcohol, una mezcla de vino barato, cerveza y vodka. El olor a alcohol se combinaba con el aroma salado de los maníes y los *snacks* que la camarera servía junto a la cerveza. Era una mujer alta y delgada, quizás demasiado. Llevaba el pelo teñido de rojo y los ojos resaltados con lápiz violeta. Detrás del mandil negro a rayas blancas, vestía una blusa fucsia y una minifalda de *jean*. El taconeo de sus zapatos era ahogado por las conversaciones y los gritos de los trabajadores, que se habían apiñado en un rincón, alrededor del televisor. Estaban viendo una carrera de caballos.

La camarera pasó junto a ellos llevando una bandeja con dos enormes hamburguesas. A Lucienne le silbó el estómago. Absalón respiró hondamente el rastro perfumado que la mujer dejó al pasar. Olía a desodorante femenino, champú de frutas y medicamentos para alguna enfermedad que Absalón no pudo identificar. Intentó concentrarse mejor y cerró los ojos. Detrás de los olores superficiales, percibió algo más. Estaba oculto bajo el aroma del algodón recién planchado, de la suave fragancia del perfume para ropa. Cuando finalmente logró separar ese olor del resto, sintió náuseas. Olía como los filetes podridos que echaban a la basura las pescaderías del puerto. Y no era ninguna enfermedad. La mujer simplemente tenía la regla. Malhumorado, Absalón decidió buscar otro posible cliente para esa noche.

—¿Qué les sirvo? —exclamó la camarera, plantándose junto a la mesa. Masticaba chicle y a Absalón le llegó el artificial aroma a frutilla. Como ninguno de los dos dijo nada, la mujer carraspeó.

—Una hamburguesa —se atrevió a pedir Lucienne. En verdad se moría de hambre.

—¿Nada más?

—Y un vaso de agua.

La camarera lo miró con desdén y giró el cuerpo hacia Absalón. Este levantó la mirada y ella alzó las cejas, espantada, al ver sus ojos de diferentes colores.

—Nada, muchas gracias —dijo, serio, antes de que ella alcanzara siquiera a abrir la boca. La mujer asintió sin replicar y se perdió entre las mesas y las voces de los obreros, que se giraban a su paso para mirarle el trasero, silbarle o lanzarle algún piropo de mal gusto. Ella los evitaba con estoicismo, muy a sabiendas de que las propinas que esos hombres le dejaban eran inversamente proporcionales al largo de su falda.

Absalón también lo había notado.

—¿No comerás nada? —susurró Lucienne en voz baja, apenado.

Absalón no lo oía. Tenía la vista fija en la mesa que se ubicaba en el fondo del bar. La camarera estaba inclinada sobre un hombre obeso, casi enseñándole el escote. Hacía gestos con la mano izquierda, mientras con la derecha le servía más cerveza. A su lado, en la mesa contigua, dos ancianos que jugaban a las cartas habían levantado la mirada por encima de sus naipes y contemplaban, maravillados, el enorme trasero enfundado en tela vaquera. La mujer volvió a alejarse, taconeando y meneando las caderas. Luego, ambos ancianos tantearon sus bolsillos y dejaron dos verdes billetes sobre la mesa,

junto al estropeado florero donde dormitaban dos claveles de plástico.

Lucienne, al ver que Absalón estaba distraído, siguió el recorrido de su mirada. Sus ojos se chocaron contra el trasero de la camarera, que ahora hacía un esfuerzo para lograr pasar entre dos mesas especialmente juntas, riendo como una histérica y aceptando el patético coqueteo de los obreros. Al igual que los ancianos, los hombres dejaron sobre la mesa una propina bastante aceptable. Lucienne contempló el dinero con una expresión indescifrable.

En ese momento, la camarera se paró junto a ellos y posó sobre la mesa un plato y un vaso de agua por la mitad. Sin decir nada, dejó el ticket de la cuenta junto al florero.

La hamburguesa despedía un delicioso aroma a carne recién calentada. Por donde se la mirara chorreaba grasa y aceite caliente. Lucienne la envolvió con una servilleta de papel, se la llevó a la boca y le dio un generoso mordisco.

Absalón miraba, absorto, a ese demonio rubio llenándose el estómago de comida de humanos. Y Lucienne, tal vez pensando que su compañero tenía hambre, le alargó la hamburguesa envuelta con la servilleta.

Absalón negó con la cabeza y con un gesto de su mano derecha. Lucienne insistió y él volvió a negarse. Cuando el chico se rindió, Absalón desvió su atención de la mesa y comenzó a buscar a la fuente su verdadero alimento.

Era algo extraño, pensó, pasando la mirada con rapidez sobre todas aquellas personas. Parecía que nadie era apropiado, que ninguno de esos seres humanos aceptaría un trato con un demonio como él. Sus vidas no eran perfectas ni mucho menos, pero todos se veían raramente felices con sus existencias monótonas, aburridas y ajadas por la pobreza y la enfermedad.

El anciano que sostenía el rey de copas sabía que tenía cáncer y lo aceptaba. Ya había vivido lo suficiente, más de la cuenta. Estaba respirando las extras. El anciano apoyó los naipes sobre la mesa y su compañero de juego soltó un insulto y se agarró la cabeza. Había perdido. El anciano enfermo sonrió con picardía, porque había hecho trampa.

Absalón miró el grupo de hombres que se apiñaban alrededor del televisor. La carrera ya había terminado. Ahora escuchaban el informe del noticiario. Se miraban unos a otros, serios y preocupados, sorbiendo cerveza sin emitir palabra. Absalón se puso de pie y fue hasta ellos.

—...confesó que mató a la mujer del embajador con treinta puñaladas y que enterró el cadáver en el jardín. Cuando su vecino lo descubrió, lo liquidó de un golpe en la cabeza. El asesino ha sido condenado a morir en la silla eléctrica dentro de cinco semanas...

Los obreros comenzaron a aplaudir. No sabían nada acerca de aquel hombre que había asesinado a una mujer y a su vecino, pero les parecía que se estaba haciendo justicia.

—El mundo estará mejor sin ese hijo de puta —escupió uno de ellos. El primer trueno resonó en el bar y el televisor perdió señal por un momento. El que se había sentado más cerca le dio una palmada y el empleado que estaba detrás de la barra le gritó que no fuera idiota, que ya se arreglaría. A la noticia del asesino le siguió el reporte de la muerte de un famoso músico de jazz.

Absalón volvió a la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucienne, alarmado por el alboroto.

—Nada —suspiró Absalón—. Termina de comer, anda. Quiero largarme de aquí.

—¿No pagarás? —replicó Lucienne, con la boca llena de lechuga.

—Claro que no —respondió Absalón, como si el chico estuviese loco—. No saldrán a perseguirnos en medio de esta tormenta —agregó, girándose hacia la ventana.

La lluvia había difuminado los altos edificios de la calle de enfrente. El cartel de neón del salón de videojuegos era tan solo una mancha luminosa que parpadeaba débilmente cada dos o tres segundos. Absalón entornó los ojos, para distinguir mejor el cartel. Limpió la ventana con una servilleta de papel.

—No creo que debamos irnos sin pagar... —decía Lucienne, inclinado hacia él—. Este bar es barato y...

Absalón se enderezó sobre la silla, satisfecho. El sitio del cartel de neón no era un salón de videojuegos. Estaba coronado por dos cartas de póker: el as de corazones y el as de tréboles; a su alrededor, monedas anaranjadas resplandecían como un enorme racimo de uvas. El lugar era un casino. Si bien visto desde afuera lucía pequeño, Absalón estaba seguro de que estaría lleno de seres humanos desesperados.

—¿Me estás oyendo?

Absalón dio un respingo.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —susurró. Lucienne lo miraba con enfado.

—Que no nos vayamos sin pagar. Este bar es muy barato y si nos vamos sin pagar jamás podremos volver.

Absalón suspiró. Poco le importaba pagar o no.

—Está bien, pagaremos —respondió, de mal humor.

Lucienne se mordió un labio y miró hacia la barra. La camarera estaba allí, sentada en un taburete, charlando con su compañero de trabajo. Los ancianos

que jugaban a las cartas se levantaron, le dieron el último trago a sus whiskies y el enfermo guardó los naipes en el bolsillo de su chaqueta. En silencio y sin ser notados, salieron del bar. El más alto abrió su paraguas. Ambas siluetas se juntaron bajo la gran margarita azul y comenzaron a alejarse.

Lucienne miró a su alrededor. Nadie se había dado cuenta de que los ancianos se habían ido; en su mesa seguía la propina que le habían dejado a la camarera. Ella parecía muy entretenida, sin ganas de voltearse para verificar si había alguna mesa que limpiar. Como obedeciendo a un extraño impulso salido de la nada, Lucienne se puso de pie, caminó hasta la mesa y, rápido como un rayo, manoteó los dos billetes que estaban bajo el florero. Luego los abolló en su mano derecha y volvió a la mesa. Absalón lo contemplaba boquiabierto.

—Creo que comeré otra hamburguesa —exclamó el chico con una sonrisa—. Y un helado de limón.

Del otro lado del océano, en el centro de la capital de un país donde se hablaba español, una muchacha de cabello castaño estaba sentada en el suelo de un apartamento. Frente a ella, pintada en una pared, una hermosa mujer de cabello negro le devolvía la mirada desde sus ojos ambarinos. Se trataba de un retrato de cuerpo entero, el realismo de la obra era sorprendente. La mujer llevaba un vestido blanco semitransparente y estaba sentada sobre la rama de un árbol como una exótica ninfa de la mitología griega. La muchacha le sonrió al retrato y suspiró.

—Qué hermosa eres, querida... —susurró—. Qué hermosa eras esa noche y qué hermosa serás cuando por fin me pertenezcas...

La muchacha cerró los ojos y se recostó bocarriba sobre el suelo de la habitación. Cuando abrió los brazos, sus dedos volcaron una lata de pintura en aerosol. En realidad, el suelo de la habitación estaba repleta de latas de pintura, tubos de acrílico, óleos, lápices y pinceles, y un fuerte olor a esmalte se respiraba en el ambiente. Sin embargo, a la muchacha no parecía molestarle.

De repente, la joven se levantó de un salto y observó a la mujer del retrato directamente a los ojos.

—Preciosa mía, preciosa mía... —canturreó y, alargando los brazos hacia la pared, los apoyó sobre la cintura de la mujer.

Se inclinó hacia su rostro inerte, frío, pintado, y lentamente se fue acercando a su boca...

—¡Alteza!

La muchacha de cabello castaño desapareció. En su lugar, ahora había un hombre de largo cabello negro azulado. Asimismo, toda su vestimenta era negra, desde sus zapatos de brillante cuero hasta sus pantalones y la camisa que llevaba desabrochada, exhibiendo un pecho lampiño y blanco.

—¿¡Qué quieres?!

—Alteza... —repitió el ser que acababa de materializarse allí mismo, en la puerta de la habitación—. El Maestro me envía...

El hombre contempló al vasallo con evidente desagrado, ¿acaso no había un estándar mínimo de belleza para servir a alguien como Yuhèlle? El ser era calvo, de ojos rasgados y donde debía tener las cejas lucía apenas unas finas pelusillas. El conjunto era desastroso. Su voz, en cambio, era juvenil y agradable al oído, algo bastante contradictorio.

—¿Qué ocurre? ¿Le ocurre algo a Yuhèlle?

—No, Alteza —el ser se mordió los labios con impaciencia, su túnica roja se balanceó al compás de una brisa invisible—. Un ataque a sus territorios, ¡un ataque sorpresa!

—Mira, conseguí jabón —susurró Lucienne mostrándole una pastilla de color rosa chicle.

Absalón presionó el botón del elevador.

—Lo robaste, querrás decir —corrigió, presionando el botón otra vez.

—¡Tú me ayudaste! —replicó el chico, volviendo a meter el jabón en su bolsillo trasero de los vaqueros. Un musical sonido de monedas se oyó por encima del fragor de la lluvia exterior. Lucienne había robado las propinas de todas las mesas del bar.

—¿Tienes pensado volver allí? ¿Qué carajo le pasa a este elevador? —masculló, golpeando el botón con el puño cerrado.

—Subamos por las escaleras —sugirió Lucienne.

Rendido, Absalón lo siguió. Si la verdadera naturaleza de Lucienne estaba regresando, él no podía notarlos. Robar no era algo extraño, pensó. El chico lo había hecho por mero instinto de supervivencia. Con ese dinero pagarían la comida del día siguiente.

Las luces que iluminaban los pasillos y las escaleras no funcionaban, de manera que debían caminar en medio de una completa oscuridad. Gracias a sus ojos demoníacos, Absalón podía ver en la oscuridad sin ningún problema, aunque no distinguía bien los colores. No tenía idea si a Lucienne le sucedía lo

mismo. En un momento, el chico tropezó y Absalón lo sostuvo del brazo.

—Gracias —susurró Lucienne.

Absalón no respondió. Entonces el muchacho padecía las limitaciones de aquel cuerpo humano: había perdido sus habilidades junto con sus recuerdos. Eso sería problemático. ¿Lograría convencerlo de que si se arrojaba del décimo piso como del trampolín de una piscina, no sufriría daño alguno?

¡No!, se gritó a sí mismo. Lucienne no debía recordar nada, todo estaba mejor así. La gema permanecía oculta en su pecho, junto a su corazón, y si Lucienne no hacía nada para delatar su presencia, nadie descubriría que estaban en París.

—¿Cuándo crees que podremos ir a Egipto? —exclamó el muchacho en voz alta, para hacerse oír por encima de la lluvia. Absalón soltó un suspiro de puro fastidio.

—¿Otra vez con eso? —lo riñó—. Pensaba que por fin te habías olvidado.

Lucienne se detuvo. Ya estaban en el quinto piso. Faltaban cinco más.

—¡No me he olvidado! ¿Crees que le robé el dinero a esa mujer solo para comprar hamburguesas? —gritó. Absalón lo tomó del brazo y lo acercó a su cuerpo de un tirón.

—No me grites —masculló en tono amenazante, apenas pronunciando las palabras. Lucienne se puso tenso.

—L-lo siento —farfulló, nervioso, bajando la mirada.

Absalón sintió que caía por un túnel oscuro y sin final. ¿Lucienne pidiendo disculpas? Quiso echarse a reír. Suavemente, soltó al muchacho. Siguieron subiendo escaleras.

Cuando llegaban al séptimo piso, una de las puertas se abrió y un torrente de luz iluminó el pasillo en penumbras. Una bocanada de música pop estalló contra el techo y se desparramó por el edificio.

—¡Hey! —Una muchacha salió de un apartamento con una botella en la mano—. ¿Vienen a la fiesta? —dijo, arrastrando las palabras. Era evidente que estaba algo ebria—. ¿Han visto a Michel?

—No, no vamos a la fiesta. Y no, tampoco hemos visto a Michel —contestó Absalón, reemprendiendo la marcha. Pero Lucienne no lo siguió. El chico se había quedado parado en medio del pasillo, con la mirada fija en la muchacha ebria. Ella rio como una histérica y corrió hacia Absalón con la botella en la mano.

—Anda, humanízate. Mira, tu amigo quiere venir —le dijo, tomándolo de la pechera de la camisa.

Él la examinó por un momento. Su cabello era oscuro, su piel pálida y tenía los ojos rasgados. Tal vez fuese china o japonesa. Se había pintado los labios de un llamativo tono rojo sangre y sus pestañas postizas eran espesas y puntiagudas. Lucía un vestido corto de color rojo metálico y medias negras hasta los muslos. Iba descalza. Absalón la miró directamente a los ojos y la chica ahogó un chillido de emoción.

—¡Cielos! ¿Usas lentillas o son de verdad? —gimió, alzando la mano libre hacia el rostro del hombre. Lucienne lanzó una carcajada. Fastidiado, Absalón la tomó de la muñeca y le apartó la mano.

—Nací así —declaró. Ella le sonrió y le hizo una ridícula caída de ojos.

—Hoy es mi cumpleaños. Estaría muy feliz si el señor Ojos Mágicos viniera a mi fiesta.

Lucienne se meaba de la risa.

—Eh... no tengo nada para regalarte —se lamentó Absalón, con sarcasmo. Pero la chica interpretó la frase como una aceptación. Aferró al hombre del brazo y lo arrastró hacia la luz y la música.

—¿Hay comida? —preguntó Lucienne, siguiéndolos.

—¡Claro que sí! —chilló la chica, dándole un generoso trago a la botella.

—¿Cómo te llamas?

—Milagring —respondió ella—. Mi madre es filipina. —Y cerró la puerta de un portazo.

—Es un bonito nombre —opinó Lucienne, no muy convencido. Milagring le sonrió, dejó la botella en el piso y se le colgó del cuello, chillando.

Absalón meneó la cabeza, disgustado, y se giró para observar el apartamento. El salón estaba repleto de muchachos y chicas bebiendo y riendo. Sentados en el suelo de mosaicos grises o despatarrados en el único sofá, la mayoría tenía aspecto humilde o bastante desaliñado.

—¿Son tus amigos? —inquirió Absalón, algo contrariado. Milagring lucía elegante, casi aristocrática además de exótica, con sus rasgos orientales y su larga cabellera negra, lacia como la lluvia. La chica se encogió de hombros. Absalón comprendió—. Los has invitado... y ni siquiera los conoces. —Pero se calló, porque Milagring ya se había alejado de él. Abriéndose paso entre sus invitados, tomó una botella vacía y golpeó la mesa de plástico para hacerse escuchar. Alguien bajó la música y los chicos y chicas elevaron la mirada hacia ella.

—¡Tenemos dos nuevos invitados! —anunció, alzando los brazos. El escote del ajustado vestido rojo se le deslizó un par de centímetros hacia abajo—.

¡El señor Ojos Mágicos y su buen amigo...!

—¡Lucienne! —exclamó el buen amigo del señor Ojos Mágicos. Los muchachos aplaudieron y lanzaron patatas fritas al aire. Luego una voz femenina propuso un brindis y una multitud de botellas temblorosa se alzaron hacia el techo.

—¡Por el señor Ojos Mágicos!

—¡Por Lucienne!

—Por la Reina Madre, esto es un zoológico —se quejó Absalón—. Y esta música es tan desagradable...

—Oh, vamos, ¡anímate! —exclamó Lucienne, mezclándose entre los invitados ebrios. Absalón no tuvo más opción que seguirlo—. Si no fuera por ella estaríamos muriéndonos de aburrimiento en nuestra habitación...

Tenía razón, pensó Absalón. Al menos allí había música y comida... para ambos. Se sentaron en el suelo, cerca de la ventana, con la espalda orientada hacia la noche. Una chica les pasó una botella de licor y Lucienne dio un trago. Era dulce.

Milagring estaba de pie, bailando entre dos muchachos con aspecto de vagabundos. Uno de ellos quiso tocarle el trasero y ella le dio una bofetada en broma.

—¿En verdad crees que no conoce a ninguna de las personas que están aquí? —le susurró Lucienne a Absalón al oído. El hombre negó con la cabeza.

—¿Nos conoce a nosotros?

Lucienne no respondió y Absalón supo lo que pensaba. Que él ni siquiera se conocía a sí mismo.

—¡Hey, vamos a jugar a verdad o castigo! —exclamó una de las chicas. Todos estuvieron de acuerdo y un muchacho lleno de tatuajes bajó el volumen de la música casi al mínimo. Absalón los contó. En total eran diecisiete personas. Once hombres y seis mujeres. Todos lucían algo desarreglados o sucios, lo que confirmaba su teoría.

Casi no había muebles, de manera que era posible que el apartamento hubiese estado deshabitado antes de que Milagring y sus invitados irrumpieran en él. Los únicos muebles eran el viejo sofá apolillado, la mesa de plástico que sostenía botellas, ceniceros y platos con palitos salados y la lámpara de pie que iluminaba a medias el salónapestoso a cigarrillo y alcohol. Alguien preguntó a qué hora llegaba la pizza y otra voz le respondió que todavía no la habían pedido.

—No comprendo —susurró Absalón, contemplando a Milagring, que se

besaba con el muchacho que había bailado con ella antes. Lucienne chasqueó la lengua.

—¿Qué quieres comprender? —replicó, sacudiendo los hombros al ritmo de la música.

Los invitados se estaban acomodando, todos sentados en el suelo, alrededor de una botella de cerveza vacía. Absalón suspiró. Esos chicos y esas chicas estaban ebrios, pensó, drogados en el peor de los casos. Podría tener problemas si hacía un trato con algún humano que no estuviese en pleno uso de sus facultades. Ellie había sido especial.

Pero esos chicos... ¿qué podrían desear? ¿Más alcohol? No. Ninguno de ellos le sería útil. Solo le traerían problemas.

—¡Hey, vengan a jugar! —les gritó Milagrings, desde el otro lado del salón.

—¿Cómo es el juego? —preguntó Lucienne.

—¡Cielos! ¿Nunca has jugado verdad o castigo?

—Ponemos a girar la botella —explicó una muchacha de pelo color arena. Lucienne clavó su mirada en ella. No era muy atractiva, pero había algo en sus ojos que a Lucienne le provocó una sensación extraña. No supo exactamente qué—. Si te señala a ti, tienes que elegir verdad o castigo.

—Si eliges verdad, te hacemos una pregunta y tienes que contestarla con la verdad —intervino Milagrings, emocionada—. Si eliges castigo, deberás cumplir un reto.

—¿Un reto? —replicó Lucienne, no muy convencido—. ¿Qué clase de reto?

—Que beses en la boca a tu amigo, por ejemplo —dijo un chico. El grupo estalló en carcajadas, pero Lucienne no se rio.

—Paso —se quejó, observando aquellas ropas sucias y esos cabellos grasientos. Absalón volvió a suspirar y apoyó la espalda contra la pared, muerto de aburrimiento entre aquellos adolescentes.

—¡Si es solo un beso!

—¿Ni siquiera a tu amigo Ojos Mágicos? ¡Pero si es obvio que son maricas! —exclamó el muchacho de los tatuajes.

—¡No somos maricas...! —negó Lucienne. Su voz se quebró y se fue apagando. Lo cierto es que no lo sabía. No sabía si Absalón y él habían mantenido una relación amorosa, si alguna vez, antes de que él perdiera la memoria, habían mantenido relaciones sexuales. A veces, Lucienne deseaba con todas sus fuerzas que fuera así.

Cuando se giró hacia Absalón, éste desvió la mirada.

Entonces era verdad, pensó el chico, sentándose entre Milagring y otra joven. Había ocurrido algo entre él y Absalón. ¿Por qué no le parecía tan extraño? ¿Por qué no le molestaba?

Ahora que estaba casi seguro, Lucienne sentía que por fin sabía algo acerca de sí mismo.

Absalón no tenía hambre, pero si no se alimentaba con frecuencia podía debilitarse. La debilidad acarreaba mal humor y dificultades a la hora de concentrarse y utilizar sus habilidades. Eso podía ponerlos en peligro. Si algo ocurría, no podría proteger a Lucienne. Por eso debía intentar alimentarse todos los días, costara lo que costara.

Hacía años que nadie lo invocaba por los medios tradicionales. Absalón sabía que pocas personas lograban dar con los rituales y menos gente aún conseguía realizarlos correctamente; colocar las velas en la posición que correspondía, encenderlas en el orden adecuado, pronunciar bien las palabras del conjuro. Hacía siglos, la Iglesia había prohibido todos los libros y grimorios de invocaciones a seres oscuros, pero ahora eso había pasado a la historia. Los demonios y la magia negra parecían haberse puesto de moda. Los cantantes elevaban sus voces hacia el mismísimo Lucifer y cada vez menos personas acudían a los templos. No estaban viviendo en una época muy espiritual; la gente no tenía tiempo para preocuparse por sus almas, debían vender su fuerza de trabajo a cambio del dinero para vestirse, alimentarse, educar a sus hijos, pagar sus hipotecas, los seguros de sus coches y abarrotar sus viviendas de objetos inútiles y sus cuentas bancarias de números imaginarios. ¿Es que pensaban que se llevarían al infierno toda aquella basura cuando estiraran la pata? Absalón, que había vivido desde tiempos inmemoriales, se daba cuenta de que las religiones estaban en crisis. Sin embargo, sabía que se recuperarían. Siempre se recuperaban. Resurgían de sus cenizas y una nueva ave fénix abría las alas para cobijar e iluminar a un séquito de fieles demasiado cansados para intentar comprender el mundo por sí mismos. Los seres humanos tampoco tenían tiempo para pensar, solo tenían tiempo para ganar dinero, gastarlo y morir.

—¡Cielos, responde! —chilló Milagring. Absalón levantó la vista. Todos los ojos estaban posados sobre Lucienne. El chico lucía nervioso.

—Eh... yo... no lo sé —farfulló atropelladamente, retorciéndose los dedos.

—¿Cómo que no lo sabes? —replicó el chico de pelo color arena—. ¡Vamos, responde! ¿Te has acostado con él o no? —Y señaló a Absalón con un largo dedo acusador.

Lucienne lo miró, buscando la respuesta en su rostro. Absalón le sostuvo la mirada y por un instante pensó que el chico recordaría todo, allí, en ese mismo momento. El aroma de su cuerpo se hizo más intenso; el perfume a rosas, a vino y sal marina.

—Sí —contestó Lucienne, pero Absalón supo que solo lo decía para que los chicos dejaran de atosigarlo.

—¡Lo sabía! —chilló Milagring, poniéndose de pie. Se tambaleó, logró apoyarse sobre el muro y subió el volumen de la música—. ¡Cielos, lo supe desde que los vi!

—¿Sí? No me digas —exclamó Absalón, girando los ojos.

—Ibais a los pisos más altos —dijo ella, con una sonrisa malévola—. Mi padre me dijo que allí arriba solo hay habitaciones, apartamentos a medio terminar, y que no son de nadie, que la gente los usa para follar y colocarse.

Entonces Absalón comprendió quién era Milagring. La muchacha debía ser parte de la familia que compraría el edificio para transformarlo en un hotel. Eso lo explicaba todo. Absalón no respondió. Si ella quería creer que se tiraba a Lucienne, bueno... él no podía hacer nada ¿o sí?

Los muchachos se levantaron del suelo y comenzaron a bailar al ritmo de la canción. Al ver el sofá vacío, Absalón fue hacia él y se recostó boca abajo, hundiendo la cabeza entre los almohadones. No soportaba el ruido, el hedor a cigarrillo y alcohol, el tufo a hormonas exaltadas que desprendían aquellos cuerpos adolescentes. Los almohadones también estaban sucios. Olían a polvo, a encierro y al sudor del muchacho que había estado allí antes que él. Asqueado, Absalón se giró. El techo gris del diminuto apartamento estaba repleto de manchas de humedad.

Quería irse de allí, pero al parecer Lucienne se lo estaba pasando en grande. Bailaba junto a dos chicos y el chico de pelo color arena, y de vez en cuando manoteaba de la mesa un puñado de maníes y se los iba llevando a la boca uno por uno. Milagring se había subido a la mesa de plástico y revoleaba una de sus medias.

—*I want your love! Love, love, love! I want your love!* —chillaba, extendiendo los brazos hacia el sofá donde estaba Absalón. Él apartó la vista. Cada vez detestaba más a esa mujer.

—¿Me haces sitio? —pidió una voz. Era un muchacho y Absalón se

sorprendió al notar que estaba sobrio. Tenía alrededor de dieciocho años, el pelo castaño y los ojos cafés. Era guapo.

Absalón encogió las piernas y respiró la fragancia del joven. Olía mal. Su ropa apestaba a sudor, mugre acumulada y sangre seca. Absalón frunció el ceño, buscando con el olfato el origen de la sangre. Buceó por el cuerpo del joven y halló varias heridas antiguas. Una en la cadera, otra en el abdomen y la última, en la zona de la ingle. Se preguntó qué las habría causado. ¿Una novia retorcida, quizás?

—¿Vives en este edificio? —le preguntó el muchacho a Absalón. Vestía una camiseta sin mangas de color negro, rota en varios sitios, y unos pantalones vaqueros muy gastados y sucios. Absalón asintió—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Dime.

El joven se giró hacia él y juntó las manos sobre el regazo.

—Mi mejor amigo está desaparecido hace dos días. Se llama Michel. Tiene quince años, es bajo, tiene el pelo castaño rizado y... le gusta vestirse de niña... No, no vayas a pensar mal, no es un prostituto como algunas personas que viven en este edificio... Solo es transexual, es una chica en el cuerpo de un chico...—. Absalón apenas oía, su mente se había quedado flotando entre los aromas del muchacho—. El anciano del tercer piso me dijo que hace días que no viene. ¿No lo has visto tú por aquí? No quiero hacer la denuncia a la policía...

—Estás enfermo —musitó Absalón, absorto, mirando a Julien a los ojos. Sí, había algo extraño en su sangre. Olía como a uvas podridas.

—¿Qué...? —replicó el joven, aturdido. Absalón se acercó a él. Al parecer, ya había encontrado el alimento de esa noche.

—Lo que has oído. Aunque tú ya lo sabías, ¿verdad?

—¡Cállate!

Julien se puso de pie y alzó el puño, pero Absalón fue más rápido. Cuando el muchacho se hubo parado, ya estaba junto a la ventana, de espaldas a él. Nadie oyó el grito. Si alguien lo oyó, no le dio importancia. A través del vidrio de la ventana, cuyo polvo había sido barrido por la lluvia, Absalón vio el horror reflejado en el rostro de aquel joven. Muy en el fondo de su corazón, él sabía que Absalón no mentía.

—¿Cuándo...? —preguntó.

—No lo sé —respondió Absalón.

Nunca era agradable transmitir esa clase de noticias. Pero si él podía sacar provecho de ello, no quedaba más remedio que soportar el mal trago. Después

de tanto tiempo, Absalón pensaba que debía estar más que acostumbrado, pero no era así. Su vejez no lo había hecho menos humano, más bien todo lo contrario.

—¿Moriré? —susurró. La entonación fue intermedia entre una pregunta y una afirmación—. ¿Y Michel? ¿Sabes dónde está él... ella? —inquirió él, pensando que tal vez ese desconocido omnipotente era la fuente de todas las respuestas del universo.

Absalón se quedó callado, meditándolo, haciendo cálculos. Podría curar al muchacho a cambio de doce años, era el precio más adecuado. ¿Cuánto podría cobrarle por la respuesta del paradero de su amigo? ¿Seis meses? ¿Un año?

—Sígueme.

Se abrieron paso entre los cuerpos sudorosos de los jóvenes que se sacudían al ritmo del pop. Lucienne no los advirtió, tampoco Milagrang. La muchacha ahora se había quitado las dos medias y jugaba a ahorcar con ellas al chico de los tatuajes, que la contemplaba con evidente lujuria.

Absalón abrió la puerta de la habitación. Estaba oscura, vacía y más sucia que el salón. En un rincón había un colchón apolillado, que algún inquilino anterior había abandonado sin muchos remordimientos. Absalón entró y Julien lo hizo tras él. La única ventana del dormitorio estaba abierta y una corriente de aire penetraba por allí, enfriando la atmósfera caldeada por el verano y el encierro.

Absalón apoyó los brazos en el alféizar y contempló la ciudad. Mojada y tenebrosa, se liberaba del agotamiento diurno en los brazos de la tormenta y el rayo. Julien carraspeó y Absalón recordó de pronto que el muchacho estaba allí. Se volteó.

—¿Quieres volver a estar sano? —le preguntó. El joven frunció el ceño y abrió la boca, pero no dijo nada. Se veía tan desamparado...

El muchacho era un huérfano, descubrió Absalón al penetrar en su mente, que había crecido en medio de la pobreza más extrema, padeciendo el hambre y los abusos sexuales a los que lo había sometido un hombre perturbado. Abrumado, también descubrió que Julien amaba a ese tal Michel y que en ese momento nada más que ese nombre ocupaba sus pensamientos.

Julien se sacrificaría por su amigo si Absalón se lo pedía.

Ah, los humanos... pensó el demonio, fascinado. Eran tan extraños, tan exóticos para él. Le gustaban. Le gustaba observarlos y saber qué los hacía reír, llorar, gritar, qué hacía que se levantaran cada mañana y fuesen a trabajar a un sitio que detestaban, para un hombre que detestaban...

—Puedo curarte —susurró Absalón, acercándose a Julien—. Puedo hacer que vuelvas a estar sano. Y que encuentres a tu amiga.

Los ojos del joven se iluminaron, castaños, grandes, preciosos. Humanos.

—¿Sabes dónde está Michel? —preguntó. Absalón se sintió irritado. Le molestaba que ese joven fuese tan puro a pesar de los ultrajes que había sufrido su cuerpo, a pesar de que su sangre estaba envenenada. La maldad del mundo tenía que haberlo corrompido de alguna manera.

—¿No quieres volver a estar sano? —inquirió Absalón—. Estás débil. Si no cuidas tu salud, morirás antes de cumplir los treinta. Y tu amada Michel se quedará sola... en las calles.

El rostro del chico se contorsionó en una mueca. Absalón había logrado lo que se proponía.

—¿A dónde quieres llegar? ¿Qué quieres decir con que puedes curarme? —exclamó Julien, furioso. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Y cayó al suelo. Al fin había cedido. Ya estaba donde Absalón necesitaba que estuviera.

Julien se sentó en el colchón y se abrazó las rodillas. Comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás, como un niño pequeño.

Absalón se dirigió a la puerta y la cerró. Con cuidado para que Julien no lo oyera, pasó el cerrojo.

—Yo puedo curarte —repitió—. Tan solo tienes que pagarme con doce años de tu vida.

Julien levantó la mirada de golpe. Absalón casi pudo oír el ruido que hizo su cuello. El joven lo contemplaba aturdido, como si no supiera dónde se encontraba. Sus labios temblaban y su frente pálida había comenzado a perlarse de sudor. Absalón se agachó frente a él.

—¿Qué quieres decir? —volvió a preguntar Julien—. ¿Quieres que... trabaje para ti?

Su voz se quebró. Fascinado, Absalón observó los ojos del muchacho llenarse de lágrimas. Comenzaron a brillar, a humedecerse, el bello rostro se torció de congoja. Finalmente, una única lágrima atravesó los párpados, acarició las pestañas y empezó a deslizarse por su mejilla. Olía a sal, percibió Absalón, a una sal muy similar a la de la esencia de Lucienne.

Sin pensarlo, Absalón se abalanzó sobre Julien. Cayeron pesadamente sobre el colchón y el chico emitió un quejido de sorpresa y dolor. Absalón le aferró el rostro con la mano y comenzó a lamer la lágrima, desde la comisura de los labios del joven, hasta el nacimiento de sus pestañas de seda tostada.

—Doce años de tu vida —susurró Absalón. Julien temblaba bajo su cuerpo, con los ojos cerrados y los labios contraídos. Entonces Absalón comenzó a mentir—: Si tu destino es morir a los noventa años, morirás a los setenta y ocho. A cambio, haré que tu enfermedad desaparezca.

Julien se quedó quieto. Sentía la respiración de Absalón sobre su rostro y todo el peso de su cuerpo sobre el suyo. Alargó una mano hacia su cara y se limpió los ojos. Luego, casi con miedo, los abrió. El hombre le devolvía la mirada. Una mirada fría, atenta, expectante. Julien no se había equivocado, el hombre tenía los ojos de diferentes colores. Ojos Mágicos. ¿Qué tipo de magia había en esos ojos?

—¿Quién eres? —musitó Julien, perdido en la oscura profundidad de los ojos de Absalón. Entonces, muy lentamente, el hombre esbozó una sonrisa. O no. No era una sonrisa, era una mueca disfrazada de sonrisa. Una mueca que decía claramente: soy algo distinto de lo que eres tú, algo extraño, algo oscuro, algo malvado.

—Puedes llamarme Absalón.

—Absalón —repitió Julien, como obedeciéndole—. Quiero estar sano, Absalón... y quiero encontrar a Michel.

—Entonces di “sí”.

Julien aguantó la respiración. Sabía que si lo hacía, no habría vuelta atrás. Volvió a cerrar los ojos, y una nueva lágrima se asomó por entre sus párpados y quedó enhebrada entre sus pestañas, como una perla diminuta.

—Sí —susurró con los ojos cerrados.

—Abre la boca —pidió Absalón, suavemente. En respuesta, Julien abrió los ojos—. Abre la boca.

Absalón no quería que Julien sufriese como había sufrido Ellie. Tenía que evitar que el muchacho se retorciera de dolor y gritara; temía que sus gritos alertaran a los jóvenes que estaba en el salón contiguo y que tal vez ya hubiesen advertido su ausencia. Antes de que Julien tuviese tiempo de comenzar a sollozar, Absalón se derrumbó sobre él y lo besó en la boca.

El chico abrió los ojos como platos, su estómago dio una tremenda sacudida. Absalón vio cómo sus mejillas blancas se llenaban de un intenso rubor rojo, mientras su cuerpo comenzaba despedir el inconfundible aroma de la excitación sexual.

En ese instante, Absalón supo el precio que le cobraría por la respuesta de Michel.

El chico tosió, pero la tos chocó contra los labios de Absalón y se perdió

en su garganta. Con la destreza del que lleva haciendo lo mismo por milenios, Absalón lo tomó entre sus brazos y pegó su cuerpo al suyo. Sentía sus convulsiones, podía percibir el latido frenético de su corazón, podía oír los chasquidos de los mecanismos cerebrales del joven gritándose entre ellos, echándose la culpa del dolor que le estaba arrebatando la consciencia.

Absalón abrió más la boca y devoró la del muchacho, ahogándolo, cortándole la respiración. La música del salón seguía haciendo retumbar las paredes y se encontró suplicando que a nadie se le ocurriera bajar el volumen o cambiar el disco...

Julien se convulsionó entre sus brazos y su columna se arqueó como un elástico. Sus ojos luchaban por cerrarse. De repente, su cuerpo se relajó y Absalón supo que todo había terminado.

La pequeña esfera blanca atravesó los labios del chico y se quedó flotando en el aire, como una enorme luciérnaga. Julien la observó con los ojos entrecerrados, exhausto y adormilado, apenas consciente. Con el dedo índice, Absalón guió la esfera hasta su boca y la tragó.

Julien intentó incorporarse, pero Absalón lo detuvo, empujándolo suavemente por los hombros y recostándolo de nuevo sobre el apestoso colchón.

—¿Dónde está Michel? —dijo el muchacho. Una brisa fría entró por la ventana y el chico se estremeció bajo el cuerpo de Absalón.

—Si quieres que te responda, debemos hacer otro trato.

Julien lo miró sin ninguna expresión en el rostro. Estaba dispuesto a cualquier cosa.

Lucienne estaba mareado. Las botellas que pasaban de mano en mano habían llegado varias veces a las suyas. Estaba ebrio. Sentía que la potente música le arañaba los oídos. El calor a su alrededor se había concentrado y le lamía el cuerpo como un animal en celo. Estaba sudando. Tenía los sentidos adormecidos por el alcohol, pero seguía bailando y agitándose con frenesí como si haciéndolo pudiese purgar su espíritu de todos los demonios y los malos pensamientos que lo poseían.

Junto con el alcohol, Lucienne sentía que también estaba bebiéndose la música. Casi podía verla, tocarla, saborearla. Las había dulces como crema batida, las había dulces como chicles de fresa. La música, descubrió, tenía su propia magia. ¿Cómo era posible que esos cuerpos que se contoneaban a su alrededor se hubiesen puesto de acuerdo para moverse todos al mismo

tiempo? ¿Cómo era posible que esos cuerpos fuesen tan bellos al bailar?

Lucienne descubrió que le encantaba bailar, aunque no supo si ese delirante placer estaba relacionado con el alcohol.

Levantó los brazos hacia arriba y gritó la melodía que la cantante aullaba en la canción. Algo frío y amargo cayó sobre su cabeza. Algo mojado. Tenía en la mano una botella de vodka y no se había dado cuenta. Rio. Se rio con una risa aguda y metálica, estridente y profunda. Lucienne no recordaba haberse reído así en toda su vida.

Sacudió la botella por los aires. Entrelazados con la música, oyó los chillidos de los cuerpos danzantes, excitados, mojados con vodka. Lucienne abrió la boca y respiró. Un torrente de electricidad hizo que se estremeciera de placer.

El salón apestaba, el salón giraba a toda velocidad como un planeta enloquecido. Galaxias multicolores chisporroteaban como un caldero repleto de palomitas de maíz. Estrellas, meteoritos, cometas, soles. El salón era un gran universo flotante.

Riendo, se llevó los dedos de la mano a la boca y los chupó. No sintió nada. Extrañado, los mordió. El chico del pelo color arena estaba a su lado y lanzó un grito de dolor. Ah, entonces sus dedos no eran sus dedos, pensó Lucienne. Por algún motivo, su equivocación le causó mucha gracia.

Se relamió los labios y saboreó algo metálico. Tosió. Respirando profundamente, ahora por la nariz, percibió otra vez el caos de olores que orbitaban a su alrededor. Sudor humano, suciedad, alcohol, cabellos grasientos, entrepiernas húmedas, axilas mojadas, alientos salados, perfumes baratos, carmín de labios, jabón de ropa... y una agradable fragancia a miel.

Extasiado, Lucienne abrió los brazos y dejó que ese gran huracán de aromas lo abrazara y penetrara en su interior.

Algo lo impulsó hacia adelante. Sintió unas agradables cosquillas en el vientre. Cuando bajó la mirada, alcanzó a distinguir una mano pequeña tomándolo del cinturón. La chica de pelo color arena lo arrastró hacia el suelo. Lucienne cayó sobre las piernas del muchacho de los tatuajes y quedó con la cabeza encajada entre sus rodillas. En ese momento, tuvo un breve instante de lucidez mental. Fue consciente del agresivo y repugnante olor a lo llenaba todo, de la vibrante desesperación que cada uno de esos jóvenes experimentaba.

La chica de pelo color arena se desplomó encima de él y se sentó a horcajadas sobre sus piernas. Instintivamente, Lucienne la tomó de las caderas

La chica se llevó las manos a la espalda y se quitó la camiseta de un tirón. Para Lucienne, la3 joven era tan solo un manchón borroso de colores mezclados que se movía frente a sus ojos como si estuviese reflejado en la superficie de un río contaminado.

Cuando, luego de estrecharla entre sus brazos, Lucienne le recorrió la espalda, la muchacha se apartó de él de golpe, como succionada por un imán.

Desorientado, levantó la vista. Una silueta negra, difuminada, sostenía a la chico de pelo color arena. Lucienne se estremeció. No sabía cómo, pero podía sentir el rencor que irradiaba aquella figura. Cerró los ojos, suplicando que aquel ser no le dijera a Absalón lo que había estado a punto de hacer.

EL FALSO BANQUETE

*Mientras tanto los demonios malsanos en la atmósfera
se despiertan pesadamente, como gentes de negocios,
y golpean al volar los postigos y el alero.*

EL CREPÚSCULO, Charles Baudelaire

Rojo. Todo alrededor de Lucienne era rojo, un rojo carmesí brillante, lujurioso. Percibía un suave perfume de rosas, una fragancia delicada y femenina. Sensual, sin llegar a ser agresiva.

De repente, Lucienne se dio cuenta de que se estaba moviendo. Y además, no estaba solo. Solo se veía a sí mismo y a la persona que estaba junto a él. Algo le impedía alzar la mirada más allá de sus cuerpos: su propia voluntad. Él quería hacerlo, pero, al mismo tiempo, se negaba.

La otra persona era un hombre. Lucienne pudo ver su pecho fuerte, sus brazos nervudos y parte de su cuello pálido. Todo en aquel hombre era pálido. Y Lucienne sabía que su rostro también lo era, a pesar de que no podía verlo.

Se irguió y rodeó al hombre con los brazos. El sujeto hundió la cabeza en su cuello, lo mordió con delicadeza, y Lucienne separó las piernas y se abrazó a su cintura. Entonces, descubrió que no era Lucienne.

Estaba en el cuerpo de una mujer.

Sus brazos eran esbeltos y finos. Sus manos, de dedos largos y elegantes, lucían unas largas uñas pintadas de negro. Cuando el hombre pegó su cuerpo al suyo, Lucienne sintió la presión que el pecho de éste ejercía contra sus senos desnudos. A pesar de que no podía ver sus ojos de diferentes colores, él sabía que el hombre era Absalón.

Lucienne saltó de la pesadilla como un misil disparado de un cañón. Con el corazón acelerado, se sostuvo el pecho y miró a su alrededor.

Estaba en la habitación del décimo piso. A su lado, Absalón dormía silenciosamente, tan quieto como un cadáver. Lucienne se mordió el labio. Los recuerdos en su cabeza eran como peces en un mar frío y turbulento. Sabía que

algo había sucedido. Sentía la filosa aguja de la culpa merodeando por su cuerpo, en busca del sitio adecuado donde clavarse.

¿Qué había ocurrido en la fiesta de Milagring?

Le dolía la cabeza.

Se irguió y miró por la ventana. El día ya había pasado, anochecía. El cielo se había pintado de un vomitivo color naranja, el sol era tan solo una masa luminosa de luz agonizante que se perdía en el horizonte. Lucienne se levantó de la cama y permaneció frente a la noche durante lo que le pareció una eternidad.

Observó el cielo oscurecerse hasta teñirse de un triste violeta grisáceo, contempló el sol morir desangrado entre las nubes asesinas. Por algún motivo extraño, le causaba placer devolverle la mirada a la noche. Una brisa perezosa le acarició las mejillas e hizo bailar las viejas cortinas. Lucienne las acarició distraído, tratando de recordar.

Nada.

Solo el vacío. La sensación de haber hecho algo indebido.

¿Por qué había tenido ese sueño tan extraño? ¿Significaba que él deseaba estar con Absalón? ¿Qué le habría gustado ser mujer para que el hombre consintiera en acostarse con él?

No, se dijo. Para eso no era necesario que él fuese una mujer. Dos hombres podían intercambiar amor y placer sin ningún inconveniente, pero ¿y si Absalón no pensaba de esa forma?

Lucienne se agachó y deslizó el brazo bajo la cama. En la oscuridad, su mano arrastró el polvo y la mugre acumulada. La suciedad removida remontó vuelo y llegó hasta su nariz. Estornudó una, dos, tres veces. Absalón susurró algo en sueños y Lucienne se tapó la boca y se quedó quieto como una estatua. La encontró.

En silencio, se levantó del suelo, entró en el baño, cerró la puerta y encendió la luz. El violento resplandor lo cegó por un instante. Deslumbrado, Lucienne se frotó los ojos. Se arrodilló en el suelo.

En la mano tenía un calcetín sucio. Dándolo vuelta, lo sacudió. Un manantial de monedas cayó sobre el suelo de mosaicos y se estremeció al pensar que el ruido tal vez hubiese despertado a Absalón. Aguardó en silencio unos instantes y al no notar movimiento en la habitación contigua, retomó su tarea.

La verdad era que no había recolectado mucho dinero. Tan solo había monedas y cuatro o cinco billetes. Al sentarse en el suelo, percibió algo duro

en su bolsillo trasero. Era el jabón que se había robado del bar la noche pasada. Estaba aplastado y deformado, pero eso no lo hacía menos útil. Lo dejó en el lavamanos y volvió a enfrascarse en su tarea.

Extrañado, se dio cuenta de que los bolsillos seguían pesándole. Al revolverlos, encontró más monedas y más billetes.

¿Entonces era eso?

¿Se sentía culpable por haberles robado a aquellos chicos y chicas?

Tenía sentido, pero no acababa de convencerlo. Y de todas formas, lamentarse no le serviría de nada porque devolver el botín no estaba entre sus planes. Con un agrí dulce sentimiento de triunfo, metió todo el dinero en la media, preguntándose cuánto podría faltarle para comprar un boleto a Egipto.

Dos boletos, dijo una voz en su cabeza.

Salió del baño y se sintió aliviado al ver que Absalón no se había despertado aún. Volvía junto a la ventana cuando algo blanco y cuadrado le llamó la atención desde el suelo. Estaba junto a la puerta. Era un pequeño cuaderno. Lucienne se acercó y lo recogió, sorprendido.

¡LO HE PASADO MUY BIEN CON USTEDES, CHICOS!

¡LOS QUIERO MUCHÍIIISIMOOO!

¡ESPERO QUE VOLVAMOS A VERNOS!

¡OTRO DÍA PASARÉ A VISITARLOS!

¡MILAGRING!

La letra era grande y redondeada, pero Lucienne tuvo que esforzarse para descifrar el mensaje. Sonrió. Milagring le había caído bien, aunque sospechaba que cualquier persona que les regalara comida sería más que bienvenida en su hambriento corazón. Ahora, la buena Milagring le había regalado un cuaderno. Y un bolígrafo, observó, tanteando los anillos del cuaderno.

Sintió un repentino aguijonazo en la sien. Pronto supo el motivo, o al menos logró sospecharlo: ¿él sabía escribir? ¿Lo había olvidado? Se descubrió teniendo miedo. ¿Y si no sabía? ¿Y sus letras se habían quedado sepultadas en la misma fosa que sus recuerdos y su identidad?

Lucienne sacó el bolígrafo del interior de los anillos. Abrió el cuaderno por la mitad y contempló la blanca hoja que se le ofrecía. Acercando la punta del bolígrafo, escribió:

QUERUBÍN

Fue la primera palabra que se le pasó por la mente. Como por instinto, el bolígrafo volvió a caer sobre la hoja. Apenas consciente de lo que hacía, completó la frase: QUERUBÍN DE UN PARAÍSO INVENTADO.

Sonaba bien, muy bien. Sonaba como una canción elegante, como una poesía. Lucienne volvió al baño y encendió la luz. Se sentó en el suelo de nuevo y extendió las hojas de papel. Como en medio de un éxtasis, las frases surgieron desde lo más profundo de su mente, se vertieron en las venas de sus brazos y se derramaron sobre la tinta azul...

Emilienne, mi dulce Emilienne. Diamantes en las pupilas, lluvia de oro en el pelo, ardiendo bajo las luces de las calles miserables. Brazos desnudos, tobillos desnudos, cuello esbelto y cremoso y desnudo acariciado por la luna de abril. Querubín de un paraíso inventado, demonio de los infiernos flotantes. Boca de fruta madura; lengua de seda bordeando los labios, los dientes de perlas marinas. Sonrisa angelical, sonrisa diabólica. Pies descalzos, uñas de cristal pulido, rodillas de pétalos de rosa y piernas eternas.

Quién pudiera tenerte, Emilienne, mi dulce Emilienne. Quién pudiera conservarte... quién pudiera encerrarte en una jaula de oro, alejarte de las calles prostituidas.

Emilienne en la hipnótica quietud del sueño, Emilienne en las pesadillas de la madrugada, Emilienne en el vino, en el agua y en cada suspiro otoñal.

Lucienne no era el único que tenía pesadillas esa noche. A pesar de su apariencia tranquila, Absalón también estaba sufriendo las inquietudes de su inconsciente. Su tranquilidad se había quedado tres pisos más abajo, en el dormitorio del apartamento de Milagring. Con Julien. Absalón solía cobrar sus tarifas antes de entregar el servicio y estaba más que acostumbrado a las reacciones de los humanos.

¿Quién era ese hombre salido de la nada que ofrecía hacer realidad sus más profundos y desesperados deseos? ¿Por qué eran tan extraños sus ojos? ¿Qué perversos engaños se ocultaban bajo sus palabras tranquilizadoras?

Julien no había hecho preguntas, no había vacilado. Si Absalón podía decirle en qué rincón de París estaba Michel, él se hallaba dispuesto a venderse a sí mismo. Era esa entrega lo que perturbaba a Absalón. Muy pocas veces había sido invocado por algo que no fuesen la avaricia y la ambición. Absalón no llevaba sus propios libros contables, pero ese joven, Julien, se le

había clavado en lo más profundo de la conciencia.

Él no acostumbraba solicitar satisfacciones físicas. Le parecía degradante, cosa de humanos. Además, dejaba huellas. Pero ese muchacho le había atraído tanto... mucho más que aquella chica, Ellie. Tan indefenso, tan lastimosamente humano. Irresistible. El joven había cedido, se había deshecho entre sus brazos como una cucharada de miel lo habría hecho en su lengua.

Al principio, Absalón se había sentido encantado con sus actitudes, pero luego la desesperación del muchacho se tornó evidente. Tenía miedo.

Apartando al muchacho bruscamente, se concentró en los recuerdos que había extraído de su mente, los del joven Michel.

El chico no estaba muerto.

Su alma seguía en la tierra.

Su alma...

Su alma estaba allí, en ese apartamento, en la habitación contigua. Se balanceaba...

Absalón salió del dormitorio. Sus oídos se llenaron de música; su nariz, del hedor desesperado de la adolescencia. Y Michel estaba allí.

Lo localizó. Se encontraba debajo de un muchacho de cabello rubio apagado, que en esos momentos estaba quitándose la camiseta. Aferrándolo de la mustia cabellera, Absalón lo arrastró hacia atrás. Lo que vio a continuación, podría decirse que lo sorprendió. El compañero del muchacho no era Michel. Era Lucienne.

La pesadilla expulsó a Absalón con violencia. Respirando dificultosamente, se encontró sumergido en la oscuridad más absoluta. Estaba a salvo. Desde la ciudad que bostezaba cincuenta metros más abajo, le llegó el eco de un bocinazo. Se irguió sobre los codos y contempló la oscuridad. Las cortinas se revolvían con el viento como fantasmas y una delgada línea luminosa se vislumbraba por debajo de la puerta del baño. Lucienne no estaba durmiendo a su lado.

Absalón aguzó el oído. Escuchaba un leve sonido de llanto y unos jadeos entrecortados.

—¿Lucienne? —preguntó.

Al instante, el llanto cesó.

Absalón saltó de la cama y, con cuidado, empujó la puerta.

El muchacho se encontraba allí, encogido junto al lavabo. Tenía los ojos azules desmesuradamente abiertos y se cubría los oídos con las manos. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás como un demente. Su cabello lucía

desordenado, mojado, y al levantar la vista, Absalón vio el grifo del agua fría escupiendo agua con desesperación. Lo cerró.

—¿Lucienne? —repitió, alarmado.

El joven alzó los ojos. Con cuidado para no alarmarlo, Absalón se arrodilló junto a él. Temía que estuviese sucediendo aquello que esperaba que sucediera. Aquello que aguardaba desde esa noche fatídica. Sus miradas se encontraron, asustadas. El chico entreabrió los labios, pero ninguna palabra salió de su boca. En ese momento, Absalón se dio cuenta de que Lucienne sostenía algo entre sus brazos.

Era un cuaderno.

Comprendió.

Alargó las manos hasta las del joven. Los delgados y blancos brazos cayeron inertes al suelo. El cuaderno se deslizó entre las piernas de chico y quedó abierto entre sus pies desnudos.

Absalón lo tomó y comenzó a leer.

—*Emilienne, mi dulce Emilienne...*

Lucienne lo aferró del brazo, despertando por fin de su locura.

—Yo no escribí eso —farfulló—. Alguien... alguien lo hizo... otro...

Se miró las manos, horrorizado, como si alguien hubiese reemplazado sus dedos por las ocho patas de una araña. Rompió a llorar.

De repente, Absalón se sintió más tranquilo.

—Tienes talento —le susurró, acariciándole el cabello. Estaba sucio, grasiento—. Creo que necesitas un baño. Ven.

Le alargó la mano. El chico la tomó. Su rostro se iluminó con un suave destello de esperanza, como si entre los dedos de Absalón durmieran las respuestas que necesitaba. El hombre lo sostuvo de ambos antebrazos y lo guió hacia la ducha. La mano de Lucienne tanteó el aire en busca del grifo.

—Aguarda —lo detuvo Absalón, divertido—. ¿Piensas bañarte con la ropa puesta?

Lo tomó de la cintura y le quitó la camiseta. Lo acercó con un empujoncito y le soltó el broche de los vaqueros. Los pantalones cayeron sobre el suelo de azulejos y Lucienne se desembarazó de ellos lanzándolos con el pie hacia el otro lado del baño.

Absalón abrió el grifo. Lucienne se estremeció repentinamente con el primer azote del agua fría. Con los ojos cerrados y muy quieto, el chico aguardó que el agua se templara.

Absalón permanecía serio y expectante. No podía imaginarse por qué la

verdadera identidad de Lucienne le jugaba tantas malas pasadas. ¿Qué significaba aquel relato? Probablemente nada. Era el hecho en sí lo preocupante. Absalón contempló al joven y dio un pequeño respingo al ver que éste le devolvía la mirada. El chico se hallaba de pie con la espalda apoyada contra la pared de azulejos; con la mano derecha se cubría sus intimidades, en un gesto entre tímido y despreocupado. Al notar que Absalón lo estaba mirando, la mano se crispó y el muchacho bajó los ojos, avergonzado.

Absalón suspiró. El agua se había calentado y el vapor perfumado a rosas y vino comenzaba a llenarle los sentidos. Inspiró profundamente, conmovido. De repente, pensó que la ropa que llevaba puesta era un estorbo. Quería que ese perfume le acariciara la piel, la lamiera, penetrara por sus poros y se mezclara con su sangre. Deseaba a Lucienne.

Lucienne dijo algo que no alcanzó a oír. Absalón despertó de su ensueño.

—¿Qué has dicho?

Lucienne se acercó a él, atravesando la vaporosa cortina de agua caliente.

—¿Qué sucedió anoche? —inquirió.

Absalón frunció el ceño. Estiró la mano y le apartó las mechas rubias que le caían sobre la frente.

—¿Por qué lo preguntas?

—No recuerdo cómo llegamos aquí.

Absalón soltó una risa nasal.

—Te emborrachaste —le respondió, encogiéndose de hombros. Le dirigió una última mirada a su cuerpo desnudo, se volteó y salió del baño.

—¡Absalón! —gritó el chico, saliendo de la ducha—. ¡Por favor! —Absalón ya estaba echado sobre la cama—. ¿Qué ocurrió?

—Te emborrachaste —repitió, con más énfasis—. ¿Qué quieres recordar?

Lucienne se sentó en el borde de la cama. Parecía haber olvidado que estaba desnudo. Absalón se pasó la lengua por los labios.

—Agradece que no tengas resaca.

—Sé que sucedió algo —replicó el chico, inclinándose hacia él—, algo que no debería haber sucedido.

Absalón dejó caer un bufido de hastío. Desvió la mirada. Lucienne insistía y no se rendiría hasta obtener una respuesta satisfactoria.

—¿Nos acostamos? —preguntó.

Absalón giró la cabeza hacia él, perplejo.

—¿Qué dices?

Lucienne se subió a la cama y se acercó más a Absalón.

—¿Hicimos el amor...? —susurró el chico, cubriéndose el regazo con un trozo de sábana.

Absalón que algo en su interior se derretía. *Hicimos el amor...*

—La respuesta es no.

Absalón se dio la vuelta, dándole la espalda.

—¿Alguna vez lo hicimos?

Absalón se quedó en silencio. Desde la calle les llegó el lejano sonido de una sirena.

—Solo una vez —dijo por fin.

Los siguientes días pasaron sin ningún tipo de sobresaltos. Lucienne no volvió a experimentar trances de su verdadera identidad ni se atrevió a hacerle preguntas a Absalón. Sin embargo, su interior ardía en deseos de saber más. Sentía que si no encontraba pronto las respuestas, se volvería loco.

Por su lado, Absalón también lo estaba pasando mal. No podía saber con certeza cuándo o en qué momento se daría vuelta y vería a Lucienne con los ojos en blanco, balbuceando incoherencias acerca de su pasado.

Lucienne había comenzado a tomarse muy en serio su vocación de ladrón. Era lo único que nutría sus esperanzas: ir a Egipto. No sabía qué le esperaba allí, pero necesitaba tener una meta, un objetivo que alcanzar aunque se estuviera engañando. Meditando acerca de aquella oferta que le había hecho el hombrecillo del anticuario, muchas veces estuvo a punto de caminar hasta aquel sitio y vender la gema. Algo se lo impedía, una fuerza misteriosa y sin explicación. ¿Qué podría hacer en Egipto sin la gema? Si estaba decidido a viajar, tenía que llevarla.

¿Acaso nací allí?, se preguntaba, acariciando los filosos bordes de la *menkalinen*. ¿Nací en Egipto?

Algo le decía que no. ¿Y qué podía ser ese algo? ¿Su cabello rubio? ¿Sus ojos claros? ¿Su piel pálida?

Lucienne había pasado dos horas enteras frente a un enorme televisor que estaba detrás del escaparate de una tienda. Lo mantenían toda la noche encendido y el muchacho se sentó en la acera, maravillado al contemplar allí las enormes pirámides de los faraones muertos. El cielo era de un celeste puro, milagroso, y las arenas eran doradas como la brillantina. Pero sus gentes fue lo que más atrajo su atención. Eran morenas, de piel mate y cabellos oscuros. Eran muy diferentes de él. Absalón había permanecido junto a él, de

pie, vigilándolo sin decir palabra. Cuando el documental acabó, las emociones de Lucienne se hallaban confundidas.

Lucienne se apoyó sobre la fuente y se inclinó hacia el agua. Allí, en el fondo, un sembradío de monedas de todos los colores y tamaños le devolvían la mirada. Mudadas y quietas, se encontraban allí sepultadas para siempre. El chico se mordió los labios. Si tan solo pudiese extender su brazo y rescatar de la tumba todas aquellas preciosas monedas. ¿Por qué la gente malgastaba su dinero echándolo al agua? ¿Por qué no se lo daban al muchacho rubio que, recostado sobre el borde de la fuente, soñaba con faraones asesinados y pirámides de alabastro?

Absalón carraspeó y se colocó detrás de él.

—¿Para eso querías venir aquí? —le susurró al oído, con voz divertida—. ¿Para asaltar la fuente?

Lucienne se giró y lo miró a los ojos. Absalón seguía tan malhumorado y sarcástico como siempre, pero el chico sentía que algo en él había cambiado. Desde ese día en que Absalón admitiera que entre ellos había ocurrido algo sexual, lo notaba a veces extremadamente distante, y otras veces, tímidamente solícito.

¿Absalón se avergonzaba de su relación? ¿Acaso Lucienne le había hecho daño?

Porque el chico esperaba de su parte algún tipo de reconocimiento, algo que le confirmara que en verdad él y Absalón eran —o habían sido— novios. Pero el hombre no hacía ni decía nada, con excepción de las contadas ocasiones en que, estando los dos recostados en la cama, sus manos se acariciaban suavemente y sus dedos se entrelazaban.

Lucienne alzó los brazos y apoyó las manos sobre los hombros de Absalón.

—¿Vamos a dar un paseo?

Comenzaron a caminar por el parque. Gracias a las lluvias de la mañana y parte del mediodía, la noche estaba agradablemente fresca. El parque se había llenado de tiendas ambulantes y vendedores de artesanías. A Lucienne no le agradaban las multitudes y, a juzgar por la expresión adusta de Absalón, a él tampoco.

Se detuvieron junto a una banca de piedra y el muchacho se sentó, con la mirada fija en las mujeres que se apiñaban alrededor de los puestos de bisutería. Absalón soltó un gruñido al darse cuenta de lo que Lucienne estaba mirando.

—Ladronzuelo —susurró.

El chico sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

Las actitudes de Lucienne también habían sufrido una pequeña sacudida. El cambio tenía origen en su necesidad de pertenecer a alguien. Si no tenía padre o madre, al menos podría contar con el calor de los brazos de un novio. El problema radicaba en que a veces Lucienne dudaba que Absalón quisiera ser el suyo. Todos aquellos interrogatorios personales acababan siempre con la misma pregunta: ¿por qué Absalón estaba con él?

Temía la respuesta tanto como el imaginarse al hombre abandonándolo.

Una de las mujeres abrió su bolso y extrajo la billetera. Lucienne contempló atentamente toda la transacción. Con un jadeo de júbilo, advirtió que la mujer olvidaba cerrar el bolso. Decidido, el joven se puso de pie y se dirigió hacia el gentío.

Absalón se dedicó a observar el nuevo talento de Lucienne. Robar. No era un talento muy artístico ni un oficio noble como el escribir historias eróticas, pero al menos ofrecía dinero rápido.

Con una risa ahogada, contempló a Lucienne escabullirse entre las mujeres y deslizar su mano cuidadosamente en el bolso de una dama rechoncha de cabello coloreado de rubio. Duró apenas un par de segundos. Absalón parpadeó, y vio que Lucienne ya había retirado la mano. La mujer ni siquiera había apartado la mirada de los collares de cuentas de colores que colgaban de los postes.

Triunfante, el chico volvió hacia la banca de piedra con una sonrisa que se le salía del rostro.

—¡Está pesada! —le dijo a Absalón, tocándose el bolsillo de los vaqueros—. Vámonos de aquí, anda. Me muero de hambre.

Atravesaron el parque con paso rápido, sin siquiera mirar atrás, y cruzaron la calle. Entraron en el primer lugar que encontraron: un karaoke bar.

El lugar estaba más fresco que el exterior gracias al potente aire acondicionado, que a su vez lograba neutralizar el aroma de las pizzas y las cervezas que comían y bebían los clientes. La barra estaba ubicada en el centro del amplio salón, rodeada de adolescentes que aguardaban para realizar sus pedidos. Al acercarse, Absalón observó que junto al refrigerador de las bebidas alcohólicas había una escalerilla que bajaba. Desde ese rincón ascendía un acusador olor a cebolla y *pepperoni*.

Se oyó una melodía de piano. Del otro lado del patio de comidas se ubicaba el escenario. El sitio se veía menos iluminado y más lleno, en su mayoría de adolescentes y jóvenes. Al ver a todos aquellos chicos y chicas

rodeados de amigos y risas, Lucienne sintió una punzada de tristeza. ¿El tenía amigos? ¿Los había tenido alguna vez?

Una muchacha en patines pasó por su lado, llevando una bandeja.

—¿Tienes hambre? —preguntó Absalón.

En ese mismo instante, Lucienne notó que le silbaba el estómago. Asintió, apesadumbrado. No quería gastar dinero, pero su cuerpo se lo reclamaba. Necesitaba comer.

Por su parte, Absalón también necesitaba alimento. Su última comida decente había sido hacía tres días. Con un rápido vistazo al panorama que lo rodeaba, logró identificar al menos cinco clientes potenciales. Debía encontrar el momento apropiado.

Lucienne se sentó a una mesa ubicada en el fondo del salón, en el rincón más oscuro. Absalón tomó asiento a su lado. Desde allí podían ver el escenario, iluminado con listones de luces de colores y guirnaldas de papel. Junto a la *rockola*, un grupo de chicos escribían sus nombres en papeles diminutos y los echaban a una bolsa de plástico.

La bandeja de los últimos comensales todavía seguía sobre la mesa. Para el horror de Absalón, Lucienne manoteó el vaso y sorbió los restos de bebida gaseosa; revolvió entre las servilletas usadas y encontró los sobres de mayonesa sin abrir. Absalón entornó los ojos, asqueado. El chico le causaba una mezcla de sensaciones entre las que podía distinguir la vergüenza ajena y la lástima. Y el interés..., y la inquietud.

Lucienne abrió un sobre de *ketchup* con los dientes y lo vació entero en su boca.

Absalón observaba a los grupos de jóvenes, atento a las imágenes que le proporcionaban sus mentes. Cuando se giró, se encontró con los ojos de Lucienne que lo contemplaban atentos. Absalón dejó caer una risa suave. El chico tenía la boca manchada de *ketchup*. Se miraron a los ojos fijamente, hasta que Absalón no pudo evitar soltar una carcajada. Una carcajada fría, maliciosa, pero una carcajada al fin. Lucienne abrió la boca pero, antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, Absalón lo aferró de la camiseta y lo acercó a su cuerpo de un tirón.

Sus labios se rozaron. Lucienne se quedó muy quieto, con el corazón desbocado, expectante. Los extraños ojos de Absalón examinaban los suyos y, nervioso, Lucienne los cerró.

—No me dejes —suplicó con un hilillo de voz.

Absalón sintió que un río de electricidad se volcaba en sus venas,

envenenándole la sangre. Arrastró los dientes por los labios de Lucienne y los succionó con fruición. Lo apartó cuidadosamente y le susurró al oído:

—Voy al baño. Tú ve a buscar comida decente.

Absalón atravesó el oscuro pasillo que llevaba hasta los baños. La fragancia de la muchacha que había elegido flotaba en el aire, llenándolo de un suave perfume a flores silvestres. Ah, el aroma de las mujeres humanas era tan delicioso. Antes de decidirse a burlar el cartel del baño femenino, Absalón inspiró una última bocanada de aire.

¿Y qué le dijo ese perfume?

Muchas cosas. Entre ellas, que la muchacha era más grande de lo que aparentaban sus rasgos juveniles. Tenía veintitrés años y seguía siendo virgen. Estudiaba una carrera que odiaba y suspiraba por uno de sus profesores. Y por tres de sus compañeros. Y por su primo. Y por su mejor amiga. Absalón sacudió la cabeza, divertido, y empujó la puerta del baño de mujeres.

La muchacha seguía en el cubículo, de manera que Absalón se apoyó sobre la puerta cerrada, dispuesto a esperarla. Había navegado por las olas de su mente lo suficiente como para no tener idea de lo que iba a pedirle.

La puerta de un cubículo se abrió con un clic y la muchacha se quedó petrificada ante Absalón. Él supo lo que ella estaba pensando: *Este es el baño de hombres o el de mujeres me he equivocado no puede ser el cartel decía mademoiselles sí estoy segura de que decía mademoiselles.*

Era una joven alta y delgaducha, con el cabello castaño rizado. Usaba unas gruesas gafas redondas que aumentaban varias veces el tamaño de sus ojos. Vestía unos vaqueros que le quedaban algo grandes y una camiseta negra con el dibujo de una fresa mordida.

—Es el baño de damas, sí —afirmó Absalón, con una expresión muy similar a una sonrisa—. No te has equivocado, Joannie.

La chica frunció las cejas. Luego dio un paso hacia delante y caminó hasta los lavabos.

—Si eres amigo del idiota de Johann, dile que ya se puede ir al infierno —masculló, intentando que su voz sonara decidida. Sacudió sus manos para liberarlas del agua y se las secó pasándoselas por el cabello, que llevaba suelto, acariciándole los hombros.

Absalón chasqueó la lengua.

—No soy amigo de Johann. Ni de nadie que conozcas. Estoy aquí para cumplirte un deseo, el que tú quieras. Sé que no estás conforme con tu vida. Yo

puedo ayudarte.

El discurso de siempre, que no había cambiado hacía miles de años por el simple motivo de que las personas nunca estaban conformes con sus vidas.

Joannie lo miró como si se hubiese vuelto loco. Luego soltó una pequeña carcajada que desató un torrente de risillas escandalosas.

Absalón aguardó a que se le pasara el efecto de sus palabras. Estaba acostumbrado a ese tipo de reacciones.

—¿No me crees? —susurró suavemente.

La chica extendió un dedo hacia él y le tocó el hombro.

—¿De dónde has salido? ¿De una lámpara mágica? —Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida del baño—. Tienes una forma muy extraña de ligar...

Y asió la manija de la puerta. Absalón casi sonrió. La puerta estaba trabada.

—Joder... —farfulló la chica, mirando hacia atrás.

—¿Ligar? —exclamó Absalón, acercándose—. ¿Acaso crees que quiero ligar contigo?

Ella lo contempló con los ojos cargados de reproche. No comprendía.

—De una lámpara, de una botella, de una fuente mágica... —canturreó Absalón—. Puedo cumplirte el deseo que quieras, ¿piensas dejar pasar la oportunidad, Joannie? ¿O tal vez debería llamarte Margaret, que es el nombre que tu verdadera madre te puso?

La muchacha soltó la manija y miró a Absalón con horror. Nadie, ni siquiera su mejor amiga, sabía que ella era adoptada.

—¿Quién eres? —musitó Joannie. Había palidecido. De repente lucía enferma, más delgada y débil que nunca.

—Mi nombre es Absalón.

Entonces la luz del baño iluminó plenamente los ojos del hombre y la joven notó que eran de diferentes colores.

—Eres el diablo —sentenció.

Absalón chasqueó la lengua. Odiaba la palabra *diablo*. Tampoco le gustaba la palabra *demonio*, aunque era el término más apropiado para calificar a los seres de su naturaleza. Le sonaba demasiado fetichista, demasiado religioso.

Extendió un brazo hacia ella y le cogió un rizo entre los dedos. Ella se estremeció. Absalón jugó a estirar el rizo, a observar cómo volvía a enrullarse cuando lo soltaba.

—¿Por qué ustedes los humanos hablan de *el diablo*, como si fuese uno

solo? —preguntó él, más para sí mismo que para Joannie.

La chica entreabrió los labios. Las gafas se le resbalaban por el puente de la nariz. Había comenzado a sudar.

—¿No sería más acertado decir que hay muchos diablos? ¿Muchos demonios, cada uno encargado de una tarea específica? Este mundo es enorme, Joannie. Somos muchos, muchísimos. Y llevamos a cabo tareas variadas... Yo, por ejemplo, soy un hombre de negocios, un economista. Cumpló deseos a cambio de años de vida, que son mi alimento. Es una transacción perfectamente justa, ¿no te parece? Clara como el agua, sin engaños. Ahora dime, ¿estás interesada?

Absalón soltó el rizo y toda la melena de la chica se sacudió, como picada por electricidad.

Por un par de minutos ninguno dijo nada. Finalmente fue Absalón quien rompió el silencio.

—Sé lo que quieres —dijo, acercándose a ella.

Sí, lo había descubierto por fin.

Joannie se agazapó contra la puerta, desesperada por el terror. Absalón se pegó a su cuerpo. La chica apenas alcanzaba a tocarle el mentón con la frente. Él la rodeó con brazos y piernas, dejándola atrapada. Ella comenzó a separar los labios, pero él se apresuró a ahogar el grito con su propia boca. La sintió temblar, estremecerse. Percibió la repentina subida de su temperatura corporal y pudo oír el retumbar de su joven corazón. De un manotazo, Absalón le arrancó las gafas del rostro y las lanzó al suelo.

Joannie abrió los ojos, aterrorizada. Absalón la sostuvo del mentón y acarició su piel pálida, surcada de cicatrices de acné. Bordeó su nariz con la punta de los dedos y (ella cerró los ojos otra vez) los pasó por sus párpados, por sus pestañas, por sus cejas...

Y de repente, Absalón se apartó.

Joannie volvió a abrir los ojos. Se sentía extraña. En el espejo de los lavabos se reflejaban dos personas. Aquel hombre tan extraño y una muchacha. Una joven atractiva, de unos veinte años, que vestía una camiseta con una fresa mordida. Temblando de pavor, se dio cuenta de que estaba observando su propio reflejo. Y no solo eso. Ya no lo veía todo a través de los gruesos cristales de sus gafas.

Se acercó al espejo, boquiabierta. Las cicatrices de los granos de su adolescencia habían desaparecido. Sus ojos, antes levemente caídos, estaban rectos, a la misma altura. Su nariz se había achicado. Sus pestañas eran más

largas y la franja de pelo entre sus cejas ya no estaba. Hasta su piel parecía haber adquirido color.

Alargó los dedos y acarició la fría superficie del espejo. La pechera de su camiseta estaba abultada. Los senos le pesaban, se habían agrandado. Olvidando que Absalón todavía se encontraba allí, Joannie se levantó la camiseta y observó su cuerpo. Su viejo sostén le quedaba pequeño. Llevándose las manos a la espalda, se lo desabrochó y respiró. Pero eso no era todo. La elevación de su vientre se había ido, así como el oscuro sendero de vellos que llevaba hasta el pubis. Ahora tenía cintura.

Ahora era hermosa.

Y descubrió que no era tan diferente de antes, que a pesar de todo cada uno de los cambios era pequeño en sí mismo y que el conjunto de todos ellos era lo que más le sorprendía.

—¿Qué dices?

La voz de Absalón la sobresaltó.

—¿Te lo quedas? ¿O prefieres volver a ser como antes?

Joannie se giró. Sus anteojos reposaban entre los pies del hombre. Seguían intactos a pesar de la caída.

—Eres el diablo —repitió.

Absalón dibujó una mueca muy parecida a una sonrisa.

—Acepto el halago —susurró—. Dime Joannie, ¿cuánto me ofreces por esto?

—No tengo dinero —respondió ella. Absalón chasqueó la lengua, fingiendo estar decepcionado. Quería divertirse. Joannie lucía descorazonada—. ¡Pero puedo conseguirlo! ¡Aceptaré el trabajo que me ofrecieron en la tienda de mascotas! ¡Trabajaré para pagarte!

Absalón se cruzó de brazos, no muy convencido.

—Por favor... —chilló ella. Se sostenía los pechos, como si él fuese a arrebatárselos de un manotón.

Absalón decidió que ya era suficiente. Además, estaba hambriento.

—Si te dijera que no quiero dinero, ¿qué pensarías?

La chica se puso pálida.

—Quieres mi alma —farfulló.

Absalón alzó las cejas.

—¿Tu alma por un par de tetas y arreglarte la cara? —replicó.

Temerosa, ella se echó hacia atrás.

—Tranquila —apaciguó él, levantando las manos—. No soy el tipo.

—¿Entonces?

Absalón suspiró. Estaba cansado de jugar con ese pobre ser humano que daría años de su vida por una banalidad como un cuerpo atractivo. Algún día, Joannie se daría cuenta de que la verdadera belleza no tenía nada que ver con lo físico.

—Quiero tres años de tu vida.

Absalón dejó a Joannie recuperándose en el baño y regresó al salón. Lucienne había cambiado de mesa, ahora se hallaba cerca del escenario, dándole tímidas mordidas a una hamburguesa que chorreaba queso.

—¿Por qué tardaste tanto? —le preguntó el chico, apenas se hubo sentado.

Por el rabillo del ojo, Absalón vio que Joannie se acercaba a su grupo de amigos, tomaba su bolso y, sin ser notada, se alejaba de allí a toda prisa, perdiéndose en la oscuridad. Absalón sonrió al tratar de imaginarse a la muchacha intentar explicar los cambios ocurridos en su cuerpo. Había sido fácil descubrir lo que la joven deseaba. Esperaba que la nueva apariencia le subiera un poco la autoestima. No estaba nada mal practicar la caridad de vez en cuando. Con esos vulgares pensamientos, Absalón intentaba a veces olvidar su miserable existencia.

Una melodía comenzó a sonar y Absalón levantó la mirada. Un chico se había subido al escenario y cantaba una canción en inglés. Lucienne esbozó un gesto de intenso desagrado. El chico cantaba horriblemente mal. Absalón apretó los dientes. ¿Cómo había sido tan estúpido de entrar con Lucienne a ese lugar?

Los presentes comenzaron a abuchear al cantante. Al llegar al estribillo, alguien le arrojó al joven un cartón de jugo de fruta medio lleno. El cartón se estrelló contra su pecho y le manchó la impecable camisa blanca, que brillaba gracias a la luz negra que llenaba el lugar. El cartón de jugo resbaló por sus vaqueros celestes, dejando un gran rastro mojado que hacía parecer que el chico se había orinado en los pantalones. Su voz se apagó. Aturdido, estudió al público con el rostro sonrojado, en busca de su agresor. En el salón ya no se oía más que la música, ahora vacía, y risas escandalosas. Hasta Lucienne se rio, sintiéndose tal vez un poco culpable.

Absalón estaba tenso. Los ojos del chico barrieron el salón y se detuvieron en Lucienne. Demasiado tarde, pensó Absalón, desesperado. El chico volvió a acercarse el micrófono a la boca y, para sorpresa e indignación del público, siguió cantando.

Lucienne dio un respingo. El muchacho lo estaba mirando a los ojos. Y lo más sorprendente no era que hubiese vuelto a cantar luego de la agresión... sino que ahora lo estaba haciendo bastante bien. Su voz, la forma de pronunciar el inglés, los agudos, los graves, la vibración de los sonidos... todo había cambiado. Incluso su actitud y su expresión temerosa y avergonzada se había desvanecido. Ahora el chico lucía, si bien algo pálido, casi seguro de sí mismo.

El joven seguía cantándole a Lucienne. Absalón se preparó para lo peor. Sonriente, el muchacho caminó hacia el borde del escenario, pasó por encima del charco de jugo y se bajó de un salto. Todos los presentes lo seguían con la mirada.

El joven comenzó a acercarse a la mesa de Lucienne, abriéndose paso entre las mesas y los espectadores que permanecían de pie. Absalón miró a su alrededor, en busca de alguna ruta de escape. Entonces se dio cuenta de que el público había apartado la mirada del cantante. Pateó el pie de Lucienne por debajo de la mesa.

El chico levantó la mirada por encima de las cabezas de las personas. Dos policías, acompañados por una mujer obesa de cabello corto teñido de rubio y un hombre barbudo con aspecto *hippie*, recorrían el lugar con la mirada.

—¡Ese! —exclamó el *hippie*, señalando a Lucienne—. ¡Ese es el chico que le robó la cartera!

Lucienne se giró hacia Absalón, con el corazón en un puño.

Su compañero había desaparecido.

EN LAS DOS ORILLAS

—*Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y de luz.
Soy incorpórea, soy intangible:
no puedo amarte.
—¡Oh, ven; ven tú!*

YO SOY ARDIENTE, YO SOY MORENA..., Gustavo Adolfo Bécquer

Lucienne se acurrucó contra la pared de la celda. Tenía el cabello y parte de la camiseta mojados. Le había entrado frío. Era de madrugada y Absalón todavía no había acudido a rescatarlo. ¿Qué estaba esperando? Los policías le habían hecho montones de preguntas que él no comprendía y sentía que su cabeza era como un colador por el que los pensamientos se le escapaban. Abrazándose las piernas, metió la cabeza entre las rodillas y suspiró con amargura.

La celda era completamente gris. Estaba sucia y tenía un pequeño catre adosado a la pared, cubierto por una olorosa sábana marrón. No había forma de escapar. Había intentando decir que estaba enfermo, que le dolía el estómago y que tenía fiebre, pero los policías se rieron y le lanzaron un vaso de agua por la cabeza.

—¿Así que te llamas Lucienne? —se había burlado uno de ellos—. ¿Sabes que *Lucienne* es nombre de señorita?

Todavía oía el eco de las risas arrastrándose por sus oídos. ¿Qué quería decir que Lucienne fuese nombre de mujer?

—Soy un hombre —susurró, con los ojos cerrados, tiritando de frío.

Y una voz extraña, una voz que no le pertenecía dijo: *pero te gusta Absalón.*

No hay nada de malo en eso, le respondió a la voz de su interior.

De pronto, Lucienne se sintió furioso. Alzó la cabeza y se puso de pie de un salto. En un instante, el frío se había ido, la languidez también y solo sentía la cabeza vacía de ideas y llena de una sensación de odio ciego.

—¡SÁQUENME DE AQUÍ! —vociferó, aferrándose del enrejado con ambas manos. Sacudió las rejas con todas sus fuerzas y sus compañeros de las celdas más próximas, los que aún estaban despiertos, comenzaron a gritarle que se tranquilizara.

—¡Cállate, mocoso!

—¡Harás que te den una paliza!

Los hombres que dormían no tardaron en despertarse.

—¡Eh, maricón, deja de hacer escándalo!

Pero Lucienne no hacía caso.

—¡ABSALÓN! —bramaba—. ¡POR LA REINA MADRE, SÁCAME DE AQUÍ! ¡MALDITO DESGRACIADO! ¡SÁCAME DE AQUÍ O TE MATARÉ! ¡ME OÍSTE! ¿¡ME OÍSTE!? ¡TE MATARÉ!

Dio un salto y empezó a trepar por las rejas. Con apenas la punta de las zapatillas introducidas en los orificios en forma de rombo y los dedos atrapados entre los alambres, comenzó a sacudir todo el enrejado.

—¡ABSALÓN! ¡¿DÓNDE ESTÁS, MALDITO CRETINO?!

—¡Callen a la mujer araña!

Lucienne apenas se daba cuenta de lo que hacía. Sus ojos estaban llenos de oscuridad; sus oídos, saturados de gritos. Los chillidos se arrojaban de su boca antes de que pudiese saber qué estaba diciendo. Un alambre roto se le clavó en la palma de la mano, pero él no sintió dolor. Su sentido de la sensibilidad se hallaba aturdido, ofuscado. Un policía entró al pasillo de las celdas, encendió la luz y, divertido, se apoyó sobre un muro a contemplar el espectáculo.

—¡HIJO DE PUTA! ¡DÉJAME SALIR DE AQUÍIII!

—¡Déjanos dormir, rubia!

El policía sonrió y metió la mano en su bolsa de aros de cebolla. Se llevó un puñado a la boca y casi estuvo a punto de atragantarse por culpa de las carcajadas. *Qué muchacho tan atlético*, pensó, al ver a Lucienne llegar hasta el techo del enrejado. Se masajeó el cuello.

—¡Oye, Stig, ven a ver esto! —exclamó, muerto de risa.

Lucienne se había callado. Ahora permanecía quieto, aferrado a las rejas, con la boca completamente abierta en un grito mudo. Estaba paralizado.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó un policía asomándose al pasillo semi iluminado.

—Mira, la chica de *El exorcista* —le respondió su compañero. El policía llamado Stig soltó una carcajada y sacó su linterna—. Es un carterista. Roba

en parques y centros comerciales. Lo atrapamos en un bar. Dicen que tiene un cómplice, pero estaba solo.

Stig apuntó la linterna hacia el rostro de Lucienne.

—¿Qué le ocurre? ¿Está drogado? —preguntó.

Su compañero se encogió de hombros, sacó un aro de cebolla de la bolsa y se lo arrojó a Lucienne a la cara.

—Diez pavos si se lo meto en la boca... ¿Stig?

Stig se había acercado a las celdas y alumbraba con su linterna el enrejado de la celda de Lucienne.

—Está herido —susurró—. ¡Está sangrando!

—¿Qué...?

—¡Muchacho! ¡Muchacho, ¿me oyes?! ¡Cyrille, este chico está en *shock*!

—Pero...

Stig corrió hasta el fondo del pasillo y volvió trayendo una escalera. La apoyó contra el enrejado y fue subiendo lentamente hasta quedar cara a cara con Lucienne.

—Niño —musitó, con voz suave—, ¿me oyes? ¿Te encuentras bien?

Lucienne no contestaba. Tenía los ojos azules abiertos de par en par, congelados, y la boca inmovilizada en la mitad de un grito. Los hombres de las celdas cuchicheaban entre ellos en voz baja.

—¿Alguien sabe qué le ocurrió? —preguntó Cyrille.

Los hombres respondieron que no. El chico antes estaba tranquilo, dijeron. Había permanecido dos horas sentado en su celda, sin moverse y sin hablar con nadie. Luego, de repente, se había levantado y había comenzado a gritar.

—Llamaba a alguien... a un tal Absalón —dijo un anciano calvo de larga barba gris con un parche en el ojo—. Decía cosas horribles.

—Absalón —replicó Stig—, ¿qué clase de nombre es ese?

Cyrille rozó con cuidado los dedos de la mano derecha de Lucienne. Era la mano lo que sangraba, ¿acaso el chico no lo veía?

—Niño —susurró Cyrille—. Estás sangrando, te has lastimado, necesito que bajes para que podamos curarte.

Y, como si lo hubiese oído, Lucienne se soltó del enrejado. El chico tan solo percibió una leve sacudida en el estómago. El sonido de las voces que lo rodeaban eran solo ecos de los que no podía comprender nada. De repente, a mitad del recorrido, Lucienne entendió que estaba cayendo, que se partiría la columna contra el catre si no... ¿Si no qué?

Un instante antes de que su cuerpo chocara contra el suelo, el tiempo se

detuvo. Su cuerpo acabó de caer y, sorprendentemente, Lucienne no sintió dolor. La caída no había sido de dos metros. Había sido de un milímetro.

—¡Oh, Dios santo! —gritaron los policías.

—¿Está herido?

—¿Se ha golpeado la cabeza?

Lucienne parpadeó, aturdido. Estaba tendido en el suelo, con los ojos clavados en el techo gris repleto de manchas de humedad. A su alrededor oía gritos. Seguía en la celda. La palma de la mano derecha le dolía a morir.

—Mierda —chilló, incorporándose.

—Niño... —exclamó Stig, anonadado—. ¿Te... te encuentras bien?

Lucienne levantó la mirada. Le ardían los ojos. Frente a él, un policía enjuto y de cabello canoso lo iluminaba con una linterna. Lucienne se cubrió el rostro con la mano y fue entonces cuando vio la sangre.

—Ven aquí, voy a curarte —dijo el policía—. ¡Cyrille, trae el botiquín de primeros auxilios!

—¿Qué me ha ocurrido? —preguntó el chico, mientras el hombre le desinfectaba la herida y le vendaba la mano.

—Digamos que... te saliste de control —explicó el policía—. ¿Por qué huiste de casa?

Lucienne dio un respingo.

—¿Cómo dijo?

El hombre entornó los ojos, cortó el trozo de venda con una tijera y le hizo un pequeño nudo.

—Niño, llevas perdido más de un mes... eres hijo de uno de los hombres más ricos de la ciudad, ¿por qué querrías vivir en las calles y robar para comer, eh?

Lucienne se miró las ropas. Estaban mugrientas, andrajosas. Sus manos blancas se habían oscurecido por culpa de la suciedad y el interior de sus uñas lucía una capa negra de mugre. Olía mal. Hacía días que no se bañaba. Al pasarse la mano por el cabello, lo notó tieso y grasiento.

—Tus padres están en camino —exclamó el policía—. Espero que con ellos puedas hablar.

Lucienne abrió los ojos al máximo.

¿Sus padres?

El hombre se puso de pie y caminó hacia la puertecilla de la celda.

—¡Oiga! —lo detuvo el chico—. ¿De qué está hablando? ¿Mis padres?

El policía se volteó. Contempló a Lucienne con el entrecejo fruncido. Su

semblante se ensombreció.

—Sí, tus padres —repitió suavemente.

Lucienne le devolvió la mirada, anonadado.

Finge, dijo aquella voz de su interior, *finge o estarás muerto*.

Se sentó sobre el camastro, agachó la cabeza y dijo:

—¿Falta mucho para que lleguen? —preguntó.

El policía le dirigió una pequeña sonrisa de alivio.

—Duerme un rato —le dijo antes de salir de la celda.

Lucienne volvió a sentarse en el suelo. Estaba conmocionado. ¡Sus padres! ¿Acaso era cierto? ¿Él tenía padres? ¿Por qué Absalón no le había dicho nada? Pero, lo más importante: ¿quién era Absalón?

Los policías le habían preguntado si había sido secuestrado. Lucienne respondió al instante que no, pero lo cierto era que no lo sabía. No les había contado la verdad: no podía decirles que simplemente había despertado una mañana sin ningún recuerdo de su pasado. Tampoco mencionó el nombre de Absalón. Lo único que quería era irse de allí... irse a la minúscula habitación del edificio de la calle Etienne de La Boétie, recostarse en la cama y buscar el consuelo de los brazos de su amigo.

¿Qué había ocurrido? ¿Podía ser posible que hubiese sido secuestrado? Lucienne no tenía ninguna respuesta para sus preguntas, pero sabía lo que tenía que hacer. Debía mentir. No mencionaría a Absalón ni nada de lo que había sucedido en su compañía.

En algún momento de la madrugada cedió al cansancio y concilió un sueño a medias. No estaba completamente dormido, porque sabía que dormía. También sabía que lo que veía era un sueño.

Se encontraba en el fondo del mar, en los abismos más profundos, allí donde ningún ser humano había estado jamás. Todo era oscuridad y silencio, y Lucienne descubrió que se sentía en paz. Era como si hubiese vuelto a casa después de estar mucho tiempo vagabundeando por territorios desconocidos. Como si ese sitio fuese su verdadero hogar, el lugar donde había nacido. Pero eso era ridículo, porque Lucienne era un ser terrestre y no podía respirar bajo las aguas, ¿verdad? Y tampoco podía abrirse paso en medio de aquella oscuridad devastadora.

Descubrió que podía caminar. Caminaba... es decir, flotaba. Su cuerpo se movía obedeciendo a algo que no podía ser su voluntad, porque él no tenía idea de a dónde se estaba dirigiendo. Sin embargo, sabía que era la dirección correcta.

Se miró el cuerpo. Lucía como iluminado por una luz misteriosa salida de la nada, su playera sucia se veía de un color blanco brillante; sus vaqueros, de un color celeste eléctrico como un cielo despejado en una radiante tarde de verano. Sus dedos se asemejaban a las patas de una araña, blancuzcos, ganchudos, fantasmagóricos. Su cabello rubio flotaba a su alrededor, podía verlo nadar suavemente en medio de la oscuridad, como delgadísimas serpientes marinas.

Oyó música. Una celestial melodía de violín, salida de ningún sitio, quizá del mundo real.

No.

Aquella melodía no era humana, era sobrenatural. Lucienne oía el alarido de las cuerdas como si proviniesen del interior de su cuerpo, tan claras como el latido de su corazón, como un sacudón en sus entrañas.

Se sintió feliz. La música lo hacía feliz y no podía explicarse el porqué. Pero ¿importaba acaso? ¿La felicidad era algo que necesitaba explicación?

Comenzó a bailar, a girar en círculos al compás de la música. La melodía se hacía cada vez más rápida, más violenta, más vertiginosa. El volumen subía. Lucienne seguía girando a toda velocidad, rogando que aquel éxtasis no se acabara nunca. Quería permanecer allí, en su hogar, junto a aquel violín, sumergido en el fondo del mar... para siempre.

Ya no veía nada, no sentía nada. Solo oía la música... y entonces se dio cuenta de que *él mismo era la música*. Aunque no estaba mareado, aminoró la velocidad de las vueltas. La melodía se hizo más tranquila. El rasgueo del arco sobre las cuerdas se agudizó. El sonido se hizo ruido, se hizo un chillido ensordecedor...

—¡Sabes que te ganaré! —gritó una voz femenina—. ¡Nunca lo lograrás! ¡Nunca!

La música se detuvo. Lucienne dejó de bailar y se quedó muy quieto a la escucha de aquella desconocida que gritaba en medio de la oscuridad. No podía verla, pero estaba allí. La oía.

—¿Crees que algo cambiará? ¿Que te amaré y seremos felices por toda la eternidad? ¿Quién te crees que eres?

Lucienne quiso responderle a la voz, preguntarle a qué se refería, pero la boca no le obedecía. No era capaz de hablar.

—¡Eres un imbécil!

La mujer comenzó a reír. Sus carcajadas eran escandalosas, agudísimas. A Lucienne le daban escalofríos. Las risas vibraban, como atravesadas por un

eco.

¡Cállate!, quiso decirle Lucienne, gritarle, exigirle.

Pero no pudo. Desesperado, se llevó las manos a la garganta y su corazón dio un vuelco al notar que su garganta estaba temblando.

Su garganta vibraba.

Aquella risa era *su risa*.

Él era la mujer que no dejaba de vociferar.

¡Imposible!

Se miró el cabello y vio que ya no era rubio. Era negro, de un negro azulado brillante como un metal. Y sus manos ya no eran tan pálidas, ya no vestía la camiseta blanca y los vaqueros celestes. Ya no era Lucienne.

—¡Sálvame! ¡Sálvame, Absalón! —oyó que gritaba, pero no pudo saber si era él mismo quien lo había hecho o si era la terrible mujer que se había apoderado de su cuerpo y de sus cuerdas vocales.

A su alrededor, el agua comenzó a calentarse. La oscuridad se hizo de color rojo, naranja brillante, y empezó a temblar como una enorme bandera sacudida por un huracán. Lucienne comprendió que aquello que lo rodeaba ya no era agua.

Era fuego.

Sabía que dormía, pero no era capaz de despertarse. Quería salir de allí, abandonar ese incendio, volver a ser Lucienne, a oír su voz...

—¡Sálvame! ¡¿Vas a dejarme morir?! ¡ACEPTO! ¡ACEPTO LA APUESTA!

El largo cabello negro se prendió fuego y Lucienne pudo sentir el terrible dolor en su cabeza, pudo oler el hedor de su pelo incendiado, de sus ropas incineradas, de su piel derritiéndose y mezclándose con el fuego, haciéndose uno. Olía mal... olía a...

Azufre.

—*¡Muchacho!*

Lucienne salió catapultado del sueño. Ahogó un jadeo de horror y se irguió de golpe, apoyando las manos en los bordes del minúsculo camastro.

—¿Te encuentras bien? Estabas quejándote.

Un sueño. Todo había sido un sueño. Se llevó las manos al cabello; era corto, era rubio. Sus dedos seguían siendo pálidos, sus uñas seguían estando sucias.

—Sí —susurró, con la voz temblorosa. Y su voz volvía a ser masculina. Todo estaba bien, ¿verdad?

Lucienne alzó la mirada hacia el policía, que lo contemplaba con

preocupación.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

El hombre consultó su reloj y le dijo que eran las cinco de la madrugada.

—Tus padres están aquí. Vamos

Absalón entreabrió los ojos. En cuanto sintió el frío que lo rodeaba, supo que algo andaba mal. Había sido invocado. Alguien, en algún lugar de la tierra, había logrado convocarlo luego de más de cincuenta años. Absalón se movía, pero él no lo notaba. Volvió a cerrar los ojos, dispuesto a esperar que la oscuridad que lo envolvía por fin tomara forma.

Su expresión lucía tranquila, pero estaba furioso. ¡Lo habían invocado en el peor momento posible! ¿Qué le sucedería a Lucienne? ¿Estaría a salvo? ¿Cuánto duraría aquel trato? ¿Qué le pedirían? ¿Tendría que regatear por el precio?

—¡MALDITA SEA! —gritó por fin.

Su grito vibró en medio de aquella negrura como si estuviese dentro de una profunda caverna. Las tinieblas a su alrededor se sacudieron y diminutos puntos de luz comenzaron a hacerse visibles entre las sombras. Estaba llegando al sitio de la invocación. Tembloroso, cerró los ojos... y sus pies tocaron tierra firme.

No había pasado mucho tiempo. Tan solo un par de segundos. Eso significaba que todavía permanecía en Europa, quizá seguía estando en Francia. Con los dientes apretados, Absalón extendió los brazos y proclamó su discurso de llegada:

—He aquí el que responde a los nombres de Absalón, Akibal, Meleagant, Estedonte, Framscis, Satialor. Vizconde de los Infiernos Flotantes, gobernante de noventa y nueve legiones. Durante cincuenta y seis años, tres meses y cuatro días he permanecido dormido, a la espera de un banquete en mi honor a la altura de mi grandeza y mi gloria. Durante cincuenta y seis años, tres meses y cuatro días he aguardado, desnudo y hambriento, al siervo que me vista y me alimente como un Vizconde infernal merece.

Absalón se quedó en silencio durante unos instantes. Luego prosiguió:

—Acércate, siervo humano, y ofrece tu sacrificio.

Abrió los ojos.

Se encontraba en una larga habitación de muros de piedra, con techo bajo y sin ventanas. El sitio estaba en penumbras, solo las velas colocadas en el círculo de pactos ofrecían un débil resplandor que lo teñía todo de suaves

pinceladas de dorado. Acostumbrándose a la tibia oscuridad, Absalón entrecerró los ojos y buscó con la mirada al oficiante de la ceremonia. El sitio parecía un laboratorio. Altas estanterías se amontonaban sobre los muros, repletas de libros y frascos que centelleaban por efecto de las velas.

¿Dónde estaba su anfitrión?

Impaciente, Absalón giró sobre sí mismo, siempre manteniéndose en el círculo demoníaco que el desconocido había pintado para él en el suelo de su laboratorio. Bajó la mirada. El círculo brillaba de forma extraña, se movía gracias a la danza que efectuaban las llamas sobre los cirios. Con una sonrisa sarcástica, Absalón se inclinó hacia el suelo y arrastró un dedo por la estrella dibujada.

Era sangre.

Se llevó los dedos a los labios, divertido. Sangre fresca, sabía dulce. Sangre joven.

—¿Dónde estás? ¿Por qué te ocultas? Respóndeme.

—Estoy aquí —dijo una voz.

Absalón se giró.

Era un joven. Debía de tener unos quince años como mucho. Su piel era pálida y su rostro inmaculado estaba enmarcado por una delicada mata de rizos castaños. Vestía una ancha túnica negra y, como bien lo exigía el ritual, iba descalzo. Absalón dio un paso hacia adelante, cuidando de no atravesar su círculo. Había algo raro en los ojos del chico. Se veían vacíos, muertos. La lengua de Absalón se llenó de comentarios sarcásticos, pero intentó mantenerse en sus trece y respetar el ritual.

—Entrega tu sacrificio.

El muchacho se lo quedó viendo, sin moverse ni decir palabra. Absalón quiso gritarle que se apresurara, por la Reina Madre, que no tenía todo el día, pero decidió aguardar y ver lo que el mocoso tuviese para darle. Observó con atención su círculo, en busca de fallas. Comenzó con la circunferencia. Era perfecta, de unos ciento cincuenta centímetros de diámetro. La estrella, el Santo Ocho. También se veían impecables, sin ningún tipo de bache. Sus diferentes nombres habían sido correctamente escritos en hebreo, sumerio, babilonio y akadiano, así como las conjuraciones que lo asesinarían si se atrevía a salir del círculo. Maldición. Todo se veía perfecto. Demasiado.

El chico alzó una mano y Absalón levantó la mirada hacia él. Su gesto le pareció vago, ausente. El chico se llevó la mano al cuello y tiró de la correa que ataba su túnica. La tela cayó al suelo como un suspiro, cubriendo sus

pequeños pies descalzos. El chico adelantó el pie izquierdo y comenzó a caminar hacia Absalón.

Su cuerpo era blanco como la leche, sus largas piernas eran esbeltas, su vientre era plano y no había en su piel ni una mancha ni una peca que ensuciara su sobrenatural blancura.

Absalón se concentró en sus movimientos, intentando averiguar por qué el chico lucía tan extraño o por qué sentía que ya lo había visto antes.

—¿Me deseas? —susurró el muchacho, con la mirada perdida.

Absalón apretó los puños. Extendió el dedo hacia el “sí” pintado con sangre que estaba bajo sus pies.

Lucienne podía esperar.

—Ven aquí —exigió Absalón.

El muchacho obedeció. Adelantó el pie derecho y se dirigió hacia la punta de la estrella que señalaba hacia ella. Absalón frunció el ceño. Con cuidado de no pisar la sangre, el chico se introdujo en el círculo.

—Aquí estoy —dijo. Su voz era suave, delicada, juvenil.

Absalón tenía que descubrir qué ocurría allí.

Siguiendo las normas, el Vizconde alargó un dedo hacia el pecho del muchacho y enterró la uña en su piel. La herida se extendió desde el pequeño espacio entre sus clavículas hasta pocos centímetros arriba del ombligo. La sangre brotó imperiosa, como una rosa floreciendo en medio de la nieve.

El chico se llevó las manos al pecho, arrastró los dedos por la sangre y extendió los brazos hacia Absalón.

—¿No sientes dolor? —preguntó Absalón, manteniendo el tono tranquilo. Los ojos del chico se mantuvieron fijos en él. Vacíos, muertos. Con un gesto, él volvió a ofrecer su sangre.

Absalón lo empujó fuera del círculo. Con el brusco movimiento, sus pies se arrastraron por los símbolos pintados con sangre, deshaciendo los conjuros. Absalón soltó una risotada y salió del círculo, liberado.

—Tus dedos son demasiado pequeños. Tú no pintaste este círculo. Tienes una forma muy extraña de caminar. Primero comienzas a avanzar con el pie izquierdo... luego lo haces con el derecho. Y esa expresión en tu rostro, ¿acaso estás drogado?

La cabeza del chico cayó sobre su hombro, inerte. Un río de sangre comenzó a fluir por su boca, por su nariz, por sus oídos. Luego, su cuerpo se desplomó sobre el suelo. Estaba muerto. Siempre lo había estado.

—¿Qué te ha hecho este niño para que la utilices como a una puta para tus

sucios propósitos?!

El cuerpo comenzó a temblar. Unos delgados hilos se hicieron visibles en sus muñecas, en sus brazos en sus piernas. Absalón retrocedió, horrorizado. El cuerpo se transformó en una gran masa de telarañas, envuelto por aquellos hilos diabólicos.

—¡Muéstrate! —gritó Absalón, alzando la mano derecha, dispuesto atacar.

Entonces, el cuerpo volvió a ponerse en pie torpemente, sin la elegancia y delicadeza de antes. Era como una muñeca rota.

Era una muñeca rota.

El cuerpo se sacudió y comenzó a dar vueltas. Dio un salto en el aire, revoleó los brazos y empezó a girar la cabeza como una odalisca ebria. Absalón rechinó los dientes. El cuerpo estaba bailando. El maldito se burlaba. El cabello del chico le salpicó de sangre y Absalón pudo separar de su fragancia el hedor de las sustancias que contenía. Era un olor en parte humano, en parte animal, en parte metal y también vegetal.

—Planeabas envenenarme —exclamó.

Al estar fuera del círculo, su percepción del lugar se había agudizado. Ahora sabía que sí estaba en Francia y, por lo que era capaz de oler, en un sitio subterráneo, probablemente las alcantarillas. Oía el susurro de las aguas y percibía el olor de la podredumbre.

El cuerpo seguía sacudiéndose.

—¿Para esto me has invocado?! ¿Para ver bailar a un cadáver?!

Y en ese instante, la verdadera voz del oficiante habló:

—¿Desde cuándo te interesa la dignidad de tus sacrificios?

Absalón dio un salto hacia atrás y esquivó el golpe. El cuerpo estaba en el suelo, como una cáscara vacía. Frente a él se encontraba el oficiante original, el que había dibujado con sus dedos el círculo del pacto.

—No eres humano —dijo Absalón.

Maldoror abrió la boca y lanzó una carcajada.

—He oído muchas cosas acerca de ti, Ilustrísimo... es un placer conocerte por fin.

Absalón entrecerró los ojos y estudió a la criatura. Tenía apariencia humana, pero había dejado de serlo hacía mucho tiempo. Su largo cabello negro se desparramaba sobre su espalda como un cuervo con las alas desplegadas y sus ojos hundidos eran como dos abismos ciegos, sin fondo, solo llenos de oscuridad. Sin embargo, no tenía esencia. No había nacido en los Infiernos Flotantes, pero tampoco era un ángel ni un ser celestial.

Absalón se adelantó y pasó junto a él, rozando su túnica púrpura. Se acercó al enorme caldero que reposaba sobre las cenizas aún tibias y acarició el borde húmedo con la punta de los dedos.

—¿Querías acabar conmigo con esta crema batida? —dijo, inclinándose hacia la extraña sustancia que ardía.

Maldoror rodeó el caldero y se colocó frente a él.

—¿Sabes lo que es?

—Tu cena, supongo.

Antes de que Maldoror pudiese siquiera comenzar a reír, Absalón sacudió las manos y la extraña sustancia se elevó por los aires y le dio de lleno a Maldoror en el rostro. Absalón aprovechó el instante de confusión: saltó por encima del caldero y se lanzó hacia él.

—¡Deberías aprender a no llamar a tus mayores para hacerles perder el tiempo!

Maldoror cayó al suelo y su cabeza golpeó el muro. Intentó levantar los brazos, pero Absalón le asestó una patada en el cráneo y volvió a desplomarse como un saco de patatas.

—Oh, vamos, ¡sé que no tienes magia! —se burló Absalón—. ¿Quién más que un barato Aspirante de brujo podría necesitar todos estos frascos para poseer una pizca de poder?

—¡No soy el Aspirante...! —gruñó Maldoror.

—¿Ah, sí? ¿Eres el Avatar? ¿Y dónde está tu Avatar, Avatar?

—Aquí.

Absalón soltó un alarido y cayó al suelo, derribado por el dolor. Algo se había lanzado sobre su espalda, algo con garras que se aferraban a su piel.

—¡JODER! —gritó, sacudiéndose para quitarse el gato de encima. Logró atraparlo por la cola y se lo arrancó de la espalda con un tirón. Gritó de dolor al sentir que el animal le extirpaba grandes trozos de carne, mientras el olor de su propia sangre, de su propia esencia, comenzaba a llenar el laboratorio. La esencia de Absalón olía a amapolas, rayos de sol y arena mojada.

Para él, para todos los demonios, era una vergüenza que los demás pudiesen oler su esencia. Era como mostrarse completamente desnudo. Obedeciendo a esa antigua costumbre, y a pesar de que no sabía si Maldoror podía oler su desnudez, Absalón intentó concentrarse y borrar su rastro... pero mientras lo intentaba, Maldoror logró ponerse de pie y derribarlo, haciéndole perder la conciencia.

EL LADRÓN DE ALMAS O LA LEYENDA DE LA REINA MADRE

Una reina que reinaba sobre las ochocientas ochenta y ocho legiones del Océano Crepitante enfermó un día muy gravemente. Mandó llamar a todos los curanderos de todos los océanos, pero ninguno logró curarla ni decirle cómo se llamaba su mal. Hasta que un día, un joven que prometía curarla solicitó una audiencia con ella. La reina aceptó y le dijo al joven que si la curaba, lo nombraría gobernante de noventa y nueve legiones del Océano Crepitante, pero si fallaba, no podría esperar que le perdonara la vida. El joven aceptó.

—Mi reina se ha tragado la perla de un collar —informó el joven—, y esta piedra se ha instalado en su útero. La reina debe tener un hijo para que su mal sea curado.

Pero la reina era soltera y ningún rey del Océano deseaba contraer matrimonio con ella. Entonces, la reina observó que su salvador era joven y bien parecido, y le prometió hacerlo rey si yacía con ella y engendraba un hijo en su cuerpo. El joven aceptó y esa noche compartió el lecho con la reina de las ochocientas ochenta y ocho legiones del Océano Crepitante. La reina quedó embarazada y con el pasar de los meses advirtió que sus dolores iban disminuyendo, pero que otros nuevos aparecían para reemplazarlos.

—Has dicho que me sanarías, pero ahora cada mañana me levanto mareada, vomito el desayuno y mis hermosos vestidos me quedan pequeños —se quejó la reina al joven que sería su consorte—. Siento que tengo un infierno flotando en mis entrañas.

—Mi reina no tiene un infierno —le dijo el joven—, mi reina tiene un paraíso, un pequeño paraíso flotante. —Y con esas palabras el joven tranquilizaba a la reina encinta.

Y el día del nacimiento llegó. Las criadas y la partera se congregaron alrededor del lecho de la reina, los astrólogos comenzaron a realizar predicciones y los nobles se reunieron en secreto para conspirar. El joven pidió permiso para presenciar el nacimiento de su hijo y se sentó junto al lecho de la reina y tomó su mano. Ella le sonrió y le dijo que sentía mucho dolor, pero también mucha felicidad.

El niño nació llorando y con los ojos cerrados. Como siempre ocurre en

los nacimientos, y más en los de esos niños que llevarán sobre sus espaldas la carga de un reino, en el latido en que hubo llegado al mundo, la atención de los presentes se volcó sobre él y todos olvidaron a la reina, que yacía sobre la cama, exhausta y dolorida. Solo el joven, que seguía sosteniendo su mano, se dio cuenta de que la reina había muerto.

Esa noche, cuando las criadas instalaron a la criatura en su cuna, el joven fue a su encuentro y le dijo:

—Abre los ojos, Vassari.

Y la criatura, recién nombrada, obedeció. El joven lo tomó en sus brazos y observó sus ojos: uno era azul, brillante y hermoso, tan hermoso como los de la reina fallecida, que permanecía en sus aposentos, muda, fría y pálida. El otro era blanco, reluciente y redondo: era la perla que la reina se había tragado hacía nueve meses. El joven le arrancó la perla de la cuenca al niño y se la guardó en el bolsillo. Lo dejó en su cuna, ensangrentado y lloroso, y abandonó el castillo de la reina esa misma noche sin que nadie lo viera.

EN BUSCA DE ROMEO

*Sobre mi lecho, por las noches,
yo buscaba al amado de mi alma.
Lo busqué y no lo hallé.
Me levantaré, pues,
y recorreré la ciudad.
Por las calles y las plazas,
buscaré al amado de mi alma.*

CANTAR DE LOS CANTARES, 3, 1-2.

Lucienne abrió los ojos en medio de la oscuridad. Había tenido pesadillas nuevamente. Otra vez el mismo sueño. El fondo del mar, la horrible mujer, el fuego.

Se estiró sobre la gran cama. Las articulaciones de los dedos de sus pies crujieron como hojas secas pisoteadas. Sentía el cuello tieso y los músculos agarrotados por culpa de la mala postura. Durante el tiempo que había permanecido junto a Absalón (el único tiempo que recordaba), había dormido encogido contra el muro de aquel apartamento, sufriendo el calor del día y el del cuerpo que dormía junto al suyo. Ahora lo echaba de menos. La cama de su dormitorio era grande, todo allí era grande.

Lucienne vivía en una lujosa casa ubicada en una zona residencial de París. Tenía dos plantas, piscina, un enorme jardín atiborrado de flores y una cocina con un refrigerador siempre repleto de comida.

¿Cómo he podido olvidar todo esto?, se preguntaba el chico observando el reluciente piano que descansaba en el salón, o cuando oía el griterío de los pájaros por la mañana. Y así era. Todo allí le era desconocido. Desde los libros que estaban en la estantería de su dormitorio hasta el rostro de sus padres; desde los gatos de raza que coleccionaba su madre hasta el aroma afrutado de las sábanas de su cama; desde los discos musicales que parecían ser suyos hasta las fotografías enmarcadas en las que su rostro sonreía,

capturado para siempre sobre el papel.

Tenía que haber un error, pero ¿cómo era posible? Eran sus ojos, su cabello, su rostro. Era él. Y esas dos personas que revoloteaban de un lado para otro, preocupadas por su ropa, su dinero y lo que dijeran los vecinos acerca de la desaparición de su hijo... esas personas que parecían tan distantes... eran sus padres.

Sus nombres eran Isabelle y Guillaume, o al menos así se llamaban el uno al otro cuando no había visitas. Cuando las había, sus nombres eran *cariño*, *mi amor*, *corazón* y demás cursilerías.

—¿Te encuentras bien, Gauvin? —fue lo primero que le dijo aquella noche esa mujer que decía ser su madre—. ¡Oh, estaba tan desesperada, por Dios!

Hasta su nombre era una mentira. No era Lucienne. Habría querido preguntarles si era cierto lo que le habían dicho ese policía, que Lucienne no era un nombre de varón... pero tenía miedo. Ellos también harían preguntas, se encargarían de sonsacarle información y él acabaría hablando de Absalón. Sabía que no debía hacerlo.

El primer día de su vuelta a casa, Lucienne permaneció la mayor parte de las horas dando vueltas en la cama. El sueño diurno lo atormentaba, pero era incapaz de dormir. Se sentía desprotegido, solo. Desnudo. Ya no sufría el calor, su casa estaba equipada con aire acondicionado y los baños contaban con grandes tinas que podía llenar de agua y espuma. Le causaba miedo sumergirse por completo. Le recordaba su pesadilla, que se había convertido en pesadilla recurrente. El fondo del mar.

Isabelle quería que Lucienne, o Gauvin, como ella lo llamaba, acudiera a un psicólogo que pudiese explicar su decaimiento, su falta de apetito, su silencio y su encierro. Lucienne a veces la oía murmurar junto a Guillaume, con las cabezas muy juntas, y extraía de sus gorgoritos de dama de sociedad algunas palabras que le confirmaban que el mundo había cometido un error.

Él no podía ser su hijo. Él no podía haber disfrutado de vivir en aquella enorme casa, donde obligatoriamente se dormía de noche, se bebía vino blanco y se comía pescado crudo. Quería volver con Absalón. Deseaba perderse en medio de una multitud, elegir a alguna parisina *hipermaquillada* con las manos llenas de bolsas de Chanel, meter la mano en su saco de piel y llevarse su billetera. Quería que Absalón lo reprendiera, pero luego lo contemplara comer enormes y grasosas hamburguesas. Quería dormir de día y poder acurrucarse junto a él, oír su gruñido y dejar que su brazo se escurriera por su cintura... Angustiado por su ausencia, Lucienne descubrió que se había

enamorado irremediablemente de Absalón.

Lo primero que pensó al ver aquella gran casa, fue que sus padres debían de haberle robado a alguien muy rico. Luego, hilvanando retazos de conversaciones, comprendió que su familia se dedicaba a la fabricación de instrumentos musicales, especialmente de violines y violoncelos. Cuando su madre le pidió que interpretara a Paganini, Lucienne se puso nervioso y aludió no tener ganas. La rubia mujer contorsionó el rostro en una mueca de dolor y se retiró de su dormitorio acompañada por el insoportable taconeo de los zapatos que usaba hasta para caminar por los pasillos de su casa.

A Lucienne le causaba curiosidad Isabelle. Es decir, su madre. A pesar de los anillos que adornaban sus dedos y los encajes de sus blusas de seda, al chico le parecía una mujer completamente desdichada. Luego de observarla a ella y a Guillaume durante las cenas de la primera semana, la naturaleza de la relación que mantenían le resultó evidente.

Isabelle era joven y hermosa. Guillaume lucía bastante mayor que ella y no era muy agraciado. Lucienne sintió pena por ambos, tal vez un poco más por su madre. También por su padre, era posible que él la amara. ¿Y ella? ¿Amaba a su marido? Bueno, al menos si no lo hacía fingía hacerlo, pensaba Lucienne. Lo fingía del mismo modo que fingía ser feliz con sus joyas y sus gatos.

—Hogar, dulce cárcel —susurró el chico, observando su reflejo en el espejo del baño privado de su habitación.

No podía decir que la gran casa y la rebosante cantidad de comida que tenía a su disposición las veinticuatro horas del día no le agradaran. Tan solo tenía que fingir ser Gauvin, pero ¿por qué le costaba tanto? ¿Por qué no acudía a su memoria ni el más mínimo recuerdo? Los *déjà vu* que sentía en presencia de Absalón se habían extinguido por completo y habían sido reemplazadas por las pesadillas.

Lucienne abrió el grifo y metió la cabeza bajo el chorro de agua fría. Su baño era completamente blanco, de un blanco tan inmaculado que le hería las retinas. Los grifos eran dorados, así como el marco del espejo. Las toallas eran de color celeste y olían a perfume de ropa. Todo allí era tan perfecto... Tan jodidamente perfecto. Quería encontrar alguna falla en aquel sistema, pero no la encontraba.

Alguna falla, un bache, una piedra, un error. Si encontraba algo, podría huir de allí sin ningún remordimiento. Sus padres parecían quererlo. Eran ricos, joder, ¡todos los ricos debían ser así de quisquillosos con las apariencias! Guillaume les dijo a sus amigos que Gauvin había pasado parte del verano en

Italia; todos sabían que era mentira, pero al menos ninguno se enteró de que el primogénito de los Lautréamont se había dedicado a robar billeteras en los centros comerciales.

Se frotó el rostro con las manos mojadas, para quitarse el sueño. Dormir le estaba resultando una tortura. Hacía dos semanas que estaba allí y su reloj biológico no lograba acostumbrarse a los horarios de sus padres, los horarios normales de cualquier persona. Desayuno, almuerzo, merienda, cena. Lucienne almorzaba a la hora de la cena, cenaba a la hora del almuerzo y sus horas de sueño se veían alteradas por la música de violines que para su padre era como un ritual sagrado. La tarde pasada, Guillaume le había pedido que interpretara una sonata de nombre rarísimo. Nervioso, Lucienne tuvo que negarse. ¿Qué habría dicho el hombre si le confesaba que no sabía tocar el maldito violín? ¿Que había olvidado cómo se hacía?

—Necesito salir de aquí —le dijo a su reflejo.

Tenía un aspecto horrible. Por culpa del insomnio, bajo sus ojos se habían acumulado unas gruesas sombras violáceas. La palidez de sus mejillas ya resultaba alarmante. Se sentía débil, lánguido, sin ganas de nada. Solo quería irse de allí.

—Gauvin —oyó que decía la voz de Isabelle—. El doctor ha llegado, cielo.

Lucienne salió del baño con el cabello chorreando agua. Frente a él había un hombre de estatura media, algo obeso y con un grueso bigote rojo. Llevaba un delantal blanco y un maletín de cuero negro. Isabelle estaba a su lado, retorciéndose las manos con nerviosismo. El chico la examinó con la mirada. La mujer parecía salida de un desfile de modas. Vestía una blusa de estampado de flores y unas calzas negras que se ajustaban tanto a su silueta que parecían pintadas sobre sus piernas. Sus zapatos eran de color rosa chillón, con una boca de pez que le dejaba a la vista la uña del dedo gordo. Lucienne quiso preguntarle qué tan difícil era caminar con aquellos tacones de casi quince centímetros.

—El doctor Colville va a hablar un rato contigo, cariño —dijo ella, con su voz chillona. Y agregó, dirigiéndose al hombre—: ¿Es necesario que me vaya?

El doctor meneó la cabeza, meditándolo.

—Es preferible.

Ella asintió, con el rostro compungido y sosteniéndose el pecho, como si el hombre hubiese sentenciado a Lucienne a morir en la silla eléctrica. Atravesó la puerta y la cerró suavemente, y el chico pudo oír el taconeo apresurado de

sus zapatos alejándose.

—Buenas tardes, Gauvin, ¿cómo estás? —saludó el doctor, acercándose y alargándole la mano.

Lucienne aceptó el saludo y se sentó sobre la cama. El hombre arrimó la silla que estaba junto al escritorio y se sentó junto a él.

El dormitorio de Lucienne era la perfecta habitación de un muchacho adolescente de la clase alta parisina. Tenía un televisor enorme, una Nintendo Wii, un equipo de música, un ordenador de última generación y muchas más cosas que un chico de la clase alta parisina podría tener en su habitación. El detalle era que Lucienne ya no los utilizaba, en caso de alguna vez lo hubiese hecho. Y eso podía significar solo una cosa: que ya no era un muchacho de la clase alta parisina. Pero entonces ¿qué era?

—Me dijeron que estaba bien, que estoy sano —replicó.

El doctor paseó los ojos por el dormitorio y luego los detuvo en el muchacho.

—Así es. Tu salud está bien. Pero tus padres están preocupados por tu comportamiento y quieren asegurarse de que estés cien por ciento bien —explicó—. Son tus padres. —Y sonrió.

No lo son, quiso decir.

—Tu madre me dijo que ya no quieres tocar el violín. A ti te gusta mucho el violín, ¿verdad?

Lucienne asintió en silencio. Se acomodó sobre la cama y cruzó las piernas en la posición de loto. Si quería que ese hombre se fuera debería que darle lo que deseaba. Si no lo hacía, solo tendría más problemas.

—¿Hay algo que te incomode, Gauvin? ¿Algo que te moleste o te haga sentir mal? —preguntó el doctor.

El médico lo imitó, cruzando la pierna derecha sobre la izquierda, y entrelazó sus dedos sobre la rodilla. Lucienne debía decirle algo que lo satisficiera, pero ¿qué? El doctor examinó con la mirada la estantería de libros, las fotografías colocadas en el escritorio, las miniaturas de violines e instrumentos musicales que adornaban los rincones.

—Estoy enamorado —respondió Lucienne con amargura.

El doctor Colville lo miró con las cejas alzadas. Luego, su rostro se fue relajando hasta mostrar una..., sonrisa.

—Estoy enamorado de un hombre.

La sonrisa del médico se esfumó. Ahora lucía serio y quizás algo confundido.

—¿Usted cree que estoy loco o enfermo por que esté enamorado de un hombre?

El doctor se atusó el bigote, pensativo.

—Bueno, si bien no es algo normal...

—¿Qué? —interrumpió Lucienne, alzando la voz—. ¿Cree que soy un anormal porque me gusta un hombre?

Colville alzó las manos en actitud tranquilizadora y el chico se calló, satisfecho con la reacción. Al parecer el sujeto no tenía mucho carácter.

—Gauvin, ¿crees que el hecho de que algo sea normal significa que sea bueno, positivo, correcto o agradable?

Lucienne frunció el ceño, algo contrariado. El doctor siguió hablando:

—Es normal que haya guerras, es normal que haya terremotos y mueran miles de personas, es normal que la gente muera de terribles enfermedades todos los días, ¡tantas cosas horribles son *tan* normales!

Lucienne le dirigió una pequeña sonrisa.

—Entonces, según usted... soy un anormal inofensivo.

Colville le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros. Lucienne lo miró a los ojos y el sujeto le devolvió la mirada. En ese momento decidió que el doctor le agradaba. Siguiendo con la farsa, se tumbó sobre la cama y cruzó los brazos bajo la cabeza.

—Se llama Absalón —susurró Lucienne.

—¿Cómo has dicho?

—No es su nombre real —se apresuró a aclarar—. Nos conocimos en un chat, *Absalón* era su seudónimo.

—Ajá.

—Es alto, tiene el cabello negro, lacio, y los ojos de diferentes colores. El derecho es celeste y el izquierdo es del color de la miel, casi amarillo.

—¿Qué? —replicó el doctor Colville.

Lucienne alzó la cabeza.

—Se llama heterocromía —aclaró—. Él me lo explicó. Otra anomalía inofensiva... oiga, ¿qué está haciendo?

El doctor tenía una pequeña libreta sobre el regazo. Estaba escribiendo lo que Lucienne le decía.

—Tomo notas —explicó.

—¿Es necesario?

—Sí.

Lucienne suspiró y volvió a tumbarse sobre la cama.

—Quiero estar con él. Quiero que me abrace, que me acaricie, que me bese...

Casi pudo oír la garganta del doctor Colville cuando tragaba saliva.

—Nos escapamos una noche. Salté por la ventana. Él me aguardaba abajo, como Romeo. Iríamos a vivir al campo. Sembraríamos patatas, criaríamos cabras, follaríamos bajo las estrellas...

Irguió la cabeza apenas y vio el rostro del doctor: permanecía serio, pero tenía las orejas coloradas. Lucienne tuvo que morderse los carrillos para sostener la risa adentro de la boca.

—¿No dice nada? —se quejó, con aire ofendido.

El doctor dio un respingo y abrió la boca, sin saber qué decir.

—¿Por eso huiste? —preguntó en voz baja.

—Ajá —asintió Lucienne, suspirando.

Se hizo un instante de silencio. El doctor Colville se lo quedó viendo pensativo y luego devolvió la mirada a sus notas. El chico se preguntó qué diría a continuación. ¿Qué más querría saber?

—¿Te gusta Shakespeare?

Lucienne frunció el ceño, confundido.

—¿Qué?

—Has mencionado a Romeo. ¿Has leído a Shakespeare?

Lucienne sintió un sacudón el estómago. ¿Quiénes diablos eran Shakespeare y Romeo?

—Un poco —contestó, porque no le pareció conveniente demorar más la respuesta. Y a continuación arrancó el tema de raíz, para alejarse de los territorios peligrosos—: Quiero estar con Absalón, pero mis padres no lo entenderían. No puedo comer, no puedo dormir... pienso todo el tiempo en él... ¿Puede ayudarme, doctor? ¿Puede decirles que estoy bien?

El doctor comenzó a hacer girar el bolígrafo entre sus dedos.

—Cuéntame más de tu novio, Gauvin —pidió.

Lucienne se impacientó.

—¿Qué más quiere que le diga? —susurró, con su mejor sonrisa boba—. Lo amo.

El doctor Colville se puso de pie y tomó su maletín.

—Bien, Gauvin —exclamó, algo divertido—. Ha sido un placer conocerte. Les comunicaré a tus padres mi... diagnóstico —dijo, sonriendo con sorna.

—¿Qué diagnóstico? —quiso saber el chico.

El doctor soltó una suave risita nasal y respondió:

—Adolescencia.

Dicho eso, se acercó a la cama, le dio a Lucienne una palmada amistosa en el hombro y se fue.

El chico permaneció tumbado en la cama, incrédulo. Se cubrió con la sábana y comenzó a reír.

Saltó de la cama y se puso de pie. El suelo de mosaicos estaba frío, su tacto era agradable, suave. En silencio, abrió la puerta de su habitación y salió. Descalzo y tratando de hacer el menor ruido posible, caminó lentamente por el blanco pasillo lleno de cuadros hasta llegar a la bifurcación.

—...Pero ha pasado casi un mes fuera de casa —dijo la voz de Isabelle.

Lucienne se detuvo. Apoyó la espalda contra el muro y se asomó. Sus padres se encontraban en el rellano, juntos, de pie frente al doctor Colville. Su madre se retorció las manos y su padre, alto y delgado como un espárrago, se balanceaba impaciente sobre sus talones como el péndulo de un reloj.

—...en el conservatorio en dos meses —se lamentó Guillaume.

Lucienne se aproximó más.

—...durante la adolescencia. ¿Qué edad han dicho que tiene? —preguntó el doctor, pasando las hojas del expediente. Su maletín se hallaba junto a las escaleras.

—Cumplirá los dieciocho en abril —susurró Isabelle.

Lucienne abrió los ojos como platos. Hasta ese momento jamás se había preguntado su edad, ¿cómo era posible? Tenía diecisiete años, casi dieciocho.

Inspeccionó el rostro del doctor Colville. No se veía afable o divertido. Lucía... preocupado.

—Creo que todo lo que dijo es mentira. Solo quiere volver a huir.

Lucienne se encerró en su cuarto. El reloj digital de su mesa de noche decía que ya eran las 11 PM y el retazo de cielo que se vislumbraba por la ventana era de un gris azulado brumoso. La nubosidad ocultaba las estrellas y la luna. Estaba por llover.

Había dormido un par de horas, pero lo había despertado el insoportable chillido del violín de uno de los alumnos de su padre. Era un muchacho de unos trece años, pelirrojo, bajo y regordete, que apenas podía mantener el arco entre sus rechonchos dedos. Vestía unos pantalones negros, camisa color crema y unos relucientes zapatos de charol.

Lucienne observó la clase desde el piso superior, apoyado sobre la barandilla de la escalera, justo donde horas antes había estado parado el

doctor Colville, el hombre que no resultó ser tan idiota como Lucienne había pensado.

Desde el rellano tenía una perfecta vista del salón de la casa. Detrás del gran ventanal cubierto por una blanquísima cortina de encaje se podía distinguir la brillante alfombra verde del césped, salpicada por diminutas pinceladas de colores. Cuando Lucienne se sentó en el suelo y dejó que sus pies colgaran por la barandilla, también logró observar en el jardín el trozo de celeste que era la piscina.

A diferencia del resto de las habitaciones de la casa, el salón estaba alfombrado de negro. Junto al ventanal descansaba el reluciente piano alemán y frente al muro opuesto, paralelo a las escaleras, se encontraba la vitrina donde Guillaume guardaba sus instrumentos musicales personales y sus correspondientes accesorios. Las paredes estaban adornadas con escenas de la mitología griega; el mismo Guillaume admitía ser un apasionado de los dioses helenos.

—No separes tanto los dedos, Henri... —exclamó Guillaume, impaciente. Se pasó la mano por el cabello y se acercó a su alumno, para mostrarle la forma correcta de sostener el arco.

Lucienne clavó la vista en su padre. Se había arremangado las mangas de la camisa y se veía de mal humor. Y el niño, el tal Henri, tampoco parecía muy feliz de estar allí. ¿Qué se suponía que estaban haciendo, si ninguno se encontraba a gusto?

Guillaume suspiró con exasperación y Lucienne soltó una risita divertida. El hombre levantó la mirada hacia las escaleras y vio a su hijo, allí sentado en el rellano, con los pies colgando del primer piso. Guillaume le sonrió a Lucienne y señaló a Henri con la cabeza, como diciendo «no tiene remedio». Lucienne le devolvió la sonrisa a su padre y se encogió de hombros, como respondiendo «y qué vamos a hacerle».

—¿Recuerdas a mi hijo, Henri? —exclamó Guillaume, alzando la voz para que Lucienne lo oyese.

El niño se volteó y levantó la mirada hacia las escaleras.

—Ah, hola —saludó el pequeño, y Lucienne pudo ver que se le coloreaban las mejillas.

—Mi hijo ha ganado la competencia nacional de violinistas juveniles tres años seguidos, ¿lo sabías?

Lucienne juntó las cejas. No podía creer que Guillaume estuviese humillando a ese chico de esa forma tan vil.

—¿Te gustaría tocar el violín así de bien algún día?

—Solo la mitad de bien —susurró Henri.

Guillaume chasqueó la lengua y le pidió a su hijo que bajara a saludar al joven invitado.

Lucienne dejó caer un pequeño suspiro y se levantó del suelo. Bajó las escaleras, se acercó a Henri y le alargó la mano. Perplejo, el niño la estrechó suavemente y luego la soltó.

—¿No te gusta el violín, Henri? —le preguntó Lucienne, sentándose en la silla del piano.

Hasta ese entonces, Lucienne no se había dado cuenta de que jamás había oído el sonido del piano. En cuanto apoyó la punta de sus dedos sobre la negra y brillante superficie, sintió algo muy parecido a la familiaridad, como el susurro de un viejo amigo perdido o la caricia de un amante luego de una ausencia dolorosa. Quiso levantar la tapa y acariciar sus teclas, oír lo que el instrumento tuviese que decirle, comunicarse con ese amigo, con ese amante. Nervioso, comprendió que se encontraba en medio de un *déjà vu*.

—Quiero hacer ropa —respondió Henri, contemplando a Lucienne por encima del arco de su violín—. Cuando era pequeño ayudaba a mi abuela en su taller de costura. Mi familia es dueña de Lucy Lee, ¿conocen Lucy...?

Guillaume estalló en carcajadas y Lucienne saltó de su silla, sobresaltado.

—¡No digas tonterías! —exclamó el hombre. Se quitó las gafas y las limpió con la punta de su camisa—. ¡Eso es de maricas!

—¡Oiga! —se quejó Henri, ofendido.

—¿Qué tiene de malo? —interrumpió Lucienne, en voz alta.

Guillaume dejó de reír y frunció el ceño, contrariado por la reacción de su hijo.

—Mientras le guste lo que haga y sea bueno en ello.

En cuanto hubo terminado de hablar, Lucienne supo que tendría que haberse quedado callado. Era evidente que su reacción no era propia de Gauvin, del verdadero hijo de Guillaume.

—Supongo que tienes razón —susurró el hombre, todavía confundido. Y luego se dirigió a su alumno diciendo con marcado sarcasmo—: sigue intentándolo, Henri. Sorprende a tu madre para que te compre una bordadora profesional.

El chico sonrió con amargura y volvió a concentrarse en su violín. Lucienne apoyó los brazos sobre el piano y recostó la cabeza entre ellos. ¿Conocía aquel piano o solo le evocaba el recuerdo de otra cosa? ¿Otro

piano? ¿Una melodía? ¿Una persona?

Su familia se dedicaba a los instrumentos de cuerda como los violines y los violoncelos... en esa casa, el piano parecía solo un adorno más, al igual que los tapices de las diosas griegas o los jarrones repletos de flores. Los violines que manipulaba su padre le parecían tan insignificantes, tan pequeños. Podía tomarlos con la mano, sacudirlos, estrellarlos contra la pared, usarlos como raquetas de tenis...

No podía hacer nada de eso con el piano. El piano era un instrumento que merecía respeto, admiración y dedicación. Nadie podría abarcar su tamaño, todas sus teclas. Y mucho menos alguien que no lo respetaba, que lo dejaba en su salón, ciego, mudo y sordo, y lo rebajaba a la altura de las flores artificiales...

—¡Muy bien, Henri! —alabó Guillaume.

Lucienne abrió los ojos.

—¡No te detengas, sigue, vamos!

El chico parecía haberlo logrado. Sostenía el arco del violín sobre las cuatro cuerdas y, sorprendido, oía la melodía que él mismo estaba interpretando.

El hombre estaba sentado delante de una ventana, sobre un ancho diván de terciopelo negro. Por la ventana se veía un paisaje maravilloso: un océano cristalino y un cielo rojo como la sangre. Sin embargo, él no estaba interesado en el paisaje que tenía detrás. Todo en aquel hombre parecía brillar: el mismo sujeto que había sorprendido al brujo de Malaveur la noche de la muerte de Michel. Distráido, enredaba entre sus dedos sus mechaz blancas, entre las que llevaba ensortijadas relucientes piedrecillas de colores.

—Mi señor Lucifago —exclamó una voz. Un alto hombre de piel pálida y cabello negro azulado se materializó en el salón. La voz del nuevo hombre reverberó contra los muros de piedra y su sombra se desplegó sobre la amplia alfombra de arabescos.

Lucifago no respondió.

—Mi señor Lucifago —repitió el hombre y hubo algo en la cadencia de su voz, tal vez la forma en que había pronunciado la palabra *señor*, que parecía decir que no se encontraba a gusto rindiéndole pleitesía al demonio que tenía delante.

—Dime, Licaonte —respondió Lucifago, sin levantar la mirada. El Príncipe Licaonte apretó los dientes, Lucifago se trenzaba el cabello mientras

uno de los príncipes de los Infiernos le dirigía la palabra.

—La musa que está en los calabozos... no... no...

Lucifago alzó la mirada por fin.

—¿Qué ocurre con la musa que está en los calabozos?

El príncipe se quedó sin habla al reconocer las pequeñas joyas que Lucifago tenía en el cabello. Y en las muñecas. Y alrededor del cuello.

—Nada, señor.

Lucifago sonrió. Se puso de pie y cuando lo hizo, dos o tres piedrecillas cayeron al suelo. Caminó hacia el príncipe, las piso y se plantó delante de él. Licaonte tragó saliva.

—Vamos a ver si esta pequeña musa escurridiza está dispuesta a colaborar —susurró Lucifago y cuando pasó junto al príncipe, su larga trenza blanca le abofeteó el rostro.

Licaonte lo siguió, aún conmocionado por el horror. Entonces era cierto lo que se rumoreaba: su gobernante había enloquecido.

Era casi medianoche y Lucienne ya rozaba la histeria. No pasaría otra madrugada más allí, encerrado en esa prisión. Esa noche sería suya. Había descubierto un puñado de billetes dentro de un libro de su estantería; casualmente, en *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare.

Había intentado conocer más a Gauvin, ese muchacho que parecía ser él mismo y del que había olvidado absolutamente todo. Luego de dos semanas allí, Lucienne ya tenía la certeza de varias cosas. El nombre de Gauvin era Gauvin Émile Lautréamont, tenía diecisiete años y era un genio tocando el violín. ¿Por qué le costaba tanto creérselo? Era imposible que él fuese o hubiese sido ese muchacho. Gauvin estaba muerto y era en vano intentar resucitarlo. ¿Cómo había sido su muerte? ¿Qué o quién le había arrancado a Lucienne todos los recuerdos de su pasado? Lucienne ansiaba esas respuestas, pero no podía estar seguro de si quería su pasado de vuelta.

Debía encontrar a Absalón, exigirle explicaciones. Quería gritarle, insultarlo, golpearlo, enviarlo al infierno.

Al infierno.

—¿Qué me ocurrió? —susurró, recostado sobre su cama.

La luz del dormitorio estaba apagada, pero un farol de la calle impedía que la oscuridad fuese total. La tormenta de la noche pasada se había retrasado y ahora serpenteaba por el cielo, amenazante, como un enorme leviatán hambriento en busca de carne fresca.

La ropa de Gauvin era horrible. En el closet solo había pantalones elegantes, camisas lisas, medias negras y zapatos como los de Henri. Solo había unos pocos vaqueros azules y celestes y unas camisetas sin ningún dibujo o inscripción. En cuanto vio el detalle que esos vaqueros tenían en el bolsillo trasero, lo identificó como el mismo que poseían aquellos que había vestido durante el tiempo que pasara con Absalón. Eran de Gauvin, como también lo era el harapo en el que acabó convertido la camiseta blanca.

—Soy Gauvin —dijo, acariciándose el rostro como intentando buscar algo que lo negara.

Sus dedos se encontraron con la cadena de la *menkalinen*. Cuando sus padres le preguntaron qué era esa gema, él le había dicho a Guillaume «¿no la recuerdas? Tú me la compraste esa tarde»; el hombre lo miró confundido, pero asintió, crédulo, incapaz de discutir con su hijo acerca de algo que tal vez revelara que estaba envejeciendo demasiado pronto.

En el estante de los discos solo había música clásica y ópera. ¿Cómo era posible que un chico de diecisiete años escuchara eso?, se preguntaba Lucienne. ¿Dónde estaban el rock, el pop y esas canciones obscenas que había bailado en la fiesta de Milagring?

Lucienne se levantó de la cama y se calzó sus viejas zapatillas. Su madre las había echado a la basura, pero el chico se ocupó de rescatarlas, las lavó y las dejó dormir en el alféizar de la ventana. Ahora estaban secas y con ellas iría a recorrer París.

A buscar a Absalón.

Lo peor de todo no era el hambre, o el silencio o la soledad. Lo peor de estar encerrado era que no sabía qué podía estar sucediéndole a Lucienne. Absalón intentó hacer memoria. En cuanto había regresado del baño, aquel chico se había subido al escenario. Luego de que comenzara a cantar, alguien le había arrojado un cartón de jugo para que se callara. Entonces había vuelto a cantar. Y antes de que Lucienne pudiese preguntarse por qué, había ocurrido. Pero Absalón estaba seguro de algo: había visto a un policía y a un sujeto de aspecto mugriento acercarse a su mesa. El tipo había señalado a Lucienne. Y en ese momento... todo se volvió negro.

Aquel hombre debía de haber identificado a Lucienne como el ladrón que le había robado la cartera a la mujer del parque. Y si eso había ocurrido, Absalón tenía la certeza de que, en ese instante, el chico tenía que estar de vuelta en su casa. Es decir, en la casa que había sido de Lucienne antes de

transformarse... bueno, en Lucienne.

Solo podía imaginarse el sufrimiento que el muchacho estaba padeciendo. Absalón era un Vizconde y jamás había tenido que meterse en los cuerpos de los humanos para alimentarse. Su alimento salía de ellos y se introducía en él, Absalón no tenía que esforzarse más que en seducir a sus presas y manipularlas hasta que aceptaran el pacto. Lucienne, en cambio... era tan distinto. Y exactamente de eso se había enamorado Absalón tantos siglos atrás.

El Vizconde había conocido a Lucienne en una de las fiestas de Sodoma. Absalón había sido invitado por Perial, el demonio patrono de aquella ciudad y, aunque no estaba muy interesado en esos espectáculos humanos, accedió para complacer a su superior y buscar alimento.

—Yo solo observaré, muchas gracias, *vassari* Perial —le dijo, cuando éste le pasó el vaso de la poción que le impediría dejar embarazada a una mujer humana.

El demonio lo contempló con una sonrisa divertida. No le creía. Perial no era demasiado alto, pero su estatura era compensada por su delgadez. Su cabello era castaño rojizo y su piel lucía tostada por los soles del valle de Sidim. A pesar de que ya se había quitado la ropa, no se había despojado de sus joyas: pulseras, anillos, collares, todo brillaba sobre la piel de Perial. Sus ojos estaban ribeteados de negro dándoles un aspecto felino y en sus orejas perforadas lucía sendos pendientes en forma de rosa.

Como las reglas de las fiestas eran estrictas, Absalón tuvo que beber de todas formas y así, estéril por esa noche, se introdujo en calidad de espectador. Del brazo de Perial, fue guiado hacia la vivienda del anfitrión, donde un joven de larga cabellera oscura lo despojó de toda su ropa.

Eligió un escalón de la gran piscina de mármol y azulejos, y allí se sentó, con las piernas sumergidas en el agua, a contemplar el espectáculo. Los demonios más importantes estaban en el lugar, disfrutando de aquella noche de placeres carnales. Absalón localizó al Conde Ignatius, al Príncipe Licaonte y a otros nobles menores.

En el sitio fluían el vino y los licores como de una fuente encantada. El aroma de los frutos afrodisíacos llenaba el aire de un sabor tan dulce que Absalón tuvo la sensación de poder saborearlos con cada inspiración. Con los sentidos embotados, se recostó sobre la superficie del agua y flotó boca arriba, con la mirada perdida en el cielo. Entre los jadeos, alcanzó a oír los rasgueos de un arpa. Un esclavo castrado se encontraba tendido en un rincón, con el estómago lleno de vino, rindiendo homenaje a su hombría perdida.

Algo muy pequeño cayó sobre su pecho. Al abrir los ojos, Absalón vio que se trataba de una rana diminuta.

—¿Qué eres? No perteneces al reino animal —le dijo a la rana.

El bichejo saltó a las aguas y al instante emergió de ellas un esbelto muchacho de piel blanca, labios gruesos, grandes ojos azules y rizos mojados.

—¿Me prefieres así? —exclamó el joven, acercándose lentamente a través del agua.

Absalón se puso de pie y lo enfrentó:

—¿Por qué no me muestras tu verdadera forma? ¿Tan desagradable eres?

El muchacho siguió acercándose y pegó su pecho al de Absalón. Acarició su mejilla con la suya y le obsequió una larga lamida desde la barbilla hasta lo alto del pómulo.

—Si te mostrara mi verdadera forma, *vassari* Absalón... *vassari* Perial me echaría de aquí y nos arruinaría la fiesta.

Absalón abrió los ojos.

—¿Eres mujer?

El joven se encogió de hombros y recorrió la espalda de Absalón con la punta de sus dedos húmedos.

—Me llamo Luciania.

—Podrías ser condenada a muerte por estar aquí si no has sido invitada —le susurró Absalón al oído.

El muchacho se apartó apenas y miró al Vizconde a los ojos.

—Pero no me delatarás, ¿verdad, *vassari* Absalón?

Absalón le sonrió y echó un vistazo por encima de su hombro, por detrás de sus empapados rizos rubios. La piscina estaba repleta de hombres desnudos, enredados entre los brazos y piernas de los demonios invitados a gozar con ellos. Fuera del agua, los saciados de sexo bebían vino y comían dátiles, a la espera de que el deseo regresara a ellos para ir a la caza de un nuevo compañero. Por un instante, la mirada del Príncipe Licaonte se posó en ellos, pero enseguida se apartó, demasiado concentrado en el cuerpo que se estremecía debajo del suyo.

—Somos estériles por esta noche, ¿lo sabes? No lograrás embarazarte de ninguno de los demonios con los que te acuestes.

Los hombros de Luciania se sacudieron por la risa.

—No quiero hijos, Vizconde —exclamó.

Absalón caminó hasta los escalones de la piscina y se sentó, completamente desnudo. Luciania lo imitó.

—¿Qué eres? No eres una *vassari*. ¿A qué has venido aquí?

El joven, Luciania, apoyó los codos sobre sus rodillas y dejó salir un suspiro. No contestó inmediatamente. Se limitó a observar el tórrido espectáculo con una expresión muy parecida a la... tristeza.

Absalón examinó con detenimiento su cuerpo masculino. Luciania se había transformado en un muchacho alto y delgado, atlético, sin una musculatura excesiva. Exactamente el tipo de hombre por los que el Vizconde se sentía atraído. Sorprendido, Absalón se dio cuenta de que, a pesar del espectáculo que lo rodeaba, el cuerpo masculino de Luciania no respondía a la estimulación visual. No se encontraba excitado.

—¿Qué eres? —volvió a preguntar, ansioso por descubrir la verdadera identidad de aquel ser.

—Acompáñame y te lo diré.

Absalón lo meditó por un momento. No tenía nada que perder, de manera que aceptó.

—Joven —dijo una suave voz masculina. Absalón y Luciania se giraron. Un hombre de largo cabello negro azulado se acercaba a través del agua, maravillosamente desnudo. Era el Príncipe Licaonte. Absalón tensó las aletas de su nariz. Aquel demonio olía a miel—. ¿Me permite ser su compañero esta noche? —le preguntó a Luciania.

Los ojos del joven rubio lo inspeccionaron por unos breves instantes.

—Me honra, *vassari* Licaonte, pero ya tengo compañía.

Absalón dio un respingo. Luciania se había atrevido a rechazar a un Príncipe. Y no solo eso: lo había llamado simplemente «*vassari* Licaonte». ¿Dónde estaban los modales de ese ser?

—¿Vamos, *vassari* Absalón?

Salieron de la piscina y abandonaron el jardín sin ser notados por nadie más que el Príncipe Licaonte, que los observó con recelo hasta que desaparecieron. Mientras atravesaban la puerta, Absalón oyó el arpa del esclavo; una melodía celestial, melancólica, que se disolvió en el aire apenas se cerraron las puertas.

—Prefiero la intimidad —susurró Luciania, guiándolo por los oscuros corredores de la casa.

—¿De quién es este palacio? —preguntó Absalón.

—De Soradián, el escultor —respondió ella.

Recorrieron los pasillos en penumbras hasta que llegaron a una bifurcación. Luciania tomó el camino de la izquierda, seguida por Absalón, y

ambos se introdujeron en una ancha recámara perfumada a incienso. Ella abrió los brazos e inspiró profundamente la fragancia, dejando que los espirales de humo acariciaran su piel. Absalón pasó por su lado, esbozando una pequeña sonrisa. La habitación le gustaba. El lecho era grande y, aunque todo el dormitorio era un valle de sombras, podía apreciar sus detalles como si estuviesen siendo iluminados por la luz del sol.

Luciania se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Afuera, el cielo nocturno era un océano incandescente, apuñalado por diminutas chispas de luz y la guadaña oxidada que esa noche era la luna.

Sin más preámbulos, Absalón se tumbó en el lecho, a la espera de su compañera o compañero. Le daba igual la apariencia que tomara. Solo deseaba descubrir su identidad.

—Quiero permanecer así, si no te molesta —dijo ella, acariciando su pecho masculino—. Has dicho que eres estéril, pero...

—Está bien —aceptó Absalón, con una sonrisita traviesa.

Luciania se recostó a su lado y el Vizconde se inclinó sobre su cuerpo masculino, acariciando su cintura y sus flancos. Ella cerró los ojos y dejó que Absalón tomara las riendas.

—¿No disfrutas? —preguntó él, ceñudo, mientras hacían el amor.

Ella abrió los ojos y le sonrió.

—Claro que sí, Vizconde.

En cuanto el orgasmo se apoderó de él, el Vizconde comprendió con qué clase de criatura estaba compartiendo el lecho. Recordó la melodía de arpa que había oído antes de que se cerraran las puertas del jardín del palacio...

—*Denhiria* —susurró, anonadado—. Eres una musa.

Por eso el arpa había sonado a su paso, por eso Luciania conocía el sitio donde se hallaban... el palacio de un escultor que había pactado con ella.

Luciania se apartó de él y se cubrió la cintura con la sábana. Absalón parpadeó, y el majestuoso cuerpo masculino comenzó a transformarse frente a sus ojos. El torso se achicó, el pecho se infló y dos pesados senos nacieron, como dos montañas, dejando un profundo valle en la mitad. La cintura se afinó, las caderas se ensancharon, los músculos de los brazos y las piernas desaparecieron, la piel se aclaró, el vello se desvaneció, los rizos se alisaron, el cabello se volvió negro, largo, lacio como la lluvia... y el rostro se desdibujó por completo. Dos grandes ojos ambarinos contemplaban ahora a Absalón, enmarcados por unas espesas y negrísimas pestañas que aleteaban como una mariposa. La diferencia era tan terrible, tan abrumadora... sin

embargo, había algo que no había cambiado. La boca. Los labios seguían siendo gruesos y rojos como una cereza. En ese instante, Absalón se dio cuenta de que en ningún momento se habían besado y se inclinó hacia el cuerpo femenino de Luciania, su verdadero cuerpo, en busca de los besos olvidados...

—¿Qué haces, demonio? —interrumpió la musa, apartándolo. Se levantó de la cama y su largo cabello negro comenzó a flotar a su alrededor, cubriendo su extraordinaria desnudez.

—Cásate conmigo —exclamó Absalón, poniéndose de pie.

Ella abrió los ojos como platos y luego se echó a reír.

—¿Qué dices?

—Serás mi consorte y podré utilizar mi magia en ti. Ya no necesitarás cambiar tu forma para evitar embarazarte, puedo ocuparme de eso.

Luciania frunció el ceño.

—¿Crees que soy idiota, Vizconde? —escupió la musa con desprecio—. Solo me utilizarás para que te consiga presas y cuando te canses de mí me botarás como a un perro.

—Bueno, podríamos firmar un contrato prenupcial...

«Solo una vez» había sido la respuesta de Absalón cuando Lucienne le preguntó si en alguna ocasión se habían acostado. Y no era mentira. Esa primera vez había sido la última.

Sin embargo, volvió a ver a Luciania en varias oportunidades. Mantuvieron largas charlas, se confesaron anécdotas, trucos para seducir humanos y recorrieron el mundo en busca de emociones y paisajes para satisfacer su curiosidad.

—¿Qué debe recitar un ser humano para invocarte? —le preguntó Luciania una noche. Se encontraban en lo alto de un templo egipcio, espiando a los esclavos que construían un zigurat.

Absalón se puso de pie, efectuó una rimbombante reverencia ante ella, se aclaró la garganta y pronunció su plegaria de invocación. Luego la musa lo imitó, aunque no hizo ninguna reverencia. Con voz monótona recitó:

—Diosa de los talentos, princesa de las inmortales melodías del éter, *denhiria* y patrona de los cantantes que han olvidado la voz en las entrañas de este océano oscuro y crepitante, yo te invoco: oh Tamira, oh Bésbone, oh Luciania, oh Ilodesa, ¡Oh, musa de las sinfonías errantes sin dueño! ¡Acude a mí en esta noche de luna creciente! Tengo para ti los más sabrosos frutos de la tierra: manzanas del jardín de las Hespérides, miel de abejas vírgenes, rosas

florecidas bajo la luz de Venus. ¡Acude a mí, oh, diosa de las artes! ¡Mi alma te ofrezco en absoluta compensación!

—Qué bonito —aplaudió Absalón, con un dejo de burla—. ¡Bésbone! —gritó, con una carcajada.

Ofendida en su orgullo, Luciania se colocó detrás de él y lo empujó al vacío.

—¡Ay, zorra!

El demonio quedó colgando de los cabellos de un faraón muerto hacía cincuenta años, a casi cien metros del suelo. Con un ágil salto, el cuerpo de Absalón se impulsó hacia arriba desafiando la gravedad. Con cara de pocos amigos, volvió a sentarse junto a la musa, que sonreía con la mirada perdida en el rojo encendido del cielo.

—¿Qué sientes cuando devoras años de vida? —le preguntó Luciania después de un rato. Ella todavía no le había dicho qué obtenía de los artistas a los que brindaba sus favores. Al principio Absalón se negó a responder, pero finalmente cedió.

—Como escalofríos calientes —le contestó él, porque todavía no existía la palabra *electricidad*—. Una sensación chispeante, que me hace temblar...

—¿Parecida a un orgasmo? —interrumpió ella. Esa noche lucía el cuerpo de un esclavo egipcio. Alto, fornido y moreno por la crudeza de los soles de Menfis, tan solo vestía un faldón blanco que ocultaba sus vergüenzas.

—Diferente... no podría compararlas. Todo depende de la cantidad de años que sean.

—¿Cuál es la mayor cantidad que un humano te ha dado?

—Setenta años. Murió a las tres semanas. ¿Sabías que los primeros seres humanos fueron creados para ser inmortales? Es este mundo lo que les fue restando años de vida, ellos han sido sus propios *vassari*...

En una de aquellas conversaciones fue que ella por fin le reveló lo que los humanos le otorgaban a cambio del talento.

Luciania adoptó la apariencia de un famélico niño chino y se mezcló entre los artesanos pobres que tejían y pintaban grabados en la feria. Les mendigaba un plato de arroz, un vaso de agua limpia, mientras Absalón la espiaba desde el techo de un templo. Nadie le dio absolutamente nada.

—Es mi turno —le dijo Absalón al niño chino, a Luciania, cuando ella volvió a su lado.

Absalón interceptó a un hombre que se dirigía a unos matorrales para hacer sus necesidades y le ofreció una barra de oro a cambio de diez años de su

vida. El artesano aceptó el trato y el Vizconde volvió al escondite, satisfecho y con el estómago lleno.

—He ganado —anunció.

—No puedo creerlo —susurró Luciania, todavía en el cuerpo de la desnutrida criatura—. No le dio un plato de arroz a un niño... pero te dio a ti diez años de su propia vida. Estará ligado a ti hasta el día en que muera.

—Ya lo ves, *denhiria* —dijo él—, tú estás acostumbrada a tratar con poetas, perfumistas y orfebres. Yo, en cambio...

—Eres despreciable —interrumpió ella, y la tranquilidad en su voz le pareció a Absalón aún más terrible que un grito—. Le quitaste a ese hombre diez años de su vida... solo para ganar una apuesta contra mí.

El Vizconde la enfrentó:

—Tú aceptaste la apuesta —recriminó.

—¡Estaba segura de que ganaría! —replicó ella, con la voz del niño. Observó sus pequeñas manos mugrientas y, en un abrir y cerrar de ojos, recobró su verdadera apariencia.

—He ganado —le recordó Absalón gravemente—. Me debes una respuesta.

Luciania apretó los puños y levantó los ojos, que resplandecían furiosos por detrás de su largo cabello negro. Se llevó las manos a la cabeza y se recogió la cabellera.

El Vizconde la miró sin comprender.

—¿No lo ves? —dijo ella, seria.

Absalón se preguntó a qué se refería la musa. Solo veía su rostro, sus ojos ambarinos, su boca de cereza madura, sus blancas orejas y su largo cabello negro. Sus orejas. Era la primera vez que Absalón las veía. Eran puntiagudas, un poco más largas que las de un ser humano. Tenía los lóbulos agujereados y dos pesadas gemas de color turquesa brillaban entre las mechas de su cabello, iluminadas por los últimos rayos de sol del ocaso. Absalón alargó las manos hacia los aretes de Luciania. Los acarició a ambos con la yema de los dedos, recorriendo sus contornos, y cayó en la cuenta de que eran distintos. La gema izquierda era más pesada que la derecha. Y más brillante.

—¿Qué es? —susurró Absalón, sosteniendo la gema izquierda entre sus dedos.

Luciania se soltó el cabello y su larga melena volvió a ocultarle las orejas.

—Una *menkalinen* —dijo ella—. Aquí adentro están las almas de todos los que me han invocado.

Absalón apretó los puños e intentó evocar el profundo sentimiento de tranquilidad que había sentido aquel amanecer, cuando Lucienne abrió sus ojos azules y le devolvió la mirada desde aquel joven rostro masculino. Pero Luciania nunca adoptaba la misma apariencia dos veces. Extrañado, le preguntó al chico su nombre, convencido de que ese aroma a rosas y vino era el de la musa.

—N-no... no lo sé —susurró el joven, refregándose los ojos con las manos. Giró la cabeza hacia los costados, robando un rápido vistazo del parque donde se encontraban. Alzó la vista y contempló el árbol que le daba sombra; pasó sus manos blancas por el césped y acarició el pasto, que le hizo cosquillas a sus palmas desnudas.

Era tan, pero tan parecido. Era el muchacho de la fiesta de Sodoma, aquel que el Vizconde había poseído en los aposentos del Soradián, el escultor.

—¿Luciania? —dijo Absalón, inclinándose hacia el chico—. ¿Eres tú?

—*Lucienne*... —repitió el chico, con una sonrisa débil—. ¿Ese es mi nombre?

Absalón se puso de pie, tambaleándose. El hambre era insoportable. Necesitaba alimentarse, necesitaba algún humano desesperado que quisiera vender unos años de su vida a cambio de algún capricho estúpido.

Estaba encerrado y había perdido la cuenta de los días. No sabía qué quería Maldoror de él, pero sospechaba que estaba relacionado con Lucienne. Todo estaba relacionado con la musa.

La celda era diminuta y olía a heces y orina. Ahora tenía la seguridad de que se encontraba en las alcantarillas. Los muros estaban siempre húmedos y hediondos, y podía oír el susurro del agua que fluía detrás de las paredes. En el suelo de piedra, detrás de la puerta de barrotes de la celda, Maldoror había pintado los conjuros que mantenían preso a Absalón. Estaba imposibilitado para utilizar su magia y si intentaba atravesar aquellos símbolos, moriría instantáneamente.

Absalón no volvió a ofrecerle matrimonio a Luciania sino hasta muchos siglos más tarde, luego del descubrimiento de América. Fue rechazado de nuevo. Ya en el siglo XX, en una agradable noche de luna creciente, se encontró con ella en un café de El Cairo. Se veía radiante; acababa de hacer un pacto con un poeta. Intercambiaron un par de siglos de anécdotas y Absalón volvió a pedirle que fuese su esposa.

—No seré la puta de un demonio, Absalón. Lo siento —respondió ella, bebiendo de su brandy.

—Soy un Vizconde —rebató él, con gesto travieso—. No pasarás necesidades.

Luciania le dedicó una expresión extraña, muy parecida a una sonrisa de lástima. Absalón, que no comprendió el significado de la mirada, agregó:

—Hagamos una apuesta.

—Nada de apuestas, cariño —se negó ella, porque Absalón había ganado la mayoría de las que habían acordado a lo largo de todos esos años y rara vez de manera honrada. Se inclinó hacia él por encima de la mesa y achicando los ojos le dijo en tono mordaz—: Me he enterado de todos los consejos que le diste a Napoleón Bonaparte.

Absalón se sintió avergonzado como un chiquillo, pero enseguida se compuso:

—Estoy seguro de que si fuésemos dos desconocidos, caerías rendida ante mí como una mujer mortal común y corriente...

Luciania golpeó la mesa con su vaso, dispuesta a ponerle fin a la provocación, pero en vez de eso dijo:

—Eso no sucederá jamás. El problema no soy yo, Vizconde Absalón, el problema eres tú.

—Si no me conocieras, si no supieras que soy un demonio y tú tampoco supieras que eres una musa —prosiguió Absalón, sin hacerle caso—, le suplicarías a la Reina Madre que te propusiera matrimonio.

—Esto es el colmo —exclamó la musa, poniéndose de pie, dispuesta a irse de allí. Absalón la tomó del brazo.

—Si alguna vez necesitas mi ayuda, recuerda esta noche —su voz bajó hasta un tono alarmante, un tono muy parecido al de una súplica—, y obtendrás de mí lo que desees. —Rasgó el aire con la mano derecha y dibujó una pequeña estrella de cinco puntas atravesada por un número ocho. La estrella brilló con luz propia por un breve instante y luego desapareció, dejando como único rastro una etérea estela de humo negro—. Tan solo di «acepto la apuesta» e impón tus condiciones.

En la pantalla, una hermosa mujer pelirroja de grandes ojos azules seducía a sus espectadores con una coqueta sonrisa y una lenta caída de ojos. Fuera de la pantalla, la misma mujer (¿o acaso era un hombre?) se observaba a sí misma con el entrecejo fruncido. La mujer ¿hombre? de carne y hueso estaba recostada sobre un largo diván de cuero, con sus largas piernas extendidas, el dedo hundido en un pote de dulce de leche y el control remoto en su otra mano.

—Grosero —susurró, con una voz tan andrógina como su apariencia exterior—. Me resulta grosero cómo los humanos han sexualizado hasta la música... ¿qué diría la musa Euterpe si lo viera? ¿Qué opinas, Typhoon?

Un joven de cabeza rapada envuelto en una túnica roja salió de las sombras.

—Así es, mi señor, es grosero. —Pero sus ojos rasgados no parecían estar disgustados al observar el video musical de la pantalla: allí, su señor estaba estirado como un gato sobre el capó de un auto y meneaba la cadera al compás del pop.

—Grosero... —repitió el hermoso hombre (porque ahora quedaba claro que se trataba de un hombre), alargando el control remoto hasta el televisor de pantalla plana.

El televisor se apagó y el hombre lamió su dedo embadurnado de dulce de leche.

—Humanos, humanos... —canturreó, cruzando sus largas piernas con sensualidad.

El bello hombre llevaba un largo collar al cuello formado por cientos de pequeñas diminutas gemas, sin embargo, estas tenían algo extraño: no brillaban, eran como estrellas apagadas.

El servidor se acercó a su señor por detrás y apoyó las manos en sus hombros.

—La fama es una amante agotadora —dijo, mientras comenzaba a masajearle los hombros.

El bello hombre se giró con una sonrisa felina en sus bellos rasgos.

—No tanto como tú, cariño.

El servidor interpretó las palabras como una invitación. Extendió la mano hacia la cabeza de su señor y peinó con los dedos el largo cabello rojo.

—¿Qué ha dicho el Príncipe Licaonte cuando le diste la mala noticia?

Lucienne cayó sobre el césped mojado. Todavía no empezaba a llover, pero podía respirar la humedad del ambiente y separar de ella todos los aromas que flotaban a su alrededor. El perfume del pasto verde, mezclado con el de la tierra, la delicada fragancia de las rosas que adornaban el jardín delantero de la casa y la exótica esencia de las plantas de jazmines, que se habían vuelto amarillos como el pergamino por culpa del calor.

La entrada de su casa estaba enmarcada por dos altas columnas griegas de color blanco inmaculado. A sus costados, dos leones de piedra abrían sus

fauces en actitud amenazadora, con la cola en alto y las patas delanteras levantadas. Lucienne sonrió. Le gustaba su casa. Le gustaba que, en vez de haber resultado hijo de un pobre vagabundo, como los invitados de Milagring, Isabelle y Guillaume fuesen unos millonarios fabricantes de violines.

Le gustaba, pero quizá no lo suficiente.

Se sentía como si estuviese engañando a esas personas que se decían sus padres, como si su Gauvin estuviese muerto y Lucienne hubiese ocupado su puesto. Se sentía un impostor. No le era posible pensar en Isabelle como en la mujer que lo había dado a luz, o en Guillaume como el hombre que le había comprado su primer triciclo.

Y si Lucienne se sentía un impostor, lo más probable era que lo fuese.

No era justo, se decía. ¿Y si se lo contaba? ¿Si les decía que no tenía recuerdos, que su cerebro estaba vacío de sentimientos hacia ellos y que solo podía pensar en Absalón? Si les decía que estaba enamorado de ese hombre tan extraño, ¿consentirían en ayudarlo a buscarlo?

¡No!, gritó la voz de su interior. Creerían que les mentía o que estaba loco y lo encerrarían en un asilo para dementes. Y la peor pesadilla de Lucienne era esa: estar encerrado.

Se sacudió la tierra de los vaqueros y se puso de pie. Una brisa fresca sopló sobre su cuello y le revolvió el pelo. Los faroles de la entrada de la casa iluminaron las hojas secas que se levantaron en el aire, como extraños insectos de luz. No había nadie por las calles, observó, echando un rápido vistazo al paisaje. Decidido, se tocó el bolsillo en el que había guardado el dinero y echó a andar.

A pesar de que la casa se ubicaba en un barrio cerrado, las calles estaban asfaltadas. Las aceras de adoquines negros brillaban de gotas de humedad. Lucienne giraba la cabeza continuamente, temiendo encontrarse con algún vecino que lo delatara. Pasó por las aceras de viviendas tan lujosas como la suya, cruzó las calles desobedeciendo a los semáforos, atravesó el pequeño parque de los juegos infantiles y llegó hasta una enorme puerta de rejas.

Al verla, se le cayó el alma a los pies: estaba cerrada.

Angustiado, se giró en busca de alguna salida alternativa. La pequeña casilla del guardia de seguridad estaba iluminada, pero no creyó conveniente acercarse. Seguramente el sujeto estaba avisado de que no dejara salir solo a ningún adolescente rubio que luciera demasiado nervioso.

De repente, el cielo se iluminó como si fuesen las tres de la tarde. El trueno se oyó después de un par de segundos, como si un prisionero arrastrara sus

enormes cadenas por todo el cielo. Lucienne levantó la mirada hacia las nubes. Las primeras gotas de lluvia le acariciaron los hombros y le mancharon la camiseta. Cuando se volteó, se le ocurrió que tal vez se le presentara la oportunidad de salir de allí.

Paseó la vista por las casas y apreció que no todas tenían luz en su interior. Era tarde, así que era posible que algunos de sus vecinos ya estuviesen durmiendo o mirando la televisión en la cama. Otras casas estaban plenamente iluminadas. Lucienne observó las viviendas que permanecían a oscuras. O sus habitantes dormían o no estaban allí. Una de dos. Y si no estaban allí, era probable que volviesen pronto antes de que la tormenta se hiciese peor.

Decidió aguardar. Cuidando de no pasar frente a la ventanilla de la cabina del guardia de seguridad, se alejó de la salida en busca de algún lugar no muy lejano donde ocultarse a esperar. Podría hallar cobijo bajo algún portal amplio, pero le pareció peligroso. Si era visto por alguien, estaba seguro de que avisarían a sus padres.

Volvió sobre sus pasos y llegó al parque. El viento hacía que los columpios se balancearan como si llevaran encima los fantasmas de unos niños que no habían vivido para disfrutarlos. El arenero ya se había convertido en un lago y por encima del agua se asomaban las últimas torres de los castillos de arena.

Entonces, detrás del tobogán, Lucienne vio aquello que le serviría de escondite. Era un gran barril de piedra, pintado de colores, totalmente hueco. Allí, había visto, se juntaban las niñas para contarse secretos y los niños para jugar a las expediciones policiales. ¿Entraría o se quedaría atascado? Lucienne se agachó y aliviado, descubrió que cabía sin ningún problema. Se hizo un ovillo sobre la piedra, que seguía extrañamente tibia, y se abrazó las rodillas. A su izquierda podía ver el patio trasero de una casa, con su piscina y su limonero. A la izquierda, tenía una perfecta vista de la entrada al barrio privado. O mejor dicho, de la salida.

Se pasó la mano por el cabello para quitarle la humedad y se acomodó en el interior del barril. Durante la cena, su padre le había dado a entender que el doctor Colville volvería a visitarlo la semana entrante. No le pareció apropiado negarse, así que se limitó a encogerse de hombros y seguir comiendo. Sus padres se miraron preocupados y entonces el chico se dio cuenta de que habían esperado una reacción diferente... pero ¿qué? ¿Que se negara a recibir al doctor? ¿Que gritara? ¿Que huyera de la mesa, ofendido?

Lucienne ya no lo soportaba más. Al principio se había sentido aliviado al saber que tenía padres, al enterarse por fin de quién era. Pero ahora el nombre

de Gauvin le pesaba sobre la espalda como si llevase una mochila cargada de plomo. Cada vez que oía «Gauvin, cielo» o «Gauvin, querido» tenía ganas de gritar que él no era Gauvin, que se llamaba Lucienne y que no le importaba que fuese un nombre de mujer.

Porque ahora ya estaba seguro de que era así.

Una de las gatas de su madre había tenido crías hacía un par de días y Lucienne se enteró de que Isabelle había abandonado la carrera de medicina veterinaria en su tercer año para poder cuidar de su madre enferma. Los gatos vivían en una gran habitación ubicada en el fondo de la casa, aunque a veces se dejaban ver por la cocina o el salón. El preferido de su madre era un macho de largo pelo blanco y ojos verdes como esmeraldas.

—Ponle nombre, Gauvin, querido —le había dicho Isabelle a Lucienne, sosteniendo un pequeño gatito recién nacido. Se encontraban en el jardín y el chico, consciente de que tal vez debería saber el nombre de las mascotas de su madre, tomaba a los gatos entre sus brazos y les buscaba en el cogote la medalla grabada.

—Lucienne —le dijo él.

Isabelle sonrió.

—Lucienne... me gusta. Creo que es hembra, así que le irá bien. Si no, se lo cambiaremos a Lucas, ¿qué te parece?

El chico se cubrió el rostro, deslumbrado. Tardó un par de segundos en darse cuenta de dónde provenía la luz. Era un auto que, con los faros encendidos, aguardaba que la gran puerta se abriera para dejarle el paso libre al barrio privado. El corazón le dio un brinco. Al intentar levantarse, se golpeó la cabeza contra la piedra. Maldijo, y arrastrándose salió del interior del barril, con la cabeza latiéndole de dolor y los ojos empañados.

La temperatura había descendido y la lluvia había aumentado su fuerza. Corrió hacia la salida, prudentemente alejado de la cabina del guardia. A gatas, para no ser visto, fue acercándose a la puerta que se abría. Se estaba mojando demasiado, pensó. Pero no podía echarse atrás por una simple lluvia. Necesitaba la noche, la deseaba como a un amante del que había permanecido alejado por mucho tiempo. Enseguida le asaltó la imagen de Absalón. Quería encontrarlo, verlo, insultarlo por haber dejado que se lo llevara la policía, darle un par de puñetazos..., luego abrazarlo, besarlo, arrastrarlo hacia la habitación del edificio de la calle Etienne de La Boétie y..., dejarse llevar.

La gran puerta de rejas se deslizaba lentamente hacia la derecha. Agachado junto a los arbustos, Lucienne se colocó en el umbral, rogando que la puerta y

el automóvil le otorgaran el tiempo que necesitaba para huir. La puerta acabó de abrirse y el auto comenzó a avanzar. A menos de un metro del vehículo, Lucienne vio que se trataba de una camioneta de color azul cobalto. En cuanto pasó por su lado, se hizo un ovillo en el suelo. La camioneta pasó a menos de treinta centímetros de él, salpicándolo de barro mojado. En cuanto ésta hubo acabado de entrar, el chico se irguió y echó a correr hacia la libertad.

Julien se desperezó sobre la banca de piedra y se levantó. Se había quedado dormido y estaba comenzando a llover. Sentía unas leves náuseas provocadas por las horas de hambre y una dolorosa punzada en el costado, probablemente por el mismo motivo.

París le gustaba, aunque su opulencia a veces le hacía sentirse un intruso, alguien o algo fuera de lugar, como una mancha en una camisa impecable. Pero también allí había pobreza, él lo sabía mejor que nadie. Conocía a varios muchachos que habían dejado sus pueblos natales para estudiar en la ciudad y como las universidades no eran baratas, se veían obligados a prostituirse y a vivir en tiendas de campaña. Y ni hablar de los inmigrantes que vivían en los suburbios, que luchaban cada día por integrarse a una sociedad que los repudiaba y que, sin que ellos lo advirtieran siquiera, también habían comenzado a despreciar.

Julien se quedó de pie bajo la lluvia, con los ojos cerrados. La temperatura había bajado. El sudor del día (y de los días pasados) todavía seguía adherido a su piel y le apremiaba la necesidad de quitárselo. Necesitaba un baño y cambiarse de ropa...

Aquel extraño hombre de la fiesta no le había mentido. Estaba sano. Y sí, también era verdad que había estado enfermo. Hacía una semana había acudido a un hospital público a hacerse un chequeo. Su sangre estaba limpia, pero el doctor dijo un par de cosas que Julien no entendió; le preguntó qué enfermedades había tenido recientemente y luego le entregó los papeles que aseguraban que su salud se encontraba medianamente bien. Cuando se iba, el médico le dijo que podría hacer que le dieran algo de comer en el comedor del hospital y Julien aceptó. La noche pasada no había cenado.

Mientras se acercaba a la fuente, en medio de la lluvia, el muchacho pensó que tal vez fuese buena idea hacerse el enfermo. Metió las manos en el agua, se refrescó el cuello, y como no había nadie en el parque que pudiese mirarlo con desaprobación, se arrodilló e introdujo la cabeza, manteniendo la boca y los ojos bien cerrados. Podría decir que le dolía mucho la cabeza, o mucho el

estómago o mucho lo que fuera. Tendría una cama donde dormir y lo que era más importante: le darían de comer. Tarde o temprano se darían cuenta de que mentía, pero ¿qué podrían hacer? Le dirían que no volviese a mentir, que en el hospital había muchos enfermos reales que atender... aunque, ¿acaso podrían culparlo por estar hambriento o tener la espalda dolorida por dormir en las bancas de los parques?

Estaba decidido. Volvería a ese hospital, fingiría desmayarse en la sala de espera y, cuando abriera los ojos, estaría en una cómoda cama de sábanas blancas y un plato de sopa esperando ser devorado.

Intentó secarse las manos en la ropa y cruzó la calle. Comenzó a caminar bajo los balcones y escaparates, para resguardarse de la lluvia. Julien todavía no hallaba a Michel y ya estaba perdiendo las esperanzas. Lo había buscado en todos los sitios que solían frecuentar: los comedores de caridad, las iglesias donde repartían ropa una vez al año, incluso se había colado en aquel horroroso orfanato donde crecieron, rogando que Michel no hubiese sido encontrado por sus voluntarios o, lo que habría sido peor, por el director.

Michel no estaba en el orfanato y, cuando estuvo seguro de que así era, Julien no supo si sentirse aliviado o decepcionado. Huir de nuevo no habría sido un gran problema. El orfanato había sido el último sitio en la lista y ahora no quedaba ninguno. No sabía dónde más buscar.

Julien se metió las manos en los bolsillos y agachó la mirada, siempre con los ojos clavados el suelo. Cuando era niño había descubierto que en invierno solía encontrar en las calles más monedas que en verano. El motivo era sencillo: el frío lo obligaba a caminar con los hombros encogidos, la cabeza gacha y la vista fija en las baldosas. Desde que había descubierto aquel secreto mágico, se obligaba a caminar mirando el suelo. Si no era un billete, tal vez sería una moneda. Si no era una moneda, quizás un anillo o un arete. O una billetera con todas esas cosas juntas. Nunca había compartido aquel secreto con nadie, ni siquiera con Michel. Cuando conseguía dinero, Michel se lo gastaba en comida para los perros vagabundos que merodeaban las orillas del Sena.

Julien jamás había robado. Nunca, ni cuando el hambre amenazaba con desmayarlo. Prefería venderse, vender su cuerpo, que quitarle el dinero a un desconocido que quizás iba de camino a la farmacia a comprar sus medicinas. Julien había comenzado a prostituirse a los dieciséis años, meses después de que él y Michel huyeran del orfanato. En aquel entonces, Michel tan solo era un niño y Julien se sintió obligado a brindarle protección. Se dijo que cuando

creciera, el chico podría cuidarse por sí mismo y se lo quitaría de encima... pero ya habían pasado más de dos años y Julien se daba cuenta de que sus sentimientos por Michel iban más allá del querer protegerlo.

A Julien le gustaba Michel y temía lo que esas emociones pudiesen obligarlo a hacer. Julien todavía tenía frescos los recuerdos de los abusos del director del orfanato. Y Michel era tan pequeño, tan inocente. Si Julien lo sorprendía mientras dormía, seguramente no podría defenderse... sucumbiría, sí, a ese hombre más grande que él y que parecía amarla tanto...

—Yo no soy como él —susurró Julien—, yo quiero a Michel...

Y así es, dijo una voz en su interior, *y ese es el problema*. La palabra *querer* siempre se refería al otro como un objeto. Un objeto que se deseaba poseer a toda costa.

—Yo no soy como él —repitió el muchacho, en voz más baja.

Pero lo cierto era que no estaba del todo seguro. Él lo quería, lo deseaba. Le gustaba verlo mientras se cambiaba la ropa y cuando se bañaban en las estaciones de gasolina, insistía en lavarle el cabello con la única intención de poder tocarlo. Le gustaban sus rizos, sus grandes ojos castaños, su boca de labios gruesos. Quería besar esos labios, que esa boca le devolviera los besos. Poder abrazar ese pequeño cuerpo malherido y contagiarse de su calor. Pero ahora Michel había desaparecido y Julien estaba desesperado.

—No está muerta —le había dicho aquel extraño hombre, el llamado Absalón—. Su alma está atrapada en la tierra y no puede ser libre. Si quieres que tu amiga vuelva, deberás encontrar su alma, su cuerpo, y suplicarle a quien posea el contenedor de su alma que le devuelva la vida. Pero si el alma es liberada fuera de su cuerpo... tu amiga estará muerta, más muerta de lo que está ahora.

El demonio. Solo eso podía explicarlo. Aquel hombre era un hijo de Satanás, un ser oscuro que se alimentaba de años de vida de los seres humanos y que gustaba del sexo con ellos.

—Estarás vinculado a mí —le advirtió el demonio, intentando apartarse de su cuerpo—, para siempre.

Julien aguardó que el semáforo cambiara de color y cruzó la última calle. Allí estaba el hospital, blanco, enorme, azotado por la lluvia inclemente.

Todavía podía echarse a atrás...

No. No había caminado hasta allí bajo la tormenta para volver a dormir en la estación del subterráneo. Estaba harto de esa vida miserable. Y sin Michel... no le importaba mucho donde acabara. Sus ganas de vivir se habían

esfumado. Si tan solo tuviese la valentía necesaria para suicidarse... Se reuniría con Michel.

Si lo que decía el demonio era verdad, ¿dónde podría estar su cuerpo? ¿En un cementerio? ¿En algún pozo de los suburbios? ¿En el fondo del Sena? Si el demonio no mentía, matarse no serviría de nada. El alma de Michel seguía en la tierra y hasta que no la abandonara, él no estaría muerto de verdad.

Caminó hasta la esquina, en busca de la entrada principal. La poca visibilidad lo desorientaba. Además, sospechaba que padecía algún trastorno de la visión. Tal vez, si algún día volvía a encontrarse con aquel demonio...

Pasó junto al estacionamiento del hospital. Se acercó al muro e intentó mirar entre las rejas. Quizás había alguna ambulancia averiada donde pudiese meterse a dormir...

No. Él dormiría adentro, en una cama, con el estómago lleno.

Se detuvo en seco. Oía el lejano lamento de la sirena de una ambulancia. Seguramente ingresarían al hospital por la puerta lateral. Debía ocultarse.

Un momento, ¿por qué?

Podía desmayarse frente a los paramédicos. Haría las cosas más rápidas. ¿Le creerían? ¿Qué tan grave se encontraría la persona que traían en esa ambulancia?

La luminosidad de la sirena se fue acercando. El vehículo aminoró la velocidad, se detuvo junto al cordón de la vereda y luego subió por una rampa. Un hombre vestido de verde salió disparado de las puertas traseras, seguido por otro que corrió hacia la entrada lateral del hospital, ubicada a un par de metros. Julien estaba paralizado, allí, en medio de la lluvia. Los médicos no lo veían. O tal vez sí lo veían, pero habían decidido no darle importancia. Debían de estar acostumbrados a los curiosos.

Comenzaron a bajar la camilla. Julien se acercó al muro para resguardarse de la lluvia y levantó la mirada con timidez, como si al contemplarlo estuviese faltándole el respeto al enfermo. Los paramédicos gritaron algo que Julien no oyó y otro hombre, esta vez vestido de blanco, salió de las compuertas del hospital y se acercó corriendo a la camilla. Intercambió un par de palabras con uno de los sujetos vestidos de verde y se dispusieron a entrar al enfermo al hospital.

Todo eso ocurrió en poco menos de cinco segundos, pero Julien, su mirada, sus ojos, todo se había quedado clavado en la cabeza de aquella persona moribunda. Es decir... en algo que esa persona tenía en la cabeza... pero ¿qué?

Julien se acercó a la camilla corriendo, sin poder comprender el porqué. ¿La mascarilla? ¿Aquella cosa extraña que le rodeaba el cuello? ¿Qué tenía esa persona que le llamaba tanto la atención?

—¡Oye! ¿¡Qué te crees que haces?!
Rizos.

Rizos castaños, mojados, que se balanceaban en el aire.

—¡MICHEL! —gritó Julien, abalanzándose sobre la camilla—. ¡MICHEL, DESPIERTA! ¡POR FAVOR, DESPIERTA!

Julien comenzó a sacudir al enfermo por los hombros, desesperado. Los paramédicos lo sujetaron y lo apartaron, pero el muchacho siguió gritando a todo pulmón, pataleando y luchando por liberarse.

—¡ES MI AMIGA! ¡SUÉLTENME! ¿QUÉ LE HA PASADO?

Era él. Ella. No había duda. Su rostro se veía pálido como la muerte, casi verde, y sus labios gruesos habían perdido parte de su lozana gordura y color. Estaban tristes, mustios, como un largo gusano enredado, tocándose la cabeza con la cola. Julien no podía verle nada más que el rostro, pero aun así pudo saber en qué estado se hallaba su amiga.

Las compuertas se abrieron y la camilla desapareció por un largo pasillo apenas iluminado, haciéndose cada vez más pequeña.

—¿Qué le ha pasado? —repitió Julien, pero los médicos ya no estaban allí.

—Lo encontró un vagabundo en las alcantarillas de Malaveur —dijo el chofer de la ambulancia, que se había bajado para cerrar las puertas.

Pero Julien no lo oyó.

De repente, el muchacho fue consciente de lo mojado que se encontraba, del frío que estaba sufriendo y de que su cuerpo temblaba.

Recordó el hambre que tenía y que se había aguantado sus necesidades durante el día porque en ninguna cafetería le habían dejado utilizar el baño.

El demonio no le había mentado.

El cuerpo de Michel estaba muerto.

Julien intentó dar un paso hacia adelante, alcanzar la compuerta y correr tras la camilla, pero sus pies se lo impedían. Levantó la mirada, y el agua de la lluvia le hirió los ojos, como diminutas cuchillas afiladas. Sintió que algo caliente se vertía sobre su rostro, pero no se dio cuenta de que eran lágrimas.

—¡Muchacho! ¿¡Te encuentras bien!?

Tampoco advirtió que estaba gritando. La imagen de su alrededor comenzó a licuarse, a girar en sus ojos como un carrusel. Entonces, antes de que pudiera pedir auxilio, sus ojos se cerraron y se desplomó sobre las baldosas mojadas.

Lucienne se llevó la taza a los labios y soltó un chillido. El café estaba caliente y amargo. Manoteó el recipiente de los sobrecitos de azúcar y vació en el interior de la taza uno, dos, tres de ellos.

El sitio era una especie de pub donde sonaba música electrónica, pero esa noche se notaba algo triste, vacío y más oscuro que de costumbre. El sonido de la música se mezclaba con el de la tormenta exterior y Lucienne se veía incapaz de disfrutarla. Descubrió que eso le molestaba, pero no supo explicarse el motivo. De repente, tuvo ganas de ser dueño de alguno de esos pequeños artefactos electrónicos que servían para oír música. Gauvin seguramente tenía uno, pero cada vez que revolvía los cajones del dormitorio, Lucienne debía recordarse una y otra vez que no estaba robando porque esos cajones le pertenecían.

No se había alejado mucho de su casa. Había dejado que sus pies lo guiaran, pero solo había caminado en línea recta porque el miedo a perderse era más grande que otra cosa. Y él, si bien por un lado quería perderse, no era tan estúpido como para consentirse ese capricho sin sentido. Si se perdía de nuevo, entonces no le quedaría nada. Ni un Absalón junto a quien dormir, ni unos padres que lo atosigaran con sus preocupaciones. Y a pesar de que Lucienne prefería a Absalón, al menos con los segundos no tenía que robar.

¿Qué clase de persona era Absalón?, se encontró pensando mientras veía en una de las pantallas un video musical que no tenía ninguna relación con la canción que sonaba en los parlantes. En el video se veía a una bellísima mujer pelirroja, de grandes ojos azules y piernas largas como una escalera. Vestía un traje de corte masculino y cantaba con el micrófono muy pegado a sus labios.

Quizás Absalón había huido de casa. Quizás la historia que le había contado al doctor Colville no estaba tan alejada de la verdad. Tal vez habían decidido huir juntos y algo horrible le había ocurrido a él, a Lucienne. Había perdido sus recuerdos y como Absalón sabía que la familia de Lucienne era millonaria y que jamás podría ofrecerle una vida similar, había preferido no contarle nada.

La mujer del video musical sonrió y Lucienne le devolvió la sonrisa. Tenía lógica y sonaba tan asquerosamente romántico... Y esa gema, la gema que le colgaba a Lucienne del cuello, seguramente era un regalo de Absalón. Por eso sus padres no la habían reconocido.

¿Sabrían Isabelle y Guillaume que Gauvin tenía una relación con un hombre? ¿Acaso les molestaba que fuera gay? ¿Era por eso que no lo dejaban salir de la casa?

Lucienne dio un respingo.

No era verdad.

Sus padres jamás le habían prohibido salir. Y además... bueno, a él también le atraían las mujeres. Pero era como si le dieran a elegir entre un vaso de agua del grifo y un licuado de frutas coronado con una fresa.

Se llevó la taza a los labios y bebió un largo sorbo. El café estaba dulcísimo, pero no le disgustó. Él mismo se había encerrado. ¿Cómo era posible?

Había pensado que eso era lo que sus padres querían: que no huyera. Entonces comprendió que para él, para Lucienne, el solo hecho de poner los pies en el portal de la gran casa habría sido un sinónimo de escapar. Aunque sus padres tampoco le habían pedido que saliera. No los culpaba, debían de tener miedo de lo que le hubiera sucedido en todo aquel mes. Y con motivos. Si sabían que su hijo se acostaba con un vagabundo como Absalón, era natural que se sintieran mejor con él en casa.

Tenía que encontrar a Absalón. Debía explicarle que no tenía caso que siguieran huyendo. Hablaría con Isabelle y Guillaume, y les contaría que estaba enamorado. Al fin y al cabo, eran su familia. Si Absalón no tenía una, o si ésta lo despreciaba por ser gay, Lucienne les pediría a sus padres que lo dejaran mudarse a la casa. Si no consentían en hacerlo... bueno, les suplicaría que lo dejaran vivir su vida. Si accedían a comprarle un apartamento pequeño, se lo agradecería mucho, y si no, siempre quedaría el edificio de la calle Etienne de La Boétie, ¿verdad?

No. El edificio sería demolido, recordó con amargura. Se imaginó que había sido allí donde él y Absalón se habían acostado por primera vez. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Había dormido allí con él durante tantos días...

Dio el último sorbo de café y chupó de la cuchara el azúcar acumulado en el fondo de la taza. Era increíble lo bien que le había sentado una bebida caliente en esa noche tormentosa. Ahora ya sabía qué hacer y tenía las ideas claras, ordenadas en su cabeza.

Levantó la cabeza. El video musical había cambiado, pero era de la misma cantante. Ahora la hermosa mujer pelirroja danzaba en medio de una pista de baile, rodeada por una multitud enardecida. Absorto, Lucienne lamió los últimos restos de azúcar, deseando encontrarse en una discoteca como la de ese video musical, bailando descontroladamente junto a cientos de desconocidos.

—¿Quieres bailar conmigo?

Lucienne se sobresaltó. Cuando se giró, sus ojos se encontraron con una pequeña muchacha de cabello teñido de rosa chicle, ojos celestes y palidísima piel blanca. La examinó por una fracción de segundo. La chica lucía algo cómica, como la caricatura de una mujer mayor. Llevaba una camiseta negra con el dibujo de una máscara teatral, una falda corta y largas medias a rayas rosas y negras. Pequeñas hebillas en forma de flor con diminutas piedrecillas incrustadas le sostenían el flequillo por encima de su pálida frente.

—Claro —respondió Lucienne, animado.

La chica lo tomó de la mano y lo arrastró hasta el fondo del pub, donde la música se oía más fuerte y había varias personas bailando, muy cerca de las mesas de billar.

—¡Me encanta esta canción! —chilló la chica, rodeándole el cuello con las manos—. ¿A ti no?

Lucienne le sonrió y la tomó de la cintura.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Talía —le contestó ella, aferrándose de los cabellos de su nuca—. ¿Tú?

—Lu... Lucas.

Lucienne tragó saliva. La muchacha le estaba coqueteando y él no tenía muchas ganas de responder a su flirteo. No era su clase de chica. Con un pequeño suspiro, recordó a la muchacha de cabello color arena de la fiesta de Milagrings.

Talía se giró, pegó su espalda contra el pecho de Lucienne y comenzó a menearse contra él. El joven sonrió y decidió acompañarla. Después de todo, estaban bailando. Mientras ella no quisiera más que eso, las cosas irían bien. Se aferró de sus caderas e imitó su movimiento sinuoso, pegó su mejilla contra la de ella y sintió sus delgados brazos buscando alguna parte de su cuerpo de donde agarrarse.

Detrás de las mesas de billar, Lucienne observó sus reflejos. Ofrecían un espectáculo bastante sensual y pensó que, después de todo, la chica no lucía tan grotesca. Miró a su alrededor. Habían arrastrado a más parejas a la pista de baile y los que bebían un trago sentados junto a la barra se habían girado hacia el fondo del bar y sacudían la cabeza al ritmo de la música.

De un momento a otro, aquel *pub* vacío y triste a causa de la tormenta que azotaba la ciudad se llenó de personas que bailaban unas muy cerca de las otras en busca de alguna pareja. Las mujeres iban a la caza de los hombres, los hombres en busca de las mujeres; chicas perdían la vergüenza y tomaban la mano de otras chicas; muchachos olvidaban el decoro y tomaban la mano de

otros muchachos...

—Se ha llenado —le dijo Lucienne a Talía al oído.

—Por supuesto, *cheriè* —le susurró ella, pegada a él.

Lucienne sintió los pechos de la muchacha aplastarse contra su vientre. Una sensación electrizante le tironeó desde la entrepierna hasta los rincones más oscuros de su cerebro. No, no era verdad. Talía no le gustaba. Su éxtasis lo provocaban las emociones exaltadas de todos esos seres humanos que lo rodeaban, el aroma de sus cuerpos, la música que se derramaba sobre él como un almíbar...

Talía se colgó de su cuello, rio en su oído y arrastró las manos por su pecho.

—Quítatela, anda —le susurró.

Lucienne soltó una carcajada y obedeció. Ayudado por Talía, se quitó la camiseta y la revoleó por los aires, perdido en el frenesí en el que estaba sumergido.

Un balde llegó a sus manos. Al olerlo, advirtió que era un cóctel de gaseosa y bebidas alcohólicas.

—¡Paso! —le dijo a Talía, entregándole el cubo. Ella lo tomó, metió la mano derecha y se lamió los dedos con sensualidad. Volvió a introducir la mano, la sacó y se la pasó a Lucienne por la cara, empañándole el pecho desnudo.

—¡Vamos, ámate! —insistió ella.

Pero él se negó de nuevo. Recordaba lo que había sucedido la última vez que se había emborrachado. Con un aguijonazo de nostalgia, recordó el rostro indignado de Absalón y deseó que el hombre estuviese allí, ocupando el lugar de Talía.

—¿Tienes novia? —le preguntó ella, saltando junto a la multitud.

—¡No! —gritó él, para hacerse oír—. ¡Pero tengo novio!

Ella dejó de saltar. Lucienne la imitó. La chica no se veía decepcionada. Simplemente lucía sorprendida.

—¿Eres gay? —quiso saber.

—Bi. También me gustan las chicas. —Ella abrió la boca para decir algo, pero él la interrumpió agregando con un guiño—: Y soy fiel.

Talía le sonrió y se rio. Había bebido un poco del cóctel y tenía las mejillas sonrosadas.

—¿Y él te es fiel a ti? —ronroneó, dándole continuos golpecitos en el pecho con el dedo índice—. Mi casa está cerca. Vivo en una residencia de

estudiantes...

Lucienne le devolvió un gesto malhumorado. La tomó de la mano y la llevó hasta la barra, el único sitio donde lograrían hablar tranquilamente.

Era verdad. No podía saber si Absalón le era fiel. En realidad, ni siquiera estaba seguro de que hubiesen sido pareja...

—Ya te lo dije —le dijo a Talía, con una sonrisa—. Tengo novio.

Ella lo miró directamente a los ojos y levantó las cejas, sorprendida. Los labios le temblaron y entonces... estalló en carcajadas. Lucienne no pudo evitar contagiarse de su risa.

—Sí, estoy segura de que no podré darte todo el... *amor* que él te da, ¿cierto?

Lucienne se apartó el cabello que le tapaba la frente y asintió, con una sonrisa que se le salía del rostro.

—Muy cierto.

Ella se movió hacia la lámpara en forma de bola que colgaba del techo y levantó la muñeca para ver su reloj.

—Son las cinco de la mañana —le dijo a Lucienne.

El chico abrió los ojos como platos y la tomó del brazo. Era cierto. El reloj de Talía marcaba las cinco menos siete minutos. Faltaba muy poco para que amaneciera y tenía que estar de vuelta en casa si no deseaba que sus padres descubriesen que se había ido sin avisar.

—Tengo que irme —susurró, tomando a la muchacha por los hombros y dándole un beso en la mejilla—. Fue un placer bailar contigo. Volveré el próximo fin de semana. ¡Nos vemos!

Y comenzó a abrirse paso a empujones para lograr llegar a la salida.

—¡Oye! —lo detuvo Talía—. ¡Al menos dame tu móvil, Lucienne!

—No tengo móvil —replicó él—. Eh, lo perdí. Dame el tuyo.

Ella, sonriente, sacó del bolsillo de su camiseta un llavero en forma de corazón. Buscó entre sus llaves y Lucienne vio que además llevaba un puntero láser y una navaja.

—Ah, aquí está.

Talía le agarró la mano y con un bolígrafo diminuto le escribió en la palma diez grandes números.

—Anótalo en cuanto llegues a casa, antes de que se te borre.

—De acuerdo —apuró él.

La chica le sonrió y, antes de que Lucienne tuviera tiempo para voltearse, se empinó y le dio un beso en los labios.

—Adiós.

Lucienne salió del pub. El cielo estaba por comenzar a clarear. Ya se había despejado y de la tormenta pasada solo quedaban los charcos, las ramas caídas de los árboles y el aroma a humedad del aire. Había refrescado. Se quitó la camiseta de la cintura y se la puso. Miró a ambos lados de la calle. Debía tomar un taxi si quería llegar a casa temprano, antes de que la asistenta se levantara a preparar el desayuno.

Le preguntó a un anciano que paseaba a su perro dónde podría tomar un taxi. El hombre le dijo que caminara doscientos metros hasta que viera un hospital y que aguardara allí, porque los taxistas siempre merodeaban la zona.

Lucienne obedeció y en quince minutos estuvo dentro de un confortable auto, junto a un tipo gordo que no paraba de quejarse de sus problemas familiares. El chico suspiró y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Aquí es, chico? —exclamó el hombre.

Lucienne dio un respingo. Apenas habían tardado unos cinco minutos.

—Tome, guarde el cambio.

Ahora que estaba de vuelta, Lucienne se encontró con un nuevo problema: entrar. A plena luz del día pudo apreciar que no había hueco entre las rejas por el que pudiese inmiscuirse hacia el interior. Se sentó en un cantero de alelías, a pensar. Quizá si encontraba un árbol ubicado en una posición estratégica... no, se dijo. Estaba pensando como un ladrón y la gente que había construido ese sitio debía de saber muy bien cómo pensaban los ladrones. Entonces, la solución se presentó ante él: una solución con cuatro patas.

El gato negro estaba entre unos arbustos, muy tieso, mirando hacia arriba. Vigilaba una gran paloma marrón de enorme papada, que se paseaba de un lado a otro de la rama, como burlándose de él. Cuando ésta remonto vuelo, el gato salió de su trance y miró hacia el costado. Hacia Lucienne.

—Minino —canturreó el chico, acercándose a él lentamente. El gato le devolvió la mirada, sin moverse—. Ven, ven acá...

Y el felino obedeció. Se acercó a las piernas de Lucienne y restregó la cabeza contra sus vaqueros. El chico lo acarició por unos minutos, aguardó a que el animal entrara en confianza y finalmente lo tomó con cuidado entre sus brazos.

—¿Gauvin? —dijo una voz.

Lucienne se giró, con el corazón en la boca. Era una anciana, una mujer que vivía en una de las casas vecinas a la suya. Excelente. A pesar de su edad, el chico sabía que la mujer corría todas las mañanas sus cinco vueltas alrededor

del parque arbolado del barrio privado. Vestía una camiseta ancha, unos pantalones blancos de deporte y unas impecables zapatillas blancas especiales para correr.

—Hola, señora LeBlanc —saludó él, con una sonrisa forzada. La mujer se acercó y le acarició la cabeza al gato—. Es de mi madre —mintió Lucienne, pensando que la mujer había aparecido justo en el momento indicado—. Estuvimos toda la noche buscándolo. Tiene parásitos y necesita medicación...

—Oh, pobre —exclamó la señora LeBlanc, apartando la mano.

—No sé dónde he dejado mi llave, ¿sería tan amable de abrirme la puerta, por favor?

—Claro, cariño. Ven, entra conmigo, voy a buscar mi bicicleta.

La mujer se quitó el aparato que llevaba en el brazo, un pequeño instrumento que medía desde los minutos que corría hasta su frecuencia cardíaca, sacó sus llaves y el pequeño control remoto que abría la puerta del barrio privado.

—Adiós, señora LeBlanc.

—Adiós, Gauvin, cariño. Mándale saludos a tu madre.

—Lo haré, gracias.

La mujer se subió a su bicicleta, que había dejado apoyada sobre un árbol, se montó en ella y volvió a atravesar la puerta. Lucienne la vio girar en la esquina y perderse entre los arbustos.

—Te debo una —le dijo al gato, dejándolo en el suelo. De repente se sentía muy malhumorado. Fingir lo agotaba.

El animal comenzó a seguirlo conforme atravesaba los juegos infantiles, camino a casa. Cuando llegó, se arrastró por el hueco que había abierto en los arbustos espinosos y penetró en el jardín trasero, con el gato negro rozándole los talones.

Observó la piscina. Estaba hecha un desastre, llena de tierra, hojas y ramas. Esperaba que sus padres no descubrieran que se había escapado y lo obligaran a limpiarla. Entró en la cocina. No había nadie allí. En completo silencio, penetró en el salón, subió las escaleras y entró en su dormitorio.

Por la ventana contempló el cielo, que se hacía cada vez más celeste. Le entró sueño. Estaba agotado. Se quitó toda la ropa y se lanzó a la cama. No se enteró de que el número telefónico de su mano se había borrado.

Tampoco se dio cuenta de que la gema ya no estaba sobre su pecho.

En sus sueños, la voz de Talía repetía una y otra vez:

—¡Al menos dame tu número de móvil... *Lucienne!*

EL TESORO PERDIDO

*Como en torno a un incensario,
tu carne el perfume ronda;
Hechizadas como la noche,
ninfa ardiente y tenebrosa.
¡Ah, no igualan tu pereza
ni los filtros más violentos!
¡Tú conoces la caricia
que hace revivir los muertos!*

CANCIÓN DE SIESTA, Charles Baudelaire

Julien tomó la mano de Michel. Estaba tibia. Los doctores le habían dicho que despertaría, que tan solo estaba durmiendo... pero él no lo creía. Michel se veía pálido como un cadáver. La piel de su rostro, normalmente suave y sonrosada, se había secado contra sus huesos como formando un tejido brillante. Julien imaginó que esa piel podría romperse si acercaba la punta de un dedo. Sus mejillas, siempre infladas de juventud, ahora lucían hundidas, vacías. Sus labios estaban repletos de grietas, como si el muchacho hubiese pasado sus últimos días en un desierto. Y tal vez era así, pensó Julien, porque él no tenía idea acerca de dónde había estado Michel las dos semanas que habían permanecido separados.

Les había contado todo a los médicos y les había suplicado que no llamaran al servicio social. Él ya tenía diecinueve años, podría cuidar de él. Encontraría un trabajo, dos trabajos. Los médicos no dijeron nada, pero Julien sabía que no le harían caso. Meterían a Michel en otro orfanato, quizás en el mismo. Los separarían. Y si eso sucedía, él no podría seguir viviendo. Sin Michel nada tendría sentido, nada valdría la pena. Nada sería igual.

Debían huir. Julien ya lo tenía todo planeado. Él ya se encontraba mejor y al otro día le darían el alta. No iría a ningún sitio, se quedaría allí, aguardando que Michel despertaba... si es que el chico despertaba algún día. Cuando eso

sucediera, debía asegurarse de que estuviese completamente sano. Y antes de que le dieran el alta médica, a la hora en que todos estuvieran durmiendo o almorzando, Julien y Michel se irían de allí, se escaparían tal como habían escapado del orfanato. Juntos, juntos para siempre. Porque nada ni nadie tenía derecho a separarlos en contra de su voluntad.

Una enfermera vestida de blanco entró a la habitación, llevando una bolsa de suero.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Julien, al verlo sentado junto a la cama de Michel.

—No despierta —fue la respuesta del joven.

La enfermera cambió la bolsa de suero y le sonrió con compasión.

—Ya despertará, todavía se encuentra débil pero su vida no corre peligro. Déjalo descansar.

Julien asintió con pesadumbre. Quería que Michel abriera los ojos, quería decirle que todo estaría bien, que él se hallaba a su lado y que lo protegería. Quería decirle que lo amaba, que no dejaría que nada malo le sucediera. Y quería pedirle perdón por dejar que hubiese sucedido.

—¿Podré quedarme aquí cuando me den el alta? Deseo... deseo estar con él.

La enfermera se mordió el labio y meneó la cabeza.

—Sí, pero si ingresan a alguien deberás encontrar un sitio para dormir.

—De acuerdo.

La mujer le dirigió una sonrisa compasiva, cruzó la puerta y desapareció por el pasillo. Julien odiaba cuando hacían eso, cuando sonreían de esa forma. Le irritaba, lo ponía de los nervios. Odiaba que le tuviesen lástima, aunque ¿de qué podía culparlos? Él causaba lástima. Su vida miserable, sus ropas viejas y sucias. Julien había cursado hasta el sexto grado y sabía que sin estudios no podría conseguir un empleo decente. Hasta ese momento se había mantenido gracias a empleos poco decentes.

Suspiró y se dio cuenta de que gracias a su idea de hacerse el enfermo para pasar la noche en el hospital ahora se encontraba junto a Michel. Era una tremenda casualidad. Una vez, en una iglesia, Julien había oído que alguien decía que las casualidades eran la forma que Dios tenía de pasar desapercibido. Tenía sentido, y más lo tenía ahora, pensó Julien, acariciando los dedos de Michel.

—¿Dios existe? —le había preguntado Julien a Absalón, al hijo de Satanás. El diablo lo había mirado seriamente a los ojos, como calculando cuánto de

aquella terrible verdad podía revelarle a un humano como él.

—No lo sé. Algunos creen que sí, otros que no. Algunos creen que existió, otros opinan que está muerto...

—¿Y tú qué crees?

—¿Yo? ¿Importa lo que yo crea? Solo sé que yo existo y eso me basta. Ustedes, los seres humanos, le piden cosas a Dios. Lo he visto todos los días, desde que se inventaron las religiones. Le piden cosas, y a veces me gustaría preguntarles... ¿conocen a Dios? ¿Cómo es que le hablan de esa forma, como si lo conocieran de toda la vida? Y aunque existiera, ¿cómo es que le piden favores a un desconocido? ¿Por qué piensan que Dios, si existe, está oyéndolos o que les concederá lo que ustedes le pidan? Solo sé que yo existo y que existen seres semejantes a mí.

»Ustedes nos llaman demonios, diablos, vampiros, y llaman a nuestras moradas infierno, gehenna, paraíso, hades... Está bien, aceptamos sus motes cargados de juicios religiosos y morales, y nos adaptamos a ustedes, porque al fin y al cabo, son nuestra fuente de alimento, tal como ustedes crían vacas y saquean los océanos. Los observamos, nos divierten, nos enfurecen y nos sorprenden... cada día un poco más.

»Se ha organizado una gran apuesta. La organizó un demonio llamado Zadariel junto con su hermano, Lucifago. ¿Sabes qué apostaron? Apostaron contra los humanos. Zadariel apostó que el purgatorio se llenará antes que el infierno. Lucifago, que el infierno se llenará de almas malditas antes del siglo XXII. Si Zadariel gana, celebrará su victoria reviviendo a todos los muertos que hayan fallecido en los últimos doce meses. En cambio, si Lucifago gana, Zadariel deberá darle permiso para transformar siete millones de almas humanas en demonios.

»Y no están jugando limpio. Están enviando epidemias y catástrofes naturales contra vosotros, con el fin de exterminarlos. Están persiguiendo a los seres que cosechan almas para arrebatárselas y enviarlas al purgatorio o al infierno. Demonios, parcas, sirenas... musas. Todos, todos los seres que nacieron para mantener este mundo en paz. Los están cazando, los están asesinando.

El diablo había hablado rápido, atragantándose con sus palabras. Sus ojos de diferentes colores brillaban con determinación. Estaba decidido a enfrentarse a quien fuera. Julien se dio cuenta de que el diablo se sentía desesperado. ¿Cómo podía sentirse así?, pensó. ¿Cómo podía ser tan parecido a un ser humano?

—¿Por qué? ¿Por qué han hecho eso?

—Porque se aburren. Porque por algún motivo estamos condenados a vivir demasiado o a no morir jamás, y ustedes, que miden el tiempo según sus años de vida y apenas tienen tiempo para echarle un vistazo al mundo, nunca se sienten aburridos. ¿Entiendes? Están demasiado ocupados intentando sobrevivir.

—¿Quién es ese chico que está contigo? ¿Es un demonio también?

—No. Es algo así como una musa, pero no lo recuerda. Y ni siquiera es *él*, es *ella*. Su verdadero nombre es Luciania. Su esencia está atrapada en ese cuerpo.

El diablo chasqueó la lengua y su rostro adoptó una expresión preocupada. Aquel ser estaba en problemas, pensó Julien. Un hijo de Satanás, en problemas.

—¿Quieres decir que es mujer? ¿Qué le ocurrió?

Absalón suspiró.

—Estuvieron a punto de cazarla. Un muchacho llamado Gauvin Lautréamont la invocó. El chico quería ser pianista y a cambio de eso, él le entregaría su alma. El mayor momento de debilidad de un ser como yo, ya sea cosechador de almas o no, es cuando se alimenta. Alguien irrumpió en esa casa en el instante en que Luciania cosechaba el alma del joven. No sé qué sucedió exactamente, pero algo ocurrió con el cuerpo de Luciania, con su verdadero cuerpo... Su esencia ingresó en el cuerpo de Gauvin Lautréamont.

Julien estaba boquiabierto. Recordaba cada una de las palabras que aquel hombre, aquel demonio, le había dicho. Dios, musas, demonios, almas. Algo estaba ocurriendo en el mundo. Por eso las epidemias, por eso los tsunamis y los terremotos.

La televisión de la pequeña habitación funcionaba con monedas, pero un doctor se compadeció de él y le dejó mirar las noticias por un rato. Julien debía apagarla cuando acabara su turno, para que nadie se enterara. En verdad estaban sucediendo cosas terribles en el planeta, ¿cómo no se había dado cuenta antes? Sabía la respuesta; estaba acostumbrado a lidiar con la parte mala de las cosas, con el lado oscuro que a veces arrastraba hacia las tinieblas los débiles destellos de bondad y felicidad.

Recordaba la epidemia de gripe de hacía varios años y la nueva epidemia que había encogido al mundo hacía menos de seis meses. No sabía cómo él y Michel se habían salvado de caer en los brazos del virus, siendo que las pocas oportunidades que tenían para bañarse o lavarse las manos era cuando les

daban permiso en alguna gasolinera o cuando podían entrar a hurtadillas en algún sitio con agua corriente.

Cuando era niño había trabajado repartiendo periódicos. Recordaba haber visto en las primeras planas de los diarios las noticias de un terrible tsunami que había causado centenares de miles de muertos en el sur de Asia.

Ahora en la televisión mostraban imágenes de un terremoto devastador. *Más de cien mil víctimas*, leyó Julien, entornando los ojos para que las pequeñas letras se volvieran más nítidas. Cien mil. Cien mil almas humanas habían abandonado el mundo para alimentar el infierno o el paraíso. Con las manos temblorosas, manoteó el control remoto y apagó el televisor. No quería seguir viendo aquellos siniestros. Habría preferido no saber nada, no haber hecho todas esas malditas preguntas...

—¿Por qué me dices esto? ¿No temes que pueda contarle a alguien más?

El demonio lo había mirado fijamente a los ojos y entonces... rio suavemente, sin malicia, como lamentándose de la inocencia de Julien.

—Te he poseído. Me perteneces. No harás nada que yo no quiera que hagas y si se lo contaras a alguien, ¿quién te creería?

Julien admitió que el diablo tenía razón, pero... ¿Qué quería decir con eso de que le pertenecía?

—No te preocupes —lo tranquilizó Absalón con una pequeña sonrisa—. Llevarás una vida normal. Si alguna vez te necesito, estarás obligado a acudir a mí. Pero, sinceramente... no creo que volvamos a vernos jamás.

Al oírle decir eso, Julien no pudo evitar sentirse decepcionado. ¿Quién podría jactarse de haber conocido a un hijo de Satanás?

Dejó caer una risita y cerró los ojos, pero cuando los abrió, su corazón saltó disparado en su pecho: Michel se movía. Sus párpados temblaban, sus labios se estaban separando... su cabeza se fue girando y finalmente... abrió los ojos.

¡Michel estaba despierto!

O despierta.

Se puso de pie de un salto, listo para soltar un grito dirigido hacia las enfermeras. Pero se contuvo.

—Michi, ¿cómo estás? Michi, te he extrañado tanto...

No pudo evitar largarse a llorar. Se lanzó hacia el chico convaleciente y lo abrazó, intentando no utilizar la poca fuerza que su cuerpo conservaba. No deseaba hacerle daño, quería cuidarlo, quería estar con él, quería... amarlo.

El cuerpo de Michel olía a hospital. Todo en esa pequeña habitación estaba

impregnada del olor entre ácido y penetrante que inunda las salas donde se acumulan los enfermos, ese olor triste que irremediablemente se cuela por la nariz de las personas y revive sus experiencias más tristes. Que penetra hasta los huesos.

Algo le hizo cosquillas a Julien en la mejilla. Eran los rizos de Michel, que formaban una melena de pequeños tirabuzones castaños que se desparramaban hacia todos los lados cuando soplabla el viento nocturno. Julien enterró los dedos en el pelo de Michel. Estaba suave, lo habían lavado.

—Michi, ¿dónde te habías metido? —sollozó, sin soltarlo—. ¿Qué te ocurrió? ¿Qué te hicieron?

Los bracitos del chico se levantaron y se posaron suavemente sobre los hombros de Julien. El muchacho se apartó y se secó las lágrimas, pero se dio cuenta de que seguía llorando, de que quería desahogarse de todo el sufrimiento que había padecido no solo durante las últimas semanas sino durante su vida entera.

Michel tenía el rostro cansado, vacío, como si no comprendiera nada de lo que estaba ocurriendo. Como si no estuviese allí. Alargó el brazo hasta el rostro de su amigo y acarició sus párpados mojados con la punta de los dedos. Luego se llevó la mano a los labios, como si quisiera saborear la sal de las lágrimas.

Julien se refregó los ojos. Tenía que dejar de llorar. Debía hacer que Michel se sintiera seguro junto a él otra vez, debía hacerle recordar que siempre estarían juntos. Y debía... debía ponerle al tanto de su plan, porque ahora que había despertado no pasaría mucho tiempo para que le dieran el alta.

—Julien —susurró Michel, con voz apagada.

Julien se sorbió la nariz y se secó el rostro con la camiseta. Le sonrió, aliviado, colmado de felicidad. Michel giró la cabeza y miró hacia la ventana. Julien también se volteó. La cama vacía que estaba allí, junto a la de Michel, era la suya. Y esa era la última noche que podría dormir en ella, porque al otro día los doctores le darían unos papeles donde afirmarían que ya estaba curado.

La ventana estaba abierta por culpa del calor y por ella solo se veía un gran rectángulo de cielo nocturno completamente negro. Durante las horas diurnas se podía ver el jardín del hospital y el pequeño bar donde el día anterior le habían regalado a Julien una bolsa de bollos duros como rocas.

—Jul... Agua.

Julien se apresuró a pasarle la botella de gaseosa que media hora antes

había llenado con agua del grifo. Los dedos de Michel la asieron, temblorosos, y el chico se bebió toda el agua como si fuese la primera vez que lo hacía en mucho tiempo. Y seguramente así era.

Está vivo, pensó Julien. *Está vivo, habla, me ve, me oye, bebe agua...*

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, peinándole los rizos con los dedos. Michel cerró los ojos, como si le molestara la luz. Se llevó la mano a la frente y revoleó la mirada por la habitación, quizás estudiándola para asegurarse de que, en efecto, se hallaba en un hospital.

—Cansada... ¿qué me ocurrió? ¿Estoy enferma?

—Te encontraron en Malaveur, desmayado en la calle. ¿Qué hacías allí? ¿Dónde estuviste estas dos semanas?

—Lo último que recuerdo es... al anciano.

—¿Qué anciano? —replicó Julien.

Michel soltó un quejido y se agarró la cabeza con las manos. Como si le pesara.

—Me duele la cabeza —dijo.

—Está bien —lo tranquilizó Julien—. No te esfuerces... lo importante es que ya estás mejor.

Y que estás viva, pensó.

El doctor que estaba a cargo de Michel dijo que en dos días podría irse a casa. Luego recordó que el chico no tenía casa y se mordió el labio, apenado por la pequeña metedura de pata. Michel no dijo nada, se limitó a mirar al doctor a los ojos como si el sujeto en realidad no estuviese allí. En realidad, así le parecía a Julien que Michel observaba todo. Como si sus ojos en verdad no estuviesen viendo nada.

Después, el hombre se llevó a Julien afuera de la habitación y le dijo que al día siguiente los visitaría un trabajador social que se encargaría de encontrar un hogar para Michel. Julien ya era adulto, era cierto, pero debía aceptar que no podía ofrecerle una vida decente a su amigo porque ni siquiera podía ofrecerse una a sí mismo. No lo dijo con esas palabras, pero se las arregló para dárselo a entender de una manera que no sonó dura, cruel ni agresiva.

Y Julien sabía que el doctor tenía razón, pero también sabía todo lo que los huérfanos sufrían en las casas de acogida, donde eran tratados como animales callejeros. Pero no lo dijo. Asintió cuando debió asentir, bajó la mirada cuando tuvo que hacerlo, sus ojos se humedecieron en el momento apropiado... pero, muy en el fondo, sabía que no dejaría que eso sucediera.

Huirían esa misma noche.

—Quieren llevarte a un orfanato. Mañana vendrá aquí un trabajador social —le dijo a Michel, cuando estuvieron solos de nuevo.

Michel, que tenía la mirada perdida en las grietas del techo, lo contempló con el entrecejo fruncido, como si no supiera si eso significaba malas o buenas noticias.

—No quiero —dijo, al fin reaccionando. Se incorporó sobre la cama y miró a su alrededor, alerta, como si el asistente social fuese a salir de un rincón oscuro de esa pequeña habitación para meterlo en una jaula y llevárselo muy lejos de allí—. ¡No quiero!

Julien se alarmó. Se acercó a Michel con los brazos abiertos y lo rodeó con ellos, dejando que sus rizos le acariciaran el rostro.

—Shh, tranquila, Michi. No dejaré que nos separen, lo sabes.

—Tenemos que escaparnos.

Julien se apartó y le secó los ojos, las lágrimas que estaban a punto de desbarrancarse por sus párpados. Las pestañas de Michel eran tan espesas, tan largas. Julien no entendía cómo no se enredaban entre ellas cada vez que parpadeaba. Y sus labios, tan gruesos, tan rojos ahora que se había recuperado. Julien se imaginaba besando esos labios ...

—Sí —exclamó, apartando las imágenes lujuriosas—. Tengo un plan, Michi.

Julien se levantó de la silla y caminó hasta la otra cama. Afortunadamente, todavía no habían ingresado a nadie y tenía permiso para dormir allí. Los doctores habían sido muy buenos con él y se sentía culpable traicionando su confianza. ¿Y si tenían razón? ¿Y si Michel podía tener una vida mejor en un orfanato? No le faltaría comida ni agua... e iría a la escuela.

Eres un egoísta, dijo la voz de su conciencia. Y la voz tenía razón. Julien tenía miedo de estar solo. Sabía que si perdía a Michel, lo perdería todo, desde las ganas de vivir hasta la cordura. Michel era su balsa, aquello a lo que se aferraba para seguir a flote. Y de alguna manera, se estaba aprovechando: no podía cuidar de Michel sin antes cuidar de sí mismo.

Pero ¿por qué se habían escapado del orfanato donde habían crecido?, se reprendió. ¿Acaso dejaría que Michel volviese a caer entre las garras de otro perverso? Jamás.

Con esos pensamientos luchando en su mente, Julien levantó el colchón de su cama y le mostró a Michel la ropa que esa tarde había robado de la lavandería.

—Te quedará bien, Michi. Nos iremos después de la cena. Saldremos por aquí, por esta ventana. He recorrido la zona. Siempre hay un guardia en la entrada principal, pero no creo que nos detenga cuando lleguemos a la salida. Nos verá, pero es el único sitio por el que podremos salir.

Conforme llegaba el momento de la huida, Julien se encontraba cada vez más cerca del arrepentimiento. Se preguntaba una y otra vez si hacía lo correcto, si acaso estaba negándole a Michel la posibilidad de llevar una vida mejor, sin más necesidades que las de cualquier familia humilde. No padecería frío, hambre, el peligro de las calles. Podría retomar los estudios que había abandonado. Tal vez lo dejaran visitarlo de vez en cuando.

Michel dormía su última siesta en el hospital. La última vez en mucho tiempo que estaría en una cama cómoda, con sábanas limpias.

Debo conseguir un empleo lo más pronto posible, se dijo Julien. No podía permitir que volvieran a la vida de antes. No quería tener que prostituirse de nuevo y que Michel le preguntara qué hacía con esos hombres cada vez que lo veía despedirse de un cliente. Había cosas que podía hacer. Lavar platos en restaurantes, barrer calles, pasear perros...

—Michi —lo llamó, sacudiéndolo por el hombro con suavidad—. Michel, despierta.

El chico abrió los ojos, sus ojos extrañamente vacíos, y por un instante Julien volvió a escuchar las palabras de Absalón. Palabras que le decían que Michel estaba muerto. Giró la cabeza y sonrió... pero sus ojos siguieron vacíos.

—Quiero preguntarte algo —susurró Julien.

—Dime —respondió Michel.

—¿En verdad quieres que huyamos? —le preguntó, bajando la mirada. Michel se quedó en silencio y Julien volvió a alzar la vista, alarmado por su mutismo. Michel lo contemplaba sin ninguna expresión en el rostro, como si no hubiese escuchado la pregunta.

—¿Por qué? —quiso saber Michel.

Julien suspiró y entrelazó los dedos sobre el regazo.

—En un orfanato no pasarías las necesidades que pasas viviendo en la calle. No tendríamos que... hacer las cosas que hacemos para poder comer.

—Quieres librarte de mí.

Julien abrió los ojos como platos al oír la dureza de su voz. Nunca había oído a Michel hablar en ese tono tan... adulto.

¿Qué había ocurrido con él en esas semanas?

—No... yo quiero lo mejor para ti. Si estás cansado de la vida que hemos llevado estos años, si quieres tener una vida más digna... yo... yo no puedo ofrecerte esa vida...

—Quieres librarte de mí —repitió Michel, más suavemente—. Tú lo has dicho. Tienes que estar pendiente de mí todo el tiempo, cuidándome, preocupándote, haciendo... cosas que no deseas hacer. Estás cansado... y lo entiendo. No tienes por qué hacerte cargo de mí.

—¡Estás equivocado! —exclamó Julien, con la voz ahogada por el llanto. Quería gritarle, quería sacudir a Michel y que todas esas palabras hirientes salieran de su cabeza disparadas. Respiró profundamente e hizo un esfuerzo por hablar—. Yo quiero estar contigo, Michel. Eres lo único que tengo. Pero no es justo que yo esté sacrificando tu vida de esta forma. Es egoísta, inhumano. No quiero que te metan en un orfanato, pero sé que allí estarás mejor que conmigo, ¿lo entiendes? Prefiero que sufras antes de perderte... y está mal.

Julien dio un respingo. Tenía las manos apoyadas sobre la cama de Michel y él las había cubierto con las suyas.

—Suframos juntos —dijo, alargando los brazos.

Julien lo abrazó de nuevo, sintiéndose feliz, sintiéndose culpable. Michel tenía apenas quince años. Era demasiado joven como para tomar esa decisión solo. Pero Julien decidió olvidar ese detalle.

Un par de horas más tarde, Julien volvió a despertar a Michel. Ya era hora. Michel se levantó en silencio y Julien le pasó la ropa robada; unos pantalones de deporte azules, algo viejos, una camiseta un poco grande, negra a rayas blancas y unas chanclas de tela que le resultarían cómodas en el verano pero que dejarían la mitad de sus pies a merced del frío cuando llegara el invierno.

Julien se giró hacia la pared.

Michel se quitó la bata verde del hospital y, sin quejarse de que no tenía ninguna ropa interior que ponerse, se embutió rápidamente en los pantalones y se puso la camiseta. Metió los pies en las chanclas robadas.

Julien se asomó por la puerta entreabierta y echó un último vistazo a ambos lados del pasillo. Estaba desierto. Se giró hacia Michel y asintió.

Lucienne había puesto patas arriba toda su habitación. Había arrancado las sábanas de la cama, quitado el colchón de su sitio, echado afuera toda la ropa del clóset, vaciado todos los cajones.

La *menkalinen* no estaba.

Había vuelto sobre sus pasos, recorrido el jardín, salido por el agujero entre los arbustos espinosos, examinado cada centímetro de tierra y asfalto de las calles del barrio privado.

La gema había desaparecido y solo quedaba un sitio donde buscar: el pub. Pero, ¡demonios! Lucienne no quería volver allí, le había dicho eso a Talía para quitársela de encima.

Talía no era una muchacha fea.

Tampoco es guapa, dijo una voz en su mente.

Pero Lucienne sabía que la voz le mentía. ¿Por qué no le había atraído la chica?

Quizás porque eres un maricón, volvió a burlarse la voz.

Pero la voz mentía de nuevo, porque a él podría gustarle Absalón, pero también se giraba al ver pasar a las muchachas. ¿Qué clase de bicho extraño era Lucienne, que se sentía atraído por ambos sexos?

Se llama ser bisexual, idiota.

Lucienne se echó sobre el césped y estiró los brazos y las piernas, como si estuviese crucificado. El cielo era celeste, de un celeste brillante e inmaculado. El sol todavía se encontraba detrás de los árboles y faltaba poco para que se alzara sobre el jardín, abrazándolo todo con sus tentáculos de luz.

Lucienne estaba agotado y quería dormirse allí en ese mismo instante; no tenía fuerzas para arrastrarse caminando hasta su habitación. Sentía que si intentaba subir las escaleras, caería por ellas rodando como por un tobogán. Se sentía drogado, aunque en realidad no podía saber exactamente cómo se sentía estarlo.

Pero no era cierto; él no estaba drogado. Él estaba... cielos, no lo sabía.

—Absalón... —gimoteó, hundiendo la mejilla en el pasto tibio y perfumado—. ¿Dónde estás?

El pasto le pinchó la piel, pero no se molestó en quejarse. Se quedó allí tendido, como muerto, esperando que el sueño viniera por él y lo arrojara hasta que llegara la noche. O hasta cuando fuera.

Soñó con música. La vio girando a su alrededor hecha un arco iris de colores relucientes, un arcoíris líquido que daba vueltas y vueltas como un trompo. En su sueño, Lucienne podía tocar esa música. Se sentía mojada al tacto, casi gelatinosa. Podía enterrarse en ese arco iris de música y empaparse de los miles de colores, de las miles de notas de los que estaba hecho. Era sencillamente maravilloso. Pero pronto descubrió que no estaba oyendo solo

una melodía. Cada color, cada diminuto punto de aquel enorme útero de música, era una canción distinta. Lucienne quería oírlas todas, quería poder cerrar los ojos y disfrutarlas, pero las melodías se encontraban luchando entre ellas para captar su atención y en medio de esa batalla se encontraba él, indefenso, imposibilitado para controlarlas...

Abrió los ojos. Oscurecía. Se dio cuenta de que estaba transpirado; la camiseta se le había pegado al cuerpo y tenía el rostro pegajoso. Intentó levantarse. Un extraño peso sobre sus piernas se lo impidió.

Era un gato, el gato negro que le había servido para entrar a casa. Isabelle sí había notado que el gato no era uno de los suyos, pero lo acogió porque en su colección no tenía ningún gato completamente negro.

El animal se bajó del regazo de Lucienne y se echó panza arriba sobre el pasto. No recordaba cómo lo había llamado su madre. ¿Marco Antonio? ¿Marco Polo? Los gatos de Isabelle tenían esos nombres. Nefertiti Alexandria, Cleopatra Sofía, Eurídice Afrodita; Salomón Maquiavelo, Herodes Darío, Abel Nostradamus...

Lucienne tenía hambre, pero todavía no era la hora de la cena. Su horario se había distorsionado un poco, solo un par de horas. Ahora ya no se despertaba a medianoche. Le dolía todo el cuerpo y le ardían los ojos. Subió a su dormitorio para darse una ducha y se encontró con su padre, sentado en su escritorio y acoplado al ordenador.

—Mi portátil está roto— explicó Guillaume, cuando Lucienne entró y se lo quedó mirando, algo confundido—. Lo abrí para limpiarlo y ahora no enciende... Ya me voy, Gauvin. Y no te preocupes, no he visto lo que hay en esa carpeta que se llama *Sin...* y tampoco se lo diré a tu madre.

El hombre se giró y le guiñó un ojo. Lucienne tragó saliva, porque no tenía idea a qué se refería Guillaume.

—Voy a darme un baño —susurró el chico, abriendo el closet y encontrándose con el desorden en que había quedado convertido.

Guillaume no dijo nada y siguió tecleando con una rapidez mareante. Lucienne sacó de un cajón la ropa que se pondría al salir de la ducha y entró en el baño de su dormitorio. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, vio que su padre lo miraba con el ceño fruncido.

Se le aceleró el corazón.

¿Por qué?

Le puso la tapa al retrete y se sentó, suspirando. Entonces comprendió. La ropa en sus manos. Guillaume era hombre y además era su padre. Gauvin no

tenía por qué sentir vergüenza de él, de salir en ropa interior del baño y vestirse con él allí, ¿verdad?

Tal vez sí, tal vez no. Tal vez Gauvin no y por eso Guillaume lo había mirado de esa forma. Pero Guillaume no sabía que para Lucienne, él todavía era algo menos que un extraño. Se levantó del retrete, abrió la ducha, aguardó que el agua se templara un poco y se metió.

¿Qué podía haber en el ordenador de Gauvin? Lucienne jamás le había puesto la mano encima. No recordaba cómo se usaba y temía que si lo encendía, pudiera estropearlo y cuando su verdadero dueño volviera le diera una paliza. Pero eso no sucedería, porque él era su dueño.

El agua tibia le sentó de maravilla. Se quedó bajo la lluvia de la ducha, quieto, dejando que sus músculos se relajaran. ¿Qué debería hacer? ¿Salir desnudo del baño para que Guillaume viera que no se avergonzaba de mostrarse sin ropa frente a su propio padre?

Decidió que sí y así lo hizo. No quería arriesgarse a otra visita del doctor Colville, especialmente porque aquel sujeto había sido lo suficientemente inteligente como para no tragarse sus cuentos, que después de todo no eran tan cuentos como pensaba. O tal vez Lucienne no fuese un buen actor. No tendría que haberse hecho el enamorado, pensó mientras se ponía la ropa interior limpia.

Se colocó la toalla sobre los hombros y salió del baño, pero Guillaume ya se había ido. No pudo evitar sentirse aliviado.

El ordenador seguía encendido. Lucienne cerró la puerta de su habitación y se acercó cautelosamente hasta el escritorio. El aparato y sus pequeños artefactos le resultaban conocidos. Seguramente los había utilizado antes.

Se sentó en la silla giratoria y decidió reencontrarse con todo aquello que el ordenador guardara. No era una mala idea. Podría haber muchas cosas allí, escondidas, esperando ser redescubiertas, desenterradas.

—Música —susurró entre dientes, abriendo todos los archivos que encontraba a su paso.

Quería hallar música, encontrar las melodías con las que había soñado por la tarde, poder oírlas correctamente, una por una, como se lo merecían.

Encontró fotografías suyas, muchísimas. Al ver la primera, sintió un escalofrío. Estaba de pie en un escenario, con un cortinaje rojo carmesí detrás, vestido con un traje negro como los de su padre y sosteniendo un violín. Su violín. Su pelo rubio se veía algo oscuro, lucía como mojado y estaba echado hacia atrás, pegado a su cráneo. Horrible. Instintivamente, Lucienne se pasó la

mano por el pelo y el tacto suave de su cabello rubio despeinado lo reconfortó.

Pasó las fotos y éstas le contaron toda la historia. Gauvin sosteniendo su violín, luego colocándose sobre el hombro, interpretando la canción, realizando una inclinación hacia el público que se encontraba detrás de la cámara y luego... Gauvin con el trofeo, sonriendo. Pero había algo en esa sonrisa que no convenció a Lucienne. Gauvin parecía feliz, pero en realidad no lo estaba. Ese trofeo dorado que levantaba en sus brazos no significaba nada para él.

No encontró fotos de amigos ni de otra persona que no fuese Gauvin. Gauvin en presentaciones en teatros, Gauvin junto a otros violinistas, Gauvin en medio de una gran orquesta. Gauvin y el violín, siempre.

Lucienne comenzaba a impacientarse. ¿Acaso no había nada decente en ese ordenador? Encontró películas de terror, juegos de aventura, viejos archivos de trabajos escolares y... al fin... música.

Primero se oyó el leve zumbido que se escucha cuando se graba el silencio. Luego, comenzó la verdadera música. Lucienne frunció las cejas, confundido. No era un violín. Era un piano.

El sonido le erizó los vellos de la nuca y los brazos. Se le puso la piel de gallina. Subió el volumen al máximo y se dispuso a oír. Era una melodía triste, hipnótica. El piano recorría los agudos y los graves, aceleraba, ralentizaba, se elevaba, descendía... sin embargo, había errores en la melodía, pequeñísimas fallas de los dedos del pianista que, si bien no eran terribles y no perturbaban la armonía, Lucienne notó la segunda vez que oyó la canción.

El autor de esa interpretación tenía mucho talento, pero aún no era un profesional.

El archivo llevaba un nombre extraño en un idioma que no era francés.

Lucienne revisó con la mirada el gran desorden de canciones que tenía para elegir. Se sentía como un niño en una tienda de dulces. Quería oírlas todas, disfrutar de cada una de ellas.

Antes de que se decidiera a cerrar los ojos y elegir una canción al azar, uno de los archivos llamó su atención. Se llamaba igual que la que acababa de oír. Era la versión original, la versión de estudio, la que formaba parte del disco de algún cantante chino. Quiso oírla.

Sonrió. El pobre pianista aficionado no tenía oportunidad frente al verdadero intérprete, pensó. Tal vez tuviese algo que ver con que la original hubiese sido grabada con equipo profesional. Cuando la canción apenas

llevaba diez segundos de haber comenzado, algo en ella cambio. Era otro instrumento, uno que no era real, que no podía llamarse instrumento. El nombre cayó sobre Lucienne a pesar de que estaba seguro de que jamás lo había escuchado: un sintetizador. Una computadora imitando la música, distorsionándola, maquillándola. Se le antojó patético, casi como un fraude o una violación. La música merecía ser pura, sin que nada ni nadie jugara con ella como si fuera un cubo de plastilina. La introducción acabó y el cantante empezó a cantar.

Entonces lo comprendió todo.

Gauvin era el pianista.

Gauvin había intentado copiar la canción original en su piano, en el piano que estaba en el salón de la casa. Un momento, ¿eso tenía sentido?

—Yo —dijo en voz alta, reprendiéndose. Ya había perdido la cuenta de las veces en que lo había hecho—. Yo soy Gauvin.

Se miró las manos. Las giró frente a sus ojos, como si fuera la primera vez que las veía. Sus dedos eran largos y delgados, perfectos para las teclas de un piano. ¿Podía ser cierto? ¿Gauvin prefería el piano antes que el violín?

No lo sabía.

—Yo soy Gauvin —se recordó.

Entonces era verdad. Gauvin y Lucienne, ambos, es decir... él mismo. Le parecía irreal. Él no sabía tocar el piano ni el violín.

Porque lo has olvidado. Todo.

Sí. Había olvidado a sus padres, su pasado, los nombres de sus amigos si es que alguna vez los había tenido; había olvidado su casa, los nombres de las calles, su comida favorita... se había olvidado a sí mismo.

Apagó los altavoces, amargado. Irónicamente, necesitaba olvidarse de que había olvidado todo aquello. Quería distraerse un rato, quizás intentar jugar los juegos de aventura de Gauvin. *Sus* juegos de aventura.

Sin.

Allí estaba, la carpeta de la que había hablado su padre. Estaba lleno de archivos de video. Al abrir el primero, también supo lo que vería en los otros. Con un jadeo, apagó el monitor. Se quedó en silencio unos segundos; afortunadamente no se había oído nada.

La carpeta *Sin* estaba llena de pornografía. Adelantó el video, para verificar si en algún momento la película se ponía interesante. Nada. Decidió echarle un vistazo a las demás, solo para ver si... ¿para ver qué?

A Gauvin le gustaban las morenas, observó. La mayoría de las muchachas

tenían el cabello negro, lacio, y los pechos enormes como melones. Lucienne se mordió los labios, con una pequeña sonrisita. Gauvin tenía buen gusto. Siguió inspeccionando. Conforme acababa de ver por trozos cada uno de los videos, comprendió que no encontraría lo que buscaba. Lucienne quería ver hombres. Y Gauvin no tenía esa clase de pornografía.

¿Por qué?

Quizás tuviera miedo, pensó, de que su padre los viera. Tal vez el porno *hetero* estaba allí a propósito, encubriendo lo que en verdad debía ser ocultado.

Decidió seguir buscando, penetrar cada vez más en ese ordenador hasta arrancarle todos los secretos.

Media hora más tarde abandonó la búsqueda. No había nada. No existían los videos de hombres con hombres ni ningún indicio de que Gauvin tuviese inclinaciones homosexuales.

Desde la planta baja, Isabelle le gritó que ya era la hora de la cena. Lucienne se levantó de la silla y apagó el ordenador. No lo encendería nunca más, porque nada de lo que guardaba le interesaba, a excepción tal vez de la música.

Era el ordenador de un extraño.

—¿Ha visto una gema de color celeste? Lleva una cadena de plata y...

—No —respondió el hombre, volviendo a encender la podadora de césped.

Lucienne se tapó los oídos con las manos y se alejó del sujeto. No se trataba de ningún millonario ocioso con vocación de jardinero, era un empleado contratado por los vecinos del barrio privado. Quizás mentía. No había que ir a ninguna universidad para aprender a usar esa máquina horrenda y aquel hombrecillo del anticuario había querido darle quinientos euros por la *menkalinen*. Era valiosa, Lucienne lo sabía. ¿En verdad podía ser un regalo de Absalón? ¿Por qué no se lo había dicho? ¿De dónde había sacado el dinero para comprarlo?

Tal vez era una herencia familiar, como alguno de los viejos violines que su padre exhibía en las vitrinas del salón. O como el reloj de pulsera de Isabelle, que había pertenecido a su abuela.

No había caso, la gema estaba perdida, tenía que aceptarlo. Demonios, ¿por qué le afectaba tanto? Hasta su humor se encontraba perturbado. Lucienne se sentía irritado y cansado, como si durante todo ese tiempo la gema le hubiese insuflado una extraña energía, un poder que no conocía pero que

necesitaba para sentirse bien... para vivir.

Ridículo. Lo que sucedía era que la gema le recordaba a Absalón y Lucienne se moría por volver a verlo. ¿Por qué no lo había llamado? ¿Por qué no se había acercado a las puertas del barrio privado y pedido permiso para entrar? Cerró los ojos y se imaginó a sí mismo de nuevo en la habitación del apartamento de la calle Etienne de La Boëtie, junto a Absalón. Era de noche. Logró evocar la sensación del viento entrando por la ventana, acariciándole los brazos desnudos. Vio al hombre contemplándolo serio, con sus ojos diferentes brillando y la luna arrancándole reflejos a su pelo negro. Lo vio todo desde la puerta de la habitación, como un espectador, como un intruso. Se vio a sí mismo de rodillas sobre la cama, acercándose a Absalón. Observó sus torsos y sus caderas chocar y los brazos del hombre buscando su cuerpo para quitarle la ropa. La camiseta blanca se elevó por los aires y cayó al suelo. Lucienne juntó las cejas, sin abrir los ojos. Había algo extraño en esa escena... un *déjà vu*.

—¡Talía!

Se puso de pie de un salto. Lo comprendió todo. Talía le había robado la gema. Para eso le había pedido que se quitara la camiseta.

¡Maldita ladrona!, pensó con rabia, seguramente ya la había vendido para comprarse un closet entero de trapos negros. ¿Cómo podía saber esa perra que la gema valía tanto?

—Talía... —susurró Lucienne, de pie, con la mirada perdida entre los árboles del jardín—. ¡Talía!

Se giró y echó a correr hacia su casa. Su padre se encontraba en el salón, en mangas de camisa, rodeado de sus violines, a los que adoraba como a un gran harén de princesas vírgenes. No dejaba que la sirvienta tocara las vitrinas, se encargaba él mismo de limpiarlas y poner los instrumentos en orden. Esa noche tenían visitas y Guillaume quería que sus violines lucieran impecables, dignos del director de la mejor orquesta de París y de uno de los más destacados fabricantes de violines de Europa.

Lucienne se concentró en los cuadros, las pinturas que adornaban los muros. Guillaume levantó la vista pero luego volvió a bajarla, resignado ante la actitud de su hijo.

Dánae recibiendo la lluvia de oro, imitación de Nicholas Jensen.

Una mujer de piel blanca estaba recostada en un lecho, con las piernas flexionadas y mirando hacia arriba. A Lucienne le pareció un poco obesa y con los pechos algo pequeños, pero supuso que la representación correspondía al

canon de belleza de la época en la que se había realizado la pintura original. A los pies del lecho, junto a la mujer, una criada anciana de piel ennegrecida recogía con su delantal la lluvia de oro que caía del cielo.

El nacimiento de Venus, imitación de Jean-Pierre Vermont.

La diosa romana del amor, hecha una esbelta doncella de piel clara que se cubría sus vergüenzas con su larga cabellera rubia, surgía de la espuma de mar, rodeada de flores blancas.

El rapto de Ganimedes, Nicholas Jensen.

Allí estaba.

La musa Talía, Steven Von Dermeer.

La pintura mostraba una bella y pálida muchacha de mejillas sonrosadas que sonreía con picardía, sosteniendo una máscara teatral. Lucienne recordó el detalle de la camiseta de Talía: el mismo símbolo, una máscara teatral sonriente. La mujer de la pintura tenía una corona de flores en la cabeza. Talía llevaba hebillas en forma de flor, que le sostenían el flequillo rosado dejando su frente desnuda.

Lucienne se acercó al cuadro, concentrado. La mujer vestía una túnica de color verde botella con vetas de marrón y el fondo era oscuro, sin ningún detalle. Sus ojos eran grandes, sagaces, y sus cejas se elevaban sobre ellos, dos curvas perfectas que acentuaban sus rasgos maliciosos.

No era Talía. No era la muchacha que Lucienne se había encontrado en el pub. Pero su expresión era la misma: astuta, cómica y con un leve rastro de maldad que parecía confirmar sus sospechas.

Talía le había robado la gema.

El primer día de trabajo de Julien estaba por finalizar. Tan solo le estaban tomando una prueba y el puesto todavía no era suyo, pero el dueño del pequeño restaurante le dijo que le pagaría el día aunque decidiera no contratarlo.

Había visto el cartel escrito a mano la noche anterior, cuando, luego de escapar del hospital, Michel y él habían regresado al edificio de la calle Etienne de La Boétie. El restaurante ya estaba cerrado a aquellas horas, pero Julien se aseguró de llegar temprano cuando abriera sus puertas a la mañana siguiente.

El sitio era bastante pequeño, con el techo demasiado bajo como para resultar el mejor lugar para montar un restaurante. Aunque ese detalle, pensó Julien, contribuía a crear una cálida atmósfera de intimidad de la que otros

sitios carecían. Por fuera no se notaba que el lugar era en verdad un restaurante. Lo único que señalaba que la puerta de madera pintada de rojo no llevaba a una casa de familia era la alfombra negra que el dueño había colocado en el umbral, los dos grandes canteros repletos de azaleas púrpura y la pizarra en la que el sujeto escribía con tizas blancas el menú del día.

—Escribe —le dijo Vincent, el dueño, ni bien le hubo dado al muchacho el delantal negro—: arrollados de carne y especias con puré mixto o ensalada, jugo de naranja y flan.

Luego miró por encima del hombro del muchacho y asintió, aprobando el resultado. Vincent era un hombre mayor de unos sesenta años, no muy alto, de cabello negro entrecano; esa mañana vestía una camisa blanca y unos vaqueros azules. Julien observó que tenía el pequeño tic nervioso de guiñar el ojo izquierdo.

—Ella es Sheila, alias Morena, nuestra cocinera —exclamó el viejo Vincent, cuando una mujer negra salió de la puerta que daba a la cocina. La mujer se limpió las manos en el delantal y se acercó a Julien con la derecha tendida. El joven le estrechó la mano, algo animado. Si el viejo Vincent había contratado una mujer negra para cocinar en su restaurante, quizá no se escandalizara si se enteraba de que él vivía en las calles. Sheila era alta, delgada y su cabello negro estaba recogido en lo alto de su cabeza en un apretado rodete. Sus ojos eran oscuros y tenía las pestañas más arqueadas que Julien había visto en su vida, incluso más rizadas que las de Michel. Sus labios eran gruesos y sedosos. No debía de tener más de veinticinco años.

—¿Nuevo camarero? —preguntó con una sonrisa, mostrando una hilera de dientes blanquísimos. Julien asintió, devolviéndole la sonrisa.

—Eso espero —contestó.

El viejo Vincent alzó las cejas y cerró los ojos, en una expresión que decía claramente «eso tendremos que verlo».

Sheila desapareció por la puerta que llevaba a la cocina y Julien y Vincent se sentaron a la barra, a aguardar. El sitio estaba desierto. Algo incómodo por la falta de clientes, Julien echó una rápida ojeada al lugar. Contó las mesas. Eran ocho; ocho mesas negras de formica, sin manteles, con sus sillas haciendo juego, pequeños floreros blancos con rosas artificiales y su correspondiente servilletero. Los muros eran de ladrillo esmaltado, de color naranja brillante. Había un par de cuadros por allí y por allá; atardeceres, lagos con patos y bailarinas con trajes azules que Julien tuvo la seguridad de haber visto antes.

En la pequeña barra donde estaban, ubicada en el fondo del salón, descansaban el teléfono, las cartas, la canastilla del pan y las fuentes de los *croissants*, los bollos y los sándwiches. Julien, que no había tomado desayuno, sentía que se volvería loco junto a toda esa comida que no podía tocar. Genial, se dijo. El sitio perfecto para trabajar, un restaurante lleno de comida que nunca probaría, que jamás podría llevarle a Michel. Pero pasado el mediodía resultó que se había equivocado. El viejo Vincent llamó a Sheila, le ordenó que sirviera tres platos de lo que fuera, le dijo a Julien que sirviera una mesa con tres sillas y, como si se tratara de la cosa más natural del mundo, se sentó y comenzó a comer. Sheila, que parecía acostumbrada, tomó asiento junto al viejo y le sirvió un vaso de vino tinto. Al ver que Julien seguía de pie, sorprendido, levantó la cabeza y le dirigió una pequeña sonrisa.

—¿No vas a comer? —exclamó el viejo con la boca llena, mirando al muchacho.

Sheila había calentado en el microondas unos trozos de pollo que habían sobrado del día anterior. La verdura de Julien se veía algo seca, pero no le importó. Aquel viejo parecía ser un buen hombre, se dijo, comiendo lo más despacio que podía, para no atragantarse. Había contratado a una mujer negra, no le había preguntado a él por qué lucía como un pordiosero (tal vez sabía que las personas que lucen como pordioseros generalmente resultan serlo) y ahora comía con ellos, como si fuesen familia o amigos de toda la vida.

—Es un buen tipo, ¿verdad? —le preguntó a Sheila, mientras el viejo recibía a un cliente que, según él, acudía todas las tardes a tomarse una cerveza.

La cocinera meneó la cabeza, con su eterna sonrisa dibujada en los labios.

—Es mejor tipo con las faldas, pero sí, es bueno —le respondió, con un guiño cómplice. Julien se rio suavemente.

—No me digas que es un perverso...

Por algún motivo, el hecho de que el viejo Vincent fuese un mujeriego no le causaba repulsión. Quizás porque era común, pensó, que un hombre anciano babeara por mujeres más jóvenes.

—No —negó Sheila, apartando la idea como a un enjambre de mosquitos—, es inofensivo. Solo le gusta mirar.

Y Julien advirtió lo ceñidos que eran los pantalones de la mujer y la profunda depresión entre los senos que se vislumbraba por su amplio escote, debajo de un pesado collar de cuentas de fantasía.

El pequeño restaurante no se llenó en ningún momento de la tarde ni de la

noche. Antes de que la puerta quedara hecha un rectángulo negro y toda la luz que llegara del exterior se consumiera, Julien comenzó a hacer memoria y a contar con los dedos. Una pareja joven, una pareja adulta, el sujeto de la cerveza, una familia de tres, una mujer que pidió permiso para entrar con su chihuahua, dos mujeres y dos hombres que solicitaron una mesa desde la que pudieran conectar un ordenador portátil. En total eran trece personas, trece clientes. Pocos, pensó Julien. Y la mujer del perro solo había bebido un café con un bollo. Julien le había ofrecido más café, pasteles, budines, pero la mujer aludió estar a dieta y, luego de pagar su mísera consumición, se fue de allí arrastrando su diminuto chihuahua.

—Dime que no se orinó en la alfombra —susurró el viejo Vincent, con los dientes apretados.

—No —contestó Julien, aliviado, porque si en efecto el perro se hubiese orinado (o algo peor), seguramente habría sido él mismo el encargado de limpiarlo.

—Bueno, chico..., Morena...

—Sheila —corrigió la mujer, con un suave dejo de coqueteo.

—...Creo que ya es hora de que nos vayamos.

Le enseñó a Julien las tareas que debía realizar antes de irse (lavar algunos trastos, reponer las bebidas vendidas, poner las botellas vacías en los cajones, colocar nuevo papel higiénico en los baños si hacía falta, repasar las mesas) y le dijo que volviera al otro día.

—¿Estoy contratado?

El viejo se encogió de hombros y le dirigió una sonrisita. Sheila, de pie detrás de Vincent, levantó los pulgares felicitándolo.

—¿Has recibido buenas propinas? —preguntó el viejo, como si nada.

Le había dicho a Julien que el servicio de mesa no estaba incluido en las facturas y que no se extrañara si algunos clientes no le dejaban ni una mísera moneda. Julien titubeó; no quería mentir diciendo que no había recibido nada, pero tampoco podía decirse que las propinas recaudadas le alcanzaran para llevarle una buena cena a Michel...

—Toma —gruñó el viejo Vincent, alargándole un par de billetes—. Morena, envuelve la carne que ha sobrado.

Era demasiado bueno para ser cierto, se dijo Julien mientras subía las escaleras del edificio de la calle Etienne de La Boétie a toda prisa. Llevaba dos bolsas llenas de comida y tenía dinero en los bolsillos. El sueldo no le

permitiría pagar un sitio apropiado donde vivir y sabía que el edificio sería demolido pronto pero... ¡diablos! ¡Se sentía tan feliz!

Llegó al séptimo piso. No recordaba a qué apartamento se habían metido él y Michel la noche pasada. El pasillo estaba repleto de cubos de pintura y otros desperdicios. De entre la basura amontonada en un rincón, una gorda rata salió disparada, perdiéndose en la oscuridad. Julien dejó caer un suspiro. Soñaba con poder alquilar al menos una habitación en un hotel, no le importaba lo humilde que fuese, se conformaba con que estuviese limpio de ratas y cucarachas.

La puerta que está justo a la derecha del elevador, recordó Julien. La noche pasaba el trasto funcionaba y, como era costumbre de ambos, cada vez que se perdían o debían tomar un camino, elegían el de la mano que utilizaban para escribir. Julien la diestra y Michel la zurda.

Julien pasó las bolsas a la mano derecha y asió la manija. Tenía el cerrojo puesto. Cuando estaba a punto de alzar el puño para golpear, la puerta comenzó a chirriar lastimeramente, como una rata perseguida por un gato.

—¡Mira! —exclamó Julien, alzando las bolsas llenas de comida frente a los ojos de Michel. Sheila le había ofrecido calentar la comida, pero Julien le había dicho que no era necesario. Aun así, el aroma a carne adobada traspasaba el papel y se le metía a Julien por la nariz, llenándole la boca de saliva.

Michel tenía cara de sueño. Todavía se sentía algo perdido por culpa de la medicación, pero cuando el olor a vinagre y especias llegó hasta él, abrió sus ojos marrones borrando toda expresión adormilada.

Cerraron la puerta, pasaron el cerrojo y Julien arrastró una caja de cartón hasta el centro de la habitación, para usarla a modo de mesa. Abrió la bolsa en la que sabía que estaban los arrollados de carne y sacó dos pequeñas bandejas de plástico envueltas en servilletas. Se quedaron contemplando la comida por unos instantes milagrosos, dispuestos a memorizar la escena mágica de la primera comida de verdad que disfrutarían juntos desde hacía mucho tiempo... hasta que una mosca entró por la ventana y la magia se fue al garete.

—¡Joder! —chilló Michel, espantando a la mosca con los brazos, nada dispuesta a compartir su cena con ella. Se levantó de un salto y comenzó a perseguir al insecto, como si representara una amenaza para los arrollados de carne que esperaban ser devorados.

Julien sonrió. Michel estaba apenas vestido, la camiseta le cubría solo la mitad de los muslos; sus piernas se veían tan esbeltas, tan pálidas. Julien

quería acariciar esa piel suave...

«Te quiero», le habría dicho. Pero Michel le contestaría que también lo quería, y entonces él tendría que ser más específico.

Cenaron sin decir palabra, demasiado ocupados en disfrutar la comida. Cuando Michel propuso que racionaran las porciones para que duraran al menos un par de días más, Julien le dijo que no era necesario, que lo habían contratado.

—No nos faltará comida —susurró Michel, absorto, mientras Julien preparaba el rincón donde dormirían.

Michel había encontrado un colchón agujereado en un apartamento vacío. También había hallado unas cortinas viejas que les servirían para cubrirse si las noches se volvían frías. Julien se quitó las zapatillas descascaradas y las dejó bajo la ventana. Se recostó sobre el colchón rancio y se colocó de costado, dándole la espalda a la pared. Michel todavía estaba sentado junto a la caja-mesa. Lucía pensativo. Luego, advirtiendo que Julien lo miraba, le sonrío y fue a su encuentro.

El chico se escabulló bajo la cortina y se recostó junto a Julien, frente a él. En medio de la oscuridad, sus ojos se encontraron. El muchacho alargó la mano hacia los rizos y comenzó a jugar a estirarlos y soltarlos.

—Te quiero —susurró sin pensar. Ya estaba, lo había dicho.

—Lo sé —respondió Michel, con una sonrisa débil—. Yo también te quiero.

Michel se acurrucó junto a él y Julien lo rodeó con los brazos. *Crece pronto*, pensó con una punzada de anhelo. Michel apenas tenía quince años, y Julien no estaba seguro de si sus pensamientos ya flotaban por los rincones de la sensualidad y el deseo. Suponía que sí, pero quizá Michel quisiera un novio de su edad. Quizá los recuerdos del orfanato le pesaran demasiado y no quisiera ninguno. O tal vez veía a Julien como un amigo, como un hermano o... El joven se estremeció al pensar que era posible que Michel lo viera como a un padre.

Michel apoyó el brazo en el costado de Julien, acercándose más. Sus cuerpos se acariciaron. Julien cerró los ojos con fuerza y enterró el rostro entre sus rizos. Olían a sucio, pero a Julien no le importaba. Dios, habría querido encontrarse con Absalón y pedirle dinero, mucho dinero. Le vendería su alma a cambio de una casa, un auto, una cuenta bancaria. Michel podría vestir hermosos vestidos de Valentino y zapatos de Louis Vuitton, se bañaría todos los días y se perfumaría con las mejores fragancias de París. Se lo

imaginaba tan bella, tan hermosa...

Julien suspiró y lo estrechó con fuerza. Michel soltó un quejido ahogado y él se disculpó, riendo y revolviéndole los rizos.

—Yo también te quiero...

Julien se estremeció. Michel se había encogido junto a él y le había rozado la entrepierna con una rodilla. Un roce accidental, se dijo, pero cuando el roce se repitió, se apartó y se golpeó la espalda contra la pared.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Michel, con su voz cristalina, tan pura como el agua de manantial. Parpadeó un par de veces y sonrió, mostrando los dientes. Se arrastró por el viejo colchón y se acomodó junto a él, recargando su cuerpo sobre el suyo y enredando los brazos alrededor de su cuello. Le rodeó la cintura con la pierna derecha, contoneándose.

—¿Qué...?

Julien se rindió. Tomó a Michel por la cintura y lo tumbó boca arriba sobre el colchón. Buscó su boca en medio de la creciente oscuridad, sus labios rojos y llenos, la caricia de su lengua húmeda y suave como la seda. Las manos de Michel le recorrieron la espalda, bordearon sus caderas y se encontraron en su vientre. Revolotearon a ciegas, en pos del broche de los pantalones y cuando advirtieron que tan solo estaban sostenidos por un cordón, tironearon con saña como si se le fuera la vida en ello. Y tal vez así era...

—¿Qué estás haciendo? —chilló Julien, pasmado por su actitud.

Michel le devolvió la mirada. Sus ojos castaños ardían de deseo, tenía las mejillas encendidas y la boca abierta en un jadeo mudo. Julien nunca le había observado una expresión similar. Las cejas del chico se juntaron apenas, en un pueril gesto de enfado. Sin decir palabra, pegó su boca a la suya en un beso furioso.

No era posible.

Michel no habría actuado así.

Ofreciéndose.

Julien se aferró de sus hombros huesudos y lo apartó.

—¿Qué...? —balbuceó.

Pero Michel parecía no oírlo. Estaba sentado a horcajadas sobre él, con la respiración agitada y los rizos revueltos. Su pecho subía y bajaba con rapidez, como si hubiese corrido una maratón. Tenía los ojos desorbitados.

—¿Acaso no me quieres? —susurró, en tono mordaz. Se llevó la mano derecha al cuerpo y comenzó a levantarse la enorme camiseta que llevaba.

Ante la visión de su cuerpo desnudo, Julien se sintió invadido por una

terrible oleada de vergüenza. Apartó la mirada, horrorizado. No podía creer lo que estaba ocurriendo.

—¿¡No me quieres?!

Michel se abalanzó sobre él. Julien gritó. Michel le tironeaba del cabello y le rasguñaba el rostro, le propinaba codazos, puñetazos, patadas y... Julien soltó un alarido de dolor cuando le mordió el cuello.

—¡Suéltame!

Julien alcanzó a propinarle un codazo en el vientre. Michel gruñó y cayó de espaldas sobre el colchón. Él aprovechó para inmovilizarlo: se sentó sobre sus piernas y juntó sus brazos sobre su cabeza, sosteniéndolos con ambas manos.

—¿Qué te sucede? —exclamó, casi sin voz.

Michel lo contempló con sus ojos abiertos de par en par, desequilibrados. Julien intentó buscar algo de información en esos ojos castaños, esos ojos amados. No encontró nada. Estaban vacíos, como si alguien o algo le hubiese drenado todos los sentimientos, todo el brillo.

Se estaba mareando. Una sensación pegajosa y caliente se extendía por su cuello, por su pecho. Cuando el olor a metal le llegó a la nariz, se dio cuenta de que esa sensación la provocaba la sangre que manaba de su herida, la mordida, mezclándose con el sudor de su cuerpo.

«No está muerta. Su alma está atrapada en la tierra y no puede ser libre. Si quieres que tu amiga vuelva, deberás encontrar su alma, su cuerpo, y suplicarle a quien posea el contenedor de su alma que le devuelva la vida. Pero si el alma es liberada fuera de su cuerpo... tu amiga estará muerto, más muerta de lo que está ahora.»

Entonces, ¿era verdad? El profundo vacío, aquella oscuridad insondable que había en los ojos de Michel ¿querían decir que Julien se encontraba junto a un ser sin alma?

—Michel... —musitó acongojado, antes de desmayarse.

En sus sueños, Absalón veía a todos aquellos seres que habían pasado por sus brazos. Sus rostros flotaban entre las sombras y sus ojos luminosos brillaban como docenas de *menkalinen* unidas en un largo collar. Veía ojos de demonios, de súcubos, de hadas. Pero no veía los ojos de Lucienne. Desolado, Absalón recorrió aquella enorme galería de rostros en busca de los ojos amados, los ojos de la musa, pero no los halló. Gritó el nombre de Lucienne, insultó a todos aquellos rostros que chillaban a su alrededor, les ofreció

dinero, tierras, cargos en el gobierno, todo a cambio de la más pequeña información...

—Eres un pedante y un idiota, Vizconde —le dijeron unos ojos verdes. Eran de una súcubo llamada Theresa. Y, con voz chillona, la súcubo lo remedó diciendo—: tengo tierras, tengo dinero, tengo castillos, tengo palacios, tengo joyas, tengo... tengo... tengo... ¡No tienes nada, Vizconde Absalón! ¡Estás solo! ¡Solo como un perro!

Absalón despertó sobresaltado. Todavía se encontraba en la pequeña y apestosa celda, y arrastraba el hambre de varias semanas. En medio de la oscuridad y el silencio, el sonido del agua de las alcantarillas era su única compañía. Como ya no distinguía los sueños de la realidad, aquel sonido constante le servía para estar seguro de que estaba despierto: si no la oía, podía tener la certeza de que se hallaba nuevamente en un sueño.

Pero ahora oía el sonido con más nitidez que nunca y eso significaba que le quedaban por delante varias horas de hambre, silencio y desesperación... hasta que el sueño volviera para reclamarlo. Todos los planes que había tramado habían fallado: aquella celda estaba demasiado bien protegida y comenzaba a sospechar que había más gente involucrada. Un gato y un viejo hechicero no habrían sido capaces de crear una celda impenetrable como esa. Debía esperar. Si sus cálculos eran correctos, faltaban apenas cuatro noches para la luna nueva: cuando el cielo desnudo se desplegara sobre París como el vestido de una virgen, Absalón utilizaría su magia para romper los hechizos que lo mantenían atrapado. Debía huir, debía correr junto a Lucienne.

El sonido del agua se detuvo de pronto y Absalón paró la oreja. No. El sonido seguía allí, como el sistema circulatorio de una bestia legendaria, llevando litros y litros de sangre a las cañerías de la ciudad. Para estar seguro, Absalón se mordió la lengua. El dolor le palpitó en las sienes como si su cabeza se tratara de un tambor. Con un suspiro, se cubrió el rostro con las manos y siguió pensando en Lucienne.

¿Cómo sería su boda si alguna vez la musa aceptaba casarse con él? Pensamientos de ese tipo, pensamientos felices, inundaban la mente de Absalón para mantenerlo cuerdo. Imaginaba una multitud aguardando a la pareja en playa de una de sus islas privadas, los barcos acercándose desde el horizonte rojo, las sonrisas maravilladas de los invitados al observar la deslumbrante belleza de Lucienne. En medio de sus fantasías y con los ojos cerrados, Absalón frunció las cejas. No veía la verdadera forma de la musa, la veía en el cuerpo masculino que había dormido junto a él en la habitación de

la calle Etienne de La Boétie: sus ojos azules, su cabello rubio desordenado, sus mejillas blancas sonrojadas por el calor... Lucienne sonreía y arrastraba sus dientes blancos por su labio inferior. Lucía la vestimenta tradicional de las bodas infernales: una túnica corta que le llegaba hasta las rodillas sostenida con un cinturón dorado. Iba descalzo: Absalón se encargaría de calzarlo durante la ceremonia y viceversa, luego de grabar en sus pechos el símbolo del matrimonio. En su sueño, Absalón estaba vestido de blanco y una única pluma blanca le adornaba la pechera...

Absalón cruzaba la pierna derecha sobre la izquierda y cerraba los ojos, irritado. Decenas de dedos revoloteaban por su cabeza y su ropa, acicalándole el cabello, alisándole las arrugas, ultimando los detalles. Uñas le rasguñaban el cuero cabelludo, exóticas esencias mal enmascaradas se colaban por su nariz. Oía el lejano eco de la música. El sonido de los atabales y las panderetas le llegaba a los oídos, serpenteante como un reptil multicolor. También oía el susurro del mar de los Infiernos, ensoñador y tranquilo, y percibía su refrescante aroma a sal, el mismo aroma de la esencia de Lucienne.

Algo suave le acariciaba la barbilla. Cuando abría los ojos, veía la cola de una pluma blanca entre los dedos de una de las asistentes. La mujer le sonreía y dejaba caer sobre la pluma una pequeña lluvia de brillantina celeste. Absalón no pudo hacer más que devolverle la sonrisa.

—Es un día precioso, Vizconde —decía ella, haciéndose a un lado para que Absalón observara su reflejo en el espejo. La asistente estaba en lo cierto. Por las amplias ventanas de la torre se derramaba el resplandor del cielo infernal, un torrente de oro diluido con chispas de cuarzo. El cielo se había vestido de gala para la ocasión: el rojo se había transformado en rosa pálido y joyas doradas revoloteaban por el firmamento, como peces jugando a perseguirse. En el horizonte, el rosa se iba aclarando hasta volverse blanco y mezclarse con la línea del océano, un lienzo de color aguamarina que flameaba, sosteniendo sobre sus aguas los barcos que iban llegando a la isla.

—¡Perfecto para una boda!

Absalón se ponía de pie y se acercaba al balcón de la torre. El resplandor del cielo se volcaba sobre sus ropas blancas y llenaba sus joyas de destellos dorados. Sin poder contener la sonrisa, observaba el paisaje que se desplegaba en la playa de la isla. El embarcadero estaba repleto de los barcos de la nobleza de los Infiernos Flotantes...

Y luego de la boda, cuando el cielo de los Infiernos se volviera más rojo,

Absalón le quitaría la túnica a Lucienne con mucha delicadeza y bañaría su cuerpo con las aguas perfumadas de las sales rituales. Cuando el cuerpo de la musa ya estuviese mojado y brillante, Absalón se desnudaría también y entraría a la piscina para hacerle compañía...

Absalón abrió los ojos. Se había quedado dormido de nuevo. Con una sonrisa amarga, se giró sobre el frío suelo de piedra. Parpadeó. Un par de ojos redondos y amarillos lo miraban desde el otro extremo de la celda. Era el gato del hechicero.

—¿Qué haces ahí? —exclamó Absalón, poniéndose en guardia—. ¿Qué quieres?

El gato soltó un suave maullido y se adelantó un par de pasos, con la cola alzada. Absalón se preparó para atacar, pero, antes de que pudiera lanzarle una patada, el animal se frotó contra su pierna como una mascota muy querida.

—¿Qué...? —farfulló Absalón. El gato caminó hasta la puerta de la celda, atravesó los barrotes y se quedó mirando a Absalón desde afuera, envuelto en la oscuridad. Entonces, sin previo aviso, se estiró sobre los símbolos pintados con sangre y comenzó a rasguñar los signos del conjuro.

Pasmado, Absalón sintió cómo la magia que lo mantenía encerrado se iba desvaneciendo lentamente.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó al animal. El gato no emitió ningún maullido. Siguió arañando los conjuros, arrancando los trozos de sangre seca que estaban pegados en el suelo.

Cuando finalizó su tarea, se irguió; muy derecho, volvió a devolverle la mirada a Absalón.

—¿Quieres que salga...? ¿Estás liberándome?

El gato cerró los ojos y los abrió de nuevo. El Vizconde interpretó el gesto como una afirmación.

—Te advierto que si esto es una trampa...

El gato se dio la vuelta y desapareció en medio de la oscuridad. Absalón abrió la puerta de la celda. Nada se lo impidió: los hechizos que la protegían estaban rotos. En un absoluto silencio, echó a correr por el largo corredor hasta que llegó al laboratorio donde había sido invocado.

El caldero seguía allí, pero la sustancia de su interior había desaparecido. Las estanterías relucían de frascos y todo el salón olía a cera de vela derretida. La apestosa oscuridad lo envolvía todo.

—Ahí estás... —le dijo al gato, al verlo detrás del caldero.

El animal rodeó la enorme olla y caminó hasta un extremo de la habitación.

Allí, Absalón distinguió el deforme esqueleto de una vieja escalera oxidada. Rápido como un rayo, se lanzó hacia ella y comenzó a trepar. Si el gato le estaba tendiendo una trampa era algo de lo que tenía que asegurarse.

UN REENCUENTRO INESPERADO

*Niño,
¡Que te vas a caer al río!
En lo hondo hay una rosa
y en la rosa hay otro río.*

NARCISO, Federico García Lorca

«Verás... quiero escribir un poema... se llama Ashri... bailarina... en un burdel... Egipto... hace dos años... vacaciones... hermoso... devastador».

El cuerpo giraba bajo una lluvia de chispas de colores. Las luces acariciaban la piel de la joven como los largos tentáculos de una medusa y hacían brillar las gotas de sudor que perlaban su pecho y su cuello moreno. Su pelo era negro, lacio, y los destellos del burdel lo incendiaban de rojo, de naranja, de violeta.

Su cuerpo ardía, inflamando todo lo que tocaba a su paso. Sus pies desnudos apenas acariciaban el suelo, la joven parecía flotar sobre el humo de los inciensos que saturaban el aire del salón. La música bailaba con ella, enredándose entre los collares que llevaba al cuello, patinaba sobre su pecho, se deslizaba por su vientre y jugaba a meterse en su ombligo. Luego volvía sobre sus pasos. Revoloteaba sobre los labios carnosos, perfumándose con su aliento.

Los brazos de Ashri eran como dos serpientes gemelas en pleno duelo; sus piernas, las columnas de mármol de un templo arcano. Sus ojos eran dos esmeraldas robadas del tesoro de un mahgrebín codicioso; sus pestañas, las alas de una mariposa mutilada por la luz de la luna.

El vientre de la bailarina se agitó como un prado de arenas movedizas; arenas mojadas, arenas perfumadas. Todos los presentes ansiaban enterrarse en aquellas arenas diabólicas, sin importar que el precio de la pasión de Ashri fuese todo su dinero, sus cabezas o sus almas.

«Te daré el don de crear no solo uno, sino todos los poemas que quieras.

Deslumbrarás al mundo con la belleza nacida de tus manos, pero deberás pagar por ese don, porque en este mundo nada valioso, nada duradero, ni nada maravilloso... se obtiene gratis.»

La bailarina, el salón, la música... todo estalló en medio de un bramido multicolor. Las formas se licuaron, se empañaron y luego volvieron a tomar consistencia, como si una gran mano las estirara. La música aún se oía, débil, lejana, encerrada detrás de tres puertas y tres muros.

La bailarina, Ashri, se derrumbaba sobre un enorme lecho de sábanas rojas, como una diamela deshojada. Su cabello, ahora totalmente negro, se desparramó lujuriosamente sobre los almohadones, un cuervo desplegando sus alas en un cielo tormentoso y sangrante.

El hombre, el jardinero cruel que había arrancando la diamela del vestido de la princesa, se abalanzó sobre la bailarina en busca de todos los misterios de su cuerpo, para profanarlos, para venerarlos, para memorizarlos...

«El precio que me pagarás será tu alma inmortal. Si aceptas el pacto, hasta el día de tu muerte vagarás por la tierra con un alma prestada, porque desde el momento en que firmes el contrato tu alma será mía. Cuando mueras, no irás al infierno ni al paraíso y por ello no podrás reencarnar y volver a la tierra. Serás mío por toda la eternidad».

—¡Gauvin!

El chico se despertó de golpe y soltó un pequeño grito. Guillaume le arrancó los audífonos del reproductor de música y se plantó frente a él, con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de pocos amigos. Vestía un elegante esmoquin negro y su pelo oscuro estaba echado hacia atrás, pegado a su cráneo como una segunda piel.

—¿No piensas vestirte? Nos vamos en diez minutos.

Lucienne se levantó de la cama tambaleante por el sueño y caminó hacia el baño. Abrió el grifo y metió la cabeza bajo el chorro de agua fría. De costado, vio que su padre se inclinaba hacia la cama y tomaba uno de los auriculares del iPod. Con cuidado, como si se tratara de un insecto venenoso, se lo llevó al oído derecho. Torció la nariz en un gesto de intenso desagrado y soltó el auricular como si éste fuese un pequeño hierro al rojo vivo.

—¿Qué demonios estabas escuchando? —exclamó, cuando Lucienne salió del baño, pasándole una percha con un esmoquin idéntico al que llevaba.

El chico sintió un sacudón en el estómago. Diablos, no estaba dispuesto a pasarse el resto de la vida escuchando la misma música de funeral que oía Gauvin.

—Nancy Ajram. —Guillaume alzó las cejas y Lucienne agregó, mientras se quitaba los vaqueros—: una cantante libanesa.

El hombre volvió a cruzar los brazos sobre el pecho y apoyó la espalda contra la puerta cerrada. Guillaume no le parecía un mal tipo, pero se aferraba demasiado a sus ideas y le gustaba que las cosas se hicieran a su manera. Lucienne acabó de vestirse y observó su reflejo en el espejo del armario. Horroroso. Dejó caer un suspiro de resignación y se volvió hacia Guillaume.

—Estoy listo.

—¿No te peinarás? —exclamó el hombre con un tono irritado que Lucienne ya había aprendido a detestar. El chico se miró al espejo. Su pelo no tenía nada de malo. Solo se veía... algo desordenado. Imperturbable, volvió al baño y se pasó por el cabello un peine embadurnado de gel.

—Me preocupas, Gauvin —exclamó Guillaume.

Lucienne siguió peinándose, evitando por todos los medios encontrarse con su mirada.

—Ya no quieres tocar el violín —prosiguió el hombre—, no me ayudas en las clases, te vistes de manera diferente, duermes a deshoras... y ahora escuchas música... extraña.

—¿Extraña? ¿Qué tiene de extraño Nancy Ajram?

Guillaume chasqueó la lengua.

—Jamás habías escuchado este tipo de música.

—Tan solo quiero... probar cosas nuevas —respondió Lucienne—. Oír nueva música, en diferentes idiomas y... —se aventuró a agregar—: probar nuevos instrumentos. El piano, tal vez.

Guillaume se puso tieso.

—Pensé que ya habíamos acabado con esa cuestión. Es que, hijo... el piano es un instrumento tan vulgar.

Lucienne salió del baño, ya peinado.

—¿Vulgar? —exclamó, pasmado—. Eres músico, ¿verdad? ¿Cómo puedes decir que el piano es un instrumento vulgar? No hay instrumentos vulgares. Hasta de un silbato común y corriente se puede obtener música... —se detuvo, sorprendido por sus palabras. Guillaume lo miraba con una expresión extraña. Lucienne habría jurado que había comenzado a sonreír.

—Chicos, ya es la hora —dijo la voz de Isabelle.

Guillaume se volteó y abrió la puerta.

—¿Están listos?

Ahí estaba ella, refinada, con un ceñido vestido negro de tubo de generoso

escote y el cabello rubio peinado en un elegante rodete.

Con los auriculares en los oídos, Lucienne contemplaba los fugaces paisajes de la noche parisina. Deslumbrado por tanto brillo, cerró los ojos y se reclinó sobre el asiento del coche. Volvieron a su cabeza las imágenes del sueño que había tenido tan solo una hora antes. Aquella sobrenatural bailarina, danzando en medio de una tormenta de luces, deseada por todos los hombres y las mujeres de su público. ¿Podía tener relación con el cuento que había escrito aquella noche, luego de la fiesta de Milagring?

Emilienne, mi dulce Emilienne. Diamantes en las pupilas, lluvia de oro en el pelo, ardiendo bajo las luces de las calles miserables. Brazos desnudos, tobillos desnudos, cuello esbelto y cremoso y desnudo acariciado por la luna de abril. Querubín de un paraíso inventado, demonio de los infiernos flotantes.

¿Y de quién era la voz que hablaba en el sueño? Lucienne recordaba fragmentos, tan solo palabras que se desvanecían en medio del incienso de aquel libidinoso salón de fantasía. Poema, don, muerte, alma.

Era una voz de mujer. Estaba seguro. La misma que lo había atormentado en pesadillas pasadas y... se estremeció al darse cuenta, la voz de la mujer con la que había soñado aquella noche, cuyo cuerpo ocupaba él mismo. La mujer que era acariciada por Absalón.

La voz dulce de Nancy Ajram tranquilizaba sus ánimos. Si no fuera por sus agudos infantiles, las palabras susurradas que parecían acariciar sus oídos, Lucienne se habría puesto mucho más nervioso de lo que estaba.

Cuando el auto se detuvo, el chico abrió los ojos y comprendió que habían llegado.

—Tiene buena pinta —comentó Guillaume, echando un breve vistazo.

Lucienne estaba boquiabierto. ¿Buena pinta? El sitio era un verdadero palacio.

—Se han inspirado en el Caesars Palace, ¿verdad? —susurró Isabelle, bajando del auto, exhibiendo su espalda perfecta.

—Tiene un toque más oriental, creo.

Lucienne no salía de su asombro.

—Me parece que debimos estacionar del otro lado, cielo.

—Este estacionamiento deja bastante que desear...

—¿Crees que los Ulliel estén invitados?

—Espero que no.

El chico no lo podía creer. Guillaume e Isabelle hablaban de temas tan

triviales como estacionar el auto y los invitados, y no le prestaban la más mínima atención al majestuoso paisaje que tenían frente a sus ojos.

Una enorme fuente ovalada flanqueaba el paso hacia la entrada principal del hotel. Al observarla más atentamente, Lucienne advirtió que en realidad eran dos fuentes divididas por un camino. Los chorros de agua, que se elevaban hacia el cielo nocturno como resplandecientes agujas multicolores gracias al efecto de las luces, se detenían al momento en que los invitados ponían el primer pie en el sendero. Un pequeño arco adornaba el final del camino. A Lucienne le llegó el delicado aroma de las flores y el sonido del agua cuando los chorros volvieron a dispararse hacia la noche. A cada lado del arco, una estatua blanca como la nieve descansaba, quieta y muda, dándoles la bienvenida a los visitantes. La estatua de la izquierda representaba una doncella de largo cabello ondulado, pechos generosos y piernas esbeltas. A la derecha, un muchacho de aspecto humilde, con pantalones abombados y pecho fuerte, sostenía sobre sus labios una flauta traversa. Por encima del sonido del agua, Lucienne escuchó la música. Fascinado, se acercó hacia la estatua del joven y pegó el oído a su cintura. La música provenía del interior de la estatua.

—Qué mono —sonrió Isabelle, sacando una cámara fotográfica diminuta de su bolso igualmente diminuto—. Sonríe, Gauvin, cariño.

El hotel estaba formado por un complejo de edificios de arquitectura mogola. Las bóvedas con forma de cebolla brillaban contra el cielo color tinta, iluminadas por chispeantes luces de neón.

No solo había fuentes afuera del hotel. Los salones estaban engalanados con incontables manantiales artificiales de todos los tipos. Las había con estatuas de hermosas ninfas de anchas caderas, muchachos sosteniendo flautas y pequeñas guitarras, diosas de numerosos brazos, guerreros armados con flechas, jovencitas acariciando cachorros de tigre, especímenes con cabeza de elefante. Las había con largos chorros, con complicadas composiciones decorativas en los que el agua salía en forma de abanico, sin chorro y quietas como un espejo; las había con extravagantes métodos en los que el agua caía de las manos de las doncellas, de las flautas de los mancebos, de las flechas de los guerreros.

Lucienne estaba sencillamente maravillado con todo aquel lujo. Incluso los camareros estaban vestidos a tono. Llevaban hermosos pantalones abombados de sedas de colores y collares de piedras planas sobre el pecho. Sonreían a los invitados con cortesía, respondían a las preguntas y se movían con la

gracilidad digna de un bailarín.

Un camarero se plantó junto a él y le extendió una bandeja repleta de cócteles de fruta. Lucienne le sostuvo la mirada. Tomó una copa y bebió un sorbito, con los ojos clavados en los del joven. El muchacho esbozó una sonrisita divertida y se perdió entre la multitud de esmóquines y vestidos largos.

Para su deleite, Lucienne descubrió que también había camareras. Parecían haber sido arrancadas de una pasarela de modas; todas eran esbeltas y hermosas. Vestían túnicas blancas o rojas, dependiendo del color de su piel y su cabello. Al primer vistazo le pareció que iban descalzas, pero luego advirtió que llevaba unas pequeñas sandalias ajustadas con unas tiritas diminutas.

Sus padres estaban del otro lado del salón, charlando con una pareja mayor. El hombre era algo barrigón y la mujer parecía ofendida al tener que compartir el salón junto a todas esas camareras y camareros apenas vestidos. En un momento, los ojos de Lucienne se cruzaron con los de Guillaume, pero el chico enseguida apartó la mirada. No quería tener que acercarse a saludar a aquellos viejos ricos y odiosos. Le molestaban ese tipo de personas.

Cruzó el salón, atravesó un pasillo y salió a un pequeño jardín. Si hubiese estado solo en aquella fiesta, habría intentado ligarse a algún camarero. Por desgracia, sus padres se encontraban a pocos pasos de allí.

El jardín estaba iluminado por una hilera de faroles colgantes. Una fuente redonda con forma de taza descansaba en el centro, engalanada con nenúfares y diminutas lamparillas blancas. Lucienne cerró los ojos y respiró profundamente el aroma de la noche. En algún rincón del jardín silbaba un grillo.

Había una parejita adolescente sentada en un rincón. La muchacha, una chica algo regordeta jugueteaba con la rosa que el joven, un chico delgado como un espárrago y con unas enormes gafas redondas, había robado del jardín para ella.

Aparte de la pareja y un hombre anciano que fumaba un puro junto a un seto, no había nadie más en el jardín.

No. Sí había alguien más. Una muchacha. Estaba del otro lado de la taza de la fuente. Lucienne la advirtió cuando ella se movió un poco hacia el costado y el largo pelo negro le cubrió el rostro. La chica alargó un dedo hacia la superficie y lo introdujo en el agua, jugueteando con algo que estaba en el interior de la fuente.

Lucienne sonrió. La abordaría. Hacía tanto tiempo que no hablaba con alguien de su edad. Bordeó el jardín y se acercó a la muchacha por detrás. Llevaba puesto un bonito vestido azul que le llegaba hasta un poco más arriba de las rodillas y dejaba al descubierto la mitad de su espalda.

Lucienne se colocó junto a ella y apoyó los brazos sobre el borde de la fuente. Entonces la muchacha se giró hacia él y... emitió un chillido de sorpresa.

—¡Lucienne!

Era Milagring.

Lucienne se vio abrazo, besado, tironeado y examinado mientras la chica hablaba y hablaba sin parar, azotándole con una pregunta detrás de otra sin dejarle contestar ninguna.

—¡Cielos! ¡Te ves guapísimo! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu novio? ¿Has venido con él, verdad? ¡Cielos!

Lucienne, todavía aturdido por la sorpresa, emitió una risita divertida al recordar la muletilla que la chica repetía sin cesar.

—He venido... con mis padres —respondió. De repente, toda la emoción que sentía se había desvanecido.

—¿Y tu novio? —preguntó Milagring, tomándolo de las manos y mirando a su alrededor. Lucienne la imitó, anhelando que Absalón apareciera por la puerta que llevaba al salón, vistiendo un elegante traje de Armani y llevando una copa en la mano.

—Ya no estamos juntos —susurró, sin saber qué decir.

¿Y si le contaba la verdad a Milagring?

La muchacha lo miró apenada y le apoyó la mano en la mejilla para alzarle el rostro.

—Lo siento.

Lucienne le sonrió. Milagring se veía elegante y arrebatadoramente atractiva, muy lejos de aquella imagen de chica ebria y alocada que había conocido en el edificio de la calle Etienne de La Boétie. Sus mejillas estaban frescas y su cabello desprendía una agradable fragancia a champú.

—También he venido con mis padres —comentó ella—. Uno de los socios de mi padre es el dueño de este hotel. Se supone que nos iríamos a casa la semana pasada, pero... —Y suspiró.

—No te gusta esto, ¿verdad?

Milagring levantó la mirada de los nenúfares y clavó sus ojos negros en los azules de Lucienne. Parpadeó un par de veces y esbozó una sonrisa triste.

—No... es decir, sí... Mira a tu alrededor, cielos, es fabuloso... ¿A quién no le gustaría? El dinero evita muchos dolores de cabeza, pero da otros a cambio. No lo sé... a veces quisiera tener una familia normal. Qué sé yo... No me gustaría ser pobre, no. Tan solo tener menos de lo que tengo. Una casa normal, un perro, un pájaro...

Milagring siguió hablando, comentando acerca de los viajes que hacía con su familia en su barco privado, de cuando había permanecido en un país frío y desconocido estudiando en un sitio que detestaba, de la paliza con la que la había amenazado su padre cuando le dijo que quería ser bailarina y modelo en vez de estudiar administración de empresas, de lo horrible que era saber que su padre había deseado tener un hijo varón. Festejar su cumpleaños número dieciocho con todos aquellos chicos había sido un acto de rebeldía para ella.

—Mi padre quiere que vaya al conservatorio y que sea un genio del violín —escupió Lucienne, dándole un manotazo al agua, salpicando a Milagring de gotas diminutas.

—¿Y tú qué quieres? —inquirió ella.

—No lo sé —contestó él, porque en verdad no lo sabía.

—Anda, vamos —insistió la chica, dándole un codazo—. ¿Quieres ser diseñador de modas? ¿Bailarín?

—No soy gay —exclamó Lucienne en voz más alta de lo que hubiese querido. Miró a su alrededor, pero afortunadamente ya no quedaba nadie en el jardín. Milagring alzó las cejas y frunció los labios en un gesto que decía claramente que no le creía—. Soy bisexual.

—Gay a medias, entonces.

—Supongo...

—Pero te gustan los hombres.

—Y las mujeres también.

—Pero tu amigo el de los ojos mágicos era un hombre.

—Ajá.

—Y te acostaste con él, si mal no recuerdo.

—Ya déjalo, ¿quieres?

Lucienne habría matado a alguien por poder recordar eso. Se lo había imaginado miles de veces.

—¿Lo extrañas, verdad? —se atrevió a preguntar Milagring, tímida.

Lucienne asintió. Claro que lo extrañaba, joder.

—¿Quieres contarme qué ocurrió? Te hará bien.

El chico suspiró y lo meditó por un instante. Milagring tenía razón.

Necesitaba hablar con alguien, descargarse. Le haría bien. Lo contó todo, desde el color del cielo aquella mañana en la que había despertado hasta la última vez que había visto a Absalón, en el bar.

—¿Y no te ha llamado ni una vez?

Lucienne sacudió la cabeza.

—Es... muy extraño —susurró ella—. Todo lo que dices, es como si... no lo sé... no fuese normal.

—¿Crees que te estoy mintiendo?

—No, no... claro que no, pero...

—No recuerdo nada. Cuando llegué a esa casa ni siquiera sabía el nombre de mis padres. No recuerdo cómo se toca el violín, ni siquiera sé cómo sostenerlo.. A veces... a veces quiero huir de nuevo, ir a buscarlo... pero cuando estaba con él las cosas no iban tan bien. Teníamos que robar, a veces pasábamos hambre... —Lucienne se detuvo.

—¿Qué?

—Jamás comía.

—¿Qué? —repitió Milagring.

—Que jamás lo vi comer —exclamó Lucienne. Milagring se tensó.

—¿Estás seguro? —Él asintió—. ¿Quieres decir que... tal vez era algo así como un vampiro o...?

—No digas tonterías.

—¡No son tonterías! ¡En la isla donde nací hay una leyenda...!

—Señorita, joven —dijo una voz suave a sus espaldas. Lucienne se volteó. El camarero al que le había coqueteado un rato antes estaba frente a ellos. Lucía un poco decepcionado de ver a Lucienne con compañía femenina—. El recital de Yuhèlle está a punto de comenzar, todos los invitados se han retirado al Salón de la Princesa.

—¿Debemos irnos?

—No, solo les avisaba. Pensé que no querrían perderselo. —Y se alejó entre los setos y desapareció por una puerta lateral.

—¡Cielos, Yuhèlle! ¿No quieres verlo? ¡Yo lo vi hace tres meses en Rusia! ¡Casi me muero cuando mi padre me dijo que había conseguido asientos en la primera fila!

Milagring lo tomó de la mano y lo arrastró hacia el interior del hotel. Atravesaron el pasillo, el salón, al ver los elevadores ocupados bajaron corriendo la larga escalera que los llevaría al primer subsuelo, donde se ubicaba el salón de actos llamado Salón de la Princesa.

—¡Cielos, ya deben estar todos los sitios ocupados! —se lamentaba Milagring, chillando y dando saltitos.

Dos empleados flanqueaban la entrada al Salón de la Princesa. Desde afuera les llegaba el eco de la música. Una melodía oriental como las que Lucienne tenía en su iPod. Cuando Milagring llegó, llevando de la mano a Lucienne, corrieron una larga cortina de terciopelo rojo para permitirles el paso.

—¡Cielos! —gimió la chica, al echarle el primer vistazo al salón. Volvió a tirar de Lucienne, llevándolo en busca del sitio más cercano al escenario y se internaron entre la muchedumbre.

Era en vano, se dijo Lucienne. El lugar estaba lleno hasta los topes e incluso había gente de pie a los costados de los asientos. El salón tenía sus buenos ciento cincuenta metros de largo por unos cien de ancho. La decoración era más sobria que en el resto de los salones del hotel. Los asientos eran dorados, con tapizados de color turquesa. Al observarlos con atención, Lucienne se dio cuenta de que simulaban ser tronos.

—Allí está, cielos... oh, por Dios, ¡es él! ¡Es él!

Lucienne alzó la mirada. Allí estaba el cantante. Yuhèlle. En una pantalla gigante, ubicada a la derecha del escenario, su rostro sonreía, hermoso y andrógino, para su público.

Mientras se mezclaban cada vez más entre la multitud, Lucienne no dejaba de mirarlo. Se le hacía conocido. Su piel era blanca, tenía los ojos de un milagroso color aguamarina y sus pestañas claras y rizadas se agitaban cada vez que parpadeaba, seduciendo a los espectadores. Milagring se refería a él como un hombre, pero Lucienne tenía sus dudas. Sus rasgos eran delicados, casi femeninos. Sus labios rosados y carnosos eran demasiado perfectos como para pertenecerle a un varón.

Entonces Lucienne recordó en qué sitio había visto su rostro antes: en el pub donde había conocido a Talía, la zorra que le había robado el único recuerdo que tenía de Absalón. La hermosa mujer pelirroja del video musical.

El escenario estaba completamente desierto a excepción de un lujoso diván tapizado de blanco. El cantante estaba sentado allí, con sus largas piernas cruzadas, interactuando con dos bailarinas vestidas de odaliscas.

—¿Estás segura de que es hombre? —le preguntó a Milagring, que saltaba agitando los brazos y cantando a la par del cantante.

—¡Nadie lo sabe! —respondió ella, frenética. Una mujer anciana se volteó y la miró con reprobación, pero la chica no hizo caso.

Lucienne observó al cantante con atención. Vestía enteramente de blanco; unos pantalones cortos abombados que apenas le llegaban hasta los muslos y un largo tapado sin mangas de una tela fina, semi transparente. Calzaba unas sandalias de pequeña plataforma, sostenidas con tiras de piedrecillas plateadas.

Ni siquiera su voz ayudaba a desentrañar el misterio de su género. Era tan andrógina como su rostro, dulce y melodiosa. A veces, cuando su voz se elevaba en los agudos, Lucienne tenía la seguridad de que se trataba de una mujer. Cuando la voz bajaba y susurraba, arrastrándose sensualmente como una ninfa desnuda, estaba seguro de que era un hombre.

El bolsillo trasero de Lucienne comenzó a vibrar. Era el móvil que le había regalado Guillaume. Tenía dos llamadas perdidas y un mensaje de texto. Éste era, naturalmente, de su padre:

“Gauvin, nos vamos, ¿deseas quedarte o te vienes con nosotros? Puedo dejarte las llaves del auto en la recepción”.

Lucienne respondió que quería quedarse hasta que el recital de Yuhèlle acabara, pero no sabía cuándo sería eso. Dijo que se tomaría un taxi, aunque no resaltó que no recordaba cómo se manejaba un Porsche ni si tenía licencia de conducir. Un par de minutos más tarde, el móvil vibró de nuevo con la respuesta de su padre.

“Nos vemos en casa. Pásalo bien y no bebas”.

Genial, pensó. Ahora que sus padres no estaban podía hacer lo que se le antojara. Y... ¿qué se le antojaba exactamente? Tal vez buscar al guapo camarero, invitarlo a tomar una copa, pedirle su número de teléfono. Quizá no fuese buena idea. Muchos de los presentes lo conocían, le habían estrechado la mano a Gauvin preguntándole acerca de su carrera como violinista, de si tenía novia, de qué opinaba del nuevo disco de Vanessa Mae. ¿Y si alguien le iba con el chisme a Guillaume, diciendo que había visto a Gauvin Lautréamont flirteando con un camarero?

—¡Cielos, oh, cielos, ahí viene! ¡Ahí viene!

Lucienne salió de su ensueño y dirigió la mirada hacia donde señalaba Milagrino. Yuhèlle se había puesto de pie. A un costado del escenario, un telón se había levantado mostrando a los músicos que tocaban los tambores y a las

dos coristas. Las luces del escenario habían disminuido su intensidad y el cantante bajaba por una brillante escalerilla con movimientos lentos y gráciles, rodeado de bailarines.

Como estaba demasiado lejos para observarlo bien, Lucienne mantenía la mirada fija en la pantalla gigante. Vio cómo el público se volvía loco. Yuhèlle parecía no darse o cuenta o no darle mucha importancia. Seguía cantando, bailando, coqueteando tanto con las bailarinas como con los bailarines, sonriendo con toda su arrebatadora belleza desplegada.

Un hombre alargó la mano hacia Yuhèlle y alcanzó a rozarle un hombro con la punta de los dedos. El cantante se giró hacia él y le dedicó una caída de ojos pequeña y graciosa.

Entonces lo vio. Por detrás de los rizos rojos de Yuhèlle, recostado sobre una pared, con los brazos cruzados a la altura del pecho y mirando a la cámara que proyectaba la imagen del cantante en la pantalla. Lo vio allí, en la misma pantalla. Era Absalón.

El mundo pareció detenerse, el tiempo dejó de correr. Y en un segundo, desapareció.

—¡Absalón! —gritó Lucienne. Pero su grito se mezcló con la dulce voz de Yuhèlle, con el sonido de los tambores, con los gritos del público.

Abriéndose paso a empujones entre los espectadores sentados y los que estaban de pie, intentó llegar al sitio que había visto en la pantalla. Yuhèlle ya se había desplazado de nuevo al escenario, tal vez comprendiendo que si se quedaba un segundo más allí abajo sería devorado vivo por el público.

—¿Dónde estás? —chilló Lucienne.

Llegó hasta el extremo opuesto del salón y se sostuvo de una columna, mareado por el calor y el hedor que de repente le llenaba los sentidos. Perfumes de mujer, desodorantes masculinos, talcos, espray de cabello, maquillaje, ropa planchada, zapatos y bolsos de cuero. Se sostuvo el pecho y se limpió la frente sudorosa con la mano. Se quitó el saco y se arrancó el ridículo moño que llevaba al cuello. Alguien lo pisó y no le pidió disculpas, pero él no estaba de ánimo para exigirle buenos modales a un desconocido. Tenía que salir de allí si no quería desmayarse. Absalón saldría del lugar tarde o temprano y Lucienne estaría aguardándolo fuera.

Llegó a la salida casi arrastrándose. No había nadie montando guardia. El corredor estaba desierto. Increíble. Todos debían de estar allí adentro. Se desabrochó la camisa de un tirón y caminó hasta el elevador. Bajó hasta la planta baja, atravesó el salón desierto, corrió por el pasillo y salió a la noche,

al jardín de la fuente con forma de taza.

Sin detenerse a pensarlo, se apoyó sobre el borde y metió la cabeza en el agua. Fue como respirar vida. El agua no estaba fría ni mucho menos, pero después de casi haberse desmayado en aquel microondas, Lucienne la sentía como un regalo del cielo. Sin sacar la cabeza y aguantando la respiración, metió los brazos, empapándose la camisa, y se mojó el cuello, el pecho y el estómago. Diminutas gotitas atravesaron la ropa interior y bucearon por su bajo vientre, haciéndole cosquillas.

Resucitado, comenzó a sacar la cabeza de la fuente. Pero algo se lo impedía. Alguien, mejor dicho.

—¡Jogghhhergg! —chilló, tragando largas bocanadas de agua. ¡Alguien le sostenía la cabeza! ¡Alguien intentaba ahogarlo! Sacó los brazos de la fuente y los revoleó a ciegas en busca de su atacante, pero solo logró golpearse los puños contra la piedra.

—Ya, ya... tranquilízate.

Y aquello que lo sostenía lo soltó.

Al sacar la cabeza, se golpeó la frente contra el borde. El sabor metálico que le llenaba la boca le reveló que se había roto el labio. Le dolían los puños. Y estaba mareado, mucho más que antes.

—Lo siento —susurró el atacante.

Lucienne se apoyó sobre la frente, tosiendo, intentando recobrar la compostura. Solo veía sus zapatos negros, borrosos, como si un pincel gigante los hubiera borroneado con una pincelada. Algo le tomó el mentón y le levantó el rostro. Vio dos círculos de colores, dos ojos pequeños y rasgados que lo contemplaban con preocupación. Un ojo celeste. Un ojo dorado.

—Lo siento —repitieron los ojos.

Lucienne soltó un jadeo ahogado y se lanzó a los brazos de Absalón.

SOBRE MI LECHO, POR LAS NOCHES

*Jaleo y retornelo, ambos locos,
y mejor divinos que infernales, más infernales
que divinos, para mi perdición, en ellos nado y vuelo,
en su sudor, en su aliento y en su baile.*

MILLE E TRE, Paul Verlaine

—Tú, desgraciado —gruñó el chico, poniéndose en puntillas de pie para alcanzar el rostro de Absalón. Sorprendido, el demonio se dejó besar.

¿Qué le ha sucedido?, se preguntó, tomándolo de la cintura. Oh, ¿importaba acaso? Hacía tanto tiempo que no sentía a Lucienne tan cerca. Lo acercó a su cuerpo de un empujón y lamió sus labios heridos, la sangre que manaba de su boca. Un chispazo de electricidad tiró de él, extendiéndose desde su entrepierna, subiendo por su columna y estallando en su cerebro. Jamás había bebido la sangre de una musa. Era dulce como la miel, intoxicante y adictiva como el peor de los venenos. La sangre de las musas había sido utilizada como afrodisíaco en las bacanales del Imperio Romano; era sabrosa para el paladar de los humanos, no tan peligrosa como la de los incubos y su efecto duraba el tiempo justo, a diferencia de la sangre de las sirenas.

—Te he extrañado —susurró Lucienne sobre sus labios, ensortijando los dedos en su cabello, tironeando apenas—. ¿Dónde te habías metido?

Absalón habría sonreído, pero se contuvo. Lucienne jamás le había dicho algo así. Las musas eran tan solitarias y desconfiadas...

—Yo también —contestó por fin. Los ojos de Lucienne se iluminaron de mil colores distintos. Con un pequeño gemido, el joven volvió a colgarse de su cuello para besarlo.

Algo había ocurrido aquella noche, en el momento del intercambio. Algo había hecho que Luciana dejara de ser Luciana y que el joven Gauvin dejara de ser Gauvin. Absalón tenía que estar seguro de qué era para poder remediarlo. Dio un respingo al sentir los dientes de Lucienne mordándole el

labio inferior con delicadeza.

No tenía sentido engañarse. Absalón no quería remediarlo. Si aquello que había sucedido podía ser revertido mediante algún método sobrenatural, Lucienne volvería a ser Luciania y recobraría sus recuerdos. Y si eso sucedía, lo rechazaría una vez más.

Había perdido la cuenta de las veces que había sido rechazado por ella en el pasado. No quería perder lo poco que había conseguido.

—Vamos a una habitación—susurró Lucienne, resbalando las manos por su pecho y agarrándole la corbata—. Me debes unas cuantas explicaciones.

Sorprendido, Absalón examinó el rostro del joven. Los ojos eran los mismos abismos azules que lo habían contemplado aquella noche en Sodoma, en el palacio del escultor. Su cabello mojado ostentaba un idéntico color rubio ceniza. La única posible diferencia estaba en su piel y lo marcado de sus rasgos. La piel del Lucienne actual era pálida como un copo de nieve, sus pómulos estaban menos marcados y sus rasgos eran más delicados, más juveniles.

Alargó un dedo hacia su mentón y acarició los diminutos puntos de la barba, apenas una sombra dorada sobre su piel.

—La pediremos en la recepción—le contestó, acariciándole la mejilla.

Lucienne recordó a Milagring. Se había olvidado de ella completamente en cuanto vio el rostro de Absalón en la pantalla gigante.

—He visto a Milagring—le dijo a Absalón, mientras salían del edificio principal rumbo al Ala del Sultán, ubicada del otro lado del complejo—. Estaba aquí.

¡Tenía tantas cosas para contarle! Y demasiadas para preguntarle, también. Quería saber quién era Absalón en realidad, por qué asistía a eventos de la alta sociedad y vivía en un edificio a punto de derrumbarse, por qué había dejado que Lucienne robara si tenía dinero para pagar una noche en ese hotel.

—¿La china ebria?—susurró el hombre, mientras entraban en un amplio salón de brillante suelo blanco y muros repletos de escenas sacadas de *Las Mil y Una Noches*. Lucienne quería detenerse a admirar todos aquellos detalles, pero sabía que no era el momento adecuado. Quería arrancarle a Absalón todas las respuestas que necesitaba.

—Sí. Vino con sus padres, hablamos un rato. Fuimos al recital, pero cuando te vi la perdí...—se lamentó. Habría querido pedirle el móvil o alguna dirección de correo electrónico. Quizás, si su familia era tan rica, pudiese averiguar su apellido. Investigando un poco lograría contactarla—. Y

no es china, es filipina.

Absalón se detuvo en la recepción del nuevo salón e intercambió unas palabras con la empleada. La mujer lo miró a los ojos, seguramente impresionada por sus colores distintos, le echó una breve ojeada a Lucienne y le entregó a Absalón una tarjeta.

—Tiene los ojos rasgados —bromeó el hombre, entrando en el ascensor luego de Lucienne.

—Es guapa.

Absalón chasqueó la lengua. La condición bisexual de Lucienne era algo que quizá también requería una explicación. Por lo general, en cuanto a lo que él sabía acerca de ellas, las musas femeninas solo sentían atracción por seres del sexo opuesto. Como las súcubos. Jamás había visto un caso de verdadera homosexualidad en las musas. Aunque no podía decirse que Absalón hubiese conocido muchas musas. En toda su inmortal existencia solo se había topado con cuatro. Dos féminas y dos machos. Luciania; una musa histérica llamada Talía que gustaba de vestirse como una adolescente; un muso que tenía predilección por las poetisas, llamado Kamal; y un bastardo pervertido que decía llamarse Tiberiades y que en la actualidad, según las fuentes de Absalón, era dueño de una productora de pornografía. Era famoso por poseer una de las esencias más extrañas entre los seres demoníacos: nubes de tormenta, raíces de mandrágora y polen de rosas blancas.

Lucienne le quitó la tarjeta de las manos y abrió la puerta de la habitación. Era la número 65. Estaba alfombrada de color turquesa y la enorme cama lucía un precioso acolchado blanco de piel. El aire acondicionado estaba encendido y la temperatura era agradable. El baño estaba expuesto para todo el que quisiera admirarlo; a Lucienne le llamó poderosamente la atención la ostentosa tina redonda y el lavamanos con forma de ostra marina. Aquel sitio era un obsequio para la vista.

—¿Cómo has estado? —preguntó Absalón, quitándose el saco y echándolo encima de un pequeño sillón celeste. Se recostó sobre la cama y cruzó los brazos detrás de la cabeza. Lucienne se sintió invadido por una inocente sensación de *déjà vu*. Sin embargo, descubrió que aquella imagen del Absalón en la pequeña habitación del viejo edificio, con la noche derramándose sobre su piel y el aroma nocturno flotando en el aire, le resultaba mucho más atractiva. Una parte suya añoraba aquellos días. Ya habían transcurrido casi dos meses desde que descubriera que tenía padres y un pasado.

—Echándote de menos —musitó el chico, quitándose los zapatos y

recostándose junto a él—. Habla, vamos —dijo en voz baja, apoyando la cabeza sobre el hombro de Absalón.

—Habla tú. Dime todo lo que sabes.

Lucienne soltó un resoplido malhumorado que se transformó en un suspiro.

—Me llamo Gauvin Lautréamont, tengo diecisiete años. Vivo en una enorme casa en un barrio privado. ¿Qué más quieres que te diga, eh? —Se giró y se sentó sobre las rodillas. Absalón levantó la mirada y lo contempló a los ojos—. ¿Por qué no me cuentas algo acerca de nosotros? ¿Cómo nos conocimos?

Absalón alargó un brazo y le apoyó la mano en el hombro, para que se recostara de nuevo.

—Nos conocimos hace mucho tiempo. En una fiesta.

—¿Cuánto tiempo? —rebató Lucienne.

Absalón dejó caer un silbido suave.

—Tanto que no lo recuerdo.

—¿Éramos pequeños?

El pecho de Absalón amenazó con temblar por la risa, pero se mantuvo en sus trece.

—No exactamente.

—¡Absalón, por favor! —exclamó Lucienne, dejando caer los brazos a sus costados—. Ya sé que esto es complicado, somos dos hombres, pero... ¡diablos, no es para tanto! Podemos estar juntos. Puedo hablarlo con mis padres, te los presentaré. Son algo recatados, pero si les digo...

Dejó de hablar. Absalón lo observaba serio, sin ninguna expresión en el rostro. Algo en ese vacío de emociones le dijo a Lucienne que estaba diciendo tonterías. Tragó saliva. Absalón se apoyó sobre sus codos y se irguió. El chico lo contempló mientras se acercaba, sintiéndose tan pequeño y vulnerable como hacía dos meses atrás. En aquel entonces, Absalón le causaba temor.

Los extraños ojos de Absalón se fueron haciendo cada vez más grandes y Lucienne pudo sentir el calor de su piel buscando cobijo en la suya. Se inclinó hacia su rostro. Sus narices se rozaron y Lucienne cerró los ojos, complacido y tembloroso. Los labios de Absalón le acariciaron las mejillas, los pómulos, le hicieron cosquillas en el cuello. El chico se estremeció cuando abrió la boca y le besó el lóbulo de la oreja, dándole una pequeña lamida.

—¿Sabes hace cuánto tiempo deseo hacer esto?

Lucienne cayó sobre la cama de espaldas. Abrió los ojos, sobresaltado. Absalón se lanzó hacia él como un hambriento hinca los dientes en una

manzana jugosa. Lo siguiente que supo Lucienne era que jugaba contra Absalón una guerra de manos y pies. Ganaría el que desnudara al otro primero. Podía ver la lujuria brillar en sus ojos ávidos.

Lucienne fue derrotado cuando Absalón todavía llevaba la ropa interior. Extrañamente, ahora no se sentía amenazado. Se sentía simplemente... deseado.

El cuerpo de Absalón era pálido y fibroso. Con la respiración agitada y sin preocuparse por recobrarla, el chico se acercó a él y lo acarició, recorriéndolo con las manos abiertas y los ojos atentos. Pero Absalón parecía demasiado ansioso como para querer perder el tiempo en caricias. Lucienne se vio lanzado de nuevo a la cama, besado, lamido, succionado, sin poder hacer más que suspirar.

—No sabes cómo he esperado esto —susurró Absalón, deseoso, encaramándose sobre él—. Te me has escabullido durante tanto tiempo que jamás pensé que podría tenerte algún día... —Lucienne frunció el ceño, confundido—. Siempre he fanfarroneado contigo, siempre he jugado a que sabía que caerías, pero —tomó aire—, eran puras tonterías para fingir que no me importaba que me rechazaras.

—¿Qué? —exclamó Lucienne. De repente, el deseo se esfumó y fue sustituido por la antigua sensación de desolación: la que le recordaba que estaba enamorado de un perfecto desconocido—. ¿Qué estás diciendo?

Absalón se mordió el labio y cerró los ojos, con una expresión herida. Abrió la boca y quiso decir algo, pero las palabras se quedaron a mitad de camino, entre la tráquea y el orgullo. No lo diría.

—Lo siento —dijo, dejando solo a Lucienne en su parte de la cama, dándole la espalda.

Con un nudo en la garganta, el chico tuvo que aceptar que las cosas no iban a mejorar. Quizás Absalón fuese un asesino, un narcotraficante, un terrorista. Las palabras salieron disparadas de su boca:

—No comes —sentenció, con los ojos puestos en su cuello, en las mechaz negras que le acariciaban las primeras vértebras de la espina.

Un silencio perfecto le siguió a sus palabras. Por unos segundos, en la habitación no se oyó ni el lúgubre silbido del aire acondicionado, ni la respiración acelerada de Absalón, ni el latido de sus corazones desesperados. Nada. Un silencio como el que solo puede reinar en la muerte.

—Sí lo hago —respondió Absalón y Lucienne sintió un escalofrío al oír lo suave y tranquila que había sonado su voz. El hombre se giró sobre la cama y

quedaron frente a frente, los ojos de uno a menos de un palmo de distancia de los del otro—. Pero no me alimento de lo mismo que tú.

Algo se retorció en las entrañas de Lucienne. El calor que lo había dominado minutos antes se había evaporado. Ahora su cuerpo estaba frío. Frío, aterrorizado e incapaz de efectuar el menor movimiento. Los extraños ojos de Absalón inspeccionaron su rostro, su expresión, ya vacíos de la pasión que los había inundado antes.

Una parte de Lucienne lo había sabido todo el tiempo. Y esa misma parte se había ocupado de ignorarlo, de convencer al resto de Lucienne que las rarezas de Absalón eran solo eso, rarezas inocentes como el color diferente de sus ojos, como el que lo hiciera dormir de día, cuando la ciudad a sus pies rezumaba vitalidad y luz. Otra parte de sí mismo quería huir. Pero no lo hizo, tal vez porque esa parte era en realidad muy pequeña o tal vez porque de repente tenía demasiado miedo. O quizá no. Era posible que el extraño no fuese Absalón. Y si así era... los extraños serían los otros. El resto del mundo. Los parisinos que dormían bajo el amparo de la noche, los mismos que vivían bajo la bendición del sol. Si todo eso era cierto, cosa que realmente tenía sentido, significaba que Lucienne era tan extraño como el hombre que se encontraba a su lado.

Absalón rompió la distancia que los separaba y lo besó en los labios. Lucienne se rindió y cerró los ojos.

—Deberíamos irnos ya —susurró Lucienne. Se encontraba demasiado cómodo en la cama, acunado por los brazos de Absalón, pero sabía que sus padres estarían preocupados por él. Faltaba poco para que diesen las cuatro de la madrugada. Le extrañaba que todavía no lo hubiesen llamado al móvil.

Obedeciendo, Absalón se levantó de la cama y comenzó a buscar su ropa entre la montaña de prendas arrugadas que estaban en el suelo. Lucienne lo imitó.

—Ya no robas, ¿verdad? —preguntó el hombre cuando la billetera del chico cayó al suelo, mostrando un par de tarjetas de crédito, la credencial de la clínica privada y dos o tres billetes.

Lucienne le dirigió una sonrisa triste. Una parte de él, la que antes había sentido miedo, prefería jamás haberse enterado de que tenía padres. La vida con Absalón era dura, pero emocionante. Había solo una palabra para calificarla, una palabra que lo abarcaba todo: libertad. Con los Lautréamont, Lucienne debía disfrazarse de Gauvin y acabaría en el conservatorio de

música, haciendo el ridículo frente a cientos de personas cuando se descubriera que ya no sabía tocar el violín.

Eran las cuatro y cinco de la madrugada cuando salieron del hotel. Se quedaron de pie frente a la fuente de las aguas danzantes, sin saber muy bien qué hacer o qué decirse. Lucienne se sentía incómodo.

—¿A dónde irás? —le preguntó a Absalón. Este se encogió de hombros.

—Volveré a nuestro acogedor refugio —dijo, y el chico supo que se refería a la habitación del edificio ubicado en la calle Etienne de la Boétie—. Puedes venir a visitarme cuando quieras, aunque preferiría que fuera de noche. —Alargó la mano hacia el rostro de Lucienne y le apartó las mechas rubias que le caían sobre la frente—. Podremos recordar... viejos tiempos.

—Ven conmigo —ofreció Lucienne—. Te presentaré a mis padres. No les diré que somos novios. Tan solo amigos.

Absalón se lo pensó por un momento. Si aceptaba, tal vez pudiese investigar aquella casa en busca de pistas que le dijeran a dónde había ido a parar Luciania.

—¿Estás seguro?

Lucienne asintió.

—De acuerdo. Acepto.

Salieron de los territorios del hotel y se pararon en una esquina a esperar un taxi.

—¿Qué has hecho en todo este tiempo? —preguntó el chico.

—Nada interesante —respondió Absalón—. ¿Tú?

Lucienne le dirigió una mirada malhumorada y estiró el brazo para detener un taxi.

—Ya te dije lo que he hecho.

Subieron al automóvil, Lucienne le indicó la dirección al conductor y emprendieron el viaje. El sujeto intentó entablar conversación con ambos, pero los dos la dieron por terminada antes de que transcurrieran los primeros cinco minutos. Luego de quince minutos, el dicharachero taxista chasqueó la lengua y encendió el radio.

Con la mirada perdida en la luminosa ciudad que brillaba detrás de la ventanilla, Absalón buscó la mano de Lucienne y la aferró suavemente. Le hizo cosquillas en la palma con la yema de los dedos, giró el rostro y le susurró:

—No sabes cuánto me alegra que estés bien.

En algún momento del viaje, Lucienne se durmió. Por primera vez en aquellos dos meses, no tuvo pesadillas.

VIZCONDE ABSALÓN, PARA SERVIRTE

*Me fui, los puños en mis bolsillos reventados,
mi paletó también se había hecho ideal;
fui bajo el cielo, ¡Musa! Y yo era tu leal;
¡Oh! ¡Allí allí! ¡Cuántos espléndidos amores he soñado!*

MI BOHEMIA, Arthur Rimbaud

Lucienne salió disparado del sueño como un cohete. En cuanto abrió los ojos, supo que algo andaba mal. Lo primero que pensó fue que estaba en un carrusel: las luces de la ciudad giraban a su alrededor, mezclándose, licuándose. Oía gritos, chillidos, ruidos que no pudo identificar.

—¡Lucienne! ¡Despierta! —era la voz de Absalón.

—¿Qué le ocurre? —exclamó otra voz.

Lucienne comenzó a toser. Estaban en el taxi y Absalón se encontraba inclinado hacia él, con una botella de agua en la mano. El conductor estaba fuera del auto, hablando con un hombre vestido de azul. Un policía.

—¿Estás bien? —preguntó Absalón, buscando sus ojos.

Lucienne no estaba seguro. Ni siquiera sabía qué le había sucedido.

—Creo... creo que sí...

—Lucienne, escúchame, presta atención...

Y el chico obedeció. Escuchó. Prestó atención... y olió el nauseabundo olor a humo que lo llenaba todo, oyó los chillidos de las sirenas de los bomberos, vio las luces de los coches de la policía.

Un agudo pitido acabó de despertarlo de golpe. Saltó del auto, pasando por encima de Absalón, que gritaba que no fuera estúpido y se quedara dentro del coche.

Sus pies cayeron sobre una superficie mullida. Pasto. Miró alrededor, refregándose los ojos. Se hallaba en las afueras del barrio privado de su casa. En medio de la calle, una multitud de gente se arremolinaba alrededor de los autos de la policía. Gente vestida, gente en pijama, gente descalza. Lucienne se

volteó hacia donde miraban todas aquellas desoladas personas.

Una columna de humo negro se elevaba desde el centro del barrio, cubriendo de a poco los árboles y las casas, llenándolo todo de un ácido hedor que rasguñaba la garganta. El cielo, que comenzaba a clarear, a pintarse de celeste, se había ennegrecido con las cenizas.

Entonces Lucienne miró por detrás de las rejas que cerraban el barrio privado, hacia la resplandeciente joya rojiza que temblaba en la lejanía. Y comprendió lo que estaba ocurriendo: su casa se incendiaba.

—¡Lucienne! —gritó Absalón, tomándolo del brazo—. ¡Tenemos que irnos de aquí!

El chico se sostuvo la cabeza con las manos. Estaba mareado. Absalón insistió:

—Lucienne, por favor... tenemos que irnos, no debemos dejar que te reconozcan.

Lucienne no podía oír nada más que el sonido de las sirenas. Las luces que giraban sobre los coches de la policía lo mareaban y cuando quiso cubrirse los ojos para evitar las náuseas, se dio cuenta de que aquel vehículo que vociferaba no era un coche patrulla.

Era una ambulancia.

—¿Isabelle y Guillaume...? —susurró, aferrándose de Absalón para evitar desplomarse. Una aguda punzada de remordimiento le sacudió las entrañas. No había dicho «mis padres». Los había llamado por sus nombres. Quiso retractarse, quiso preguntar «¿y mi padres?», pero cuando abrió la boca, ninguna palabra salió de ella.

Absalón se colocó detrás de él y lo arrastró de nuevo hacia el pasto, alejándolo de las personas y los automóviles. Le sostuvo la cabeza mientras vomitaba y no dejó que cayera al suelo.

—Escucha, Lucienne... por favor, tienes que escucharme...

El chico intentó mirarlo, pero los ojos le lloraban a mares y su estómago se retorció como si un puño gigante lo estuviese sacudiendo desde adentro. Oyó que alguien le decía algo a Absalón, pero el hombre gritaba y las piernas de la persona se alejaban. ¿Qué había dicho Absalón? ¿Quién era aquella persona? ¿¿Qué estaba ocurriendo, por Dios?!

—Isabelle y Guillaume han muerto, Lucienne. Querían matarte a ti, pensaban que habías regresado de la fiesta con ellos. Lucienne, por favor, ¡tenemos que irnos!

El chico pensó que jamás había visto a Absalón tan alterado. Observándolo

por detrás de las lágrimas que le empañaban la vista, el hombre se veía realmente gracioso. Con sus ojos de diferentes colores, su pelo negro revuelto y el horror en su rostro. Lucienne quiso soltar una carcajada histérica pero en vez de eso, otro chorro de vómito le subió por la garganta y salió disparado de su boca.

—¡Por la Reina Madre! ¿¡Qué te ocurre?! —gritaba Absalón, el de los Ojos Mágicos. Algo frío le mojó el rostro. Agua. Absalón le había vaciado una botella de agua en la cara. El hombre lo sostuvo de los hombros y le arrancó la camisa. Los botones saltaron en todas direcciones—. Lucienne... ¿dónde está la gema?

—¿Hmmm?

—¡LA GEMA, JODER! ¡TU MENKALINEN!

Lucienne se tambaleó hacia atrás y Absalón alcanzó a atraparlo para evitar que cayera de espaldas al suelo. Lo último que vio antes de desmayarse fue el cielo sembrado de humo negro.

—¡JODER! —gritó Absalón. Lucienne se había desmayado—. ¡JODER, JODER, JODER!

Tenía que huir de allí como fuera. Alzó a Lucienne y volvió a la calle, en busca del taxi.

—¿Se encuentra bien? —lo interceptó un policía. Absalón le dirigió una mirada penetrante y el hombre adoptó una expresión vacía, casi soñadora. Sin decir nada, se dio la vuelta. Absalón lo detuvo antes de que se alejara.

—Gauvin Lautréamont ha muerto —dijo el demonio. El policía asintió.

—De acuerdo —susurró, y volvió a internarse en la muchedumbre.

—Necesito que nos lleve a otro sitio —exclamó Absalón, plantándose ante el taxista.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el sujeto, ayudándolo a recostar a Lucienne a lo largo de los asientos traseros.

—Se encuentra perfectamente —replicó Absalón, y le dio al taxista la dirección del viejo edificio donde había vivido con Lucienne hacía dos meses.

—De acuerdo.

Pero no era cierto, pensó Absalón, desesperado. Algo le ocurría a Lucienne: no llevaba la *menkalinén* consigo. ¿Cuándo la había perdido? No recordaba habérsela visto esa noche. Eso solo podía significar que se la habían robado. Una musa jamás entregaría su fuente de energía vital, ¿verdad? Miró por el espejo retrovisor. Lucienne se hallaba débil. Su rostro se veía más pálido que de costumbre, fantasmal, como si una vela lo iluminara desde

adentro. Su estado tenía que deberse a la ausencia de la *menkalinen*. ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir una musa sin su almacén de almas?

Le habían robado la *menkalinen* y para liberar las almas de su interior habían intentado asesinar a la musa propietaria. Era una guerra. Absalón no permitiría que ningún demonio chiflado, tuviese el rango que tuviese, se aventurara a cometer genocidio contra los seres de su propia raza.

Soltó un suspiro cargado de desesperación. Los seres de su raza le importaban un comino. No existía ningún tipo de hermandad demoníaca. Los demonios se acababan unos a otros sin el menor remordimiento y Lucifago se aprovechaba de esa situación para alimentar su ridículo orgullo, para matar su aburrimiento. Era Luciania lo que le importaba, el único demonio que Absalón se encargaría de proteger.

Mientras el coche avanzaba a toda velocidad y el cielo empalidecía poco a poco dejándole paso al día, Absalón se preguntó por qué estaba haciendo eso. Por qué protegía a Luciania. Ella lo había rechazado en numerosas ocasiones y hasta lo había humillado frente a seres humanos. ¿Merecía que un Vizconde como Absalón sacrificara su pellejo por ella?

Lucienne se movió, pero no despertó. Cuando el taxi se detuvo frente al portal del edificio de la calle Etienne de la Boétie, Absalón lo cargó de nuevo y dijo, dirigiéndose al chofer:

—Me has servido bien, ¿cuál es tu deseo?

El hombre farfulló que quería ser el dueño de la agencia de taxis para la que trabajaba.

—Así será —cumplió Absalón, invadido por una extraña satisfacción al cumplir gratis el ridículo deseo de aquel pobre mortal.

Cuando subían al elevador, Lucienne comenzó a despertarse. En el instante en que el chico abrió los ojos, Absalón bostezó. Estaba cansado. Lucienne apoyó los pies en el suelo y se apoyó contra el muro del elevador, sosteniéndose la cabeza. Cuando la campanilla anunció que habían llegado al décimo piso, Absalón abrió la puerta. Soltó un grito de sorpresa. Allí, de pie fuera del elevador, había un muchacho.

Un muchacho que le resultó bastante conocido...

—¡Absalón! —gritó el joven—. ¡Por favor, tienes que ayudarme, te lo suplico! ¡Algo le ocurre a Michel! ¡Se ha escapado! ¡Por favor, hagamos otro pacto, te daré lo que me pidas! ¡Treinta años de mi vida, cincuenta, todos los años que quieras!

Absalón abrió los ojos como platos. Detrás de él, Lucienne permanecía

mudo y anonadado, intentando dilucidar el sentido de las palabras de Julien.

En su sueño, Lucienne era un ser etéreo, tan delicado como la caricia del ala de una mariposa. No tenía peso ni textura. Tan solo tenía color: era una nube de chispas de luz blanca, diminutos insectos brillantes que flotaban en el aire, ligeros y libres.

La nube que era Lucienne se encontraba en un amplio salón blanco que no tenía ni muros ni techo ni suelo; era como un vacío perfecto, una nada eterna que se extendía desde la tierra hasta los confines más remotos del universo.

Pero el salón eterno no estaba vacío. Conforme Lucienne avanzaba, flotaba en aquel entorno espectral, comenzó a ver figuras y formas. Vio un piano completamente transparente, hecho de cristal o de hielo pulido. Los miles de mecanismos de su interior estaban a la vista, como las vísceras de un animal congelado. En su camino, Lucienne vio flautas, liras, arpas, guitarras, ukeleles, tambores, xilofones, violines, violoncelos, panderetas, *derbakes*... vio cientos y cientos de instrumentos musicales flotando a la deriva en aquella profunda y eterna nada.

Los instrumentos estaban en silencio, nadie los tocaba, nadie interpretaba con ellos la más humilde melodía. De repente, al ver aquellas hermosas arpas sin dueño, aquellas largas flautas doradas sin ninguna mano acariciándolas, Lucienne se sintió triste.

¿Dónde estaban los músicos, los artistas?

Se acercó a una de las flautas y se introdujo por uno de los orificios. Allí adentro estaba oscuro, la única luz penetraba por los diez agujeros. Entonces, Lucienne fue despedido hacia afuera por una fuerza misteriosa. Mareado y de vuelta en medio del salón, vio que ahora la flauta era sostenida por un muchacho. De repente, una catarata de felicidad se derramó por todas sus células, llenándolo de una calidez misteriosa, de una paz inexplicable. Se puso a bailar al compás de la música, a girar, a dar volteretas y a saltar de un instrumento a otro. Patinó por las cuerdas de los violines, rebotó contra los tambores, usó las flautas como toboganes...

Entonces, todo se volvió negro.

Ahora Lucienne solo veía una densa oscuridad salpicada de destellos de colores, destellos que ni siquiera sabía si en realidad existían. Entonces comprendió lo que pasaba. Tenía los ojos cerrados. Cuando los abrió, se encontró de nuevo frente al piano. Sus manos pálidas (porque ahora tenía manos) bailaban endemoniadamente sobre las teclas y pudo identificar la

melodía que estaba interpretando: la canción que Gauvin tenía grabada en su ordenador...

—No puedo quitarte tantos años de vida.

—¡Vamos, sí que puedes! ¡Eres un demonio!

—Lo soy, pero no estoy dispuesto a hacerte eso. Morirás en cuanto se selle el contrato, ¿acaso quieres eso?

Silencio.

—Escucha —prosiguió la voz de Absalón—. Sé dónde está el alma de tu amiga...

—¿Estás seguro de que es ella?

—No me interrumpas. Escúchame bien. Están usando a tu amiga para cometer asesinatos. Todos aquellos humanos que vendieron su alma están siendo asesinados. Lucienne llevaba una gema al cuello, ¿lo recuerdas? Esa gema es una *menkalinen*, un depósito de almas... —silencio—... yo se la di como obsequio cuando sellamos nuestro contrato...

—Pero ¿qué...?

—¡Te he dicho que no me interrumpas!

Algo cayó al suelo con un estrépito y Lucienne se estremeció. Rogando que Absalón no se hubiese dado cuenta de que estaba oyéndolo todo, se quedó quieto e intentó recomponer su respiración.

—Se la robaron. Anoche alguien quiso asesinarlo. Si Lucienne es asesinado, las almas que están en la *menkalinen* serán liberadas y descenderán a los infiernos. Y si tu amiga es la culpable de su muerte, ten la seguridad de que me encargaré de que su alma sufra hasta el fin de los días.

—Pero no es su culpa —dijo el otro hombre, con la voz temblorosa—. Algo ocurrió, le han hecho algo... ella no es así.

Absalón soltó una risa amarga.

—¿Te crees que me importa? Entiéndelo, los humanos no son más que alimento para nosotros. Viven demasiado poco como para que podamos amarlos, y cuando los amamos, sufrimos. Este chico que ves aquí es lo único que me importa.

—¿Y él es humano?

Se hizo de nuevo el silencio. Un silencio tan pesado y tenso que Lucienne pudo sentirlo cerniéndose sobre él, aplastándolo.

—Por favor... te lo suplico.

Entonces allí estaba la verdad. Lo que Lucienne había aguardado, rogando en silencio. Gauvin había hecho un pacto con el demonio. Pero ¿por qué? La

respuesta acababa de llegar a él en sus sueños: para algo tan ridículo como tocar el piano.

—Tenemos que encontrar a tu amigo y la *menkalinen* que le han robado a Lucienne.

—¿Qué le harás a Michel si lo encuentras?

—Nada. Tú te encargarás de vigilarla hasta que recuperemos la *menkalinen*.

—¿Por qué su alma está en la *menkalinen* de Lucienne?

—No lo sé. ¿Estás seguro de que quieres involucrarte en esto? Te advierto que hay posibilidades de que no salgas con vida. Sé que estás despierto, Lucienne.

El chico sintió un sacudón en el estómago. Absalón sabía que lo había oído, ¿por qué lo había dejado hacerlo? Seguramente se había cansado de tanto secretismo y ahora que las cosas andaban mal... Se giró sobre la cama y se sentó. Se encontraban en la misma habitación donde habían vivido hacía dos meses. El muchacho llamado Julien estaba sentado en un rincón del dormitorio, abrazándose las rodillas. Lucienne lo identificó como uno de los chicos presentes en la fiesta de Milagrang. Absalón se hallaba de pie, apoyado contra la puerta. Sus ojos centelleaban en la penumbra.

Por la ventana, Lucienne pudo ver que ya se había hecho de noche. Había dormido todo el día, como era su costumbre. Probablemente faltaran un par de horas para la medianoche. El cielo se veía de un alarmante color naranja, como si una bestia estelar se hubiese desangrado en el ocaso, dejando como rastro de su agonía la brillante estela de sus entrañas desgarradas. Bajo la sangre de la bestia fallecida, París resplandecía como si miles de gigantes se hubiesen vestido con trajes hechos de estrellas.

—Ahora que ya conoces toda la historia —exclamó Absalón, y Lucienne estuvo a punto de interrumpirlo para replicar—, dime qué le ocurrió a la *menkalinen*.

Lucienne contó el episodio del pub y dijo que sospechaba que aquella chica llamada Talía le había robado la gema. Cuando el nombre *Talía* se asomó a sus labios, el rostro de Absalón se crispó de ira.

—¡Esa perra! —gritó, golpeando el muro con el puño cerrado.

—¿Es un demonio? —preguntó Julien.

—Es una musa —dijo Lucienne.

Absalón entrecerró los ojos y se acercó a él con sigilo. El chico se agazapó contra la pared, alarmado.

—¿Qué más sabes?

—No sé nada... Guillaume tiene un... —comenzó a decir. Al recordar todo lo que había ocurrido la noche pasada, enmudeció—. Mis padres están muertos... —susurró—, pero no me duele, ¿cómo puede ser que...? ¡Dios mío! ¡¿Cómo puede ser que no me duela la muerte de mis padres?! —le vociferó a Absalón en la cara.

Lucienne lo observó desesperado, en busca de alguna respuesta, pero el rostro de Absalón estaba vacío. Julien se mordía las uñas.

—¿Me has quitado mi alma, verdad? —chilló Lucienne—. Por eso no... siento nada.

Absalón calló. Se sentó junto a él, en la cama. El chico pensó que soltaría algún comentario cortante, que le gritaría o que lo haría callar. Pero en vez de eso dijo:

—Lo siento.

Lucienne se revolvió en medio de un escalofrío. Todos los vellos de su cuerpo se habían erizado de puro horror.

—No te he quitado tu alma —musitó Absalón—, pero tampoco puedo saber qué te sucede. Has perdido todos tus recuerdos, eso es lo único que sé con seguridad.

—¡HABLA, JODER, HABLA DE UNA VEZ! —bramó Lucienne, poniéndose de pie de un salto—. ¡ERES UN DEMONIO, HE HECHO UN PACTO CONTIGO! ¡HABLAS DE CONTRATOS, DE ALMAS, DE QUE ALGUIEN QUIERE MATARM...!

Lucienne se quedó mudo. Literalmente. Su voz se había consumido como el fuego de una cerilla. Intentó gritar, chillar, gruñir, ladrar, pero su garganta estaba sellada. Julien se puso de pie, espantado, pero Absalón, sereno, le indicó con un gesto que volviera a sentarse.

¡Hijo de puta!, quiso gritar Lucienne. Se llevó las manos a la garganta y sintió que su rostro enrojecía, que la sangre se le acumulaba en el cuello y en la cabeza. Mareado, se tropezó con una caja de cartón y cayó al suelo dolorosamente. Absalón se irguió, lo tomó de un brazo y lo devolvió a la cama de un aventón.

—Cuando decidas dejar de hacer escándalo, te devolveré la voz —sentenció—, pero por ahora deberás oírme.

Lucienne lo observó con furia contenida, apretando los puños.

¡Y eso es lo que te pedí, imbécil! ¡Habla de una vez!

—Es cierto lo que dices. Esa mujer que te quitó la *menkalinen* es una

musa. Talía es la musa de la comedia. No se dejen llevar por la imagen inofensiva de la mitología griega —y, por algún motivo que Lucienne no pudo saber, Absalón se giró hacia Julien—. Las musas son demonios y como todos los demonios, no entregan nada gratis. El contrato que ofrece una musa es sencillo y transparente: un alma humana por un talento que dura hasta el día de la muerte. Cuando el ser humano muere, su alma no se dirige ni al infierno ni al cielo. Queda atrapada en un almacén llamado *menkalinen*, que es forjado en los mismos Infiernos Flotantes por los orfebres demoníacos.

—¿Infiernos Flotantes? —repitió Julien. Absalón le dirigió una mueca divertida. Parecía estar disfrutando el discurso. Caminó hasta la ventana y se apoyó sobre el alféizar, dándole la espalda a la noche. La luz de la ciudad bordeó sus rasgos fuertes y se derramó en su cabello oscuro.

—¿Dónde crees tú que se encuentra el infierno?

Julien boqueó, sin saber responder. Feliz de llevar las riendas de la situación, Absalón prosiguió.

—En el fondo del océano, en las más remotas profundidades. Allí donde ningún ser humano ha llegado jamás. Allí se encuentra el infierno. Flotando en los confines de la tierra.

—¿Nadie ha ido... al fondo del mar?

Absalón se cruzó de brazos. Lucienne abrió la boca, horrorizado.

—Lo han intentado, por supuesto. Pero no lo han logrado, ni lo lograrán.

»El mayor entretenimiento de los demonios son las apuestas. Se apostó cuántos millones de años tardaría el hombre en descubrir el fuego, cuándo tendría lugar el primer nacimiento de trillizos, cuándo ocurriría la mutación genética que daría surgimiento a los ojos azules. Luego se apostó por cuánto duraría el reinado de Ramsés II, cuántos azotes recibiría Jesucristo antes de ser crucificado, cuántas víctimas acarrearía la peste negra...».

Absalón relató para Lucienne la apuesta que habían acordado Zadariel y Lucifago. Julien ya lo sabía, pero aun así oyó con atención. Cuando finalmente acabó de narrar su parte de la historia, el demonio le preguntó a Lucienne si ya se había calmado. El chico asintió, y de pronto supo que su voz estaba de vuelta. Extrañamente, todas las preguntas que quería hacer se habían esfumado de su mente.

—¿Esa *menkalinen* que yo tenía... es de una musa, entonces? —dijo al fin.

Absalón tensó los hombros.

—Fue un obsequio de un conocido, alguien a quien le hice un favor. Un demonio llamado Zabaroath me la dio a cambio de que legitimara unos

contratos ilegales.

El muchacho abrió los ojos hasta que le dolieron.

—¿Tú? —replicó Lucienne, perplejo—. ¿Para que los legitimaras *tú*?

Absalón se relamió los labios y esbozó una mueca muy parecida a una sonrisa. Luego chasqueó la lengua.

—Pero si no me he presentado adecuadamente —susurró, girando los ojos. Se acercó a Lucienne, que permanecía acurrucado en la cama, le tomó la mano derecha y la acercó a sus labios diciendo—: he aquí el que responde a los nombres de Absalón, Akibal, Meleagant, Estedonte, Framscis, Satialor. Vizconde de los Infiernos Flotantes, gobernante de noventa y nueve legiones. El Vizconde Absalón, para servirte.

ILUMÍNAME

*¡Beso! ¡Malvarrosa del jardín de las caricias,
vivo acompañamiento en el teclado de los dientes,
dulces canciones que Amor entona en los corazones ardientes
con su voz de arcángel de languideces encantadoras!*

IL BACIO, Paul Verlaine

Lucienne sabía que Absalón le ocultaba algo. Había algo en la historia que no terminaba de cuadrarle, un bache que sus palabras no habían llenado. Ese muchacho llamado Julien era humano, pero Lucienne no confiaba en él. En cambio, Absalón sí parecía hacerlo. Y mucho. Además, Lucienne notaba una palpable tensión sexual entre ellos. Se sentía celoso.

Durante tres días permaneció en la habitación del pequeño y miserable dormitorio, recuperándose de las fuertes emociones sufridas. Durmió como nunca había dormido jamás. Horas y horas de sueño plagadas de retazos de pesadillas ya conocidas lo invadían durante su descanso. Solo se levantaba para mordisquear algo de la comida que Julien traía, ir al baño y meterse un rato bajo el agua fría de la ducha. Luego, volvía a la cama para tratar de quitarse el cansancio de haber dormido tanto.

Apenas le vio el pelo a Absalón en esas tres noches. El demonio se aparecía a su lado sin avisar, lo contemplaba durante un rato y se esfumaba en el aire tan silenciosamente como había llegado. Pero Lucienne sabía que dormía junto a él. Cuando se despertaba, la fragancia de su esencia flotaba en el aire nocturno, acariciado por la brisa. Cuando la olía, Lucienne se preguntaba si algún perfumista desquiciado había logrado encerrar los aromas de las amapolas, del sol y la arena en un único frasco diminuto. El demonio se iba antes de que Lucienne despertara y regresaba cuando el muchacho ya estaba profundamente dormido.

Lucienne no logró esclarecer nada de lo que sus sueños le transmitían. Se habían vuelto desordenados y caóticos, como un televisor mal sintonizado que

cambia de canal continuamente. En sus sueños, a veces disfrazados de pesadillas, Lucienne veía hermosos bailarines vestidos de gala danzando en el fondo del mar, estatuas de mujeres desnudas, largos rollos de pergamino egipcio desenrollándose sin control. Oía canciones, miles de melodías sonando al mismo tiempo. Cantantes abriendo la boca en gritos de agonía, músicos ahorcados con las cuerdas de sus guitarras, hombres transformados en piedra.

En la noche del cuarto día, Absalón llegó trayendo una enorme caja de cartón. Por la fotografía impresa en una de las caras, Lucienne se dio cuenta de que era un televisor.

—¿Qué haces? —preguntó, refregándose los ojos llenos de legañas.

—¿Ya vuelves a hablar? —gruñó el demonio, dándole la espalda.

—Eres tú el que me está evitando —masculló Lucienne—. ¿Para qué has traído eso, de todas formas?

Absalón acabó de acomodar la antena y buscó el control remoto. Luego se echó pesadamente sobre la cama y le pasó al chico el brazo por los hombros.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres ver conmigo una película porno?

—Suéltame —farfulló Lucienne, apartándose.

Absalón soltó una risita suave.

—¿Qué? ¿Te haces el difícil?

Forcejearon, enredándose entre las sábanas de la cama deshecha. Lucienne no advirtió el momento en el que el forcejeo se volvió un juego, el instante en que comenzó a resistirse solo para provocarle a Absalón. Finalmente, el demonio logró inmovilizarlo, colocándolo boca abajo y sentándose sobre su trasero. Lucienne emitió un gruñido de descontento. Absalón le acarició la espalda por debajo de la camisa, desde la cintura hasta los hombros. El chico cerró los ojos, esperando. Lo que aguardaba no tardó en llegar: el hombre se acercó a su cuello, le apartó el cabello de la nuca y le besó la piel desnuda.

—Hueles muy bien, ¿lo sabías? —le susurró al oído—. Hueles a rosas, vino y sal marina.

Lucienne se volteó. Absalón estaba inclinado hacia él y sus ojos resplandecían de deseo contenido.

—Tú hueles a amapolas, sol y arena mojada.

Se contemplaron un momento, y entre ellos se encendió por un instante una chispa de reconocimiento mutuo. Lucienne frunció el ceño.

—Bésame...

Absalón se mordió los labios. Se aproximó a su rostro y pegó la boca a su

mejilla. Fue recorriéndolas, haciéndole cosquillas apenas. Pasó por el puente de la nariz hasta la otra mejilla y por ella bajó hasta el mentón. Deseoso, Lucienne se aferró de sus cabellos y lo atrajo hasta su boca. Se besaron tranquilamente, sin prisas; sus labios se rozaron, se acariciaron, se comunicaron en un lenguaje tan antiguo como la vida misma. En medio del beso, Lucienne supo que su lugar era junto a Absalón. El peso de esa certeza lo llenó de un sentimiento muy parecido a la angustia, porque sabía que al lado de ese hombre, al lado de ese ser, su vida sería como una montaña rusa siempre en movimiento: vertiginosa, impredecible, mareante, peligrosa... pero nunca aburrida.

Absalón enterró el rostro en su cuello, obligándolo a echar la cabeza hacia atrás, y Lucienne clavó la mirada en el cielo nocturno que se veía por la ventana. Por un instante, le pareció que se encontraba mucho más cerca del cielo que de la tierra, que si extendía un brazo hacia esa ventana podría arrancar del firmamento una estrella y echársela a la boca. Rodeó a Absalón con los brazos y le recorrió la espalda y los flancos.

—Tengo miedo —dijo.

El demonio se tensó.

—Lo sé —respondió en un susurro tan suave que apenas fue un siseo—. Yo estaré contigo, siempre. Yo te protegeré.

—Lo sé. —Lucienne sintió los ojos húmedos y notó el cosquilleo mojado de una lágrima atravesándole la sien.

Absalón se tumbó a su lado sin decir palabra y cuando el chico se acurrucó junto a él, lo envolvió con sus brazos, contagiándole su calor.

—¿Dónde está Julien? —preguntó Lucienne.

—En su trabajo.

—¿Por qué confías tanto en él?

Absalón se rio disimuladamente y Lucienne giró la cabeza hacia él. El demonio tenía la vista fija en el techo.

—Esa noche, en la fiesta, hicimos un pacto. Él estaba enfermo y yo lo curé a cambio de doce años de su vida.

—¿De qué estaba enfermo?

—De algo incurable.

Absalón se levantó de la cama y encendió el televisor. Fue pasando los canales.

—Tienes que prestar atención a los programas de noticias —exclamó—. Especialmente a las muertes extrañas. He estado investigando... ¿Recuerdas la

noche en que estábamos en el bar frente al casino? —Lucienne asintió—. Un asesino había confesado sus crímenes y fue condenado a muerte. En todos los países donde hay pena de muerte están ocurriendo este tipo de cosas. Ha habido más de tres mil penas capitales en los últimos tres meses. Una cifra exorbitante.

—¿Y qué haremos?

El demonio se volteó, sorprendido.

—¿Hacer? Nada. Lo que tenemos que hacer es intentar prever los pasos del asesino, saber cuál será su próxima víctima. Y cuando lo hagamos, lo capturaremos e intentaremos negociar para recuperar tu *menkalinen*.

—¿Por qué deberíamos recuperarla? ¿Es... muy importante?

Absalón dejó en control remoto sobre la cama y se sostuvo la cabeza, como si los recuerdos de sus miles de años le pesaran.

—Más de lo que crees —respondió, dirigiéndose a la ventana.

Lucienne ya se había acostumbrado a verlo lanzándose hacia la oscuridad.

—¿A dónde vas? —le preguntó, sabiendo que el demonio no respondería. Pero, para su sorpresa, Absalón lo hizo:

—A visitar a ese conocido que mencioné el otro día.

Zabaroath era el jefe del mercado negro de pactos demoníacos. Absalón le había hecho muchos favores a lo largo de los milenios, principalmente legalizando contratos que algunos demonios proscritos realizaban con los humanos. Como Absalón era un noble, Zabaroath se sentía afortunado de contar con su simpatía. Por su parte, el Vizconde lo consideraba de mucha ayuda en los momentos problemáticos. Y este, sin duda, era uno de esos momentos.

Zabaroath seguía tratando con demonios proscritos, aquellos diablos traviosos que habían cometido faltas o violado las leyes de los pactos y habían perdido su licencia y por ende, su permiso para alimentarse de los humanos.

Los proscritos corrían a los brazos de Zabaroath como moscas atraídas por la miel. El jefe del mercado negro les vendía licencias falsas o incluso alimento a aquellos que no se atrevían a cometer una falta mayor. Además, Zabaroath era un gran informante y los mismos demonios proscritos en ocasiones pagaban sus servicios con datos de valor.

La primera vez que Absalón acudiera a Zabaroath lo había hecho en busca de información acerca de las musas demoníacas. Quería saber qué tipo de demonios eran, su historia, sus costumbres, sus debilidades, todo, absolutamente todo lo que Zabaroath pudiera enseñarle. El jefe del mercado

negro le dijo cosas muy interesantes, como, por ejemplo, que todas las musas poseían una gema llamada *menkalinen*, un depósito de almas que contenía su energía vital. Cuando Absalón le preguntara a Luciania qué obtenía de los humanos con los que pactaba, él ya lo sabía todo acerca de ella. Se sintió complacido cuando la musa le contestó con la verdad, cosa que solo podía significar que estaba ganándose su confianza.

Zabaroath le dijo, además, que las musas vivían poco ya que su esperanza de vida dependía de su sagacidad a la hora de seducir a sus víctimas. Se lo mirara por donde se lo mirara, un alma era un precio que no muchos humanos estaban dispuestos a pagar. En el mundo ahora solo existían pocas musas, los últimos sobrevivientes.

Absalón se sacudió la ropa llena de brillantes gotas de rocío nocturno. Esperaba que Zabaroath siguiera en la ciudad. Con todo lo que estaba sucediendo, era probable que el jefe del mercado negro de pactos demoníacos se hubiese trasladado a un lugar más tranquilo. Atravesó el parque, caminó por una larga avenida y llegó al sitio en el que había visto a Zabaroath por última vez.

ANTICUARIO POSEIDONIS
JOYERÍA MARFILES PORCELANAS MUEBLES
ARAÑAS OBJETOS DE ARTE CUADROS ESTATUAS

La tienda ya tenía puesto el cartel de cerrado, pero las persianas no estaban bajadas. Zabaroath sabía que el Vizconde Absalón lo visitaría. El salón lucía apenas iluminado por un candelabro de pie que simulaba ser un árbol. Las velas estaban colocadas dentro de pequeños recipientes con forma de manzanas y el débil y parpadeante resplandor se extendía con pereza por el salón, acariciando los rasgos de las estatuas dormidas, los broncees, los adornos de vidrio.

Absalón golpeó la puerta con el puño. No sentía la presencia de Zabaroath, cosa que no le extrañó en absoluto. Los demonios menores también tenían sus pequeñas jugarretas para lograr pasar desapercibidos. Y Zabaroath no era cualquier demonio menor. A pesar de que las puertas estaban cerradas, desde la calle se olía el aroma de los inciensos que se quemaban allí adentro. El anticuario estaba ubicado entre dos casas antiguas de porte señorial. El propio anticuario era un edificio viejo, de dos pisos, con sus balcones y sus ventanas enrejadas con motivos de flores de lis.

Por entre la semipenumbra cargada de humos perfumados, Absalón vio la figura de Zabaroath hacerse cada vez más grande y sólida. Esa noche, el jefe del mercado negro de pactos demoníacos había elegido un cuerpo femenino. Una alta y esbelta mujer pelirroja, de unos treinta años, ataviada con un ceñido vestido negro y zapatos de tacón alto. La mujer, Zabaroath, tomó las llaves que estaban sobre un piano y abrió la puerta de la tienda.

—Te esperaba, Ilustrísimo —exclamó Zabaroath, con una sonrisa casual. Los ojos de la pelirroja eran azules, de un azul artificial vidrioso, casi plástico. Por un instante, Zabaroath dejó que Absalón oliese su esencia para que verificara su identidad: limón, lluvia y piedras calientes. Cuando Absalón estuvo seguro de que se encontraba frente al verdadero Zabaroath, dejó que éste a su vez oliese su esencia.

—¿Es la nueva moda? ¿Travestirse? —rió Absalón, entrando en la tienda.

—En estos tiempos tan peligrosos cualquier precaución es poca —respondió el otro demonio, cerrando la puerta con llave otra vez—. Aunque Luciania lo practica desde hace tiempo, ¿verdad? Solo utiliza su verdadera forma para firmar contratos.

—Tendré que venderle mi alma —bromeó Absalón, porque la verdadera apariencia de Luciania le importaba muy poco y además, porque carecía de un alma. Para él, la musa no tenía verdadera forma. No había forma verdadera o disfraz. Lo único auténtico era su esencia de rosas, vino y sal marina.

Zabaroath se sentó detrás del mostrador. Había dos tazas preparadas. De una tetera de porcelana china se elevaba un fuerte aroma a frutas ácidas. Absalón reconoció el brebaje. Era la bebida de los demonios: el comúnmente llamado Barrabás.

Zabaroath sirvió dos tazas y le acercó una a Absalón.

—¿Cómo está tu musa? —preguntó.

—Encerrado. Le prohibí salir. Como no puede utilizar su magia, tuve que hechizar todo el apartamento. No lo encontrarán.

—Debo agradecerle, Vizconde —dijo Zabaroath, bebiendo de su Barrabás—. Fue la primera vez que vi una musa. Es tan hermosa, su magia es tan encantadora. Te envidio...

Zabaroath sonrió con expresión soñadora. Debido a su ocupación, el demonio trataba principalmente con la escoria de los Infiernos. Raramente pasaban por su tienda seres glamorosos como musas, sirenas o súcubos.

A Absalón no le molestaba que un demonio menor como Zabaroath lo tratara de tú. Ya se había aburrido de las formalidades de la nobleza y además, le

debía un favor.

—Quería ir a Egipto a toda costa, ¿no se te ocurrió nada mejor? —se lamentó Absalón, probando el Barrabás.

—No, lo siento —se disculpó el otro demonio, con una risita.

—Me ha ocurrido un pequeño accidente —comentó Absalón. Zabaroth alzó las cejas y apoyó los brazos en el mostrador, dispuesto a escuchar—. Me tendieron una trampa: me invocaron y mi anfitrión resultó ser un viejo alquimista llamado Maldoror. Tenía un gato. Creo que ese gato fue su Avatar y Maldoror, su Aspirante. ¿Sabes algo acerca de ellos?

Zabaroth cruzó los brazos sobre el mostrador y soltó un suspiro. Luego sacudió la cabeza en señal de descontento y comenzó a hablar:

—He estado huyendo de ellos desde hace siglos, Ilustrísimo. Desde los tiempos de la Inquisición. Como has dicho, Maldoror es un alquimista. El gato, Thadeus, era su Avatar. Pero Maldoror no estaba conforme con su instrucción: deseaba saber más, aprender todos los secretos que Thadeus no le revelaba. Su avaricia hizo que traicionara a su Avatar, pero éste había tomado precauciones. Cuando Maldoror quiso asesinarlo, solo logró transformarlo en gato.

—Comprendo —dijo Absalón—. ¿Y para qué quiere acudir a ti?

—Para enmendar su falta. Está arrepentido de lo que le hizo a su Avatar, porque con el paso del tiempo ha comprendido que se dejó llevar por la insensatez. No quiero tener nada que ver con ellos, Vizconde —declaró Zabaroth, cuando Absalón estaba a punto de preguntarle qué le impedía concederle el favor a aquella inusual pareja—. A veces las cosas están mejor así.

Absalón no conocía la verdadera forma del jefe del mercado negro de pactos demoníacos, pero sabía cuáles no lo eran. Su verdadera forma no era la de la mujer pelirroja, ni la del enano de aquella noche. No habría confiado tanto en él si la hubiese conocido. Que Absalón no supiera cuál era la verdadera forma de Zabaroth no hacía más que incrementar su confianza en él.

—Zabaroth, necesito una *menkalinen* falsa —reveló Absalón, por fin yendo al grano—. Temo lo que pueda sucederle a Lucienne si continúa sin una fuente de energía vital.

Lucienne despertó con Absalón a su lado. Al principio pensó que seguía durmiendo, que seguía soñando. Se equivocaba. El demonio a su lado suspiró y giró el rostro hacia él.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó. Quería saber si había tenido pesadillas.

—Bien —susurró Lucienne. Y era verdad. Las pesadillas no lo habían abandonado por completo, pero al menos se sentía descansado.

La noche pasada habían salido. Absalón consintió en llevarlo al cementerio, allí donde habían sepultado a sus padres. Los restos de Isabelle y Guillaume habían sido incinerados y colocados en dos vasijas de plata en un mausoleo. A su lado descansaba una pequeña placa en memoria de Gauvin, cuyo cuerpo no habían hallado.

Lucienne no había llorado y eso lo llenaba de angustia y también lo avergonzaba. Se preguntaba si acaso le había sucedido algo que lo imposibilitaba para sentir dolor, para llorar la muerte de sus padres como cualquier ser humano. Pero si sentía angustia y vergüenza... eso tenía que significar que no todo andaba mal con él.

Los he olvidado, se repetía, eran casi dos desconocidos. Soy humano, los humanos no lloran por los desconocidos.

Les dejó un ramo de rosas y luego se fue del lugar, con Absalón a su lado, tan silencioso y mudo como las tumbas que florecían en el cementerio.

—Enciende el televisor —dijo Absalón.

Como todas las noches desde ya hacía tres semanas, Lucienne se pasaba las horas nocturnas mirando los canales de noticias. Absalón había conseguido una gigantesca antena que captaba cientos de canales, y cuando el demonio se iba, el chico manoteaba el control remoto y buscaba alguna película que le hiciera reír, olvidar las tristezas que le agujoneaban el corazón.

Lucienne no obedeció de inmediato. Se quedó en la cama, en medio de la oscuridad, oyendo nada más que el silencio, sintiendo a su lado la tibieza de ese cuerpo masculino que deseaba y que había comenzado a amar. O al menos eso creía, porque no recordaba haber estado enamorado y no podía hacer comparaciones. Tampoco recordaba si había mantenido relaciones sexuales con alguien y le habría vendido su alma al diablo para poder recordar esa única vez que lo había hecho con Absalón. Pero siendo que en ese momento Lucienne se encontraba compartiendo la cama con el diablo, la sola idea era ridícula. Tenía al diablo para que le hiciera recordar y no precisamente a cambio de su alma.

Lucienne tenía miedo de sus sentimientos. Sentía que, a pesar de dormir junto a Absalón todos los días, los separaba un abismo, un pozo profundo que no podía ser llenado con nada. Tal vez los secretos que guardaba Absalón

podiesen encajar en ese vacío y construir un puente para dejar que Lucienne corriera desde la orilla del abismo donde se encontraba, hasta la otra orilla. La otra orilla del abismo, de un abismo distinto, más peligroso, más real. Porque Lucienne sabía que dos seres que viven solo de noche no podían pertenecer a la luz y que, mientras Absalón no soltara las sogas que sostenían todos aquellos misterios, éstos no podrían perseguir a Lucienne para morderle los talones. Si Absalón callaba, Lucienne estaría a salvo. Quizás a salvo de su mente, de morir a causa de un sobrecalentamiento neuronal. De la locura.

—¿No me has oído? —susurró Absalón. Su voz se oyó suave, sensual. No fue una orden.

Lucienne se giró hacia él, para decirle con su cuerpo que estaba despierto. Absalón lo imitó y quedaron frente a frente, mirándose a los ojos. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, sus rostros se acercaron al mismo tiempo y sus labios se fundieron en un beso. Cuando se separaron, Lucienne se levantó y recogió del suelo el control remoto.

Sintonizó uno de los muchos canales de noticias y bajó el volumen al mínimo. El periodista decía algo acerca del mundial de fútbol. Nada interesante.

—¿No saldrás? —le preguntó Lucienne a Absalón.

—Esta noche habrá tormenta —dijo el demonio.

Lucienne lo miró. Los resplandores del televisor le teñían la piel de cientos de colores y hacían que aquella malsana perversidad de sus ojos se iluminara. Se acercó a la ventana y se apoyó en el alféizar, sintiendo el azote nocturno en las mejillas, en el pecho. Se le erizaron todos los vellos del cuerpo.

Absalón tenía razón. Llovería. Entre las luces de la ciudad, Lucienne alcanzó a vislumbrar la aguja de una iglesia cargando su cruz. Estaba a seis manzanas de allí, como mucho. La cruz acariciaba las nubes y el viento hacía que se arremolinaran en el cielo. Cuando los nubarrones llegaran hasta la iglesia, la cruz los atravesaría, los pincharía, y el aguacero se desataría sobre París.

Lucienne dio un respingo y soltó un pequeño grito. Absalón se había colocado detrás de él y le rodeaba la cintura con los brazos. El chico emitió un jadeo nervioso, pero el demonio siguió serio, imperturbable.

—Sostente de mí —susurró Absalón.

Lucienne quiso replicar, pero antes de que pudiese abrir la boca, sintió que se elevaban del suelo. Instintivamente, se aferró de Absalón con todas sus fuerzas y cerró los ojos. El demonio lo soltó y con una maniobra se lo echó a

la espalda, como a un saco de harina. Lucienne se abrazó a él con manos y piernas, comprendiendo lo que Absalón iba a hacer.

Y no se equivocó. Se elevaron del suelo hasta llegar al alféizar de la ventana y salieron de la habitación hacia la noche. Al notar el viento frío y húmedo en su rostro, el chico se atrevió a abrir los ojos. Descubrió que no tenía miedo. Se dio cuenta de que lo que había sentido segundos antes era lo que cualquier ser humano habría sentido. Y como Lucienne quería aferrarse a todo aquello que lo disminuyera y lo colocara a la misma altura que ese cualquier ser humano, su mente lo había engañado. Le había hecho pensar que tenía miedo cuando en realidad no lo tenía.

Sin soltarse de Absalón, apoyó la barbilla sobre su hombro y miró hacia abajo. Luces y luces y más luces. Luces de autos, de farolas, de edificios, de tiendas, de plazas, de fuentes. París era un gran lienzo negro satinado de estrellas mojadas. Era como el cielo que estaba detrás de esas nubes de tormenta que envolvían la ciudad con su abrazo venenoso.

—¿Te gusta? —le preguntó Absalón, girándose. Sus frentes chocaron, sus cabellos, de colores tan distintos, se mezclaron en medio de la humedad nocturna.

—Es fabuloso —gimió Lucienne, casi sin aliento.

—¿Tienes miedo? —susurró el demonio, y Lucienne notó en su voz un leve rastro de tristeza y de algo más que no logró identificar.

—No —negó—. Sé que no me soltarás.

Absalón suspiró, dejando salir el aire por la nariz. Así, con Lucienne sobre la espalda, planeó sobre las manzanas que rodeaban el edificio de la calle Etienne de la Boétie. Entonces, el chico comprendió lo que sucedía. Aquello no era el paseo romántico de una pareja enamorada. Algo ocurría y Absalón estaba vigilando los alrededores. Por algún motivo que no era la lluvia, Absalón se había quedado junto a él esa noche. Lucienne no quería hacer preguntas. Cielos, habría querido que aquello fuese un paseo. Absalón a veces se mostraba tan frío... Lucienne no quería insinuársele demasiado; su orgullo estaba intacto y no pensaba humillarse aunque se muriera de ganas. Si Absalón no respondía a las provocaciones, sus motivos debía tener, ¿verdad?

—¿Ocurre algo? —le preguntó Lucienne, acariciándole la oreja con su aliento tibio. Le rozó el cuello con los labios.

—Solo estoy tomando precauciones. He sentido que... podría haber peligro.

En ese instante, cuando Absalón dejó de hablar, sonó el primer trueno. A

los pocos segundos rompió a llover.

—Oh, por la Reina Madre —maldijo el demonio. Pero Lucienne estaba fascinado.

Planearon a toda velocidad hasta el techo de un edificio en el que había un enorme cartel luminoso. Era el afiche comercial de un perfume y Lucienne identificó el rostro que les sonreía: era Yuhèlle, el cantante que se había presentado en el hotel. Se encontraba de pie, posando para todo París, en una postura bastante femenina; la curva de su cintura se marcaba contra el fondo color cielo y sus piernas enfundadas en unas botas blancas parecían interminables. Su rojo cabello se extendía sobre sus hombros como un gran abanico de rayos de sol y sus manos de dedos largos sostenían una paleta de dulce. Vestía unos pantalones cortos de color rosa y una camiseta blanca de tirantes.

Absalón voló hasta el cartel con Lucienne sobre los hombros.

—Me he desorientado —susurró, dándole la espalda a Yuhèlle. Lucienne no tuvo tiempo ni para coger aire. El demonio se lanzó de nuevo hacia la tormenta y atravesó la lluvia como un bólido. El chico cerró los ojos con fuerza y cuando los abrió, se encontró de nuevo en medio el dormitorio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucienne, temblando de frío.

Absalón se acercó a él y le acarició el rostro, las mejillas mojadas. Lucienne cerró los ojos de nuevo, pensado que el hombre lo besaría, pero no fue así. Sintió un leve cosquilleo. Sus respiraciones se encontraron, se mezclaron... y Absalón se detuvo a medio camino. Lucienne lo vio alejarse de su lado, caminar otra vez hacia la ventana, subirse al alféizar... y lanzarse al vacío.

—¡Absalón! —gritó. Corrió hacia el alféizar y asomó la mitad del cuerpo hacia afuera. El demonio ya había desaparecido entre la lluvia. Con un respingo, el chico se dio cuenta de que estaba seco.

Lucienne se sentó sobre la cama, dejándose caer. Frustrado, manoteó el control remoto y cambió el canal. En un canal extranjero estaban repasando las noticias del día. Subió el volumen y aguzó el oído. El periodista hablaba en español. No entendió ni una palabra de lo que decía. En la pantalla apareció la foto de un hombre. Luego, imágenes del mismo hombre hablando con otro periodista. Lo estaban entrevistando. El hombre sonreía y la pantalla mostraba esporádicamente pinturas y dibujos de mujeres de enormes pechos y disfraces de superheroínas. La imagen cambió y la pantalla exhibió el paisaje de una peatonal repleta de gente. Una periodista rubia hablaba mirando la cámara y

extendía la mano que no sostenía el micrófono, invitando a los televidentes a contemplar la peatonal. Lucienne vio tiendas elegantes, personas que sin duda eran turistas y en medio de la peatonal, artistas que vendían sus obras: caricaturas, pinturas hechas con aerosol y bisutería artesanal. De repente, la pantalla se volvió negra.

—Genial —masculló Lucienne. No era la primera que se quedaban sin energía eléctrica.

Malhumorado, se echó sobre la cama. Alguien tocó la puerta. Era Julien.

—Lucienne —llamó el muchacho. Su voz sonó extraña a causa del eco que reinaba en los pasillos del edificio—. Te he traído pastel de carne.

Lucienne no respondió. No tenía ganas de vérselas con Julien. Estaba convencido de que al muchacho le gustaba Absalón pero, sin embargo, le decía a todo el que quisiera oírlo que estaba perdidamente enamorado de ese tal Michel.

La puerta se abrió, pero la habitación siguió a oscuras. Tampoco había luz afuera. Lucienne oyó cómo Julien entraba y dejaba una bolsa en el suelo. Luego se fue por donde había llegado.

Lucienne se levantó de un salto. Estaba hambriento. Se sentó en el suelo y cogió la bolsa. Encontró un pequeño budín de carne, frío, oloroso a cebolla y ají. Envueltos en una servilla había unos bocaditos dulces cubiertos de chocolate. Nada para beber. Lucienne devoró el pastel de carne de tres mordiscos y se dirigió al minúsculo baño para pasar la comida con un poco de agua del grifo. Volvió a tirarse en la cama y fue lamiendo los bocaditos dulces, quitándoles el chocolate.

Entonces observó que Julien había dejado otro paquete junto a la bolsa. Era el periódico. Se acercó a la ventana, pero la escasa luz que le brindaba la ciudad no le alcanzaba para leer. No quedaban velas, ni siquiera una mísera cerilla. Desde la muerte de sus padres, Lucienne se sentía incómodo en presencia de cualquier cosa que le recordara al fuego.

Salió del dormitorio. Julien se había instalado en la habitación de enfrente. En las últimas semanas, el muchacho había ido acercándose al dormitorio de Lucienne y Absalón, aludiendo tonterías como las ratas o las cucarachas o los gemidos de las rameritas que no lo dejaban dormir. Lucienne sabía que eran excusas baratas.

Tocó la puerta de Julien. En cuanto el muchacho la abrió, a Lucienne le llegó a la nariz el olor de la marihuana.

—¿Tienes... velas? —preguntó el chico, al ver que Julien no estaba solo.

Una atractiva mujer negra estaba sentada entre las cajas, con las piernas cruzadas y jugando a exhalar un perfecto círculo de humo seguido de otro.

—Pasa —invitó Julien.

Lucienne se sintió indignado. No podía creer que Julien llevase mujeres a su habitación y al rato se largara a lloriquear como un mocoso pensando en su amigo desaparecido, de quien decía estar enamorado.

—Ella es Sheila, mi compañera de trabajo. Sheila, este es mi amigo Lucienne.

—¿Lucienne? —replicó la mujer, con una carcajada. Lucienne se acercó a ella y se inclinó para saludarla—. Pero ese es nombre de mujer, tío... Ah, ya... ya comprendo... —Y se echó a reír, mostrando sus immaculados dientes y su lengua rosada.

—No soy un prostituto —replicó Lucienne malhumorado. Y se giró hacia Julien para recordarle el motivo de su visita—: con una vela me basta. Y cerillas.

Sheila sacó un paquetito de su bolsillo, extrajo un porro y se lo extendió.

—Aquí tiene, señorito.

Lucienne la contempló sin comprender.

—Eh, creo que Lucienne se refiere a velas de verdad, Sheila —dijo Julien, divertido—. Ya sabes, de esas que se usan para iluminar...

—¿Y esta te parece de mentira, cariño? Y no sabes cómo me ilumina a mí esta mierda, si hasta veo luces por todas partes.

Julien comenzó a revolver entre las cajas y Lucienne se sentó junto a la puerta a esperar. La habitación no tenía ventana y Lucienne tardó en darse cuenta de que la fuente de luz era el móvil que Sheila tenía sobre el regazo. Era una mujer hermosa, aunque tal vez sus modales y su manera hablar no colaboraran a acentuar esa belleza. Lucienne se preguntó si tal vez era extranjera. Tenía un acento extraño y llevaba collares y pulseras de cuentas en el cuello, las muñecas y los tobillos.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

—De todos los sitios —respondió ella, abriendo los brazos. Lucienne soltó una risita suave. De repente, se sintió a gusto. Sheila vestía una camisa blanca que resaltaba el color chocolate de su piel y unos pantalones cortos de tela vaquera. Su cabello negro era crespo como una esponjilla de alambre—. Soy de Brasil. ¿Y tú? ¿De dónde has sacado esa cara de niño guapo?

Julien carraspeó y Sheila frunció el ceño sin comprender.

—Oh —dijo luego—. Lo siento...

Lucienne bajó la mirada. Sheila debía de estar enterada de que los padres de Lucienne habían muerto.

Lucienne suspiró.

—¿Has venido a Francia a trabajar?

—Sí. Soy artesana. Me dedicaba a hacer pulseras, collares, aros —meneó sus muñecas para mostrar sus obras—, las vendía en la playa. No me iba mal, pero luego mi hermana quedó embarazada y tuvo que dedicarse a su hijo. Le envió dinero cuando puedo...

Julien salió por entre las montañas de cajas, sosteniendo un paquete de velas blancas.

—Sheila va a echarme las cartas —comentó, para aflojar la tensión del ambiente y romper el incómodo silencio que se había apoderado de la habitación.

—Si quieres también puedo echártelas a ti.

Lucienne se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Julien encendió una vela y la pegó al suelo con un par de gotas de cera derretida. El pequeño cuarto se llenó de un tembloroso resplandor dorado y sobre los muros se proyectaron sus tres sombras, deformadas y agrandadas por los efectos de la luz. Acariciada por el brillo de la vela, la piel de Sheila adquiría un sensual tono bronceado que la hacía parecer una estatua viviente. Lucienne paseó la mirada por sus gruesos labios achocolatados, por el generoso escote de su camisa.

Se sentaron en el suelo, alrededor de la vela, y la mujer sacó de su bolso un mazo de cartas del Tarot.

—¿Quién va primero? —preguntó.

Lucienne y Julien se miraron. Julien se encogió de hombros.

—Lucienne —dijo el muchacho, sentándose contra la pared, dispuesto a observar.

—Muy bien... —susurró Sheila. Lucienne se sentó frente a ella, con las piernas cruzadas y los brazos sobre el regazo. Ella le sonrió y el chico le devolvió la sonrisa—. Comencemos.

Sheila empezó a ubicar las cartas. En el sentido contrario a las agujas del reloj, las fue colocando en el suelo hasta formar un rombo, dejando la vela encerrada en el centro.

—Elige una —le dijo a Lucienne.

El chico paseó la mirada por el rombo de cartas. Eran doce. Estaban viejas

y cuarteadas, y eso le gustó porque significaba que Sheila tenía experiencia. Se decidió por una carta de los extremos. Al señalarla sintió el calor que irradiaba la vela. Los gruesos labios de Sheila se curvaron en una sonrisa. Cuando la volteó, sus largas uñas pintadas de color magenta brillaron como rubíes incendiados.

—Estás sumamente confundido, cariño. Te encuentras en medio de un dilema: lo que eres y lo que piensas que eres. Lo que eres y lo que crees que debes ser. Eso te angustia. Estás buscando algo, tu verdadero yo, tu identidad. Es como si lo hubieras perdido, o como si te hubieras transformado. Algo te ha ocurrido... y eso te ha cambiado para siempre.

Lucienne sintió un escalofrío al oír aquel «para siempre». Mediante esas palabras, Sheila no sabía que acababa de sentenciarlo. Tal vez ella no comprendiera del todo el significado de sus palabras. Quizás pensara que estaba frente a un muchacho que recientemente había descubierto que le gustaban los hombres, como resultó evidente cuando interpretó la segunda carta:

—Estás íntimamente ligado a alguien. Un varón. Y piensas que esta persona te oculta cosas, por lo que te sientes en la obligación de desconfiar. Pero no puedes hacerlo, y esto también te angustia. No lo comprendes. No entiendes cómo puede ser que confíes tanto en este hombre...

—Quiero saber más acerca de él —susurró.

Sheila levantó la mirada y volvió a sonreírle. Desde el rincón, Lucienne oyó toser a Julien. Quiso que el muchacho se fuera, porque estaba seguro de que correría a contarle a Absalón todo lo que Sheila estaba diciendo. Se sintió violado en su intimidad. La mujer volteó otra carta.

—Es una persona extraña —musitó ella, mirando la carta fijamente, como si ésta pudiera hablarle, susurrarle sus secretos al oído—. Es un hombre muy solitario, ha vivido solo la mayor parte de su vida. Él siente un gran afecto por ti, pero, al igual que tú, se siente confundido por tu causa. Y esa misma confusión hace que calle todas esas cosas que lo atormentan... —Sheila dio vuelta la cuarta carta—. Tú lo quieres —afirmó—. Y él a ti. El problema es que los dos son de la misma especie, son orgullosos y tienen miedo de desnudar sus sentimientos. Piensan que eso los hará vulnerables. Han estado así, jugando, durante mucho tiempo... esperando a que el otro diera el primer paso, a que el otro se rindiera. Hasta que a ti te sucedió algo... y las cosas se complicaron más de lo ya estaban.

Lucienne alzó las cejas, sorprendido.

—Guau —exhaló—. Has dicho... tantas cosas ciertas.

—De eso se trata —contestó Sheila, y con un gesto lo invitó a elegir la próxima carta. Cuando la giró, sus hombros se tensaron.

—¿Qué? —exclamó Lucienne.

—Cielo, ¿estás enfermo de algo? —preguntó la mujer, abriendo los ojos al máximo.

Lucienne abrió la boca, pero no emitió ningún sonido.

—No... es decir, creo que no...

—Amenaza —sentenció Sheila, señalando la carta—. Algo amenaza tu vida, algo esencial te ha sido arrebatado, te ha quitado la salud. El hombre lo sabe e intenta protegerte, pero no comprende que con escondértelo no está haciéndote ningún bien. Si desea cuidarte, deberá decirte la verdad. Y tú tendrás que hacer a un lado tu orgullo y entregarte a él.

Sheila chasqueó la lengua. Lucienne tragó saliva. Entonces la mujer levantó la cabeza de las cartas y, volviendo a su tono grosero, le dijo al chico:

—Es un orgulloso de cojones, cariño, no cederá. Su orgullo no es solo masculino. Este tipo se cree la reina de Inglaterra... ¿Tiene dinero, verdad?

Lucienne se quedó perplejo. Vizconde de los Infiernos Flotantes, gobernante de noventa y nueve legiones. Hasta ese momento no había comprendido el verdadero significado de aquellas palabras. *Vizconde*. Absalón no era un demonio cualquiera. Era un noble.

—Sí —afirmó.

—Siempre te has sentido inferior a él. No tienes su posición ni sus riquezas. Él ha utilizado eso para conquistarte, pero tú no amas su dinero. No sabes qué es lo que amas de él. —Sheila volvió a levantar la cabeza y dijo, en tono de reproche—: no intentes buscarle la lógica a algo que no la tiene. El amor es así. Si alguna vez los científicos descubren por qué se da el amor... créeme, este mundo se irá a la mierda...

Si alguna vez los científicos descubren por qué se da el amor, este mundo se irá a la mierda. Lucienne no podía dejar de darle vueltas a esas palabras. No entendía el motivo; ciertamente, Sheila le había dicho cosas mucho más interesantes. Sin embargo, el resto de sus frases se habían ido gastando en la mente de Lucienne como una piedra en un desierto.

Sheila había dicho que Absalón y Lucienne pertenecían a la misma especie. Nada más cierto. Lucienne podía ser tan humano como el resto de los millones de almas que habitaban París, pero su naturaleza era tan orgullosa, tan necia y

tan irreverente como la del Vizconde de los Infiernos Flotantes. Lucienne estaba comenzando a hartarse de ese orgullo y se preguntó si era posible que Absalón estuviese tan harto como él. Uno de los dos, tarde o temprano, debería ceder. El problema radicaba en que Lucienne no sabía hasta cuándo podría extenderse ese plazo, cuándo aquel tarde lo sería demasiado.

Lucienne no le había hecho más preguntas a Sheila. La tirada del Tarot había acabado con cuatro cartas boca abajo, sin llegar a ser interpretadas por la vidente. Cuando el chico le comunicó a Sheila su decisión de dar la sesión por terminada, ella no se mostró para nada sorprendida. Parecía como si se lo hubiese estado esperando.

Lucienne se estiró sobre la cama y paseó la mirada por las manchas de humedad del techo. Eran más grandes de lo que habían sido hacía dos meses; las pequeñas islas se habían convertido en verdaderos continentes.

Lucienne estaba dejando que el tiempo corriera y rogaba que se apresurara. Esperaba con ansias la llegada de las primeras oleadas de sueño. El cielo todavía no había comenzado a clarear y hasta que en el horizonte no se dibujara aquella milagrosa línea púrpura, Lucienne no se sentiría a salvo. Quería dormir y olvidarse de las velas que le había dado Julien, de las cerillas, de las palabras de Sheila.

Quería olvidarse de todo.

Si lo deseaba lo suficiente, quizá volviera a suceder.

Julien se despertó minutos después de que Lucienne lograra conciliar el sueño. Sheila dormía a su lado, dándole la espalda. Al recordar lo que había ocurrido la noche pasada, luego de que Lucienne se fuera, Julien sintió una punzada de remordimiento. Pero no por Sheila. Ella le había dejado muy en claro que no quería involucrarse seriamente con nadie, que tan solo deseaba un hombre que la satisficiera por esa noche. No le significó ningún prejuicio que Julien fuese más joven, principalmente porque sabía que el muchacho tenía el doble de la experiencia de vida que cualquier hombre de su edad. Él desempeñó el papel del amante complaciente, aunque las delicadezas y las ternuras no eran precisamente su punto fuerte.

Mientras hacían el amor, Julien no dejó de pensar en Michel ni un solo instante. Intentó usar la mente para disfrazar a Sheila: aclararle la piel, desinflarle los pechos, achicar sus caderas... intentó desdibujar de su rostro y pintarles un pequeño atisbo de miedo, un inusitado cóctel de temor, ansiedad e inocencia, pero no lo logró porque la realidad era mucho más cruel y poderosa

que cualquier pirotecnia de la imaginación.

Sheila emitió un ronquido suave y se giró hacia él. Abrió los ojos.

—Buenos días, semental —saludó, con una sonrisa traviesa.

Julien permaneció serio. Ah, qué extraña y misteriosa era la naturaleza humana. Cometido el pecado, sentía que la culpa podría ahogarlo, pero tenía la absoluta seguridad de que si le hubiese puesto límites a sus deseos, ahora estaría lamentándose y llenándose la cabeza de escenas eróticas moldeadas por sus musas.

UN VIEJO CONOCIDO

*¡Señor! Cuando un esbelto y coquetón copero se puso a
servirnos vino, ¡qué maravilla!
Con fina ciencia vertió oro fundido en agua helada.*

¡SEÑOR! CUANDO UN ESBELTO Y COQUETÓN COPERO..., Al Mutamid

Mientras Lucienne dormía y Julien, muy a su pesar, repetía la experiencia con Sheila, Absalón se encontraba en un país cálido y húmedo donde casi no existía la noche. No recordaba el nombre de la isla y realmente no le interesaba recordarlo. Tenía un objetivo y había llegado a ese lugar para cumplirlo. Una brisa caliente le lamió las mejillas. El aire de ese lugar estaba impregnado del aroma a sal del mar, de las algas marinas y de algo que obligatoriamente debía de ser dulce.

Absalón cruzó las piernas sobre la reposera y echó la cabeza en el respaldo. El cielo era de un azul resplandeciente casi irreal, totalmente vacío de nubes. En el horizonte, el azul del cielo se mezclaba con el del mar y sobre la isla, un sol dorado como un diamante en llamas calentaba las finísimas arenas blancas. Absalón emitió un bufido. Se estaba asando de calor en ese sitio por culpa de sus trapos negros.

—¡Oooh! ¿A qué se debe este honor, gran Vizconde de los Infiernos Flotantes? —exclamó una voz andrógina, vagamente femenina.

Absalón se volteó. A sus espaldas había una gran piscina de natación. Una esbelta figura se recortaba contra ella, enmarcada por dos altas palmeras que se meneaban al compás de la brisa.

No había que pertenecer a los seres de la noche para darse cuenta de que aquella criatura no era humana. Sin embargo, aquel ser parecía no tener nada de demonio. La criatura era alta y delgada, como salida del molde con el que fabrican a las supermodelos europeas. Su cabello era de un color asombroso: rojo, de un rojo ensangrentado y brillante, como un rubí pulido por las manos del artesano más experto. Lo cual era una paradoja, porque aquel mismo ser,

aquel demonio, era quien se encargaba de fabricar las gemas demoníacas. Llevaba puestos unos pantalones cortos de satén blanco e iba descalzo. Extrañamente, no llevaba joyas ni piedras preciosas que delataran su condición.

—Yuhèlle —saludó Absalón, divertido. Se puso de pie y caminó hasta el extravagante demonio. Tomó su mano derecha y, caballerosamente, la rozó con los labios—. Déjame decirte que con cada siglo que pasa, te ves mejor.

Yuhèlle soltó una carcajada y se cubrió la boca con la mano, en un gesto muy teatral.

—Gracias, Ilustrísimo —respondió con coquetería—. Ah, pero mírese, ¡por la Reina Madre! ¿No se cansa de llevar siempre esa ropa? El negro está tan pasado de moda... —Examinó a Absalón con la mirada, con una expresión grave pintada en sus finos rasgos—. En fin —suspiró—. ¿Qué lo trae por aquí, Vizconde Absalón? Y lo más importante: ¿quién lo puso al tanto de mi paradero? Creí haberme establecido aquí en el más absoluto secreto... pero veo que los rumores se extienden por los Infiernos como el cristianismo por la Antigua Roma.

Yuhèlle continuó hablando y Absalón se colocó detrás de él para observarlo caminar. El rango que le correspondía a aquel demonio era el de Maestro de los Orfebres Demoníacos; no pertenecía a la nobleza, pero su situación económica era mejor que la de algunos nobles. Absalón respiró profundamente. La esencia de Yuhèlle era dulce, embriagadora, intoxicante. Amapolas, adormideras verdes y agua caliente.

A pesar del potente sol que se cernía sobre ellos, la piel del orfebre era blanca como la leche. Al caminar, sus pies parecían flotar sobre la arena sin alcanzar a tocarla. Sobre su espalda pálida se derramaba la larga cabellera roja, lacia sin los artificios de la peluquería.

En cuanto hubo verificado la esencia de su anfitrión, Absalón dejó que éste verificara la suya.

—Está enamorado —se regocijó Yuhèlle, inspirando descaradamente.

El orfebre lo guió hasta un pequeño quiosco de madera y paja, y ambos se sentaron en las reposeras, frente a frente. Yuhèlle chasqueó los dedos y dos copas aparecieron entre ellos, flotando y brillando bajo los rayos del sol. Absalón aferró la más cercana y bebió un largo sorbo.

—Espero que mi vino sea de su agrado, Vizconde. Y espero que no le moleste haber tenido que visitarme de día —dijo Yuhèlle, aunque en verdad Absalón sabía que no le importaba en lo más mínimo. Se encogió de hombros

—. ¿Cómo se encuentra la musa?

—Veo que Zabaroath ya te ha venido con el cuento, Maestro.

El orfebre cruzó sus largas piernas y Absalón observó que tenía las uñas de los pies pintadas de color blanco perla. Se echó la larga cabellera sobre el hombro, para que el sol le arrancara reflejos dorados.

—Supongo que fue él quien le ha pasado mi nuevo código postal.

Absalón asintió. Conocía a Yuhèlle desde hacía mucho tiempo, pero, a diferencia de Zabaroath, no le inspiraba tanta confianza.

—Se encuentra bien —respondió por fin—. Pero le han robado la *menkalinén*.

Yuhèlle esbozó un gesto de dolor. Absalón sabía que el Maestro detestaba que sus obras de arte fueran robadas, destruidas o vendidas, apartadas del camino que él había trazado para ellas.

—Lo sé. La musa Talía. Zabaroath me lo dijo.

—Esto es un desastre —se lamentó Absalón, sosteniéndose la cabeza con las manos. Yuhèlle se llevó la mano a la boca y comenzó a morderse las uñas, todas perfectamente manicuradas—. ¿Qué haremos?

Yuhèlle se encogió en su asiento. Absalón no solo hablaba por Lucienne. Hablaba por la raza en general, por todos los demonios que, de alguna forma u otra, estaban involucrados en la cacería de almas.

—¿Por qué no dejar que el mundo siga su curso? —se lamentó el Vizconde—. ¿Por qué querer acelerar el proceso? Solo faltan mil años para que la apuesta termine. Lucifago ganará.

—Ilustrísimo —susurró el orfebre, y algo en su tono de voz hizo que a Absalón se le pusiera la piel de gallina—. Lucifago no ganará. Nunca lo hará. Es decir, no si sigue con este plan de atentar contra los seres de su propia raza.

Absalón frunció el ceño.

—Lo hará si el infierno se llena. —Entonces Absalón comprendió—. El infierno es infinito —musitó.

—No, no lo es —respondió el orfebre—. Y yo, debido a mi función en este vasto imperio infernal, lo sé mejor que nadie. Escúcheme.

»Como usted debe saber, Vizconde, hay solo cinco razas de *vassari* que se alimentan de la energía de las almas humanas. Todas llevan la sangre infernal en sus venas, la sangre de la Reina Madre, y buscan su alimento en los humanos, manteniendo el equilibrio entre ambos mundos.

»¿Alguna vez se ha preguntado, Vizconde Absalón, cómo es posible que una gema que a la vista puede resultar una piedra preciosa ordinaria, pueda

albergar miles de almas humanas? La respuesta es tan sencilla que nunca nadie logró dar con ella: las *menkalinen* son pequeños trozos del infierno, agua de los profundos océanos cristalizada por medio de la magia que me ha sido otorgada en la Creación y que comparto con mis orfebres menores, los únicos capacitados para emular mi noble tarea.

»Tengo trece súbditos y a cada uno le enseñé a servir a los *vassari* que nacen en nuestro mundo. Aquellos que se alimentan de la belleza humana, de sus sueños, de su energía sexual, de fe, de culpa... Pero de forjar las *menkalinen* de los cosechadores de almas solo puedo encargarme yo. ¿Por qué?, se preguntará usted, mi estimado Vizconde, *vassari* Absalón. Ah, estas artes son caprichosas y exigen mucho esfuerzo de parte del demonio. No solo es necesario poseer aptitudes artísticas y conocimientos estéticos. Crear una *menkalinen* de almas lo deja a uno tan agotado, que a todos los que he tratado de transmitirles esta maravillosa sabiduría han muerto de agotamiento.

»Y no se imagina usted los problemas que eso me ha ocasionado. ¡Hasta llegaron a pensar que yo los había matado, mire usted! ¡Asesinar yo a mis aprendices, a quienes he criado como si fueran mis hijos!

»Por eso, Ilustrísimo, le transmito este secreto y sé que usted, que ha sido bendecido por la gracia del amor, lo utilizará correctamente para el bien de nuestra raza: cada *menkalinen* que una musa lleva en su cuerpo es parte de los Infiernos Flotantes y seguirá siendo parte de él hasta el fin de los tiempos. El infierno solo podrá llenarse si las *menkalinen* también lo están.

—Pero puede destruirlas. Las *menkalinen* pueden ser destruidas.

Yuhèlle se tensó y Absalón supo que el Maestro estaba tan preocupado como él mismo. Estaba en peligro, mucho más de lo que lo estaría Lucienne.

—Solo yo conozco ese secreto, Vizconde. Por eso me he escondido en esta pequeña y acogedora isla, en este remoto país perdido en medio del océano. Ahora, por favor, le suplico que se retire.

—Yuhèlle —susurró Absalón, y el orfebre levantó la mirada, sorprendido, al oír el tono suplicante de su voz—. Necesito una nueva *menkalinen* para Lucienne. No es necesario que sea de gran calidad, puede ser de tan solo cinco quilates, de cuatro incluso. Si me haces este favor, contarás con mi protección hasta que el peligro acabe.

Yuhèlle cruzó los brazos sobre el regazo. Lo estaba meditando.

—El inconveniente es que nadie sabe cuándo se terminará esto —dijo, gravemente—. Si Lucifago descubre el secreto de las *menkalinen* demoníacas, estaré muerto. Puede utilizar mis antecedentes en mi contra, puede reabrir el

caso, fabricar pruebas falsas y eliminarme legalmente sin ningún problema.

Desde la lejanía se oyó el choque de las aguas contra unas rocas. Una bandada de aves remontó vuelo y se perdió en la línea del horizonte.

—¿Y por qué ahora eres una figura pública? ¿No crees que es un poco contradictorio?

Yuhèlle esbozó una sonrisita triste.

—Me lo debía —respondió—. Si soy eliminado, al menos deseo que me recuerden. Los humanos adoraron a las sirenas, a las musas, establecen pactos con los *vassari*. Pero yo siempre he vivido en el anonimato más cruel que se pueda imaginar. Quería cumplirme ese pequeño capricho.

Absalón sintió que le faltaba el aire. Yuhèlle estaba resignado.

—¡No serás eliminado! —exclamó, y el orfebre cerró los ojos, como si el grito hubiese salido de la boca de Absalón para abofetearlo en el rostro—. Colabora conmigo, Maestro. Te garantizo que saldremos de esta.

—¿Cómo? —replicó Yuhèlle, abriendo los ojos al máximo—. ¿Tiene algún plan?

Absalón se mordió el labio. Una idea se había estado gestando en su mente durante los últimos meses.

—Quiero formar un ejército para combatir contra los seguidores de Lucifago —reveló.

El orfebre le devolvió una mirada profunda, cargada de preocupación.

—¿*Seguidores*, dice? —susurró—. Vizconde Absalón, *seguidores* es una palabra muy fuerte. Lucifago los reúne bajo amenaza. Si no cumplen lo que les ordena, los asesina sin piedad frente a cualquiera que ose mirarlo. Son esclavos.

—Con más razón...

—¡No cederán, Vizconde! ¡Ya han sido eliminadas dos legiones enteras de demonios y solo porque existían rumores de levantamiento!

—¿A quién pertenecían?

—Al Príncipe Licaonte. Y también asesinaron a uno de mis aprendices.

Absalón comprendió que convencer a Yuhèlle no sería tarea fácil. Y en esos momentos, sus aptitudes de persuasión no se encontraban en óptimas condiciones. Debería habérselo imaginado. Yuhèlle no era la clase de demonio que saldría a combatir por el bien de su raza. No, claro que no. Podría partirse una uña o herirse su preciosa cara. A Absalón se le antojó patético que el propio Maestro de los Orfebres Demoníacos prefiriera morir como un perro antes que luchar. Bueno, al menos moriría hermoso y sería

recordado por los humanos. Absalón se sintió repugnado.

—Comprenderás que me encuentro en una situación de vida o muerte, Maestro. ¿Qué deseas a cambio de una *menkalinen* para mi musa? Puedo darte lo que tú quieras. Y si te niegas a colaborar conmigo, me veré en la penosa situación de tener que obligarte.

LUCIANIA

*Abismo es la distancia que nos encuentra, pequeño tigre.
Busco en mis planos la estructura del asedio;
solo encuentro a Tokyo en la palma de mi mano.
Abismo es la distancia que nos devuelve, pequeño tigre,
a un orden nuevo.*

QUÁSAR/EL MISTERIO DEL SUEÑO CÓNCAVO, Mario Montalbetti

Como todas las noches desde que había vuelto a su verdadero hogar, Lucienne abrió los ojos y se encontró rodeado de oscuridad. A veces, cuando todavía estaba adormilado, le costaba saber si en verdad tenía los ojos abiertos. Tenía hambre y recordó que luego de aquel pastel de carne que le había dejado Julien no había comido ninguna otra cosa. No tenía horario para comer ni para nada. Devoraba lo que fuera a cualquier hora. Tampoco tenía horario fijo para asearse, salir o ver la televisión. Esas eran las tres actividades principales que realizaba. Y dormir, por supuesto.

Se preguntó si habría posibilidad de que Absalón le consiguiera un piano. Uno viejo, usado, que estuviera olvidado en el rincón más triste de cualquier barata. Pero entonces recordó que se suponía que Absalón era un noble. Si tenía dinero, podría comprarle un piano decente.

—Hogar, dulce pocilga...

Cruzó los brazos detrás de la cabeza y al hacerlo, olió su propia transpiración. Hacía más de tres días que no se bañaba y que no se cambiaba la ropa. Absalón le había pedido a Julien que le consiguiera ropa a Lucienne, y el joven había llegado con unos trapos grandes y viejos obtenidos de la beneficencia de una iglesia. Después de haberse vestido como un niño rico, a Lucienne le costaba aceptar que había vuelto a pasar necesidades.

—Eres un noble, joder —masculló, malhumorado, sacando de una caja de cartón una camiseta arrugada y unos pantalones del tamaño de una tienda de campaña—. Consígueme ropa decente, Vizconde Absalón...

Se metió en el baño y abrió la ducha. El agua no se templaba y pasados diez minutos, Lucienne se resignó a bañarse con el agua fría. No era la primera vez.

—Si eres un Vizconde —exclamó en voz alta—. ¿Cómo puede ser que me hayas dejado robar?

El tono le pareció algo prepotente, de manera que comenzó de nuevo:

—Absalón... ¿qué significa ser un vizconde de los infiernos? ¿Solo es un título nobiliario?

No. Sonaba demasiado suave. Afortunadamente, el agua comenzaba a entibiarse.

Se llevó la pastilla jabón a la cabeza y se frotó el cabello hasta que logró una cantidad abundante de espuma.

—Mira, Absalón, quiero decirte algo. Nos has dicho que eres un noble, un vizconde para ser exactos... si eres eso que dices, ¿por qué...?

Se oyó un carraspeo, que reverberó en el pequeño baño por efecto de los azulejos empañados. Lucienne giró la cabeza, sobresaltado, y descubrió a Julien allí, en el marco de la puerta, sosteniendo la bolsa de la comida y observándolo descaradamente.

—Ah, eh... lo siento —se disculpó el muchacho—. Te traje la cena...

Lucienne se volteó hacia él completamente desnudo. El muchacho se lo quedó mirando con expresión embobada. Lucienne, que ya había entendido qué se cocía en esa pequeña y sucia cabeza de Julien, decidió quedarse callado. Por un lado le resultó odioso que el muchacho se follara todo lo que se moviera frente a sus ojos, pero, inevitablemente, no pudo evitar sentirse complacido al notar que él, Lucienne, le pareciera atractivo.

—Déjala por ahí —contestó, girándose de nuevo hacia la lluvia de la ducha—. ¿Has visto a Absalón?

Por el rabillo del ojo, Lucienne vio cómo Julien lanzaba la bolsa hacia la cama y volvía a plantarse en la puerta, negándose a dejar de mirarlo.

—No lo he visto hoy ni ayer.

—¿Te has acostado con él? —preguntó Lucienne, cerrando el grifo. Salió de la pequeña tina y manoteó la toalla con rapidez, enrollándosela alrededor de la cintura.

Salió del baño y Julien se hizo a un lado para dejarle el paso. Se había quedado mudo. Lucienne se sentó sobre la cama, esperando la respuesta.

—Solo... solo lo hice una vez. En la fiesta, ¿recuerdas? Fue a cambio de que me dijera dónde estaba Michel.

—¿O sea que fue un contrato?

—Sí... bueno, no lo sé —balbuceó Julien, nervioso—. Estaba desesperado, no pensaba con claridad.

El muchacho se sentó en el borde de la cama junto a Lucienne y dijo:

—No ocurre nada entre nosotros. Y jamás ocurrirá.

Lucienne asintió, pensativo. Estuvo a punto de preguntarle a Julien si Absalón era bueno en la cama, pero se contuvo.

—Estoy enamorado de Absalón.

—Lo sé —susurró Julien—. Tú también le gustas.

—También te gusta a ti, pero tú no me quieres.

—Estoy seguro... estoy seguro de que Absalón te quiere, Lucienne.

Lucienne se recostó y apoyó la cabeza en la almohada. Al verlo, Julien se subió a la cama y se reclinó sobre la pared. Por primera vez mantendrían una charla decente.

—Siento lo de antes —se disculpó Julien, con una sonrisa.

Lucienne meneó la cabeza.

—¿Cómo es Michel? —le preguntó a Julien. El muchacho echó la cabeza hacia atrás y clavó la mirada en el techo.

—Joder, es precioso. Tiene quince años. Cuando nos conocimos él tenía ocho y yo trece. En seguida me gustó. No me refiero a un gustar sexual... sino que... me pareció tierno, indefenso. Siempre me encargué de cuidarlo. Él no es un chico de verdad... él, bueno... siempre quiso vestirse con ropa de niña y jugar con las niñas. Por eso los chicos mayores lo molestaban. Algún día iremos con un doctor que pueda hacerlo la mujer que desea ser...

—Ya veo...

—*Transexuales*.

—¿Qué?

—Las personas que nacen con un cuerpo equivocado se llaman *transexuales*. Él es una mujer transexual. *Ella*, quiero decir... joder, me costará acostumbrarme a tratarlo como chica —susurró Julien con una sonrisita.

—¿Y lo... *la* seguirás queriendo cuando...?

Julien ensanchó la sonrisa.

—¿Cuándo tenga tetas y una vagina? Oh, sí. Cuando lo conocí pensé que era una chica porque tenía puesta una falda. No supe que era un chico hasta varios meses después. Me sentí confundido, no lo creas... Pero descubrí que lo seguía queriendo. Ya han pasado seis años y nada ha cambiado.

Lucienne y Julien suspiraron al unísono.

—Una noche me despertó llorando y me dijo que el director del orfanato había querido abusar de él. Al otro día, antes de que amaneciera, nos largamos de allí.

—¿Nunca...?

—No. —Los ojos de Julien se empañaron y su mirada se perdió en los recuerdos.

—¿Lo intentaste? ¿Le dijiste que lo querías?

—No sé cómo se lo tomaría. No sé qué soy para él. Un amigo, un hermano, un padre. No sé si alguna vez me ha visto como a un hombre.

—¿Se ha acostado con otros chicos?

—Joder, ¡claro que no! —se quejó Julien, como si Lucienne hubiese soltado un insulto. El chico sonrió.

—¿No crees que... lo idealizas un poco?

Julien se encogió de hombros. No respondió.

—Puede ser... Pero él no es así —dijo después de un rato—. Ese tipo le hizo mucho daño. Él quizás... no logre superarlo nunca —agregó con amargura—. A veces desearía que fuera como tú dices, que fuera como los demás chicos... o chicas. Con tal de que no sufriera... sería capaz de soportar verlo con todos los chicos con los que se le antojara estar. Pero eso jamás sucederá.

Lucienne se quedó pensativo. Había pensado que aquello que Julien sentía por ese muchacho desconocido no era más que un sentimiento vulgar, pero esa charla estaba dejándole en claro que se equivocaba. Y mucho.

Se imaginó cómo sería amar a alguien enfermo para toda la vida, un ser humano que quizás no pudiese corresponderle sus sentimientos y de quien solo podría conformarse con contemplar de lejos, como a un extraño tesoro que corría peligro de quebrarse si era tocado. Al menos tenía la seguridad de que Absalón sentía algo por él, pero le incomodaba y le preocupaba que su relación se limitara a un par de besos y dormir juntos. Y, como bien había dicho Sheila, Lucienne era demasiado orgulloso como para aceptar que eso lo angustiaba.

Julien saltó de la cama, alejándolo de sus pensamientos.

—Creo que hay algo interesante en la sección policial —le dijo, extendiéndole un periódico viejo—. Lo encontré en el pasillo, entre la basura...

Lucienne extendió el periódico sobre sus piernas y comenzó a dar vuelta

las páginas. Noticias del mundo, del Fondo Monetario Internacional, del calentamiento global, del tenis, del fútbol, de los estrenos cinematográficos...

MUERE MISTERIOSAMENTE FAMOSO BAILARÍN LIBANÉS

Con los dedos temblorosos, Lucienne separó la hoja del resto del periódico y la leyó. Ashriva Gali, un afamado coreógrafo y bailarín nacido en Beirut, había muerto de un paro cardíaco en la *suite* que ocupaba en un crucero que atravesaría todo el mundo. Había sido contratado por la empresa para animar con su danza las dos noches que los turistas pasarían en Egipto, pero fue encontrado muerto en su cama la noche del pasado sábado, antes de su show. Todavía se esperaban los resultados del examen forense, pero Ashriva no presentaba heridas ni señales de haberse embriagado. Sus bailarines y compañeros afirmaban consternados que no consumía drogas y que era vegetariano.

Al ver la foto del difunto, Lucienne sintió una especie de mareo.

Lo conocía, lo había visto en algún sitio... pero ¿dónde?

La respuesta llegó tan rápido como la pregunta: en sus sueños.

En ese preciso instante, Absalón se materializó en medio de la habitación, ojeroso y extenuado.

Lucienne salió disparado de la cama, totalmente fuera de control:

—¡Desgraciado! —gritó—. ¡ERES UN HIJO DE PUTA, MALDITO MENTIROSO! ¿QUIERES QUE CONFÍE EN TI! ¡DEJA DE MENTIRME, JODER! ¡DEJA DE MENTIRME DE UNA JODIDA VEZ!

La voz se le extravió en medio de las vías respiratorias, acabó estrangulándose con sus cuerdas vocales. Su grito se convirtió en un chillido, en un llanto patético y desesperado. Absalón lo atajó antes de que cayera al suelo, sollozando y gritando como un poseso. Lucienne no intentó soltarse. Se deslizó entre los brazos del demonio hasta que sus rodillas cedieron y golpearon el suelo. Julien estaba mudo del estupor. No comprendía nada.

—¿¡POR QUÉ NO ME LO DIJISTE?! —chilló Lucienne, golpeando el vientre de Absalón con los puños—. ¿¡POR QUÉ NO ME DIJISTE QUE TAMBIÉN SOY UNA MUSA!?

EL CUENTO DEL MAGO Y EL JOVEN DE SANGRE SUCIA

Un señor muy ambicioso que reinaba sobre ocho legiones del Océano Crepitante dejó sus territorios un día para ir a visitar a un cliente muy rico. Este cliente vivía del otro lado del Océano y para ir a su encuentro, el señor tuvo que viajar durante incontables latidos. El señor tenía un hijo y dejó a su cargo las ocho legiones que gobernaba, así como sus negocios y embarcaciones. Pero este hijo era demasiado aficionado a las apuestas y en apenas una noche perdió su casa, las ocho legiones de su padre, las embarcaciones y todas sus riquezas. Y cuando el señor volvió a su tierra, halló a su hijo pobre y flaco, trabajando para un humilde orfebre que fabricaba gemas de agua.

—¿Cómo es posible que mi único hijo haya perdido en una noche lo que a mí me costó millones de latidos conseguir? —Se lamentaba el señor—. Y para colmo, el único alimento que hay sobre mi mesa se la debo a un orfebre miserable que ni siquiera tiene oro en su taller y hace joyas profanando el Océano Crepitante. ¡Oh, carne de mi carne, sangre mi sangre! ¡Malditos sean los ojos que heredaste de mí, maldito sea el latido en que aprendiste a barajar las cartas! ¡Vete de aquí, oh, miserable pendenciero, vete con tu sangre emponzoñada y desaparece de mi vista!

El hijo le suplicó a su padre que lo perdonara, pero el señor, ciego de rencor, no se lo otorgó. Y así se fue el hijo, maldito por su padre, a vagar por las tierras del Océano Crepitante.

Una tarde, el hijo llegó a la plaza donde un mago entretenía a una pequeña multitud. El hijo se quedó allí, observando que las gentes alababan al mago por sus trucos de magia, y decidió preguntarle si deseaba un aprendiz.

—Para ser mi aprendiz deberías ser más joven que yo y creo que tú no lo eres. Dime, ¿cuántos latidos tienes? —le preguntó el joven mago al hijo del señor.

—Ya he perdido la cuenta de mis latidos. Mi padre me desterró porque cometí una falta y desde ese momento mi corazón dejó de latir. Ahora soy un exiliado, sin edad ni corazón que me acompañe.

El joven mago sintió piedad del hijo del señor y lo aceptó como aprendiz.

Recorrieron todos los rincones del Océano Crepitante, conocieron aguas calientes, frías y tibias, y se hicieron muy buenos amigos. El hijo no echó de menos sus riquezas ni las comodidades de la casa de su padre, pero, con el paso de los latidos, ya nadie acudía a ver los espectáculos del mago y este sospechaba que algo andaba mal con su amigo.

—Eres demasiado bueno como para no tener corazón —le dijo una tarde el mago al hijo del señor—. Dime, ¿por qué tu padre te desterró?

Y el hijo le contó al mago el secreto que lo avergonzaba y las palabras que su padre le dijera. El rostro del mago se ensombreció.

—Tu padre te lanzó una maldición de odio y envenenó tu sangre —le dijo gravemente—. Por eso vagas por el Océano Crepitante sin suerte, las flores se marchitan cuando las tocas y los lobos aúllan cuando se pronuncia tu nombre.

Y el hijo del señor le preguntó al mago qué podía hacer para purificar su sangre y el mago le respondió que no lo sabía. Esa noche encendieron un fuego y el mago le pidió al hijo que se quitara la túnica. Frente a las llamas, le hizo un corte en el pecho y la sangre brotó negra como el carbón y pestilente como el azufre. Y el mago se sintió muy afligido, porque no sabía cómo curar el mal de su amigo y a su amigo le avergonzaba vagar por el Océano Crepitante con la sangre sucia.

Una noche, el hijo del señor decidió abandonar al mago. Con el corazón encogido por la tristeza, juntó sus escasas pertenencias y se fue, porque no soportaba que la mala suerte los acompañara allá adonde fueran y no deseaba hacerle mal al mago que tanto lo había ayudado cuando se conocieran.

Y el hijo deambuló por el Océano Crepitante con su sangre sucia y su mala suerte, sufriendo porque extrañaba mucho a su buen amigo el mago.

Miles de latidos pasaron y una noche unos ladrones sorprendieron al hijo en un camino, le robaron todas sus pertenencias, lo hirieron en el pecho y huyeron. Pero la sangre de su pecho brotó roja y limpia, y antes de caer inconsciente, el hijo olió una fragancia a rosas, algas y azúcar quemada.

El hijo despertó en un pequeño hospital ubicado en la frontera de dos legiones. Su herida estaba vendada y se sentía mejor que nunca. De hecho, se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

—He viajado durante incontables latidos siguiendo el aroma de tu sangre sucia, pero en un momento perdí el rastro —le dijo una voz—. El hedor de tu sangre se desvaneció y en su lugar apareció un aroma hermoso, una fragancia que jamás había olido. Ese aroma me persiguió en mis sueños y comprendí que era tuya y que debía seguirla.

Cuando el hijo del señor abrió los ojos, encontró allí al mago, ojeroso y agotado por el viaje, pero feliz por haberse reencontrado con él. Ambos amigos se fundieron en un cálido abrazo y el hijo le prometió al mago que jamás se iría de su lado otra vez.

—Por algún motivo extraño, estoy curado —le dijo, señalándole la herida de su pecho.

El mago le sonrió con afecto, lo tomó de la mano, y le prometió que él tampoco lo abandonaría nunca.

YO DESEO...

*Extraño sueño tuve que no fue todo sueño.
Se extinguió el sol brillante, y las altas estrellas
rodaron apagadas por el espacio eterno,
sin rumbo ni destino, y la gélida Tierra
osciló ciega y negra por los aires sin luna.*

TINIEBLAS, Lord Byron

Lucienne apenas oía. Sostenía entre sus manos una pequeña piedra de color azul opaco, como un trozo de ladrillo pintado con aerosol. Absalón le había dicho que esa roca, tan grotesca como la veían, era una *menkalinen* fabricada por un orfebre demoníaco experto.

—Este hombre murió la tarde del día en que nos encontramos —susurró Julien en voz baja, como si temiese el efecto que podrían tener sus palabras. Miraba la foto de Ashriva Gali como si en su rostro estuviese escrito el nombre de su verdugo.

—Están actuando muy rápido. No creo que tu amigo sea el único asesino que tienen.

El rostro de Julien se contorsionó en una mueca de dolor.

—¿Crees que Michel haya matado a ese tipo? —preguntó. Esa era la clase de pregunta que no buscaba ser contestada con la verdad, sino con una mentira que pudiera devolverle la tranquilidad al que la efectuaba.

Absalón, que no era muy apegado a la piedad, respondió que no lo sabía, que no tenía forma de saberlo.

—Creo que a Michel se le ha asignado un territorio dentro de Europa. Francia, España, Italia, Alemania. Su deber es aniquilar los seres humanos que poseen almas vinculadas a los cosechadores. Cuando esos seres humanos mueren, sus almas se depositan en las *menkalinen*. —Y agregó, dirigiéndose a Lucienne, que estaba hecho un ovillo en un rincón de la habitación—: tú siempre elegías hombres, Lucienne.

El chico alzó la mirada, sobresaltado al oír el sonido de su nombre. Es decir, del nombre que le había dado Absalón.

—Soy una mujer, ¿verdad? —soltó de repente—. Soy una musa hembra.

Julien dio un respingo y se giró hacia Absalón.

—Pensaba que todas las musas eran hembras...

Absalón le dirigió una mirada gélida.

—¿Cómo lo has descubierto? —susurró, levantándose de la cama y yendo al encuentro de Lucienne. Se sentó a su lado, en el suelo, y le rodeó los hombros con un brazo. Pensó que el chico se apartaría pero, para su sorpresa, se dejó abrazar y se acurrucó junto a él.

Lucienne suspiró con desesperación y se pasó la mano por el despeinado cabello rubio.

—Tengo sueños extraños —dijo—. Al principio pensé que eran simples pesadillas, pero comencé a sospechar que podrían significar algo.

—Cuéntamelos —le pidió Absalón—. Todos los que recuerdes.

Lucienne gateó y metió la mitad del cuerpo bajo la cama. De entre las tablas del viejo lecho, extrajo un cuaderno de tapas azules. Era el anotador que les había dejado Milagring.

—Los escribí aquí.

Absalón le arrancó el cuaderno de las manos, ceñudo. Abrió el cuaderno en la primera página. Se encontró con aquel cuento que Lucienne había escrito la noche en que conocieran a la muchacha. La historia de un hombre enamorado de un bailarín.

—Esto no lo has escrito tú —dijo el demonio—. Al menos no directamente. Indirectamente... el crédito es todo tuyo.

—¿Quieres decir que el verdadero autor es alguien que me vendió su alma? —preguntó Lucienne, consternado.

—Sí —afirmó Absalón—. Pero no es la última persona que ha muerto. Han matado a alguien en Latinoamérica. —Sacó de su bolsillo una página de periódico arrancada y se la extendió a Lucienne—. Suena como a ti.

Lucienne miró la fotografía que ilustraba la noticia. Reconoció el rostro. Lo había visto en la televisión la noche pasada. Era un dibujante de historietas. Había saltado a la fama tras haber ganado el mismo concurso internacional por tres años seguidos. Hacía unos meses había firmado el contrato que llevaría al cine su primera obra y se rumoreaba que la Warner Bros. quería comprarle los derechos de las siguientes.

Sí, olía a musa, a pacto con el diablo. Lucienne terminó de leer. Al ver que

Julien lo miraba con los ojos desorbitados, le pasó el recorte de la noticia.

—¿Qué haremos? —preguntó el muchacho.

Lucienne lo miró, alzando las cejas. Él no quería hacer nada, planeaba quedarse en esa cama durmiendo para siempre.

Desde la calle, desde los cincuenta metros que los separaban de la superficie terrestre, les llegó un estallido. Julien se asomó por la ventana.

—Un choque —explicó.

En efecto, minutos más tarde comenzaron a oírse las sirenas de la ambulancia y la policía.

—¿Cuándo has escrito esto? —inquirió Absalón, poniéndose de pie. Al quedar frente a la ventana advirtió que solo restaba menos de media hora de luz nocturna. Muy pronto Lucienne bostezaría y él mismo, Absalón, se rendiría bajo la benevolencia de aquel astro milagroso que le proporcionaría el descanso que necesitaba.

—Las últimas noches que pasamos juntos, antes de que nos separáramos.

En el cuaderno había fragmentos de sueños mezclados con retazos de la realidad. Lucienne había soñado que un sujeto le regalaba una pluma blanca. Ese era el obsequio tradicional que un demonio le regalaba a otro para pedirle matrimonio. Lucienne (Luciania, en realidad) se había reído de él en su cara.

Lucienne bostezó y Absalón supo que su sueño también se acercaba. Julien, que ya conocía sus costumbres, se dirigió a la ventana y bajó las persianas hasta que el dormitorio quedó a oscuras.

Luego de que Julien se fuera, Absalón entró en el baño y se refrescó el rostro bajo la lluvia de la ducha. Lucienne estaba recostado en la cama, abrazándose las rodillas y con los ojos abiertos. Esperaba que Absalón dijera algo, cualquier cosa.

—¿Qué quieres saber? —susurró el demonio, recostándose boca arriba a su lado.

—Muchas, pero temo que digas lo que digas, me costará creerte.

—No te culpo.

—¿Por qué perdí todos mis recuerdos? Si soy una musa hembra, ¿qué estoy haciendo en el cuerpo de Gauvin Lautréamont?

Pobres Isabelle y Guillaume. Habían creído tener de vuelta a su único hijo, cuando en realidad estaban alimentando a un parásito que solo ocupaba su carne, un ser demoníaco que...

—¿Yo le quité el alma a Gauvin?

Absalón se sentó y apoyó la espalda contra la pared, tratando de ignorar

los mareos que el sueño y el agotamiento le descargaban sobre el cerebro. Por entre las rendijas de las persianas se alcanzaba a distinguir unas odiosas líneas horizontales de luz.

—Ese muchacho te invocó. Invocó a Luciania.

—Quería tocar el piano, ¿verdad? Y Guillaume quería que solo tocara el violín...

—Algo ocurrió en ese lugar —prosiguió Absalón—. No sé exactamente qué. Alguien te perseguía para robarte tu *menkalinen* y tú hiciste algo, no lo sé, magia. Intercambiaste tu esencia con el alma de ese muchacho. Como el pacto ya estaba sellado, su alma se depositó en tu *menkalinen*.

—Lo asesiné —musitó Lucienne con un hilo de voz.

—No lo asesinaste. Solo separaste su alma de su cuerpo.

Lucienne se irguió de repente, lívido.

—¿Quieres decir que puede volver a la vida si unimos su cuerpo y su alma?

Absalón lo contempló horrorizado y el chico comprendió lo que estaba diciendo. Regresar a Gauvin a la vida era sinónimo de suicidio.

—¿Dónde está mi verdadero cuerpo?

Absalón se recostó por completo y cerró los ojos.

—Tu esencia tiene un leve olor a azufre. Creo que tu cuerpo ha sido destruido.

Lucienne comprendió que Absalón quería dormir, pero se encontraba demasiado lleno de preguntas como para dejar que la fuente de todas sus respuestas lo abandonara.

—Por eso no quieres acostarte conmigo. Me prefieres mujer —sentenció. Y la frase debió de parecerle terrible al demonio, porque abrió los ojos y se giró hacia él, turbado.

Absalón esbozó una sonrisa torcida.

—La primera y única vez que follamos te habías transformado en hombre. Curiosamente, eras muy parecido a como eres ahora. Nunca fuiste fanática de tu apariencia femenina.

Absalón lo tomó de la cintura y lo acercó a su cuerpo. Lucienne suspiró, lo rodeó con el brazo izquierdo y apoyó la cabeza en su pecho.

—Estoy muy preocupado por ti —se lamentó Absalón, y el chico percibió la angustia de su voz—. No sé por qué has perdido todos tus recuerdos y no tengo idea de si algún día los recuperarás. Siento tus emociones, Lucienne. Casi puedo tocarlas. Estás atravesando un período de crisis, como lo

llamamos los demonios. Eso ocurre cuando el demonio no está conforme con su existencia y se siente repulsivo por alimentarse de los humanos. Algunos no se recuperan y acaban suicidándose.

—No quiero morir —dijo Lucienne en voz baja, alzando la cabeza. Absalón se inclinó hacia él hasta que sus extraños ojos estuvieron a escasos centímetros de los de Lucienne. Anonadado, el chico vio que el demonio tenía los ojos húmedos.

—Más te vale.

Cuando Absalón despertó, faltaban más de tres horas para la medianoche. La madrugada de los seres demoníacos. Se sentía descansado y extrañamente alegre. No sabía si Lucienne recuperaría sus recuerdos, pero al menos ya no le ocultaba más secretos que pudiesen volverse en su contra. Con un suspiro, se dijo a sí mismo que las cosas entre ellos nunca habían estado tan bien. Qué paradójico le resultaba el precio de esa relación: la identidad de Luciania. Eso le hacía dudar. ¿Acaso no se había aprovechado de su indefensión? Pero, por otro lado... ¿quién se habría ocupado de ella? ¿Quién habría protegido a una musa sin magia y sin recuerdos?

Solo Absalón. Solo un demonio caprichoso y obsesionado con desposarla (o desposarlo) a como diera lugar. Alargó un brazo hacia la cabeza del joven dormido y le acarició el cabello. Estaba sucio, grasiento. Que una musa, macho o hembra, dejara de preocuparse por su aspecto era algo preocupante.

Absalón comenzó a contar con los dedos. Seis. Le había propuesto matrimonio a Luciania seis veces. Las seis veces había sido rechazado vergonzosamente. A sus rechazos, el demonio siempre respondía con ira y solía desquitarse con el mundo de arriba. Buscaba un sitio despoblado, como un desierto o un glaciar, y daba rienda suelta a su furia en forma de tormentas, tsunamis o tornados. Cuidaba de no dañar a ningún ser humano, caso contrario, podrían procesarlo por asesinato y eso, curiosamente, era algo que los tribunales demoníacos castigaban con una severidad inflexible.

Absalón estaba cansado de la soltería. Jamás había tenido una compañera o compañero fijo que le durara demasiado. Hacía seiscientos años, una súcubo llamada Theresa lo había seducido y habían mantenido una relación bastante apasionada, pero a Absalón le molestaba que la supervivencia de la criatura dependiera del sexo con varones humanos. La cosa había estado interesante al principio, pero con el paso del tiempo se fue enfriando. Absalón ya había tenido su ración de súcubos y no deseaba repetir el plato.

A veces no sabía con exactitud por qué Luciania le gustaba tanto. Era descarada, a veces grosera, autosuficiente y muy poco femenina. Detestaba aprovecharse de los humanos para sobrevivir. Por ese motivo, Luciania había repudiado al Vizconde y él sospechaba ese que era el mayor motivo de sus desplantes. Algo que Absalón jamás podría remediar. Y por eso, aunque le avergonzaba hasta la fibra más íntima, el Vizconde había pasado por un período de crisis hacía trescientos veintidós años exactos.

—Has cambiado —le susurró al Lucienne dormido—. No quiero que recuperes tus recuerdos, porque si lo haces, me rechazarás de nuevo.

Se calló. Estuvo a punto de agregar algo más, algo que nunca le había dicho a nadie, pero se tragó las palabras y se levantó de la cama.

La nueva *menkalinen* estaba en suelo, junto al cuaderno azul. Como Absalón no podía saber cuándo había tenido lugar la última cosecha (Gauvin no contaba), era posible que la musa no tardara en debilitarse. Si Lucienne comenzaba a experimentar dolores de cabeza, náuseas, vómitos y sangrados, debería ir en busca de una presa a como diera lugar.

Todo está oscuro. Se oye un sonido profundo, un eco. Parecen campanas. Me encuentro en una iglesia. Hay un coro de niños. El coro desaparece y aparezco en un bar. Hace calor, está lleno de gente vestida de negro. Todos están ebrios o colocados. Está en el escenario, el mismo niño del coro. Pero ahora ya es grande. Grita, chilla, canta, se mueve. El público lo adora, pero él quiere ser adorado por otra gente, por gente que no esté ebria o drogada. Detesta a esas personas. Oigo palabras... Diosa, talentos, melodía, música. De repente, el sueño se desvanece y solo queda el silencio.

Oigo ruidos. Tengo los ojos cerrados. Cuando los abro, veo a un hombre muy cerca de mí, sosteniendo un martillo y un objeto filoso. Está tallándome. Soy una estatua. El hombre está rodeado por montones de personas que lo observan. Hablan, pero no distingo sus palabras. Lo admiran y lo envidian...

«Quiero tocar el violín como mi padre», me dice un joven. Es pelirrojo y tiene los ojos verdes. Está vestido como un noble inglés del siglo XVIII. Se oye una voz de mujer. La mujer le dice algo que no comprendo. El joven grita y le suplica, y la mujer se ríe. Le dice que no tiene por qué suplicarle nada. Lo tranquiliza y le afirma que será mejor que su padre, mucho mejor.

Que de sus manos nacerán las melodías más hermosas que jamás haya creado ningún ser humano.

Estoy en un sitio alto, sentado. Veo el cielo, las nubes. Está por anochecer. Siento unas cosquillas en la nuca y me doy vuelta, sobresaltado. Veo algo de colores brillantes, una pluma. Alguien me la ofrece. De repente, me siento nervioso. Quiero tomar la pluma, pero algo me impide aceptarla. Me invade una mezcla de sensaciones que jamás he sentido: confusión, rabia, miedo... y ternura. Amor. Cojo la pluma y la lanzo al vacío.

Absalón se mordió el labio. Cuando saboreó la sal de la lágrima, soltó un jadeo de estupor. ¡Lucienne lo recordaba! Se secó el rostro con la mano y siguió leyendo.

Me encuentro sentado sobre una enorme araña de bronce que cuelga de un techo. A mi alrededor, las lamparillas con forma de vela brillan acariciándome la piel. Siento el calor que desprenden. Me ciegan. Entonces alguien me habla. «No te muevas, quédate así». Es un hombre. Me está dibujando. Habla en voz alta, vociferando instrucciones. Mi cabello, mis piernas, mis brazos. Cada tanto suelta un piropo. Para molestarlo, comienzo a balancearme sobre la araña, como si ésta fuera un columpio. Él se ríe y me pide que me quede quieta.

Absalón siguió dando vuelta las páginas del cuaderno, pero las anotaciones se habían acabado. Extrañado, hizo el cálculo mentalmente. Más tarde le haría una visita a Zabarothe para contrastar información. Y en esa ocasión llevaría a Lucienne, su musa. Su consorte. El jefe del mercado negro de pactos demoníacos podría ponerlo al tanto de todas las muertes que habían ocurrido en situaciones inexplicables. Con suerte, contactarían a Yuhèlle y éste verificaría en sus registros las identidades de las almas que estaban depositadas en la *menkalinen* robada y cuántas faltaban para que no quedara ninguna que cosechar. A juzgar por los sueños de Lucienne, Absalón temía que el número no llegase a las dos cifras.

El fallecido más reciente era el dibujante. Absalón planeaba hacerle una visita a la escena del crimen. Dependiendo de la criatura que lo hubiese perpetrado, todavía quedarían en el sitio vestigios de la magia utilizada para llevar a cabo el asesinato. Con la ayuda de Zabarothe podrían desentrañar la

identidad del asesino y saber contra quién se enfrentaban.

En silencio, le garabateó una nota a Julien diciéndole dónde estaban, susurró unas palabras para que nadie más que el muchacho pudiera leerlas y la enganchó en la manija de la puerta.

Lucienne comenzó a moverse. Cuando el chico abrió los ojos, Absalón le lanzó la ropa por la cabeza y le dijo:

—Vístete. Tenemos algo que hacer esta noche.

Mientras caminaban, Lucienne supo que ya conocía aquellas calles. Mucho menos iluminadas que el resto de las avenidas de la ciudad, algo descuidadas, con enormes casas góticas que transmitían un vago sentimiento de preciosa decadencia. Al contemplar aquellas maravillas arquitectónicas que se elevaban hacia el cielo con sus agujas ensangrentadas, Lucienne pensó que esa misma decadencia las hacía preciosas. Las hiedras abrazando las fachadas, la humedad extendiéndose por los muros, el óxido corroyendo las rejas de las ventanas, los vitrales que parecían extraños insectos nocturnos al ser bañados por la luz de la luna.

Cuando estaban a punto de cruzar la calle, vio en la esquina de en frente un farol empañado. Se detuvo en seco.

—¿A dónde vamos? —preguntó por tercera vez en la noche. Absalón le tomó la mano y tiró de él.

—Ya lo verás —respondió, como había hecho las dos veces anteriores.

ANTICUARIO POSEIDONIS
JOYERÍA MARFILES PORCELANAS MUEBLES
ARAÑAS OBJETOS DE ARTE CUADROS ESTATUAS

—No me digas que... —chilló Lucienne, al ver el anticuario que habían visitado aquella noche, hacía ya tanto tiempo—. Oh, no...

Absalón le sonrió, abrió la puerta y con una seña le indicó que entrara.

Lucienne aguantó la respiración. El sitio permanecía exactamente igual a como lo recordaba. Las estatuas, los candelabros, las alfombras, los relojes, los tapices, los cientos y cientos de adornos que llenaban cada centímetro de aquel salón. Todo brillaba bajo la luz dorada de montones de velas colocadas en sitios estratégicos. Todo olía a incienso y hierbas perfumadas.

—¿No hay nadie? —susurró, recordando al grotesco hombrecillo que había querido comprarle la *menkalinen* que Talía le había robado.

—Aquí estoy.

Lucienne se giró de un brinco. Una obesa mujer de cabello rubio cortado al cepillo le devolvía la mirada desde unas gruesas gafas incrustadas de piedras preciosas. Las gafas aumentaban casi dos veces el tamaño de sus ojos verdes, haciéndola lucir como un gordo y jugoso insecto. Estaba vestida con una larga túnica celeste de mangas anchas y cuello bordado con hilo dorado. No se le veían los pies.

—Zabaroth —exclamó Absalón, colocándose a su lado—. Ya lo has conocido, pero no tuve la ocasión de presentarlos. Lucienne, Zabaroth. Zabaroth, Lucienne.

La mujer esbozó una sonrisa y extendió la mano derecha con la palma hacia arriba. Como Lucienne no comprendió el gesto, Absalón le tomó la mano y la colocó sobre la de ella. Petrificado por la sorpresa, Lucienne observó cómo la mujer le besaba la mano.

—Es un placer, musa Luciania, diosa de los talentos, princesa de las inmortales melodías del éter.

El chico frunció las cejas. Si bien esas palabras le sonaron conocidas, no recordaba que nadie lo hubiese llamado nunca «diosa» o «princesa».

—Es un placer... Zabaroth —farfulló—. Pensaba que... eh, usted era hombre.

—Lo soy cuando quiero, su divinidad —respondió la mujer, guiñándole un enorme ojo verde—. Como su consorte, el Vizconde Absalón, le habrá comunicado, soy el jefe del mercado negro de pactos demoníacos. Mi posición me obliga a cambiar mi apariencia al menos una vez a la semana. Y en estos tiempos difíciles... me apena decir que debo hacerlo todos los días.

Zabaroth comentó algo acerca del peligro que le significaba asentarse en un mismo sitio por mucho tiempo y los invitó a sentarse con él (o ella) junto al mostrador del anticuario.

—¿*Consorte*? —le susurró Lucienne a Absalón, sonrojado. El demonio no le hizo caso y se adelantó, caminando a la par de Zabaroth—. Cabrón...

Como las normas de cortesía lo exigían en ese tipo de ocasiones, Absalón dejó que Zabaroth oliese su esencia y descubrió por un instante el hechizo que neutralizaba la de Lucienne. Al oler el hedor del azufre, Zabaroth se mordió el labio y bajó la cabeza en señal de mudos respeto y abatimiento.

Zabaroth tomó asiento detrás del mostrador y Lucienne y Absalón se sentaron juntos frente a él, del otro lado.

—Iremos a visitar una escena del crimen —exclamó el Vizconde—.

Necesitamos algo que pueda anular completamente nuestras esencias en caso de que se presente una urgencia.

Zabaroath asintió y se dirigió a Lucienne:

—¿No puede realizar nada de magia, su divinidad?

El chico negó con la cabeza. Deseó pedirle que dejara de llamarlo «su divinidad», pero temía sonar maleducado.

—Ya veo —dijo Zabaroath, cruzando sus rechonchos dedos sobre el mostrador—. Deberá comenzar de cero. Tendrá que entrenarse para recuperar sus poderes perdidos.

La obesa mujer se puso de pie, rodeó el mostrador y caminó hasta una estantería repleta de frascos diminutos llenos de líquidos brillantes. Revoleó los dedos por los frascos y eligió uno azul y uno negro.

—Estos deberán servir —dijo, colocando los frascos sobre el mostrador. Alargó el azul hacia la musa y el negro hacia el demonio.

El Vizconde carraspeó. Zabaroath levantó sus rubias y delgadas cejas. Lucienne se giró hacia Absalón, sin comprender. Entonces, sin que nadie dijera nada, Zabaroath abrió el frasco azul, dejó caer una gota sobre su dedo índice y la lamió. Acto seguido, hizo lo mismo con el frasco negro.

La tensión se aflojó cuando, luego de unos segundos de pétreo silencio, nada le sucedió al jefe del mercado negro de pactos demoníacos. Con una respetuosa inclinación de cabeza, Absalón cogió su frasco y se lo guardó en el bolsillo. Lucienne lo imitó.

—Necesitamos algo de información —dijo luego el Vizconde— acerca de la *menkalinen* robada. Queremos saber cuántas almas faltan para que no queden víctimas y, si es posible, la identidad de esas próximas víctimas. Yuhèlle podrá proporcionarnos esos datos, ¿verdad?

La mujer que esa noche era Zabaroath se tensó como si la hubiesen picaneado con electricidad.

—¿No lo sabes, Vizconde...? —susurró, descendiendo el volumen de su voz—. Yuhèlle ha desaparecido.

Absalón se aferró del borde del mostrador. La noticia le cayó como un baldazo de agua helada. Lucienne, que sabía que Yuhèlle era el orfebre que confeccionaba las gemas demoníacas, se tocó el bolsillo donde había guardado su *menkalinen*. Seguía allí, nadie se la había arrebatado.

—¿No tienes contactos entre los orfebres menores? —inquirió Absalón. No podía creer que el Maestro de los Orfebres Demoníacos hubiese sido eliminado una noche después de que él, Absalón, lo hubiese visitado en su isla

privada. Tal vez lo habían seguido, pensó. Descartó esa posibilidad: si lo habían seguido, habrían acabado con Lucienne justo después de cargarse a Yuhèlle.

—Un joven me ha solicitado protección —comunicó Zabaroth—. Aún es un novato, Yuhèlle estaba instruyéndolo para forjar las gemas de los incubos. Teme que lo persigan y lo asesinen.

Absalón decidió no callarse ninguna de las preguntas que lo acuciaran. Quizás alguna de ellas le salvara la vida.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió.

—Typhoon —contestó Zabaroth—. No posee linaje ni bienes, es hijo de proscritos. Yuhèlle vio su potencial y decidió adoptarlo.

—¿Y él no sabe dónde está el Maestro? ¿No vio nada? ¿No oyó nada?

—Nadie sabe, ni vio ni oyó nada, Vizconde —suspiró Zabaroth con amargura—. Todos los aprendices y orfebres menores o han sido eliminados o abandonaron la isla de Yuhèlle cuando vislumbraron el peligro que se acercaba.

Tendría que haber sospechado algo. Yuhèlle había sido abandonado por casi todos los suyos. Bueno, después de todo, tenía sentido. El Vizconde comprendía perfectamente el miedo de aquellos demonios sin linaje ni estatus. Estar bajo la tutela y las órdenes de uno de los peces gordos de los Infiernos Flotantes no era algo muy beneficioso cuando había peligro.

—Contacta a ese demonio. Volveremos en cuanto hayamos descubierto algo —exclamó Absalón. Dicho eso, sacó de su bolsillo el diminuto frasco y se bebió todo el contenido de un sorbo.

LA MUDA MUSA AMADA

*Desde entonces el triste pensamiento
de tu olvido falaz es mi agonía
olvido de un amor todo armonía,
fugitivo en su yerto corazón.
Y sin embargo, celestial consuelo
llega a inundar mi espíritu agobiado,
hoy que tu dulce voz ha despertado
recuerdos, ¡ay!, de un tiempo que pasó.*

EL PASADO, Lord Byron

En cuanto se materializaron en aquella ciudad latina, el implacable sol les apuñaló el rostro con miles de afiladas cuchillas.

—¡MALDICIÓN...! —bramó Lucienne, cubriéndose los ojos heridos.

Absalón lo tomó de un brazo y lo arrastró hasta la benévola sombra de un escaparate.

—No grites —le advirtió, serio. Lucienne entreabrió los ojos dolorosamente. Los de Absalón se veían inyectados en sangre, repletos de diminutos capilares color rubí—. Ya pasará.

Algunos transeúntes los miraban con curiosidad.

—¿Dónde estamos? —susurró el chico, frotándose los ojos.

—Buenos Aires. Argentina —respondió Absalón—. Aquí se habla español. Pero estamos en una zona turística así que nadie se extrañará de oírnos hablar en francés.

Lucienne pensó que se derretiría, que la piel comenzaría a desprendérsele de la carne y que luego esa carne se le saldría a tajadas y tajadas hasta dejar desnudos sus pobres y blancos huesos. Pero no sucedió nada de eso. Se quedaron de pie bajo el escaparate de aquella tienda de recuerdos, husmeando, hasta que los ojos dejaron de arderles y recobraron sus respectivos colores.

—He visto este lugar —dijo Lucienne—. En la televisión.

Absalón asintió.

—Aquí trabajaba ese pobre diablo que te vendió su alma... antes de venderte su alma.

La peatonal estaba repleta de gente que iba y venía. Los había de todas las razas y colores. Lucienne vio pieles tan oscuras como la de Sheila, tan claras como la suya y ojos tan rasgados como los de Milagring. Evidentemente, Absalón no mentía al decir que se encontraban en una región muy visitada por turistas.

Las tiendas, a su derecha y a su izquierda, exhibían mercancías de la mejor calidad y en sus puertas o vidrieras los empleados pegaban los carteles que comunicaban las equivalencias de la moneda nacional.

—El peso argentino no vale un carajo —comentó Absalón parándose frente a una tienda de ropa de cuero.

El lujo solo estaba detrás de los escaparates de las tiendas. Por la peatonal deambulaban niños mendigando, indigentes arrastrando enormes carros llenos de cartón y personas vendiendo productos artesanales. Entre aquellos vendedores, pensó Lucienne, había estado alguna vez el hombre que le había vendido su alma.

—El sujeto vivía del otro lado de ese obelisco —exclamó Absalón, señalando una gigante aguja blanca que se recortaba contra el límpido celeste del cielo—. Tenía un piso muy elegante.

—¿Cómo entraremos? —preguntó Lucienne.

El Vizconde esbozó una sonrisa ladina.

—Eso déjame a mí.

Abandonaron la peatonal y cruzaron la calle. Lucienne se mantuvo pegado a Absalón para no perderlo entre la muchedumbre. Si se extraviaba, estaría en problemas. No sabía ni una palabra en español. Absalón le compró dos gafas de sol a un vendedor callejero y le pagó con un billete de diez euros. El hombre le dijo que no tenía cambio y, para sorpresa de Lucienne, el demonio intercambió con él varias frases en español.

—*Allez*, Lucienne —exclamó Absalón cuando finalizó la compra, extendiéndole al chico un par de gafas de sol. Lucienne las recibió como un sediento bebe el agua de un oasis luego de permanecer días en un desierto. Se las encasquetó en el rostro y suspiró.

—Jamás pensé que me llevarías de vacaciones —bromeó Lucienne, mientras caminaban por una calle abarrotada de gente y vendedores de

recuerdos. Algunas personas los miraban de reojo al oír su francés. Absalón esbozó una sonrisita diminuta—. Por cierto, ¿qué quiso decir Zabaroath con eso de que tú eres mi consorte?

La sonrisa de Absalón se esfumó.

—Cuando todavía eras Luciania te pedí un par de veces que te casaras conmigo —dijo con tranquilidad, mirando al frente y sin dejar de caminar. Lucienne se detuvo y Absalón se giró, molesto—. ¿Me haces el favor de seguir caminando? Tenemos las horas contadas. Si allí quedan restos de magia, no nos estarán esperando.

Lucienne se mordió el labio y se adelantó, chocándose con un par de personas.

—¿Eres...? —farfulló. Absalón lo tomó del cuello de la camisa y lo llevó hasta el umbral de un edificio de apartamentos, para dejarle el camino libre a los transeúntes—. ¿Estamos casados?

—No... —susurró Absalón, confundido. Había algo en el rostro de la musa, algo en el escaso brillo de sus ojos que las gafas de sol le permitían ver... algo que inexplicablemente le decía al Vizconde que Lucienne no habría lamentado ser su cónyuge—. Me rechazaste en todas las ocasiones.

Las finas cejas doradas de Lucienne casi se tocaron por encima del puente de su nariz.

—¿Por qué? —replicó.

De repente, a Absalón le acometieron unas tremendas ganas de molerlo a golpes.

—Por la Reina Madre, si lo supiera —masculló entre dientes—. Tengo una buena posición social, soy un Vizconde, un noble. Poseo riquezas y bienes a lo largo y a lo ancho de todos los Infiernos Flotantes; no tengo gustos retorcidos y soy un buen amante... No, definitivamente no comprendo por qué una musa como tú, vagabunda, sin estatus y sin riquezas no querría ser mi esposa.

Lucienne se quitó las gafas de sol. Una amplia sonrisa le ocupaba la mitad del rostro. Una sonrisa pícara. Absalón carraspeó con impaciencia. A pesar de que tenía puestas las gafas de sol, desvió la mirada. Detrás de Lucienne, las personas iban y venían sin prestarles un ápice de atención.

—Así que querías casarte conmigo —susurró Lucienne. En su voz no había burla ni desprecio, tan solo leves rastros de una genuina sorpresa—. ¿Y por qué querrías que una musa como yo, errante, vagabunda, sin estatus ni riquezas fuese tu esposa? ¿Acaso no hay hembras o machos más nobles que yo?

Absalón lo imitó y se quitó sus gafas. Aquel no era el sitio ni el momento

adecuado para tocar esos temas, pero la ocasión se había presentado y no deseaba desaprovecharla. Quizá... llegaran a un acuerdo.

—Por los mismos motivos que se casan los humanos —dijo Absalón, siguiendo con la vista a una pareja de ancianos que pasaban detrás de Lucienne. El chico observó la pareja reflejada en la puerta de vidrio del edificio—. Me gustas. Siempre me has gustado. Eres diferente. Quise seducirte y no caíste en mi juego. Jamás te interesó mi dinero o mi posición. Mientras yo estaba atado a mis obligaciones como Vizconde, tú vivías libre, sin más preocupaciones que tu supervivencia. Siempre me gustó eso de ti.

Lucienne quiso decir algo, pero se arrepintió a medio camino. Le dirigió a Absalón una sonrisa y le apoyó la mano en el hombro.

—Vamos —dijo. Y dio la conversación por terminada.

Christian Ballesteros, tal era el nombre del artista fallecido, había vivido en un lujoso edificio ubicado en la calle Corrientes. En cuanto Lucienne le echó el primer vistazo al apartamento, le quedó bien claro que el difunto no se había privado de nada.

Entraron por la puerta principal del edificio, sin ser vistos más que por la cámara de circuito cerrado que era parte de la seguridad de la residencia. Ni la puerta blindada fue rival para la magia del Vizconde Absalón. Se abrió limpiamente, sin siquiera emitir un quejido ante el ultraje, dejándoles el paso libre hacia un amplio corredor de suelo de madera, cuyos muros estaban adornados con docenas de cuadros. Evidentemente, el edificio era la morada de bastantes artistas.

En el fondo del corredor se encontraban los elevadores. Cuando llegaron al séptimo piso, encontraron la puerta atravesada por una franja roja. La policía. Absalón la arrancó de un manotazo y apoyó la oreja en la puerta, como si quisiese oír lo que ella tuviese para decirle. Cerró los ojos, y Lucienne vio sus labios moverse. Estaba abriendo la puerta con magia.

—Adelante —exclamó con una pequeña reverencia. Lucienne entró—. Las damas primero —agregó el demonio en tono burlón. Lucienne decidió que no tenía ganas de discutir y no dijo nada.

—Es un piso —susurró Lucienne, dándose cuenta de que ya estaban dentro de la casa de Christian Ballesteros.

El lugar se encontraba en orden, nada indicaba que allí se hubiese cometido un asesinato. El techo era bajo, como el de casi todos los apartamentos, y los muros estaban pintados de un austero color blanco perlado. El suelo era de

mosaicos blancos. A juzgar por el ruido, el piso tenía vista hacia la calle, observó Absalón; pero los amplios ventanales que habrían dejado que el salón se llenara de luz ahora estaban completamente cubiertos con unas largas cortinas negras que llegaban hasta el suelo. Evidentemente, el difunto tenía buen gusto. Es decir, cuando todavía estaba vivo.

El salón se veía apenas amueblado. Dos sillones y un sofá, los tres de cuero negro, una mesa rectangular de vidrio con cuatro sillas y una larga estantería que ocupaba toda una pared, repleta de libros con aspecto nuevo que parecían jamás haber sido tocados. Lucienne comenzaba a pensar que se habían equivocado de sitio.

—Pensé que sería... —comenzó—, un poco más... ya sabes, bohemio.

—Yo también —afirmó Absalón—. Aún no hemos registrado todas las habitaciones.

Pero todas las habitaciones resultaron iguales ante sus ojos: vacías, tristes, demasiado grandes para un hombre soltero. El único sitio interesante que hallaron fue el estudio. Si el resto de las habitaciones estaban vacías, el lugar de trabajo del difunto Christian era un completo caos de cosas; papeles desperdigados por toda la mesa de trabajo, cajas de cartón repletas de lápices, tubos de pintura acrílica, óleos, aerosoles, pinceles, tinta china y montones de elementos más de los que Lucienne no sabía siquiera el nombre.

El escritorio de madera era un verdadero desastre. Manchas de tinta, rayas causadas por la punta de las plumas metálicas, huellas digitales de esmalte dorado. Los muros estaban completamente empapelados. El que se encontraba junto a la mesa de dibujo exhibía una galería de bocetos de personajes femeninos; pechos siliconados que se derramaban por los escotes de las blusas, esbeltas piernas enfundadas en medias de redecilla, largos cabellos peinados en trenzas interminables. Azafatas de avión, camareras, sirvientas, conejitas de playboy, odaliscas, princesas.

Absalón se detuvo frente al mural del fondo de la sala.

—No me lo puedo creer —masculló con odio.

Lucienne se acercó. Absalón le devolvía la mirada a un mural de tamaño natural de una preciosa mujer blanca y largo cabello negro. Sus grandes ojos dorados parecían brillar con luz propia y sus labios húmedos del color de una fresa madura invitaban a ser besados. La mujer estaba sentada sobre la rama de un árbol de flores blancas. Lucía un delicado vestido transparente que se le pegaba a la piel como si una enorme araña albina la hubiese tejido sobre su cuerpo. La luz solar se derramaba sobre sus formas como un baño de una

misteriosa bebida alcohólica, dibujando sobre sus rasgos un juego de luces y sombras, iluminando sus ojos, el almíbar de sus labios y pintando bajo sus párpados el abanico de sus largas y oscuras pestañas. La mujer miraba hacia el frente con los brazos enredados entre las ramas y esbozaba una pequeña sonrisa tranquila.

—Te mataré —susurró Absalón, girándose hacia Lucienne—. ¿Te dejas ver por un humano miserable y a mí me muestras tus malditos disfraces?!

—¿A qué te refieres? —balbució Lucienne, retrocediendo atemorizado.

—¡¿QUE A QUÉ ME REFIERO, JODER?! ¡ESTA ERES TÚ, LUCIENNE!
¡ESTA ES TU VERDADERA FORMA!

AQUELLOS ROSTROS OLVIDADOS

*Sobre sus cuerpos, como blancas rosas,
acariciadas por la luz de plata,
que de su alcázar de zafiro oscuro
les envía Diana;
sobre sus rostros; sobre sus cabezas;
se irisa como nimbo incomparable
la emanación de adolescencias puras,
Juventud deslumbrante...!*

ΓΛΑΥΚΟΣ, Marqués de Campo

Lucienne permanecía recostado en uno de los sofás del anticuario de Zabaroth. Sabía que los demás estaban hablando de él, pero no le importaba. No quería escuchar. Simplemente deseaba poder olvidarlo todo, como ya le había ocurrido una vez. Porque solo había sucedido una vez, ¿verdad? ¿Y si no era así? ¿Y si Lucienne había perdido sus recuerdos muchas veces? Sucedería lo mismo, la historia se repetiría. Él querría recuperar su memoria y cuando lo hiciera, se sentiría tan abrumado que desearía perderla de nuevo. Pero eso no tenía sentido. Estaría condenándose a una existencia miserable, sin pasado, presente, ni futuro. Su vida sería como una película que mostraba siempre las mismas escenas, los mismos personajes, los mismos desenlaces. Tenía que ponerle fin a esa película, no importaban las veces que hubiese sido proyectada. Tenía que armarse de valor y enfrentarse a lo que fuera.

Pero no todavía. No en ese momento. Aún permanecía fresco en su mente el rostro de la musa Luciania, con su sobrenatural belleza desplegada ante sus ojos heridos por el sol de aquella ciudad tercermundista. Para Lucienne, aquella era la imagen de una perfecta extraña. Una extraña bellísima, pero una extraña al fin de cuentas. Al verla no logró sentir ni el menor destello de emoción, ni la más ínfima chispa de reconocimiento. ¿Cómo podía ser posible que la contemplación del cuerpo que le había pertenecido no le provocara ni

el sentimiento más insignificante?

«¿Esa soy yo?», le preguntó a Absalón. El demonio le devolvió una mirada cargada de tanto odio que Lucienne pensó que se abalanzaría sobre él y lo destrozaría a golpes hasta dejarlo muerto sobre el suelo del estudio.

Absalón echó la cabeza hacia atrás y tragó aire haciendo mucho ruido. Luego, lo soltó profiriendo un gruñido que hizo que a Lucienne se le pusiera la carne de gallina.

«Sí», exclamó el demonio, tratando de recobrar la compostura.

Lucienne no podía saber cómo Christian Ballesteros había convencido a Luciania para que posara para él.

—¿Ni siquiera un pequeño rastro de magia? —preguntó la voz de Zabaroht. Ahora, el jefe del mercado negro de pactos demoníacos había adoptado nuevamente la apariencia de aquel enano deforme.

—Nada —respondió Absalón—. Ni la más mínima señal de actividad demoníaca. Solo un cierto... —vaciló. El grupo se había distribuido alrededor de una pequeña mesa que sobresalía por encima de baúles llenos de vajilla de porcelana china e inglesa, estatuas de dioses hindúes y viejas alfombras carcomidas por el tiempo. Absalón, ubicado en la cabecera, le daba la espalda a Lucienne, mientras que Zabaroht y el demonio llamado Typhoon se sentaban a sus costados. Sus rostros estaban sumergidos en la sombras y Lucienne solo podía vislumbrar el resplandor que las velas les pintaban a los contornos de sus siluetas... un aroma dulce, muy dulce. Como el de la miel caliente.

—Ángeles, quizá —exclamó el demonio llamado Typhoon. Su voz era suave y juvenil como la de un adolescente. Las cabezas de Absalón y Zabaroht se giraron hacia él—. Ángeles de muy bajo rango, sin estatus angélico.

—No me lo puedo creer —declaró Absalón—. Han sobornado a los ángeles.

—O puede que no —opinó Zabaroht—. Quizá los ángeles planean apoderarse de las *menkalinen* una vez que se hayan cosechado todas las almas. Y luego de llenar las gemas...

Lucienne vio que los hombros de Absalón se tensaban. Zabaroht bajó la mirada. El otro demonio se quedó en silencio.

Entonces Lucienne comprendió: sería asesinado.

Como musa propietaria de una *menkalinen*, debía ser eliminado para que las almas de su interior pudiesen ser liberadas.

Fingió dormir. La luz de las velas no llegaba hasta él, de manera que no se molestó en cerrar los ojos. Le llegó a la nariz un aroma similar al del barro

mojado. Al concentrarse, oyó un leve chasquido, como el que producen las hojas secas al ser barridas por una brisa. No tardó en identificar el origen tanto del olor como el del sonido: una vasija colocada sobre un brasero de pie, de la que se elevaba un brillante humo azul.

—Le falta poco —anunció Typhoon, colocando las manos sobre la mesa.

Absalón asintió, otorgándole el permiso para levantarse. El demonio realizó una pequeña reverencia y se puso de pie. Rodeó la mesa, pasó por detrás del Vizconde y se detuvo junto a la vasija. Lucienne pudo verle el rostro. Era tan pálido como un papel y tenía los pómulos exageradamente marcados. Sus ojos eran rasgados y afilados y sus delgadas cejas eran apenas unas pelusillas sobre el arco de sus ojos. Era completamente calvo y su cabeza brillaba reflejando el resplandor de las velas.

Lucienne vio que el demonio murmuraba por lo bajo, utilizando su magia.

—Está lista —anunció. Absalón y Zabaroath se levantaron de la mesa—. Vizconde Absalón, despierte a la musa, por favor.

Absalón se quedó quieto, mirando al demonio a la cara. Como pareció no comprender el significado de aquel silencio, Zabaroath le dijo a Typhoon:

—Pruébala, *vassari* Typhoon.

Typhoon se ubicó frente a la vasija y extendió el brazo derecho. Luego, con el dedo índice extendido, ordenó que un chorro de la poción remontara vuelo hacia su boca. Cuando Typhoon hubo tragado la dosis, Absalón se acercó a Lucienne y le susurró al oído:

—Sé que estás despierto. Levántate, vamos.

Cuando Lucienne abrió los ojos, vio que estaba atrapado dentro de una burbuja. Sabía que se encontraba a salvo, pero todo lo que veía eran imágenes como chispazos, como diapositivas que se desvanecían en el aire, como fantasmas de humo. Todo lo contemplaba desde la burbuja, desde esa jaula de color azul tornasolado que se movía a su alrededor como una gelatina.

Vio el rostro de Absalón, sus ojos de diferentes colores.

Vio a Zabaroath, su rostro puntiagudo, su piel cetrina.

Vio al demonio llamado Typhoon, su cara pálida como la de un cadáver, sus ojos anaranjados como dos estrellas en llamas.

Y luego... el anticuario se extendió alrededor de la burbuja. Se desplegó como un cielo tormentoso, se sacudió, vibró y finalmente... se apagó. Todo se volvió negro. Lucienne estaba sumergido en la oscuridad más absoluta, en las tinieblas más aplastantes y temibles que jamás había visto.

—*¿Qué sucedió?*

—*Ha comenzado. Prestad atención.*

Comenzó a temblar de frío, lo cual era extraño, porque el anticuario tenía la chimenea encendida.

El cuerpo de Lucienne permanecía allí, pero su alma, o mejor dicho, su esencia, viajaba a través del tiempo, a través de los siglos, de todas las hojas de aquel fruto mágico que era la historia de su existencia. Porque Lucienne era mágico, pero de una magia cruel y ponzoñosa que envenenaba las mentes de los seres humanos con deseos de grandeza, de talento, de poder y de dinero.

—*No veo nada.*

—*Concéntrese, Vizconde.*

Desde su oscura y fría burbuja, Lucienne contempló a la musa Luciania. Sacrificaban doncellas vírgenes en su honor. Las muchachas morían ahogadas, desangrándose por dentro, manchando el océano con la explosión de su sangre inocente, sangre perfumada a horror y desprecio por aquella diosa a la que eran entregadas.

—*¡Diosa de los talentos, princesa de las inmortales melodías del éter, denhiria y patrona de los cantantes que han olvidado la voz en las entrañas de este océano oscuro y crepitante! ¡Musa Luciania, eah, eah, Luciania, eah, um, umae! ¡Para ti es este sacrificio de carne y sangre, de belleza y juventud! ¡Bebe de la sal del mar el fruto que te entregamos, el elixir, el alma, la vida! ¡Eah, um, Luciania!*

—*Aquel lugar... lo recuerdo. Estuvo a punto de suicidarse cuando lo descubrió.*

Lucienne contempló los cuerpos de las tres muchachas desnudas. Su piel era blanca, apenas dorada por el sol. La luna las acunaba con su débil abrazo y el océano abría sus fauces para devorar su sangre, sus cuerpos, sus vidas. Las tres eran morenas de cabello largo y conforme pasaban las horas, la balsa repleta de flores que sostenía sus cuerpos muertos se fue adentrando más y más en el mar. Finalmente, una ola las arrastró y la balsa se perdió para siempre en las profundidades de los Infiernos Flotantes...

Horrorizado, Lucienne supo que Luciania despreciaba las prácticas que los humanos realizaban en su honor. Y que por eso había sufrido varios períodos de crisis, como los llamaba Absalón. Cuando los humanos olvidaron los sacrificios en nombre de sus dioses, Luciania por fin logró salir de su depresión.

Lucienne se preguntaba cómo había sido el trato de Absalón hacia

Luciania, hacia la musa. No se sorprendió al descubrir un demonio fanfarrón que se arrastraba patéticamente para lograr cortejar a su objetivo. La perseguía por todo el mundo, subía las montañas, bajaba a las playas, atravesaba selvas, mares, ríos, océanos, cielos de todos los colores, tormentas de agua y de arena, guerras, pestes, terremotos...

Pero jamás daba en el clavo. Siempre llegaba al lugar apropiado en el momento oportuno, pero nunca pronunciaba las palabras correctas. Su lengua lo traicionaba, su orgullo de macho de sangre noble.

—*Por la Reina Madre... ¿Por qué vemos estas imágenes tan... personales?*

—*Están en su subconsciente, Vizconde. Están latentes, esperando que ella pueda recordarlas.*

Le ofreció matrimonio seis veces, pero jamás le dijo a la musa que la quería.

Lucienne descubrió que lo que Absalón le reprochaba era cierto: Luciania nunca le mostraba su verdadera apariencia. Es más, siempre se presentaba ante él como varón.

Lucienne entendió el problema. Estaba allí, tan sólido y real como un río desbordado. Contempló el afecto de aquellos dos seres que, a pesar de pertenecer a la misma raza, correspondían a mundos muy diferentes...

—*No sabía que hubiese visitado mis territorios.*

—*¿Jamás quiso conocerlos?*

—*La invité, pero siempre se negaba.*

Por primera vez, Lucienne vio los dominios de Absalón. Las llamadas noventa y nueve legiones que el Vizconde tenía bajo su poder, control y administración. Era un enjambre de pequeñas islas brillantes que flotaban a la deriva en medio del océano. La más grande debía ser la residencia del Vizconde. Lucienne quiso alargar una mano hacia ella, pero la pared de la burbuja se estremeció y la oscuridad volvió a tragárselo todo.

—Estoy seguro de que si fuésemos dos desconocidos, caerías rendida ante mí como una mortal común y corriente... Si no me conocieras, si no supieras que soy un demonio y tú tampoco supieras que eres una musa, le suplicarías a la Reina Madre que te propusiera matrimonio.

Ay, Absalón, Vizconde Absalón, pensó Lucienne.

Pobre Absalón, cegado por su orgullo, mudo por su miedo de desnudar sus sentimientos ante un ser inferior frente al que se sentía indefenso.

Pobre Luciania, también ciega por el orgullo, y muda por el mismo miedo

de no estar a la altura de su amado.

Yo soy Luciania, se dijo Lucienne, yo he estado ciego. Pero ahora puedo verlo. Lo veo... lo veo todo.

—Diosa de los talentos, princesa de las inmortales melodías del éter, patrona de los cantantes que han olvidado la voz en las entrañas de este océano oscuro y crepitante, yo te invoco: oh Tamira, oh Bésbone, oh Luciania, oh Ilodesa, ¡Oh, musa de las sinfonías errantes sin dueño...!

—*¡Allí están! ¡Los humanos que la invocaron!*

—Musa Luciania, deseo ser pintor.

—Musa Luciania, deseo esculpir la estatua más hermosa que haya existido.

—*Son millones...*

—Musa Luciania, debo diseñar un palacio para la esposa del Sultán.

—Musa Luciania, deseo escribir poemas, los mejores poemas del mundo.

—*Están muertos... todos.*

—Musa Luciania, quiero que los príncipes beban el agua de mis vasos.

—*¿Todos? ¿Estás seguro?*

—Musa Luciania, quiero que la reina me encargue sus vestidos de fiesta.

—Musa Luciania, deseo tocar el piano como un dios, que la gente me recuerde aun cuando ya hayan pasado siglos de mi muerte.

—*Todos...*

—Musa Luciania, debo fabricar un perfume para la reina y si no la complazco, me cortará la cabeza.

—Musa Luciania, quiero...

—Musa Luciania, deseo...

—*No han dejado ni uno.*

—*¿La menkalinen se ha llenado?*

—Musa Luciania...

—Musa Luciania...

—Musa...

—Musa...

—Musa...

—Hagamos una apuesta.

—Nada de apuestas, cariño.

—Si alguna vez necesitas mi ayuda, recuerda esta noche. Tan solo di «acepto la apuesta» e impón tus condiciones.

Lucienne se dejó caer. Por entre el delgado velo de sus ojos, vio de nuevo aquel fuego demoníaco que arrastraba su cuerpo hacia las profundidades del

abismo.

—¡Sálvame, Absalón! ¡¿Vas a dejarme morir?! ¡ACEPTO! ¡ACEPTO LA APUESTA!

Oyó un ruido sordo. La multitud de voces que luchaban en su interior se había apagado, las escenas que se debatían por su atención ya no le sacudían el cerebro.

Algo había ocurrido.

Algo iba mal.

Intentó mirar, pero la burbuja azul seguía intacta. A través de sus muros tornasolados, Lucienne pudo ver el cuerpo del demonio Typhoon, tendido en el suelo del anticuario, con los ojos abiertos y la sombra de la muerte cubriéndole el rostro como una mortaja. A sus costados estaban Absalón y Zabaroth. El Vizconde tenía la mano extendida hacia el cuerpo del demonio. El jefe del mercado negro de pactos demoníacos había adoptado la forma de un enorme hombretón negro y balanceaba en el aire un bate de béisbol.

Lucienne permaneció observando aquella imagen durante un tiempo que se le antojó una eternidad. No la comprendía. No sabía qué hacía Typhoon en el suelo o qué clase de magia estaba efectuando Absalón con su mano extendida, o por qué Zabaroth se había transformado de nuevo.

Quiso gritar, quiso preguntarles, pero no lo oyeron.

Entonces, cuando los dos demonios pasaron por encima del cuerpo inerte de Typhoon y se abalanzaron sobre él, lo comprendió todo.

—Lucienne, ¿me oyes? ¡LUCIENNE! —gritaba Absalón.

—¡¿Su divinidad?! ¡Por favor, su divinidad, responda! —suplicaba Zabaroth.

No había caso. Lucienne no podía responder.

Typhoon los había traicionado.

SUEÑO ENVENENADO

*Mi pobre musa, ¡ay! ¿qué tienes este día?
Pueblan tus vacuos ojos las visiones nocturnas
y alternándose veo reflejarse en tu tez
la locura y el pánico, fríos y taciturnos.*

LA MUSA ENFERMA, Charles Baudelaire

Su deseo se había hecho realidad. Lucienne estaba dormido. Dormido para siempre. Era como estar muerto, con la única diferencia de que podía ver, oír y respirar. No tenía control sobre su cuerpo, sobre sus acciones.

La noche en que Typhoon los traicionara, Absalón y Zabaroth llevaron a Lucienne de nuevo al edificio de la calle Etienne de La Boétie. Lo recostaron en la cama y le explicaron a un desesperado Julien todo lo que había sucedido. Entonces en la puerta había aparecido Sheila, sosteniendo una carta del Tarot y balbuceando que algo muy terrible le ocurriría a ese rubito amigo de Julien.

Cuando vio a Lucienne echado sobre la cama, con los ojos abiertos y la mirada perdida, se largó a llorar y chilló que tendría que haber llegado antes. En las avenidas, ella y la chatarra de su moto no existían para los autos. Nunca le dejaban el paso libre y menos al ver que la motociclista era una mujer negra.

A los dos demonios les causó mucha curiosidad aquella humana. Olfateándola con disimulo, Absalón descubrió que por sus venas corría sangre demoníaca. Diluido por los siglos, el aroma se encontraba allí: flor de cerezas. Por eso la mujer tenía habilidades para predecir el futuro.

Julien se encargó de contarle la verdad, así como las respectivas identidades de los presentes. Para sorpresa de los demonios, ella les creyó. En su familia existían leyendas pobladas de seres sobrenaturales que copulaban con los humanos para procrear hijos híbridos y contó que el padre de la tatarabuela de su tatarabuela había sido un hombre de ojos rojos.

—Tritemnos —exclamaron Absalón y Zabaroth al unísono.

—Es un fanático de las mujeres de piel oscura.

Por la madrugada, Zabaroth apareció en la habitación junto a un humano con apariencia de no haber dormido en siglos. El jefe del mercado negro de pactos demoníacos hizo que el sujeto, que resultó ser un doctor, le conectara a Lucienne una sonda de alimentación y un catéter para que pudiera orinar. Acabado su trabajo, Zabaroth deshizo el hechizo y envió al hombre de vuelta a su casa.

—Yo me encargaré de asearlo —exclamó Absalón, sin que le temblara la voz ni un momento.

Desde su sueño despierto, Lucienne emitió una risita conmovida. Pobre Absalón, todavía le era imposible declarar su amor.

—Lo han envenenado —aseveró Sheila—. Si cuidamos bien de él, se recuperará.

Los dos demonios, Absalón y Zabaroth, y los dos humanos, Julien y Sheila, se turnaban durante todo el día y la noche para lubricar sus ojos con lágrimas artificiales robadas de una farmacia. Por las noches, Absalón les pedía que los dejaran solos un rato y se recostaba junto a Lucienne sin decir palabra.

Dime algo, suplicaba el chico, desde su patética mudez. *Por favor, Absalón... lo que sea.*

Pero el demonio no hablaba. Se limitaba a contemplarlo en silencio y de vez en cuando le acariciaba el cabello o el rostro. Nada más que eso.

Julien se encargaba de cepillarle los dientes a Lucienne todas las mañanas y cuando los dos humanos debían ir a trabajar, Absalón y Zabaroth se llenaban el estómago de brebajes que le permitieran permanecer despiertos para vigilar a la musa.

—Ha sido mi culpa —se lamentó una tarde el jefe del mercado negro de pactos demoníacos. Golpeó la puerta del baño con el puño cerrado, y las astillas de madera volaron en todas las direcciones.

Absalón le apoyó una mano en el hombro, para tranquilizarlo.

—Ha sido culpa del que intentó matarlo, del que le dio la orden a ese bastardo de Typhoon —replicó, señalando a Lucienne con la cabeza—. Ha fallado. Debemos encargarnos de que vuelva a fallar. Y si es posible, eliminar al hijo de puta.

Lucienne vio que Zabaroth había vuelto a cambiar de apariencia. Ahora era una mujer calva vestida con una sudadera amplia y vaqueros recortados por las rodillas.

—Esto no se acabará nunca, Vizconde —gimió Zabaroth, encogiéndose en

la silla de plástico y alzando la cabeza hacia el techo, como si allí, entre las telarañas, durmiera el dios que tanto adoraban en los templos de la ciudad—. Solo eliminando a Lucifago podremos dormir en paz.

—¿Sabes cuál es nuestro problema? Que jamás hemos podido unirnos por otro motivo que no fuera el interés... poder, territorios, bienes... Nos hemos dejado gobernar por tiranos y por idiotas, y solo cuando aquello que nos pertenece corre peligro, decidimos abrir la boca y quejarnos. Pero ha llegado el momento de decir basta, porque la negligencia, la desidia, la ambición y el egoísmo han hecho la amenaza demasiado grande.

Las sombras se fueron alargando en la pequeña habitación. Los muros se oscurecieron y el rectángulo de la ventana se fue haciendo cada vez más oscuro hasta que se tiñó completamente de negro. A veces, cuando la ventana estaba cerrada a causa del frío, Lucienne veía en ella los débiles reflejos de las luces de la ciudad. Cuando había viento, las viejas cortinas se balanceaban como bailarinas hechas de humo de cigarro.

—¿Le propondrás matrimonio cuando despierte? —Zabaroth se atrevió a preguntarle una noche al Vizconde.

Absalón optó por hacer uso de su sarcasmo:

—Se vería ridículo con un vestido de novia, ¿no crees?

Zabaroth, que esa noche era una monja vestida de gris con un velo que le cubría toda la cabeza, esbozó una sonrisita maliciosa.

Lucienne había comprendido que para Luciania, mostrarse frente a Absalón como hombre había sido una especie de actitud defensiva. Jamás lo hizo para disgustarlo y hacer que el demonio se apartara de su lado, sino para intentar, de alguna forma, subir de nivel frente a él.

El error de Absalón, el peor de todos, el que repelía a Luciania más que nada, había sido que intentara conquistarla haciendo uso de su posición.

Con el paso de los días, Lucienne comenzó a desesperarse. Absalón estaba angustiado y una noche el chico estuvo seguro de que lo había oído llorar. Perdían las esperanzas de que despertara.

—Ha pasado más de una semana... ¿no tendría que haber despertado ya?

—¿Estás segura de que es veneno?

—Debe ser un hechizo, un conjuro muy poderoso.

—¿Y si se ha debilitado por culpa de la *menkalinen*?

Todos los días, durante la noche, Absalón cargaba el cuerpo de Lucienne hasta el baño, le limpiaba los restos de desechos, lo aseaba y le lavaba el cabello. Eran los momentos que el chico más odiaba. La vergüenza y la

humillación le revolvían las entrañas. Pero conforme pasaban los días, Lucienne descubrió que el Vizconde no lo hacía por obligación y que la tarea no le causaba asco alguno.

Comprendió, por fin, que Absalón lo quería tal como era. Lucienne había estado cegado por su propio orgullo, por sus miedos egoístas; preocupándose solo por sí mismo, jamás se había preguntado qué sentía el pobre Vizconde.

Absalón secó el cuerpo de Lucienne, lo vistió con una bata blanca y lo alzó en brazos. Lo recostó en la cama, volvió a conectarle la sonda y el catéter, y se sentó a su lado, dándole la espalda, mirando hacia la ventana. El cielo se había teñido de un enfermizo color violeta, como si un tumor hubiese estallado en el firmamento, llenando las nubes de pus y apagando las estrellas. Lucienne vio que Absalón se ponía de pie y caminaba hacia la ventana. El Vizconde suspiró y se sentó en el alféizar, apoyando la espalda en el muro.

—No estoy enfadado contigo —dijo—. No sé por qué accediste a mostrarle tu verdadera forma a ese hombre, pero supongo que tuviste tus motivos. Quizás él era mejor que yo, quiero decir... menos orgulloso, más amable. Seguramente te sentiste a gusto con él... mucho más a gusto que conmigo...

Absalón encogió las piernas y se abrazó las rodillas.

—... Pero ahora quisiera saber, ¿cómo debería ser para que me quisieras? Solo me gustaría saberlo, porque no intentaré cambiar. Yo te quiero tal como eres, pero si tú no me quieres como soy, deberemos enfrentar la eternidad separados.

Tonto, pero si ya has cambiado, pensó Lucienne.

Absalón se giró sobresaltado. Lucienne sintió que su corazón daba un brinco. ¿Lo había oído?

—¿Lucienne? —preguntó el Vizconde. Al no obtener respuesta, volvió a suspirar.

¡Te quiero!, quiso gritar Lucienne, para que Absalón supiese que estaba allí, que vivía, que lo veía y podía oírlo.

Absalón dio un respingo. Se bajó de la ventana de un salto y se acercó a la cama.

—Lucienne...

Lucienne observó su rostro compungido. Unas profundas ojeras se habían pintado bajo sus ojos y el brillo malicioso que siempre hacía resplandecer su mirada se había ido apagando poco a poco. Absalón alargó la mano hacia su cabello húmedo y lo revolvió. Luego le acarició las mejillas y volvió a

sentarse junto a él.

—Por la Reina Madre, me estoy volviendo loco —se lamentó, aferrándose la cabeza como si le pesara. Se quitó la camisa y comenzó a masajearse el cuello y los hombros—. Estoy cansado... estoy tan jodidamente cansado, Lucienne.

El chico comprendió que no solo se refería al cansancio físico. El Vizconde estaba harto de todo, en todos los sentidos.

—Somos seres condenados... condenados a la eternidad. Solo alcanzaremos la paz si alguien nos asesina o si somos lo suficientemente valientes para quitarnos la vida. ¿Y qué clase de paz puede alcanzar un suicida?

Lucienne quiso decirle que se callara, que sus palabras solo lo amargaban más.

Cállate, por favor. Bésame.

Absalón suspiró por tercera vez y se quedó en silencio. Recorrió el rostro de Lucienne con la mirada. Sus ojos azules, sus labios llenos, la barba dorada que se había ido extendiendo por su mentón y su cuello. Alargó la mano hacia la mesa de noche. Allí estaban las lágrimas artificiales, la palangana con el agua, la toalla, los vasos de yogur vacíos. Y el cuaderno de los sueños de Lucienne. Absalón cogió el pequeño gotero y dejó caer sobre los ojos del chico dos diminutas gotas transparentes. Las gotas se desbarrancaron por sus párpados y sus mejillas, dejando un sendero mojado sobre su piel pálida. Luego tomó la esponja y le humedeció los labios y la lengua.

Absalón le echó un vistazo a la bolsa de orina y verificó que estaba vacía. Más tarde le haría una visita a aquel doctor. Quería estar seguro de que estaba haciendo las cosas bien.

Absalón se inclinó hacia Lucienne y lo miró a los ojos. Quietos, mudos, ciegos, sus ojos no parpadeaban y no dieron muestra de reconocerlo.

—¿Me oyes? —susurró—. ¿Estás despierto?

Dejó caer la cabeza en su pecho. Su corazón latía y bombeaba sangre. Absalón desgarró la bata y dejó al descubierto la pálida piel de Lucienne, las dos pinceladas rosadas de sus pezones. El demonio apoyó la oreja sobre su costado izquierdo y oyó el latir de su corazón, una música maravillosa que le insuflaba esperanzas a su pobre y desgastado espíritu.

Su mejilla se fue calentando con el calor del cuerpo de Lucienne. Absalón se irguió apenas y besó su pecho, la carne tras la cual se ocultaba el músculo de la vida. Sus labios rozaron el pezón de Lucienne, y el chico sintió que su

cerebro se estremecía.

Absalón cerró los ojos y lo besó en la boca. No le importó que Lucienne tuviese los suyos abiertos. Si podía mirar, que mirara. Le tomó el rostro con una mano y le separó los labios con los dedos. Entre sus manos, los labios de Lucienne eran como dos pétalos de una flor exótica muy rosada y muy tibia, una flor estelar, una flor que se abría solo en luna creciente o cuando estaba sedienta y deseaba refrescarse.

—Luciania me habría matado si alguna vez le hubiese hecho esto. ¿Sabes, Lucienne? Antes no deseaba que recuperaras tus recuerdos. En realidad, no sé si lo deseo. Me rechazaste tantas veces, que encontrarte y saber que no recordabas nada me pareció la oportunidad de mi vida. Pero durante todo este tiempo me he engañado y también te he engañado a ti. He sido demasiado egoísta. Espero que puedas perdonarme... Y si no puedes, lo entenderé...

Pero Luciania dormía o tal vez ya estaba muerta. Luciania estaba sepultada dentro de la memoria de aquel chico. Y ese chico era Luciania, y Luciana era aquel chico... y eso fue todo lo que Absalón supo al momento en que, con mucho cuidado, sostuvo el labio inferior de Lucienne con el suyo y dejó que su lengua se escabullera hacia el interior de su boca.

Oh, ¿hay algo más hermoso y excitante que un beso, Vizconde?, había suspirado la musa Luciania una tarde, en la forma de un muchacho de dientes torcidos y ropas raídas, mientras observaban juntos una obra de teatro en la plaza de una aldea europea.

Sí, follar hasta el agotamiento, respondió Absalón, devorando al muchacho con la mirada.

La sonrisa de Luciania se apagó. Mientras el telón bajaba, el muchachomusa trepó por las piernas de Absalón y se sentó en su regazo. Un hombre harapiento pasó por su lado, sosteniendo una canasta, y le ofreció a Absalón una manzana asada. El demonio le extendió una moneda y el hombre le entregó a cambio una varilla de madera coronada por una succulenta y fragante joya dorada.

Jamás me acostaré contigo de nuevo, Vizconde, sentenció la musa, dándole una generosa mordida a la manzana... *Y jamás seré tu esposa. Nunca.*

Y Absalón había reído, tratando de enmascarar el punzante dolor que le provocaban esas palabras.

Cuando estés tan muerta de hambre como lo están esas mujeres, le dijo Absalón esa noche, antes de que se separaran, señalando a las prostitutas que se vendían a los marineros en el interior de una taberna, *búscame. Te estaré*

esperando...

Absalón acarició la lengua de Lucienne con la suya. Sintió que la boca del chico se humedecía, que su cavidad bucal segregaba saliva y que esa saliva sabía dulce y amarga, tan dulce como una manzana asada, tan amarga como un deseo sepultado en las profundidades de un alma envejecida por el dolor.

Absalón arrastró la lengua por aquella cálida superficie que parecía solo hecha de burbujas diminutas... y de repente tuvo el presentimiento de que se había olvidado de algo muy importante. Cerró los ojos, los ojos monstruosos que había disfrazado de verde o de azul o del color de la miel caliente para que Luciana no pensara que era un ser imperfecto, un ser de ojos de colores distintos. Un día Absalón perdió una apuesta y, avergonzado, le mostró a la musa su ojo celeste y su ojo dorado. Para su sorpresa, Luciana no se horrorizó ni se burló. Tan solo alzó las cejas, decepcionada al descubrir que el terrible secreto del Vizconde de los Infiernos Flotantes era que sus ojos no combinaban...

—¿Recuerdas... —susurró Absalón—... la noche en que nos conocimos? Te veías igual que ahora, eras un muchacho rubio, de ojos claros. Luciana, por favor... Lucienne, despierta... te lo suplico.

Absalón se sobresaltó. Lucienne tenía las mejillas mojadas. Se acercó a sus ojos, pero vio que estaban secos. Y comprendió que no era Lucienne el que lloraba, sino él mismo. Era el orgulloso Absalón, Vizconde de los Infiernos Flotantes, gobernante de noventa y nueve legiones, quien lloraba sobre el cuerpo inerte de una musa; una musa errante, vagabunda, sin estatus ni riquezas. Tuvo el impulso de saltar de la cama y limpiarse el rostro, pero en vez de eso... permitió que el amor y el dolor lo envolvieran, y se dejó arrastrar por el llanto.

Levantó el cuerpo de Lucienne y lo estrechó contra el suyo con desesperación, gritando, sollozando, rogándole que despertara, por favor, que hablara, que dijera cualquier cosa (nunca seré tu esposa), que lo rechazara (te desprecio, Vizconde, a ti y a los *vassari* como tú), que le dijera que jamás estarían juntos (jamás me acostaré contigo de nuevo), que lo enviara al infierno, que volviera a ser Luciana... Aceptaba que no lo amara, pero por favor por favor por favor por lo que más quisiera que ¡despertara! Desconsolado, Absalón soltó a Lucienne y se encerró en el baño.

Sheila abrió los ojos, sobresaltada. El despertador chillaba a todo pulmón sobre la mesilla de noche, iluminándose como una diminuta joya maléfica. Lo

dejó sonar. Si estiraba el brazo para callarlo, era probable que diera la media vuelta sobre la cama y siguiera durmiendo. Apartó la sábana con un pie y se quedó mirando el techo en penumbras. Ahora o nunca. Se levantó de un salto, se subió a un banquito y giró la bombilla de la luz que colgaba del cielorraso. No había logrado que la dueña del hotel redujera mucho el precio de la habitación a pesar de ese desperfecto, una odiosa solterona que habitaba con sus siete gatos dos de las habitaciones del cuarto piso.

Sheila miró por la ventana. Todavía no había amanecido. El cielo estaba nublado, de un color naranja grasiento con luminosas vetas de gris. Suspiró. No quería salir de noche, pero no le quedaba otra opción. El mercado donde trabajaba estaba a veinte minutos en tren. Últimamente, las noticias la inquietaban. Sentía el peligro, lo respiraba mientras éste se mezclaba con la humedad del ambiente. Su pequeña habitación, con su igual de pequeña cama, su ropero viejo y su escritorio de madera gastada, era el lugar más seguro sobre la tierra para una humana con habilidades paranormales. Había preparado un brebaje de semillas de helecho, hojas de ruda macho y sal, y lo había desparramado por los sitios más peligrosos: la puerta y la ventana. Nada ni nadie que arrastrara malas intenciones podría entrar allí. Al menos no sin su permiso.

Luego de ir al baño, se puso la camiseta reglamentaria del mercado, los mejores vaqueros que tenía (los segundos mejores estaban en la azotea comunitaria, secándose bajo la luz de la luna), se calzó una sandalias y se miró al espejo. No tenía mal aspecto a pesar de que había tardado más de dos horas en dormirse. Solo los ojos un poco enrojecidos señalaban las horas de sueño que le habían faltado. Se pintó la boca, se aplicó apenas unas pinceladas de sombra en los párpados y tomó su bolso. Sin despedirse de su pequeña y miserable habitación de hotel, salió rumbo a la noche.

Las calles estaban desiertas. Mientras caminaba hacia la estación de tren, el cielo que se cernía sobre ella se iba aclarando, limpiándose y volviéndose cada vez más celeste. Sacudida por un pequeño sobresalto, Sheila revisó su bolso. Junto a sus cartas del Tarot, que siempre la acompañaban, se encontraba su billetera, su pase del tren, las llaves, el móvil y su documento francés, falso, por supuesto. Mierda. Había olvidado los anticonceptivos. Miró la hora en el reloj del móvil. No tenía tiempo para regresar por ellos.

Malhumorada, siguió caminando y, como todas las mañanas, se detuvo a comprar la manzana roja que comía a diario a modo de desayuno. Cuando emprendió la marcha, oyó el inconfundible sonido del tren. Soltando una

maldición, rompió a correr.

—¡JODER! —gritó—. ¡MIRA POR DÓNDE CAMINAS!

El hombre que se había chocado contra ella cayó de espaldas al suelo. Era alto, fornido y tenía el cabello blanco atado en una coleta.

—Lo siento —exclamó el hombre, levantándose aunque su tono de voz no parecía sentirlo demasiado—. Déjeme ayudarla...

El hombre recogió del suelo el móvil de Sheila, las llaves, las cartas del Tarot y se las entregó en la mano con temor. Ella, desesperada, oyó de nuevo el sonido del tren. Se estaba yendo sin ella. Llegaría tarde al trabajo.

Desesperado, Lucienne sentía que de un momento a otro el corazón le atravesaría el pecho. Sus oídos palpitaban al unísono que su corazón, que sus sienes, que cada célula de su cuerpo. Todo Lucienne vibraba como la tierra bajo una locomotora.

Absalón estaba en el baño. Con una risa que solo él oyó, una risa muy parecida a un llanto, Lucienne pensó que él se encontraba en ese estado, medio muerto, solo para Absalón desnudara sus sentimientos.

Quiero despertar, suplicó Lucienne, necesito despertar. No puedo permanecer así por más tiempo... no puedo morir.

Y entonces, como la caricia de una pluma, una lágrima comenzó a bajar por su mejilla. Por una milésima de segundo, el mundo en sus ojos se volvió negro... y pasado ese tiempo, recobró su color y su brillo. Aturdido, Lucienne comprendió que estaba llorando y que acababa de parpadear.

Las mismas cosquillas le acariciaron las fosas nasales. Una sustancia salobre comenzó a bajar por su nariz, mojándole los labios. Sintió unas terribles ganas de estornudar... Su estómago se estremeció y de repente todo Lucienne se convulsionó en un estornudo feroz.

Sobresaltado, el chico se levantó de la cama de un salto, dejando atrás la bata. El gotero del suero se estrelló contra el suelo. De un zarpazo, se arrancó la jeringa del brazo y el catéter que le atravesaba la uretra. Estuvo a punto de desplomarse. Le dolía todo el cuerpo, desde las puntas de los dedos de los pies hasta las fibras más íntimas del cuero cabelludo. Era un dolor punzante, como el de millones de insectos masticándole la piel.

Tenía los miembros entumecidos. Se sentía como si sus brazos y sus piernas fuesen de un material duro como la piedra y no de carne; como si sus piernas y sus brazos estuviesen oxidados y necesitaran aceite para volver a funcionar. Los ojos le ardían y su garganta estaba tan seca como el desierto del

Sahara.

Se inspeccionó el cuerpo. Lucía delgado y pálido como un muerto. Su torso era un amasijo de gelatina blanca atravesado por las protuberancias de las costillas y sus piernas, apenas dos torcidos y temblorosos palillos. Había enflaquecido hasta lo indecible.

Soportando los temblores que lo atacaban, se dirigió hacia el baño. La puerta permanecía cerrada y desde el interior le llegaba el sonido de la ducha. Con las escasas fuerzas que le quedaban, abrió la puerta.

Absalón se encontraba allí, bajo el agua, completamente desnudo. Tenía la cabeza gacha y el cabello empapado le cubría el rostro como una cortina de seda. Lucienne se ocultó en las sombras y lo observó con atención. Le temblaban los hombros. El Vizconde de los Infiernos Flotantes estaba llorando. La imagen lo conmovió, pero una parte de él, una que sin duda le pertenecía a la musa Luciania, se sintió satisfecha.

Al fin me muestras tu verdadero yo, Vizconde Absalón.

—Sí —exclamó Lucienne. El vapor que flotaba en el diminuto baño se encargó de amplificar su voz. Absalón levantó la cabeza de golpe. Sus ojos se encontraron en medio del vapor caliente. Se contemplaron, se devolvieron la mirada por lo que pareció una eternidad... hasta que Absalón reaccionó y corrió hacia Lucienne y lo estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que el chico creyó que le pulverizaría los huesos y que éstos quedarían hechos unos tristes montículos de polvo blanco sobre el caliente y húmedo suelo del baño.

—Lucienne, Lucienne, Lucienne —repetía Absalón, entre sollozos—. ¡Lucienne...! ¿Cómo...?

El chico lo rodeó con sus delgados brazos y se empinó hacia su rostro, buscando su boca.

—Sí —dijo de nuevo—, me quiero casar contigo.

Lucienne sintió que una fuerza tremenda lo asía de la cintura y lo alzaba en el aire con tanta precisión y delicadeza como una brisa levanta una pluma. Se abrazó a Absalón con brazos y piernas y lo siguiente que supo fue que volvía a estar en la cama y que la boca húmeda y hambrienta del Vizconde le recorría la piel, el cuerpo, el alma... Soltó un gemido, arqueó la espalda y sintió que todo el peso de Absalón se derrumbaba sobre él, dejándolo encerrado.

Aplastado su orgullo, el Vizconde Absalón lloró sobre el hombro de Lucienne como lo habría hecho un niño.

Lucienne suspiró y le acarició el cabello. La cama comenzaba a mojarse con el agua del cuerpo de Absalón, pero no le importó. Quería que el

Vizconde se quedara junto a él para siempre. Dio un respingo. Hasta ese momento no había recordado que los dos estaban desnudos. Absalón levantó la cabeza y Lucienne se estremeció al ver en sus ojos el terrible brillo de una pasión insatisfecha por miles de años.

—Lo siento —musitó el chico—. Estoy demasiado débil... no lo disfrutaríamos.

Absalón ladeó la cabeza y esbozó una sonrisita diminuta. Lucienne pensó, desesperado, que el demonio jamás lo había contemplado con tanto amor. De manera que los seres de la noche también podían amar...

—Por supuesto que amamos —dijo Absalón, frunciendo el ceño apenas. Se irguió, se sentó sobre su pelvis y le acarició con la mano derecha el vientre desnudo—. Y a veces, nuestro amor es aún más temible que nuestro odio.

Absalón deslizó la mano por el vientre de Lucienne y sus dedos se encontraron con una incandescente masa de calor que, en cuanto la rozó, saltó hacia el hueco de su mano.

—Tu debilidad no se debe solo a tu estado —le susurró Absalón. Lucienne cerró los ojos y apretó los dientes—. Tu *menkalinen* se ha llenado y la que Yuhèlle hizo para ti está vacía. Necesitas alimentarte de verdad. Tienes que firmar un contrato con un humano. Aunque te cueste.

Lucienne se revolvió entre las sábanas y gimió, arrastrado por el placer. Absalón se inclinó hacia él y se limpió la mano en la almohada.

—Cerdo... —ronroneó el chico.

El Vizconde saltó de la cama y Lucienne oyó algo que jamás había oído: su risa. Vibrante, grave, vacía de perversidades, la risa de Absalón se le antojó a Lucienne como el trino de un ave que descubre la libertad luego de incontables primaveras de encierro.

Lucienne pasó cinco días recuperando las fuerzas que había perdido por culpa del sueño envenenado. Contó que, si bien no había podido mover ni un músculo, oía y veía todo cuanto lo rodeaba cuando estaba despierto. Eso incomodó un poco a los demonios; hubo momentos en los que casi habían olvidado que se encontraban junto a Lucienne.

Zabaroath preparó para el chico montones de pociones revitalizantes y aderezó sus comidas con brebajes y sustancias para que recobrarla el peso perdido y el color de las mejillas. Al enterarse de que Lucienne ya se encontraba bien, Sheila lloró de emoción y lo abrazó con sus fuertes brazos morenos, sollozando que seguía tan guapo como siempre. Lucienne no había

pensado en eso. Evidentemente, Sheila mentía.

Cuando el sexto día nacía, Absalón se quedó solo con Lucienne. No habían vuelto a hablar del asunto del matrimonio y el chico decidió que era hora de tomar al demonio por los cuernos.

El Vizconde se encontraba en su lugar favorito de la habitación, sentado en la ventana, con la espalda apoyada en el muro. Detrás de él, la ciudad brillaba como un larguísimo collar de piedras preciosas.

—Absalón —susurró Lucienne, acercándose. El demonio se giró hacia él y con un gesto de cabeza le indicó que subiera.

—Si te caes, te atraparé.

Lucienne sonrió y tomó la mano que Absalón le extendía. Se sostuvo del muro y se sentó, dándole la espalda a la habitación.

—¿Por qué te enfadaste cuando viste el mural del estudio de Ballesteros?

El demonio dejó caer un suspiro.

—No me enfadé porque prefiera verte como mujer. Tal vez te cueste comprenderlo ahora, pero el sexo no es relevante para nosotros. Nacemos hembras o machos, pero podemos cambiar nuestra forma tan a menudo y con tan poco esfuerzo que a veces esa distinción se vuelve inútil. Algunos demonios hasta olvidan su verdadero sexo y otros cambian su nombre porque prefieren pertenecer al sexo opuesto...

—¿Y entonces?

—Mostrar la verdadera apariencia es una muestra de confianza. Siempre se la mostramos a nuestros amigos íntimos, a nuestros amantes queridos. Y tú me la mostraste una vez y solo porque perdiste una apuesta.

—Lo siento... —Absalón se encogió de hombros, restándole importancia al asunto—. Este es tu verdadero cuerpo, ¿verdad?

El Vizconde le dirigió una sonrisa enigmática. Luego cedió.

—Sí, lo es.

—Pero, si en los Infiernos no hay diferencia entre hombres y mujeres, ¿por qué Luciana...?

Absalón negó con la cabeza.

—No mezcles los mundos —dijo, y Lucienne lo miró confundido—. Claro que hay diferencia entre hombres y mujeres, pero esa diferencia no está en nuestros cuerpos, sino en nuestras esencias.

—Me refiero a una diferencia más bien social.

—Somos una sociedad machista y especista. No muy diferente de esta, para ser te sincero.

—¿De verdad? Pero, si podemos cambiar nuestra forma, ¿cómo es posible que...?

—Nuestra forma, pero no nuestra esencia.

Lucienne lo meditó por un momento. Obviamente, no alcanzaba a comprenderlo.

—¿Quién es la Reina Madre?

El Vizconde lo contempló sorprendido.

—Sueles decirlo, cuando maldices... Dices *¡por la Reina Madre!* Y también se lo oí decir a Zabaroth.

—Es nuestra Eva. El mito cuenta que antes de que existieran nuestras razas, la reina de los Infiernos Flotantes fue traicionada por un hombre y dio a luz al primer *vassari*, el primer demonio. Este demonio fue perseguido y una mujer lo cortó en montones de pedazos, pero no consiguió matarlo: de cada trozo nació un nuevo demonio, una nueva raza de *vassari*. Por eso todos somos nietos de aquella reina, la Reina Madre.

Lucienne lo miró con horror.

—¿Eso es verdad?

Absalón rio impaciente.

—Qué sé yo. Es como si le preguntaras a un cristiano: ¿de verdad crees que tu dios creó este mundo en siete días?

Lucienne suspiró.

—Nuestro mundo no es tan diferente de este, Lucienne —exclamó Absalón—. De hecho, es igual, funciona de la misma manera. Lo gobiernan los poderosos, que solo se sirven a ellos mismos y a las clases acomodadas. Hacen lo necesario para mantener calladas y entretenidas a las clases bajas, y se alimentan de lo que ellas producen, transitan los caminos que ellas han construido y viven en los castillos que ellas han edificado.

—¿Se alimentan de lo que ellas producen...? —repitió Lucienne.

Absalón se encogió de hombros.

—Es una forma de decir. No creas que todos los demonios gustan de presentarse frente a un ser humano para engatusarlo. Algunos príncipes tienen sirvientes que les llevan el alimento.

Lucienne abrió los ojos como platos.

—No te horrorices... Como te he dicho, nuestro mundo es igual a este.

Siguieron hablando bajo el amparo de la noche, hasta que la puerta del dormitorio se abrió de golpe y una niña de unos doce años vestida de colegiala entró arrastrando una mochila con ruedas.

—Buenas noches, Zabaroth.

—Buenas mis pelotas —respondió la niña-demonio.

Lucienne y Absalón se bajaron de la ventana.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Vizconde.

Zabaroth se echó sobre la cama y ante sus ojos volvió a transformarse en un hombretón negro que tenía aspecto de haber salido en libertad condicional de la penitenciaría más cercana.

—Alguien está repartiendo por el mundo las plegarias de invocación de demonios y musas —dijo, cuando acabó de transformarse.

Absalón gritó una maldición y una de las grietas del techo se abrió con un estallido, rociándolos de polvo y pintura blanca descascarada.

—Tranquilo, Vizconde —apaciguó Zabaroth.

—¿¡TRANQUILO DICES?! ¿¡QUÉ HAREMOS SI ALGUIEN LA INVOCA?! —y señaló a Lucienne con un tembloroso dedo índice.

La puerta se abrió y Julien entró en la habitación, seguido de Sheila.

—¿Ocurre algo? —preguntó el muchacho.

—Problemas —dijo Zabaroth.

Sheila tomó el control remoto de la mesa de noche. Se detuvo.

—¿Qué es esto...? —farfulló la mujer, al ver el cuaderno de de Lucienne.

—Allí escribía todas mis pesadillas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Absalón.

Todas las miradas se clavaron sobre la mujer.

—Es algo maligno. Algo malo, muy malo.

Zabaroth se acercó a la mesa y lo cogió. Lo hojeó por un momento, con el ceño fruncido.

—Vizconde... —exclamó. Lanzó el cuaderno hacia arriba y Absalón extendió el brazo hacia él. Se oyó una explosión y la habitación se fue llenando poco a poco del olor del papel chamuscado.

Lucienne tardó en comprender lo que había sucedido. Absalón no había tenido intención de alcanzar el cuaderno con la mano. Lo había alcanzado, sí, pero con su magia.

Los cinco se arremolinaron alrededor del cuaderno achicharrado. Absalón lo apartó con un pie. En el suelo se había dibujado una estrella de siete puntas encerrada dentro de un triángulo.

—Lucifago —jadeó Zabaroth.

—Milagring... —susurró Lucienne, aturdido.

—La chica del cumpleaños —dijo Julien.

—Julien, hazme un favor —exclamó Absalón. El muchacho asintió—. Averigua dónde se encuentra la gente que acudió a esa fiesta.

—La noche en que nos reencontramos —le dijo el Vizconde a Lucienne—, me dijiste que te encontraste con Milagring en el hotel.

Zabaroath oía en silencio, sentado en el alféizar de la ventana, y Sheila había desplegado su mazo de cartas del Tarot a lo largo de toda la cama.

—Sí... pero no vi a sus padres. Debí haberme dado cuenta —se lamentó Lucienne.

—No es tu culpa —intervino Zabaroath con amargura—. Ni siquiera nosotros pudimos descubrir la verdadera identidad de ese artilugio... nada nos hizo pensar que estuviesen espiando tus sueños.

Los tres pares de ojos masculinos se posaron sobre Sheila. Cada vez que se inclinaba para voltear una carta, su corto vestido fucsia se levantaba dejando a la vista sus bragas.

—Es extraño, ¿no lo creen? —dijo ella, sin advertir que los tres hombres la miraban—. ¿Qué quería? Ya tenían la *menkalinen* y aún faltaban varias muertes para que se llenara.

Entonces, como si la verdad hubiese estado mucho tiempo frente a él, contemplándolo a los ojos, Absalón logró verla.

—Yuhèlle —exclamó—. No quería encontrarse con Lucienne, sino con Yuhèlle, ¿cómo no me di cuenta antes! ¡Han estado manipulando las *menkalinen* desde el comienzo! ¡Por eso el alma de Michel se depositó en la de Lucienne! ¡Ese maldito desgraciado...!

Lucienne sacó del bolsillo de sus vaqueros la piedra azul que le había dado Absalón.

—Hazlo —exclamó Zabaroath.

Lucienne la lanzó al aire y los dos demonios extendieron sus brazos hacia ella. Sheila soltó un chillido.

—Limpia —dijo Absalón. La *menkalinen* estaba en el suelo, intacta—. Debió imaginarse que sospecharía de él si no me ayudaba.

—Ahora tenemos algo de ventaja, ¿verdad? —preguntó Lucienne.

Los demonios se quedaron en silencio y Sheila dejó de barajar las cartas.

—Explíquese, su divinidad —pidió Zabaroath, cansado.

—Es decir, si esta *menkalinen* está vacía puedo comenzar a firmar contratos con seres humanos para que sus almas se vinculen a ella. Si alguien me invoca...

—Creo que no ha entendido, su divinidad —susurró Zabaroath. Absalón apartó la mirada—. Si usted es invocada por la persona incorrecta... —el demonio se mordió el labio.

—Pero necesito cazar, ¿verdad? —inquirió Lucienne, confundido—. Todavía me encuentro débil y...

—El primero será inofensivo —exclamó Sheila. Todos se voltearon hacia ella. La mujer señaló una carta: La Emperatriz—. El segundo será peligroso —señaló la segunda carta: el siete de espadas.

—No dejaré que nada te suceda, Lucienne —aseguró Absalón—. Pero deberás aprender cómo proceder frente a un anfitrión.

LA LEYENDA DE VASSARI

Existía en el Océano Crepitante un orfebre que fabricaba gemas con agua. Había aprendido la profesión de su padre, quien había sido joyero de una reina que gobernaba sobre las ochocientas ochenta y ocho legiones del Océano Crepitante; pero un día esta reina lo despidió y el joyero se afligió tanto que decidió quitarse la vida. A este joven orfebre, hijo del joyero, ya no le quedaban ni oro ni plata, y por eso juntaba agua y con ella fabricaba unas bellas joyas de colores que vendía en las ferias por unas pocas monedas.

Una tarde, una muchacha se acercó a su tienda y le preguntó el precio de un collar de piedras de color aguamarina.

—¿Dónde trabajas, bella muchacha? ¿Está muy lejos de aquí la casa de tu padre?

Y la muchacha le dijo que era una cocinera de la reina de las ochocientas ochenta y ocho legiones, y que la reina era muy malvada y la obligaba a sentarse sobre granos de maíz cada vez que los alimentos llegaban fríos a sus aposentos.

La mirada del orfebre se encendió y le propuso un trato a la muchacha: él le regalaría el collar de piedras aguamarinas si ella colocaba en la sopa de la malvada reina una perla blanca y cuidaba de que se la tragara. La muchacha, que detestaba a la reina con todo su corazón, aceptó el trato. Esa noche, colocó la perla del orfebre en la sopa de la reina y la reina se la tragó sin darse cuenta.

Muy pronto, la reina comenzó a sentir dolores de cabeza, a desmayarse en las fiestas y a perder el apetito. Ningún doctor pudo curarla de su enfermedad. Meses más tarde, alguien esparció el rumor de que la reina estaba embarazada y la muchacha sospechó que la perla tenía algo que ver con todo aquello, porque la reina no estaba casada.

—¿Qué era esa perla? —le preguntó la muchacha al orfebre—. ¿Por qué querías que la reina se la tragara? ¡Pues se la tragó! ¡Y ahora la maldita espera un hijo!

El orfebre, al oír las apasionadas palabras de la muchacha, se echó a reír.

—Esa malvada tendrá lo que se merece, querida —le dijo—. ¿Quieres que sufra? Pues déjala padecer sola los tormentos de ese embarazo, te aseguro que

no le quedarán ganas de seguir oprimiendo a su pueblo como lo ha hecho durante todos estos años.

Y la muchacha se sintió complacida con las palabras del orfebre, pues en verdad detestaba a la reina. Y esa noche el orfebre invitó a la joven a su habitación y durmió con ella, pero no engendraron ningún hijo pues el hombre ya había descargado su semilla en la reina.

Cuando la reina murió y el joven recuperó la perla maldita, las ochocientas ochenta y ocho legiones del Océano Crepitante se disputaron entre los reyes menores, pues la reina no había dejado herederos que pudieran ascender al trono.

Y las ochocientas ochenta y ocho legiones se dividieron en doscientas veintiuna, ciento quince, ciento cuatro, noventa y nueve, ochenta y uno, ochenta, setenta y siete, cuarenta y tres, veinticuatro, treinta y dos, y doce legiones. Y cada señor reinó en su territorio como más le parecía.

Y un día el orfebre, que había ganado tres legiones en una apuesta contra un joven hijo de un señor, le propuso matrimonio a la cocinera de la reina y se casaron esa misma noche. Y a la mañana siguiente ella despertó con náuseas y dolores de cabeza, y le dijo a su flamante marido que estaba embarazada y que había esperado el momento adecuado para darle la noticia. Al oír sus palabras, el rostro del orfebre se ensombreció, porque recordó lo que le había hecho a la reina.

Miles de latidos más tarde, la muchacha sintió que su hijo estaba por nacer y el orfebre llamó a la partera y a las criadas. El niño nació ya muerto y la muchacha no soportó el parto, pero el orfebre, que tenía la perla en el bolsillo, supo que podría salvar la vida de uno de ellos y que tenía que elegir. Eligió a la muchacha, porque jamás había amado a ese hijo que crecía en su vientre y, aunque tampoco amaba a la muchacha, la pobre había satisfecho sus caprichos como la mejor de las prostitutas del Océano Crepitante.

Cuando la partera y las criadas se hubieron retirado, el vil orfebre sacó la perla de su bolsillo y la metió en la boca de su esposa muerta. Por un par de latidos solo se escuchó el silencio, pero enseguida las cortinas de la habitación comenzaron a temblar y el cuerpo pálido de la cocinera de la reina se levantó de la cama y vociferó:

—¡Miren la figura que dibujan las llamas! ¡Un miserable orfebre reinando en tres de mis legiones, fornicando con mis criadas y bebiendo mi vino! ¡Y como si eso no fuera poco, el maldito coloca mi alma en el cuerpo de la ramera que me traicionó y me quitó la vida!

El orfebre comprendió que la voz pertenecía a la reina asesinada.

—Desde hoy vagarás por el Océano Crepitante en mi compañía y obedecerás todo lo que te ordene. No tendrás legiones, ni casa, ni criadas y solo te satisfarás en este cuerpo muerto que dará a luz un hijo tuyo cada treinta y ocho millones ochocientos ochenta y ocho mil latidos. Tus hijos poblarán el Océano Crepitante y robarán las almas de los inocentes, tal como tú has robado la mía. Que mi palabra se cumpla y que este vasto imperio sea maldito para siempre: desde esta noche, el cielo les recordará a mi útero desgarrado y los árboles se teñirán del rojo de mi sangre. Que este vasto imperio sea maldito, tan maldito como el hijo que enterraste en mis entrañas.

ENTREGAD EL SACRIFICIO

*La tristeza, la languidez del cuerpo humano
me enternecen, me conmueven, me dan lástima
sobre todo cuando sueños negros lo hieren,
cuando sábanas pisan la mano, rayan la piel.*

LA TRISTEZA, LA LANGUIDEZ DEL CUERPO HUMANO..., Paul Verlaine

Lucienne se encontraba de pie en el centro de la habitación. Vestía una túnica blanca que Zabaroth había sacado de su anticuario y tenía las muñecas repletas de pulseras. El cuello le pesaba, docenas de collares de piedras preciosas lo ahorcaban, dificultándole la respiración.

—¿Están seguros de que todavía tengo magia? —preguntó. Absalón soltó una risa sarcástica.

—La magia no se pierde, su divinidad —contestó Zabaroth, quien evidentemente tenía más paciencia—. La magia reside en nuestras esencias, forma parte de nuestra alma.

Como Julien se había llevado su moto, Sheila todavía permanecía allí. Se había quedado dormida hacía casi una hora.

—Comencemos —dijo Zabaroth, y se giró hacia Absalón. El Vizconde alzó las cejas. Zabaroth carraspeó.

—Diosa de los talentos —exclamó Absalón en tono burlón—, princesa de las inmortales melodías del éter, *denhiria* y patrona de los cantantes que han olvidado la voz en las entrañas de este océano oscuro y crepitante, yo te invoco: oh Tamira, oh Bésbone, oh Luciania, oh Ilodesa, ¡Oh, musa de las sinfonías errantes sin dueño! ¡Acude a mí en esta noche de luna creciente! Tengo para ti los más sabrosos frutos de la tierra: manzanas del jardín de las Hespérides, miel de abejas vírgenes, rosas florecidas bajo la luz de Venus. ¡Acude a mí, oh, diosa de las artes! ¡Mi alma te ofrezco en absoluta compensación!

Lucienne se mordió los carrillos para no reírse.

—He aquí la que responde a los nombres de Luciania, Tamira, Bésbone, Ilodesa. Diosa de los talentos, princesa de las inmortales melodías del éter, *denhiria* y patrona... patrona...

—Por la Reina Madre, Lucienne —maldijo Absalón—. ¿Cómo puede ser que no recuerdes...? —se calló, cansado.

Lucienne volvió a comenzar.

—...Patrona de los cantantes que han olvidado la voz en las entrañas de este océano oscuro y crepitante. Convocada en esta noche de luna creciente, me presento ante ti, anfitrión. ¿Qué puede hacer esta diosa por vos? Puedo hacer que tus pinceles cobren vida como las serpientes del cabello de Medusa, que las sirenas hijas de los mares envidien el canto de tu voz, que los poetas muertos lloren en sus tumbas la gloria de tu nombre. ¡Oh, anfitrión! ¿Qué puede hacer la princesa Luciania por vos?

Se oyó una risa ahogada.

—Lo siento —se disculpó Sheila, con un bostezo—. Es que te ves ridículo con ese vestido y llamándote a ti mismo *princesa*.

Lucienne se giró hacia ella.

—Oh, anfitriona, ¿qué puede hacer la princesa Luciania por vos?

Sheila alzó las cejas y se sentó sobre la cama, desperezándose. Se restregó los ojos y adoptó una expresión pensativa.

—Quiero ser tan blanca como Madonna —pidió.

—Habrás querido decir, sierva humana, que deseás *cantar* como Madonna —corrigió Lucienne, sin perder el dominio de sí mismo.

—También.

—Entregad el sacrificio que me ofrecés. Tu deseo te será concedido la noche en que esta luna acabe de crecer, cuando los ruseñores demoníacos me despierten de mi sueño. Así será, sierva. Vuestro deseo será concedido.

Un silencio de ultratumba le siguió a la declaración de Lucienne. Sheila lo contemplaba boquiabierta, incapaz de creer que ese muchacho travestido fuese una musa. Luego, todos los presentes estallaron en carcajadas. Hasta Lucienne se rio.

—Será en cualquier momento —recordó Absalón, poniéndose serio, refiriéndose al instante en que Lucienne sintiera que una misteriosa fuerza le cerraba los ojos y lo arrastraba hacia el sitio de la invocación.

El móvil de Sheila sonó a las tres en punto de la madrugada. Era Julien y sonaba nervioso.

—Estoy en la estación de policía —dijo la entrecortada voz del muchacho,

del otro lado de la línea—. Por favor, Sheila, dile a Absalón que venga a buscarme.

—¿En la cárcel? ¿Qué cojon...?

Absalón le quitó el móvil a Sheila.

—¿Qué ocurre?

—Me han detenido... por prostitución. Un tipo... me ha reconocido.

—Joder —blasfemó Absalón—. ¿No puedes hacer nada para salir de allí?

—No lo sé... no lo creo.

Absalón se mordió el labio.

—Escúchame bien —dijo—: en diez segundos voy a materializarme a tu lado, ¿me oyes? Lo haré por menos de un segundo. Quiero que tomes mi mano y la presiones con fuerza. De esa forma, podré traerte de vuelta, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien. Diez, nueve, ocho... siete...

Lucienne y Sheila se miraron sin comprender. Zabaroth, en cambio, esbozó una pequeña sonrisa. Mientras duraba la cuenta regresiva, Absalón los tranquilizó con un gesto.

—Seis, cinco, cuatro, tres, dos...

El celular de Sheila comenzó a caer y Zabaroth lo alcanzó con su magia antes de que se estrellara contra el suelo. El móvil remontó vuelo y flotó en el aire hasta detenerse junto a las manos de su propietaria.

Lo primero que Absalón vio al aparecer junto a Julien fue el destello de algo que brillaba. Una joya. Como siempre le sucedía cuando utilizaba una gran cantidad de poder en un tiempo tan corto, sintió náuseas.

Olió algo. Un hedor frío. Barro, pasto húmedo y hojas pudriéndose lentamente en medio de un montón de basura mojada. Olió el repugnante hedor de los pañales repletos de excrementos, del vómito de bebé, de cáscaras de fruta descompuesta.

El destello se hizo más grande, más luminoso.

Además de tener bajas las reservas de poder, Absalón estaba hambriento. Cuidar de Lucienne había sido su prioridad durante toda la pasada semana y hacía casi quince días que no se alimentaba como era debido...

—Buenas noches, Vizconde... no pensaba reencontrarme con usted tan pronto.

Absalón se irguió e intentó enfocar la mirada. Los destellos cobraron forma. Una constelación de estrellas, de gemas, de piedras preciosas. Un collar de *menkalinen*.

Absalón inspiró profundamente y se levantó, consciente de que había caído en una trampa.

Se encontraban en algún rincón abandonado de los diques, un sitio donde la única vida era la de las ratas que se alimentaban de la basura y la de los vagabundos y narcotraficantes que utilizaban las embarcaciones abandonadas como base de operaciones.

Frente a él, el Maestro de los Orfebres Demoníacos mantenía a Julien suspendido en el aire, a más de diez metros del suelo.

—Maldito —masculló Absalón, mareado—. ¡Déjalo!

Yuhèlle soltó una risotada aguda y enfermiza.

—¿De verdad, Vizconde? —se burló el Maestro—. Mire lo que sucederá si lo dejo caer...

Yuhèlle sacudió los brazos como si estuviese comandando una orquesta multitudinaria. En el cielo, una legión de nubes envenenadas marchaba hacia la luna. El cuerpo de Julien se fue elevando por los aires hasta que una nube se apartó de la luna y sobre el rostro del muchacho se derramó un fantasmal chorro de luz lechosa. Estaba desmayado. Y si Yuhèlle lo soltaba, su cuerpo caería al agua y moriría ahogado. Si es que todavía estaba con vida.

—¡Entrégume la *menkalinen* que me obligó a forjar, Vizconde! ¡Devuélvame la y nadie saldrá herido!

A Absalón le causó gracia que en una situación como esa Yuhèlle mantuviera los buenos modales. El demonio lucía completamente fuera de sí. Toda la elegancia y el glamur que lo caracterizaban parecían haberse evaporado de su cuerpo. Su larga cabellera caía sobre su rostro y sus hombros como un gran amasijo de paja ensangrentada. Vestía una larga camiseta de seda verde esmeralda que parecía haber salido de un vertedero. Sucia, arrugada, maloliente, le llegaba hasta un poco más abajo de los muslos. Le temblaban las piernas. Estaba aterrorizado.

—Yuhèlle —exclamó Absalón, sabiendo que debía valerse del miedo para lograr convencerlo—. Si lo matas, yo te mataré luego, antes de que Lucifago pueda ponerte las manos encima. Si lo dejas, perdonaré tu traición y...

—¿Traición?! —escupió el Maestro, con el rostro desencajado. Sus pálidas rodillas chocaron y Absalón advirtió que iba descalzo—. ¡Vizconde, usted no entiende! ¡Él asesinó a mis discípulos, a mis hijos! ¡Los niños que yo críe para mi corte... todos están muertos!

Absalón sintió lástima y también sintió odio. Pero la piedad no era su deporte favorito y pronto recordó que Lucienne había estado con un pie en la

tumba por culpa del veneno que ese demonio, Typhoon, le había suministrado. El Vizconde decidió seguir con plan:

—¡Deja ir a Julien! ¡Podemos protegerte, Yuhèlle! ¡Zabaroath y yo!

El Maestre se adelantó hacia Absalón con los brazos en alto, manteniendo a Julien a más de treinta metros sobre la superficie del agua. Si lo soltaba sobre el río, Absalón tal vez tuviera la oportunidad de salvarlo. ¿Cuánto tiempo podría costarle atacar a Yuhèlle y malherirlo?

El Maestre pareció comprender lo que estaba pensando. Chasqueó la lengua.

—¿Zabaroath y usted? No, Vizconde —canturreó—. Entrégume la *menkalinen*.

—Si te entrego la *menkalinen*, matarán a Lucienne.

—¿Lucienne...? —Yuhèlle echó la cabeza hacia atrás y se rio escandalosamente, cacareando como una gallina. La enorme camiseta se agitó con la brisa nocturna y la seda captó la luz de la luna—. ¡Su musa morirá y usted no podrá hacer nada para salvarla! ¡Su musa está muerta desde que su cuerpo fue destruido!

Absalón se paró en seco. Por un momento dejó de oír el susurro del agua, dejó de oler el hedor de los diques; su cerebro se vació de todo pensamiento y quedó en blanco, como la partitura de un silencio.

—¿¡QUÉ HAS DICHO, MALDITO HIJO DE PUTA!?

Y se abalanzó contra Yuhèlle. En cuanto sus cuerpos chocaron, el Maestre sacudió el brazo derecho y lo dejó caer. Durante un segundo que pareció durar una eternidad, Absalón vio el cuerpo de Julien flotar en el aire y encaramarse en lo alto del mástil de una vieja corbeta. Las velas, hechas jirones, se balanceaban tristemente al compás del viento. El cuerpo de Julien comenzó a caer. Cuando se encontrara con la punta del mástil, éste lo atravesaría y luego de una terrible agonía, Julien moriría. Absalón se apartó de Yuhèlle, dobló las rodillas y se impulsó hacia el cielo. El frío le mordió la piel y le heló la sangre. Por un momento, pensó que había llegado demasiado tarde. Con un empujón, apartó a Julien y lo desvió de la muerte. Rodeó el mástil del barco, descendió a toda velocidad y atrapó el cuerpo del muchacho apenas un metro antes de que se estrellara contra la proa y se desbarrancara hacia el agua.

Con el corazón en un puño, Absalón verificó que Julien tenía pulso y que sus mejillas estaban tibias.

—¡Julien! ¡Despierta, por favor!

Oyó un grito. Se giró de nuevo hacia el dique. No vio a Yuhèlle. Entrecerró

los ojos y desde el aire logró distinguir otra vez los destellos del collar de *menkalinen*, una pieza de bisutería confeccionada con la muerte de decenas de seres demoníacos. ¿Qué planeaba hacer Yuhèlle con ella? ¿Entregársela a Lucifago a cambio de su vida?

—¡TE MATARÁ DE TODAS FORMAS, IMBÉCIL! —vociferó Absalón, aunque no sabía si el Maestro seguía allí o si lo estaba escuchando.

El collar de *menkalinen* se movía. Parecía un enorme gusano resplandeciente, una babosa que reptaba en el aire como si éste fuese sólido. Entonces Absalón comprendió lo que sucedía: era Yuhèlle el que se movía. Estaba luchando contra alguien y ambos lo hacían con tanta rapidez que era imposible seguirlos con la mirada.

Absalón descendió y dejó cuidadosamente el cuerpo de Julien sobre la proa. Cerró los ojos y se concentró. Miel, menta y sal marina.

Era una musa.

Era Talía.

Se encontraba débil. Su esencia se percibía desordenada. En cuanto la olió, Absalón tuvo la certeza de que la musa estaba utilizando las escasas fuerzas que le quedaban para acabar con el demonio que la había utilizado y acabado con sus hermanas y hermanos. Se estaba inmolando a fin de hallar el perdón de los seres de su raza.

—¡MUSA TALÍA! —gritó Absalón, saltando de la proa y lanzándose hacia el dique—. ¡NO LO HAGAS! ¡PODEMOS ACABAR CON ÉL JUNTOS!

Absalón se paró sobre una baranda y miró hacia arriba, en busca de los cuerpos que batallaban. La musa se hizo visible y comenzó a caer; rápido como un bólido, Absalón la atrapó en sus brazos antes de que se estrellara contra el suelo.

—Lo siento, Vizconde... —susurró la musa. Se encontraba exhausta. Su pelo, antes rosado, se había ido apagando al mismo tiempo que sus fuerzas. Su mirada, siempre viva y sagaz, había perdido la chispa de malicia que siempre la había distinguido—. El collar, Vizconde... —farfulló, mirando hacia arriba.

Absalón la imitó. Yuhèlle flotaba entre los mástiles de los esqueletos de los barcos abandonados, prudentemente alejado de Absalón y Talía. Absalón temió que el Maestro viera a Julien, dormido entre los desperdicios de la proa de la corbeta de su derecha.

—Se encuentra muy débil —explicó Talía—, es lo que lo mantiene con vida.

—¿El collar? ¿Quieres decir que si lo rompemos...?

—No morirá, pero no podrá moverse.

—Aguanta, Talía... vamos.

—Vizconde... dile a Luciania que lo siento mucho.

—¡Joder, Talía...!

—Perra traicionera —blasfemó Yuhèlle, aterrizando a un par de metros de ellos—. Te prometí que te protegería, incluso te di *menkalinen* extra para que pudieras pactar con todos los humanos que quisieras... ¿¡Así me pagas, musa asquerosa?!

—¡Malnacido! —chilló Talía, temblando entre los brazos de Absalón—. ¡Mataste a Kamal, desgraciado! ¡Te supliqué que no lo hicieras y aun así lo mataste! ¡ESPERO QUE LUCIFAGO ALIMENTE A LOS LEVIATANES CON TU CUERPO, SUCIO ASESINO!

—¿No entienden, verdad? —susurró Yuhèlle, acercándose. La luz de la luna iluminó su rostro, acentuando las arrugas y heridas de su rostro demacrado.

Absalón oyó un chapoteo, como si algo hubiese caído al agua.

—¿¡Qué deberíamos entender, desgraciado?! —bramó Talía. Sus ojos celestes se habían opacado hasta volverse transparentes.

—Esto es una guerra, querida. El más fuerte se come al más débil...

—¡Esto es un genocidio! ¡Un genocidio estúpido! ¡Lucifago debe ser destituido y condenado a muerte!

Varios metros detrás de Yuhèlle una sombra comenzó a hacerse visible. Primero, un par de manos se aferraron de la baranda del río. Luego, los brazos emergieron a la superficie. Después, Absalón distinguió la cabeza. Julien salió del agua, tambaleándose.

Julien, escúchame, por favor, necesito que me escuches. El collar. Tienes que arrancarle el collar. Acércate. Estamos distrayéndolo. Arráncale el collar. ¡Arráncale el collar!

—¡Una apuesta, maldito! —exclamó Absalón—. ¡Tus discípulos fueron asesinados por culpa de una apuesta! ¡Legiones enteras de demonios fueron exterminadas!

Yuhèlle apretó los dientes.

Julien se acercaba en silencio. Su silueta, oscura como una sombra y larga como el filo de un cuchillo, se hacía cada vez más grande conforme se sucedían los segundos.

—Esto ya no es por los humanos, no dejes que Lucifago te engatuse con excusas baratas. Escúchame bien, ¡tus discípulos han muerto en vano y tú eres

su asesino!

Julien estaba ahora a menos de tres metros de Yuhèlle. Absalón pudo ver su rostro aterrorizado, sus ojos desorbitados, incluso olió la fragancia de su cuerpo, oculta por el hedor del agua y la basura que los rodeaba.

—¡Tú los mataste!

—¡Asesino! ¡Kamal murió por tu culpa, desgraciado! ¡TODOS! ¡TODOS HAN MUERTO POR TU CULPA! ¡PARA SALVAR TU ASQUEROSO PELLEJO!

El rostro de Yuhèlle se contorsionó en una mueca de odio y dolor. Apretó los puños, pero antes de que pudiera lanzarse hacia ellos, Julien lo aferró del collar.

Absalón jamás había presenciado un espectáculo similar, tan terrible y hermoso a la vez. Decenas de *menkalinen* de todos los colores y tamaños se desprendieron del cuello del demonio como los nudos de millones de listones resplandecientes. Se balancearon en el aire húmedo, chocaron unas contra otras, explotaron todas juntas en una vorágine de luz y color.

El cuerpo de Yuhèlle cayó de espaldas contra el suelo y quedó tendido en una posición anormal, con la pierna derecha doblada hacia adentro. Se quedó inmóvil, tan quieto y silencioso como un cadáver en un ataúd. Pero sus ojos seguían abiertos.

—¿Está muerto...? —chilló Julien.

Absalón ayudó a Talía a ponerse de pie.

—No —afirmó—. Su esencia aún permanece con él.

Respirando dificultosamente, Talía se adelantó hacia el cuerpo del Maestro. Sacó del interior de su vestido un pequeño puñal. Absalón parpadeó, perdiéndose el instante en el que el puñal se había alargado hasta triplicar su tamaño.

—¡¡¡TALÍA!!!

Sin detenerse a dudarlo, la musa se dejó caer sobre el cuerpo de Yuhèlle y hundió sin piedad el puñal en su pecho.

En menos de un segundo, el cuerpo del Maestro se transformó en agua. Sobre el suelo solo quedó su camiseta verde, vacía y sucia, en medio de un enorme charco de agua caliente perfumada a adormideras y amapolas.

Asqueada y temblorosa, Talía se apartó del cadáver de Yuhèlle.

—Talía...

—Máteme, Vizconde —susurró la musa—. Ya no puedo seguir viviendo...

Absalón la tomó del brazo y le arrancó el puñal de las manos. El arma cayó

a los pies de Julien, quien lo recogió con los dedos temblorosos.

—¡Sí que puedes! —exclamó con firmeza—. ¡Debes ayudarme!

—¡NO PUEDO!

Talía cayó al suelo, desconsolada. Se hizo un ovillo junto a una enorme bolsa negra de basura y comenzó a sollozar como una niña pequeña.

—¡Musa Talía, vamos! —le suplicó Absalón.

—Dígale a Luciania que lo siento mucho —repitió ella.

Absalón se paró en seco.

—¿Qué quieres decir? —La musa soltó un jadeo ahogado—. ¡CONTESTA, JODER!

Talía levantó un brazo y le dio un puñetazo a la bolsa de basura. Absalón se agachó, la tomó del cuello y la obligó a levantarse.

—Mírame a los ojos —exigió—. ¡Mírame a los ojos y dime qué le han hecho a Lucienne!

Con un escalofrío, Absalón recordó que no había verificado la esencia de Zabaroth luego de que éste volviera del anticuario con la ropa para Lucienne.

—¿¡DÓNDE ESTÁ?! ¡DIME DÓNDE ESTÁ!

—Van a asesinarlos, Vizconde —sollozó la musa—. A todos los cosechadores.

—¡DÓNDE ESTÁ LUCIENNE! ¿¡QUÉ COÑO TE OCURRE?! ¡HABLA, JODER!

Absalón supo que esa actitud se debía a la falta de energía. Talía debía de haber pasado meses enteros sin alimentarse, muchos más que Lucienne. Años quizás.

—¡JULIEN, VEN AQUÍ! —El muchacho obedeció sin rechistar—. Julien —susurró Absalón—... Se encuentra débil y no aguantará mucho tiempo más. Si no hacemos algo morirá. Han secuestrado a Lucienne y ella es la única que puede ayudarnos...

—No —farfulló Julien. Absalón lo fulminó con la mirada—. No le daré mi alma.

Absalón soltó un gruñido de impaciencia.

—No estoy pidiéndote tu alma, te estoy pidiendo tu cuerpo.

Julien se estremeció.

—¿Mi cuerpo?

—Intercambiaré sus esencias. Tu alma pasará a este cuerpo, mientras que la esencia de ella ocupará el tuyo.

—¿Y cómo puedo saber que volveré a mi cuerpo algún día?

Absalón bajó la mirada hasta la musa agonizante. Vio a Lucienne reflejado en ella, en sus ojos sin vida, en sus rasgos marchitos.

—Yo me encargaré de eso.

Julien no estaba nada seguro. Pasó su mirada desde Talía hacia Absalón, en busca de una posible escapatoria. No halló nada. Suspiró.

—Hazlo —aceptó al fin—. Pero recuerda que mis intereses también están puestos en esto—. Júrame que traerás a Michel de vuelta.

Absalón asintió con impaciencia. Julien suspiró. Sabía que para el demonio un pobre muchacho humano no era una prioridad.

Talía se movió y sus párpados se sacudieron. Aún no estaba inconsciente. Sus labios se estremecieron.

—Gracias —musitó con un hilo de voz.

—No lo hago por ti, lo hago por Luciania. Y este muchacho que ves aquí, lo hace por su mejor amigo.

Talía esbozó una diminuta sonrisa.

—Gracias... p-por no dejar que muera.

Con mucho esfuerzo, se tendió bocarriba. Absalón se paró frente a ella y extendió los brazos hacia su boca. Le hizo a Julien una seña con la cabeza. El muchacho se acercó.

La musa abrió la boca y profirió un gruñido bestial. Su cuerpo comenzó a retorcerse y sus ojos, inyectados en sangre, se abrieron hasta casi quedar expuestos. Absalón empujó su cuerpo contra el suelo, tratando de inmovilizarla. La musa sacudió los brazos y Absalón los aferró con una sola mano. Con la otra aferró su cuello y lo presionó con fuerza.

—¡Vas a matarla! —chilló Julien. El muchacho se detuvo en seco, con los ojos desorbitados.

Julien sintió que una enorme mano le retorcía el cerebro. El interior de su cabeza comenzó a calentarse como si la hubiese metido en un balde de agua hirviendo. Los oídos le zumbaban y los ojos se le llenaron de lágrimas tan ardientes como carbones encendidos. Comprendió lo que sucedía. Así debía de sentirse morir, así debía de sentirse que su alma fuese arrancada de su cuerpo mientras él aún estaba vivo y consciente.

Su cabeza golpeó algo duro. Sus ojos se sacudieron, mojados, enceguecidos. Por un momento, todo se volvió negro. Luego, en sus ojos, en el centro de toda esa negrura insondable, apareció un diminuto punto blanco, una estrella brillante que parpadeaba, que latía como un corazón. La estrella comenzó a agrandarse al compás de sus latidos. Se hacía más grande,

tragando, devorando las tinieblas que lo rodeaban. Finalmente, la estrella digirió toda la oscuridad y las tinieblas se volvieron brillantes y blancas. La luz.

Julien abrió los ojos. Quiso incorporarse de golpe, pero algo, un enorme peso sobre su torso, le impidió moverse. Sobresaltado, advirtió que ya no estaba en su cuerpo. Sus brazos eran delgados y pálidos y aquello que le había impedido erguirse eran dos senos grandes y pesados. Julien estaba en el cuerpo de la musa Talía. Y eso significaba que la musa ahora ocupaba el cuerpo de Julien.

—¡Levántate, vamos! —exigió Absalón, tirando de su brazo. Julien se puso de pie, intentando mantener el equilibrio. Jamás se habría imaginado que ser mujer fuese tan incómodo. Se sostuvo los pechos con las manos y miró a su alrededor. Allí estaba su cuerpo, la musa, de pie junto a Absalón.

—Gracias —susurró ella, acercándose a Julien.

Dios santo, era tan extraño. Allí estaba su cuerpo, con el alma de otro ser viviente, hablando, caminando, mirándolo a los ojos. Era alucinante. Julien se maravilló observando los pequeños detalles suyos en los que jamás había reparado. El puente de su nariz, algo desviado, sus cejas largas, la pequeña «M» de la comisura de su labio superior, sus dedos largos, sus hombros cuadrados. Habría querido desnudar su cuerpo y examinarlo con una lupa para lograr descubrir todos los secretos que ocultaba y que él jamás podría apreciar viviendo en su interior.

La musa le devolvió una sonrisa nerviosa. Absalón permanecía serio. Julien observó sus manos. En la derecha sostenía un puñado de pequeñas *menkalinen*. Las repartió entre Julien y Talía, pidiendo que se las guardaran en los bolsillos. Él, sin siquiera dar explicaciones, se llevó su puñado a la boca y las tragó.

—Tómense de las manos —exclamó el demonio—. Nos transportaremos.

Obedecieron. Bajo el cielo repleto de nubes tormentosas, entre el hedor de los desperdicios del dique abandonado y junto al cadáver del Maestre de los Orfebres Demoníacos, musa, demonio y humano formaron un triángulo y... con un sonido similar al del batido de dos enormes alas, se volatilizaron sin dejar ni el más mínimo rastro de su presencia.

El apartamento estaba desierto, sumergido en la oscuridad. Cuando Julien intentó encender la luz, la precaria bombilla no respondió a las órdenes del interruptor.

Pero Absalón no necesitaba la luz para ver lo que había sucedido. La cama estaba vacía, Zabaroth había desaparecido y el cuerpo de Sheila se encontraba en un rincón de la habitación, hecho un ovillo, como un animal que intenta protegerse del frío enroscándose sobre sí mismo. Las sábanas eran un remolino mojado, empapado de la esencia de Lucienne. Habían volcado la mesilla de noche. Las cajas de vitaminas, las botellas de poción, los restos de comida... todo había ido a parar al suelo.

—Por la Reina Madre...

Tratando de aplacar su desesperación, Absalón respiró profundamente el aire que llenaba la habitación. Solo distinguió a Lucienne, olió su miedo, oyó los gritos que había proferido.

—Sheila... ¡Sheila! —gritó la voz de Talía. Julien corrió hasta ella y se arrodilló a su lado—. Está viva —jadeó.

Absalón siguió analizando el aroma. El miedo de Lucienne era como una barra de incienso encendida.

—Huyeron por la ventana —dijo el demonio.

Así era. La fragancia a vino, rosas y sal marina llegaba hasta la ventana y allí comenzaba a desvanecerse. Absalón no sería capaz de seguirlo.

—¡Absalón, haz algo! —suplicó Julien, volteando el cuerpo de Sheila.

El demonio no hizo caso.

—¿Crees que serías capaz de seguir el aroma de otra musa? —le preguntó a Talía.

—¡ABSALÓN! —bramó Julien. Su voz, la voz de Talía, se quebró como la nota musical de un instrumento desafinado—. ¡ERES UN MALDITO! ¡SHEILA MORIRÁ SI NO HACES ALGO!

Absalón se agarró la cabeza y cerró los ojos. No podía más.

—Vizconde —aplacó la musa—. Quizás ella pueda decirnos algo...

Absalón extendió los brazos y murmuró unas palabras. Se dirigió hacia Sheila. El cuerpo de la mujer estaba tibio y olía a una mezcla de sudor, cerezas y cerveza barata.

—Solo está desmayada —susurró.

El demonio se inclinó y la examinó en silencio. No estaba herida. Su alma seguía en su sitio y su corazón latía, lo cual quería decir que, fuera lo que fuera lo que le hubiesen hecho, Absalón podría remediarlo. Alargó la mano derecha hacia su mejilla, luego le acarició los labios. A través de los dedos de Absalón, diminutas chispas de luz se volcaron sobre la boca de Sheila. El demonio se puso de pie.

Julien y Talía permanecían expectantes.

En el suelo, Sheila comenzó a moverse. Primero, sus largas pestañas temblaron y su ceño se contrajo. Luego, abrió la boca y se relamió los labios, quizás saboreando la energía que Absalón le había insuflado mediante su magia. Finalmente, sus ojos negros se abrieron de par en par y de golpe, la mujer pareció recordar de pronto todo lo que había sucedido. Se irguió con violencia, su respiración se agitó y comenzó a toser.

—Tranquila, Sheila —la tranquilizó Absalón, hablando con rapidez.

—¡Se lo llevaron! ¡Oh, coño, se lo llevaron, Absalón! ¡No era Zabaroth... era otro...! —chillaba Sheila, temblando.

—Shh, lo sé, quédate tranquila.

La mujer levantó la mirada y se encontró con el rostro de Talía.

—Soy yo, Julien.

—¿Q-qué...?

—Sheila, escucha —Absalón la guió hasta la cama y le indicó que se sentara—. Era una trampa. Yuhèlle está muerto. He cambiado el alma de Julien y la esencia de Talía.

Sheila se giró y contempló a Julien, es decir, a Talía, que la miraba con cautela desde el otro lado de la habitación.

—¿Quieres decir que...?

—Basta —detuvo la musa, atravesando el dormitorio—. Dinos qué ha sucedido, tenemos que irnos... —le dijo a Sheila. Y agregó, dirigiéndose a Absalón—: Se encargarán de secuestrar a todos los cosechadores. Para eso también han secuestrado humanos a los que obligarán a pronunciar las plegarias de invocación. Así llenarán las *menkalinen* y las gemas demoníacas de todos los cosechadores que puedan y cuando acaben, los asesinarán para liberar las almas y apoderarse de ellas.

—¡Fue ese Zabaroth! —exclamó Sheila—. Yo estaba aquí, echando las cartas y...

De repente, Sheila salió disparada hacia atrás. Su espalda golpeó el muro paralelo a la cama y su cuerpo comenzó a elevarse por la pared hasta llegar al techo. Con un segundo golpe, su cabeza se estrelló dolorosamente contra la esquina.

—¡Has mentido! —gritó Absalón—. ¡Dijiste que Lucienne sería invocado dos veces!

Absalón alzó la mano derecha y retorció los dedos. En medio de la oscuridad, su mano parecía un insecto de cinco patas intentando atravesar el

aire.

Sheila abrió la boca y un agudo grito salió desde los rincones más profundos de sus pulmones. Talía ahogó un jadeo y se tapó los oídos. Julien apartó la mirada.

—Absa... lón —gorjeó Sheila—. Por... p-por favor...

—¡HABLA!

—Las c-cartas.

Absalón dejó caer su mano. Las cartas del Tarot de Sheila estaban desparramadas por el suelo de la habitación. A simple vista, Absalón no vio nada extraño en ellas.

—Alza una —le dijo a Talía. Ella asintió.

Una carta se arrastró desde debajo de la cama y se elevó en el aire, como un extraño insecto pintado de rojo. Absalón la contempló. Era La Rueda de la Fortuna. La carta flotó hasta colocarse frente a Absalón y siguió subiendo. Cuando la tuvo a la distancia apropiada, el demonio disparó hacia ella.

Sucedió lo mismo que había ocurrido con el cuaderno. Se oyó un chasquido y el dormitorio empezó a llenarse del hedor del papel quemado. En el suelo se dibujó la estrella de siete puntas encerrada en el triángulo.

Sheila se deslizó lentamente por la pared hasta tocar la cama.

—¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Quién lo ha hecho? —susurró Absalón.

—Un hombre—balbuceó Sheila—. Tropecé con él ayer. Las cartas se cayeron y él me ayudó a recogerlas. Debió de hechizarlas en ese momento.

—¿Cómo era ese hombre?

—Tenía el cabello blanco, largo. Vestía normal...

Absalón y Talía se miraron. No conocían a nadie que respondiera a esa descripción.

—Sheila, Julien —exclamó Absalón—. Quiero que vayan al anticuario de Zabaroht. Talía y yo iremos a buscar a Lucienne.

El demonio se volvió hacia la musa. A regañadientes, Talía asintió. Absalón le tendió la mano derecha. La mano que debía tomarle para acompañarlo.

—Quiero que visualices mentalmente el sitio al que debemos ir.

Absalón presionó su mano y tiró de su brazo.

—¡Absalón! —dijo la voz de Talía.

—¿Sí, Julien?

—Por favor, trae a Michel.

El demonio asintió.

Luego, él y Talía desaparecieron.

LA ISLA MALDITA

Un rey muy cruel y sanguinario que gobernaba sobre cuarenta y dos legiones del Océano Crepitante decidió una noche bajar a su harén sin que ninguna escolta lo acompañara. En su harén no había reina, ni esposas, solo bellas hembras y machos de todas las razas del Océano Crepitante y todos estaban juntos, sin distinción de raza, sexo o estatus. Pero esa noche el rey no deseaba la compañía de ninguno de ellos. Confundido, emprendió el regreso hacia sus aposentos, pero entonces un bello mancebo de largo cabello negro y ojos rojos como el cielo lo sorprendió mientras se iba.

—El señor no debería vagar por aquí en estos tiempos que corren — exclamó el joven, que nunca había visto el rostro del rey y que por eso no sabía la identidad del hombre que estaba frente a él—. Estamos en guerra y hace no pocos latidos el príncipe Licaonte ha atacado el palacio.

El rey, atraído por la belleza del joven, decidió no revelar su identidad.

—¿De dónde han traído tus ojos rojos como la sangre, bello muchacho? — Y observando que el joven lucía apenado, agregó—: ¿Qué puedo hacer para verte sonreír y que tus ojos sonrían contigo?

El muchacho se sentó bajo un árbol y el rey se acercó a él para hacerle compañía.

—Ya he perdido la cuenta de los latidos que he pasado en el harén del rey —dijo el muchacho—. He nacido en una isla que está muy lejos de aquí, la isla más bella del Océano Crepitante. La magia florece en ella, en cada árbol, en cada rama, en cada río, en cada gota de rocío. Es una isla única, porque en ella reside el tesoro que todos los hombres desearían poseer y sé que si el rey se enterara de su existencia, mi isla estaría perdida para siempre.

El rey, sorprendido por las palabras del joven, decidió seguir interrogándolo.

—¿Y cómo se llama esa isla? ¿Dónde está? ¿A qué legión pertenece? ¿Quién la gobierna?

El hermoso muchacho sonrió y le dirigió al rey una mirada enigmática.

—La gobiernan cada uno de los seres que residen en el Océano Crepitante. La gobiernan yo, la gobierna el rey, la gobiernan todos los latidos que en este momento resuenan en este cielo que nos cobija.

—¡Pero eso es imposible! —replicó el rey, indignado por semejante respuesta—. ¿Cómo puede ser una isla gobernada por tanta gente!

El joven se levantó, alargó la mano hacia el árbol y arrancó un pequeño fruto. Lo partió en dos, se llevó su parte a la boca y le extendió el resto al rey. El rey aceptó el obsequio y comió.

—Mi isla es dulce como esta fruta, pero debe ser cauteloso con ella, porque si se llena el estómago de miel, en algún momento la vomitará.

El rey quedó pensativo durante un rato, mientras el joven arrancaba frutas y se las comía.

—Es cierto lo que has dicho, sin embargo, tú no dejas de comer —dijo el rey después de un rato.

El joven volvió a sentarse al lado del rey y recostó la cabeza en su regazo.

—¿Desea el señor alimentarse esta noche de mí?

El rey comprendió lo que el joven quería decir y sin darle ninguna respuesta, se tendió junto a él bajo el árbol. En algún momento, el cielo se ennegreció aún más y el rey cayó dormido. Pero el joven permanecía con los ojos abiertos y cuando los latidos del rey se hicieron uno con la noche, sacó de sus ropas un cuchillo y se abrió una herida en la muñeca. Y una fragancia a tierra húmeda, narcisos quemados y plata fundida empapó la brisa nocturna. El joven acercó la muñeca a los labios del rey dormido y dejó que bebiera su sangre.

Desde esa noche, el rey no pudo apartar al joven de su mente: recordaba sus ojos rojos, sus labios pálidos y el extraño relato que había salido de ellos. El rey quería ir en busca de aquella isla maravillosa que el joven describiera, pero no sabía por dónde comenzar a buscar.

—Si pudieras decirme dónde queda tu hogar —le decía al joven al oído cada vez que hacían el amor—, podría enviarte de nuevo allí y no tendrías que pasar una noche más en este harén lleno de seres repugnantes.

—¿Tan pronto deseas librarte de mí? —le respondía el muchacho, con la voz ahogada—. Pues yo nunca he sido más feliz que ahora y si quieres deshacerte de mí, ten la seguridad de que encontrarás mi cuerpo colgado de la última rama de este árbol.

El monarca, turbado, dejó de dormir por las noches. Pensaba en la isla, pero al mismo tiempo pensaba en el joven. No podía ordenar sus pensamientos y eso lo desesperaba. Disgustado, decidió consultar a su adivino.

—El rey está enfermo de amor —le dijo el adivino seriamente.

—¿Enfermo de amor? ¿Cómo puede el amor ser una enfermedad? —replicó

el monarca.

—El rey ha encontrado un manantial de amor en un desierto árido. El rey se bebió toda el agua de un sorbo y ahora simplemente le duele el estómago. Debe reposar del festín y beber con moderación.

El monarca se fue de la sala del adivino muy contrariado.

—¡Por la manera en que hablan pareciera que todos se han vuelto locos de remate! —se quejaba, golpeando el suelo con su bastón de oro.

Sin embargo, había comprendido lo que el adivino le había querido decir: que se alejara del hermoso muchacho, que tranquilizara sus ánimos, su mente y su cuerpo, que dejara reposar su espíritu y que no permitiera que la lujuria lo cegase.

Pero el rey no solo estaba hecho de lujuria. Su avaricia también era mucha, y cuando por fin olvidó el cuerpo del joven de ojos rojos, lo mandó encarcelar y torturar hasta que revelara la ubicación de la maravillosa isla que había mencionado.

—¡Eres el rey! —gritaba el joven, atado de pies y manos a un muro de piedra—. ¡Jamás te lo diré! ¡Nunca! ¡Antes deberás matarme!

Y entonces el adivino, que lo estaba observando todo, se acercó al rey y le dijo algo al oído. El rostro del rey se ensombreció, pero finalmente el monarca se enderezó y ordenó que lo azotasen. Se tumbó en el suelo, a los pies del joven, y dejó que el mismo látigo le abriera la piel y le arrancara la carne.

—¡Te lo diré! —gritó por fin el muchacho, al ver al rey a punto de perder la consciencia.

Y el adivino se acercó a él y dejó que el joven le dijera al oído todo cuanto sabía acerca de la isla.

Una vez que el rey se hubo curado de sus heridas, emprendió el viaje rumbo a la isla del muchacho. Sin embargo, a pesar de que había esperado ese momento por mucho tiempo, el monarca no estaba feliz. Poco a poco, fue dejando de comer y comenzó a descuidar las decisiones que debía tomar a diario. En el barco, se pasaba horas y horas contemplando el horizonte en silencio y había prohibido que se le acercasen.

Finalmente, luego de incontables latidos de viaje, llegaron a la isla que el joven describiera. Era una isla pequeña, cubierta de selvas, ríos e insectos, y no había ninguna señal de que estuviese habitada. Ni siquiera había puerto. Cuando desembarcaron, luego de encallar el barco en la arena, emprendieron la marcha a través de las frondosas selvas.

—Aquí no hay ni siquiera árboles frutales —decían los soldados.

—No hay animales más grandes que estos trasgos.

—Apuesto a que no hay ni una pizca de magia en estas tierras.

Sin embargo, cuando llegaron a un claro, el rey observó que algo se movía entre los árboles y se acercó corriendo hacia el lugar.

—Miren la figura que dibujan las llamas —dijo el muchacho de ojos rojos.

—Pero ¿qué haces tú aquí, si te hemos dejado en los calabozos?

El joven le sonrió al rey y se acercó más. Cuando salió de las sombras, el monarca observó que el joven estaba espléndidamente desnudo.

—Si estoy en los calabozos, ¿cómo puede ser que estés viéndome ahora? ¿Cómo puede ser que yo te esté viendo? ¿Cómo puede ser que ahora me desees tanto que has dejado atrás a todos tus hombres para venir a mi encuentro. Acércate y yace conmigo una vez más.

Y el rey obedeció y bebió de nuevo de aquel manantial que el adivino mencionara, y se alimentó otra vez de aquella miel como los frutos rojos de los árboles del palacio. Y entonces lo recordó todo, pero el hambre a la que se había sometido era tanta, que saciado se durmió entre los brazos del joven.

Cuando despertó, observó sorprendido que el cielo se había vuelto negro. A su alrededor bailaban las sombras de la selva. Corrió a través de la vegetación, hasta que finalmente llegó a un claro muy parecido al que había dejado atrás. Horrorizado, levantó la mirada y gritó.

El joven estaba allí, colgado de un árbol frutal, con el cuello roto y la sangre cayendo por su cuerpo, inundando la tierra pálida. Y la sangre parecía no acabarse nunca y el tiempo tampoco, y el rey nunca supo cuántos latidos estuvo allí, observando la muerte a los ojos.

Y algunos dicen que el rey gritó de nuevo y que ese grito lo despertó. Y que despertó en su palacio, en su cama, luego de una terrible fiebre que casi lo mata.

Pero otros dicen que el rey despertó en el barco y que pasó incontables latidos mirando el horizonte que jamás se acababa, porque la isla del muchacho de ojos rojos no existía más que en sus sueños.

Pero aquellos que creen en el amor dicen que el rey se arrepintió de sus faltas y que aquel día, cuando el joven reveló el secreto de su isla luego que ambos fueran torturados, le pidió perdón y lo hizo su esposo.

Nadie sabe exactamente qué le sucedió al monarca: cuándo comenzó su sueño, cuándo acabó, si despertó o si sigue soñando. Pero todos coinciden en una cosa: en su sueño, el rey huele una fragancia a tierra húmeda, narcisos quemados y plata fundida.

LOS INFIERNOS FLOTANTES

*Las olas tienen ahora un brillo rojizo
las olas respiran desmayadas y lentas.
Y cuando ya no hay lamentos terrenales
baja, baja esta ciudad hasta donde se quedará desde ahora.
El infierno, elevándose desde mil troncos,
le hará reverencias.*

LA CIUDAD EN EL MAR, Edgar Allan Poe

Se materializaron en un bosque. Antes de abrir los ojos, Absalón supo que habían abandonado la ciudad. El aire se olía extraño, menos denso que el de las noches de París. Absalón distinguió el aroma de las hojas de los árboles, el de la madera de los troncos, el de la tierra, el pasto, el de los frutos pudriéndose en medio del barro y los insectos.

Cuando por fin abrió los ojos, intentó olvidar los mareos y examinó el panorama.

Se encontraban en un claro. Al concentrarse más, advirtió que cerca de allí había un lago. O quizás un río. El cielo que los abrazaba cargaba con menos nubes y cuando el viento las arrastraba era posible distinguir las estrellas.

Absalón se recostó sobre el tronco de un árbol y se sostuvo la cabeza. Para su sorpresa, Talía no estaba mareada. El cuerpo de Julien se acercó al demonio y le apoyó la mano en el hombro.

—Está débil, Vizconde —susurró la musa—. ¿Hace cuanto que no se alimenta?

Absalón se irguió y se sacudió la ropa.

—No te importa —espetó—. Al menos no necesito ser el huésped de un pobre humano. Ahora dime a dónde vamos.

Talía esbozó una pequeña sonrisa.

—Solo si me invita a la boda, Vizconde —exclamó, adelantándose entre los árboles.

Absalón soltó una risita sarcástica y se dispuso a seguirla.

—Todos los hermanos de mi esposa estarán invitados. Ahora apúrate. Y, Talía...

La musa se volteó, deteniéndose, y Absalón la alcanzó. La contempló a los ojos.

—Si me estás engañando, te juro que correrás la misma suerte que Yuhèlle.

La musa le devolvió la mirada y hubo algo en ella que a Absalón le dijo que debía tener cuidado. Al fin y al cabo, era Talía quien había robado la *menkalinen* de Lucienne y seguramente la de muchas otras musas más. Ella misma lo había admitido.

—Solo he venido a este lugar en una ocasión —explicó ella, mientras avanzaban entre la espesura.

El bosque debía de estar en tinieblas, pero al parecer los ojos de Talía podían adaptarse a la oscuridad al igual que los de Absalón. Debido a la reticencia de Luciania, el Vizconde jamás había podido comprobar que las palabras de Zabaroth fuesen ciertas. No conocía plenamente la magia de las musas. Si todo salía bien... pronto podría volver a los Infiernos Flotantes con Lucienne. Quizás ahora sí cediera a pasar una temporada en sus dominios. Al pensar en sus territorios y posesiones, Absalón sintió una punzada de nostalgia. Hacía más de dos siglos que no visitaba su castillo. Esperaba que sus administradores estuviesen haciendo bien sus tareas.

—Es una gruta submarina —explicó ella—. Siempre entran allí y no salen en varios días.

La pendiente del terreno se hacía cada vez más escarpada. Sin embargo, el camino no estaba tan lleno de guijarros y vegetación como habría debido estarlo. Talía no mentía, lo estaba guiando correctamente.

—Es un portal hacia algún sitio de los Infiernos. Por cierto que no sé cuál.

—Nunca has entrado. No sabes lo que hay allí adentro.

Pudo oler la incomodidad de la musa.

Conforme seguían caminando, Absalón comenzó a sospechar que conocía el lugar. No lo recordaba, pero la sensación de familiaridad era tan tangible como los enormes árboles que le cercaban el camino.

¿Cuándo? ¿Cuándo el Vizconde había caminado por esas tierras pantanosas, atravesado las ramas de esos árboles...? ¿Cuándo el Vizconde había olido la fragancia entre dulce y ácida de las moras podridas?

—Es aquí —susurró Talía.

Al principio, Absalón no comprendió a lo que la musa se refería. Luego lo

advirtió. Oyó el sonido del agua, y entre las ramas de un árbol pequeño, distinguió el brillo glacial y cristalino de un lago.

Conozco este portal, he estado aquí antes, pensó.

Talía apartó las ramas y descubrió el vacío. Se hallaban a tres metros sobre la superficie del agua. Sin preámbulos, la musa saltó. Su cuerpo, el de Julien, salió disparado hacia la noche, hacia la oscuridad, hacia el enorme trozo de terciopelo que era el lago bajo la luz de la luna creciente.

El estallido del cuerpo contra el agua resonó por encima de todos los sonidos del bosque; del zumbido de los grillos, del ronroneo de los animales dormidos, del ulular de las lechuzas y los murmullos del viento. Cientos de gotas de agua se elevaron por los aires como chispas de luz atravesadas por la luna. En menos de un segundo, el cuerpo de Julien desapareció bajo el agua y Absalón se apresuró a seguirlo.

El agua helada le mordió la piel y le congeló los pensamientos. Por un instante que pareció alargarse una eternidad, el cerebro de Absalón se apagó y sus recuerdos se licuaron en una masa de forma y oscura. La única imagen que prevaleció en su mente, que sobrevivió a la muerte temporal del congelamiento, fue el rostro de Lucienne. Vio sus ojos azules mirándolo a través de la oscuridad de la habitación del edificio de la calle Etienne de la Boétie, vio sus labios entreabiertos aguardando una palabra de cariño o tal vez un beso. En ese exiguo instante de desesperación, Absalón comprendió su error. Nunca le había dicho a Luciana lo que en verdad sentía por ella.

Oh, habría sido tan sencillo, pensó, y a la vez, tan pero tan difícil.

—¡Vizconde! —exclamó Talía, con la voz de Julien. El grito le llegó lejano, como si la musa le estuviese hablando desde una distancia inconmensurable y no desde su izquierda, a unos escasos cincuenta centímetros. Talía lo sacudió del hombro y Absalón salió de su trance—. ¡Vamos!

Una gargantilla de burbujas salió de la boca de la musa al mismo tiempo que sus palabras y Absalón recordó la noche de la fiesta en aquel lujoso hotel, cuando había intentado hacer que Lucienne descubriese que podía respirar bajo el agua.

—Esta agua... —susurró—. Es agua de los Infiernos.

Talía asintió.

—Sígame, Vizconde.

La musa le alargó la mano y Absalón la tomó, dejándose guiar. A su alrededor, todo el reluciente paisaje submarino bailaba como una multitud de

sombras. Absalón sintió que había algo más allá de los tentáculos de las plantas acuáticas que le acariciaban los pies, que algo se escondía entre las rocas sumergidas. Pero no ocurrió nada. Ningún monstruo marino lo tomó del tobillo, ningún ser extraño emergió de las profundidades para arrastrarlo al abismo. Solo eran Talía y él.

Nadaron, enterrándose cada vez más en las aguas de aquel misterioso y silencioso lago. Conforme pasaban los minutos, Absalón descubrió algo extraño: en aquel lugar no había ni el más mínimo atisbo de vida; ni siquiera huevos de rana dormitando entre las rocas o el más pequeño pez olisqueando el vacío en busca de alimento. Nada. Solo la muerte, la quietud, el silencio.

Y la oscuridad.

Absalón se sacudió. La piel estaba comenzando a hormiguarle, como si un enjambre de insectos subiera por sus miembros mordisqueándole la carne. ¿Qué estaba ocurriendo?

—¡Talía...! —quiso gritar. Pero ya era demasiado tarde.

La musa se abalanzó sobre él y lo atrapó entre sus brazos.

—¿Qué ocurre, Vizconde...? —sollozó la voz de Julien en su oído.

Absalón se aferró de ella y se quedó quieto. Y de repente, comenzaron a descender a toda velocidad.

Sus cuerpos estaban siendo succionados.

Absalón abrió la boca para gritar y la náusea que le subía desde el estómago hasta la garganta se le atravesó en medio de las vías respiratorias. Pensó que le estallarían la cabeza, que los oídos le explotarían y que moriría allí, que su cuerpo mutilado se quedaría allí para siempre. Sin Lucienne.

Atraídos hacia las profundidades del lago, Absalón y Talía se mantuvieron abrazados para que la terrible fuerza de succión no los separara. La musa gritaba como una posesa.

—¡Cállate! —chilló el Vizconde, clavándole la rodilla en el vientre—. ¡Ya ingresamos al portal!

Talía gorjeó en su oído una sarta de palabras ininteligibles y Absalón temió que perdiera el conocimiento. Si eso ocurría, debería dejarla en un lugar seguro y ponerse en marcha en solo. No quería estorbos.

Afortunadamente, Talía no se desmayó.

A medida que la fuerza de succión los arrastraba hacia el fondo del lago, el agua se fue aclarando. Con los ojos abiertos y atentos, Absalón advirtió que el negro se iba iluminando, haciéndose cada vez más azul, más celeste. Y la temperatura aumentaba. El frío glacial se estaba calentando y mientras eso

sucedía, el agua se hacía menos transparente y se llenaba de burbujas.

—¡Oh, por la Reina Madre! —sollozaba la musa.

Absalón la tomó del cuello y le contempló el rostro. Las mejillas de Julien se veían rojas y sus labios se habían hinchado. Tenía los ojos cerrados y su cabello castaño flotaba sobre su cráneo como una alfombra de pelusas acariciadas por el viento.

—¿No soportas las temperaturas altas? —gritó Absalón—. ¡Joder, Talía!

El Vizconde miró hacia arriba. Estaban llegando. A su alrededor el agua era una enorme masa de burbujas que hervían a más de cien grados centígrados. La sensación de las burbujas explotando sobre su piel era una de los placeres a los que Absalón había renunciado al abandonar sus dominios y exiliarse en el mundo de los humanos para lograr seducir a Luciania. Ahora, de vuelta en los Infiernos Flotantes, la melancolía comenzaba a invadirlo.

Finalmente, sus cuerpos chocaron contra el filo de la superficie. Absalón sacó la cabeza del agua. Allí estaba su mundo, su verdadero hogar. Los Infiernos Flotantes. Arrastrando a Talía, el cuerpo tembloroso de Julien, nadó hasta la orilla del lago.

El panorama le resultó conocido. Era posible que hubiese utilizado en el pasado aquel portal para viajar desde la tierra hasta los Infiernos. O incluso, que él mismo lo hubiese conjurado. No podía recordarlo.

Por encima de ellos, una bóveda de color rojo encendido envolvía el paisaje; quizás un cielo, o tal vez una enorme lengua de fuego surgida desde el centro de la tierra. Absalón jamás había creído que se encontraran en el fondo del océano, como tampoco había consentido en tragarse las barbaridades de los estudiosos de la Antigüedad, aquellos que afirmaban que el planeta era redondo. Bien, la tierra podía tener forma de banana y el sol podía girar alrededor de la luna, eso a Absalón le importaba un comino. Había demonios que se dedicaban a gastar su eternidad con la cabeza enterrada entre libros polvorientos y esos decían que los Infiernos Flotantes estaban sumergidos en los gigantescos volcanes del fondo marino. Otros afirmaban que los pasadizos ubicados en ríos, lagos y mares no eran más que portales hacia otras galaxias. Nada de eso tenía cabida en el repertorio de intereses del Vizconde. Al menos no en ese momento.

Talía se desplomó sobre la arena, con los brazos y piernas abiertos formando una estrella de cuatro puntas. La arena, tan fina y resplandeciente como el polvo de millones de diamantes, se pegó a su cuerpo empapado.

—El cambio te ha hecho vulnerable —susurró Absalón.

El pecho de Talía subía y bajaba irregularmente. Todo su cuerpo temblaba. Absalón no podía saber si de frío, calor o dolor. ¿De miedo, quizás?

A su alrededor todo era un gran desierto blanco y brillante.

—¿Dónde estamos, Vizconde? —inquirió la musa.

—Es gracioso que tú lo preguntes —replicó Absalón con impaciencia, poniéndose de pie—. ¿Puedes levantarte?

Talía gimió como toda respuesta.

—Si no te levantas —comenzó Absalón— tendré que dejarte. No puedo perder tiempo. Me entiendes, ¿verdad?

—¿Me dejará aquí sola? —chilló ella—. ¡No puede!

Talía intentó incorporarse.

Absalón se giró y le echó una larga mirada al paisaje que los rodeaba. Frunció la nariz, dispuesto a percibir todas las fragancias posibles.

—Huelo desesperación —susurró, con los ojos cerrados—. Gritos, miedo, horror, muerte. —Se volteó—. No están lejos de aquí.

Talía se levantó y se sostuvo del brazo de Absalón.

—¿Qué piensas hacer cuando llegemos? —preguntó él, ayudándola a caminar—. No podrás luchar en este estado. Estás suicidándote, lo entiendes, ¿verdad?

Talía se asió a su carne con más fuerza.

—Quiero ver a mis hermanos. Necesito saber cuántos de ellos siguen vivos.

Absalón se mordió la lengua. No era nadie para juzgarla, de manera que la alzó en brazos y se la echó al hombro como lo habría hecho con un costal de patatas. Cuando la musa se hubo sostenido de él apropiadamente, Absalón remontó vuelo. Al principio le resultó trabajoso. Se había acostumbrado al aire terrestre, a su gravedad, y la atmósfera que se respiraba en los Infiernos le parecía ahora extraña y pesada.

Bajo sus pies, el desierto parecía una gran lámina de azúcar brillante. En la distancia, el río burbujeante se quedó quieto y se tiñó de un color gris metálico.

—No están lejos —repitió Absalón, como una plegaria.

Conforme se alejaban del río a toda velocidad, el rojo llameante del cielo se fue apagando. En los Infiernos no existían el día ni la noche; la luz y la oscuridad eran caprichosas y ambos se turnaban a ratos, a días, a semanas, a años, a siglos.

—¿De quién son estos territorios? —preguntó Talía.

Absalón tenía sus sospechas, pero no estaba seguro. La presencia del río burbujeante señalaba que era posible que esa legión perteneciera al Príncipe Licaonte o bien al Marqués Alexandros; ambos, en el pasado, habían estado interesados en comprar territorios que poseyeran ríos o lagos. Él mismo, Absalón, se había negado cortésmente a intercambiar su río burbujeante por una docena de esclavas súcubo.

Absalón se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre? —inquirió Talía.

—Mis dominios —balbuceó el demonio—. Estamos en mis territorios.

—¿Qué...?

—¡JODER!

Absalón soltó una sarta de maldiciones y se lanzó hacia delante a toda velocidad. Talía comenzó a sollozarle al oído, suplicándole que se detuviera. Como salidos de un cañón, atravesaron el interminable desierto blanco hasta que llegaron a un acantilado. Absalón dejó que Talía se bajara de su espalda. Miraron hacia abajo. Un espejo de color azul celeste se desplegaba en todas direcciones, perdiéndose en el horizonte manchado de rojo.

—Akibena —susurró Absalón—. Esta es mi isla Akibena.

El Vizconde se mordió el labio y miró el cielo, o aquello que, a falta de otra palabra, seguían llamando cielo. Siempre había tenido la sensación de que el cielo de los Infiernos era más bajo que el del mundo de los humanos. Cuando era niño, hacía muchísimo tiempo, Absalón soñaba que el fuego del firmamento descendía hasta ellos y los arrastraba hacia el horizonte, hacia ese sitio desconocido donde todo desaparecía. El alféizar del mundo.

—¿Qué hacen esos malnacidos en mis territorios? —musitó, aturdido. Y luego, furioso, repitió con la voz en un grito—: ¡¿QUÉ HACEN EN MIS TERRITORIOS!?

El borde del acantilado tembló y una hilera de piedras se despeñó hacia abajo quebrando la ensoñadora quietud de las aguas.

—Vizconde —apaciguó Talía—. Concéntrese, Vizconde. Tenemos que ir hacia ellos. Debemos...

—¡Lo sé! —espetó Absalón, cortante.

El demonio comenzó a correr cuesta abajo por el costado del acantilado y Talía se apresuró a seguirlo. El suelo en esa región de la isla era más duro, pero seguía siendo de un color blanco reluciente que parpadeaba con destellos sanguinolentos al reflejar el rojo del cielo.

Llegaron a la orilla. Absalón se metió en el agua y con una seña le dijo a la

musa que lo imitara. Ella se acercó. Absalón suspiró, juntó los labios y comenzó a silbar.

Con el paso de los segundos, algo fue haciéndose visible en el horizonte. Cuando estuvo a poco más de unos diez metros, Talía advirtió que se trataba de un pequeño bote que parecía hecho del mismo material de la arena del desierto de la isla. Blanco como el azúcar, el bote se detuvo junto a ellos. Olvidando toda caballerosidad y modales, Absalón subió primero.

Lo primero que Lucienne percibió al despertar fue el hedor del humo. Tenía la garganta seca. Cuando intentó tragar saliva, el amargo sabor de las cenizas se desparramó por su lengua. Quiso escupir, pero la saliva no le fue suficiente. Al intentar gemir, descubrió que tampoco tenía voz.

Entonces, en ese instante, fue consciente del terrible dolor que le llenaba cada centímetro del cuerpo. No era tan agudo como el que había sufrido durante el sueño envenenado, pero de alguna forma surgía de un sitio más profundo, como si el dolor hubiese sembrado semillas en su interior y las raíces corrieran libres por su carne. Los párpados le pesaban. Cuando intentó moverse, comprendió que estaba flotando en el aire. Estaba colgado. Una llamarada de horror se encendió en su pecho y viajó hasta su cerebro adormilado. Sus sentidos comenzaron a agudizarse lentamente. Primero, los oídos.

Desorden. Oía un caos de ruidos, golpes y gritos. Distinguió, por encima de los chillidos, un fuerte chisporroteo, como el sonido del pie de un gigante aplastando la enorme hoja de un árbol. Muchos pies de muchos gigantes aplastaban continuamente una alfombra de hojas, cientos de hojas, miles de hojas. Al intentar respirar por la nariz, Lucienne comprendió que ese chisporrotear era producido por una hoguera.

Se movió, y los músculos de sus brazos parecieron prenderse fuego. Lo habían colgado de las muñecas. Atada a su espalda, una vara lo mantenía derecho y erguido. Si no fuera por esa vara, sus brazos ya se habrían dislocado hacía rato.

Había perdido la noción del tiempo. Lo último que recordaba era el techo de la habitación y el vestido fucsia de Sheila revoloteando por sus piernas morenas. ¿Qué había sucedido? Zabaroth había dicho algo... y entonces Lucienne cayó dormido. Segundos antes, algo le había ocurrido a Sheila... pero ¿qué? Lucienne estaba aturdido.

¿Por qué sentía tanto calor?

¿Por qué le dolían las muñecas?

¿Por qué se oía tanto ruido?

¿Por qué...?

Finalmente, logró abrir los ojos. Y cuando lo hizo, el fuego del horror que le comprimía el pecho se extendió por todo su cuerpo como una ponzoña.

Estaba colgado de las manos en una cruz en forma de «T». Tenía los brazos abiertos desplegados a lo largo de una barra horizontal y unos grilletes le aprisionaban las muñecas, cortándole la circulación. Un segundo grillete lo sostenía del cuello, mientras que el tercero le rodeaba la cintura y el cuarto, los tobillos. Apenas podía girar la cabeza unos escasos treinta grados.

Cuando se atrevió a levantar la mirada, descubrió que no se hallaba solo. Docenas de mujeres y hombres estaba crucificados como él, con las cabezas colgando inertes a un costado del cuerpo. Ninguno parecía estar despierto. O vivo. Horrorizado, Lucienne cayó en la cuenta de lo que ocurría: estaban a punto de matarlo. Los seres que lo rodeaban eran cosechadores de almas como él. Musas, toda clase de demonios.

Con los ojos aguados por el terror, buscó con la mirada a Absalón, pero no logró hallarlo.

Voy a morir, susurró la voz de su interior, *y ni siquiera le he dicho a Absalón cuánto lo quiero...*

Un sollozo nació desde lo más profundo de su ser y estalló en sus ojos. El dolor de sus miembros se multiplicó y exhaló un grito desgarrador, un chillido que le traspasó la garganta como una lanza envenenada.

Recordó la noche en que despertara del sueño y las palabras que le había dicho a Absalón, rechazándolo. *Estoy demasiado débil*. Oh, por Dios, ¡cómo se arrepentía!

Se sacudió, hecho una furia, y los grilletes enviaron a sus miembros seguidas oleadas de electricidad. Tembloroso, Lucienne se echó a llorar, aguardando la muerte. Una muerte que había llegado de una forma tan inesperada e inexplicable... Solo suplicaba que fuese rápido, que no doliera, que se acabara pronto, por favor...

Soy una musa, se dijo, *compro almas a cambio de los talentos que los seres humanos ambicionan. Me alimento de ellos... soy un monstruo. Este es mi castigo.*

Pero a Lucienne, que no recordaba nada de su vida como Luciania, esas palabras le sonaban tan injustas. Se sentía como pagando los pecados de un desconocido que no era él, de alguien muerto hacía mucho tiempo. Aunque, en

el fondo, sabía que él era Luciana, que él era la musa. Que lo merecía todo.

—No es así... —gorjeó una voz a su derecha. Lucienne intentó levantar la cabeza. A su lado, una hermosa muchacha de cabello azul agonizaba, con el rostro empapado en lágrimas—. Es nuestra naturaleza... hemos nacido para ello. Sin nosotros... el equilibrio del universo se quebraría, musa Luciana.

—¿Quién eres? —preguntó Lucienne.

—Musa Ximena.

—Ximena —repitió Lucienne, como una plegaria de invocación—. ¿Qué está ocurriendo ¿Dónde estamos?

—En los infiernos, musa Luciana, en los territorios del Vizconde Absalón.

—¿Absalón? —musitó Lucienne, pero no estuvo seguro de haberlo dicho en voz alta—. ¿Por qué estamos aquí?

—¡Porque el Vizconde es desgraciado! —gritó una voz a su izquierda. Lucienne se giró. Un joven colgaba cabeza abajo, con las manos juntas y las piernas pegadas al cuerpo. A Lucienne le recordó a una de las cartas del Tarot de Sheila.

—¿Absalón? —repitió Lucienne con un hilo de voz.

La explanada sembrada de cruces se difuminó en sus ojos como barrida por un pincel mojado. Por un instante, Lucienne no oyó nada. Los gritos, el crepitar del misterioso fuego, todo desapareció y solo quedó el nombre de Absalón.

—¡Por tu culpa vamos a morir! —chilló el muso.

La acusación se le clavó a Lucienne como una lanza.

—¿Qué?

Volvió a oír los gritos. Una oleada de dolor caliente subió desde los dedos de sus pies hasta su cabeza.

—El Vizconde nos detesta por causa tuya —acusó el muso—. ¿Era tan difícil aceptar casarse con él? ¿La buena vida te parece aburrida, musa Luciana?

—¡Cállate, Caleb! —reprendió Ximena.

—¿Que me calle? —continuó Caleb—. ¡Ese maldito nos odia por su culpa! ¡Pero por supuesto! ¡La musa Luciana es demasiado orgullosa para desposar a un Vizconde! ¡Seguramente preferiría ser la puta del Príncipe Licaonte!

Las dos musas siguieron despotricando. Lucienne cerró los ojos. ¿Qué decían esos seres? ¿Que Absalón había cedido sus territorios para que éstos fueran transformados en campos de exterminio? No era posible.

—¡Es mentira! —bramó Lucienne—. ¡Mentira! ¡Mentira! ¡MENTIRA!

Se sacudió contra la cruz y ésta se tambaleó, pero no cayó al suelo.

—¿Qué has creído?! ¿Que un demonio jugaría limpio?!

—¡Absalón me quiere, joder!

—¡Pues ya te ha jodido!

Lucienne se quedó quieto, incapaz de controlar sus temblores. Sentía que si seguía gritando, la cabeza la estallaría en miles de pedazos.

—¡Silencio! —chistó Ximena—. ¡Ahí viene!

Lucienne aguantó la respiración e hizo acopio del escaso autocontrol que le quedaba para no moverse. Con los ojos entrecerrados, se preparó para observar lo que fuera de lo que Ximena los había advertido.

Se encontraban en una especie de claro desierto sin ningún tipo de vegetación. Lo único que Lucienne fue capaz de distinguir fueron las cruces donde colgaban los seres como él en las posturas más grotescas. Cabeza abajo, sostenidos de los tobillos, de las muñecas, de las axilas, de la cintura, del cuello... la escena se asemejaba a la enorme casa de muñecas de una niña demente. Más allá, logró ver, el terreno se elevaba, salpicado de distintos tonos de verde. Arbustos. Y entonces, ¿por qué...?

Lentamente, bajó la mirada hacia el suelo. Era marrón oscuro, casi rojo. Entonces, Lucienne comprendió de dónde provenía el hedor que llenaba el aire que estaba respirando: de la misma tierra que se hallaba bajo sus pies.

Entre los manchones borrosos de verde que se confundían con el cielo de color rojo encendido, una figura borrosa comenzó a hacerse visible. Lucienne intentó enfocar la mirada. La silueta se hacía cada vez más grande, más agresiva. Era alta y extremadamente delgada. Vestía una túnica negra con capucha que le llegaba hasta los tobillos. No alcanzó a distinguir su rostro pero se trataba, evidentemente, de un demonio.

La figura encapuchada sacó algo del interior de su túnica. Una larga vara delgada que blandió en el aire como la batuta de un director de orquesta. Caminó entre las cruces con la vara en alto, quizás buscando algún sitio apetecible en donde clavarla. Con horror, Lucienne observó cómo el demonio se acercaba a la cruz de una bellísima musa rubia y le clavaba la vara entre las costillas.

El cuerpo de la musa se arqueó y se retorció. Su larga cabellera dorada se balanceó en el aire con violencia como el péndulo de un hipnotizador. Su grito se disparó hacia la noche, oscilando y rompiéndose. Muerto de miedo, Lucienne rogó que la desdichada no sufriera demasiado.

El demonio sacó la vara del cuerpo de la musa y volvió a sacudirla. Gotas de sangre volaron en todas direcciones y aterrizaron en el suelo de cenizas

ardientes, donde chisporrotearon por unos instantes antes de convertirse en débiles volutas de humo anaranjado.

A Lucienne le llegó el olor de la sangre de la musa herida. Olía a flores de azahar, musgo y alas de mariposa.

—Así... —susurró Caleb—... así acabaremos por culpa del Vizconde Absalón.

La figura encapuchada levantó la cabeza, alerta. Si hubiese podido gritar, Lucienne lo habría hecho de buena gana. Todo su cuerpo se había quedado paralizado por el horror.

¿Por qué ese muso desconocido culpaba a Absalón de lo que estaba sucediendo?

El demonio volvió a concentrarse en la musa rubia. Alzó la vara y la clavó de nuevo, esta vez entre los pechos. La musa abrió la boca, pero no gritó. De sus labios escapó un gorjeo ahogado, estrangulado, seguido de un repugnante sonido de succión. Lucienne vio cómo el demonio retorció la vara y cómo los pechos de la musa, blancos como la leche, perfectos y hermosos, se llenaban de sangre y se volvían rojos.

El demonio arrancó la vara y finalmente, golpeó con ella los grilletes que sostenían a la musa de la cruz. Su largo y esbelto cuerpo se desplomó sobre el suelo y su preciosa cabellera rubia se desplegó como un abanico. El suelo comenzó a arder. La piel de la musa se fue enrojeciendo. Sus brazos y piernas desnudas se llenaron de enormes pústulas rojas y su cabello estalló convirtiéndose en una lluvia de chispas de oro.

Segundo a segundo, el cuerpo fue perdiendo forma. Luego de un minuto, o quizás cinco o quizás mil, sobre el suelo solo quedó un montículo de sangre perfumada a flores de azahar.

Lucienne quiso cerrar los ojos, pero no lo logró. Cuando lo intentó, se dio cuenta de que estaba llorando.

Luego de más de diez minutos de navegar en aquel mar de los Infiernos, Absalón y Talía descendieron del bote.

—Esta isla se llama Ostranenie —dijo Absalón, tendiéndole la mano a la musa.

Talía tropezó y cayó de bruces sobre la arena. Absalón la tomó de un brazo, con impaciencia y sin compasión. El demonio parecía haber olvidado que ese cuerpo le pertenecía a Julien.

—Si me estorbas, no dudaré en continuar sin ti. Creo que estaría haciéndote un favor.

Talía se incorporó y se sacudió los vaqueros sucios. La arena de esta isla era más oscura y gruesa que la de Akibena. El aire que se respiraba no era tan puro. Se notaba cargado de una enorme cantidad de hedores y fragancia que, mezclados, componían un olor similar al del plástico quemado. Una débil niebla gris azul dificultaba la visión. Más allá de la orilla se alcanzaba a divisar el irregular contorno de un peñasco.

—¿Lo hueles? —susurró Absalón inspirando profundamente. Su rostro se descompuso en una mueca.

El Vizconde silbó de nuevo y el bote se fue hundiendo en las aguas hasta desaparecer por completo.

—Es una isla muy pequeña. Está deshabitada.

—Vizconde —musitó Talía, apoyándole la mano en el hombro—. Debe serenarse.

Absalón aferró la mano de la musa y la levantó por los aires. Talía chilló y pataleó, pero el demonio no le hizo caso. Sin mucho cuidado, volvió a echársela sobre la espalda y remontó vuelo.

Se elevaron por encima de la niebla. Las rocas y la escasa vegetación se fueron difuminando, empequeñeciéndose con el paso de los segundos. Talía se abrazó a la cintura de Absalón y cerró los ojos. La mezcla de olores la mareaba.

—Cuando todo esto se acabe —gritó el Vizconde—, devolverás el cuerpo que tomaste prestado.

Un fuerte sonido se oyó por encima de la voz de Absalón. El demonio se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Talía.

El cielo se apagó como si alguien hubiese presionado un interruptor. El rojo se desvaneció y un manto oscuro se desplegó en el firmamento como si un gigante hubiera volcado sobre sus cabezas un enorme frasco de tinta. Entonces, se oyó el sonido de nuevo. Sonaba como si el mismo gigante estuviese arrastrando cadenas a lo largo de todo el cielo de los Infiernos Flotantes.

—Truenos —gruñó Absalón—. ¡Maldita sea! ¡Se han enterado de que estamos aquí!

Al igual que el cielo, el panorama de la isla también se oscureció. Ahora, solo valiéndose de su vista nocturna, les sería casi imposible localizar el sitio donde tenían a Lucienne. La isla se convirtió en una sombra de brillantes bordes rodeada por un interminable charco de negrura. Absalón descendió un par de metros.

—Concéntrate —le dijo a la musa—. Dos narices huelen más que una.

Reanudaron la marcha. Manteniéndose a unos diez metros de los árboles más altos, Absalón siguió sobrevolando la isla Ostranenie. Era uno de los territorios más marginales de sus legiones y no tenía idea de por qué Lucifago y sus secuaces la habían escogido. Quizás ese mismo era el motivo. Una isla desierta, alejada de los archipiélagos, incomunicada, sin riquezas.

Absalón detestaba haber sido obligado a regresar a los Infiernos Flotantes. Hacía más de doscientos años se había jurado que solo volvería a sus dominios cuando ya estuviese casado con la musa Luciania. A muchos les habría parecido un capricho con grandes dosis de estupidez. Absalón era un Vizconde y su ausencia en los Infiernos pondría en peligro el orden y la economía, pero él se ocupó de dejar todo arreglado para que no hubiera inconvenientes tras su partida. Contrató a tres de sus subalternos para que se hicieran cargo de las noventa y nueve legiones, les hizo firmar la documentación necesaria y les dijo que nunca, bajo ninguna circunstancia, intentaran ponerse en contacto con él.

De esa forma, el Vizconde renunció a sus riquezas, a sus territorios y a sus obligaciones, solo para lograr conquistar el corazón de una musa, una raza menor de demonio con la que un noble como él jamás osaría contraer matrimonio. Eso no le importaba. En ninguna piedra estaba escrito que no pudiese acostarse con súcubos, íncubos, sirenas o musas. Si podía mantener relaciones sexuales con ellos, ¿por qué no compartir la eternidad?

Y ya habían pasado casi doscientos cincuenta años. Más de dos siglos siguiendo la pista la esencia de Luciania por cada recoveco del mundo como un perro faldero, disfrazando el rabo y el hocico con la pedantería que lo había condenado.

Mientras sobrevolaba la isla, hambriento y desesperado, Absalón sintió pena de sí mismo.

Al menos ya había logrado que Lucienne diera el sí. Cuando todo terminara, el Vizconde volvería a su isla personal con su prometido y se pondría a gritar órdenes a los cuatro vientos. Que acondicionaran los jardines. Que prepararan los manjares más deliciosos que se pudieran probar en los Infiernos. Que invitaran a todos los demonios que cupieran en la isla. Absalón quería que todos suspiraran al contemplar la belleza de Lucienne, que envidiaran su suerte, que los nobles se atrevieran a descubrir la hermosura de esa raza.

Pero en esos momentos sus sueños le parecían tan inalcanzables, tan

lejanos. Por culpa de su estúpido orgullo había malgastado dos siglos. Si hubiese comprendido que jamás conquistaría a un ser como Luciania valiéndose de cosas que le eran ajenas, esto jamás estaría sucediendo. Oh, qué ciego había estado al no verlo. Luciania no tenía más posesiones materiales que su vestido y su *menkalinen*... las palabras de Absalón debían de haber sonado tan ridículas para sus oídos. Promesas de palacios construidos en el archipiélago de la nobleza, de delicias exportadas de las islas más importantes, de vestidos cosidos por las hilanderas de renombre... oh, cielos... cuántas tonterías habían resbalado por la lengua del Vizconde.

¿Qué podían significar para un ser como Luciania todas aquellas promesas sin sentido? La musa dormía sobre la cabeza de la Esfinge de Giza, se alimentaba de los frutos que los mayas obsequiaban a sus dioses, se vestía con las flores de los jardines de Babilonia. No necesitaba que ningún noble de los Infiernos le diera cobijo, la vistiera o la alimentara. El hogar de la musa era el mundo, su alimento, los seres humanos y sus ropas, la naturaleza. Solo al renunciar a sus dominios y a todas sus comodidades, el Vizconde logró comprenderlo.

—Huelo algo —chilló Talía.

Absalón se detuvo nuevamente y cerró los ojos. El hambre que padecía hacía varias semanas hizo que se oscilara en el aire, mareado. Frunció la nariz. Lentamente, fue ingresando en sus fosas nasales pequeñas cantidades de aire, descomponiendo uno por uno cada aroma que lo componía.

—Musgo —dijo Talía.

—Flores de azahar —agregó Absalón.

—Alas de mariposa.

—¿Crees que se trata de una musa? —inquirió el Vizconde.

Talía soltó un sollozo.

—Es la musa Valeriana.

—Están aquí, aquí abajo. Debemos acercarnos. Escúchame, Talía, ¡deja de chillar! ¡Debes enmascarar tu esencia, ¿has entendido?!

—Sí...

Absalón descendió más, hasta quedar entre las copas de dos árboles. A diferencia de los árboles del mundo de los humanos, éstos eran completamente rojos, como si una enorme mano los hubiese tallado a partir de un rubí gigantesco. El aire se enrareció, se llenó del perfume de la vegetación y de un último hedor agresivo que Absalón no logró reconocer.

—¿Lo hueles? —le preguntó a la musa—. ¿Qué es?

—Parece como... tierra quemada, ¿verdad?

—Bájate.

Talía se desenroscó de Absalón y se abrazó a la rama de un árbol. Absalón hizo lo mismo y se inclinó hacia el suelo, con los cinco sentidos alerta.

—Es el suelo —susurró—. Lo han incendiado. Si ponemos un pie ahí abajo, moriremos quemados.

A Sheila le costaba creer que Julien estuviese dentro de ese cuerpo de mujer. Baja, de caderas anchas, piernas delgaduchas y pechos enormes, la dueña de ese cuerpo tenía unos genes bastante extraños. Sus orejas, que ocultaba bajo tiesos mechones de color rosa chicle, lucían algo puntiagudas, como si un doctor chiflado se las hubiese limado. Su nariz también era afilada y sus labios pequeños y redondeados parecían una cereza.

Como si le hubiese leído los pensamientos, Julien exclamó:

—Esto es demasiado extraño.

Pasaron junto al viejo farol de la esquina del anticuario de Zabaroath y se detuvieron al ver la puerta entreabierta. Las luces estaban apagadas.

—Deben haberlo sorprendido cuando salía —susurró Sheila.

Decidieron entrar. La única luz presente era la de una vela diminuta que iluminaba el tapiz de un mono que tocaba la flauta.

—Parece que hubo bastante movimiento —dijo Julien, con la voz de la musa Talía. Señaló las mesas volcadas, las estatuas rotas, los trozos de vidrio que brillaban en el suelo como diamantes—. ¿Zabaroath? —exclamó en voz alta—. Somos Julien y Sheila.

Atravesaron el salón. La mitad más interna estaba intacta. Nada roto, nada en el suelo. Julien se acercó al mostrador, todavía tambaleándose. Allí había una tetera y dos tazas medio vacías. Sheila acercó un dedo a la tetera y comprobó que estaba fría. Se llevó una tacita a la nariz y la olió.

—Té de jazmines —susurró.

Julien barrió el mostrador con la mirada. Un talonario de comprobantes de compra, un viejo teléfono con forma de dragón, un hornillo para quemar aceites perfumados, un cortaúñas y una mariposa azul dentro de un marco.

—¿Por qué crees que dejaron la puerta abierta?

Sheila rodeó el mostrador, pero Julien la detuvo tomándola del brazo.

—¿Qué te ocurre? —se quejó ella, a la defensiva.

Julien se mordió el labio, encontrando extraña la sensación de sentir entre sus dientes un labio más grueso que los suyos. Estar en un cuerpo femenino era

realmente incómodo. Al menos para él, que había sido hombre durante casi diecinueve años. Los enormes pechos de Talía le pesaban y le hacían doler la espalda; cada vez que apretaba el paso, los pechos se sacudían dentro del sostén, amenazando con hacerle perder el equilibrio.

—La parte de adelante está hecha un desastre. Sin embargo... aquí todo está en orden —dijo el muchacho.

—¿Qué quieres decir? —replicó Sheila.

La mujer estaba algo irritante y Julien sabía el motivo. No tendría que haberse acostado con ella. A Sheila le molestaba que, luego de las noches que habían pasado juntos, Julien siguiera con la cabeza en Michel. Pero él le había advertido de la situación y ambos habían puesto sus condiciones. Sheila estaba rompiendo las reglas y Julien no podía hacer nada al respecto.

El muchacho la soltó y dio la media vuelta. Ella se lo quedó mirando, detrás del mostrador, confundida. Julien caminó de nuevo hacia la entrada y volvió sobre sus pasos; las mesas, la estatua rota, los vidrios desperdigados. Se hizo sitio entre la estatua de Zeus y un reloj de pie.

—Zabaroath está forrado —oyó que decía Sheila—. Debe de haber miles y miles de euros en estatuas, alfombras, pinturas...

—No robes nada —bromeó Julien. A modo de respuesta, la mujer emitió un gruñido malhumorado.

Caminó entre las estatuas de las ninfas hindúes y llegó hasta la estantería donde se encontraban las pequeñas imitaciones egipcias. Esfinges, dioses y diosas, gatos, faraones.

—¿Encontraste algo? —susurró la voz de Sheila en su oído.

Julien dio un respingo.

—No.

—Joder, mira esto... —exclamó ella, indignada. Sostenía una pequeña pirámide dorada, una auténtica miniatura—. Es oro puro, ¡diablos!

—Déjala en su sitio —ordenó Julien. Sabía que Sheila tenía manos ágiles.

—¡Oh, mierda!

El muchacho se volteó. Sheila estaba de espaldas, con las manos extendidas. Acariciaba un sarcófago de tamaño natural, que brillaba al captar los destellos de la única vela que iluminaba el salón.

—Enciende la luz —dijo ella.

—No encuentro el interruptor... —alcanzó a decir Julien, boquiabierto.

El sarcófago podía no ser auténtico, pero, aun así, Julien jamás había observado algo tan majestuoso. Completamente dorado, los rasgos del rostro

del faraón difunto estaban perfectamente formados, y sus ojos negros y alargados parecían observarlos desde el mismo inframundo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y en la mano derecha llevaba un cetro terminado en un conjunto de borlas. La corona estaba adornada con el detalle de una cobra y en la cabeza, como todos los faraones, llevaba un cubrepelo.

—Hay rasguños... —susurró Sheila, acariciando con sus dedos morenos las manos del faraón—. Oh... no...

Sin pensarlo dos veces, la mujer abrió el sarcófago de un golpe.

Un cuerpo pequeño se deslizó hacia fuera y Julien lo tomó antes de que se desplomara sobre el suelo. No se sentía como una momia. El cuerpo estaba tibio. La cabeza tenía cabello. Rizos, una espumosa enredadera de rizos se escurrió entre los dedos de Julien como largos gusanillos de seda y él supo que estaba acariciando el cabello de...

—¡Michel!

Julien lo alzó en brazos y contempló su rostro. Pálido como la muerte, el muchacho lucía extremadamente delgado, su boca se había marchitado, sus mejillas habían perdido la lozanía y toda su piel parecía haberse entristecido como los pétalos de una rosa que sabe que ha sido arrancada y que, lentamente, irá muriendo hasta que de ella no quede nada más que polvo.

Julien recostó a Michel sobre un diván. Sheila observaba, inmóvil por la estupefacción.

—¿Michel...? —susurró, con el ceño fruncido.

Y de repente, el muchacho se irguió y con los ojos abiertos como platos, ahogó un terrible jadeo que retumbó contra el techo del salón.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¡Me atacaron, los malnacidos! ¡Me atacaron! ¡JODER! ¿Qué diablos ha ocurrido?

La triste verdad se le clavó a Julien en el alma. El joven no era Michel. Era Zabaroath.

—¿Dónde? —musitó el muchacho, tembloroso—. ¿Dónde has visto a este chico?

Zabaroath miró a Julien con una expresión que decía claramente que no tenía idea de qué estaba hablando. El muchacho soltó un grito de frustración y le pegó una patada al diván. Zabaroath, dentro del pequeño cuerpo de Michel, se estremeció con el golpe.

—Fue uno de los demonios que me atacaron. Eran tres. Adopté la forma de uno de ellos para intentar confundirlos, pero no lo logré.

Julien se sentó en el trozo de diván que quedaba libre y se agarró la cabeza.

—Julien —susurró Zabaroath, ceñudo, contemplando largamente el cuerpo de Talía—. ¿Qué ha ocurrido?

El muchacho quiso hablar, pero las palabras estaban atoradas en su garganta.

—Por favor —pidió, apartando la mirada de Zabaroath—. Cambia de forma.

Lucienne cerró los ojos y trató de serenar su respiración. El demonio encapuchado caminaba entre las cruces, golpeando a sus víctimas al pasar. Se estremeció. Cada diez o quince segundos, le llegaba al oído el sonido de una articulación rota y con él, el fragante perfume de la sangre demoníaca, un bálsamo divino que, al caer sobre la tierra incendiada, llenaba la atmósfera de un humo pestilente. Lucienne se preguntó si acaso el demonio no olía el hedor de la sangre derramada, de la carne chamuscada, de los cabellos grasientos. Se preguntó si el demonio, ese demonio que con seguridad sería su verdugo, podía oler su desesperación, su terror, si podía oír los latidos de su corazón desbocado o si, tal vez, estaba oyendo en ese mismo momento todos los pensamientos que se conflagraban en el interior de su cráneo.

Aguardando la muerte, Lucienne oyó el ruido de los pasos del verdugo. Se acercaban. No quiso abrir los ojos. De nada le serviría luchar.

¿Dónde estaba Absalón?

Lucienne se hacía miles de preguntas, pero al mismo tiempo, evitaba responderlas. Su mente se había detenido, paralizado, y en esa parálisis, en ese instante agónico de terrible resignación... nada tenía sentido. Ni el amor de Absalón, ni el hecho de ser una musa, ni la posibilidad de vivir millones de años.

Si Lucienne iba a morir esa noche, solo deseaba que fuera rápido e indoloro. Quería desaparecer de la tierra, de los Infiernos, de la historia. El recuerdo de los padres de Gauvin le pesaba sobre la conciencia más que nunca.

Los pasos del verdugo se detuvieron y Lucienne se sintió aliviado y a la vez, decepcionado. Cada minuto que pasaba solo extendía su agonía. Entreabrió el ojo izquierdo y una bruma de colores le empañó la pupila. La figura encapuchada se encontraba junto a una cruz a pocos metros de él. Atado de pies y manos, colgando cabeza abajo, un macho joven temblaba, fingiendo estar desmayado.

El demonio se apartó un par de pasos y alzó el brazo. El aire se abrió en

dos mitades cuando la vara se elevó hacia el cielo, ese cielo de color rojo, tan rojo como la sangre de las musas asesinadas.

Sin poder evitarlo, la mirada de Lucienne se elevó hacia el rojo inflamado del firmamento. Y supo que no era la primera vez que contemplaba aquel rojo. De repente, el cielo comenzó a oscurecerse y la respiración de Lucienne se hizo más errática. Algo estaba ocurriendo. El demonio descargó la vara sobre la cabeza del muso y un chillido animal se descalabró de su boca, heraldo de su agonía. El verdugo no hizo caso. Siguió golpeando al muso hasta que el cielo se volvió negro y solo cuando el primer trueno estremeció el claro y lo iluminó por un instante, se detuvo.

Lucienne pensó que tal vez aquel ser ni siquiera era un demonio. Era posible que fuese un zombi, una criatura abyecta sin cerebro, sin pensamientos y sin decisiones que tan solo se limitaba a matar porque había sido creada para eso.

Comenzó a llover.

¿Cómo era posible? ¿De verdad estaban en los Infiernos Flotantes que tanto había mencionado Absalón? El fondo del océano, ¿en verdad se encontraban en el fondo del océano? ¿Cómo era posible que lloviera?

El martilleo de la lluvia sobre su cuerpo magullado le resultaba doloroso. Lentamente, el agua fue atravesándole los poros y penetrando en sus heridas, y entonces Lucienne supo que aquello que caía del cielo no podía ser agua porque cada vez que una gota le rozaba la carne abierta, una sacudida le tironeaba de las más íntimas fibras de su cerebro y esparcía por todo su cuerpo relámpagos de punzante dolor. El líquido lo empapó por completo, le enfrió las neuronas, le paralizó los sentidos y lo dejó sumido en un estado de somnolencia nauseabunda parecido al que había experimentado aquella noche, en la fiesta de Milagrings, pero sin la euforia.

Rogando que la muerte lo arrojara y lanzara su sufrimiento al vacío, Lucienne reprimió el dolor y alzó la cabeza al cielo. No le importaba si el verdugo lo veía. Que lo viera, que lo asesinara, que acabara con el sufrimiento que había comenzado aquella mañana, cuando había despertado sin recuerdos de su identidad, sin recuerdos de nada de lo que era, lo que había sido y lo que había dejado de ser cuando se llamó a sí mismo «Lucienne»...

—¿Luciania? ¿Eres tú?

—Lucienne... ¿Ese es mi nombre?

Absalón se inclinó hacia él y le tomó el mentón con el dedo pulgar.

Examinó sus ojos, su piel pálida, y como no halló en ellos nada sospechoso, lo soltó.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, creo. ¿Quién eres...?

¿Qué sucede? ¿Qué me ha ocurrido? ¿Qué es este lugar? ¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Quién soy?

Absalón frunció el ceño, apretó los labios, y entonces Lucienne le vio los ojos de diferentes colores y comprendió que algo andaba mal...

La lluvia se llenó del hedor de la carne chamuscada. El muso había caído a la tierra y ésta lo había convertido en cenizas. Lucienne quiso aguantar la respiración, pero no lo logró. La esencia del muso le sacudió las entrañas y tuvo que cerrar la boca para lograr no vomitar. Un calor anormal se extendió desde su estómago hasta sus mejillas y luego avanzó por su cabeza hasta situarse sobre su cuello y en sus sienes. Sintió que tenía el cerebro trepanado, expuesto, y que aquella lluvia mortífera lo deshacía con su veneno, aniquilándolo poco a poco, célula tras célula.

Pero eso no estaba sucediendo, porque, caso contrario, Lucienne habría podido oler su sangre, su esencia, y lo único que olía ahora era el vestigio de la esencia de Valeriana y la rabiosa fragancia del muso desconocido.

Uvas, semillas de tomate, agua de río.

¿De qué estaban hechas? ¿Qué era lo que le transmitía la magia a los cuerpos de esos demonios, de dónde salían, qué madre sobrenatural le había dado forma a sus ojos, sus cabellos, sus labios? En su agonía, Lucienne se preguntó algo que jamás se había preguntado hasta entonces: ¿quiénes eran sus padres? ¿Existían acaso? ¿Habían existido?

El cielo tembló de nuevo y una profunda grieta se abrió en el negro ensangrentado, cargado de electricidad. Lucienne sintió que su propio cuerpo temblaba, como si cada átomo de su piel fuese una extensión de aquel cielo moribundo, de aquel cielo asesinado que contemplaba la muerte de sus hijos sin poder hacer nada.

En medio del aguacero, Lucienne distinguió dos formas que se acercaban volando hacia el claro.

Absalón aterrizó sobre tierra firme. Talía, todavía afianzada a la rama, lo contempló con alarmada atención, aguardando el grito. Para su sorpresa, el Vizconde no solo no gritó sino que comenzó a caminar, se volteó y le exigió

que bajara.

—¿Es una ilusión! —exclamó, y agregó por lo bajo—: No sería mi isla si no lo supiera.

Talía suspiró y se deslizó por el tronco hasta tocar el suelo.

—Vaya —susurró.

El contacto de sus pies con la tierra hacía que un leve rastro de humo se elevara entre los restos de niebla; diminutas chispas escapaban en todas direcciones, como insectos incendiados. Sin embargo, la tierra estaba fría.

—¿Por qué...? —comenzó Talía.

Absalón la interrumpió:

—Se decía que esta isla escondía un tesoro —explicó—. Los que la poseyeron antes que yo la llenaron de trampas y sortilegios. Cuando se cansaron de gastar fortunas en un tesoro inexistente, la vendieron en un remate y la compré. Pensé que tal vez hubiera minas subterráneas de magia, pero esta isla es más estéril que una vieja.

—Entonces... ¿nada de esto es real? —preguntó la musa.

Absalón no contestó. Se internaron entre los árboles carmesíes, en busca de alguna señal de vida. Caminaban a la par; el Vizconde no dejó que la musa se quedara atrás ni tampoco que se le adelantara. Quería tener las cosas bajo control.

Llegaron a un monte. Desde allí se podía contemplar todo el panorama de la isla Ostranenie: una gran mancha rojiza, salpicada de zonas desérticas. Se notaba que había sufrido el atosigamiento de la avaricia; sus ríos estaban secos, vacíos, como las venas de un animal que ha muerto de sed hace mucho tiempo. Como un cadáver. Absalón cerró los ojos e intentó que la concentración acudiera a él, pero se encontraba demasiado nervioso. No sabía si Lucienne estaba allí, si acaso seguía con vida, si...

—¿Te sientes con fuerzas para volar por tu cuenta? —le preguntó a Talía. La musa le devolvió una mirada extrañada.

—No. Lo siento, Vizconde. ¿Me dejará aquí?

Absalón chasqueó la lengua y miró el cielo. Se pasó la mano por el cabello empapado y se refregó los ojos.

—Ni lo pienses.

Dicho eso, tomó la mano de la musa y remontó vuelo en medio de la lluvia.

—¡Me concentraré en Lucienne! —gritó el Vizconde—. ¡Avísame si hueles otra esencia!

—Vizconde —sollozó Talía—. Por favor, ¡voy a caerme!

Absalón no hizo caso. Siguió sosteniéndola solo de la mano derecha, mientras la musa luchaba por aferrarse a él de sus piernas. Pero Absalón no iba a echársela de nuevo sobre la espalda. Una pequeña sospecha se había estado agrandando en su interior, como un cáncer, y ahora esa duda le dolía, como si el tumor hubiese estallado e intoxicado su sangre.

A medida que se acercaban a la superficie, la isla fue adquiriendo colores más vivos, se fue abriendo y desplegando como un enorme abanico. Absalón vio árboles rojos como la sangre y árboles dorados como si el sol de la tierra, ese sol que en los Infiernos no existía, se reflejara en cada una de sus ramas y hojas. Vio aves esqueléticas, pequeños monstruos que corrían a refugiarse de la lluvia, enjambres de insectos brillantes como trozos de metal pulido.

—Alguien más ha muerto, ¿lo huele, Vizconde?

Absalón inhaló con fuerza.

—¿Otra musa?

—El muso Tiberíades.

Nubes de tormenta, raíces de mandrágora, polen de rosas rojas.

—¿Tiberíades? —repitió Absalón. Una ráfaga de viento los detuvo. Talía chilló, porque su mano mojada se resbalaba de entre los dedos del Vizconde —. Musa Talía...

—¿Sí? Vizconde... joder, me caigo... ¡sosténgame, por favor!

—Talía, esta no es la esencia de Tiberíades. Has cometido un error al matar a Yuhèlle.

Y sin decir más, la soltó.

Absalón contempló el cuerpo de Talía. Mientras caía, el bulto oscuro difuminado por la lluvia se hacía cada vez más pequeño. Finalmente, desapareció por completo entre los árboles rojos.

—Lo siento, Julien.

La figura más pequeña comenzó a caer. Primero, ambas se detuvieron en el aire, mientras el viento furioso las sacudía y la lluvia las emborronaba. Luego, la figura más grande se sacudió y soltó a su compañera, que atravesó el viento y la lluvia como la hoja de un puñal.

Para su horror, Lucienne alcanzó a oír el eco del grito que profería el dueño de aquel cuerpo. Un grito agudo, desesperado y terrible. Si la otra figura era Absalón, ¿quién era el que gritaba? ¿Por qué Absalón lo había soltado, dejándolo caer al vacío?

El verdugo encapuchado pasó por encima del cadáver del muso. Podían ser

imaginaciones de Lucienne, pero le pareció que la larga túnica del ser no se había mojado con la lluvia. La capucha estaba seca y enhiesta. Lucienne intentó vislumbrar en su figura algún trozo de piel, de carne, pero lo único que vio en ella fue negrura, maldad y oscuridad. Su rostro permanecía en la sombras.

Una ráfaga de viento sacudió el claro. Las cruces se bambolearon y un frío glacial penetró a través de las heridas de Lucienne. El muchacho apenas lo sintió.

Ver a Absalón le provocó una confusa mezcla de sensaciones: alivio, desesperación y decepción. Alivio porque ahora tenía posibilidades de sobrevivir, desesperación porque sabía que Absalón debería luchar y que era posible que también saliera herido; era posible que los dos salieran heridos, que Lucienne muriera o simplemente que murieran ambos. Y decepción porque se había resignado a morir con tanta determinación, que la esperanza de ver al Vizconde de los Infiernos Flotantes acercándose con el propósito de salvarlo casi le hacía daño.

La mancha oscura que era Absalón fue deslizándose hacia delante; con el paso de los segundos, Lucienne observó que también estaba descendiendo. Miró hacia sus costados. Ximena y Caleb se habían desmayado al ver estallar el cuerpo del muso. Lucienne no los culpaba. El olor a muerte era repugnante. Le ardían los ojos y le costaba respirar. Cada bocanada de aire era para sus pulmones como un enjambre de cuchilladas. Intentó tragar aire por la boca, pero cuando lo hizo, le pareció que docenas de dientes diminutos le masticaban la garganta. Suplicó que nadie viera a Absalón, que lograra llegar hasta allí, que lo arrancara de esa cruz y que se lo llevara lejos, muy lejos, no importaba a dónde.

Por favor, por favor... suplicó Lucienne desesperadamente, sintiendo cómo las lágrimas se mezclaban con el agua de lluvia que le empapaba la cara, *por favor, sálvame, Absalón...*

—Absalón... —sollozó—. ¡ABSALÓOON!

Al oír el grito de Lucienne, Absalón se lanzó en picada en busca de su esencia. Entonces era cierto: Lucienne se encontraba allí y el cuerpo de Julien se estaba pudriendo en algún rincón de la isla Ostranenie con la esencia de Talía en su interior, donde sin duda serviría de alimento para las aves carroñeras.

No.

No era momento para remordimientos. Y Absalón tampoco podía estar seguro de que la musa no se propusiera hacerle caer en una trampa. En lo que a él respectaba, el grito de Lucienne podía ser una ilusión, un mero reflejo de sus desesperados deseos de hallarlo con vida.

Pero sabía que no iba a dejarlo pasar. Real o no, Absalón lo seguiría.

Descendió hasta casi tocar el suelo. Conocía la clase de magia que los antiguos propietarios habían utilizado en la isla, pero no estaba enterado de todas las trampas. Seguramente, muchas seguirían activas y debía ser prudente. Con los pies a un centímetro de la tierra, Absalón flotó sobre la superficie y comenzó a desandar el camino que había recorrido el grito de Lucienne.

Desde la última vez que la había visitado, Ostranenie se veía más viva. Hacía tres mil años los desiertos ocupaban la mayor parte del territorio y los únicos seres vivientes eran los insectos. Ahora, si bien la mayoría de sus ríos seguían secos, algunos sí se habían repuesto y daban de beber a los pequeños leviatanes y alimentaban la vegetación.

Desde las ramas de un árbol lo contemplaba un pequeño trago. Sus grandes ojos de color rojo centelleaban en medio de la oscuridad y la lluvia. Estaba mojado, tenía su pelo negro pegado a la piel y permanecía abrazado a una rama, aguardando que la lluvia cesara. Cuando Absalón le devolvió la mirada, el trago sacudió la nariz.

—Si pudieras hablar —se lamentó Absalón, siguiendo su camino.

Lucienne gritó de nuevo. Esta vez, el grito se oyó más claro, más cercano, sin los kilómetros de lluvia de por medio. El Vizconde echó a correr entre los árboles. A medida que la vegetación a su alrededor se hacía más escasa, supo que se estaba acercando.

Cuando finalmente llegó al desierto, tuvo que reprimir un grito para no revelar su presencia. Lucienne se encontraba allí, en medio del claro, colgado de una cruz de madera. Absalón se escondió detrás de un arbusto escuálido, temblando de rabia y horror.

No había nadie más allí que Lucienne. Empapado y muerto de frío, el muchacho cabeceaba de un lado a otro, en busca de una bocanada de aire para respirar. Pero había algo más. A pesar de estar solo, Lucienne se comportaba como si estuviese rodeado de gente. Hablaba, gritaba, y si bien parecía dirigirse al viento, Absalón comprendió lo que estaba ocurriendo. Salió de los arbustos y corrió al encuentro de la musa.

—¡Ximena! ¡Caleb! —gritaba Lucienne—. ¿Lo han visto? ¡Absalón vendrá! ¡Absalón me salvará!

Absalón se acercó a la cruz y se aferró a sus tobillos desnudos. Le habían quitado la ropa; de la túnica que el impostor había sacado de la tienda de Zabaroath tan solo quedaban andrajos.

Si antes había olido la esencia de Lucienne en la lejanía, ahora Absalón se sintió cerca de perder la conciencia. El chico había perdido sangre. No mucha, pero la suficiente como atraer a los trasgos hacia el claro.

—¡LUCIENNE! —exclamó el Vizconde—. ¡Lucienne! ¡ÓYEME!

Pero el joven no contestaba. Tampoco lo veía. Su mente estaba en otro sitio.

—Allí viene... —sollozó entre dientes—. Va a matarme, va a matarme, va a matarme...

—¡¡LUCIENNE, ESTOY AQUÍ!! —vociferó Absalón. El joven dejó de sollozar, presa del pánico, y bajó la mirada.

El Vizconde se elevó en el aire hasta que sus miradas quedaron a la misma altura; alargó la mano. Sus sospechas eran acertadas: Lucienne ardía de fiebre.

Tomó el rostro del muchacho entre sus manos y le dijo, mirándolo fijamente a los ojos:

—Lucienne, estoy aquí. Nada de lo que estás viendo es real, ¿me entiendes? —De manera inconsciente, Absalón se giró y echó una mirada al claro. Allí no había nada más que desierto y lluvia. Lucienne revoleó los ojos y entreabrió los labios, pero no dijo palabra. Absalón le limpió el rostro con los dedos y prosiguió—: Esta isla está llena de quimeras, ilusiones, espejismos. Créeme, todo lo que estás viendo es falso... aquí solo estamos tú y yo. Voy a liberarte. Quédate callado y quieto, ¿de acuerdo?

Lucienne asintió, pero Absalón dudaba que hubiera oído siquiera la mitad de lo que había dicho. Era difícil deshacerse de una quimera y el Vizconde no pensaba utilizar sus energías en eso si podía evitarlo.

Habían aprisionado a Lucienne con grilletes. Con un golpe arrancó las argollas de las manos. Los pesados grilletes se partieron y cayeron sobre la tierra mojada con un ruido sordo. Tenía que seguir con el cuello, pero se detuvo. Si no calculaba bien el golpe, podría herirlo. Decidió seguir con los tobillos. Lucienne se sacudió y ahogó un grito. Tosió, escupió agua de lluvia, manoteó el aire.

Atemorizado, Absalón fue a su encuentro y volvió a hablarle.

—Sé que no me ves, Lucienne —le dijo—, pero también sé que me sientes. Debes quedarte quieto. Voy a liberarte el cuello y tengo miedo de hacerte daño. Por favor, no te muevas.

En respuesta, el muchacho frunció las cejas entrecerró los ojos. Absalón, sin poder contenerse, lo besó rudamente en la boca y en respuesta, Lucienne entreabrió los labios como si en verdad pudiese sentirlo...

Aguantando la respiración, el Vizconde pasó la mano por debajo del grillete del cuello de Lucienne. Pensó en dar el golpe desde abajo, pero si lo hacía de esa forma podría lastimarlo. Con la otra mano le elevó el rostro.

—Mira hacia arriba y cierra los ojos.

Daría un golpe horizontal. Situó la mano derecha abierta en su pecho, y curvó los dedos hacia adentro. Juntó el pulgar con el índice, tomó aire y, mientras comenzaba el golpe, lo soltó por la boca. El golpe terminó sobre el duro metal del grillete encantado. El metal se quebró, pero no acabó de romperse. Absalón tomó los dos extremos y los retorció, y ambos pedazos se quedaron en sus manos. Los lanzó con rabia al suelo.

Rápidamente, Absalón golpeó el gran grillete de la cintura y el muchacho cayó sobre sus brazos.

—Ya está —farfulló, acariciándole el cabello empapado—. Estás a salvo...

Lucienne saltó fuera del sueño. De repente, el mundo que lo rodeaba estalló, se deshizo y fue reemplazado por uno nuevo, más real y, si era posible, aún más frío. Pero algo seguía igual: el dolor.

Lentamente, el frío se fue desvaneciendo. Algo le daba calor, algo se apoderaba con delicadeza de su sufrimiento y lo iba transformando en una cosa distinta, más soportable y menos terrible. Comprendió que ya no estaba en la cruz. Y que alguien lo sostenía.

—¡Absalón...! —sollozó, con los brazos en el aire. El demonio se deslizó hacia el suelo, pero el muchacho no lo soltó. Quería aferrarse a él, saber que era real. Lo rodeó con brazos y piernas y escondió la cabeza en su cuello, sollozando—. Iba a matarme...

—Shh, tranquilo... —apaciguó Absalón, acariciándole la espalda.

Aterrizaron y el Vizconde se deshizo suavemente de Lucienne. El joven lucía terrible. La poca salud que había recuperado los días pasados había huido de él tan solo en una noche. Absalón lo miró y sintió que el peso de la culpa era demasiado grande para su conciencia.

—Lo siento —susurró—. Lucienne, lo siento tanto... Debí poder protegerte, ¡esto no tenía que haber sucedido!

Lucienne se acurrucó entre sus brazos. En esos pocos instantes lograron

otorgarse un consuelo momentáneo, un alivio que, si bien no duraría para siempre, les serviría para afrontar las calamidades que los aguardaban. Absalón le repitió que lo quería, que lo quería desde hacía tanto tiempo, que no permitiría que nada ni nadie se interpusiera entre ellos y que cualquiera que lo intentara acabaría reducido a cenizas. Lucienne sollozó que no entendía lo que sucedía, le preguntó si acaso era cierto que se encontraban en los Infiernos Flotantes, en los territorios que le pertenecían... y el Vizconde tuvo que decir que sí, la verdad, pero que no tenía idea de por qué el desgraciado de Lucifago había escogido esa isla, llamada Ostranenie.

—¿Iremos a casa? —farfulló Lucienne, limpiándose el rostro con el dorso de la mano mojada. Absalón le estrujó el cabello empapado, se quitó la camisa y lo cobijó con ella. Aunque no serviría de mucho bajo esa lluvia torrencial, el muchacho la recibió agradecido.

—Será difícil —admitió Absalón.

Lo más probable era que hubiesen caído en una trampa. Una trampa que no acababa de comprender. Si el propósito de Lucifago era matar a Lucienne, ¿qué se lo había impedido?

Se tomaron de la mano y, sabiendo que tarde o temprano serían interceptados, atravesaron el desierto hasta llegar a la zona arbolada.

Absalón apretó la mano de Lucienne y el chico le devolvió el contacto. Se miraron por un momento, y el Vizconde pudo ver el miedo en los ojos de Lucienne, miedo no solo a morir.

—Talía me trajo hasta aquí —susurró Absalón y le explicó al muchacho todo lo que había sucedido.

—¿Yuhèlle está muerto? —replicó Lucienne—. ¿Por qué?

—Solo se me ocurre que Talía recibió órdenes de matarlo porque era demasiado peligroso mantenerlo con vida. No sé qué haremos, Lucienne. El Maestro de los Orfebres Demoníacos ha sido asesinado y los cosechadores que han perdido su *menkalinen*...

Absalón se detuvo. De su bolsillo sacó la diminuta roca que Yuhèlle había forjado para Lucienne.

—Te pertenece. Cuando todo esto acabe, volverás a ser la musa que siempre has sido.

—¿Y los demás? ¿Los que han perdido sus *menkalinen*?

El Vizconde se guardó la roca en el bolsillo y suspiró.

—Morirán. Se irán debilitando poco a poco.

Lucienne miró hacia atrás, pero Absalón le había explicado que todo lo que

había visto en el claro eran ilusiones. ¿Y Ximena? ¿Y Caleb? ¿Estaban muertos hacía mucho tiempo o tal vez seguían vivos pero muriendo lentamente, con sus cuerpos débiles cosquilleando por la falta de alimento y la desesperación?

Absalón comprendió lo que Lucienne sentía, pero no dijo nada. No había nada que pudiera hacer. No podía devolverle la vida a los muertos o crear las *menkalinen* para salvar a los agonizantes. Secretamente conmovido, agradeció que Yuhèlle hubiese accedido a crearla y se dijo que, cuando todo terminara, le rendiría un pequeño homenaje a su memoria. Después de todo, Lucienne estaba vivo gracias a él. ¿Y los demás? El Vizconde comprendía la terrible situación que atravesaban los Infiernos, pero nada de eso podía tener cabida en su mente en ese momento. Sus pensamientos solo los ocupaba Lucienne y si mil años antes eso lo irritaba hasta el delirio, ahora se alegraba por la perspectiva de pasar con él el resto de la eternidad.

¿Qué eternidad?, le dijo una voz, es posible que Lucienne muera esta noche, que tú mueras esta noche...

—Tú y yo —dijo Lucienne—. Hicimos una apuesta hace mucho tiempo. Lo soñé en varias ocasiones y lo vi cuando Typhoon me dio la poción. Tú decías que si yo olvidaba que era una musa y tú un demonio, me enamoraría de ti.

Absalón se detuvo en seco, anonadado. Lucienne le sonreía con timidez desde sus grandes ojos azules, desde su rostro pálido y mojado.

Eso no sucederá jamás. El problema no soy yo, Vizconde Absalón, el problema eres tú... Esto es el colmo...

—Ambos éramos el problema —dijo Lucienne encogiéndose de hombros, como si le hubiera leído el pensamiento—. Tú eras un arrogante y yo también. Tú te jactabas de tus riquezas y yo de mi libertad.

Absalón sonrió.

—Es triste —opinó el Vizconde—, que hayas tenido que olvidar quién eres y que gracias a eso ahora estemos juntos.

Lucienne estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo.

—Creo que es un precio justo —dijo al fin.

—¿Lo crees? —susurró Absalón, no muy convencido.

—Sí. Lo único que lamento es no poder utilizar mi magia. Eso y estar encerrado en este cuerpo masculino que no me pertenece.

—No me inquieta ni me incomoda —aclaró Absalón—. En realidad no has cambiado tanto. Siempre has revoloteado por el mundo vestida de varón.

Lucienne le tomó la mano y le devolvió una sonrisa nerviosa.

—Dime, ¿cómo saldremos de aquí?

Absalón suspiró de nuevo y dijo que sería una tontería intentar llegar al pasadizo por el que había llegado. Era posible que ya estuviese bloqueado. Miró a su alrededor. Los árboles rojos se sacudían con el viento y parecían llorar sangre cuando la lluvia los azotaba. Tiró del brazo de Lucienne, lo estrechó contra su pecho y gritó:

—¡LUCIFAGO! ¡QUIERO TERMINAR CON ESTO!

Por un segundo no sucedió nada. Pero entonces el paisaje se sacudió a su alrededor y sus cuerpos fueron succionados por un remolino de agua y colores. Lucienne pensó que los árboles y el cielo se estaban derritiendo, pero en seguida comprendió que eran ellos los que se movían. El claro, la vegetación y las pesadillas se estaban quedando atrás. Sintió los brazos de Absalón sosteniéndolo con fuerza de la cintura y la reacción del Vizconde lo alarmó. ¿Acaso estaban siendo secuestrados?

—Quieto —le susurró al oído la voz de Absalón. A pesar de que sus cuerpos estaban juntos como dos mellizos en el útero de una madre, el sonido le llegó como si ambos se encontraran separados por un larguísimo cordón umbilical—. Si te sueltas, estaremos perdidos.

El calor entre ellos se agrandó, se extendió, aumentó. A Lucienne le pareció que estaban girando en medio de una ducha caliente, saturada de vapor.

—Nos están transportando —susurró Absalón.

Pero el calor aumentaba y pronto a Lucienne comenzó a hacersele difícil respirar. Abrió la boca e intentó tragar aire, pero solo escuchó un silbido afónico que provenía de lo más profundo de su pecho aterido. Por la nariz comenzó a penetrarle un aroma agresivo, dulce, empalagoso. Oyó a Absalón toser y sintió las sacudidas de su cuerpo. De repente, el mundo que lo rodeaba se apagó y quedó en penumbras.

UNA SIMPLE Y VULGAR MUSA

*El amor nos convierte en un monstruo de gozo,
erizando de gritos y de crines,
y ese monstruo, embriagado de ser su propia presa,
con cuatro manos se devora entero.*

UN AMIGO DUERME, Jean Cocteau

Absalón despertó antes que Lucienne. A su alrededor, la oscuridad era pesada, caliente y húmeda. El Vizconde se sentía como dentro de la boca de un gigante, sumergido en su aliento apestoso. Lucienne se encontraba acurrucado a su lado. Lo primero que percibió Absalón al despertar fue el calor de su cuerpo y la caricia de su cabello rubio contra su mejilla. Luego oyó su corazón... y olió su esencia. Aun sin saber dónde se encontraban, lo rodeó con sus brazos y notó la dureza de sus costillas. Su cuerpo estaba muy delgado, débil y dolorido; su mente, castigada por los golpes y el sufrimiento, había sucumbido al cansancio, al horror y finalmente, al sueño. Su espíritu... Absalón no quería ni siquiera pensarlo.

Cuando sus ojos se acostumbraron a las tinieblas, se hizo la luz. Se encontraban en una celda diminuta, de techo bajo y muros de piedra. Sobre sus cabezas reposaban los grilletes y las cadenas; Absalón observó que, a diferencia de las que habían sostenido a Lucienne en la cruz, éstas estaban revestidas con una magia mucho más poderosa. Si decidían manietarlos, no les sería tan fácil escapar. Detrás de los barrotes de la celda solo había oscuridad.

Lucienne gimió en sueños y Absalón sintió que se le encogía el corazón. No sabía si saldrían de esta. Estaba asustado, no podía negarlo. Ahora tenía familia y debía protegerla a costa de lo que fuera. Deslizó las manos por toda la espalda desnuda de Lucienne y llegó hasta el cuello. Le acarició el pelo mojado. La cabeza del muchacho se ladeó hasta posarse sobre su hombro. Lucienne respiraba por la boca. Absalón se mordió el labio; el aire caliente le

acarició la clavícula. Con cuidado, alzó la mano derecha y con un dedo le levantó el rostro. Lucienne frunció las cejas, pero no despertó y Absalón se inclinó hacia él y lo besó en los labios. El chico comenzó a abrir los ojos. Sus delgados brazos se alzaron y rodearon el cuello del Vizconde.

—¡Aquí están! ¡Llévenselos!

Absalón se puso de pie de un salto, arrastrando a Lucienne consigo. Se colocó delante de él para protegerlo con su cuerpo y observó a sus enemigos. Eran dos demonios de piel cetrina, cabeza rapada y ojos rojos. Esclavos. Vestían uniformes de centinelas: pantalones negros y chaquetas rojas con el símbolo de Lucifago en la pechera. En la cintura llevaban una daga y un delgado báculo plateado. El que parecía ser el centinela de más autoridad sacó del bolsillo un manojo de varillas. Luego de inspeccionarlas durante unos instantes, eligió una y la metió en la cerradura. Absalón entrecerró los ojos. Todas aquellas varillas le resultaron exactamente iguales. La cerradura emitió un pequeño chasquido y el centinela deslizó la puerta de barrotes hacia su izquierda.

—Los esperan para cenar —dijo con voz seca.

El otro demonio salió de las sombras; se adelantó y le lanzó a Absalón una manta. El Vizconde la cogió en el aire y, sin apartar la mirada de ellos, la desplegó. Era una túnica. Supuso que era para Lucienne. Con excepción de sus harapos y la chaqueta, el chico estaba prácticamente desnudo. Sin decir nada, Absalón volvió a lanzar la túnica al aire. En la penumbra todos pudieron ver el rastro de su magia. Cuando disparó, de su dedo pareció manar un rayo de calor. La túnica cayó al suelo y cuando Absalón alzó la mano, ésta obedeció a su gesto y se remontó vuelo. No había ninguna señal en el suelo. Estaba limpia. Absalón realizó unas florituras con la mano y la prenda cobró vida: rodeó a Lucienne, lo cubrió y se despeñó por su cuerpo hasta llegar a sus tobillos.

—Vamos.

Absalón le indicó a Lucienne que caminara solo un paso delante de él. Cuando el chico se adelantó, el Vizconde pudo ver el temblor de sus manos. Quiso preguntar dónde se encontraban, pero se refrenó. No iba a mostrar debilidad. Mucho menos ante unos sirvientes.

Los guiaron por un largo pasillo repleto de celdas. Absalón miró hacia atrás disimuladamente y comprobó que la oscuridad se tragaba el largo pasillo. Era imposible advertir cuán largo era.

Observó que Lucienne y él no eran los únicos prisioneros. En las celdas

había súcubos, íncubos, sirenas y muchísimos demonios menores. Todos dormían. Absalón gruñó. El maldito de Lucifago los había embrujado. En la última celda de la izquierda, observó una silueta que le resultó conocida, aunque no supo identificarla. Era un hombre alto, de largo cabello negro, y estaba acurrucado sobre un camastro, dándoles la espalda. Una gruesa capa de piel negra le cubría los pies.

Oyó que los centinelas reían. Con un respingo, Absalón advirtió que la esencia de Lucienne estaba desnuda. Furioso, se apresuró a enmascararla. Aunque le costara parte de la poca energía que le quedara, no dejaría que nadie se aprovechara de Lucienne de esa manera. Si no hubiesen estado metidos en tantos problemas, no habría dudado en retar a los descarados a duelo.

Llegaron al final del pasillo. A través de una ventana, la sangre del cielo de los Infiernos se coagulaba en grandes tumores.

—No sabía que Lucifago tuviese un castillo con tan buenas vistas — comentó Absalón con voz tranquila. Bajo el cielo acuchillado, un océano de agua hirviendo se extendía hasta el infinito. Absalón no logró ver ninguna isla ni ninguna embarcación—. Me figuraba que seguía en las cavernas, quitándoles los piojos a sus sirvientes.

El centinela que iba adelante sacó la daga y la levantó en el aire. Lucienne ahogó un grito. Absalón permaneció serio e imperturbable. Lentamente, sus labios se curvaron en una sonrisa cínica.

—Cuide su lengua, Vizconde —advirtió el centinela, antes de guardar su cuchillo.

Llegaron a una estrecha escalera de caracol. Absalón dejó que Lucienne subiera delante de él. A medida que subían, notó que el calor disminuía: estaban alejándose lentamente del ardiente océano que borboteaba allí abajo. Sin embargo, el castillo distaba mucho de ser fresco. Absalón intentó hacer memoria, ¿cuántos castillos en los océanos de aguas hirvientes existían en los Infiernos?

Lucienne trastabilló y Absalón lo tomó de la cintura. Los centinelas se llevaron la mano al cuchillo.

—¿Dónde estamos? —susurró el chico, para que solo Absalón oyera. El Vizconde se aclaró la garganta, pero no respondió. Los centinelas se rieron por lo bajo.

Entonces Absalón lo supo: estaban en su castillo, el castillo del Vizconde. Cuando tragó saliva, sintió que una enorme piedra le atravesaba la garganta y

se depositaba sobre su estómago. Sin embargo, no dio muestras de alterarse. Siguió subiendo las escaleras, vigilando muy de cerca que ninguno de ellos le pusiera un dedo encima a Lucienne.

Bastardo, pensó con horror, *¡grandísimo bastardo!*

Al final de la escalera los aguardaban otros dos centinelas. Aterrado, Lucienne observó que eran idénticos a sus compañeros: calvos y de ojos rojos.

—Aquí están. Intactos —dijo uno de ellos. Hasta sus voces eran iguales.

Los nuevos guardias hicieron que Absalón y Lucienne caminaran adelante. Un nuevo pasillo se extendía ante ello, un pasillo mejor iluminado, más limpio y menos amenazante. Al menos en apariencia. Lucienne contempló con fascinación los largos tapices que decoraban los muros, los candelabros y las elaboradas alfombras sobre las que caminaba. Un centinela se acercó al maravilloso tapiz de una mujer con cabellos de serpientes. Vestía una larga túnica de seda transparente que dejaba sus pechos a la vista y tenía los brazos alzados hacia el cielo como si aguardara una lluvia de maná. Estaba rodeada de estatuas de hombres y mujeres de expresión desesperada. El centinela apartó el tapiz, descubriendo una puerta escondida. El otro guardia se apresuró a abrirla y pasó a través de ella.

—Adelante —dijo, con la mano en la cintura.

Lucienne entró primero, seguido muy de cerca por Absalón.

Al primer vistazo, que duró apenas un segundo, descubrió que se encontraban en un magnífico comedor. Una mesa de vidrio se extendía a lo largo de toda la longitud del salón; sentados a la mesa, demonios y seres de la noche comían, haciendo tintinear sus tenedores y sus copas al unísono. Había sirvientes. Seres calvos, de piel grisácea y ojos rojos iban y venían por el salón, llevando bandejas rebosantes de comida. Pero había algo extraño en ese comedor, observó Lucienne; algo que había advertido en el pasillo, pero que no había alcanzado a asir por completo. Aquellas habitaciones, aquel castillo, en verdad estaba repleto de lujos... sin embargo, parecía abandonado. La tela de los tapices estaba oscurecida por el polvo del paso de los años, los rincones relucían de telas de araña, la luz de los candelabros debía atravesar capas de mugre para iluminar las habitaciones...

¿Por qué?

Cuando se atrevió a levantar la mirada, Lucienne se encontró con un techo abovedado decorado con figuras de centauros, unicornios, quimeras y míticas

bestias con cabezas de animales y cuerpos de hombre.

Un centinela empujó a Lucienne para que se adelantara. El chico se tambaleó, pero Absalón lo sostuvo a tiempo, antes de que cayera al piso.

De pronto, un silencio alarmante se apoderó del comedor y Lucienne dirigió la mirada hacia la enorme mesa. Absalón alcanzó su mano y la apretó con la suya, para intentar brindarle algo de tranquilidad. Lucienne inspeccionó a los comensales. Tenían apariencia humana, pero la mayoría de ellos hacía gala de alguna característica que develaba su naturaleza demoníaca. Ojos demasiado grandes o de colores inusitados, orejas puntiagudas, dedos ganchudos como garras, uñas cristalinas... Pero la característica más llamativa y terrible era la perturbadora belleza que cada uno de ellos, sin excepción alguna, poseía. Lucienne clavó los ojos en una despampanante mujer pelirroja de grandes ojos verdes. Su piel era clara como la leche y sus mejillas sonrosadas contrastaban con el carmín rojo de sus labios. En cuanto se dio cuenta de que Lucienne la miraba, le dirigió al chico una expresión extraña que él no supo descifrar. *Estoy cansada, quisiera irme a dormir*, parecían decir los rasgos de la mujer.

Y el resto de los comensales mostraba la misma falta de entusiasmo. Algunos revolvían sus platos con desgano, como si los manjares que tenían frente a ellos no fuesen más que los restos de un banquete.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

Lucienne advirtió que un hombre lo miraba. Se encontraba a tres sillas de la pelirroja y había dejado sus cubiertos a un lado. Era, claramente, el único que no parecía harto de todo. Su cabello era de un exótico color negro azulado y caía elegantemente sobre sus hombros en delicadas ondas. Sus ojos, observó Lucienne, eran de un verde desvaído casi transparente, como si alguien le hubiese quitado mediante una jeringa todo el color de sus iris y lo hubiese reemplazado con agua.

En cuanto Lucienne le devolvió la mirada al hombre, éste le dirigió una sonrisa ladeada. El chico se estremeció y se acercó a Absalón. Quiso decirle algo, pero el silencio era demasiado profundo.

—¿Dónde se encuentra vuestro señor? —exclamó Absalón, dirigiéndose a la abatida concurrencia. Claramente, Lucifago no estaba allí. La cabecera de la mesa estaba desocupada.

Se produjo un pequeño ajeteo. Algunos demonios chasquearon la lengua, otros soltaron insultos, otros se quedaron en silencio, resignados.

Qué interesante, pensó Absalón al darse cuenta de lo que en realidad sucedía allí. Claramente, esos demonios habían sido obligados a tomar partido en el bando de Lucifago por medio de amenazas. No tenían privilegios, eran tan víctimas como él y Lucienne. Recorrió la mesa con la mirada y encontró al Príncipe Licaonte, de quien Lucifago, según Yuhèlle, había quemado dos legiones enteras.

Buscó su mirada, pero el Príncipe no se la devolvió. Tenía los ojos fijos en algo que estaba cerca de Absalón... algo que sin duda era... Lucienne. Un sudor frío se deslizó su frente.

—Vizconde Absalón —exclamó el Príncipe sin quitar la mirada de Lucienne. Y poniéndose de pie, agregó con evidente sarcasmo—. Sea usted bienvenido a este humilde banquete.

Absalón apretó los dientes. Evidentemente, el Príncipe Licaonte estaba al tanto de que el castillo le pertenecía.

—Tomen asiento, por favor.

Absalón obedeció. Inquieto pero atento, se ubicó a la derecha del Príncipe Licaonte y Lucienne se sentó a su lado. Uno de los sirvientes se acercó y les llenó los platos, pero Absalón necesitaba de otro tipo de alimento. Observó a los comensales. Conocía a la mayoría de ellos: el Conde Ignatius, la Princesa Samira, el anciano *vassari* Leod, empleador de demonios menores que pactaban con humanos para alimentar a demonios cansados de hablar con su alimento... y, Absalón sintió una sacudida en el estómago, *vassari* Perial, que había renunciado a sus títulos nobiliarios y a la mayoría de sus posesiones, y ahora se dedicaba simplemente a vagar por ambos mundos en busca de algo que le diera sentido a su existencia... ¿Y qué había allí, en esa mesa, que pudiera darle sentido a la existencia de Perial?

—Aún no he comenzado la dieta —susurró *vassari* Leod, empujando su plato hacia adelante con la punta de los dedos. Tomó los cubiertos y los colocó sobre los alimentos intactos.

—Algo me dice que deberás acostumbrarte, *vassari* Leod —exclamó Absalón. Se refería, obviamente, a la muerte de Yuhèlle. El anciano lo fulminó con la mirada, pero no hizo preguntas—. ¿Cuántos de ustedes deben pedir permiso para acudir al mundo de arriba a tomar su alimento? ¿Cuántos de ustedes han perdido seres queridos y legiones enteras? ¿Cuántos de ustedes ya no tienen dinero para contratar un sirviente que les lleve el desayuno servido a sus aposentos? ¿Cuántos de ustedes quieren acabar con esta dictadura demente y poner los Infiernos Flotantes en manos de alguien que pueda sobrellevar la

eternidad sin enloquecer?

Los comensales enmudecieron. Los sirvientes observaban la escena quietos y expectantes, pero ninguno intentó callar al Vizconde.

—Eso, *vassari* Absalón, es imposible —dijo *vassari* Leod—. Todos hemos atravesado períodos de crisis, ¿acaso usted no? Los humanos padecen de cáncer, nosotros padecemos la eternidad.

—No ha contestado mis otras preguntas, *vassari* Leod.

—Es de público conocimiento que ha pasado los últimos doscientos años en el mundo de arriba y que ha llegado a este castillo por su propia voluntad —interrumpió el Conde Ignatius. Era un demonio alto y robusto, de cabellera pelirroja y diminutos ojos amarillos—. ¿Negará que apoya esta... dictadura, ha dicho? ¿De dónde ha sacado ese vocabulario tan sofisticado?

—Hace más de doscientos años dejé mis territorios en manos de un amigo —susurró Absalón, mirando a Perial. Poco había en aquel ser que le recordara al atractivo demonio de Sodoma. Se veía exhausto, pálido y, sobre todas las cosas, anciano. Vestía como un simple *vassari* y ya no lucía ninguna de sus joyas—. Y ese amigo me deberá una explicación. Pero sí, niego cualquier clase de apoyo, material o intelectual, a esta locura.

Una voz femenina exclamó:

—¿Puedo preguntarle, Vizconde Absalón, quién es el joven que lo acompaña? —Era la mujer pelirroja de ojos verdes. Absalón no sabía quién era.

—Su nombre es Luciania y es una musa. Como saben, las musas están siendo cazadas. Durante meses estuvimos huyendo de los asesinos de Lucifago. La protegí con uñas y dientes, tal como ustedes debieron de proteger a sus seres queridos. En cuanto le pongamos fin a esta masacre, me casaré con ella. ¿Puedo preguntarles qué se proponen con todo esto? Apoyando los planes de un demente, reunidos aquí tranquilos como si nada estuviera pasando...

—Vizconde Absalón—dijo una grave voz masculina. Todas las cabezas se giraron hacia Perial, que sostenía el tenedor con la mano izquierda y se llevó a la boca un trozo de carne. Absalón frunció el ceño. Alguien que debía llamarlo *vassari* acababa de llamarlo “Vizconde”. Perial masticó tranquilamente y luego de tragar, prosiguió—: ¿Qué legitima sus palabras? Propone ponerle fin a la situación que atravesamos, pero usted ha abandonado los Infiernos Flotantes hace más de dos siglos, digamos que se encuentra bastante desactualizado. Lo que me hace pensar, ¿qué intereses lo han hecho llegar hasta aquí?

La mujer pelirroja agregó:

—¿Por qué ha abandonado los Infiernos Flotantes?

Absalón comprendió. Perial acababa de llamarlo egoísta.

—Motivos personales.

—¿Y los motivos por los que quiere destituir a Lucifago también son personales?

Absalón se levantó de la mesa de golpe, haciendo sonar su plato y su copa. El Príncipe Licaonte ahogó un pequeño grito de sobresalto.

—¿Qué ocurre con ustedes?! —gritó. Lucienne se estremeció; jamás había visto a Absalón tan furioso—. ¡Están hambrientos! ¡Han perdido sus familias, sus amigos y sus territorios! ¡Y sin embargo están aquí, sentados a esta mesa, hablando y bebiendo mientras Lucifago se pasea por este puto castillo!

Ninguno dijo nada. Cuando acabó de hablar, Absalón comprendió que se había sobrepasado.

—Tiene razón, *vassari* Absalón —susurró *vassari* Leod, entrelazando los dedos bajo su barbilla. Habló en voz tan baja que Absalón casi tuvo que inclinarse para oírlo—. Tiene razón. Sin embargo, debe comprender que el peligro que usted ha sufrido en el mundo de arriba no puede compararse con el que hemos atravesado nosotros aquí, en los Infiernos Flotantes. Incendios de legiones enteras, secuestros, detenciones arbitrarias. Estamos exhaustos. Estamos cansados de esta eternidad que no alcanzamos a comprender, cansados de enfermarnos por esa incompreensión... No estoy justificando a Lucifago —dijo cuando el Conde Ignatius estuvo a punto de interrumpirlo—... estoy diciendo simplemente que ninguno de nosotros está capacitado para tomar las riendas de nuestro mundo cuando Lucifago caiga. Pero usted, Vizconde, nos lleva casi doscientos cincuenta años de ventaja. Usted lo abandonó todo por ir en busca de una musa y hoy está aquí con ella y dice que contraerán matrimonio. Por eso Perial le ha preguntado por qué ha vuelto a los Infiernos. Necesitamos alguien que nos gobierne. Lucifago se aburría e hizo una apuesta con uno de sus ministros y comenzó a asesinar cosechadores. Usted se aburría y abandonó su torre de cristal y fue en busca de esa musa que será su esposa. Vizconde Absalón, algo me dice que usted ha sabido sobrellevar la eternidad mucho mejor que cualquiera de nosotros.

Absalón se quedó boquiabierto. No podía creer lo que *vassari* Leod le decía. ¿Él, gobernante de las ochocientas ochenta y ocho legiones de los Infiernos Flotantes? ¡Era una locura! Él no deseaba poder, ni riquezas, ni aumentar sus legiones. Solo quería casarse con Lucienne e intentar ser feliz.

Suspiró, comprendiendo que por ese mismo motivo le estaban proponiendo entregarle los Infiernos en bandeja. Miró uno por uno a los presentes. Lucienne, agazapado en su silla, no le quitaba la vista de encima. Perial se mantenía serio, mientras que Leod contemplaba su plato como si en él estuviera dormida la salvación de su mundo. De repente, Absalón soltó una pequeña risita y todos levantaron la vista hacia él. Leod lo miró con el ceño fruncido.

—*Vassari* Perial, tienes razón cuando dices que estoy desactualizado. En los últimos años, mi único contacto con los Infiernos ha sido un mercader ilegal. Y es que hay algo que no puedo comprender... ¿qué ha tenido que ocurrir en este mundo para que deseen ser gobernados por alguien sin ambición, por alguien que no va a devanarse los sesos por aumentar vuestra fortuna? ¿Han tenido en cuenta que he vivido los últimos doscientos cincuenta años en el mundo de los humanos?

—Explíquese —exclamó Leod con la voz temblorosa. Absalón tomó aire.

—He vivido como un exiliado y me he sorprendido al observar que nuestro mundo no es diferente del mundo de arriba. Somos inmortales, pero estamos igual de desesperados que los humanos por aumentar nuestra riqueza, explotamos a las razas menores y nunca estamos satisfechos. En eso no nos diferenciamos de ellos. Y me sorprende, ¿saben? Me sorprende que los humanos vivan como lo hacemos nosotros porque ellos mueren y cuando lo hacen, no se llevan a la tumba nada de nada. Me alimento de años de vida humana y siempre he sido invocado por el egoísmo, la ambición y la avaricia. No soy... No somos tan diferentes de algunos seres humanos, ellos también se alimentan de la vida de los demás...

En ese momento, uno de los sirvientes se acercó a la mesa y depositó en el centro una bandeja con un enorme cuenco repleto de una bebida color ámbar. Al verlo, el Príncipe Licaonte ahogó un suspiro.

—¿A dónde quiere llegar, Vizconde? —interrumpió *vassari* Leod. Absalón giró el cuerpo hacia él.

—Quiero decir que no soy la persona adecuada para gobernar este mundo porque ya he dejado de creer en cualquier clase de gobierno y no deseo más responsabilidades de las que tengo.

—Lo que dice no tiene sentido —susurró el Príncipe Licaonte, anonadado. Levantando la voz, agregó—: No puede no existir un gobierno. La jerarquización es inevitable...

—¿Y el sometimiento? —interrumpió Absalón—. Aprendamos de los seres

humanos, dejemos de torturar nuestra eternidad con responsabilidades que solo nos harán infelices, dejemos de pelearnos por los mares de agua tibia, por las islas del norte, liberemos a nuestros esclavos y sirvientes, repartamos entre las clases bajas esas islas que nos pertenecen y de las que no sabemos siquiera el nombre...

Los demonios se miraron entre ellos, sin poderlo creer. El único que no parecía sorprendido era Perial.

—No puedes arrojarnos esto en la cara y luego pretender salir de aquí como si nada —exclamó.

—Supongo que ella le ha lavado el cerebro —dijo la mujer pelirroja en voz baja.

—Yo no he hecho nada —dijo Lucienne, defendiéndose.

Los comensales se revolviéron, incómodos. Todos contemplaban a Lucienne con temor, como si del muchacho dependiera el futuro de los Infiernos Flotantes. Y quizás así era...

—No lo hará, ¿no has oído? Piensan casarse —le dijo Leod al demonio de su derecha.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Absalón. Todos callaron.

Finalmente, la mujer pelirroja intervino:

—Vizconde Absalón, Lucifago quiere a las musas. Si quieres ponerle fin a esto, debemos entregarle a Luciania.

Absalón se quedó de piedra. Conque de eso se trataba, pensó. Estaban intentando convencerlo para que se rindiera. Estaban intentando engatusarlo.

—Jamás le entregaré a Lucienne a ese desquiciado. Ni a nadie.

—¿Cree que una simple y vulgar musa vale más que las vidas que crecen en las aguas de los Infiernos Flotantes, Absalón? —le preguntó la mujer.

—¿Y quién eres tú para ponerle precio a la vida, maldita zorra embustera!? ¿Con qué los ha amenazado? —preguntó con la voz quebrada. Ninguno contestó—. ¡LES HE PREGUNTADO CON QUÉ LOS HA AMENAZADO!

Entonces *vassari* Leod se puso de pie y se dirigió a los sirvientes diciendo:

—Llévenselos. Y colóquenlos en habitaciones separadas.

Absalón no se resistió cuando un sirviente se acercó para apartarlos de la mesa.

—Este castillo es mío y vosotros lo sabéis bien —dijo—. Si van a encerrarme en mis propios dominios, exijo que Lucienne permanezca a mi lado.

La mujer emitió una carcajada.

—Absalón... Lamento decirle que no está en posición de exigir nada.

Sin embargo, los sirvientes no los colocaron en habitaciones separadas. Absalón miró a su alrededor. La habitación era pequeña, con apenas una cama y un ventanuco rectangular casi pegado al techo. Era una habitación de invitados no deseados. Por la Reina Madre, ¡los muy desgraciados lo habían encerrado en una habitación de invitados! Lucienne se levantó del suelo y se sacudió la túnica. Contempló la cama, la ventana, los muros, y finalmente miró a Absalón a los ojos, aguardando una palabra de consuelo o quizás un destello de esperanza. Pero en los ojos de Absalón solo había lugar para la ira. Intentando dominarse, cerró los ojos, suspiró y le devolvió la mirada a Lucienne. Le sonrió. Al menos el muchacho se encontraba bien. Ya era algo que debía agradecer, pero ¿a quién? ¿A Lucifago? ¡Jamás!

—Ven —susurró el Vizconde, sentándose en la cama.

Lucienne miró con aprensión los muros de piedra, el techo bajo, y aceptó la invitación. Más que dormitorio, el sitio parecía una celda o una caja de zapatos.

—Todo saldrá bien —dijo Absalón, recostándose y estirando las piernas—. Pronto nos iremos de aquí, no te preocupes.

—¿Tienes un plan? —preguntó Lucienne, sentándose a su lado con la espalda apoyada en la pared—. ¿Es verdad que este castillo es tuyo?

Absalón no respondió. No estaba pensando en el plan. Pensaba en lo que acababa de decirle a Lucienne: pronto nos iremos de aquí. ¿A qué sitio se refería? ¿Al mundo de arriba? ¿A los Infiernos Flotantes? Incómodo, Absalón descubrió que su castillo ya no era su hogar y tampoco lo eran los Infiernos. Su hogar era Lucienne. Al no obtener respuesta, el chico suspiró.

—¿Crees que...? —comenzó, sin mirar a Absalón a los ojos—. ¿Crees que podríamos vivir en el mundo de los humanos... como si fuésemos personas normales?

Absalón mantuvo su silencio. Lucienne le estaba preguntando si era posible sacrificar su identidad, si la sangre demoníaca que corría por las venas del cuerpo de Gauvin Lautréamont era demasiado poderosa, si el sufrimiento de alimentarse de almas era soportable, si la eternidad, esa eternidad que aún no había comprendido, que había olvidado, no acabaría por volverlo loco. Absalón no pudo darle una respuesta sincera. En los Infiernos Flotantes, Lucienne era una musa, mientras que en el mundo de los humanos no era más

que un chiquillo con cara bonita.

—Sabes que las parejas homosexuales aún no pueden contraer matrimonio en Francia, ¿verdad? —le dijo con una media sonrisa.

Lucienne, el ingenuo Lucienne, que tampoco había comprendido todo lo que su preguntaba significaba, emitió una risa y apoyó la cabeza sobre sus rodillas juntas. Y en ese momento Absalón se preguntó cómo era posible que siguiera amando a Luciania o si alguna vez la había amado, se preguntó si amaba más a esta musa mutilada que vivía en un cuerpo humano, una musa que había olvidado cómo seducir a los hombres para apropiarse de sus almas, o si seguía amando a ese ser caprichoso, libre y atractivo que lo había arrancado de su pequeño castillo flotante...

—¿Siempre fue así? —preguntó Lucienne—. Quiero decir... ¿la homosexualidad fue siempre rechazada?

—No —contestó Absalón—. La historia, dicen, la escriben los vencedores, y eso es lo que ocurrió con eso que los seres humanos llaman homosexualidad: fue ocultada, silenciada, olvidada. Los humanos viven muy poco, Lucienne. Y olvidan rápido, porque para conjurar la angustia de la muerte es necesario olvidar, es necesario distraerse y pensar en otras cosas.

—¿Cómo qué?

—Como intentar ser el mejor pianista del mundo, por ejemplo.

Lucienne se mordió el labio.

—¿Quieres decir que está mal tener sueños?

Absalón sonrió.

—No. Pero los sueños nunca son de las personas. Los sueños son reflejos de cada época. Si quieres conocer un pueblo, reúne solo tres personas y pregúntales qué sueñan. Lo malo no es tener sueños, lo malo, lo realmente malo, es que los demás te digan lo que debes soñar.

Lucienne no dijo nada, pero Absalón sabía lo que estaba pensando: pensaba en su inmortalidad. Finalmente, cuando a Absalón le pareció que Lucienne ya se había quedado dormido, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Qué sabes de Dios?

—No sé nada, Lucienne.

—Cuando bebí la poción recordé cosas... Un hombre hizo un pacto conmigo porque deseaba crear un perfume para una reina. Él era muy talentoso, pero quería fabricar una fragancia extraordinaria. Muchas personas sin talento también pactaron conmigo y, sin embargo, me quedé con las almas de todos ellos...

Absalón suspiró y se encogió de hombros.

—El arte no puede valorizarse por juicios objetivos. En mi opinión, nadie ha explicado adecuadamente por qué una pintura de un sujeto no vale un centavo cuando este camina por la vida y luego, cuando muere, las exponen en los museos. El arte es mercancía, pero también es magia, y todos los que deseen obtener tus favores deberán pagarte con su alma.

Lucienne suspiró. Si Absalón no lo comprendía, el tampoco podría.

—¿Qué más quieres saber? —dijo el Vizconde. Lucienne se mordió el labio. Tenía montones de preguntas para hacerle y Absalón lo sabía, ¿por qué accedía a respondérselas ahora? ¿Acaso morirían?

—¿Me quieres, Absalón?

Y en medio de ese silencio aplastante, en el último rincón de un lejano castillo en medio de los Infiernos, el Vizconde supo que haría lo que Lucienne quisiera. Si deseaba vivir en el mundo de los humanos como un ser humano más, Absalón estaba dispuesto a ello.

—Sí... —susurró, acercándose a él. Lucienne se giró hasta quedar boca arriba—. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Nunca me lo has dicho.

Absalón frunció el ceño y se mordió los labios. Lucienne le dirigió una pequeña sonrisa y alargó los brazos hacia él.

—Te quiero —respondió el Vizconde, aceptando el abrazo y estrechando a Lucienne con fuerza—. Te quiero...

Lucienne gimió pero Absalón no lo soltó. En respuesta, el Vizconde le aferró el rostro y lo besó con apremio, y Lucienne sintió que la boca de Absalón aspiraba de su interior toda la desesperación que lo embargaba. Lucienne quería gritar, pero en vez de eso se conformó con sentir la desesperación de Absalón en su propio cuerpo.

—Saldremos de aquí —afirmó el Vizconde con los ojos encendidos. Cuando soltó a Lucienne, al muchacho ya lo había vencido el cansancio.

Absalón no tenía pensado conciliar el sueño. Se sentó en el borde de la cama y se preguntó qué ocurriría a continuación. Si Lucifago estaba en el castillo y necesitaba que Lucienne muriese para liberar las almas de la *menkalinen*, ¿por qué no aparecía? Con un estremecimiento, Absalón pensó que quizás esos momentos fuesen los últimos que pasaría junto a Lucienne...

Dio un respingo. Una sombra pequeña se deslizaba sobre el muro, como un fantasma. Cuando se volteó, vio un gato negro sentado sobre el ventanuco, entre las rejas que lo separaban del océano. Absalón parpadeó. No había

tierra en el exterior, solo agua...

—¿Quién eres? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El gato lo contempló en silencio.

—¿Qué buscas?

Absalón intentó penetrar en su esencia, pero el animal no olía a nada. O bien era un gato común y corriente, o bien su esencia estaba oculta. Algo en aquellos ojos le dijo al Vizconde que el gato deseaba decirle algo, pero no podía.

—¡Eres el gato del hechicero! —susurró Absalón, poniéndose de pie. El gato sacudió la cola y abrió la boca, mostrando sus afilados dientes—. Está aquí, ¿verdad? Tu amo Maldoror... ¿Y tú? ¿Con quién estás tú? ¿Sigues órdenes?

Naturalmente, el gato no respondió. Se quedó allí parado, entre los barrotes del ventanuco, con el cielo rojo flotando detrás de él. En un momento su nariz marrón se frunció apenas y Absalón comprendió que estaba intentando descubrir sus esencias. Entonces el animal maulló. Absalón frunció el ceño y el gato volvió a maullar.

—¿Quieres olerme? —susurró Absalón con cautela.

¡Deseo olerlos a ambos! parecía gritar el gato con su desesperado maullido.

Y Absalón se lo permitió.

—Vizconde Absalón, gobernante de noventa y nueve legiones. Y Luciania, Lucienne, una musa.

El gato arqueó el lomo, alzó la cola y cerró los ojos. Luego los abrió, emitió un último maullido y desapareció.

Pasó más de medio día hasta que la puerta de la habitación por fin se abriera. Lucienne y Absalón estaban despiertos, aguardando que alguien se acordara de que los mantenían prisioneros. Cuando vio el rostro de los centinelas, Absalón se puso de pie de un salto.

—Acompáñenos, Vizconde —dijo uno de ellos.

—Lucienne viene conmigo.

Los centinelas entraron a la habitación y los arrastraron hacia fuera.

—Tenemos órdenes claras. Le pido que no se resista.

—¡Absalón! —gritó Lucienne, mientras los centinelas lo llevaban a rastras hacia el fondo del pasillo. Absalón forcejeó, pero solo logró que el centinela lo sostuviera con más fuerza.

—Tranquilo, Vizconde. Pórtese bien y nada le ocurrirá a la musa.

—¡Mientes! —gritó. Algo se le clavó en el costado y le fallaron las piernas. Se le nubló la vista y por un instante solo deseó dejarse caer al suelo y quedarse allí para siempre. Oyó el sonido de una puerta abriéndose y lo siguiente que sintió fue que lo arrojaban de golpe hacia el interior de una habitación.

Cayó al suelo de bruces, mareado y débil. Cuando apoyó las manos, sus dedos encontraron el tacto áspero de una alfombra. Respiró y una bocanada de aire lleno de polvo le raspó la nariz. En su desesperación, pensó que el maldito que había ocupado su castillo al menos tendría que haberse ocupado de la limpieza...

—Absalón, levántate —dijo una voz.

Ahogó un gemido y levantó la cabeza tan rápido que su cuello emitió un crujido. No estaba en una habitación común y corriente. Estaba en sus aposentos, el dormitorio que había ocupado durante tantos siglos... No le cabía la menor duda. Aquellas cortinas azules eran sus cortinas y el cielo rojo que brillaba detrás de ellas era su cielo privado; su balcón permanecía intacto, pero la jaula de los ruseñores estaba vacía. Las plantas se habían secado hacía siglos y los espejos estaban cubiertos de mugre y telarañas. La cama se había entristecido con el paso de los años y las sábanas revueltas lucían amarillentas, tristes, mustias. Todo en aquel dormitorio parecía sacado de una fotografía vieja, observado a través de un filtro marrón.

—Absalón, levántate —repitió la voz.

Todo... todo menos la persona que estaba sobre la cama.

—¿Lucienne?

El muchacho estaba arrodillado sobre el vistoso cubrecama azul. Su figura pálida, enmarcada por las cortinas del lecho, reflejaba la luz de las velas. Absalón emitió un gemido y quiso respirar su esencia, pero cuando intentó hacerlo ningún aroma llegó a su nariz. Frunció el ceño, parpadeó.

—¿Lucienne... qué...?

—Ven.

Absalón tosió e intentó levantarse. Cuando se puso de pie, oyó el canto de los ruseñores...

No. Era imposible. Sus aves estaban muertas, habían muerto hacía más de doscientos años. Miró a su alrededor. Los espejos relucían y las cortinas se meneaban con la brisa. Todo lucía limpio, ordenado y fragante.

—Absalón, mira esto.

El Vizconde contempló a Lucienne. La musa vestía una túnica blanca que le llegaba hasta las rodillas. Con una sonrisa, Lucienne extrajo del interior de su túnica una pluma blanca.

—¡No! —gritó Absalón—. ¿Quién eres? ¡No eres Lucienne! ¡Te ves como él pero no lo eres! ¡Deja de mentir!

Y en un instante, la habitación volvió a ser como antes: el tiempo volvió a abrazarla y a teñirla de gris.

—No miento, Vizconde Absalón —dijo la voz de Lucienne—. Eres tú el que se ha mentido a sí mismo y le ha mentido a Luciania. ¿Me negarás que la has engañado todo este tiempo? ¿Me negarás que sigues siendo un demonio caprichoso acostumbrado a conseguir todo lo que quiere? Luciania ya no es Luciania y jamás volverá a serlo.

Absalón se acercó hacia el viejo lecho.

—Lucifago —susurró.

—El mismo.

—No te entregaré a Lucienne.

—¿Que no me lo entregarás, dices? ¿Qué es Lucienne, Vizconde, una cosa? Porque así lo has tratado. Lo has manipulado. Lo has creado y moldeado a tu antojo. Luciania ha muerto y tú has creado con su esencia una nueva criatura, una criatura desgraciada que no comprende su naturaleza ni el mundo en que nació...

Lucifago, en el cuerpo de Lucienne, tensó los hombros y alzó la cabeza para observar a Absalón a los ojos. El Vizconde oía ensimismado, incapaz de hilar sus pensamientos de forma coherente.

—¿Qué es este cuerpo, Vizconde? ¿Acaso no es el cuerpo que Luciania le robó a un muchacho humano? ¿No te parece repugnante que merodees por la tierra con la esencia de una musa ocupando un cuerpo robado? ¿Cuánto tiempo crees que vivirá Lucienne, como tú lo llamas, cuando comprenda que debe alimentarse de almas, cuando por fin se dé cuenta de lo que devorar un alma significa? Uniste este cuerpo a la esencia de un ser que no le corresponde, ¡libéralo de ese sufrimiento, Vizconde! ¡Acéptalo! ¡La Luciania que amabas ha muerto!

Por un instante, Absalón pensó que Lucifago tenía razón. ¿Acaso Lucienne no se lo había preguntado? El muchacho deseaba vivir en el mundo de arriba porque no comprendía cómo era su mundo, desconocía los Infiernos Flotantes. ¿Cuánto viviría Lucienne? ¿Cuánto...?

—Tú destruiste a Luciania... —susurró Absalón, sin saber muy bien qué

estaba diciendo—. ¡Tú destruiste a Luciana, maldito bastardo! ¡Y AHORA QUIERES MATAR A LUCIENNE!

Se abalanzó sobre la cama con un rugido y observó la alarma en los ojos de su interlocutor. Lucifago no se movió, pero en un instante la puerta del dormitorio se abrió con un estrépito y los centinelas lo arrastraron hacia fuera, mientras Absalón no dejaba de vociferar.

—No será tan fácil —suspiró Lucifago cuando la puerta se cerró.

Los centinelas los llevaron de vuelta al comedor. Absalón observó que había rostros nuevos y que los rostros antiguos lucían más extenuados.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Lucienne al oído. Su rostro era un mar de preocupación. El Vizconde no dijo nada, se limitó a suspirar para intentar serenarse y tomó la mano de Lucienne por debajo de la mesa. La mano de la musa estaba caliente y húmeda.

La puerta principal del comedor se abrió de par en par. Los comensales se pusieron de pie a regañadientes. Uno que otro se quedó sentado como muestra de rebeldía, pero finalmente todos estuvieron de pie, rindiéndole pleitesía a Lucifago. Sin embargo, estaba claro que esa obediencia no era verdadera. Y Absalón debía aprovecharse de eso. Era su única oportunidad.

Uno de los demonios dejó su lugar en la mesa y caminó hacia la multitud que se acercaba. Era el Príncipe Licaonte. Y el alto hombre que encabezaba el grupo tenía que ser Lucifago. Absalón frunció las cejas. Al parecer, el señor se había dejado sus disfraces en el dormitorio. El verdadero Lucifago medía más de un metro noventa y era una gruesa mole vestida de negro. Tenía la mitad de la cabeza rapada; la otra mitad lucía una larga cabellera blanca, enroscada en una apretada trenza sostenida por piedras brillantes. Al ver las piedras, el corazón de Absalón se encabritó; no eran piedras comunes: eran pequeñas *menkalinen*. Pronto, al recorrer al demonio con la vista, descubrió que todo su atuendo estaba adornado con *menkalinen*, con millones y millones de almas humanas. Vestía una camisa negra, pantalones de cuero marrón y una larga capa carmesí que ondeaba a su paso a medida que se acercaba a la mesa. A diferencia de sus esclavos, no llevaba armas a la vista. Su cinturón era un collar de *menkalinen*, al igual que sus aretes, las pulseras de sus manos, sus anillos y las figuras bordadas de su capa. Incluso los botones de su camisa y los adornos de sus botas eran de almas robadas.

A Absalón se le antojó repulsivo, asqueroso, humillante. Por reflejo, aferró la piedra que llevaba en su bolsillo. Estaba vacía y rogaba que gracias a ello

no la localizaran. Si lo hacían, Lucienne estaría muerto y luchar no serviría de nada.

¿En verdad Lucifago había adoptado la figura de aquella muchacha, Milagring?

Detrás del demonio, un grupo de centinelas se acercaban arrastrando una multitud de prisioneros. Absalón hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para que la rabia no se manifestara en su rostro ni en sus actos. Debía permanecer tranquilo e imperturbable...

Súcubos, ícubos, sirenas y hadas, todos los seres demoníacos mostraban signos de maltrato, hambre y agonía. Un par de ellos se desmayaron ni bien atravesaron la puerta. El centinela los pateó para que se levantaran, pero los seres se quedaron allí, quietos, al fin libres del sufrimiento que habían padecido durante todo aquel tiempo. Absalón no podía apartar la vista de ellos. Eran dos mujeres rubias y hermosas, gemelas al parecer. Sus cuerpos pálidos mostraban ya la fantasmal sombra de la muerte.

Un comensal se apartó de la mesa, volcando su silla. Se tropezó, se levantó, corrió desesperado y jadeante hasta los cuerpos de las mujeres, apartando de su camino a empujones a todo el que se le atravesaba. Serio, Lucifago se detuvo a contemplar la escena. Lucienne apretó la mano de Absalón y el Vizconde respondió a su contacto aún con más fuerza.

—¡Jenna! —gritó el demonio, sacudiendo los cuerpos de los seres. Eran sirenas—. ¡Brimn! —Se volteó, con los ojos enrojecidos por el llanto y enfrentó a Lucifago—: ¡MALDITO SEAS! —bramó—. ¡MALDITO SEAS TÚ Y TODOS LOS TUYOS!

El ser era, claramente, el padre de aquellas sirenas. Su pelo y su barba, que miles de años antes debían de haber sido tan rubios como el cabello de las mujeres, eran pálidos como la nieve. Su piel sonrosada había enrojecido de rabia y dolor. En medio de los pliegues de su túnica, Absalón localizó el dije en forma de tridente. Era Poseidón.

De repente, la voz del demonio se apagó como la llama de una vela, dejándolo con la boca abierta. Su cuerpo se tensó de pronto y... como si una brisa hubiese soplado sobre él, comenzó a desplomarse.

Los centinelas se apresuraron a recoger los tres cadáveres.

Algunos comensales apartaron la mirada. Otros agacharon la cabeza en señal de respeto. Otros no podían dejar de contemplar la escena, demasiado conmocionados para creer lo que estaba sucediendo. Sin apenas parpadear, Lucifago había acabado con uno de los demonios más influyentes de los

Infiernos Flotantes.

—Esto no se quedará así —susurró Absalón, más para sí mismo que para la concurrencia.

De repente, todos los ojos del salón se habían posado en él. Lucifago se abrió camino entre sus servidores, pasó frente al Príncipe Licaonte sin siquiera dirigirle la palabra y cuando estuvo a unos pocos metros del Vizconde abrió los brazos en señal de bienvenida.

—¡Espero que no le moleste tener invitados esta noche, Vizconde Absalón! —exclamó con una sonrisa irónica.

Una ola de murmullos se extendió a lo largo de toda la mesa.

—¿Pero es que no lo sabían? —preguntó el señor dirigiéndose a sus comensales—. Este maravilloso castillo le pertenece al Vizconde de los Infiernos Flotantes, quien amablemente ha abandonado sus territorios hace más de doscientos años... —dirigió su mirada a Lucienne—... para ir detrás de uno de los seres demoníacos más insignificantes: una simple y vulgar musa...

Lucifago se recogió la larga trenza, que le llegaba hasta la cintura, y la echó sobre su espalda. Inspeccionó a Lucienne con una extensa y profunda mirada. Su rostro, su cuerpo, sus ojos. Entonces relajó el gesto y ensanchó las aletas de su nariz. Temblando de furia, Absalón comprendió que Lucifago estaba violentando la protección que él mismo había lanzado sobre la esencia de Lucienne. Lentamente, como la fragancia que se eleva de una tina de agua caliente, la esencia de la musa fue brotando de su cuerpo. Lucifago, aún con los ojos cerrados, se relamió los labios con placer.

—Rosas, vino y sal —dijo—. Exquisito... realmente exquisito. ¿Es esta la musa que deseabas, Príncipe Licaonte?

Licaonte se adelantó un paso y se giró hacia Lucienne. Con una desbordante sonrisa, asintió en silencio. Los presentes, que claramente no comprendían lo que estaba sucediendo, se limitaban pasear su mirada por Lucifago, Licaonte, Lucienne y Absalón.

—¿Qué...? —farfulló el Vizconde. Lucienne se tensó y se acercó a Absalón, buscando su protección.

Entonces el Príncipe habló:

—La primera vez que te vi, musa Luciania, fue hace más de dos mil años en una de las orgías de mi amigo Perial. Te disfrazaste de hombre, pero yo advertí que aquella no era tu verdadera apariencia. En cuanto te sumergiste en el agua de la piscina, los ruiseñores silvestres despertaron de su sueño y comenzaron a cantar. Supe que no eras un ser humano... Pero cuando me

acerqué a ti, me rechazaste y elegiste la compañía de un *vassari* inferior.

Lucienne abrió la boca, presa del estupor. No había comprendido nada. Cuando se giró apenas para observar a Absalón, supo que éste sí había captado el sentido de las palabras de aquel demonio.

—No sé quién es usted —se atrevió a decir Lucienne, tratando que su voz sonara firme—. Si alguna vez lo he visto, deberá disculparme porque lo he olvidado.

El Príncipe sonrió. Se llevó las manos al cuello y se quitó el broche que sostenía su capa. Una figura alta y encorvada se acercó apresuradamente, abriéndose camino entre la multitud de demonios malheridos. Tropezó un par de veces, arrastrando los pies y batallando contra su propia debilidad para no desplomarse en el suelo. La larga cabellera negra le ocultaba el rostro, pero Absalón pensó que la criatura debía ser en realidad bastante anciana. Sus manos estaban repletas de pliegues y la joroba que llevaba en la espalda no podía ser más que las penas acarreadas por el peso de los siglos.

El ser se detuvo junto al Príncipe y tomó su capa, realizando ante él una pequeña inclinación. Por menos de un segundo, la grasienta cortina de cabello negro se apartó de su rostro y Absalón logró reconocerlo: era Maldoror, el alquimista que lo había engañado y mantenido cautivo durante semanas hasta que el extraño gato, llamado Thadeus, lo había ayudado a huir.

¿Dónde está el niño, maldito desgraciado? ¿Dónde está el niño que asesinaste para cumplir tus sucios propósitos? ¿Dónde está Michel?

Maldoror vestía una gruesa capa de piel oscura, la misma que Absalón había visto en las celdas. ¿Y dónde estaba el gato? Absalón entrecerró los ojos y contempló al desagradable ser alejarse unos pasos, con la cabeza inclinada en señal de respeto y los sucios mechones de cabello ocultándole el rostro.

—¿No me reconoces, Luciania? —exclamó el Príncipe Licaonte. Pero había algo en su voz que no esperaba ser reconocida. Absalón apretó los dientes; el Príncipe sabía que Lucienne había perdido sus recuerdos, ¿qué pretendía?

En medio de un concierto de sonidos repugnantes, el cuerpo del Príncipe Licaonte se fue transformando. Su carne se revolvió, su cabeza se hizo más pequeña, sus brazos y piernas se achicaron y su cabello se volvió más claro. Sus rasgos se hicieron más suaves y juveniles, y la ropa masculina quedó colgando de su cuerpo como de un espantapájaros. Absalón tardó en darse cuenta de que Licaonte acababa de transformarse en una mujer. Pero había

algo extraño en esa mujer. Algo que al Vizconde le pareció conocido.

—Oh, Dios... —musitó Lucienne—. Es ella...

Entonces Absalón la recordó. Frente a ellos se encontraba la muchacha de cabello color arena con la que Lucienne había estado a punto de intimar aquella noche ya lejana. Todo ese tiempo habían pensado que se trataba de Milagring. Estaban equivocados.

—¿Me reconocen ahora? —dijo la delicada voz femenina. Lucienne se aferró del brazo de Absalón, clavándole las uñas en la carne—. Y eso no es todo...

La segunda transformación tardó apenas un segundo. El cuerpo se alargó, se hizo más robusto y fuerte. Licaonte ahora era un hombre.

—¡TÚ! —gritó Absalón.

Allí, pavoneándose delante de sus ojos, se encontraba uno de los pocos seres en el mundo que habían contemplado la verdadera figura de la musa Luciania: el dibujante Christian Ballesteros.

Lucienne aferró a Absalón del brazo para evitar que se abalanzara sobre él. Las miradas de los comensales saltaban de uno a otro como pulgas en el pelaje de un gato. Era evidente que encontraban entretenido el espectáculo. Por su parte, Lucifago observaba detenidamente, serio y calculador, cada uno de los movimientos de sus invitados. Estaba alerta y preparado para lo que fuera.

—¡Es una trampa! —chilló Lucienne, sosteniendo a Absalón—. ¡Es una trampa! ¿Vas a creerle?

Sí, Absalón le creía. Había algo en los ojos de aquel maldito demonio, algo enfermizo que distaba mucho de ser amor. Era obsesión.

—¿Mataste un hombre solo para...?

Licaonte negó con la cabeza. Su cabello ahora era castaño y ondulado. Las ropas todavía le quedaban grandes. Se acercó hacia Lucienne y Absalón. Los siervos se lo permitieron.

—No maté a ningún hombre, Vizconde. Yo era ese hombre. Hice todo lo que pude, pero, naturalmente, algunas cosas se me salieron de las manos. Debía acudir a reuniones, firmar autógrafos, contestar correos electrónicos... No, no... pronto me cansé de esa vida y planeé mi propia muerte. Lamento haberles ocasionado problemas.

Y liberó por un par de instantes la fragancia de su esencia: miel, semillas de lino y madera de saúco. Luego de un segundo, el perfume del lino y la madera se desvanecieron y solo quedó el aroma de la miel. Absalón lo reconoció: era la fragancia que Typhoon les había hecho confundir con la de

los ángeles.

—Viste la verdadera forma de Lucienne —dijo Absalón.

Licaonte, Ballesteros, sonrió.

—Y si el tiempo del mundo de arriba no fluyera tan rápido, sin duda habría hecho mucho más que eso.

Previendo un nuevo ataque de ira, Lucienne aferró a Absalón de la cintura y le susurró al oído unas palabras tranquilizadoras. El Vizconde cerró los ojos y suspiró. La mujer pelirroja que estaba sentada a la mesa no apartaba los ojos de él. Los guardias permanecían quietos y mudos, con los rojos ojos fijos en el vacío.

—Si querías a Luciana, ¿por qué te aliaste con Lucifago? Sabías que ella podría haber muerto, ¿verdad? —espetó Absalón—. Tu señor mandó matar al Maestre de los Orfebres Demoníacos. ¡Todos los seres que han perdido sus *menkalinen* gracias a él están muertos y los que todavía siguen vivos no tardarán en extinguirse!

Un murmullo de perplejidad recorrió la mesa. El murmullo se alargó hacia la multitud de prisioneros; hasta los siervos de ojos rojos se tensaron y miraron hacia Lucifago.

—Yuhèlle... —susurró alguien.

—¿Yuhèlle está muerto?

—Yuhèlle está muerto.

—¡YUHÈLLE ESTÁ MUERTO!

Vassari Leod se puso de pie. Su rostro estaba pálido como la cera. Abrió la boca, pero antes de que dijera nada, la mujer pelirroja golpeó la mesa con el puño y vociferó:

—¿ESO ES CIERTO?

Absalón gritó:

—¡Atrévete a negarlo!

—¿Quién forjará las *menkalinen* que prometiste?!

Y estalló el caos. Los comensales se levantaron de la mesa en estampida y en ese instante el salón se vio devorado por la oscuridad. Las lámparas del techo abovedado estallaron y la muchedumbre fue rociada por una lluvia de vidrios incandescentes. Absalón se echó al suelo y cubrió a Lucienne con su propio cuerpo. Explosiones, gritos y chillidos se sacudían por todo el salón, estelas de magia, conjuros, choques de espadas.

—¡Aquí!

En medio de la oscuridad, Lucienne tomó la mano de Absalón y

arrastrándose por el suelo se dejó guiar. Sollozó de dolor. Un vidrio acababa de clavársele en la rodilla.

—Vamos a ir hasta ese extremo del salón, ¿me oyes? —le dijo Absalón al oído, señalándole la vaga sombra de una armadura—. Cuando lleguemos, te ocultarás detrás de ese tapiz y no saldrás hasta que yo vuelva por ti, ¿has entendido?

—¡Sí!

Una llamarada de magia pasó por encima de sus cabezas y se estrelló contra el pecho de uno de los guardias de Lucifago. Por un instante, el fuego iluminó su rostro blanco como la cera e hizo que a sus ojos se asomara por primera vez la chispa de algo parecido a la vida. El siervo abrió la boca, pero Absalón no pudo oír si había gritado o no. El fuego le abrasó el pecho y fue extendiéndose por su torso hasta que lo atravesó por completo y su cuerpo cayó al suelo, inerte, vacío e inútil para siempre.

Absalón esquivó una segunda llamarada y sintió que algo caliente le hacía cosquillas en la palma de la mano. Cuando se echó al suelo para esquivar un tercer conjuro, sus ojos quedaron a medio centímetro de aquella cosa. Era una *menkalinen*. La cogió apresuradamente y se la metió en el bolsillo.

—¡Apresúrate, vamos! —apremió el Vizconde.

Una legión de siervos de ojos rojos llegó a la puerta principal. Absalón se detuvo en seco, paralizado por el horror. Si aquellos seres se unían a Lucifago no habría escapatoria. Estarían muertos.

—¡MUERTE A LUCIFAGO! —gritó una voz femenina y Lucienne estuvo casi seguro de que se trataba de la mujer de cabello rojo. Alguien pasó corriendo junto a él y estuvo a punto de tropezar con su cabeza.

Absalón se mantuvo con la mirada fija en los demonios de ojos rojos. Algo les sucedía. Estaban inmóviles, contemplando la carnicería que tenía lugar frente a ellos sin que la escena les provocara el más mínimo estremecimiento. No sabían cómo actuar.

Oh, por la Reina Madre, ¿qué clase de seres son?, se preguntó Absalón. No importaba, no tenía tiempo para descubrirlo. Solo necesitaba las fuerzas para lanzarles un hechizo y hacer que se volvieran en contra de su creador. Con un gemido, comprendió que no podría hacerlo. Lucifago había roto el conjuro de la esencia de Lucienne con una facilidad humillante. Si Absalón intentaba algo con aquellos seres, no sabía qué podría provocar en ellos. No podía arriesgarse.

Las esencias de los muertos comenzaban a llenar el aire. Fragancias de

flores y plantas, de aguas de mares, de ríos, de lagunas, de animales salvajes, de piedras preciosas... todos se mezclaban, calientes y embriagadores, llenándolo todo del aroma de la muerte. La muerte era dulce e intoxicante.

En ese instante, una segunda *menkalinen* brilló junto a él. Una piedra transparente, de reflejos azules y púrpuras. Absalón la miró desesperado, rogando que lo fuera que hubiese en su interior calmara su hambre y su agotamiento, y le devolviera al menos una cuarta parte de la energía que necesitaba para salir victorioso. Elevando una disculpa muda a quien hubiese sido el dueño de la joya, la tomó entre sus dedos, se la metió en la boca y la tragó.

Lo primero que sintió fue que un fuego abrasador se extendía desde su estómago hasta el cerebro. Horrorizado, se tocó el vientre, convencido de que una de las llamaradas lo había alcanzado. Pero no era así. La energía de la *menkalinen* estaba surtiendo efecto, su magia se estaba esparciendo por su cuerpo como un veneno, como una medicina. Dolorido, se tendió boca abajo y procuró aguantar las náuseas y recobrar la respiración.

—¡Absalón! —sollozó Lucienne a su lado—. ¡Absalón!

—Tranquilo... —dijo el Vizconde—. Saldremos de aquí, no te preocupes...

Lucienne se acurrucó junto a él y Absalón supo que el chico pensaba que iban a morir. Lucienne se estaba entregando a la muerte. Absalón abrió la boca y gritó. La energía que se había depositado en su estómago estaba demasiado concentrada. El techo del salón se sacudió en sus ojos, los gritos y el caos le atravesaron los tímpanos como cientos de pequeños cuchillos...

—¡Absalón...!

Y entonces... tan rápido como había comenzado, el dolor desapareció. Absalón se frotó los ojos y se quedó tendido en el suelo durante un par de segundos que le parecieron una eternidad.

—¡Nunca...! —le dijo a Lucienne, aferrándolo de la túnica y arrastrándolo hacia el muro— ¡...vuelvas a hacer eso, ¿me has entendido?!

Pasaron junto a un cuerpo. Al ver el pequeño tridente brillando en su pecho, Absalón se dio cuenta de que era el cadáver de Poseidón. Empujado por un impulso, alargó la mano hasta el cuello del muerto y le arrancó el tridente. Nadie lo advirtió, ni siquiera Lucienne.

Un ruido ensordecedor se oyó por encima de los gritos. Un ejército de sombras había volcado la mesa de vidrio y ésta había explotado, quedándose transformada en una mortífera y reluciente dentadura. Recortada

contra el cielo sangriento que borboteaba más allá de una ventana, Absalón vio que una de las sombras tomaba entre sus manos un trozo de vidrio y la enarbolaba frente a sí, amenazando con ella a sus enemigos.

—¡Ocúltate, vamos! —apremió Absalón, apartando el tapiz.

—¿Qué harás tú? —replicó Lucienne.

—¡Cállate!

—¡MÁTENLO! ¡ACÁBENLO! —gritaban los demonios.

Absalón, oculto detrás de la armadura, soltó un suspiro desesperado. Aquellos demonios habían hallado la ocasión perfecta. Se estaban deshaciendo de sus rivales políticos, de los usureros, de sus acreedores, de los amantes de sus amantes. Furioso y decidido, Absalón se colocó junto a la armadura y le arrancó la lanza de las manos. Se quedó allí quieto, a la espera del instante propicio. Por el momento, decidió que se encargaría de los siervos.

Seguían detenidos en la puerta principal, obstruyendo la salida. No se apartaban cuando los ataques los alcanzaban y tampoco impedían que nadie saliera. Un par de ellos fueron alcanzados por varios hechizos y así se desplomaron, sin resistirse, abrazando la muerte sin queja. Absalón se concentró en uno de ellos y lo miró a los ojos. Con un chasquido de dedos, le envió una orden mental. El ser respondió devolviéndole la mirada.

—Mierda —maldijo Absalón. Desconocía bajo qué clase de hechizos se encontraban aquellos seres. Si decidían atacarlo...

El ser sacó su báculo y se adelantó a los empujones. Sus compañeros ni siquiera se inmutaron.

—Busca a tu señor —le ordenó Absalón al siervo. Éste se volvió hacia él con el báculo en alto—. Joder... ¡A Lucifago! ¡Busca a Lucifago!

El ser se giró y atravesó aquel desastre con la vista. Las sombras iban y venían de un lado para el otro, se arrastraban por el suelo, chillaban, gritaban. Absalón localizó a Lucifago. Se encontraba en el otro extremo del salón; cinco siervos lo rodeaban dándole la espalda, protegiéndolo del resto de los demonios presentes.

¿Qué podía hacer?

Ciertamente podía escapar. Podía tomar a Lucienne de la mano y arrastrarlo hasta el exterior del castillo. Podían conjurar una barca y navegar hasta la isla de la arena blanca. Pero debía encargarse de Lucifago. Si no lo hacía, nada de eso habría terminado.

Ve afuera y busca una barca.

Algo pasó rozándole los talones, algo suave y peludo. Un animal. Sobresaltado, barrió el suelo con la mirada. El gato pasaba ágilmente por entre los pies de los demonios, saltaba por encima de los cadáveres, de los miembros amputados. Absalón se concentró e intentó que la oscuridad que lo rodeaba se disipara, que las formas a su alrededor se volvieran más claras, más nítidas, menos amenazantes. Lo logró apenas. El negro se fue tiñendo de rojo, del rojo crepuscular de la sangre del cielo de los Infiernos Flotantes. Thadeus se hallaba detrás de una silla volcada, protegiéndose de las llamaradas y los conjuros de los demonios. ¿Qué estaba planeando?, se preguntó Absalón. Entonces el gato se dio vuelta y lo miró directamente a los ojos. Sacudió las orejas y meneó la cola. Absalón miró a Lucifago. Más de diez demonios lo rodeaban, amenazándolo con magia y con los báculos de los siervos muertos. Absalón vio las manos de aquellos seres, mutiladas y repletas de sangre. Vio sus rostros, desencajados de ira y horror. Vio sus corazones sedientos de venganza.

—¡Entrégate! —exigió un demonio.

—¡Nada de tratos! ¡Estamos cansados de ser gobernados por tiranos y desquiciados!

Thadeus salió de su refugio, rodeó el cuerpo de un demonio muerto, saltó por encima de los restos de la mesa destrozada, trepó por la espalda de un siervo y se abalanzó sobre el cuello de Lucifago.

Al grito del demonio le siguió una lluvia de chispas multicolores. Absalón parpadeó deslumbrado y advirtió que no eran chispas ni fuego sino los cientos de *menkalinen* del collar de Lucifago, volando en todas direcciones hacia la libertad.

Absalón comprendió que había llegado el momento de actuar. Lanza en mano, se abrió camino entre los muertos, los agonizantes, y llegó hasta ellos. Una llamarada de magia pasó a su lado, casi rozándole el hombro derecho. Un siervo lo apuntó con su báculo y el Vizconde lo detuvo justo a tiempo y lo atravesó con la lanza. El desgraciado se tensó y escupió una bocanada de sangre que se tiñó del dorado del eterno crepúsculo de los Infiernos.

Absalón sacudió la lanza y arrojó el cuerpo por los aires. Un demonio forcejeaba con Lucifago. Con una mezcla de satisfacción y horror, observó una cabellera azulada y supo que se trataba del Príncipe Licaonte.

—¡LA LLAVE DE MIS LEGIONES! —vociferaba el Príncipe.

De espaldas a él, Absalón observó que Lucifago tenía algo brillante oculto en la mano. Una varilla reluciente y delgada, hecha del mismo material que el

báculo de sus siervos. Licaonte se percató de su presencia y lo miró a los ojos por detrás de los hombros de Lucifago.

¡Idiota!, pensó Absalón alzando la lanza. Lucifago tenía dos opciones: o bien voltearse para descubrir si sus espaldas corrían peligro o aprovechar el descuido del Príncipe y atacarlo. Se decidió por lo segundo y con un grito en la garganta se abalanzó sobre Licaonte. El Príncipe sostuvo el brazo de Lucifago y la varilla encantada voló por los aires. Absalón tropezó con un trozo de la mesa rota y cayó hacia atrás. Jadeando, observó la varilla volar entre las chispas que flotaban en el aire... y aunque supo que era imposible entre todos aquellos gritos, le pareció oír el ruido que la mortífera arma produjo al chocar contra la armadura.

—¡Lucienne, NO! —bramó Absalón, desesperado. Pero el muchacho decidió no oírlo: en un abrir y cerrar de ojos, salió de su escondite, aferró la varilla y se ocultó detrás de la armadura.

Con la vista clavada en los pies del caballero, Absalón soltó un gemido de angustia y aguantó la respiración.

—¡VIZCONDEEE! —gritó Licaonte a sus espaldas. Un estallido resonó en el salón mientras Absalón se giraba.

En un instante, la oscuridad se vio salpicada de rojo: una nueva lluvia de vidrios roció el salón mientras el cielo de los Infiernos penetraba en la estancia. Un trozo del rosetón destrozado alcanzó a Absalón en el rostro y le hirió la mejilla, y otro trozo pasó rozando su coronilla. Se echó al suelo y se cubrió el rostro con las manos. Lucifago sostenía a Licaonte por el cuello y Absalón comprendió que aquello que había roto la ventana era el cuerpo del Príncipe.

—¡VIZCONDE!

—¿Por qué debería ayudarte, Príncipe? —gritó Absalón—. ¿Qué harás si te salvo la vida?!

Licaonte gimió y le devolvió una mirada cargada de desesperación. Con un pequeño movimiento, Lucifago podía arrojarlo al vacío, al océano hirviente que borboteaba debajo de ellos. Y así lo hizo: tomó al Príncipe por el largo cabello azulado y con su propio cuerpo lo impulsó hacia el exterior del castillo.

El grito de Licaonte se unió al de Absalón y de repente el Vizconde se dio cuenta de que todos en aquel salón estaban gritando: Lucifago estaba a punto de escapar.

—¡SALTE, VIZCONDE! —vociferó una voz que Absalón no logró

identificar.

—¡QUE NO ESCAPE!

Pero Lucifago ya tenía un pie fuera de la ventana y toda su silueta estaba bañada de un fulgor rojizo. Las *menkalinen* de su atuendo refulgían en medio de aquella vorágine de luz y, en menos de un instante, lo único que se observó de él fue la capa de su túnica ondulando con el viento. Absalón gritó, se irguió con un salto y trastabillando entre los cuerpos de los muertos y los restos de su salón destrozado, corrió hasta la ventana.

—¡VIZCONDE!

—¡ABSALÓN!

Absalón tuvo la seguridad de que esa última voz pertenecía a Lucienne, pero cuando quiso voltearse para estar seguro ya era demasiado tarde; los pedazos del rosetón roto le arañaron los brazos y el viento de los Infiernos le abofeteó el rostro como un amante furioso; sin embargo, nada de eso podía importarle en ese momento. Ni sus heridas, ni su hambre, ni los cuerpos de los *vassari* muertos que había pisoteado para llegar hasta allí. La muerte era la muerte. Y a veces, la muerte era justa y necesaria. Pero ¿podía él hablar de justicia? ¿Era justo que él siguiera vivo? ¿Era justo que Luciania siguiera viva dentro de un cuerpo humano robado? Si Lucifago tenía razón, entonces...

Absalón se aferró de la baranda de un balcón y observó hacia arriba. Lucifago era una mancha negra contra el cielo rojo y si no se apresuraba, el maldito escaparía y todos aquellos *vassari* habrían muerto en vano.

—¡MALDITO COBARDE! —bramó el Vizconde, con la garganta desgarrada—. ¡IMBÉCIL, DEMENTE Y MALDITO COBARDE!

Absalón se impulsó hacia arriba y saltó hasta la muralla. Por el rabillo del ojo observó que algunos *vassari* lo seguían, pero no logró identificarlos.

—¡ESPERA, ABSALÓN!

Era la voz de Perial, pero Absalón no podía detenerse. Tenía al asesino de Luciania en su poder, saltando entre las torres de su castillo. Tenía que morir en sus manos. Cuando llegó a la atalaya, observó que Lucifago se encontraba del otro lado del castillo, en la que antaño había sido la torre de flanqueo. Lo acompañaban solo dos demonios.

—¿¡TE REHUSAS A PELEAR, COBARDE!?! —gritó Absalón, sacudiendo los brazos y una estela negra atravesó el castillo y se estrelló contra las almenas de la torre de flanqueo—. ¡PELEA, HIJO DE PUTA! —Y se lanzó hacia la torre a toda velocidad. No le importaba que ellos fueran tres, que sus energías estuvieran casi a pleno o que sus propiedades quedaran destrozadas.

Quería acabar con el asesino de Luciania.

—¡CREO QUE EL COBARDE ES OTRO, VIZCONDE! —respondió Lucifago, alzándose en el aire—. ¡CREO QUE EL COBARDE ES EL QUE ENGAÑA A AQUEL QUE DICE AMAR Y QUE LO OBLIGA A HACER ALGO QUE JAMÁS HABRÍA HECHO!

Entonces Absalón se detuvo en seco y algo chocó contra él. Olió la esencia de Perial.

—¡Absalón! —jadeó Perial contra su espalda. Debajo de ellos, la exuberante vegetación de los jardines había crecido hasta convertirse en una selva—. ¡Lo siento! ¡Intenté impedir que saltara, pero...!

—¡Lucienne no puede volar! —gritó Absalón, desesperado, sin saber a ciencia cierta a quien le gritaba—. ¡NO PUEDE, JODER!

En la lejana torre de flanqueo, uno de los demonios de Lucifago sostenía a Lucienne de la túnica, a punto de lanzarlo al vacío tal como Lucifago había hecho con el Príncipe Licaonte.

—¡Deja que lo suelte! —exclamó Perial.

—¿¡Estás loco?! ¡No sobrevivirá!

Pero eso no impidió que Perial gritara a viva voz:

—¿¡TE CREES QUE ME IMPORTA?! ¡ARRÓJALO AL AGUA!

—¡NO!

Obediente, el demonio empujó a Lucienne por la espalda y Absalón oyó su grito: un aullido naciente desde lo más profundo de su cuerpo, que había aguardado mucho tiempo el momento de salir. Era el grito de muerte de la musa Luciania y el de Gauvin Lautréamont, y ahora era el de Lucienne. Acompañándolo en el grito, Absalón se soltó de Perial y se lanzó al vacío para alcanzar a la musa. Sin embargo, algo ocurrió: Lucienne se giró en medio de su vuelo y extendió un brazo, y algo salió volando desde su mano hacia el cielo sangriento de los Infiernos.

—¡ATRÁPALA! —vociferó Lucifago.

Absalón sintió el aire caliente lamiéndole la piel y el hedor del vapor fue penetrando en sus fosas nasales a medida que se aproximaba al océano. El calor era sofocante, pero no debía importarle. Solo un poco más... solo un poco más y alcanzaría a Lucienne.

Pero no lo logró. El cuerpo de la musa chocó con un estruendo contra la superficie de las aguas y Lucienne emitió un agudísimo chillido de dolor al sentir el filo de aquel océano ardiente horadándole la piel. Una milésima de segundo más tarde, Absalón atravesó las aguas con los brazos abiertos y lo

rescató de las fauces de aquel océano crepitante. Volando a toda velocidad, lo depositó en un balcón y se giró para observar cómo Perial alcanzaba la varilla encantada. Otros demonios habían llegado a la atalaya; Absalón contó seis en total. Si todos luchaban juntos, era posible que ganaran.

Perial chocó contra el demonio que había arrojado a Lucienne al agua y le clavó la varilla en la frente de una estocada. Absalón no tuvo tiempo para observar su muerte; rodeó la muralla del castillo y procurando no ser visto arrancó con un golpe la aguja del pináculo de una de las torres. Miró hacia el balcón donde estaba Lucienne y ahogó un gemido al observar que el muchacho no se encontraba solo. Desde la lejanía distinguió una cabellera roja y con el corazón en un puño, advirtió que la mujer tranquilizaba a Lucienne y lo ayudaba a secarse con su propia túnica.

Oyó un grito y vio un cuerpo volar por los aires. No supo de quién se trataba, pero escuchó la explosión que provocó al chocar contra el agua del océano.

—Lo siento, *vassari* —susurró, aunque no sabía a quién le pedía disculpas.

Rápidamente, descendió hasta la superficie del agua y voló a toda velocidad hacia la base de la torre de flanqueo. Debía tomar por sorpresa a Lucifago y, rogando no ser visto, comenzó a ascender. Preguntándose qué vería cuando llegara a la cima de la torre, preparó la improvisada arma que había arrancado de su propio castillo. Serviría, pensó; si su magia no era lo suficientemente poderosa para acabar con un demonio como Lucifago, siempre quedaba la fuerza bruta. Cuando llegó a las almenas, se asomó hacia el interior de la torre. Allí solo luchaban un *vassari* contra el otro demonio que había seguido a Lucifago. El *vassari* estaba malherido y con una punzada de remordimiento, Absalón pensó que se lo tenía merecido.

—Jamás tendrías que haber creído las mentiras de ese bastardo —murmuró—. Por vuestra culpa Yuhèlle ha muerto, por haber dejado nuestro mundo en manos de un demente.

Y apartó la mirada de la torre al oír la voz de *vassari* Leod:

—¡SUÉLTALA, TE LO RUEGO! —El anciano se encontraba en una de las torres flanqueantes, suplicando por la vida de una joven que debía ser su hija—. ¿QUIERES MIS TIERRAS? ¡YA TE HE DADO TODO LO QUE TENÍA!

Vassari Leod estaba arrodillado en el suelo a los pies de Lucifago. La muchacha, a quien Absalón desconocía, vestía una sencilla túnica floreada y tenía el largo cabello de color castaño. Tenía una marca negra con forma de garra dibujada entre los senos: hacía poco había contraído matrimonio. Desde

su escondite Absalón solo podía ver el rostro de Leod, la espalda de Lucifago y los hombros temblorosos de la muchacha. Con un sobresalto, Absalón advirtió que las flores de la túnica de la chica eran en realidad manchas de sangre.

—Dijiste que convencerías al Vizconde para que se uniera a nosotros y no lo lograste. ¿Sabes que la magia del Vizconde une la esencia de la musa a ese cuerpo, verdad?

—¡Absalón jamás lo haría! ¡Está enamorado de ella! ¡Van a casarse! ¡¿Es que no lo entiendes?!

—¡No me faltes el respeto, maldito viejo!

Leod tembló de pies a cabeza y escondió la mano derecha detrás de la espalda. Pero Absalón ya la había visto: el anciano tenía en su poder la varilla encantada. Era hora de actuar. Lentamente, para no alarmar a Leod, comenzó a ascender hasta la torre. El anciano lo advirtió, pero no cometió el error del Príncipe Licaonte.

—Devuélveme a Thalís —quiso decir *vassari* Leod, pero la voz se le quedó estancada entre las cuerdas vocales.

—¿Perdón? No te he oído... —se burló Lucifago.

Entonces Leod se levantó del suelo y con un grito en la garganta corrió hacia él con la varilla en alto.

Pero Absalón fue más rápido. Antes de que la varilla encantada tocara su cuello, el Vizconde atravesó a Lucifago con la lanza. Thalís gritó, Lucifago trastabilló y Absalón empujó la lanza hacia adelante. Cuando la soltó, el cuerpo agonizante perdió el equilibrio y se desplomó sobre el suelo de la torre. La varilla cayó a los pies de Absalón. Rápidamente, el Vizconde la tomó y se lanzó hacia su enemigo.

No era la primera vez que mataba un demonio, pero nunca lo había hecho de aquella forma. Absalón atravesó la frente de Lucifago con la varilla y apretó los dientes al ver que este todavía tenía los ojos abiertos. El cuerpo comenzó a calentarse, la piel se enrojeció y el cabello no tardó en incendiarse. Las fosas nasales de Absalón se llenaron de la esencia de Lucifago: cerezas, piedra caliza y huevos de rana.

Respirando desesperado, Absalón se irguió, se guardó la varilla en el bolsillo y miró a Leod. La muchacha, Thalís, sollozaba entre los brazos de su padre y Absalón advirtió que tenía una herida en el costado. No era grave.

—Te pondrás bien —exclamó y saltó de la torre rumbo al balcón.

—¡Lucienne! —gritó. El muchacho no estaba allí, pero Absalón estaba

seguro de que era el balcón correcto. Era posible que se equivocara, por supuesto, pero...

Atravesó la ventana y entró en la habitación. Era un pequeño depósito de trastos viejos que había hecho las veces de bodega. Absalón la recordaba. Allí, hacía cientos de años, solía ocultarse cuando su padre lo buscaba para llevarlo a presenciar las ejecuciones.

—¿Buscas esto, Vizconde?

Absalón se volteó. La mujer pelirroja sostenía a Lucienne de la túnica y lo mantenía casi en el aire, en puntas de pie, amenazándolo con un enorme trozo de vidrio. La sangre chorreaba de la muñeca de la mujer, roja y mágica, manchándole la túnica de Lucienne con gruesas lágrimas sangrientas. Absalón parpadeó sin comprender. Examinó a la mujer por un instante. Era atractiva, de largo cabello rojo y enormes ojos verdes que recordaban a los de un felino de raza.

—¡Theressa! —exclamó.

Theressa, la súcubo.

—¡Me has recordado! —exclamó ella, despechada—. ¡Pensé que me habías cambiado por un plato más apetitoso que yo, pero veo que te has vuelto vegetariano! —rió, acariciando el cuello de Lucienne con el filo del vidrio.

—Suéltalo, Theressa... ¡suéltalo y luego podremos hablar tranquilamente todo el tiempo que quieras!

—Siempre supe que tus gustos estaban algo desviados, Vizconde —y agregó, dirigiéndole la palabra a Lucienne—: no sé lo que te haya dicho, pero no creas que su relación será aceptada fácilmente en los altos círculos, bonito. Eres una simple y vulgar musa, y en tu condición no podrás darle hijos al Vizconde. ¿Quién se hará cargo de las noventa y nueve legiones de Absalón cuando decida desaparecer?

—¡Deja de decir tonterías, Theressa! —exclamó Absalón. Algo en la expresión de Lucienne había cambiado, algo en el brillo de sus ojos, en su forma de mirar. Y no era solo a causa del miedo—. ¿Qué es lo que quieres?

—Sabes que moriré, Absalón. Lo sabes, ¿verdad?

Absalón tragó saliva. Estando Yuhèlle muerto, nadie podría forjar una nueva *menkalinen* para Theressa. Ni para ella ni para ningún cosechador que aún estuviera con vida. Absalón no tenía idea de qué harían para buscar un nuevo forjador. Dudaba que algún discípulo de Yuhèlle siguiera vivo.

—Lo lamento. No puedo hacer nada.

Theressa soltó un gruñido y la mano con la que sostenía el vidrio tembló.

Lucienne abrió los ojos como platos.

—¡No puedo hacer nada! —gritó Absalón—. ¡Deja a Lucienne!

—¡Sí puedes! —vociferó ella—. ¡Puedes mover mi esencia hacia un cuerpo humano!

—No funcionará —dijo Absalón—. Es lo mismo que he hecho con Lucienne. Este no es su verdadero cuerpo, es de un muchacho llamado Gauvin Lautréamont. Hace cuatrocientos años hicimos una apuesta. Lo que ves es el resultado. Lucienne sigue necesitando su *menkalinen* y las almas humanas.

Theresa soltó a Lucienne y dejó que el vidrio cayese al suelo, donde estalló transformándose en un charco de chispas resplandecientes. Con un jadeo estrangulado, la súcubo se llevó las manos al rostro y comenzó a sollozar con fuerza. Cayó al suelo; su vestido rojo se desparramó entre sus largas piernas como un río de sangre y Absalón observó que había perdido los dos zapatos.

—¡No quiero morir, Vizconde!

Entonces sucedió algo imprevisible. Lucienne se agachó junto a la súcubo, le apartó los brazos del rostro y la abrazó. Sacudida por la sorpresa, Theresa se quedó estática por un momento, pero luego le correspondió el abrazo, rendida, agotada.

Absalón soltó un suspiro y fue a su encuentro.

—Debemos irnos. Todo ha acabado —dijo—. Theresa, puedes venir con nosotros. Estoy seguro de que encontraremos una solución para todo esto.

La súcubo lo miró por encima del hombro de Lucienne. Sus grandes ojos felinos se habían hinchado. Asintió.

—Vamos, en marcha.

Absalón ayudó a Lucienne a ponerse de pie y dejó que Theresa se aferrara de su brazo. Los siervos de la entrada principal ya no estaban allí. Corriendo entre los muertos, los tres salieron del castillo rumbo al mundo exterior.

Azotada por el viento infernal, la barca se bamboleaba hacia los costados y no dejaba que Lucienne conciliara el sueño. Absalón estaba sentado en la proa y el muchacho descansaba con la cabeza en su regazo, cubierto con la túnica que le entregaran los siervos de Lucifago. Absalón meditaba en silencio y le acariciaba el cabello con aire distraído.

Theresa, sentada en el otro extremo, los contemplaba con curiosidad, casi con cautela.

Thadeus, erguido en medio de la barca, permanecía con la mirada fija en la

mancha oscura en la que se había transformado el castillo flotante del Vizconde Absalón.

Una niebla rojiza se levantaba por encima de las aguas hirvientes, como si el cielo soplara sobre ellos, en lentas bocanadas, su aliento teñido de sangre. La temperatura en la barca descendía a medida que se acercaban a la isla Ostranenie. Había algo allí que Absalón debía recuperar: el cuerpo de Julien. Abatido, recordó que no había podido mantener su promesa. Michel estaba perdida.

—¿Y tu castillo? —preguntó Theresa, que a pesar de la temperatura tiritaba de frío.

Absalón se encogió de hombros, pero no miró hacia atrás.

—No hay allí nada valioso que desee proteger. Todo lo que quiero está aquí conmigo en esta barca.

Y bajó los ojos hasta Lucienne, acurrucado a sus pies.

Theresa achicó los ojos y los observó con atención, tal vez intentando hallar algún defecto en ellos, una fisura. No había nada. Y si lo había, no pudo verlo. Absalón había apoyado su brazo izquierdo a lo largo del borde de la barca. El derecho se perdía entre la túnica de Lucienne. Sus manos estaban entrelazadas. Theresa no lo advirtió.

—Has pasado demasiado tiempo en el mundo de los humanos, Vizconde —exclamó ella, enfatizando el estatus de Absalón. Él levantó la mirada.

—No más que tú, querida. Me atrevería a decir que en algo somos muy parecidos. ¿Acaso no te has maravillado de la nueva concepción de amor de este mundo? Ahora las personas contraen matrimonio porque se aman y no por intereses económicos.

Absalón estaba rememorando una vieja conversación que había mantenido con Theresa.

—Hay excepciones —suspiró Theresa.

—Y tú debes de saberlo mejor que yo —aclaró Absalón. Ella levantó la mirada, pero no había nada en los ojos de Absalón que remitiera a la burla o al desprecio.

—Has cambiado —dijo ella—. Has cambiado muchísimo.

Absalón esbozó una pequeña sonrisa. Lucienne dijo algo entre sueños.

—Me han cambiado —aclaró el Vizconde—. Por la fuerza. A los golpes.

Theresa le devolvió la sonrisa.

—Me alegro por ti.

Un silencio tímido absorbió la barca. Ni siquiera se oía el siseo de la

respiración de Lucienne, ahogada por la túnica que lo cubría de pies a cabeza. Theresa suspiró y miró el cielo, tal vez buscando en él alguna estrella que la guiara hacia un sitio mejor, un lugar donde la muerte por inanición no doliera y fuera rápida. Pero en el cielo de los Infiernos no había estrellas. Y la muerte por inanición siempre sería lenta y dolorosa.

—¿Volverás? —preguntó ella, porque la conversación era lo único a lo que podía echar mano para olvidar que estaba agonizando. Absalón, que lo comprendió, aceptó la charla como una retribución a la compañía y amistad que Theresa le había brindado.

—Supongo que tarde o temprano se irán. Los que queden. ¿Crees que se ocuparán de ocultar los cadáveres?

—Creo que los lanzarán a las aguas sin más.

Absalón soltó la mano de Lucienne a regañadientes y trazó en el aire una estrella similar a la que dibujara la noche en que le ofreciera la apuesta a Luciania. Cuando los destellos del mensaje se evaporaron, lo recorrió un estremecimiento al darse cuenta de que aquella apuesta, aquel capricho, era lo que le había salvado la vida a la musa.

BRANISLAW Y LA VOZ MISTERIOSA

Había en el Océano Crepitante un joven que ya se acercaba a la edad madura. Se llamaba Branislaw y vivía solo en una hermosa casa ubicada en el acantilado más alto del Océano. Desde allí, Branislaw observaba el rojo sangriento del cielo y soñaba con el día en que tuviera una familia propia, pues había quedado huérfano de pequeño y no se tenía más que a sí mismo. Sin embargo, no hacía nada para que sus sueños se hicieran realidad. Una vez al mes, bajaba de su acantilado a visitar el pueblo, compraba alimentos para abastecer su despensa, veía alguna obra de teatro, bebía unas copas en la taberna y cuando el cielo se hacía más rojo, elegía alguna muchacha para pasar la noche.

Un día se dio cuenta, horrorizado, de que ya se había acostado con todas las jóvenes hermosas del pueblo y volvió a su acantilado muy abatido. Esa noche, cuando se miró en el espejo, observó en su rostro las primeras arrugas. Decidió que debía dejar de perder el tiempo y que tenía que buscarse una esposa. Comenzó a recordar a las mujeres con las que se había acostado, pero ninguna lo convencía. Se preguntó por qué, ya que todas eran muy bellas y bien dispuestas a complacerlo.

—¡Porque son rameras! —dijo una vocecita—. Y como todos los idiotas exigentes como usted, quiere una mujercita perfecta que le complazca todos los caprichos en la cama y luego le tenga listo el desayuno. Pues déjeme que le ilumine, señor: ¡no existe tal mujer en todo el Océano Crepitante! ¿Va a perder el resto de su vida buscándola en este pueblo?

—¿Quién está ahí? —exclamó Branislaw, sobresaltado—. ¿Quién ha dicho eso?

Y Branislaw sintió miedo porque en la habitación no había nadie más que él y, además, porque acababa de darse cuenta de que la voz había dicho algo muy cierto.

—Quiere algo perfecto, pero ¿es usted perfecto, señor? Yo creo que no. Se está quedando calvo, tiene barriga, ronca demasiado y se despierta con aliento a cementerio...

—¿Quién está ahí? —interrumpió Branislaw, porque no soportaba que alguien o algo tan insolente le enumerara esos defectos físicos que habían

comenzado a avergonzarlo—. ¡Le exijo que se muestre!

—Lo siento, señor, ¡a mí nadie me exige nada!

Y la voz desapareció y aunque Branislaw siguió gritándole, no volvió a decir nada más.

Branislaw no tenía servidumbre y revisó solo todas las habitaciones y rincones de su casa, sin hallar ningún intruso. Recorrió el acantilado y los territorios circundantes, pero tampoco encontró a nadie. Y así comenzaron a pasar los días y Branislaw se preguntaba de quién sería aquella voz tan desvergonzada que le había dicho aquellas cosas tan ciertas. Intentó recordarla y descubrir si se trataba de un hombre o de una mujer, pero no lo logró. La voz simplemente se había esfumado. ¿Sería de una mujer?, divagaba mientras miraba el cielo enrojecido. Y si se trataba de una mujer, ¿sería guapa? Seguramente era una mujer muy inteligente... y muy desafiante. Y las mujeres así tenían que ser hermosas...

Llegó el día en que debía ir al pueblo. Desganado, bajó del acantilado y emprendió camino hacia la avenida principal. Pasó por el teatro, por la taberna, por el lupanar, por los almacenes... y descubrió que ya conocía de memoria todos aquellos sitios y que su vida era demasiado monótona y aburrida. Alzó la mirada hacia el acantilado. Allí, su casa lo esperaba y lo esperaría siempre, y de repente Branislaw deseó poder guardarse su casa en el bolsillo para poder recorrer el Océano Crepitante y elegir un nuevo pueblo donde establecerse... o simplemente, no establecerse en ninguno y viajar sin rumbo fijo...

Divagaba, como siempre, tejiendo esos planes que jamás concretaba y, sin querer, llegó a un campo de violetas. Sorprendido, descubrió que no sabía a quién pertenecían aquellos territorios y que debía haber caminado bastante. Al mirar a su alrededor, vio que un muchacho descansaba bajo la sombra de un árbol y decidió acercarse para preguntarle dónde se hallaba.

—Joven —susurró Branislaw—. ¿A quién pertenecen estos campos? ¿Podría indicarme el camino de vuelta al pueblo?

El muchacho no contestó. Estaba despatarrado entre un montón de hojas secas, con un sombrero de paja que le ocultaba el rostro. Vestía una camisa harapienta pero limpia y unos pantalones igual de gastados. No llevaba zapatos, pero las plantas de sus pies no estaban sucias.

—Joven, ¿me oye? ¿Cómo se llama este campo? ¿Quién es su propietario?

El muchacho tampoco respondió. Branislaw comenzó a impacientarse.

—¡Joven! ¡Le exijo que me responda!

Entonces el muchacho se levantó de un salto y se plantó frente a Branislav diciendo:

—Lo siento, señor, ¡a mí nadie me exige nada!

Branislav se quedó boquiabierto, porque recordaba aquellas palabras. El muchacho soltó una carcajada y echó a correr. Branislav, quien estaba tan obsesionado por saber a quién pertenecía la voz misteriosa, se lanzó a perseguirlo por los campos de violetas. El muchacho era delgado y veloz, pero en un momento tropezó con una roca y cayó de nariz al suelo. Branislav, con la respiración en un hilo, se apresuró a atraparlo.

—¡Te tengo, pequeño sinvergüenza! —exclamó triunfante—. Ahora dime, ¿quién eres? ¿Quién te envió a mi casa a decirme aquellas barbaridades? ¿Quién es tu amo?

El muchacho, delgaducho y bajito, colgaba de las manos de Branislav, quien lo había agarrado de la camisa y lo sacudía con brío para que respondiera.

—¡Nadie me envió! —chilló el muchacho, mostrando unos dientes pequeños y torcidos—. ¡No tengo amo! ¡Soy libre! ¡Ahora suéltame! ¡Suéltame, suéltame, suéltame! —Y comenzó a patallar como si estuviera ahogándose en medio del Océano. Entonces abrió la boca muy grande y lanzó un mordisco, y Branislav, del susto, lo soltó y se quedó con su camisa raída en la mano.

—¡Pequeño monstruo! —gritó Branislav, horrorizado.

—¡Mi camisa! —chilló el muchacho—. ¡Devuélvame mi camisa!

Branislav observó el harapo que tenía entre las manos y frunció la nariz. Suspiró.

—Mira, estoy perdido y quiero volver a mi casa. Si me muestras el camino hacia el pueblo, te compraré una camisa nueva. No solo una camisa, te compraré pantalones, zapatos, calcetines...

—¡No quiero calcetines! —gritó el muchacho golpeando el suelo con sus diminutos puños—. ¡Quiero mi camisa! ¡Mi camisa, mi camisa, mi camisa!

Entonces algo pareció cobrar sentido para Branislav.

—Ya sé lo que eres... —susurró con una sonrisa incrédula—. Eres un azimut. ¡Si no te devuelvo la camisa deberás concederme todos los deseos que te pida!

El pequeño ser mágico miró a Branislav con reproche y soltó un suspiro que pareció interminable.

—¿Qué quiere? —inquirió—. ¿Quiere una isla solo para usted? ¿Dinero?

¿Mujeres? ¿Poder?

—Azimut... —susurró Branislaw—. ¡Quiero llevar mi casa en el bolsillo!
El azimut abrió sus grandes y saltones ojos verdes y sonrió con picardía.

—¡Concedido! —exclamó con un chasquido de dedos.

En ese instante, Branislaw sintió que el bolsillo de su abrigo pesaba un poco más que antes. Al meter la mano, sacó de allí una diminuta figura tallada en madera. Era su casa.

—¡Yo no pedí esto! —le grito al azimut, enfadado—. Quiero viajar y que mi casa me acompañe, quiero dejar este pueblo tan aburrido... quiero...

El azimut volvió a chasquear los dedos, y la casa de Branislaw volvió al acantilado.

—Si quiere viajar, puedo ser su guía. Puedo mostrarle las islas más hermosas del Océano Crepitante. Podremos recorrer selvas, montes y desiertos, y jamás nos perderemos, porque mi magia nos mostrará el norte y los ríos donde podremos saciar nuestra sed. Dormiremos bajo las estrellas y comeremos los frutos de los árboles, y seremos libres, más libres que el viento y que cualquiera de las personas que ha conocido en toda su vida.

Y Branislaw, conmovido por las palabras del azimut, se apresuró a aceptar su propuesta, pues sabía que si demoraba tiempo medítandola, se negaría.

Y así emprendieron el viaje Branislaw y el azimut, el pequeño ser mágico, que luego de varios latidos le reveló su nombre: Pejic. Asimismo, Pejic le mostró a Branislaw que podía transformar su apariencia en cualquier cosa, desde el ave más diminuta hasta la más grande y feroz de las bestias. Como lo había propuesto el azimut, durmieron entre la exuberante flora de las selvas y conocieron las serpientes multicolores que reptaban por las arenas de los desiertos. De vez en cuando, a Branislaw se le antojaba algún capricho y le pedía a Pejic que se lo cumpliera, pues aún el azimut no había logrado recuperar su camisa encantada. Así, Branislaw conoció una noche a una hermosa bailarina de largo cabello negro y le pidió a Pejic que le concediera pasar la noche con ella.

—Sobrestimas demasiado la belleza, mi querido amigo —le dijo el escuálido ser mágico—. Pero te comprendo, porque es la única belleza que tus ojos pueden apreciar. Tu deseo será concedido.

Así fue, y esa noche Branislaw se escabulló en la habitación de la bailarina luego de que ella finalizara su espectáculo. Yació con ella, pero cuando se despertó a la mañana siguiente, observó que la joven revolvía sus pertenencias como si estuviese en busca de algo.

—¿Qué buscas entre lo que no es tuyo, mujer? —exclamó Branislav, sobresaltado.

La bailarina se volteó hacia él y lo amenazó con un cuchillo.

—Ese joven que te acompaña es un azimut ¡y te pertenece! ¡Debes tener su ropa en algún sitio! ¡Entrégamela!

Branislav se quedó de piedra.

—Como has dicho, él me pertenece. Y no voy a dártelo a ti.

La mujer, despechada, le escupió en el rostro y aprovechó el instante de confusión para lanzarse sobre él y clavarle el cuchillo en el costado. Branislav gritó llamando a Pejic y el ser mágico se materializó en la habitación. Al ver que Branislav estaba herido y que aquella horrible mujer estaba fuera de sí, Pejic tomó a Branislav de la mano y rápidamente lo trasladó fuera de aquel lupanar.

Días más tarde, Branislav despertó en un pequeño hospital de frontera. Pejic estaba sentado a su lado, dormido con la cabeza entre sus diminutas rodillas.

—Me salvaste la vida aunque te tengo prisionero de mis caprichos —le susurró Branislav al azimut dormido—. Quisiera liberarte, pero sigo siendo demasiado egoísta. Pejic, me gustaría que me ayudaras a deshacerme de mi egoísmo...

Cuando Branislav sanó de su herida, hombre y azimut reemprendieron el viaje. Visitaron antiguos templos, tumbas de reyes muertos hacía cientos de latidos, conocieron innumerables razas animales y navegaron por aguas calientes como el fuego. Pero en uno de esos viajes, Pejic enfermó. Sus ojos verdes se enrojecieron, su piel pálida comenzó a sudar por la fiebre y sus piernas flacas ya no podían sostenerlo. Branislav, desesperado, consultó al médico del barco, pero este le dijo que no podía hacer nada por él, ya que Pejic no era un ser humano.

—¡Toma, Pejic! —le dijo Branislav al azimut, entregándole su camisa—. ¡Cúrate! ¡Haz algo! ¡No puedes morir!

Pejic abrió los ojos y recibió su camisa, y en ese momento el lazo que lo unía a Branislav se rompió para siempre. Sin embargo, la fiebre no desapareció.

—No puedo hacer nada, querido Branislav —dijo—. No sé qué me ocurre y desconozco la cura. Sin embargo, te agradezco tu bondad y quiero que sepas que te querré por siempre. Si muero, moriré con tu recuerdo en mis latidos.

Pero Pejic no solo no murió, sino que a la mañana siguiente, cuando el rojo

del cielo se aclaró hasta transformarse en un rosa pálido, el azimut se encontraba tan saludable que Branislav casi lloró de alegría. Ya no le importaba ser el dueño de la camisa, ni que Pejic ya no estuviera obligado a cumplirle todos sus deseos. Pejic estaba vivo y eso era lo único que importaba. Branislav nunca supo que el azimut, sin saberlo, acababa de cumplirle su último deseo: lo había liberado para siempre de su egoísmo.

Luego de un par de latidos desembarcaron en una isla de arenas blancas y acamparon en la playa. Cuando llegó la noche, también llegó el momento de decir la verdad, puesto que roto el lazo, ambos creían que el uno querría separarse del otro.

—Discúlpame por lo que te dije aquel día —comenzó Pejic—. Seguramente sí habrías encontrado una mujer que te llevara el desayuno a la cama... Y no huelas a cementerio.

—Perdóname por obligarte a que me cumplieras todos mis deseos...

—Quiero cumplirte un último deseo. Pídeme lo que quieras.

Branislav le dijo que no se le ocurría nada y el azimut soltó una carcajada.

—¡Quién se lo habría imaginado! —exclamó.

Branislav suspiró y miró el cielo rojo. Pejic se recostó sobre la arena y estiró las piernas y los brazos.

—Haz aparecer una cabaña. Tengo frío —se quejó Branislav, haciéndose un ovillo en la arena. El azimut no respondió—. Vamos, Pejic... te lo exijo.

Pejic se levantó de un salto y sonriendo le respondió:

—Lo siento, señor, ¡a mí nadie me exige nada!

Los amigos se rieron y juntos caminaron hacia la pequeña cabaña que había aparecido en la cima de un lejano acantilado.

NO QUIERO

*—Ella estaba muy desnuda
y grandes árboles indiscretos
a los cristales arrojaban su follaje
astutamente, muy cerca, muy cerca.*

PRIMERA VELADA, Arthur Rimbaud

Los sueños de Lucienne se desplegaron en su mente como la enorme cola de un pavo real. Oscilando de uno a otro, cada sueño se agitaba en su interior y cuando por fin parecía que uno de ellos comenzaría, la gran cola se sacudía y las imágenes se escabullían. Lo único que Lucienne veía era un abanico de colores, a veces algunos rostros, algunas voces. Ningún sueño comenzaba y por lo tanto, ninguno terminaría.

A su lado, en una de las mesas del anticuario de Zabarith, estaba la poción que el demonio había preparado para él: un brebaje para dormir sin soñar y procurarse un descanso más profundo. De esa forma, cada pesadilla que batallaba por hacerse con la mente del joven era derrotada por los químicos que navegaban por su sangre.

Absalón se acercó a Lucienne y lo cubrió con una manta. Estuvo a punto de sentarse a su lado en el diván, pero se arrepintió. No quería despertarlo. Atravesó el anticuario y observó la calle. Hacía diez minutos había comenzado a llover. La tarde había ido muriendo lentamente, bañada de naranja, y ahora el cielo gris plomo salpicado de violeta se cernía sobre París como una eterna nube de gas venenoso. La lluvia que azotaba la calle y el escaparate le pareció a Absalón un ejército de millones de pequeños y afilados cuchillos en busca de una víctima.

Las luces en el anticuario estaban apagadas por mutuo acuerdo. Cuando llegaran, ninguno las había encendido. Y ninguno lo haría. Se encontraban en una especie de duelo sin luz y sin palabras. Cruzado de brazos, apoyado sobre un reluciente piano rojizo, Absalón miraba la lluvia, pero pensaba en qué

haría ahora que todo el desastre parecía haber terminado.

Nada se acaba, le dijo una voz, *nunca*.

Y él, un demonio de miles de años, lo sabía mejor que nadie. Lo que más le preocupaba era la muerte de Yuhèlle. Pronto, cuando se calmaran las aguas, serían llamados a testificar. Les darían a beber pociones que los obligarían a decir la verdad y vomitarían todo lo que había sucedido como lo harían con una mala comida. Pero ¿y después del juicio? Entre muchas cosas, se rumoreaba que *vassari* Leod quería hacerse cargo de los Infiernos Flotantes.

Nada le devolvería la vida al Maestro de los Orfebres Demoníacos. Los cosechadores morirían y ninguno nacería hasta que un nuevo ser como Yuhèlle pudiese hacerse cargo de las *menkalinen*.

—Vizconde, ¿qué haremos con ella?

Absalón se sobresaltó. Zabaroth, disfrazado de aquel enano deforme, le devolvía la mirada desde su escasa altura.

Absalón observó a Theresa. La súcubo se hallaba sentada junto al mostrador. En su largo vestido rojo se reflejaban las llamas de las velas que Zabaroth había encendido. En su debilidad, no había podido mantener a raya el conjuro que mantenía su esencia oculta. Absalón respiró... y el aroma a ajeno, margaritas y lava le raspó la garganta como un bocado de espinas.

—Con la musa, Vizconde...

Zabaroth se refería al cuerpo de Talía. El jefe del mercado negro de pactos demoníacos lo había sumergido en una tina con un brebaje que impediría su descomposición hasta que decidieran qué hacer con él. Por el momento, la tina permanecía en el sótano del anticuario, fuera del alcance visual de cualquier cliente que osara entrar en la tienda.

El cuerpo de Julien había sufrido heridas graves, pero el muchacho se había negado a permanecer dentro del cuerpo del ser que los traicionara. Ahora se encontraba en una clínica privada, recuperándose de la pierna rota y las contusiones, rodeado de un equipo de médicos mudos y de mirada vacía. Sheila se encontraba con él.

—No lo sé —susurró Absalón. El ruido de la lluvia ahogó sus palabras, pero Zabaroth lo oyó.

A Absalón le preocupaba Theresa. Su presencia le incomodaba y temía lo que pudiese decirle a Lucienne si su propósito era separarlos antes de morir.

Zabaroth suspiró, caminó hacia la puerta del anticuario y puso el cartel de “cerrado”. Absalón fue al encuentro de Theresa. La súcubo jugueteaba con unas gemas brillantes que estaban sobre el mostrador. Perplejo, el Vizconde

observó que eran *menkalinen*. Debía de haberlas robado cuando todos los demonios se mataban entre ellos. Absalón se sentó a su lado y las contempló. Eran cinco piedras brillantes, de tamaños diversos. Tres estaban vacías. Dos aún tenían algo en su interior.

—Ninguna es la tuya.

—Ninguna me sirve —dijo Theresa—. ¿Qué ocurrirá? ¿Nos dejarán morir?

Absalón tomó una de las *menkalinen*. Era de color rosa pálido y en su interior flotaba una especie de humo perlado. Era belleza. Absalón sacudió la cabeza.

—No lo sé —repitió.

Los hombros de Theresa temblaron y un grito desgarrador le atravesó la garganta y reverberó en todo el anticuario. Golpeó el mostrador con los puños y varias de las *menkalinen* cayeron al suelo.

En ese instante, Lucienne despertó de su sueño con un jadeo.

Zabaroht, que se había sentado junto al piano, se giró y lo miró confundido.

—¿Por qué...?

—¿Por qué se ha despertado? —completó Absalón.

Lucienne apartó la manta y se frotó los ojos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el Vizconde.

El muchacho asintió. Miró en derredor y detuvo los ojos en Theresa.

—¿Has tenido pesadillas? —inquirió Zabaroht. El demonio tomó el vaso de la poción y lo olió.

—No. Solo... vi algo como un destello... y me desperté.

Absalón se puso de pie.

—Zabaroht, se supone que tenía que dormir hasta mañana. Si no descansa jamás se recuperará.

—¡Eso hice, Vizconde! —se quejó el jefe del mercado negro de pactos demoníacos—. La poción está perfectamente realizada. No comprendo por qué...

—¿Qué es eso? —exclamó Lucienne, señalando el suelo.

Zabaroht y Absalón se giraron. Lucienne saltó del diván y corrió hacia el mostrador. Se agachó junto a Theresa y recogió algo del suelo. Era una gema de color aguamarina.

—¡Mi *menkalinen*!

Lucienne soltó la gema y se sostuvo la cabeza. Gimiendo de dolor, se acurrucó en el suelo, pálido y tembloroso.

—¡Zabaroath! —gritó Absalón.

Theressa se levantó y lo ayudó a ponerse de pie. Entre ella y Absalón volvieron a recostarlo en el diván y Zabaroath volvió al cabo de un par de minutos, con otra poción humeante en las manos.

—No puedo creerlo —declaró Absalón, observando la *menkalinen* de Lucienne. Las almas seguían allí, brillando en el interior de la gema.

—Michel... —susurró Lucienne, pasando la vista de Absalón a Zabaroath—. ¿Es posible que podamos recuperar su alma?

Theressa había abandonado el grupo. Ajena a la felicidad de aquellos tres hombres, imposibilitada para compartirla, caminó hasta el otro extremo del anticuario y se recostó en un sillón. Se recogió el vestido y apoyó la cabeza entre los almohadones, en busca de un poco de sueño y paz. Esperaba, rogaba, no despertarse nunca.

—Su alma sí, pero su cuerpo...

—¿Y el cuerpo de Talía? —preguntó Lucienne.

—¿Su divinidad propone que coloquemos el alma de Michel en el cuerpo de Talía? —replicó Zabaroath, no muy convencido—. No creo que a Julien le agrade.

—Pero recuperará a su amigo... amiga —insistió el chico—. Y será una mujer, la mujer que siempre quiso ser.

—Eso es verdad —aceptó Absalón—. Supongo que debemos consultarlo con él.

—Yo iré. Ustedes dos, regresen a casa.

—¿Y ella? —susurró Lucienne, señalando a Theressa con la cabeza.

—Yo la cuidaré, no se preocupen. Descansen. Cuando tenga novedades, les avisaré.

Zabaroath les entregó una caja con varias botellas de vidrio; pociones que ayudarían en la recuperación de ambos, tanto física como mental.

—Buenas noches, Vizconde, su divinidad.

—Adiós, Zabaroath.

Cuando bajaron del taxi ya era medianoche. En las ventanas del viejo edificio de la calle Etienne de la Boétie aún había luces encendidas.

—Qué bueno que todavía no lo han demolido —comentó Lucienne, cubriéndose la cabeza con el abrigo que le había prestado Zabaroath.

Absalón abrió la puerta susurrando unas palabras y ambos penetraron en la oscuridad del pasillo. El ascensor no funcionaba, de manera que comenzaron a

subir por las escaleras. Lucienne sucumbió al cansancio en el tercer piso. Jadeando, se sentó en un escalón y le pidió al Vizconde que lo aguardara.

Absalón chasqueó la lengua y lo alzó en brazos. Lucienne soltó un pequeño grito de sorpresa y se sostuvo de su cuello. Quiso decir algo, pero el rostro serio de Absalón lo detuvo.

—De verdad pensé que moriríamos —dijo el Vizconde cuando llegaron al séptimo piso—. Por la Reina Madre, si hubieses muerto, yo...

Lucienne escondió la cabeza en el hueco de su hombro y lo besó detrás de la oreja. Absalón dio un respingo y emitió una risita suave. Cuando finalmente llegaron al décimo piso, Lucienne intentó soltarse, pero Absalón se lo impidió.

—Ya que comenzamos, déjame terminar —dijo el Vizconde con tono burlón.

Abrió con una patada la puerta del pequeño apartamento. Todo seguía tal cual lo habían dejado. La cama deshecha, las medicinas en la mesita de noche, el televisor y el cesto repleto de basura. Todavía con Lucienne en brazos, Absalón cerró la puerta.

—Anda, bájame —dijo el chico.

Absalón soltó se acercó a la cama y, con cuidado, depósito a Lucienne sobre el colchón. El muchacho esbozó una sonrisa sarcástica.

—Qué romántico —susurró, mordiéndose los labios.

—Cállate —respondió Absalón, aunque su rostro parecía decir lo contrario.

El apartamento estaba a oscuras y el Vizconde contempló el interruptor con vacilación. No encendería la luz. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas, y la oscuridad a su alrededor se hizo más sólida, más profunda.

—Deja que entre un poco de aire —susurró Lucienne.

Absalón abrió la caja de pociones y extrajo un pequeño frasquito.

—¿Qué es? —preguntó Lucienne, que apenas observaba la sombra del Vizconde moviéndose en medio de las tinieblas.

Absalón se bebió la mitad del contenido del frasco. Observó los ojos de Lucienne, azules, cálidos y expectantes. A través de la penumbra, sus ojos se devolvieron la mirada. Lucienne, serio, parpadeó y observó el sitio vacío a su lado. Detrás de Absalón, la noche parisina flotaba en medio de la niebla, sin luna y sin estrellas. Desde la cama, el chico contempló cómo las luces que llegaban desde la ciudad acariciaban el contorno de la silueta del Vizconde, tímidas, sin atreverse a tocarlo. Absalón se llevó la mano vacía al cuello y el

chasquido del primer botón se oyó por encima del siseo de su respiración. Lucienne frunció las cejas, pero enseguida su rostro se transformó. Le era imposible mantenerse serio y Absalón se contagió con su sonrisa, ambas cómplices de sus dueños.

—Ey, deja algo para mí —susurró Lucienne cuando el Vizconde acabó de quitarse la camisa.

—¿No te basta con todo esto? —bromeó Absalón acercándose, alzando los brazos.

Lucienne se irguió en medio de una carcajada y, tomándolo del broche del cinturón, lo arrastró hasta la cama. Absalón se desplomó sobre él y buscó ansioso su boca; Lucienne echó la cabeza hacia atrás para dejarse besar y rodeó a Absalón con los brazos dejando que el calor de sus pieles se hiciera uno, que sus esencias por fin se encontraran.

Absalón deslizó las manos por debajo de la camiseta del muchacho y lo aferró de las caderas para atraerlo más hacia su cuerpo.

—Eres tan bello —suspiró el Vizconde—. Más que Luciania.

—Anda, no mientas —dijo Lucienne, deslizando los brazos por su pecho.

—Es verdad. Eres más bello. Y menos cascarrabias...

Los dedos de Lucienne fueron revoloteando por su vientre hasta encontrarse con el broche del cinturón. Absalón se mordió los labios y dejó que el chico le quitara los pantalones.

—¿Cómo es una boda en los Infiernos? —preguntó Lucienne.

Absalón gruñó y le sacó la camiseta sin mucha delicadeza.

—No puedo creer que pienses eso en este momento... —susurró Absalón, con una risa sofocada.

La esencia de Lucienne se disparó al aire y el Vizconde, con los sentidos embriagados, dejó que la suya propia también se desnudara, se mostrara sin embrujos, sin magia, tan desnuda como él mismo. Amapolas, rayos de sol y arena mojada.

Lucienne jadeó, descubriendo por primera vez eso que Absalón llamaba esencia y que aún no acababa de comprender.

—No puedo evitarlo —farfulló—. Siento... curiosidad... —Y cerró los ojos con fuerza, apretando los dientes.

Sus fragancias se elevaron sobre ellos, los rodearon, los abrazaron, descendieron por sus cuerpos junto al sudor de sus pieles y se fundieron haciéndose una, convirtiéndose en una única esencia.

—¿Esto es...? —dijo Lucienne, respirando profundamente por la boca.

—Sí... somos tú y yo.

Lucienne suspiró, con todo el peso de Absalón sobre sus caderas. El demonio paseó las manos por su pecho pálido y se inclinó hacia él. Sus pechos se rozaron, sus corazones se reconocieron, sus pieles se saludaron, mojadas y calientes, inundadas de la fragancia del otro. Absalón arrastró los dientes por el cuello de Lucienne y la voz del muchacho se arrastró por su garganta, ahogada, agonizante, buscando una salida. Pero no alcanzó a hallarla. Absalón enredó los dedos en su cabello y le hizo abrir los ojos. Con un delicado envío de sus labios, Lucienne rompió la distancia y lo besó.

Se miraron por unos segundos y el chico sintió que Luciana, la musa que vivía en su interior, iba muriendo lentamente. No importaba el pasado. No importaba si Lucienne era Luciana, si lo había sido o si algún día volvería a serlo.

Al otro día, cuando Lucienne despertó, ya había caído el sol. El cielo era de un azul vaporoso, pero el horizonte estaba teñido de dorado y más allá, una columna de color gris metálico le recordaba las cenizas del algún incendio lejano. Los edificios eran como piezas de dominó, rectangulares, colocados en orden, iluminados por el trabajo de todas aquellas almas que dormían en la oscuridad.

Lucienne se sentó en la ventana y contempló la noche. Absalón seguía durmiendo; su rostro estaba sereno y Lucienne sonrió al ver las sábanas revueltas y la almohada en el suelo. Suspiró. Un nuevo día, una nueva noche. ¿Qué les depararía el futuro? ¿Absalón volvería a sus tareas como gobernante de los Infiernos?

—Musa Luciana...

Lucienne levantó la mirada, sobresaltado. Ante él, flotando en medio de la nada, se encontraba *vassari* Leod, el anciano comerciante de los Infiernos. Vestía como un ser humano: vaqueros y camisa a rayas. Lucienne parpadeó y descubrió que el anciano estaba parado sobre algo.

—¿Le gusta mi alfombra, musa Luciana? —exclamó el demonio en voz baja. Claramente, había observado que Absalón dormía y no deseaba despertarlo.

—Es Lucienne.

Vassari Leod alzó las cejas.

—Deseo hablar con usted, Lucienne. A solas. No tema, no le haré daño.

El demonio le tendió la mano a través de la ventana y Lucienne la aceptó

regañadientes. Miró hacia atrás, pero Absalón seguía dormido. *vassari* Leod se sentó en la alfombra y cuando Lucienne se ubicó detrás de él, emitió un silbido suave. La alfombra se puso en marcha. Lucienne la observó, azorado. Era de color rojo sangre, con detalles dorados en forma de flor de lis. La alfombra se elevó por los aires, atravesó la niebla que cubría el cielo y lentamente fue adentrándose cada vez más en el cielo parisino. Lucienne pensó que llegarían a las nubes, pero la alfombra se detuvo cuando superó la altura del edificio más alto de los alrededores.

—¿De qué quiere hablar conmigo, *vassari*? —preguntó Lucienne.

Vassari Leod estaba sentado a la cabeza de la alfombra, con las piernas cruzadas y observando al frente.

—¿Es verdad que usted y el Vizconde van a casarse? —preguntó.

—Sí.

—Supongo que la boda será en los Infiernos...

—Supongo.

Vassari Leod se giró y miró a Lucienne a los ojos.

—Lucienne, ¿usted no puede ni imaginarse el estado en que se encuentran los Infiernos Flotantes en este momento, verdad? —Lucienne calló. No, no podía. *Vassari* Leod se miró las manos. Eran unas manos ancianas—. Estamos recuperándonos de una guerra. Todo nuestro mundo parece haberse transformado. Los señores no se hacen cargo de sus obligaciones. Los esclavos han huido y hace años que no se recauda dinero de los impuestos. Ya nadie paga por ir de una isla a otra, las embarcaciones de mi isla están en el muelle y las usa cualquier persona, sin pedirle permiso a su dueño. Y su dueño no se queja, no... su dueño duerme la siesta en la playa, en una hamaca, y mira el cielo, como si el cielo pudiera devolvernos la vida de todos los muertos...

—Nada podrá devolverles la vida a los muertos. *Vassari* Leod, ¿qué quiere de mí?

—Si usted pudiera hablar con el Vizconde, necesitamos alguien que gobierne...

—No.

Vassari Leod abrió los ojos como platos y abrió la boca, pero no dijo nada.

—Lo siento, *vassari*. Si la anarquía de su mundo no le agrada, quizá pueda mudarse de mundo. Venga a vivir a este. Aquí los seres humanos trabajan diez horas al día para alimentar a sus familias y saben que no pueden subirse a un automóvil que no les pertenece sin correr el riesgo de recibir un disparo en la nuca... —Lucienne se volvió hacia Leod—. Detesto este mundo —susurró,

más para sí mismo que para su interlocutor—. Detesto ver cómo los seres humanos desperdician su vida. Pero ¿de qué me quejo? Absalón y yo nos alimentamos de ellos...

—Usted es demasiado joven, Lucienne, no ha vivido lo suficiente — exclamó Leod con frialdad—. Vivimos tanto tiempo que necesitamos mantenernos ocupados en algo. Quizá los Infiernos le parezcan un paraíso porque lo compara con este mundo, pero la comparación no es imparcial porque nosotros no somos humanos. Llegará el momento en que alguien decidirá ponerle fin a esta utopía. Y esa persona no será Absalón. Entonces seremos sometidos nuevamente.

—Si eso llega a suceder, significaría que no han aprendido nada —exclamó Lucienne, impaciente—. ¡Es libre, *vassari*! ¡Disfrute que está vivo! ¡Deje de preocuparse por sus negocios y sus obligaciones! ¡Viva, abra los ojos y sea libre! Pero, por lo que usted mismo ha dicho, permanezca atento. Ahora, por favor, lléveme de vuelta.

El viaje de regreso transcurrió en un silencio absoluto. *Vassari* Leod sabía que no obtendría nada de Lucienne y este observó que el anciano permanecía pensativo, con la mirada fija en el horizonte pero sin mirarlo realmente. Meditaba lo que Lucienne acababa de decirle.

Cuando llegaron a la ventana, Lucienne se puso de pie y se metió a la habitación de un salto.

—Adiós, *vassari* Leod.

—Adiós, Lucienne.

—Ah, *vassari*... —El demonio se giró—. ¿Por qué ha venido en una alfombra? Es decir, ¿por qué no ha venido volando por sus propios medios?

Leod frunció el ceño como si Lucienne hubiese dicho una tontería.

—No puedo volar.

Dicho eso, desapareció a toda velocidad.

Lucienne se sentó en el alféizar de la ventana, con las piernas colgando a casi cincuenta metros del suelo. Ya no sentía miedo de las alturas y, entre otras cosas, deseaba que Absalón le enseñara a volar.

—Buenos días —dijo la voz del Vizconde detrás de él. Lucienne se giró. Absalón estaba de pie, aún desnudo y despeinado—. ¿Ya se ha ido el viejo idiota?

—¿Sabías que estaba aquí?

—Dejó libre su esencia por un instante, protocolo.

Lucienne chasqueó la lengua. También quería aprender eso: separar de

entre los aromas del mundo la fragancia de las esencias demoníacas. Sería un problema si solo podía percibir las en medio del sexo.

—Preguntó si nos casaremos en los Infiernos —susurró Lucienne. Absalón calló. En silencio, rescató sus pantalones del suelo y se los puso sin el cinturón.

El Vizconde fue al baño, se mojó el rostro y volvió a la habitación. El muchacho seguía allí, sentado en la ventana, mirándolo fijamente.

—Ya no quieres... —exclamó Lucienne con la voz quebrada—. Es eso, ¿verdad? Anoche, cuando te dije...

Absalón apretó los dientes y se sentó a su lado.

—No es eso. Óyeme. Lucienne. —El chico tenía el rostro oculto en las sombras. Absalón alargó la mano hacia su barbilla y le hizo alzar la cabeza—. Tú no lo recuerdas, pero me rechazaste en más de cinco ocasiones. No querías casarte conmigo. Ahora has olvidado tu vida pasada... Estás recordando de a poco, pero aún no recuerdas la mayor parte de las cosas. No querías ser mi esposa. Y siento que si ahora nos casamos, estaría traicionando a aquella musa de la que me enamoré hace más de dos mil años.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Absalón apartó la mirada. Ya había acabado de anochecer. Esa noche había luna: era apenas una delgada línea brumosa estampada contra el cielo negro.

—Cuando estábamos en mi castillo, Lucifago...

—¿Qué?! —gritó Lucienne—. ¿Lucifago fue quien hizo que cambiaras de opinión?

—¡Pero tenía razón, Lucienne! ¡Tú ya no eres Luciania! ¡No sé lo que eres!

Lucienne se cubrió el rostro con las manos y soltó un gemido. Absalón intentó acercarse para consolarlo, pero el joven se bajó del alféizar y caminó hasta el centro de la habitación, temblando y sollozando.

—¿QUE NO SABES QUÉ SOY?! ¡ESTOY SOY, MALDITO SEAS! —Y sacó del interior de su camiseta la *menkalinen* de color aguamarina, se la arrancó del cuello y la lanzó contra la pared.

—¡Lucienne...!

El chico se sentó en la cama pesadamente, llorando desconsolado. Absalón se agachó a sus pies y apoyó las manos en sus rodillas para confortarlo.

—Querido, no te confundas. Sabes que te amo, pero el Absalón que te perseguía por el mundo intentando conquistarte ya no existe. Ya no me importa que nos casemos, porque un matrimonio no habría significado nada si tú no me amabas. ¿Lo entiendes? Ahora que por fin estamos juntos —alargó las manos

hacia su rostro y le acarició las mejillas—, un casamiento me parece algo banal, sin importancia.

—Quizá para ti es así...

Absalón frunció el ceño. Se levantó y se sentó al lado de Lucienne.

—¿Para ti no? Explícate.

El chico dejó caer otro sollozo.

—Entiéndeme tú también. Creía ser humano y creía tener padres, pero nada de eso era así. De un momento a otro descubrí que no era nadie, que no tenía familia, que estaba solo. Y pensé que si nos casábamos... seríamos una familia.

Absalón se mordió el labio y esbozó una pequeña sonrisa.

—Entonces nos casaremos —exclamó. Lucienne frunció las cejas y estuvo a punto de replicar, pero Absalón lo interrumpió—: Casados o no, tú ya eres mi familia, tenlo bien en claro. —El Vizconde se puso de pie—. Pero tendremos que casarnos en los Infiernos... porque lamento decirte que aún no sé caminar con tacones.

Lucienne sonrió con timidez y se secó las lágrimas. Absalón recogió la *menkalinen* del suelo, le apartó el cabello de la nuca y con delicadeza se la colocó de nuevo alrededor del cuello.

EPÍLOGO

La muchacha tenía los brazos apoyados sobre la baranda de la cubierta y contemplaba el horizonte que se perdía entre el azul del océano. El sol le arrancaba reflejos rubios a su cabellera castaña. Llevaba un bonito vestido color crema con flores rosadas y unas graciosas sandalias cubrían sus pies pálidos. Una pulsera de cuentas de colores le adornaba la muñeca.

—Mi regalo para ti, bonita —le había dicho la mujer negra, días atrás, cuando Michelle despertó en el cuerpo femenino que ahora ocupaba.

Sus recuerdos eran como las olas de ese mar calmo, se sepultaban una y otra vez, y era imposible intentar atraparlos. Lentamente y con paciencia, Julien le contaba todo lo que había ocurrido, aunque a veces su memoria le jugaba malas pasadas y al rato olvidaba lo que su novio acababa de contarle.

Sí, Julien ahora era su novio y el cuerpo de Michelle era el de la chica que siempre había sido.

¿Dónde estaban? Diablos, lo había olvidado de nuevo... pero al evocar la palabra *novio*, lo recordó: estaban en una boda, la boda de esos amigos que Julien había hecho en el tiempo que ella había permanecido dormida.

En otras palabras, era la boda de Lucienne y Absalón.

Michelle se giró. Ese Absalón debía tener mucho dinero, pensó mientras aceptaba una copa de champán de la bandeja de un camarero. Sonrió con agradecimiento cuando el joven la llamó «señorita». Sí, era un noble, algo así le había contado Julien. Un marqués o un conde. Solo un noble podía ser dueño de un barco como ese.

Era extraño, los invitados eran extraños. Algunos tenían ojos de gato; otros, las orejas puntiagudas como los duendes. Michelle recordaba que Julien le había contado que los demonios existían. ¡Qué novedad! Entonces... esos seres eran demonios, ¿verdad?

—No todos, linda —le dijo la mujer negra, acercándose. Llevaba un vestido corto celeste que resaltaba el color de su piel. Michelle se sentía incómoda cuando estaba cerca de ella. Le parecía que la mujer le leía la mente, ¿sería también un demonio?—. Lucienne es una musa que devora almas, Absalón es un demonio que devora años de vida. Los demonios, aunque ahora te cueste entenderlo, mantienen el orden de este mundo.

—¿Y tú qué eres?

La mujer negra abrió la boca, pero alguien la interrumpió.

—¡Nuestra nueva Orfebre! —exclamó Zabaroth con una ancha sonrisa, claramente ebrio—. Aún está en período de prueba, pero promete bastante. Alzó su copa—: ¡Salud!

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Sheila a Michelle, observando alejarse la espalda de Zabaroth.

Michelle meneó la cabeza.

—Un poco desorientada. A veces me parece que estoy soñando...

—¡Viva los novios! —gritaba Zabaroth con los brazos abiertos.

Lucienne y Absalón se abrieron paso entre la multitud y Michelle se quedó boquiabierta. Su belleza era sobrenatural, a nadie podía caberle ninguna duda de que eran demonios. O musas, o lo que fuera. Lucienne llevaba una túnica blanca hasta las rodillas e iba descalzo. Absalón tenía el pecho desnudo y vestía unos pantalones abombados, también de color blanco. La pareja parecía brillar por sí sola, recortada contra el cielo celeste y el sol que se ocultaba en el horizonte.

Una muchacha diminuta vestida con flores, de grandes ojos amarillos y labios de pez, tocaba el arpa con sus larguísimos dedos.

—Una ninfa —le dijo Julien al oído. Michelle se sobresaltó. Su novio estaba a su lado y era uno de los pocos presentes que estaba correctamente vestido para una boda: un sobrio traje gris y una camisa blanca. Junto a la ninfa, un enorme gato negro contemplaba a la pareja con atención.

—Queridos invitados: musas, demonios, sirenas, ícubos, súcubos y demás *vassaris* de los Infiernos Flotantes... Gracias por acompañarnos en este día tan importante para nosotros. —Absalón les sonrió a los presentes e inclinó la cabeza—. Hace más de dos mil años conocí a la musa Luciania y pasé bastante tiempo de mi eternidad intentando acercarme a ella. Hoy, luego de siglos de postergar nuestro amor, desposo a Lucienne, mi musa amada, y prometo protegerla, respetarla y acompañarla durante toda la eternidad que nos queda.

La multitud aplaudió y Michelle no pudo hacer más que imitarlos. Se sentía contagiada por el amor que esos dos hombres se profesaban. Alguien le acercó a Absalón una pluma blanca ensortijada en una cadena y él se la colocó a Lucienne alrededor del cuello. Con ella, Lucienne le dibujó a Absalón una marca negra en el pecho: como un extraño tatuaje, una especie de garra se fue materializando sobre su piel blanca. Absalón lo imitó: ambos esposos lucían

ahora la extraña garra matrimonial.

Una voluptuosa mujer de cabello rojo se acercó con un pequeño almohadón. Allí, dos sandalias doradas relucían bajo los últimos rayos del sol. Absalón tomó los zapatos y se los colocó a Lucienne.

—Creí que la boda se llevaría a cabo en los infiernos —dijo una voz detrás de Michelle.

—Estamos en los infiernos, *vassari* Leod —respondió otra voz—. Estamos justo sobre un portal.

Vassari Leod soltó un gruñido de desaprobación.

—No puedo creer que el Vizconde se haya atrevido a invitar humanos —dijo, mirando de reojo a una emocionada muchacha de ojos rasgados.

—Cielos, mi primera boda gay —susurró Milagring con un suspiro.

—... Hoy, con los recuerdos de mi vida pasada recuperados, desposo a Absalón, mi *vassari* amado, y prometo protegerlo, respetarlo y acompañarlo durante toda la eternidad que nos queda.